LA ÚLTIMA FRONTERA



LUIS SALA

LA ÚLTIMA FRONTERA

LA ÚLTIMA FRONTERA

LUIS SALA

STEFANO BOOKS

Argentina • Chile • Colombia • España
Estados Unidos • México • Perú • Uruguay

1.ª edición: marzo 2026

Todo el contenido del presente libro, incluidas las imágenes e ilustraciones de cubierta, es original y se encuentra sujeto y protegido por las actuales normativas de Propiedad Intelectual españolas y europeas. Su uso y/o reproducción, ya sea total o parcial, para el entrenamiento de tecnologías o sistemas de inteligencia artificial, así como cualquier tipo de minería de datos, queda terminantemente prohibido. El editor en tanto que titular de los derechos de la obra ejecutará las acciones que considere necesarias ante cualquier uso no autorizado.

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Copyright © 2026 *by* Luis Sala
Representado por Editabundo, S.L., Agencia Literaria.
All rights reserved
© 2026 *by* Urano World Spain, S.A.U.
López de Hoyos, 92, Planta Baja Derecha – 28002 Madrid
www.booksbystefano.com

ISBN: 979-13-87899-47-9

Fotocomposición: Urano World Spain, S.A.U.

A mi abuela Carmen, que me contaba historias de una época y un tiempo pasados y nunca quiso irse tan lejos.

Para mis queridos vendedores, lectores de Amazon y Kindle, en este Día del Libro tan especial, porque vender es la mejor profesión del mundo.

Un abrazo:

27-5-2012


·celeste müx·

Sin amor siempre es invierno.

David Trueba

No había nada, nada sobre la tierra… Bajo ella, muertos infinitos yacían en confusión, ahora casi tierra ya también ellos, y todavía lastimada humanidad.

Francisco Ayala

Todos quieren dejar su marca, su huella en el mundo. Pero has dejado huella si has logrado salir adelante y unas pocas personas recuerdan tu nombre. Entonces has dejado huella.

Dorian Corey

NOTA DEL EDITOR

La última frontera, si bien se basa en hechos reales, es una obra de ficción, por lo cual el autor se reserva el derecho de tomarse ciertas licencias de rigor histórico.

PRIMERA PARTE

Barcelona, noviembre de 1938 – enero de 1939

En la bandera de la libertad bordé
el amor más grande de mi vida.

Federico García Lorca

25 de julio de 1938: Llega al frente del Ebro la Quinta del Biberón, integrada por jóvenes menores de veintiún años reclutados para defender a la República. La mayoría de edad, establecida a los veintiún años, deja de importar con tal de defender al Estado de los sublevados.

1 de octubre de 1938: El presidente del Gobierno, Juan Negrín, lanza una nueva reorganización de las fuerzas militares. Son llamados a filas los reservistas de 1923 a 1926 ante la falta de población para defender a la II República Española. En ese contexto, cualquiera puede ser llamado para ir al frente.

28 de octubre de 1938: Las Brigadas Internacionales, principales apoyos del bando republicano, desfilan por la avenida Diagonal de Barcelona en un acto de despedida antes de su salida de España. Sin casi apoyos exteriores más que la URSS y su armamento obsoleto, la República se queda en un punto crítico.

16 noviembre de 1938: Termina la retirada del ejército

republicano del frente del Ebro, finalizada con el cruce del río a primeras horas del día 16 tras dinamitar el puente de hierro de Flix. Con una II República separada en dos frentes, el fin de la guerra se vislumbra en el horizonte a favor de los sublevados.

HUGO

Barcelona, noviembre de 1938

Andaba decidido calle arriba con los zapatos de cuero cubiertos de polvo blanco. Los pantalones, que se movían a medida que lo hacían mis piernas, se llenaban de la nube de destrucción que nos rodeaba manchándolo todo con el polvo en suspensión que habían dejado los enemigos a su paso sobre la ciudad.

La ciudad estaba revuelta. Barcelona se veía deshecha, herida y triste. Las calles estaban destartaladas, los cristales tapados con sábanas en casas en las que antes había vidrieras de colores que se mezclaban con el ambiente burgués del Ensanche, y todo aquello se respiraba nada más salir de casa. No había modernismo, ni arte ni tan siquiera ese tiempo que se generaba en Barcelona en otoño. La llegada del frío mezclado con el aire de la sal, la bruma del mar, que otorgaba a la ciudad la apariencia de un posible verano eterno al fundirse con los sueños de los que vivíamos allí. De eso no quedaba nada.

Solo había una atmósfera agotada, hambrienta y desganada. Un ambiente que hablaba de desolación.

Las noticias que llegaban no eran mejores. Cientos de soldados iban pasando junto a mí a medida que enfilaba la calle. Hacía dos días que se sabía: habíamos perdido el Ebro.

Al subir por las calles, el sonido de las sirenas, gritos y movimiento de escombros resonaba como un eco profundo y asentado entre todos, el recuerdo constante de la brutalidad de nuestra realidad que, desde hacía años, llamábamos «guerra». Los edificios del centro, muchos de ellos destruidos, eran testigos mudos de la destrucción que había arrasado con todo.

Los niños, que antes jugaban alegremente en las plazas, ahora se escondían en los refugios todas las noches y sus risas habían sido reemplazadas por el llanto. Ellos también tenían la misma hambre que nosotros, pero mucho menos miedo. Los adultos temíamos

mucho más que los niños porque ellos, al final, desconocían lo que había al otro lado de la trinchera. Nosotros teníamos miedo y hambre, lo que, a la suma de la operación, se convertía en una resta a nuestro favor.

En cada esquina, se podían ver grupos de personas discutiendo en voz baja, compartiendo las últimas noticias y rumores. La derrota en el Ebro había sido un golpe devastador para la República, que, herida de muerte, resistía con un hilo de voz. Y, como ella, la gente hablaba, entre susurros, tratando de pasar de boca en boca lo que los periódicos no nos contaban, lo que los dirigentes se callaban con la intención de mantener vivo el espíritu republicano que todos sentíamos decaer.

A pesar de los esfuerzos por ocultarlo, el miedo se filtraba en cada palabra, en cada mirada furtiva que se cruzaba entre los vecinos. Las calles, años antes llenas de fervor revolucionario, parecían ahora cargadas de incertidumbre. Los carteles de propaganda, que habían adornado las paredes con promesas de libertad y justicia, se despintaban a contrarreloj, como si incluso el papel hubiese comenzado a resignarse.

Una anciana, envuelta en un chal raído, murmuraba a su compañera sobre el destino incierto de los prisioneros, mientras un grupo de jóvenes, con el rostro pálido y las manos inquietas, debatía si intentar cruzar la frontera rumbo a Francia. Su vecino, o quizás amigo, puede que hermano, desde el otro lado del corrillo, le decía que aquello era imposible. Que ni lo intentara. Que valía la pena resignarse. Ambos con la mirada al cielo, en busca de aviones enemigos, lo que se había vuelto una costumbre nerviosa, una señal de que la guerra, aunque en retirada, seguía respirando sobre ellos.

En una esquina, un hombre de mediana edad, con la cara surcada de arrugas y las manos temblorosas, sostenía un periódico clandestino. Alzaba apenas la voz para leer un párrafo suelto, casi como si las palabras mismas fueran culpables de traición. La falta de víveres, los bombardeos, la traición de aquellos que se suponía que eran aliados… todo se entremezclaba en una confusión que asfixiaba el aire.

«¿Y después del Ebro qué nos queda?», preguntó la anciana, con

la voz entrecortada por el frío y el horror. Nadie respondió. Las miradas se cruzaron en silencio, como si todos esperaran que alguien más tuviera las respuestas, pero el silencio fue más elocuente que cualquier discurso.

Los soldados, jóvenes en su mayoría, caminaban con la mirada perdida, conscientes de que cada día podía ser el último. Algunos se detenían a hablar con los vecinos, buscando consuelo en palabras de aliento, mientras otros simplemente seguían adelante, arrastrando sus pies por las calles polvorientas mientras los vecinos que encontraban en cada esquina los aplaudían y daban palabras de ánimo a los héroes derrotados del Ebro.

Se los veía destrozados, por la pérdida y la posible represalia posterior ante el avance de los sublevados, claro, pero también porque, tras la pérdida del Ebro, habían tenido que volver a pie a sus casas: los más afortunados, cerca, y los más desfavorecidos, teniendo que ir a cualquier lugar de la República, desde Barcelona a Alicante, comiendo hierbajos y pasando sed, frío y todas las calamidades posibles. Corriendo para no ser alcanzados. Estaban devastados, pero supuse que era por la caminata tras la contienda.

El aire estaba cargado de tristeza y resignación, pero también de una determinación silenciosa. A pesar de todo, había quienes aún mantenían la esperanza, convencidos de que la lucha no había sido en vano y de que, de alguna manera, Barcelona resurgiría de sus cenizas. Había algo que nos invitaba a seguir. Un germen interior, una semilla que empujaba a los llamados a filas a ir a los frentes y, a los civiles, a los refugios con tal de aguantar un día más.

La gente tenía hambre, aunque, después de aquellos tres años, podíamos llamarlo «hambruna». Todos la teníamos, aunque tratábamos de andar y seguir sin llegar a poder cumplir todos nuestros propósitos. Otro año más, más hambre, menos dinero y mucha más miseria, menos trabajo y víveres básicos a favor de más munición y bombardeos. Esa era la ecuación de la guerra, y a nosotros, los que andábamos por la calle, los que no ocupábamos salones y grandes despachos, siempre nos salía negativa.

Las tiendas de la Diagonal estaban cerradas y las pocas que permanecían abiertas apenas tenían suministros. Los comerciantes

hacían por sobrevivir, pero aquello se iba volviendo insostenible porque la lista de fiados cada vez era mayor y la gente, entre quienes me incluía, contábamos con menos dinero y objetos para vender. Eso sí que lo habíamos aprendido: que todo era vendible en la guerra. Las sillas de la cocina, los vestidos de seda china de mi abuela, las camisas de algodón, los cuerpos… Todo tenía un precio en Barcelona.

La gente hacía largas colas para conseguir un poco de pan o agua, con los rostros marcados por la fatiga y el miedo, los ojos saltones, la cara pálida y ojerosa, azotada por el hambre, y los pómulos prominentes. Rostros hambrientos que, de pasar tanta escasez y de ser tantos, vivíamos en la hambruna como si de una enfermedad más se tratara. Si andabas por la calle, pongamos que por la Diagonal como lo hacía yo, y pasaba alguien por tu lado, podía caerse desmayado al suelo y no estar muerto. Bueno, muerto sí, pero de hambre.

La miseria era tal que buscábamos entre los escombros de las casas algo que llevarnos a la boca y en los campos de las afueras de la ciudad, gusanos u hormigas para, con las pocas lentejas que nos daban con las cartillas de racionamiento, hacer un caldo que nos engañara el estómago.

Sentía el peso de la hambruna en cada paso que daba. El estómago me rugía constantemente, un recordatorio implacable de la escasez de alimentos que asolaba la ciudad. Había días en los que apenas lograba conseguir un mendrugo o una pequeña ración de sopa aguada que tenía que compartir, insuficiente para calmar el hambre que arrastrábamos desde hacía tres años.

Recordaba con nostalgia los tiempos antes de la guerra, cuando mi madre preparaba abundantes comidas que inundaban la casa de Oviedo de aromas reconfortantes. Ahora, esos recuerdos parecían pertenecer a otra vida, una que se desvanecía cada vez más con cada día de conflicto. Una vida que se había llevado todo contacto con aquellos que habían quedado en la otra zona.

Nadie sabía nada de nadie que estuviera en el otro bando. Tras el asedio de Oviedo por parte del ejército sublevado y su caída posterior a principios de la guerra en el 36, dejé de tener noticias de

mis padres.No sabía si vivían, habían muerto o si, como yo, morían de hambre lentamente. Nada. A aquello habíamos llegado. A la nada entre unos y otros por meras divisiones territoriales causadas por conquistas y pérdidas, por bandos de unos y contrarios.

Caminaba por la avenida Diagonal de vuelta a mi piso en la calleAribau. Aquello, a primeras horas de la mañana, ya se había convertido en una forma de vida. Dormíamos vestidos y con los zapatos puestos, como si hubiera que salir corriendo en cualquier momento al refugio que teníamos a un par de manzanas de casa. Llevaba pasando un par de semanas sin tregua. Las sirenas empezaban a sonar sobre las doce de la noche, quizás un poco más tarde, a veces bien entradas las dos de la madrugada cuando todos dormíamos en una falsa calma, y teníamos menos de diez minutos para correr hasta el refugio antiaéreo. Estábamos demasiado cerca del mar y eso impedía a las sirenas sonar antes, con la previsión de que quizá sí lo hacían en Madrid. Aquí, en caso de sonar, había que salir corriendo con lo puesto.

El silencio de la noche era interrumpido solo por el eco lejano de los bombardeos. Y, cuando me quería dar cuenta, me encontraba en una pequeña habitación compartida con otros refugiados, con los zapatos negros embarrados. La luz de una bombilla colgada del techo parpadeaba con cada impacto de los nacionales, proyectando sombras inquietantes en las paredes desnudas del refugio.

Me aferraba a los recuerdos de mi infancia en Oviedo, como si fueran un ancla en medio de la tormenta. Recordaba los domingos en familia, cuando mi madre preparaba su famoso cocido y mi padre contaba historias de su juventud. Esos momentos, tan simples y cotidianos, ahora parecían joyas preciosas, inalcanzables en el presente.

La falta de noticias de mis padres era una tortura constante. Cada día me preguntaba muchas cosas: desde mi realidad republicana hasta su Oviedo nacionalista. La incertidumbre era un peso que me aplastaba, una sombra que no me dejaba respirar.

En las noches más oscuras, cuando el hambre y el miedo se volvían insoportables, cerraba los ojos y me imaginaba de vuelta en Oviedo, sentado a la mesa con mi familia. Podía casi sentir el calor

del hogar, el aroma de la comida recién hecha, las risas y las conversaciones. Pero, al abrir los ojos, la realidad me golpeaba con toda su crudeza.

La guerra nos había arrebatado todo: nuestras casas, nuestras familias, nuestra dignidad. Nos había dejado en un limbo, una tierra de nadie donde la esperanza era un lujo que pocos podían permitirse. Los hermanos se peleaban entre ellos, las familias se disparaban de lado a lado, el hambre y el dolor de lo que habían hecho unos por lo de otros creaban un ambiente insostenible.

Las calles de Barcelona eran un hervidero de ideas. Igual que debía de pasar en el otro lado, aquí habían quedado atrapadas personas que no comulgaban con la República. El odio se expresaba contra ellos. Ser uno de ellos, con los años y el conocimiento de lo que sucedía en la otra zona, se convirtió en algo extremadamente peligroso.

Los partidarios del bando nacional se veían obligados a esconder sus opiniones y, a menudo, a vivir en la clandestinidad para evitar represalias. Las milicias republicanas y los comités de defensa patrullaban constantemente en busca de aquellos que consideraban enemigos de la República. Mi vecina del primero, Soledad, lo había vivido en sus carnes. Ella siempre arremetía, públicamente y en la intimidad, contra la dictadura republicana izquierdista que, con la victoria del Frente Popular en las elecciones del 36, le habían impuesto. Meses más tarde, cuando España se fracturó en dos, desapareció. Fue a finales de agosto de ese año. O quizás a principios de septiembre, pero fue como si se la hubiera tragado la tierra. Nunca volvimos a saber nada de ella. Ni si consiguió huir de Barcelona o si, como decía mi abuela, «se la habrían cargado por facha». No sabíamos nada. Solo que desde que no estaba, teníamos más hambre. Ya no nos daba comida como al principio de la guerra.

A pesar de todo, del tiempo convulso, de la Barcelona que me había tocado vivir y el miedo al que estábamos sometidos todos, me aferraba a la idea de que algún día, de alguna manera, volvería a ver a mis padres con vida. Que esta pesadilla terminaría y podríamos reconstruir nuestras vidas.

Mis padres eran rojos en una zona de sublevados. Algo en mí

quería creer que seguían vivos por su posición de gente bien: un médico y una señora de buena familia catalana, pero eso ya no valía nada. Pensaba en Soledad, la del primero que había desaparecido, viuda de un empresario textil y posible fusilada, y perdía cualquier esperanza. Las posesiones ya no valían nada, solo el color de los pensamientos.

Todas las mañanas volvía a casa y, cuando cruzaba la esquina de la Diagonal, empezaba a sentir que no sería capaz de llegar. Cada paso hacía que me pesaran más los pies. Temblaba sin cesar hasta que veía la silueta del edificio y miraba a la tercera planta. Ningún daño. Todo en orden. Los cristales intactos y ningún rastro de la noche anterior sobre la fachada.

El interior del piso en la calle Aribau reflejaba la dureza y el deterioro de aquellos tiempos. Las paredes, en otro tiempo blancas y limpias, ahora mostraban manchas de humedad y grietas debido a los bombardeos y la falta de mantenimiento. Los suelos de mármol blanco, aunque aún conservaban su elegancia, estaban desgastados y llenos de polvo.

En los rellanos, la situación era aún más desoladora. Los vecinos, en su desesperación por conseguir dinero, habían vendido todo lo que podían. Los buzones de correo, antaño de metal brillante, ahora eran simples huecos en la pared. Las luces de los pasillos habían sido desmontadas, dejando en la penumbra los espacios comunes. Incluso las barandillas de hierro forjado de las escaleras mostraban signos de haber sido parcialmente desmanteladas.

Subía piso arriba por aquellas escaleras de mármol blanco y me iba enganchando por la barandilla de la escalera de hierro hasta que mi cuerpo conseguía llegar al tercero. Miraba mi puerta de madera y arriba percibía la palabra derecha escrita en negro sobre un fondo dorado. Lo único que quedaba intacto: las direcciones de los pisos. Dos por planta. Derecha e izquierda. Quizá no los vendimos para que, si alguien venía a visitarnos, pudiese encontrarnos.

Al abrir la puerta, sentía un silencio que precedía a un «*nen*, ya estás aquí. *Quina* alegría. Ven a desayunar. *Els fills de putes estos no han parat en tota la nit*». Era mi abuela, Carme, asomada a la puerta de cristal opaco que teníamos en la cocina, en una mezcla de

catalán y castellano para que llegara a entenderla. Yo no hablaba nada de catalán y ella tenía el castellano atravesado, pero en los años que llevaba viviendo con ella había aprendido lo básico para entendernos diariamente.

El aroma del café recolado que consumíamos en cuentagotas y disolvíamos en agua llenaba la cocina, creando una atmósfera cálida y acogedora que desde hacía años se había convertido en mi hogar. Me senté a la mesa, y mi abuela, con su andar pausado, se acercó con una bandeja.

—Toma, *nen*, come algo. Necesitas fuerzas para el día que tienes por delante —me dijo mientras me servía un plato con un chusco de pan y un vaso de aquello que llamábamos «café».

La cocina estaba vacía, solo quedaban la mesa y dos sillas: una para ella y otra para mí. Habíamos tenido que vender la cubertería de plata en los primeros meses de la guerra en el 36, cuando todo empezaba a escasear. También quedaba la encimera de la cocina, desgastada. No la habíamos vendido porque no debía de valer nada.

Había llegado a la ciudad meses antes de que la guerra empezara, para estudiar Bellas Artes en la Universidad de Barcelona. Era septiembre del 35 y yo tenía dieciocho años recién cumplidos. Era menor de edad y por eso y por mi objeción de conciencia había sorteado el ser llamado a filas desde el principio. Por todo ello pude seguir en Barcelona.

Mi abuela me había dicho, en marzo de ese mismo año, que era demasiado vieja para correr a los refugios a medianoche. Yo le había insistido durante varias noches y semanas, pero siempre me decía «*ves-te'n a la merda*» con su redecilla de dormir puesta y su camisón de seda que hablaba de que, un día, en aquella casa de la calle Aribau, había habido algo de lo que ya no quedaba nada. Mientras desayunábamos, me contaba historias de su juventud, de cómo había conocido a mi abuelo en las fiestas de la Mercè o de la primera vez que me vio, en el salón de esta misma casa, tras haber salido del útero de mi madre, asistida en el parto por ella y por mi padre. Sus ojos brillaban con una mezcla de nostalgia y tristeza, siempre envueltos entre las arrugas de expresión que le salían cuando sonreía al recordar los buenos momentos. Siempre hacíamos

lo mismo cuando comíamos lo poco que conseguíamos.

La comida que nos daban con la cartilla de racionamiento era insuficiente. Cada día, Carme se esforzaba por hacer milagros con lo poco que teníamos. Solía mezclar las patatas con un poco de aceite y sal, intentando que parecieran más de lo que realmente eran. Por eso creo que me contaba historias de tiempos mejores mientras comía, como si las palabras pudieran llenar el vacío en nuestros estómagos.

Los días pasaban rápidos, pero las noches eran las peores. El hambre no me dejaba dormir hasta que tenía que salir corriendo al refugio.

La guerra no solo nos quitaba la comida, sino también la esperanza. Pero, a pesar de todo, nos aferrábamos a la vida, a los pequeños momentos de alegría que encontrábamos en medio del caos. Porque, cuando llegaba la noche, eso era lo único que teníamos.

—Sabes, Carme —le dije—, a veces me pregunto cómo habrías sido si hubieras podido seguir tu sueño de estudiar Bellas Artes sin interrupciones.

Siempre la llamaba Carme. Había pasado gran parte de mi vida sin verla, sin apenas conocerla ni recordar su cara. Tras la mudanza de mis padres a Oviedo, su presencia en mi vida se había reducido a la correspondencia que mantenía mensualmente con mi madre, que siempre me había hablado de una tal Carme que vivía en Barcelona y que era mi abuela. Alguna Navidad la había pasado con nosotros, pero aquello me sonaba lejano, yo era demasiado pequeño, como cuando había conocido a aquellas primas de mi padre que habíamos visitado en Bilbao cuando, en 1924, una señora le había dicho a mi madre por la calle que yo estaba empachado. Nunca volví a ver a aquellas brujas que, a ojos de mi madre, me habían salvado del empacho, mientras que, a los de mi padre, por más familia que fueran, eran unas charlatanas.

No fue hasta septiembre del 35 que conocí a mi abuela. Tras muchas horas de tren, llegué a la estación de Barcelona y allí estaba. Debí de bajar perdido, porque una señora con el pelo totalmente blanco y perfectamente arreglada se me acercó y me

dijo: «¿Eres Hugo? Anda, *nen, sóc* Carme, la abuela. Dame un abrazo. Eres igual que *ton pare*».

Por aquel entonces yo llevaba una melena corta, con mis rizos castaños desordenados hacia el lado derecho y la barba de tres días. Ella era igual que mi madre. Y a partir de ahí nació mi historia con Carme, mi abuela.

Se sonrió y miró el cuadro que teníamos sobre la mesa que la miseria nos había respetado. Vendíamos todo lo que considerábamos vendible, pero aquella mesa sustentaba nuestros cimientos. Allí, Carme había dado desayuno a su hija, María, mi madre desde que se había casado con Juan, un futuro médico ovetense que estudiaba su licenciatura en la ciudad.

Mi madre se enamoró perdidamente de mi padre y a los pocos meses ya estaban casados y yo a punto de nacer. Todo iba así para la hija de los Agraït, que me dio a luz en la ciudad de Oviedo, donde su marido empezó a trabajar como médico y ella, como buena señorita ovetense, pintaba en herencia de su madre, una señora progresista, en el salón de aquel piso en pleno centro de la ciudad, y leía compulsivamente las corrientes literarias frente a la chimenea plantando cara al invierno asturiano, testigo en vena que había heredado de su padre, aquel catalán marxista del que lo había aprendido todo.

Ella me miró con ternura y respondió:

—La vida nos lleva por caminos inesperados, *nen*. Lo importante es que, a pesar de todo, encontramos la manera de ser felices y de seguir adelante. No había tantas mujeres en las aulas, lo que sé de pintura lo aprendí por mi cuenta prácticamente. A mi padre le hubiera hecho ilusión verme allí, pero mi madre hubiera enfurecido al pensar que su hija quería ir a la universidad.

Mi abuela era una intelectual. Sabía de pintura, filosofía, música e idiomas. Había crecido en una familia de abogados en aquella misma casa que, un día, tuvo lujos. La cultura siempre había estado a su alcance. Después, se casó con mi abuelo, profesor catedrático en Filosofía y Letras en la Universidad de Barcelona y tuvieron a mi madre, no sin antes tres abortos y muchos intentos, en aquel mismo piso en el que vivíamos.

La casa era enorme y los techos, altos, con decoraciones de estilo rococó, y los suelos de mármol tan blanco que parecían un quirófano. Un hogar inmenso que hablaba de que un día había tenido mucha vida. El pasillo era largo y oscuro y solo dejaba pasar las luces de la calle que entraban por las puertas abiertas de las múltiples habitaciones deshabitadas de la casa.

Sus palabras resonaron en mi mente mientras terminaba mi desayuno.

—¿No es un poco tarde? ¿A qué hora tienes las clases?

Asentí mientras daba el último trago a aquel café y me despedí de ella. Al salir de la cocina, me topé de bruces frente al salón. Estaba vacío, medio opaco con las persianas bajadas. Solo había una tenue luz que entraba por las rendijas de estas. Una chimenea en el centro de la pared y dos sillas frente a ella. Ni rastro del piano, los libros o jarrones de porcelana china. No quedaba nada. Me ajusté la camisa dentro del pantalón de traje y, después, me acomodé dentro de un viejo abrigo de paño gris.

—Cuídate, *nen* —dijo, mientras me despedía con una sonrisa, a pesar de que pude ver la preocupación en sus ojos.

PABLO

Barcelona, noviembre de 1938

Ahí estaba él. Al fin. Veinte minutos después de la hora acordada. Pero, al fin, estaba ahí. Con su camisa blanca manchada de pintura cian, al igual que el pantalón beis y la camisa arremangada, el chaleco a juego con el pantalón mal abotonado y la chaqueta, a juego con el resto del traje, colgando del brazo izquierdo.

La puerta de la universidad se erguía como un testigo silencioso de los tiempos. La entrada, que había sido renovada en 1936 con puertas de cristal montadas sobre una estructura de bronce de estilo racionalista, contrastaba con la austeridad y la solidez del edificio histórico.

Era una tarde gris, con el cielo encapotado y el aire cargado de tensión. La puerta, con sus marcos metálicos y clavos visibles, brillaba bajo la luz tenue del día, creando un juego de sombras y destellos que parecían danzar al ritmo de los acontecimientos. Se reflejaban sobre la piel de Hugo, ligeramente tostada.

A mi alrededor, el bullicio de la ciudad se mezclaba con el eco de los pasos apresurados de estudiantes y profesores, quienes, a pesar de la incertidumbre, continuaban con su rutina. Era lo único que podíamos hacer los que seguíamos vivos. Seguir vivos, que no vivir.

Guardias civiles, con sus uniformes oscuros y semblantes serios, custodiaban la entrada, recordando a todos la presencia constante del conflicto. El edificio, aunque majestuoso, mostraba las cicatrices de los bombardeos que habían afectado la antesala del Rectorado, que, en marzo de ese mismo año, se había convertido en un escenario de devastación y desolación debido a los bombardeos que azotaron la ciudad. Era una tarde como la que vivíamos, con el cielo cubierto de nubes oscuras que presagiaban la tormenta de acero y fuego que estaba por venir. El rugido de los aviones se escuchaba a lo lejos, cada vez más próximo, hasta que el estruendo de las

explosiones rompió la calma tensa del ambiente.

La antesala, que solía ser un lugar de tránsito y reflexión, se vio transformada en un caos de escombros y polvo.

Y el portal, con su mezcla de modernidad y tradición, se mantenía firme, como un faro de esperanza y resistencia en medio de la tormenta que azotaba a España.

Lo saludé desde la acera de enfrente y me vio, sonriéndose. En los diez segundos que tardó en cruzar la avenida, completamente vacía, me dio tiempo a pasarme la mano por el pelo engominado hacia atrás y arreglarme el bigote.

Me puse nervioso cuando lo vi. Llevábamos quedando casi año y medio, desde que nos conocimos poco antes de que me licenciara en Magisterio en la misma universidad de la que él salía. Le sacaba un año, pero él estaba a años luz de mí.

La primera vez que me fijé en él, iba con dos compañeras y un profesor que, posteriormente, me contaron que era de una asignatura que tenían dedicada a las nuevas corrientes que venían de Europa. Llevaba el pelo mucho más corto, de manera que apenas se distinguían sus rizos. Los cuatro echaban horas en una habitación que había al cruzar el patio, subiendo las escaleras a mano izquierda. Era amplia, luminosa y llena de cosas que, a mí, me parecían inútiles. Un jarrón que, por ejemplo, rompían y lo pintaban roto para, al cabo de un tiempo, jugar a pegarlo en vano porque les faltaba un fragmento; o un montón de manzanas que se iban pudriendo día a día y les llamaba la atención cómo la piel se arrugaba y las hojas se marchitaban. «Es el paso del tiempo, habla de nosotros si te das cuenta», decían.

Allí pasaban las tardes, fumando y pintando todo lo que era digno de ser pintado. Hasta sus propios cuerpos. Decían que todo se podía pintar, por lo que no les costaba desnudarse sobre un viejo sofá polvoriento y esperar a que, tras varios días de posados, lo que conseguían sus compañeros no se pareciera en nada a los cuerpos que tenían delante. «Ahí está el arte, Pablo —me explicaba siempre Hugo—, para pintar la realidad existen las cámaras, tenemos la memoria. ¿Quién quiere pintar nuestra realidad?». Yo no terminaba de entenderlos, siempre envueltos en esa parsimonia que lo bañaba

todo y se ¿escapaba? (no logro saber con certeza si es esta la palabra correcta) de la física, pero sí que entendía que entre aquellos cuatro excéntricos se podía ser uno mismo.

Las tardes se les escurrían lentamente por los dedos, agarrando sus pinceles, en aquel rincón apartado del mundo, donde el tiempo parecía detenerse. Las risas y las conversaciones se mezclaban con el humo de los cigarrillos, creando una atmósfera casi mágica. Cada objeto en aquella habitación tenía una historia, una vida propia que ellos se encargaban de descubrir y reinterpretar.

Me gustaba unirme a ellos, a pesar de que no llegaba a entenderlos por completo, pero ¿qué importaba aquello?

Hugo era un surrealista, un soñador que veía el mundo a través de un prisma de colores y formas imposibles. Su mente era un torbellino de ideas que se materializaban en cada rincón de aquella habitación mágica que habían construido. Era su paraíso inhabitado. Mientras sus compañeros se dedicaban a sus propias exploraciones artísticas, Hugo se sumergía en sus pensamientos, creando universos paralelos donde lo ordinario se transformaba en extraordinario. Era capaz de bajar al infierno de sus sueños y volver a subir frente al trozo de madera que pintaba, como Orfeo en el mito, aunque para salir de él parecía necesitar solo su pincel.

Un día, decidió que el techo de la habitación necesitaba un toque de su imaginación desbordante. Con una escalera y un pincel en mano, comenzó a pintar un cielo nocturno lleno de estrellas fugaces y constelaciones inventadas. Cada pincelada era un reflejo de sus sueños, de sus anhelos de escapar de la realidad y perderse en un mundo de fantasía.

Sus compañeros observaban fascinados cómo el techo se transformaba bajo la mano de Hugo. Era como si el espacio mismo se hubiera abierto sobre sus cabezas y los invitara a volar entre las estrellas. Inspirados por su visión, comenzaron a añadir sus propios toques: una luna de colores vibrantes, planetas con anillos de arcoíris, y cometas que dejaban estelas de purpurina.

Poco a poco, empecé a ver el mundo a través de sus ojos, que no estaban preparados para el horror de la guerra. La crudeza de la realidad contrastaba con la belleza y la inocencia de sus creaciones.

Cada pincelada era un intento de escapar de las sombras que acechaban fuera de nuestra burbuja de creatividad. Esa burbuja que aquellos cuatro incomprendidos habían creado y de la que yo había querido formar parte en mis tiempos libres.

Hugo, con su espíritu indomable, se convirtió en mi guía en este nuevo mundo de colores y formas. Me enseñó a hallar belleza en lo efímero, a apreciar la poesía en lo cotidiano. Pero también me mostró la fragilidad de nuestros sueños frente a la brutalidad del mundo exterior. Sus ojos, siempre vitales y curiosos, se ensombrecían cuando hablaba de la guerra, de las cicatrices invisibles que dejaba en aquellos que la vivían. Era un niño al que la guerra había arrojado a la realidad. Éramos tan jóvenes.

Pasar tiempo con él era como descubrir un refugio en medio de una tormenta implacable. Cada sonrisa, cada toque, era un acto de desafío en un mundo que nos decía constantemente que no teníamos derecho a sentir lo que sentíamos. Había momentos en que el miedo era tan grande que sentía que me ahogaría en él, pero Hugo siempre encontraba una forma de tranquilizarme, de recordarme que, a pesar de todo, había belleza en lo que compartíamos.

Todo comenzó una tarde de finales de otoño hacía año y medio, en la sala de pintar de la universidad, bañada en la luz dorada que se filtraba a través de los ventanales que tras el bombardeo quedaron tapados por maderas. Fue la primera vez que me dejé retratar por él.

La habitación olía a óleo y a lienzo fresco, un aroma que me resultaba familiar y reconfortante. El lugar estaba vacío, solo quedábamos él y yo. Era un viernes y, a pesar de todo, el resto se iba demasiado pronto los viernes. Todos menos él, que se quedaba pintando lo que tuviese entre manos.

Hugo seguía allí, frente a un caballete, trabajando. Mi mente estaba demasiado ocupada con la sensación de nerviosismo y anticipación que me invadía cada vez que estaba cerca de él. Cada vez me ponía más nervioso y no entendía nada de lo que me pasaba.

Nos miramos y sentí cómo el corazón me latía con fuerza, un ritmo

frenético que apenas podía controlar. Me acerqué a él, con mis pasos lentos, como si cada movimiento fuera un acto de desafío contra el miedo que sentía. Hugo, al igual que yo, estaba paralizado, sus ojos fijos en los míos, como si estuviera esperando que yo diera el primer paso.

Finalmente, estuve lo suficientemente cerca para sentir su respiración y, entonces, de forma instintiva, incliné mi cabeza hacia la suya. El primer contacto fue eléctrico, un roce suave y tembloroso que me erizó la piel. Luego, sin poder detenerme, lo besé. Fue un beso suave al principio, lleno de ternura y de una promesa de algo más profundo.

Fue breve. Nos separamos ligeramente, con una mezcla de sorpresa y deseo en los ojos. La conexión que sentí fue tan intensa que me asustó. Nos miramos, sabiendo que acabábamos de cruzar una frontera que no podía volver atrás. Fue entonces cuando el miedo a lo que podría significar todo eso para nosotros comenzó a brotar con fuerza en mí.

Durante esas dos semanas, el dolor de mi silencio y mi evitación fueron constantes. Cada vez que lo veía por los pasillos, sentía un nudo en el estómago, una mezcla de culpa y deseo que me atormentaba. A pesar de mi esfuerzo por ignorarlo, cada pensamiento, cada sueño, estaba lleno de él. La distancia que intentaba mantener solo acentuaba mi deseo, y el sentimiento de pérdida por no estar cerca de él me resultaba insoportable.

Mi corazón me llevó de regreso a él y, aunque el miedo seguía presente, supe que no podía continuar con la farsa de mi silencio. Cuando volvimos a hablar, era como si todo lo que había sentido en esas dos semanas de ausencia se derramara en palabras y emociones, dejando claro que, a pesar de mis temores, lo que sentía por Hugo era real y profundo.

A pesar de todo, de él y de mí, seguíamos creando. Era nuestra forma de resistir, de mantener viva la esperanza en medio del caos. Él creaba y yo, al final, lo admiraba. Con su parsimonia, por su mundo interior. Yo lo admiraba y lo quería. A partes iguales.

Las tardes en aquella habitación se convirtieron en un refugio, un santuario donde podíamos ser nosotros mismos sin miedo a ser

juzgados. Pintábamos, escribíamos, soñábamos juntos, construyendo un universo paralelo donde la guerra no tenía cabida.

—¿Cómo ha ido el día? —me preguntó conforme se iba acercando.

Había empezado a trabajar hacía tres meses en una escuela a un par de kilómetros de allí. Yo era un firme defensor de la Libre Enseñanza y de una escuela pública y laica, para todos, y cada día me esforzaba por transmitir a mis alumnos no solo conocimientos, sino también valores de libertad y justicia.

Ya no nos veíamos en la universidad, pero nos encontrábamos cada tarde en la puerta principal. Yo lo esperaba, a veces diez minutos, y otras, media hora, hasta que salía manchado de pintura y sonriendo, arreglándose el pelo rizado que había dejado de cortarse, con sus dientes alineados y sus pómulos marcados, más por el hambre que pasaba que por la forma de su cara.

Barcelona estaba sumida en el caos, era un hervidero de emociones y tensiones. La guerra llenaba las calles y el sonido de lo que pasaba lejos de allí se fundía en el bullicio cotidiano y, a pesar de todo, la ciudad seguía latiendo con una fuerza inquebrantable.

Cada mañana, al cruzar la plaza de Cataluña, veía a los milicianos con sus fusiles al hombro, y no podía evitar sentir una mezcla de miedo y esperanza. La escuela se había convertido en un refugio, un pequeño oasis de paz en medio del caos. Los niños, ajenos en su mayoría a la gravedad de la situación, seguían jugando y riendo, y sus risas eran un bálsamo para el alma.

Una tarde, mientras corregía unos ejercicios, escuché el estruendo de un bombardeo cercano. Nos tomó por sorpresa: las sirenas no habían sonado. Las ventanas temblaron y los niños se acurrucaron bajo sus pupitres. Me acerqué a ellos, tratando de calmarlos con palabras suaves y una sonrisa que ocultaba mi propio temor. En esos momentos, la responsabilidad de protegerlos se sentía más pesada que nunca.

La guerra nos había arrebatado demasiado, pero también nos había unido de formas inesperadas. En la escuela, maestros y alumnos éramos una familia que compartía no solo conocimiento, sino también la esperanza de un futuro mejor. Nos aferrábamos a la educación como nuestra arma más poderosa contra la oscuridad que

nos rodeaba.

Le respondí que bien, que los niños estaban tranquilos a pesar de que cada día iban viniendo menos a la escuela porque muchas familias estaban abandonando Barcelona hacia otros sitios, que algunos cruzaban la frontera con sus familias a Francia o trataban de salir por mar.

—Aquí cada día somos menos —añadió.

Enfilamos calle abajo, hacia el Gótico, donde había alquilado un pequeño estudio en la última planta de un edificio. Era pequeño, todo por ancho, más que suficiente para mí. Más que suficiente para compartirnos los dos.

Las paredes, de un blanco envejecido, estaban adornadas con algunos cuadros que había encontrado en el mercado de Sant Antoni. Cada uno de ellos contaba una historia, un fragmento de la vida de la ciudad antes de que la guerra lo cambiara todo. Él siempre se quedaba embelesado mirándolos. Solo por eso, habían merecido la pena.

Pasamos frente a una iglesia, en nuestro paseo, en la que unos milicianos arrastraban al párroco y a unas monjas hacia un furgón, mientras otros sacaban cuadros, esculturas y bienes a la puerta y los colocaban en el centro de la acera, tirados, esperando a tenerlos todos reunidos para quemarlos. Aquello era horrible y venía pasando desde el principio del conflicto, pero en los últimos meses, desde marzo y aquel bombardeo fascista de tres días, la tensión y la violencia en las calles habían aumentado.

Las empujaban, apuntaban con sus armas y arrastraban por la calle. A una de ellas le habían quitado la cofia y la arrastraban del pelo y a la otra le habían dado una patada en la cara y tenía la nariz ensangrentada. «*Si us plau, iclemència!*», le imploraba una mientras la otra no hacía más que llorar. El párroco no decía nada, solo callaba.

Nos quedamos mirando, con la garganta seca y sin tragar saliva, conteniendo la respiración.

El espectáculo brutal de aquella escena en la calle era un recordatorio escalofriante de lo que la guerra había traído a nuestra puerta. La imagen de los milicianos arrojando los bienes eclesiásticos

en la acera, mientras arrastraban a los prisioneros con una crueldad casi ritual, se clavaba en nuestras mentes como un presagio ominoso. No era solo la violencia física lo que se desplegaba ante nosotros, sino la representación tangible de la deshumanización y el odio que se estaban apoderando de las calles de Barcelona.

Los gritos de las monjas, la sangre en el rostro de una de ellas, y el silencio resignado del párroco formaban un cuadro macabro que contrastaba dolorosamente con el bullicio de la ciudad que intentaba seguir adelante con su vida. El olor a humo y destrucción era omnipresente, el recuerdo del reciente bombardeo fascista que había dejado cicatrices visibles en la ciudad.

Nosotros, los que habíamos logrado mantenernos relativamente a buen recaudo, sentíamos el peso de la desesperanza. La lealtad a la República y la lucha contra el fascismo nos mantenía unidos a los que resistíamos en la ciudad, pero también nos sumía en una creciente angustia. Cada noticia de represión, cada rumor de lo que ocurría en las zonas ocupadas, alimentaba nuestro miedo y nuestra determinación.

¿Qué pasaría si caía Barcelona en manos de los sublevados? Se decía que, en la zona ocupada, a los rojos nos daban el paseíto. Nosotros, como media Barcelona, estábamos afiliados a las Juventudes del Partido Comunista. Las víctimas en las zonas ocupadas siempre eran simpatizantes de la República o miembros de partidos de izquierda. Los sacaban de sus casas o lugares de detención y los llevaban a sitios apartados donde eran asesinados, sin piedad ni clemencia alguna. Sin juicio ni ley de por medio.

La discusión entre los compañeros en las reuniones a las que de vez en cuando íbamos se volvió inevitable. Algunos decían que debíamos hacer algo, que no podíamos quedarnos de brazos cruzados mientras la barbarie se desataba en nuestras calles. Otros, sin embargo, temían que cualquier acción precipitada pudiera agravar la situación y conducirnos a un destino aún más oscuro. Nos debatíamos entre el deseo de resistir y el miedo a la represalia que azotaría a una posible Barcelona caída, herida y entregada a los nacionales.

La realidad de la represión en las zonas ocupadas nos llegaba a

través de relatos desgarradores. Sabíamos que, en el norte, en las áreas bajo control fascista, los rojos como nosotros eran sometidos a torturas para que hablaran y que, si hablaban, automáticamente los mataban. Las historias de paseítos, de ejecuciones en campos de concentración improvisados, eran tan terribles como frecuentes. Estas historias se filtraban entre las noticias oficiales y los rumores, y cada relato era un recordatorio de la brutalidad del enemigo.

Entre los miembros de nuestra organización, el temor de ser atrapados se hacía más palpable con cada día que pasaba. El hecho de que la represión pudiera extenderse en cualquier momento y en cualquier forma hacía que la situación fuera aún más desesperada. Nos encontrábamos constantemente en la cuerda floja, con la certeza de que un simple desliz, una acción sospechosa, podría ser suficiente para convertirnos en las próximas víctimas.

Hugo cerró los ojos y supe que era momento de irnos, que no podía aguantar aquello.

Al llegar a mi casa, subimos los estrechos escalones de madera que crujían bajo nuestros pies. El aire estaba impregnado del aroma de las especias que subía desde la tienda de la planta baja. Al abrir la puerta, una brisa fresca entró por la ventana abierta, trayendo consigo el murmullo lejano de la ciudad.

Me acerqué a la pequeña mesa junto a la ventana y encendí una lámpara de aceite. La luz cálida llenó la habitación, creando un ambiente acogedor. Desde allí, podía ver los tejados del barrio, un mar de tejas rojas que se extendía hasta el horizonte. En la distancia, las campanas de la catedral del Gótico resonaban, marcando el paso del tiempo en una ciudad que parecía suspendida entre el pasado y el presente mientras el atardecer se deslizaba lentamente sobre la ciudad, pintando el cielo con matices dorados y anaranjados que contrastaban con la dureza de la vida cotidiana. Los tejados rojos y las callejuelas angostas se extendían como un laberinto de sombras y luces, mientras la catedral se erguía, omnipresente y solemne, en el centro de todo. Las gárgolas y los arcos de la catedral parecían vigilar la ciudad, como centinelas de piedra que, a pesar de su inmovilidad, parecían percibir el flujo incesante de la vida que se desarrollaba a sus pies.

La luz del sol se desvanecía lentamente, dejando que las sombras se alargaran y envolvieran la ciudad en un manto de melancolía. Era un momento en el que el bullicio de la vida cotidiana parecía reducirse a un susurro, y el frío que se colaba por las rendijas de la ventana me recordaba la cruda realidad de la situación que vivíamos.

Nos sentamos en el suelo, sobre unos cojines que había dispuesto alrededor de una mesa baja. Hablamos durante horas, compartiendo historias y sueños, mientras la noche avanzaba y las estrellas aparecían en el cielo.

—La guerra está perdida, Pablo —me dijo como si vaticinara algo.

Lo miré, sentado a mi lado. Tenía la mirada perdida en la ventana.

Hugo y yo nunca hablábamos de la guerra en mi piso. Era como si evitar el tema hiciera que todo se desvaneciera. Como si realmente no hubiera guerra a pesar de que, a pocos metros de allí, una casa estuviera en llamas.

—¿Por qué dices eso? —pregunté en voz baja, aunque ya conocía la respuesta.

Él suspiró, apoyando los codos sobre las rodillas.

—Porque ya no luchamos por ganar. No nos queda nada, solo no rendirnos.

El silencio que siguió fue denso, casi físico. Afuera, el viento golpeaba las persianas con un lamento que parecía acompañar sus palabras. Quería contradecirlo, decirle que aún había esperanza, que resistir significaba algo más que aguantar. Pero me faltó el valor, o quizá la fe.

—A veces pienso —continuó— que, cuando todo esto acabe, no sabremos qué hacer con tanta calma.

Sonreí apenas, sin alegría.

—Si es que llega la calma —añadí dándole un beso en la cabeza.

A pesar de la incertidumbre y el miedo que nos rodeaba, en ese pequeño estudio, en lo alto de un edificio del Gótico, encontramos un refugio. Un lugar donde, aunque solo fuera por un momento, podíamos olvidar la guerra y recordar lo que significaba vivir.

Lo besé como lo hacía siempre, en aquel piso y con las persianas bajadas. A escondidas del resto del mundo. Él empezó a

desnudarme mientras se sentaba sobre mí, y mis manos, poco a poco, fueron bajando desde su nuca hasta sus glúteos, que comencé a tocar tras haberle quitado de un tirón los pantalones.

Aquello venía sucediendo meses. Siempre era igual, yo pasaba a recogerlo tras mis clases e íbamos a mi estudio, donde pasábamos horas y horas. Sus manos se confundían con las mías y al final dejábamos de sentir los labios.

Allí podíamos querernos, el resto de Barcelona no lo entendería. La República y España se creían muy modernas, pero aquello, lo que Hugo y yo habíamos entendido que teníamos, era algo que se les escapaba a los de las calles. Una cosa era lo que pasaba en los congresos y lo que pensaran los intelectuales y otra lo que dijera y pensara la calle. Pero a mí, en aquel estudio, me daba igual lo que pasara fuera. A mí me latía el corazón con él.

16 de diciembre de 1938: La aviación republicana bombardea por sorpresa el Aeródromo de La Cenia (Tarragona), cuartel general de la Legión Cóndor. Aunque pierde dos aviones, logra destruir siete Messerschmitt BF y provoca graves daños en las instalaciones de la base aérea.

HUGO

Barcelona, diciembre de 1938

Me desperté ante un ruido en la calle. Era una sirena que iba a toda velocidad a un par de manzanas de donde estábamos. ¿Qué hora era?

Me giré y lo vi, allí tumbado, boca arriba. Tenía la respiración lenta del que duerme plácidamente. Hacía demasiado tiempo que aquello no me pasaba, siempre tenía un ojo abierto por si acaso. Ya no recordaba lo que era que me despertaran, sino solo el estar pendiente de que sonaran las sirenas.

Estábamos agotados, pero todavía nos quedaban fuerzas para querernos. Habíamos pasado la tarde desnudos entre sus sábanas. Besándonos. Sintiéndonos. Mis pómulos rozaban contra su barba, sus labios contra mi cuello. Todo lo que al otro lado de aquellos metros cuadrados nos era permitido, pero no bien aceptado, allí pasaba por partida doble.

Casi todas las tardes hacíamos lo mismo, desde que nos habíamos atrevido a dar el paso. Íbamos paseando desde la puerta de la universidad hasta su estudio de la calle Aviñón lentamente, hablando del día y comentando todo lo que nos pasaba y dejaba de hacerlo. Con él me era fácil hablar, lo sentí así desde el principio, cuando solo era ese amigo que tenía conversación. Ese chico que daba buena conversación.

Le gustaba pasar la tarde con nosotros, viendo cómo pintábamos. Decía que lo relajaba. Un día, me besó. O quizá fui yo, no me acuerdo, pero solo sé que luego me evitó un tiempo hasta que, cuando ya me había acostumbrado a que estuviera demasiado lejos, volvió a aparecer en mi vida.

Desde aquel día, nuestras caminatas se volvieron una rutina. Cada paso que dábamos juntos hacia la calle Aribau parecía acercarnos más. Las conversaciones se hacían más profundas, y las risas más sinceras. A veces, en lugar de que me acompañara él, íbamos a casa

de sus padres, a unas diez manzanas de la mía. Por aquel entonces, Pablo y su familia, sus padres y cinco hermanos, vivían de una joyería que tenían en los bajos del edificio unifamiliar.

Pablo era judío.

Un día, a principios de año, mientras estábamos en su estudio y ya no era ese amigo de la buena conversación, me contó algo que nunca había mencionado antes.

—Hay algo que quiero que sepas —dijo, con una seriedad inusual en su voz.

Me senté a su lado, esperando que continuara.

—Soy judío —confesó, mirándome a los ojos para ver mi reacción.

Le sonreí, tratando de transmitirle tranquilidad mientras le daba la mano.

—¿Eso cambia algo? —le pregunté mirándolo fijamente.

Pablo suspiró aliviado y me tomó de la mano, con una risa nerviosa. Después, fui yo el que lo besé. Y él siguió. Algo en nosotros sabía lo que había, a pesar de no saber ponerle nombre ni palabras. Yo veía a Pablo como mucho más que un amigo y sentía lo que, al final, pensaba que compartía con él. Una amistad que se mezclaba con el amor, que lo rozaba y acariciaba, que lo sobaba y apretaba, pero que, en el exterior, debía mantenerse oculta.

En España, por lo menos en la que vivíamos nosotros, ser judío no significaba nada, pero ya se avecinaban las sombras desde Europa. El avance del Tercer Reich era imparable según nos dejaban ver los diarios. Los pogromos, esos ataques violentos y sistemáticos contra los judíos, ya se estaban propagando por el continente como una enfermedad incurable. Los odiaban, los culpaban de todos los males, sentían asco, y yo, al final, no llegaba a entender cómo alguien que yo quería tanto podía provocarles ese rechazo.

Todavía vivíamos en territorio republicano, pero lo que Pablo y yo sentíamos no podía entenderse por todos. Él era judío y la República lo respetaba, pero ¿qué pasaría cuando cayera Barcelona? ¿Y con nosotros? Para nosotros no importaba que ganaran unos u otros. Les quedaba grande el amor a muchos, o lejano, o quizá difusos nuestros límites, pero aquello era amor. Yo no quería salir de su estudio y él no quería que me fuera, ¿podía haber algo que se

manifestara así y no fuera amor?

Antes de la llegada de la Segunda República, la homosexualidad en España no estaba oficialmente castigada por la ley, pero el peso del juicio social era innegable. Para muchos, era vista como un vicio propio de una sociedad en decadencia, algo que debía esconderse en las sombras. En algunos sectores progresistas, era condenada como una desviación moral, mientras que la ciencia de la época la clasificaba como una enfermedad, un mal que debía ser curado o reprimido.

Durante la dictadura de Primo de Rivera, cuando todavía era muy pequeño y no entendía ni lo que era el amor, esta visión se cristalizó en el código penal. La homosexualidad fue reconocida como un delito y aquellos que eran descubiertos sufrieron las consecuencias: multas, cárcel y la imposibilidad de ocupar cargos públicos. La vergüenza se imponía como ley y las vidas de muchos quedaron marcadas por la represión. Se vivía en una sociedad donde el miedo y la ocultación eran constantes compañeros para quienes no encajaban en la norma establecida. Y los amigos de mis padres, aquellos que habían creado en círculos diversos en Oviedo, tuvieron que irse para seguir adelante.

Pero entonces llegó la República y, con ella, la promesa de un nuevo comienzo. Las leyes que criminalizaban la homosexualidad fueron eliminadas y, por primera vez, se abrió una puerta a la posibilidad de una sociedad más justa e igualitaria. Bajo el nuevo régimen, las autoridades decidieron dejar atrás las sanciones penales por cuestiones de orientación sexual, dando un paso hacia la tolerancia.

Sin embargo, la realidad social era otra. Las leyes podían cambiar, pero las mentalidades, arraigadas en años de prejuicios y miedo, no se transformaban con la misma rapidez. La sociedad seguía siendo estrecha de miras, conservadora en muchos aspectos, a pesar de las banderas de libertad y progreso que ondeaban en las plazas. Bajo la promesa de un futuro digno para todos, el camino hacia la aceptación real apenas había empezado, y lo amenazaban dificultades y resistencias. Las miradas de sospecha seguían acechando a aquellos que se atrevían a vivir su verdad, pero algo,

aunque fuera pequeño, empezaba a cambiar en el aire.

Para la primavera de 1938, Pablo nos había invitado a Carme y a mí a celebrar la Pascua judía con su familia. Mi abuela accedió, lo había conocido un día que me acompañaba a casa y ella salía a vender media colección de tazas chinas para comprar un poco de carne. «¿Este es el *teu amiguet*? ¡*Quina* alegría, *noi*! Subid si queréis, estás en tu casa», le dijo mientras se iba.

Aquel día estuve nervioso, pero también emocionado por conocer a las personas que habían formado parte de su vida desde siempre. Lo hacía en virtud de su amigo, sabía que sus padres tenían otros planes para él, pero ¿qué importaba aquello? Cuando llegamos, fuimos recibidos con calidez y hospitalidad por aquella familia inmensa y tan diferente a la nuestra. Estaban todos unidos en plena guerra.

La mesa rebosaba de platos que desprendían aromas irresistibles, y la atmósfera, cargada de risas y conversaciones animadas, hacía olvidar por un momento que la guerra seguía fuera, como una sombra lejana. Allí, en ese rincón donde la vida parecía detenerse, nos sumergimos en los rituales que ellos practicaban con devoción, mientras nosotros los observábamos con curiosidad. Cada gesto, cada palabra en su lengua desconocida, era un misterio que nos fascinaba. Carme, siempre más expresiva, me daba alguna patada por debajo de la mesa, sorprendida, o me susurraba emocionada: «Mira, mira, *nen*». Para nosotros, era como asistir a un espectáculo nuevo, lleno de tradición, y, aunque no entendíamos del todo su significado, lo vivíamos con intensidad, como si formáramos parte de algo más grande.

La comida, abundante y exótica, era un festín. Carme y yo no paramos hasta que cada plato quedó vacío. Teníamos tanta hambre que apenas podíamos disimularlo. No comíamos, engullíamos, como si cada bocado fuera una carrera para llenar ese vacío constante que llevábamos dentro. A mi abuela, sentada a mi lado, se le notaba el esfuerzo por mantener las formas. Su porte, que en otro tiempo había sido el de una señora bien educada, ahora se veía torpemente desdibujado por la crudeza que la guerra le había enseñado. Aun así, hacía lo posible por mantener una dignidad que, en aquel contexto,

parecía un lujo innecesario.

Los ojos de los anfitriones nos seguían con una mezcla de compasión y simpatía. Ellos parecían entender que, aunque estábamos en su mesa, aún arrastrábamos el peso de la guerra en nuestras entrañas. Al final, cuando ya no quedaba nada, nos recostamos en las sillas, agotados pero satisfechos. Por un momento, el hambre y el miedo se habían desvanecido, reemplazados por una extraña sensación de pertenencia.

Fue una noche mágica, llena de risas, canciones y bendiciones.

Tras aquel día, Pablo siempre aparecía en la puerta de la universidad con algo para llevarme a casa y repartirlo con Carme. Que si un trozo de queso que había hecho su hermana Isabela, que si unos pasteles que su madre había comprado en una pequeña pastelería que quedaba abierta en la Plaza de Cataluña y que no les apetecían tanto, que si unas hierbas para preparar una infusión y templar el cuerpo que había encontrado en la cocina del colegio, que si unas pinturas que su madre había hallado por casa y a las que pensaba que yo daría mejor uso…

Pablo se despertó mientras el sol se escondía detrás de los edificios y me miró a los ojos.

—¿Te has dado cuenta de lo felices que somos aquí?

Asentí, sintiendo una calidez en el pecho que solo él podía provocar.

—Es como si el mundo se detuviera cuando estamos juntos—, añadió, y en ese momento supe que no había otro lugar en el mundo donde preferiría estar.

Las tardes en su estudio se convirtieron en nuestro refugio. Mi grupo de pintura se había deshecho en el último mes. Sira y Marta, a principios de noviembre y con la noticia de la caída del Ebro y el avance nacional, habían huido de la ciudad con una intención: cruzar los Pirineos, con el poco dinero que tenían ahorrado de lo que habían vendido pintando, y llegar a París para empezar una nueva vida lejos de lo que se cernía sobre Barcelona. «Y vosotros también

deberíais hacerlo. Esto va a terminarse. Es cuestión de tiempo», me repitió Sira antes de subirse a aquel coche que les iba a llevar fuera de la ciudad. Yo me limité a sonreírle y abrazarla antes de que cerrara la puerta del automóvil.

Tras la batalla del Ebro, las tropas franquistas habían desgastado gravemente a los ejércitos republicanos acantonados en Cataluña, quienes vieron reducida su capacidad operativa por la pérdida de material de guerra y por las bajas en combate de soldados veteranos. La aviación republicana tampoco se hallaba en buenas condiciones, al tener casi un tercio de sus aparatos en mal estado e incapaces de operar en combate.

La retirada de las Brigadas Internacionales en octubre de 1938 había privado a la República de un contingente de tropas que, si bien resultaban muy pequeñas en número, sí eran experimentadas en la lucha. A este factor se unía la mala situación estratégica de Cataluña, rodeada por el Mediterráneo y por la zona bajo control franquista, aunque conservaba la frontera con Francia en su extremo norte, susceptible de ser atacada por los flancos sur y oeste y contando solo con los ríos Ebro y Segre como defensas naturales. Cataluña, a ojos del mundo, estaba perdida y Barcelona se perdería con ella.

Al irse mis amigas, yo dejé de ir a pintar todas las tardes. Tristán seguía en la universidad, pero demasiado atareado como para continuar con nuestro grupo reducido. Se limitaba a dar clases y poco más. Siempre iba perdido, buscando algo, tras sus gafas de culo de botella. Así que establecí mi sitio de pintura en el piso de Pablo con el caballete que su hermana, licenciada en Bellas Artes, me había prestado. Me quedaban meses para terminar, pero ¿qué iba a hacer si el mundo se estaba desmoronando?

Pintábamos, reíamos y, a veces, simplemente nos quedábamos en silencio, disfrutando de la compañía del otro. Era mi confidente, mi compañero, mi amor.

Aquella tarde, mientras pintaba casi desnudo un retrato de él solo con la camisa puesta, me di cuenta de cuánto había cambiado mi vida desde que lo conocí. Los colores parecían más vivos, las sombras menos oscuras. Pablo se acercó y sonrió. Me gustaba verlo

sonreír. No lo hacía muy a menudo. No teníamos muchas excusas.

—Eres increíble.

Y supe que, pasara lo que pasase, siempre tendría su apoyo. Mientras durara la guerra o si terminaba.

—¿Qué vais a hacer en Nochebuena? —le pregunté sin sacar la vista del lienzo.

Me dijo que nada, que cenarían, pero que nada más que aquello.

—Carme quiere que vengáis a cenar a casa —añadí finalmente.

—Hugo, no tenéis qué comer vosotros. No hace falta que nos invitéis —me dijo mientras se acercaba al caballete con su característica sonrisa.

—Sabes lo insistente que puede ser. Aceptad y ahorradme más trabajo. Además, le quedaba un collar de perlas que ha vendido. Igual hasta cae un trozo de carne.

Sonrió y me dio un beso en la frente justo antes de que volviera a meter la cabeza en su pintura, mientras él se marchaba pasándome una mano por mi hombro desnudo.

23 de diciembre de 1938: Comienza la batalla por Barcelona. Seis cuerpos del ejército franquista se lanzan sobre Cataluña en un frente que va desde los Pirineos hasta la desembocadura del río Ebro.

PABLO

Barcelona, diciembre de 1938

Iba cargado mientras bajaba por el Ensanche. Llevaba cuatro sillas, mi padre otras dos y mi hermano Kelim tres más. «Lo único: traeros sillas. Las hemos tenido que vender todas para comprar comida. Solo nos quedan dos», me había avisado Hugo cuando me invitó.

El frío se colaba por mi viejo abrigo de paño y el viento helado nos azotaba la cara mientras avanzábamos por las calles desiertas. La ciudad, que antes bullía de vida, ahora era un paisaje desolado de edificios medio derruidos y escombros. A lo lejos, se escuchaban los ecos de los bombardeos, recordándonos que la guerra no daba tregua ni siquiera en Navidad.

Al llegar a la casa de Hugo, nos recibió con una sonrisa cansada pero sincera.

—¡Pasad, pasad! El fuego está encendido y la comida casi lista —nos dijo mientras nos ayudaba a entrar las sillas.

Me saludó con un gesto de complicidad, mientras vi a mi madre y a Carme cruzar miradas. No sabía qué significaba aquello, pero tampoco quería. Deseaba que todo siguiese así. Un grupo de personas que se habían encontrado y decidían compartirse en un mundo en el que vivir ya no valía nada. Compartir lo poco que quedaba.

Dentro, el ambiente era cálido y acogedor, un contraste marcado con el exterior. No había muebles, solo una mesa de cocina que habían movido al centro del salón. Solo tres sillas en ella.

La chimenea crepitaba alegremente, y el aroma de la carne asada llenaba la habitación, mezclándose con el olor a pino del árbol de Navidad improvisado con ramas recogidas del parque.

—¿Dónde habéis conseguido toda esa leña? —le pregunté a Hugo.

—Carme lleva toda la tarde yendo al parque a por ella. Igual que el árbol de Navidad. Son del mismo sitio —me respondió entre risas.

Nos sentamos alrededor de la mesa, cada uno en su silla traída de casa y, por un momento, la guerra pareció un recuerdo lejano. Carme sirvió la comida con manos temblorosas y todos nos miramos, conscientes de la fragilidad de ese instante de paz.

—Brindem —dijo aquella mujer con el pelo blanco, perfectamente peinado y bajo su vestido aterciopelado, levantando su vaso de vino aguado. Estaba tan delgada que podías ponerle una vela detrás y ver su interior—. Por la familia, por los amigos, y por la esperanza de que el próximo año sea mejor. *Collons, que açò acabarà, dic jo.*

La cena transcurrió entre risas y recuerdos, cada uno compartiendo anécdotas de tiempos mejores. Carme, con su voz grave y pausada, nos contó cómo había conseguido la carne a través de un viejo amigo que aún tenía contactos en el mercado negro.

—No es *molt*, pero es suficiente para que esta noche sea especial —dijo, mirando a su nieto con ternura.

Mi hermano Kelim, siempre el más optimista, empezó a hablar de sus planes para el futuro.

—Cuando todo esto termine, quiero abrir una pequeña tienda de comestibles —anunció, con un brillo de esperanza en los ojos—. Un lugar donde la gente pueda encontrar todo lo que necesita, sin tener que preocuparse por la guerra o la escasez.

Mis hermanas comían y mi madre reía sin parar, como hacía meses que no la veía, tras cada ocurrencia de Carme. Como si no estuviéramos en una guerra fratricida. La conversación se desvió hacia los sueños y las aspiraciones de cada uno, los pasados y presentes, y, por un momento, todos nos permitimos imaginar un futuro sin conflicto. Mi padre, que rara vez hablaba de sus sentimientos, confesó que lo único que deseaba era vernos a todos seguros y felices.

—No importa dónde estemos o qué tengamos, mientras estemos juntos —dijo, apretando la mano de mi madre.

De repente, empezaron a sonar las sirenas. No había tregua para nosotros. Por mucho que nos divirtiéramos, por mucho que tratáramos de celebrarnos, pero, si aquello no era el amor, en tiempos de guerra debía de asemejársele mucho.

4 de enero de 1939: Cae la localidad de Borjas Blancas (Lérida) a manos del Corpo Truppe Volontarie. Esto provoca el definitivo hundimiento de la resistencia republicana en el frente del Segre.

5 de enero de 1939: Comienza la ofensiva de Valsequillo al mando del general Escobar, un ataque republicano en Extremadura que pretende detener los combates en Cataluña. En los primeros días, el ataque prospera y logra ocupar 500 km², pero la ofensiva franquista en Cataluña continúa y para el 15 de enero el ataque republicano queda finalmente estancado.

15 de enero de 1939: Francia vuelve a autorizar el tránsito de armas hacia la república española.

HUGO

Barcelona, enero de 1939

Sonó el timbre. Me despertó de mi sueño. Era la primera noche en muchos meses que nadie me despertaba: ni las sirenas, ni un ruido lejano, ni tan siquiera yo con las palpitaciones que se habían apoderado de mi corazón.

Me despertó el timbre, pero vi pasar a Carme corriendo como lo hacía: con su delgadez extrema y arrastrando sus manoletinas de estar por casa hacia la puerta principal.

Escuché el ruido de la puerta, dos hombres y una conversación con mi abuela. «Gracias, gracias. Sí, sí. *Adeu, adeu*», y después cerrar la puerta y echar el cerrojo. Poco a poco, sentí que las manoletinas volvían a acercarse a mí.

—*Nen*, despierta —dijo Carme mientras corría hacia la persiana para abrirla de un manotazo.

La luz de la calle entraba en la habitación. Era una luz de enero. Una luz de una mañana de enero en Barcelona. Los rayos del sol se filtraban a través de las cortinas, dibujando patrones dorados en el suelo de mármol. Me desperté, tratando de abrir los ojos entre la neblina del sueño.

Carme estaba nerviosa, daba vueltas sin parar por la habitación. Iba y volvía y deshacía lo andado para volver a recorrerlo. De repente, abrió el armario y empezó a meter ropa dentro de una mochila.

—¿Me vas a decir qué pasa? —le pregunté mientras me incorporaba en la cama.

—Que te han llamado a filas.

En ese momento, me quedé callado. La noticia me golpeó como un mazazo. Carme seguía metiendo ropa en la mochila, sus manos temblaban ligeramente. Me levanté de la cama y me acerqué a ella, intentando procesar lo que acababa de escuchar.

—¿Cuándo? —pregunté, tratando de mantener la calma.

Me senté en el borde de la cama, sintiendo el peso de la situación. La habitación, que momentos antes parecía tan tranquila, ahora se sentía opresiva. Finalmente, Carme se detuvo y se volvió hacia mí, sus ojos llenos de preocupación.

—No quiero que te vayas —susurró.

Me levanté y la abracé, sintiendo su cuerpo tembloroso contra el mío. No sabía qué decir para consolarla, porque a mí también me invadían el miedo y la incertidumbre. Pero, en ese momento, lo único que importaba era estar juntos.

Carme se apartó de mi abrazo y me miró con determinación.

—No podemos dejar que te lleven —dijo con su voz firme—. No eres un soldado, Hugo. Eres un artista. No sobrevivirías en el frente.

Me quedé en silencio, asimilando sus palabras. Carme comenzó a caminar de un lado a otro, su mente sin duda trabajando a toda velocidad. Era rápida a pesar de su edad y audaz en tomar decisiones. Movía los hilos en Barcelona, conocía a todo el mundo, aunque la guerra la había arrastrado a la ruina. Sabía de dónde tirar y de dónde no.

—Tengo una idea —dijo, finalmente—. Conozco a alguien que puede ayudarte a salir de la ciudad. Un amigo de la familia que tiene contactos en la Resistencia. Podríamos conseguirte un pasaje seguro fuera de Barcelona.

—Y, luego, ¿qué? —pregunté, sintiendo una mezcla de esperanza y miedo.

—Luego te vas con tus amigas a París. Tienes la dirección de Marta y Sira, te escribieron hace poco. Nadie te buscará allí. Tu sitio es París, Hugo*. Tuets* un artista. Barcelona caerá en manos *dels fills de putes estos en qualsevol moment.* Podrás seguir pintando, *nen*, escribiendo, haciendo lo que amas, hasta que todo esto termine.

La idea de escapar me llenó de alivio, pero también de preocupación por Carme.

—¿Y tú? —pregunté—. ¿Qué harás tú?

—Me quedaré aquí y haré todo lo posible para mantenerte a salvo. No te preocupes por mí, Hugo. Lo más importante es que estés a salvo. Se lo prometí a tu madre y lo voy a cumplir.

En otoño de 1935, España vivía momentos de gran agitación y

tensión política. La Segunda República, instaurada en 1931, atravesaba una de sus etapas más convulsas.

El 19 de septiembre de 1935, había estallado el escándalo del estraperlo, un caso de corrupción que sacudió los cimientos del gobierno.

En las ciudades, la gente se enfrentaba a una creciente polarización política. Las discusiones sobre el gobierno y los escándalos de corrupción eran comunes en los cafés y plazas. Las manifestaciones y huelgas se volvieron más frecuentes, lo que a menudo resultaba en enfrentamientos con la policía. La tensión era tal que muchas personas temían por su seguridad y la de sus familias, y mi madre, al final, también lo había hecho por mí. Temía por su hijo, el artista, que creía en el arte y la libertad que le había inculcado en una casa acomodada y que, en Oviedo, aquello cada vez era más complicado.

La situación era tensa y cargada de recuerdos recientes de la Revolución de Asturias de 1934. Aunque la insurrección había sido sofocada, las secuelas seguían presentes en la vida cotidiana de la ciudad. Los mineros y trabajadores de la región, liderados por socialistas, comunistas y anarquistas, tomaron las armas y se enfrentaron al ejército en una lucha feroz. Oviedo fue uno de los principales escenarios de este conflicto, con combates calle a calle y una represión brutal por parte del gobierno.

Para septiembre y octubre de 1935, Oviedo aún se recuperaba de los estragos de la revolución. La ciudad estaba marcada por la destrucción y la represión. Muchas familias habían perdido a seres queridos y la desconfianza hacia el gobierno central era palpable. La economía local también sufría, con muchas minas y fábricas cerradas o funcionando a medio gas debido a los daños y la falta de inversión.

Una mezcla de miedo y esperanza impregnaba la vida cotidiana en Oviedo. Miedo a nuevas represalias y a la inestabilidad política, pero también esperanza de cambio y justicia social. Las conversaciones en las tabernas y plazas giraban en torno a la política y las injusticias sufridas, y la solidaridad entre los trabajadores se mantenía fuerte.

Por eso mis padres me habían enviado a Barcelona. Para

protegerme.

En un par de llamadas y cartas, mi abuela se había puesto al corriente de mi llegada y organizado todo en la universidad a través de unos conocidos y tirando de otros hilos que recordaba tener. «Hazle caso a tu abuela, Hugo. Ella conoce Barcelona. Y nos vemos pronto», me dijo mi madre despidiéndonos en la vía del tren. Después estalló la guerra, cayó Oviedo, cesaron las comunicaciones… y mi abuela se convirtió en la reina del estraperlo para que yo sobreviviera y pudiera estudiar.

Asentí a Carme, sabiendo que no tenía otra opción para salvar mi vida que irme lejos. Ella comenzó a hacer llamadas y a organizarlo todo con una eficiencia que me sorprendió. En cuestión de horas, ya teníamos un plan en marcha. Esa misma noche, con la mochila al hombro, me iría a París. Solo quedaba un problema. Más que un problema era un amor, pero parecía que el amor no nos estaba permitido, escondidos siempre en aquel estudio de la calle Aviñón. ¿Qué pasaría con Pablo?

Me senté en el borde de la cama con la mirada perdida y sentí que Carme me observaba desde el armario mientras esperaba a que los contactos que había movido le dieran una respuesta.

—¿Qué pasa, *nen*?

Negué con la cabeza, pero insistió en saber:

—¿Es por el *xicot* este?

Volví a negar con la cabeza mientras contenía la respiración.

—Va, *nen*, que no me la das. Sé lo que hay entre vosotros, esa mirada no puede fingirse ni esconderse. ¡*Això és* amor!

—¿Cómo lo sabes? —pregunté abriendo los ojos como platos mientras empezaba a llorar.

—*Home*, Hugo, os tengo muy vistos —comenzó a decir acercándose a mí, con sus pasos lentos, arrastrando las manoletinas, hasta sentarse a mi lado en el límite de la cama—. He tenido muchos amigos como vosotros, *nen*. Carolo y Luccio, ¿te acuerdas de ellos? Los amigos de tus padres, con los que coincidí aquellas navidades en Oviedo, ¿recuerdas? Eran pareja. Es natural. El amor no lo habéis inventado vosotros. Y esta guerra *de merda* acabará y los tiempos están cambiando, pero, mientras, tienes que irte. Y

Pablo debería irse contigo. En París seréis libres y, cuando hayamos ganado la guerra, volveréis a Barcelona. Esto es cuestión de meses.

Y me dio la mano. Mi abuela me tendió la mano y yo apoyé mi cabeza sobre su hombro, que olía a hogar. Era una mezcla entre café y el jabón que usaba para lavarse el batín de andar por casa. Era el olor de lo que, a esas alturas, ya se había convertido en mi hogar.

—¿Crees que ganaremos la guerra? —le pregunté con angustia.

Ella me miró.

—Pues más nos vale, porque tú no tienes edad para entender lo que hacen los vencedores con los que han perdido.

Aquella mañana empezó a llover en Barcelona. Enero nos saludaba así, con la distancia de la gente que formaba cuadrantes en las calles. La lluvia se abatía sobre la ciudad, rápidamente, sin tiempo para pensar en qué estaba pasando realmente. Caía sin cesar, precipitada y húmeda sobre el balcón de mi habitación.

—Y ahora ve a contárselo —fue lo último que dijo saliendo de la habitación— y yo me encargaré del resto.

Me vestí con lo primero que encontré. Una camisa blanca de la que dejé dos botones desabrochados y los puños de las mangas abiertos. Me puse unos pantalones de pinzas que tenía tirados por el suelo y los zapatos antes de salir corriendo por la puerta de casa.

Al salir a la calle, el aire frío de la mañana de la ciudad me sorprendió con las diminutas gotas que caían, sin parar, sobre mí, mojándome a medida que corría calle abajo. El rostro, el pelo despeinado que no había perdido el tiempo en arreglar, la camisa de algodón, el pantalón, todo iba empapándose mientras yo trataba de llegar a aquel edificio del Gótico. Corría y corría, pero sentía que dentro de aquel sueño que estaba viviendo no me obedecían el corazón, ni las piernas, ni los brazos, ni la mente, que iba mucho más rápida de lo que lo hacían mis piernas, mis brazos, mi corazón. Mil vueltas a la cabeza, mil cosas rondándome.

La ciudad estaba vacía, era demasiado pronto para que los pocos que quedaban en ella estuvieran despiertos. A mi paso, solo encontraba a los escasos comerciantes que podían mantener abierto su establecimiento apilando lo poco que tenían en los mostradores, o sacando a la puerta lo que se les había puesto malo para que

alguien con menos suerte que sus compradores tuviera algo que llevarse a la boca, o hablando con algún vecino con insomnio como yo; también me encontraba con patrullas de milicianos, que siempre iban de dos en dos, buscando pisos, entrando en ellos tras llamar a las puertas y, suponía, dando la misma noticia que me habían dado a mí.

Imaginaba todo. Mi mente no paraba de funcionar. Imaginaba a sus madres llorando, a sus padres —si habían tenido la suerte de no ser enviados al frente anteriormente— conteniendo el llanto, a los hermanos y hermanas corriendo de aquí para allá si los tenían los llamados, buscando lo necesario para meterlo en los zurrones. Y los imaginaba a ellos, con sus dos reacciones posibles. Imaginaba a los decididos, que no valientes sino inconscientes, preparados para ir a luchar armados con su desconocimiento sobre el campo de batalla frente a los ejércitos profesionales de los nacionales y sus aliados; y a los prudentes, asustados, que irían, a sabiendas de que morirían allí porque no resistirían; y a los que quedarían como unos cobardes, como yo, a los traidores de la patria. A ellos también, que estarían tratando de huir a la desesperada. Imaginaba a sus madres, padres, abuelos y abuelas, moviendo cielo y tierra, como Carme, para sacarlos de Barcelona, pero también imaginaba a las familias que alentaban a sus hijos a marchar a aquel infierno «por la República». La puerta del averno estaba allí, en el frente, entre muertes y soldados. Entre unos y otros, entre fuego y disturbios. Entre las ideas de unos y otros y nosotros, que éramos los que nos jugábamos la vida. Los peones.

—Más vales traidor que muerto, Hugo —me había dicho mi abuela antes de salir de casa de un portazo, y así lo creía yo también.

Llegué a la calle Aviñón empapado. Subí las escaleras hasta aquel último piso y, de pie frente a la puerta de madera, empecé a aporrearla mientras trataba de recuperar el aliento.

—¡Hugo! —exclamó Pablo al abrir la puerta con sorpresa—. ¡Estás empapado! Entra, entra.

Me agarró por la espalda con su mano y me empujó al interior de su estudio mientras cerraba la puerta. Estaba temblando, por frío y miedo, una mezcla curiosa de ambos.

Iba arreglado, preparado para irse a trabajar enfundado en su traje de invierno con rayas diplomáticas y su pelo moreno perfectamente peinado.

Me sentó en una silla y él lo hizo en otra frente a mí.

—¿Qué ha pasado? —me preguntó tratando de tranquilizarme mientras su mano rozaba la palma de la mía.

Sorbía los mocos que se me habían acumulado en la nariz. Seguía temblando, pero logré responderle en un tartamudeo:

—Que me han llamado a filas.

Su rostro se volvió serio, mucho más de lo que ya estaba, y su mano se fue soltando, poco a poco, de la mía mientras la mirada se le iba perdiendo entre las manchas de humedad que se habían ido formando en la pared.

—¿Y qué vas a hacer? Tú no puedes ir al frente. Aquello no es para ti.

No era para mí, claro que no, pero aquello no se lo merecía nadie.

—No voy a ir, Pablo —le respondí tratando de que volviera a centrar sus pupilas con las mías.

Se levantó de la silla y las perneras de sus pantalones, que habían dejado visibles los calcetines al sentarse, volvieron a caer sobre sus zapatos. Fue moviéndose, lentamente y con la mirada perdida, por la habitación. Iba y venía, en silencio, hasta que se posó sobre la única ventana que había, esa por la que un vez entraban los rayos que un día me habían dejado pintarlo en ese retrato que había arrumbado junto a muchos otros en un lado, y me preguntó:

—¿Y dónde vas a ir?

—Me voy de España. He pensado —tartamudeé—, bueno, Carme ha pensado en que me vaya a París. Sira y Marta están allí. Debimos de habernos ido con ellas.

—¿Está loca? ¡Te van a matar!

Pablo se quedó en silencio, mirando por la ventana como si buscara respuestas en el horizonte de nuestra Barcelona enmarañada entre nubes de tormenta. Los tirantes que le ajustaban el pantalón a la cintura le apretaban la camisa en la zona de las escápulas, marcándoselas ligeramente bajo su camiseta interior. Finalmente, se giró hacia mí, con los botones desabrochados hasta

la mitad del pecho, enseñando el vello y la piel clara, casi transparente. Tenía una mezcla de tristeza y determinación en los ojos.

—No puedo dejar que te vayas solo —dijo con voz firme—. Si te vas, yo también me voy contigo.

—¿Qué? ¡No puedes hacer eso! —exclamé, sintiendo una mezcla de alivio y preocupación—. Tu familia te necesita aquí.

—Y yo te necesito a ti —respondió, acercándose y tomándome las manos—. No puedo quedarme aquí sabiendo que estás en peligro. No quiero que te vayas solo con la idea de que no volvamos a vernos. París puede ser nuestra oportunidad de empezar de nuevo, lejos de esta guerra.

—Pablo… no puedes irte así.

—La guerra está perdida, Hugo. —Bajó la mirada—. No podemos quedarnos a esperar a que entren. Ya sabes lo que harán con los que estuvimos del lado republicano… Has visto lo que les hacen los nuestros a los que eran del otro bando. Desaparecen.

—No todo está perdido —repliqué, con la voz quebrada—. Barcelona aún resiste. Todavía hay quienes luchan.

—¿Luchar? —dijo con amargura—. ¿Con qué? ¿Con fusiles sin munición? ¿Con esperanzas rotas? Mira alrededor, Hugo. La ciudad se muere de frío y de hambre. Solo quedan los que no tienen a dónde ir. Nosotros tenemos la oportunidad y yo estoy enamorado de ti. Creo que esto es lo que la gente llama «amor». Y me quiero ir contigo.

—¿Y tus padres?

—Mis padres podrían entenderme, Hugo. Ellos también se casaron por amor. Vinieron a Barcelona por amor, por intentar criarnos libres, por formar una casa. Quizá la libertad desaparezca de Barcelona cuando entren, y yo no quiero tener mi casa sin ti.

Nos quedamos en silencio, mirándonos a los ojos, sintiendo el peso de la decisión que estábamos a punto de tomar mientras las gotas de lluvia golpeaban el cristal con fuerza. Sabíamos que no sería fácil, pero también que no podíamos seguir viviendo con el miedo y la incertidumbre que la guerra nos había impuesto.

—Está bien —dije finalmente, apretando sus manos—. Nos iremos

juntos. Pero tenemos que ser cuidadosos. No podemos permitirnos cometer errores.

Pablo asintió y, por primera vez en mucho tiempo, vi una chispa de esperanza en sus ojos. Éramos conscientes de que el camino sería difícil, pero mientras estuviéramos juntos sentía que podría enfrentarme a todo.

Esa noche, mientras el sonido lejano de los bombardeos resonaba en la ciudad, comenzamos a planear nuestra huida en casa con mi abuela. Sabíamos que no podíamos confiar en nadie más que en ella, así que cada detalle debía ser cuidadosamente pensado entre los tres.

—No se lo puedes decir a tus padres, Pablo. No puedes volver a casa. Yo se lo diré cuando sea seguro.

Pablo miró a Carme, al otro lado de la mesa de la cocina, mientras revolvía su sopa de agua caliente.

—No puedo irme así, Carme —respondió con la vista clavada en su plato—. Los voy a matar.

—*Anem a vore, xiquet*. Si no los matas tú, lo harán ellos, a hambre o lo que sea, si no te presentas en el frente. Porque hoy han venido a por Hugo, pero ¿cuánto crees que queda para que vayan a por ti? Es mejor que no sepan nada.

—¿Y cuando vayan a buscarme y no esté?

—Un desaparecido de guerra más. Será que no hay…

Pablo se quedó mirándola. Tenía todo muy bien atado, pero siguió retándola, tratando de buscar la fisura en su plan:

—¿Y Hugo? Porque van a venir a preguntar. ¿Dónde estará Hugo?

—Hugo estará muerto —respondió tajante Carme.

La miré y después crucé la mirada con Pablo. El corazón empezó a latirme muy rápido, como si fuese a pararse en cualquier momento. Parecía que lo tenía todo controlado y yo, a cada paso que mi abuela iba dando sobre el tablero, parecía que iba a perder el control.

—*Ai, collons*, no me miréis así —añadió Carme con su acento catalán—. Muerto, sí. Hay muertos todos los días. A montones. Tifus, o el hambre. Mi amigo, el doctor Llor, me traerá esta misma noche el acta de defunción de Hugo. Esta vieja lo ha tenido que vender todo, pero aún le quedan buenos amigos que la salven.

El reloj en la pared marcaba cada segundo con un tictac que parecía resonar en toda la habitación. Afuera, la lluvia golpeaba suavemente contra las ventanas, una melodía melancólica que acompañaba nuestro mutismo.

La tensión en el aire era palpable, como si una sola palabra pudiera hacer que todo se desmoronara y, sin embargo, en ese silencio incómodo había una verdad que todos conocíamos pero que ninguno se atrevía a pronunciar.

Todos sabíamos que estábamos muertos de miedo, demasiado para dos personas tan jóvenes como nosotros y demasiado para ella también, tan mayor como estaba. Si la guerra la había rematado, el hambre la había masacrado. Bebía sin parar aquella sopa que no sabía más que a agua caliente.

—Necesitamos documentos falsos. —Pablo rompió el silencio—. Conozco a alguien que podría ayudarnos, pero es arriesgado.

—Eso ya está hecho.

Carme se acercó a la mesa y dejó caer un sobre grueso frente a Pablo.

—Aquí están los documentos —dijo con voz firme—. Pasaportes, identificaciones, todo lo que necesitáis para cruzar la frontera sin levantar sospechas. Falta añadir tu foto. No tenía una como la de Hugo. Van pegadas.

Pablo tomó el sobre y lo abrió con manos temblorosas. Dentro, encontró dos pasaportes con nombres falsos. También había permisos de trabajo y cartas de recomendación, todo perfectamente falsificado.

—¿Cómo conseguiste esto tan rápido? —preguntó Pablo, impresionado—. Además, no sabías que me iba a ir con Hugo.

Carme sonrió con un aire de misterio.

—Martí tiene sus contactos. No pregunté muchos detalles, pero parece que esta persona tiene experiencia en ayudar a gente en situaciones como la nuestra. Y soy vieja, pero no tonta. Sabía que te ibas con él. Es importante que tiréis vuestros documentos cuanto antes. Deshaceos de ellos. Esas personas ya no existen. Rompedlos y tiradlos. O coméroslos, yo qué sé… Lo que consideréis más seguro.

Yo, que había estado escuchando en silencio, me acerqué y tomé

uno de los pasaportes. Lo examiné detenidamente antes de mirar a Carme.

—¿Es seguro? —pregunté con preocupación.

—Tan seguro como puede ser en estos tiempos —respondió Carme —. Pero no tenemos otra opción. Tenéis que salir de aquí antes de que sea demasiado tarde.

Pablo asintió, sabiendo que Carme tenía razón. La guerra civil había convertido nuestro hogar en un lugar peligroso, y cada hora que pasábamos allí aumentaba el riesgo. A mí se me acababa el tiempo y a él eso, al final, lo mataba.

—Entonces, ¿cuál es el plan? —pregunté decidido.

Carme desplegó un mapa sobre la mesa y señaló una ruta.

—Saldréis antes del amanecer. Para cuando despunten los primeros rayos de la mañana, estaréis ya bien lejos de Barcelona. Un chófer os llevará hasta los Pirineos. Tomaréis caminos secundarios para evitar los puestos de control y preguntas innecesarias. Las salidas por carretera están todas controladas, por lo que os tendrá que dejar en la senda que conecta con Francia y esté más lejos de los puestos. Con suerte, llegaréis a la frontera en dos días.

Pablo y yo intercambiamos miradas, conscientes de los peligros que nos esperaban. Pero también sabíamos que era su única oportunidad de escapar y empezar una nueva vida.

—Entonces estamos listos —dijo Pablo finalmente, con determinación en su voz.

—No tenemos otra opción —respondí—. Si nos quedamos, tarde o temprano nos encontrarán.

Pasamos horas discutiendo cada detalle, como si nuestras vidas dependieran de ello, porque, en realidad, así era. Desde cómo cruzar la frontera sin ser detectados, hasta cuál sería el primer pueblo que buscaríamos para refugiarnos, todo debía ser planificado al milímetro. Cada paso, cada desvío en el camino, cada lugar donde podríamos escondernos, todo estaba en juego. No había margen para el error; cualquier equivocación significaba el fin.

La ruta hasta París se dibujaba como una línea difusa en nuestras mentes, pero trazábamos un plan con la esperanza de que fuera nuestra salvación. Sabíamos que las montañas supondrían un

desafío, y que los controles militares no nos lo pondrían fácil. Pero, con la guerra devorándolo todo a nuestro alrededor, no había otra opción. Escapar era lo único que nos quedaba.

Cuando llegó el momento, el silencio se apoderó de nosotros. Las palabras ya habían sido dichas, los planes hechos, pero ahora el miedo se colaba por cada rincón de la habitación. Nos miramos, intentando transmitirnos valor. En nuestros ojos se leía la misma mezcla de miedo y determinación. El nerviosismo nos consumía por dentro, y lo sentíamos como un peso en el pecho.

Pablo no paraba de temblar, sus manos agitadas se aferraban al abrigo como si fuera lo único que lo mantuviera en pie. Quería decirle algo, cualquier cosa que lo calmara, pero yo mismo me sentía paralizado. Mi mente corría a toda velocidad, pero mi cuerpo no respondía. El miedo era tan grande que casi no podía moverme.

Sabía que no podía permitirme dudar en ese momento, pero la verdad es que no sabía qué hacer. Todo lo que habíamos planeado, todo lo que habíamos discutido parecía tambalearse en ese instante. Pero no podíamos echar marcha atrás. Con un último intercambio de miradas, tomamos aire y, aunque ambos estábamos aterrorizados, sabíamos que había llegado la hora de actuar.

—Lo haremos —dije, sintiendo una mezcla de miedo y esperanza —. Nos iremos de aquí y empezaremos una nueva vida en París.

Pablo asintió y, por un momento, el peso de la guerra pareció desvanecerse. Teníamos un plan y, lo más importante, nos teníamos el uno al otro.

Carme había empaquetado lo esencial y mientras ella se paseaba en silencio arriba y abajo del pasillo, llenando las bolsas, nosotros nos despedimos de los lugares que habíamos conocido toda nuestra vida. Cada paso que dábamos nos acercaba más a la libertad, pero también aumentaba el riesgo. Y llegó la hora de irnos. Con el corazón latiendo con fuerza, nos dirigimos a la puerta de la casa. El viaje sería largo y peligroso, pero sabíamos que era nuestra única oportunidad.

—¿Estás listo? —pregunté, tomando la mano de Pablo.

—Sí —respondió, apretando la mía con fuerza—. Juntos podemos hacerlo.

Pablo se acercó a Carme y la abrazó. Como un nieto abraza a su abuela. Mi abuela se sonrió y lo acercó a su cuerpo, débil, pero apretándolo con fuerza contra ella. Hacía mucho que no la veía sonreír, aunque lo hacía con pena.

—¿Y tú? ¿Qué vas a hacer tú? —le pregunté con los ojos llenos de lágrimas.

—*Nen, el que he fet sempre*: sobrevivir. Vivo sola y no busco remedio contra la soledad.

Me sonreí mientras empezaba a llorar. Era tan inevitable.

Carme se lanzó sobre mí y me abrazó, acariciándome suavemente el pelo antes de soltarme. Sus ojos reflejaban una mezcla de tristeza y determinación.

—No te preocupes por mí, *nen* —me dijo con una sonrisa forzada —. Lo importante es que estéis a salvo.

Asentí, aunque la preocupación no me abandonaba. Sabía que dejar a Carme atrás era una de las decisiones más difíciles que tendría que tomar.

—Prométeme que te cuidarás —dije con la voz quebrada.

Carme asintió lentamente.

—Lo prometo. Y *ñas*, que se me olvidaba darte esto.

Me dio otro sobre, lleno de pendientes, pulseras y colgantes de oro.

—Carme, no puedo aceptar esto.

—Claro que puedes. El dinero republicano no vale nada en Francia y, dentro de poco, aquí lo hará menos. Eso es tu billete a París. Es lo que me queda por vender. Tú lo necesitas más. Y la foto que nos hicimos los dos cuando dimos aquel paseo por la Barceloneta cuando llegaste, ¿te acuerdas? Te la he guardado. Así te acordarás de mí en París.

—Volveré a por ti —le dije, mirándola a los ojos.

—Lo sé —respondió ella, con una sonrisa triste—. Ahora idos. Ya.

Me despedí de Carme con un abrazo largo y lleno de promesas. Aquello terminaría muy pronto y volvería a casa. Volvería a llamar «casa» a Barcelona muy pronto.

Mientras bajábamos por las escaleras, no podía dejar de pensar en Carme. En lo mayor que estaba, en lo débil, en lo que se quejaba

siempre que le dolía la cadera y las migrañas; en que no le debía de quedar nada de dinero para sobrevivir. Cada paso que daba me alejaba más de ella.

—¿Crees que estará bien? —me preguntó Pablo, rompiendo el silencio.

Asentí con una falsa determinación.

—Sí, es fuerte. Siempre lo ha sido. Y volveremos pronto. Ya verás.

Pero la vida nos tenía su destino planeado.

El silencio volvió, denso, casi sagrado. Al cruzar la puerta del edificio modernista de la calle Aribau, fuera, Barcelona agonizaba, y entre nosotros dos quedaba suspendido el último gesto de un tiempo que ya se estaba desmoronando.

23 de enero de 1939: Juan Negrín y el Consejo de Ministros acuerdan declarar el estado de guerra y asignar al Ejército Popular Republicano la autoridad civil en retaguardia así como la subordinación de las autoridades políticas a las militares. Sin embargo, esta medida carece de utilidad práctica, en tanto que la línea del frente ya está a 25 kilómetros del centro de Barcelona y los jefes militares se encuentran más urgidos de

evitar la mayor desmoralización de sus tropas que de hacerse cargo de la autoridad civil. Tampoco ayuda a esto que el gobierno de la República declarase el «estado de guerra» —y la sujeción de las autoridades civiles a las militares— tras treinta meses de combates, determinación que el «bando nacional» sí ha tomado casi desde el inicio de la guerra. La desmoralización entre la tropa y los ciudadanos republicanos es palpable. Sin munición ni ayudas internacionales, la población

considera la guerra perdida.

PABLO

Pirineo catalán, a un día de viaje de Maçanet de Cabrenys, enero de 1939

Estábamos exhaustos, empapados y ateridos.

Iba delante, tratando de guiar a Hugo como si supiera dónde teníamos que ir. Todo me parecía igual y las indicaciones que aquel conductor nos había dado al dejarnos a las afueras de Figueres me eran confusas. Todo estaba tapado por la nieve desde hacía kilómetros.

La nevada era incesante y cubría el paisaje con un manto blanco que hacía difícil distinguir el camino. Hugo, a pesar del cansancio, mantenía el paso firme, confiando en que llegaríamos a salvo. La guerra había dejado su marca en los dos. Estaba delgado, la cara se le estaba empezando a pelar y, muerto de frío bajo su abrigo de paño y su bufanda granate que Carme le había colocado al cuello y que, según le había dicho, era del abuelo, la llevaba cada vez más apretada en un intento de esconderse tras ella..

«Cuando lleguéis a Maçanet de Cabrenys, a partir de ahí, debéis seguir un camino que sale hacia el norte. No tiene señal. Lleva a la frontera y, de ahí, directos a Céret. Es el mismo camino. No debe de quedaros más de una jornada de viaje». Todo eso nos había dicho aquel conductor cuando nos despedimos, antes de que arrancara y volviera a perderse entre la niebla espesa. Allí, según lo acordado con Carme y el doctor, debíamos de buscar a Yasin, el cabrero. Él se encargaría de llevarnos a Perpiñán y, de ahí, tomaríamos un tren que nos llevaría a París.

El viento seguía soplando con fuerza, y la nieve no daba tregua. Cada paso que dábamos parecía más pesado que el anterior. Hugo, a pesar de su delgadez y el frío que lo azotaba, no se quejaba. Su determinación era admirable. Yo solo quería rendirme, pero cuando me giraba lo veía siempre fingiendo una sonrisa y eso me daba

fuerzas para seguir adelante.

Me había enamorado de él. No sabía si aquello era habitual o posible en algún sitio, pero lo quería más que como amigos. Recordaba las tardes en mi piso, cuando llegábamos y me besaba, o cuando lo hacía yo, o cuando me pintaba. Esos momentos eran un refugio en medio del caos que nos rodeaba, un oasis de paz y amor en medio de la tormenta.

En plena guerra, cada día era una lucha por la supervivencia. Las bombas caían sin cesar, y el sonido de los disparos era constante. Pero, en aquellos momentos, cuando estábamos juntos, todo eso desaparecía. Nos refugiábamos en nuestro pequeño mundo, donde solo existíamos él y yo. Donde lo nuestro era posible.

Por aquel camino, recordaba una tarde en particular. Nos encontrábamos en mi piso, tras haber escapado por unas horas del miedo que debíamos fingir que no teníamos. La luz del atardecer se filtraba por las ventanas, creando un ambiente cálido y acogedor. Habíamos hecho el amor toda la tarde.

Él estaba sentado en el suelo, con un lienzo frente a sí, y yo me encontraba tirado en la cama, entre las sábanas, observando cada trazo de su pincel.

—¿Qué estás pintando? —le pregunté, aunque ya conocía la respuesta.

—A ti —respondió sin apartar la vista del lienzo.

Me acerqué y vi cómo su mano se movía con precisión, capturando cada detalle de mi rostro. Era un retrato lleno de vida, de amor. En ese momento, me di cuenta de que, a pesar de la guerra, a pesar de todo el sufrimiento, habíamos encontrado algo hermoso. Habíamos encontrado el amor.

Nos miramos a los ojos y, sin mediar palabra, nos besamos. Fue un beso lleno de promesas, de esperanza. Un beso que nos recordaba que, aunque el mundo a nuestro alrededor se desmoronara, nosotros seguiríamos adelante, juntos.

Después, se lanzó sobre mí, en la cama, y rápidamente se quitó la camisa que se había puesto por encima.

Estaba desnudo, frotando su sexo contra el mío. Desnudo. ¿Cómo habíamos llegado a aquello?

Desnudo, Hugo era simple, sin límites, como el roce de nuestras manos entre la fricción de las sábanas. Era real, liso, huesudo, frío y a la vez templado, caliente en algunas zonas, transparente en otras tan delgadas como el trigo, desnudo, desprotegido, y fino como bordados de una mantilla, y pálido como la luna, salvo por el tono rosáceo de sus mejillas. La medicina de mi locura: a veces, como el agua bendita y, otras, como la dinamita que caía cada noche sobre nosotros.

Desnudo era azul, pero no un azul claro como el día en el Raval, más bien un azul oscuro como el mar, como un mar azul oscuro que parecía violeta cada noche. Era pequeño, como las uñas, curvado y sutil, nacido de día y escondido por las noches.

Todo aquello había quedado en mi piso de Barcelona. Sus lienzos, sus pinturas, su caballete, mis sábanas, el nosotros a tiempo parcial… Todo era un recuerdo por aquel camino que prometía libertad, que ansiaba una prometida tranquilidad. Con cada paso que dábamos, nos alejábamos más de la guerra y nos acercábamos a nuestro sueño de vivir en paz.

La noche había caído y el frío se hacía más intenso. Nos refugiamos en un pequeño bosque, cerca de la frontera con Francia. El sonido de los grillos y el susurro del viento entre los árboles nos acompañaban mientras nos acurrucábamos bajo una manta, compartiendo el calor de nuestros cuerpos, a pesar de que la nieve nos iba empapando por momentos. Un suspiro de alivio escapó de mis labios. Sabía que aún nos quedaba un largo camino por recorrer.

—¿Crees que lo lograremos? —me preguntó, su voz apenas un susurro en la oscuridad. Salía de debajo de mis brazos, donde había acurrucado a Hugo para que entrara en calor.

—Sí, lo lograremos —respondí con firmeza, aunque en mi interior también albergaba dudas. Pero no podía permitirme mostrar debilidad. No ahora.

Agaché la cabeza y le di un beso en la mejilla. Estaba congelada. Mis labios también, pero sentía un cierto calor que no percibía en sus pómulos. Quizá porque eran míos y el pómulo era suyo o, quizá, porque hacía tanto frío que quemaba, que abrasaba, que hacía que se nos congelara la saliva al salir de la boca y empezara a ardernos

en contacto con la piel.

Allí acostado, pensaba en todo. En lo que dejaba atrás y lo que me quedaba. Una familia, un trabajo, una vida digna… todo por la libertad. ¿Merecía la pena? Debía de hacerlo. Tenía que merecer la pena. La libertad. Pero me parecía exótica, lejana y difusa y a menudo, de una forma repetitiva, me venía a la cabeza la idea de tirar la toalla, aunque no fuera posible. A ojos del mundo, yo había desaparecido entre los escombros de un edificio, bajo la explosión de una bomba o, quizá, de un disparo mal dado. Me buscarían, una y otra vez, pero no me encontrarían. Finalmente, sería uno más en aquella eterna lista de desaparecidos de la guerra. Y Hugo, Hugo había muerto. Su abuela se vestiría de luto y, según dictara el doctor en su certificado, escribiría una historia convincente para el mundo.

Pablo Barak y Hugo Martín habían desaparecido, ahora solo quedaban Pablo Martínez y Hugo Montero en sus respectivos pasaportes.

HUGO

Céret, Pirineo francés, enero de 1939

El sol comenzaba a despuntar en el horizonte, tiñendo el cielo de tonos anaranjados y rosados. A pesar del cansancio, aquella visión nos llenó de una energía renovada. Algo somnoliento, me froté los ojos y miré a Pablo con una mezcla de curiosidad y determinación. Entre la nieve, sobre aquella manta empapada y debajo de otra, arropados en nuestros abrigos también empapados.

—¿Cuánto falta para llegar a Céret? —pregunté, con la voz más fuerte ahora que el día comenzaba.

—No mucho, solo unas horas más —respondió, tratando de sonar optimista.

Sabía que el camino sería arduo, pero cada paso nos acercaba más a la libertad.

—No tienes ni idea, ¿no? —le pregunté con una sonrisa sincera.

—Exactamente.

Y empezamos a reírnos. Allí, en medio de la nieve y la nada más absoluta, había motivos para reírnos. La risa brotó de lo más profundo, como un torrente que rompe una presa. Era una risa liberadora, una válvula de escape para el estrés y la tensión acumulados. En ese momento, la risa nos recordó que, a pesar de todo, seguíamos siendo humanos. Nos conectó, nos hizo sentir vivos y unidos en nuestra lucha.

La ironía de nuestra situación también tenía su parte cómica. Perdidos en medio del Pirineo, empapados y sin un plan claro, la absurda realidad de nuestra travesía nos arrancó carcajadas. Era como si, al reírnos, estuviéramos desafiando a la adversidad, afirmando que no nos había derrotado.

Cada risa era un acto de resistencia, una chispa de esperanza que iluminaba nuestro camino. A pesar de no saber exactamente dónde estábamos o cuánto faltaba para llegar a nuestro destino, nos dio la fuerza para seguir adelante. En medio de la guerra y la

incertidumbre, encontramos un momento de luz y humanidad en nuestra risa compartida.

Caminamos toda la mañana en silencio, mientras arrancábamos unas migas al poco pan que teníamos y buscábamos, a la desesperada, algún matojo que creciera rebelde entre el frío para comerlo; escuchando el crujido de la nieve bajo nuestros pies y el canto de los pájaros que despertaban con el amanecer.

Finalmente, después de lo que parecieron horas interminables, divisamos las primeras casas de Céret. Un suspiro de alivio escapó de mis labios y sentí que una carga se aligeraba de mis hombros. Pablo sonrió y después, sin previo aviso, se puso a llorar. Por primera vez en días, vi un destello de esperanza en sus ojos y, cuando me acerqué a él, lo sentí fuerte, decidido, con ganas.

—Lo logramos —dije, más para mí mismo que para él.

Pero sabía que este era solo el comienzo. Aún quedaba mucho por hacer, muchos obstáculos que superar. Pero, por ahora, estábamos a salvo. Habíamos cruzado la frontera. Y eso era todo lo que importaba.

Desde que nos habíamos despertado, ya no nevaba, pero las afueras del pintoresco Céret, enclavado en los Pirineos Orientales, ofrecían un paisaje bucólico y sereno, donde la naturaleza y la historia se entrelazaban en un abrazo eterno. Los caminos polvorientos, llenos de nieve, serpenteaban entre campos de cerezos sin flor, cuyas ramas cargadas de copos blancos se mecían suavemente con la brisa. El aire estaba impregnado del fresco perfume de los pinos, ocultos bajo el frío y el susurro lejano del río Tech, que corría cristalino entre las rocas.

A lo lejos, las montañas del Canigó se alzaban majestuosas, con el brillo de sus cumbres nevadas bajo el sol del mediodía. Las colinas circundantes estaban salpicadas de viñedos y olivares, donde los campesinos trabajaban diligentemente, mientras sus voces y risas resonaban en el aire tranquilo. Las casas de piedra, con sus tejados de tejas rojas, se agrupaban en pequeños caseríos, cada uno con su propio huerto y jardín, sin vidas silvestres por el frío de enero.

Allí no había guerra, ni barbarie, aunque sí que llegaba el eco de los temores que azotaban a nuestra vieja España. Abracé a Pablo y

él apoyó su cabeza sobre mi hombro, mientras lloraba y reía a la vez, y sentía alivio y miedo, y temblaba y quería gritar. Era una mezcla de todo.

Allí, en aquel rincón de paz, ese rincón exquisito, lejos del estruendo de las bombas y el silbido de las balas, nos sentíamos como náufragos que, tras una tormenta feroz, habían encontrado una isla desierta. La guerra había quedado atrás, pero sus sombras seguían persiguiéndonos. Cada ruido nos hacía dar un respingo, cada sombra nos parecía una amenaza.

Pablo, con los ojos aún húmedos, me miró y dijo:

—¿Crees que algún día podremos olvidar todo esto?

No supe qué responder. Solo me eché a llorar yo también y me senté en el suelo, exhausto como estaba. Allí nos estaba permitido llorar. O no, no me importaba. Allí, después de todo lo vivido, los hombres lloraban.

La guerra nos había marcado de una manera que ni el tiempo podría borrar. Habíamos dejado atrás nuestras casas, nuestras vidas, y a muchos de nuestros seres queridos. Pero, al mismo tiempo, habíamos encontrado una nueva fuerza, una resiliencia que nunca supimos que teníamos.

La huida no solo fue física, sino también emocional. Cada paso que dábamos nos alejaba de la destrucción, pero también nos acercaba a un futuro incierto. Sin embargo, en ese momento, abrazados y compartiendo nuestras lágrimas y risas, sentí que, a pesar de todo, había esperanza. La guerra nos había arrebatado mucho, pero no había podido destruir nuestra humanidad.

Fuimos a buscar al cabrero, que nos habían indicado que nos llevaría a Perpiñán por un precio justo cuando fuese a llevar la leche a los establecimientos. No nos costó encontrarlo, era el único que estaba por el pueblo aprovechando los rayos de sol antes de que volviera a nevar, paseando al ganado, con todo el paisaje nevado a su alrededor. Pablo sacó unos billetes, pero le dijo que no con la mano. Era dinero republicano y la guerra, a ojos de Europa, estaba perdida. Pronto, aquello no sería más que papel mojado e inservible a ojos de cualquiera. El mundo tenía la mirada puesta en España.

Tuve que sacar el sobre que Carme me había dado y ofrecerle

unos pendientes de oro por el trayecto.

El cabrero los observó con detenimiento, sopesándolos en su mano, pensando mientras observaba las piedras que llevaban incrustadas. Finalmente, asintió con la cabeza y guardó los pendientes en el bolsillo. Nos indicó que subiéramos al carro, donde ya había varios bidones de leche listos para el viaje. Nos habían dicho que nos llevaría en furgoneta, pero no pusimos ningún inconveniente. Queríamos alejarnos al máximo de la frontera.

Subí al carro y le tendí la mano a Pablo para que subiese. Nos pusimos al fondo, uno a cada lateral.

El trayecto hacia Perpiñán transcurría en un silencio tenso, solo interrumpido por el crujido de las ruedas del carro sobre la nieve y el ocasional balido de las cabras. A medida que avanzábamos, el paisaje nevado se extendía hasta donde alcanzaba la vista, creando una atmósfera casi irreal. De repente, a lo lejos, divisamos una patrulla de guardias que se acercaba lentamente. El cabrero frunció el ceño y nos lanzó una mirada de advertencia girándose hacia nosotros desde su posición de conductor.

—No digáis nada innecesario —murmuró, mientras el carro se detenía.

Los guardias se acercaron con paso firme, sus uniformes oscuros contrastando con el paisaje nevado. Uno de ellos, con una expresión severa, nos hizo una señal para que bajáramos del carro.

—Pasaportes —pidió, extendiendo la mano.

Pablo y yo intercambiamos una mirada rápida. Sabíamos que nuestros documentos eran falsos, y cualquier error podría delatarnos. Con manos temblorosas, saqué mi pasaporte y se lo entregué. Pablo hizo lo mismo, tratando de mantener la calma.

El guardia examinó los pasaportes con detenimiento, observando los documentos y nuestros rostros alternativamente. El silencio se volvió insoportable, cada segundo parecía una eternidad. Sentí cómo el sudor frío recorría mi espalda, y noté que Pablo apretaba los puños, tratando de controlar el temblor en sus manos.

—¿De dónde venís? —preguntó el guardia con un tono lleno de sospecha.

—De un pequeño pueblo al sur —respondí, tratando de sonar

convincente—. Estamos de paso hacia Perpiñán.

El guardia asintió lentamente, pero no parecía convencido. Justo cuando pensé que todo estaba perdido, el cabrero intervino.

—Son amigos míos —dijo con firmeza—. Les estoy llevando a la ciudad. No hay nada de qué preocuparse. Llevan en Francia desde antes de que empezara la guerra. Trabajan allí, conmigo, me ayudan con el ganado.

El guardia dudó un momento más, pero finalmente nos devolvió los pasaportes y nos permitió continuar. Subimos al carro de nuevo, con el corazón aún latiendo con fuerza. Sentí un nudo en el estómago y mis manos seguían temblando ligeramente. Pablo, a mi lado, soltó un suspiro de alivio y se pasó una mano por el rostro, tratando de calmarse.

El cabrero nos lanzó una mirada de alivio y continuamos nuestro camino, sabiendo que habíamos estado a un paso de ser descubiertos.

Huíamos. No podíamos mirar atrás. Volver no era posible, solo buscar un futuro. Quizás un futuro en el que pasar media vida huyendo y, otra media, con miedo, pero no podíamos volver.

Cuando al mirar hacia atrás solo tienes recuerdos difusos, la búsqueda de un futuro alentador es lo que te hace seguir adelante. A pesar del frío, que era inhumano; a pesar del hambre, que rugía como un león en el estómago; a pesar de todo aquello, la silueta de Perpiñán se dibujaba frente a nosotros.

Miré a Pablo y le extendí mi mano, congelada, por el suelo del carro. Me la tomó, sin dudarlo. Sentí cómo su frío calentaba el mío. Sus dedos, congelados, transmitían algo de calor a los míos y me quemaban.

Aquello era aceptar que ni pasado ni futuro pudiesen decidir una vida honesta. ¿Aquello era amor? Solo si lo probaba lo sabría. Con sus manos frías, que me calentaban tanto que me ardían.

26 de enero de 1939: Barcelona cae en poder de los rebeldes nacionales, causando la huida de 450.000 refugiados españoles republicanos hacia la frontera con Francia. Empieza la Retirada.

27 de febrero de 1939: Francia y el Reino Unido reconocen al régimen de Franco.

28 de febrero de 1939: Manuel Azaña dimite como presidente de la España republicana. Juan Negrín le toma el relevo en un intento de restablecer el orden anterior a la guerra.

28 de marzo de 1939: Se empiezan a desintegrar los ejércitos republicanos. Los nacionales toman Madrid.

1 de abril de 1939: Durante la madrugada, las tropas franquistas terminan con la última resistencia republicana en los muelles de Alicante. A través de un parte de guerra, Francisco Franco anuncia que la contienda ha terminado. «En el día de hoy, cautivo y desarmado el Ejército Rojo, han alcanzado las tropas nacionales sus últimos objetivos militares. La guerra ha terminado. El Generalísimo Franco. Burgos, 1º de abril 1939».

SEGUNDA PARTE

París, agosto de 1939 – julio de 1942

Primero vinieron por los socialistas, y guardé silencio porque no era socialista. Luego vinieron por los sindicalistas, y no hablé porque no era sindicalista. Luego vinieron por los judíos, y no dije nada porque no era judío. Luego vinieron por mí, y para entonces ya no quedaba nadie que hablara en mi nombre.

Martin Niemöller

PABLO

París, agosto de 1939

Nos habíamos instalado en un pequeño apartamento en Montmartre, donde él pudo retomar su pintura y yo, yo al final, encontré trabajo en una librería. No hablaba mucho francés, a Hugo se le daba mejor eso de los idiomas, pero iba aprendiendo alguna palabra. Lo básico para encolar libros, reparar lomos y vender lo que los clientes pedían. Cada día era una nueva aventura, una nueva oportunidad para construir nuestra vida juntos.

Desde nuestro exilio, los boletines de noticias que llegaban a nuestras manos eran un hilo que nos conectaba con una España que había cambiado para siempre desde aquel 1 de abril. Si Hugo salía a la calle a comprar algo para comer, pongamos que un trozo de pan de la panadería que había a dos calles, se topaba con una noticia en un diario que hablaba de nuestra España. Y lo compraba a aquel chiquillo con boina y pantalones cortos que gritaba titulares como «Miles de exiliados quieren cruzar los Pirineos» o «La guerrilla republicana española se encrudece en las montañas». La guerra había terminado, pero las cicatrices que había dejado eran profundas y visibles en cada rincón del país.

Días después de marcharnos de Barcelona, los nacionales la habían tomado. ¿Estarían bien los nuestros? ¿Qué habría pasado con mi familia, judíos, en un régimen autoritario como el franquista? ¿Habría sobrevivido Carme, tan roja como era, a la toma de Barcelona? Todo aquello me rondaba la cabeza, así como muchas otras cosas a las que tenía que hacer frente en mi vida diaria.

El 1 de abril, el parte de guerra firmado por Franco declaraba la victoria del bando nacional. Las calles de las ciudades, antaño bulliciosas, quedaron sumidas en un silencio pesado, roto solo por los ecos de los pasos de los soldados y los susurros de los que temían hablar en voz alta. Las familias se reunirían en sus hogares, tratando de reconstruir una normalidad que parecería tan lejana

como los días de paz. La guerra había terminado, pero la paz no llegaba a España.

En los boletines de noticias franceses, se hablaba de la instauración de la dictadura franquista. Las imágenes en blanco y negro mostraban a Franco en su uniforme militar, rodeado de sus seguidores. Las palabras «orden» y «disciplina» resonaban en cada discurso, mientras las libertades que una vez se dieron por sentadas se desvanecían como el humo de las chimeneas en las noches frías de esas casas con pan que había prometido.

Los meses pasaron y el verano llegó, trayendo consigo un calor sofocante que parecía intensificar el ambiente de tensión y vigilancia que se respiraba en París. En las noticias, se mencionaban las purgas y las represalias contra aquellos que habían apoyado al bando republicano. Las cárceles se llenaban y las ejecuciones se convirtieron en un oscuro recordatorio de que la guerra podía haber terminado, pero la lucha por el control y la venganza apenas había comenzado.

Y yo, al igual que creo que le pasaba a Hugo, por más que lo intentara disimular con su plácida sonrisa y los días que pasaba entre sus lienzos, sentía una mezcla de impotencia y tristeza. Había desaparecido de la faz de la Tierra, pero en esa desaparición me había encontrado con una aparente tranquilidad en el corazón de París. Una tranquilidad mía, una suya y una que era mutua. La encontraba cada mañana cuando le besaba el cuello y veía que se sonreía, y se le marcaban los hoyuelos bajo aquella barba que quería aparentar descuido, pero que todos sabíamos que se perfilaba cada mañana; cuando lo tenía encima y yo estaba abajo o cuando él estaba abajo y yo encima y una mano suya me reptaba por la espalda; o cuando los besos sabían a *croissant* en el desayuno.

Las noticias hablaban de una España que se reconstruía lentamente, como hacíamos nosotros desde lejos, pero también de una nación dividida, no como nosotros, que nos sentíamos más unidos que nunca. En España, sin embargo, la desconfianza y el miedo eran compañeros constantes. Y también lo eran en Europa, pero, a pesar de todo lo que habíamos dejado atrás, sabíamos que

habíamos encontrado algo invaluable: la libertad y el amor. Y eso, en medio de todo el caos y la incertidumbre, era lo que realmente importaba.

Casi todas las mañanas eran iguales. Dejaba el periódico que Hugo me había traído en su viaje a comprar el pan sobre la mesa de la cocina, junto con la taza de café. El apartamento era feo, estaba en una buhardilla cochambrosa y todo se caía a trozos. Las paredes, cubiertas de manchas de humedad, parecían susurrar historias de tiempos mejores. El suelo de madera crujía con cada paso, y las ventanas, apenas sostenidas por marcos corroídos, dejaban entrar el frío viento de la ciudad y los calores del verano.

Habíamos encontrado refugio en ese lugar gracias a la ayuda de Sira y Marta. Ellas vivían a un par de calles y conocían bien los peligros y las dificultades del exilio. Sira, con su carácter decidido, había negociado con el casero para conseguir un alquiler asequible, mientras que Marta, siempre práctica, se encargaba de llevar los pagos al casero para que, así, llamáramos la atención lo menos posible. A nadie le interesaba por qué habíamos llegado a París y, mucho menos, de dónde veníamos.

El tren desde Perpiñán llegó a la estación de Lyon en París en una fría mañana de finales de enero. Hugo y yo, demacrados por el largo y agotador viaje, descendimos del tren con pasos vacilantes. Nuestros rostros reflejaban el cansancio y la incertidumbre, pero también una chispa de esperanza al saber que pronto nos reencontraríamos con Sira y Marta. Poder reconocer dos rostros tras todos los que habíamos tenido que superar, engañar y comprar hasta llegar allí era como un remanso de paz en mitad del caos.

Nos dirigimos a Montmartre. Las calles empedradas y las luces tenues de los faroles nos guiaban hacia la casa de nuestras amigas. Lo único que teníamos para encontrarlas era el remitente de una de las cartas que habían llegado a Barcelona tras su marcha.

Al llegar, tocamos la puerta con nerviosismo, pero no hubo respuesta. Decidimos esperar en aquel rellano solitario. Exhaustos, nos dejamos caer en el suelo, esperando. Durante horas. Hasta que la puerta se abrió de golpe. Sira y Marta entraron, con la misma mezcla de sorpresa y alivio reflejada en sus rostros.

—¡Hugo! ¡No puedo creer que seas tú! —gritó Sira mientras dejaba caer lo que llevaba entre las manos en el suelo.

—¡Estáis aquí! Después de todo este tiempo… ¿Cómo habéis llegado? —nos preguntó Marta, con los ojos abiertos como platos. Como si hubiera visto a dos fantasmas.

—Ha sido una larga historia —añadió Hugo con los ojos llenos de lágrimas, mientras me miraba.

—No sabéis cuánto os hemos echado de menos.

Sira y Marta, con su amor y apoyo incondicionales, nos ofrecieron un refugio no solo físico, sino también emocional. En medio de la oscuridad de la guerra y el exilio, encontramos en nuestras amigas una fuente de fortaleza y esperanza. Las noches en el apartamento se convirtieron en momentos de compartir historias, sueños y planes para un futuro mejor, unidos por la solidaridad y el cariño que nos mantenían a flote. Y nosotros nos fuimos recuperando, poco a poco, de las heridas de la guerra. Sabíamos que el conflicto había acabado en una derrota para los nuestros, pero, al final, todo aquello sonaba muy lejano. Demasiado lejano. Diría que casi difuso.

Y las noches en París se llenaron de una mezcla de melancolía y esperanza. Sira y Marta nos presentaron a un grupo de artistas surrealistas que frecuentaban los cafés de Montmartre y, entre ellos, el café y el olor a cigarrillo que lo impregnaba todo, conocimos a figuras cuyas ideas y obras nos ofrecían un escape temporal de nuestras propias realidades.

Cada encuentro era una ventana a un mundo nuevo, lleno de creatividad y rebeldía; todo estaba permitido allí, pero, aun así, el clima en París estaba enrarecido. Las conversaciones en los cafés a menudo derivaban hacia la política y los rumores de un nuevo conflicto que se avecinaba mientras Alemania extendía su sombra sobre Europa. Las nubes de la guerra nunca estaban demasiado lejos. No para nosotros, que veníamos de una.

Poco a poco, nos convertimos en parroquianos del Café de Flore, o de sitios anónimos donde sabíamos que íbamos a encontrar aquellos amigos que fuimos haciendo. Una noche, mientras caminábamos de regreso a nuestro pequeño apartamento, vi como las luces de la ciudad se reflejaban en sus ojos color caramelo y, por un momento,

me permití soñar con un futuro juntos, lejos de las sombras del pasado. Pero la realidad siempre encontraba la manera de infiltrarse en esos momentos de paz.

—Pablo, ¿crees que alguna vez hallaremos la paz? —me preguntó Hugo, su voz apenas un susurro.

Iba apoyado sobre mi hombro. Aquello nunca lo hubiéramos hecho en Barcelona, pero en París era diferente. Aquí podíamos amarnos libremente, sin el temor constante de ser descubiertos o juzgados. No vivíamos libres, nunca lo fuimos, pero las calles de Montmartre se convirtieron en nuestro refugio, un lugar donde podíamos ser nosotros mismos.

—Nunca pensé que encontraría un lugar donde pudiera ser yo mismo —dijo con un hilo de voz.

—París tiene esa magia —respondí, acariciando su mejilla—. Aquí podemos ser libres.

—No lo sé, Pablo, Europa está muy nerviosa. No sé en qué va a derivar todo esto —me contestó, tomándome de la mano—. No puede estallar otra guerra.

Vi cómo se separaba de mi hombro y me miraba a los ojos. Sentí su preocupación, su miedo. Vi bajo los kilos que había conseguido ganar en París a ese chico delgado cuyos huesos bailaban bajo la ropa, asustado, sin saber a dónde ir. Y no pude contestarle.

Apretó mi mano con fuerza, como si temiera que, si la soltaba, pudiera desvanecerse en el aire. Yo quise decirle algo, asegurarle que todo estaría bien, que la guerra había terminado y que nada como aquello volvería a suceder. Pero no podía mentirle. No después de todo lo que habíamos visto.

—Tal vez no estalle otra guerra —repuse al fin, tratando de infundirle algo de esperanza—. Tal vez ahora aprendamos.

Él soltó una risa breve, seca, como si dudara de que el mundo pudiera realmente aprender de sus errores. Luego apoyó la frente en mi hombro y suspiró.

—Solo quiero vivir, Pablo. No quiero volver a escondernos. Me gusta dormir desnudo a tu lado, sin los zapatos puestos por si hay que salir corriendo.

Lo abracé. No tenía palabras para aquello.

Los días pasaban. Era inevitable. Fue una tarde, mientras paseábamos por los jardines de Luxemburgo, cuando Marta nos habló de una exposición de arte que se inauguraría esa noche. Decidimos ir, buscando una distracción de la oscuridad de nuestros pensamientos. Las noticias que llegaban eran cada vez más inquietantes: marchas en Berlín, discursos encendidos. En las tertulias en las que nuestras amigas nos integraron, entre el humo del tabaco y el olor a café, se hablaba de Hitler con una mezcla de incredulidad y miedo. Algunos insistían en que Francia no volvería a entrar en otra guerra; otros, más lúcidos o más pesimistas, sabían que el destino ya estaba escrito en los titulares de los periódicos.

La galería rebosaba de obras que desafiaban la realidad y, por un momento, nos permitimos perdernos en ese mundo de colores y formas. Esa misma noche fue cuando conocimos a un español del que todos hablaban y con el que nuestras amigas habían desarrollado una afinidad especial. Su presencia era magnética, y su conversación, siempre llena de excentricidades, nos cautivó desde el primer momento.

—¡Ah, los exiliados españoles! Me habló de vosotros el otro día Sira —exclamó Dalí, con su característico bigote retorcido—. ¿Qué os trae a París, la ciudad de los sueños?

—La guerra, señor Dalí —respondió Hugo, con una mezcla de respeto y tristeza en su voz.

—La guerra… —Dalí hizo una pausa, como si saboreara la palabra —. La guerra es una musa cruel, pero también una fuente inagotable de inspiración. ¿Habéis visto mi última obra?

Los dos negamos con la cabeza.

Nos llevó a una esquina de la galería, donde una pintura surrealista nos esperaba. Los colores vibrantes y las formas distorsionadas parecían cobrar vida ante nuestros ojos.

Dalí no caminaba, flotaba, deslizándose entre la multitud como si la gravedad apenas lo afectara. Su bigote retorcido apuntaba al cielo como dos enigmas sin respuesta, y sus ojos, oscuros y febriles, contenían el brillo de alguien que había visto el otro lado de la razón y había decidido quedarse allí. Vestía con la elegancia teatral de quien sabe que el mundo entero es su escenario, y su voz, al hablar,

se derramaba en una cadencia hipnótica, como si cada palabra estuviera pensada para desafiar lo convencional.

—Es impresionante —dije, sin poder apartar la vista de la obra.

—La realidad es solo una ilusión —afirmó, mirándome fijamente—. Y en tiempos de guerra, esa ilusión se vuelve aún más frágil.

Marta empezó a hablar con Salvador. Charlaban sin parar, hasta que el pintor pidió conversar con Hugo. Esa misma noche, Hugo empezó a formar parte de su círculo y, días mas tarde, gracias a las visitas que nos hacía Dalí en nuestro apartamento, volvió a pintar y, poco a poco, a sonreír. Empezó a pasar menos tiempo en casa y a vivir fuera, donde estaban los estímulos, donde encontraba qué pintar. Volvió a pintarnos, a dibujarme desnudo mientras pensaba que dormía. Y, con la primavera, renació. Como lo hicieron las flores.

El verano de 1939 en París estuvo teñido de una tensión palpable. Las calles, normalmente llenas de vida y alegría, ahora estaban marcadas por una sensación de incertidumbre y miedo por todos aquellos que poblaban la ciudad, desde los nativos a los miles de españoles que habían llegado desde aquel fatídico 1 de abril. Pero aquello no solo pasaba en París. Europa entera estaba al borde del abismo. Los ecos de la Primera Guerra Mundial aún resonaban en la memoria colectiva, y la posibilidad de un nuevo conflicto era una sombra que se cernía sobre todos. Los periódicos hablaban de la creciente agresión de Alemania, de los pactos y alianzas que se formaban y rompían con una rapidez vertiginosa. En cada café, en cada esquina, las conversaciones giraban en torno a la guerra que parecía inevitable.

Una noche, mientras Hugo y yo nos refugiábamos en nuestro café habitual con nuestros amigos, escuchamos a un grupo de intelectuales discutiendo fervientemente. Nos fue imposible no unirnos a ellos. Reconocimos a André, un escritor con el que habíamos coincidido semanas antes en una acalorada tertulia en el Café de Flore, cuya voz se alzaba por encima del murmullo general y que nos invitó a sentarnos con ellos.

—La guerra es una locura —decía Breton, golpeando la mesa con el puño—. Pero también es una realidad que no podemos ignorar. Debemos prepararnos para lo peor.

Hugo me miró, con la misma preocupación que sentía yo reflejada en sus ojos. Nos acercamos al grupo, buscando consuelo en la compañía de aquellos que compartían nuestras inquietudes.

—¿Creéis que hay alguna esperanza de evitar el conflicto? —pregunté, mi voz apenas un susurro.

Breton me miró con una mezcla de tristeza y determinación.

—La esperanza siempre existe, pero debemos ser realistas. Europa está en una encrucijada, y el camino que tomemos ahora determinará nuestro futuro.

Las palabras de Breton resonaron en mi mente mientras caminábamos de regreso a nuestro apartamento. Y, aunque intentábamos vivir el presente, sabíamos que el futuro era incierto. Y aquello, la oscuridad que se avecinaba en el horizonte, parecía inexorable.

Para el mes de agosto, la firma del Pacto Ribbentrop-Molotov entre Alemania y la Unión Soviética sorprendió al mundo. Este acuerdo, que prometía no agresión entre las dos potencias, fue un presagio oscuro de lo que estaba por venir. La noticia se extendió rápidamente por París, y la sensación de inminencia se intensificó.

Hugo y yo, aunque intentábamos mantenernos optimistas, no podíamos ignorar la realidad que nos rodeaba. Las noches en nuestro pequeño apartamento se llenaban de conversaciones sobre el futuro, sobre nuestros miedos y esperanzas. Sira y Marta, siempre a nuestro lado, nos ofrecían consuelo y apoyo, pero también compartían nuestras preocupaciones.

—La guerra está en el aire —dijo Sira una noche, mientras nos sentábamos en el salón—. No podemos ignorarlo, pero tampoco podemos dejar que todo esto se nos lleve por delante por lo que pueda pasar. Lo que sí que podemos hacer es ayudar a los nuestros.

—¿Ayudar? ¿Has visto cómo estamos? —pregunté a Sira mientras la miraba, desafiante.

Sus palabras eran un recordatorio de la resiliencia que necesitábamos mantener. París, con toda su belleza y complejidad, seguía siendo nuestro refugio, pero sabíamos que el mundo estaba cambiando rápidamente.

—La Resistencia, querido, la Resistencia —repitió Sira con una voz

suave pero firme, mientras sus ojos se llenaban de una determinación que no había visto en ella antes.

Me quedé en silencio, observando cómo la luz de la lámpara del salón jugaba con las sombras en su rostro. La guerra nos había arrebatado tanto, y la idea de seguir luchando parecía una carga imposible de llevar. Pero Sira, con su espíritu indomable, veía más allá de nuestra desesperación.

—¿Cómo podemos ayudar desde aquí? —preguntó Hugo.

Marta se inclinó hacia adelante, con un ligero temblor de manos mientras las apoyaba sobre las mías.

—No estamos solos —dijo—. Hay muchos como nosotros, dispersos por toda Francia, México y otros lugares. Los que huyeron antes, después y mientras. La Resistencia no es solo una lucha armada; es mantener viva la esperanza, es apoyar a nuestros compatriotas, es no dejar que el sueño de la República muera.

Sus palabras resonaron en mi mente. Nos recordé, a Hugo y a mí, cruzando los Pirineos, las miradas de desesperación y esperanza mezcladas en los ojos. El frío, el hambre, el miedo. Aquello era la Resistencia. Más que una lucha física, era una lucha por la dignidad, por la memoria, por un futuro mejor.

—¿Y qué propones que hagamos? —pregunté.

Sira esbozó una sonrisa llena de tristeza y determinación.

—Ayudarnos a organizar a nuestros compatriotas y a mantener viva la llama de la libertad. No podemos permitir que el sacrificio de tantos sea en vano.

Asentí, pues, por primera vez en mucho tiempo, sentí que había un propósito, una razón para seguir adelante.

—No será fácil —añadió con un susurro—. Pero tenemos que intentarlo. Desde aquí, podemos organizar redes de apoyo, enviar información y recursos a los que aún resisten en España.

Me incliné hacia adelante, interesado en sus palabras.

—¿Cómo piensas hacerlo? —pregunté.

—Primero, tenemos que unirnos todos —respondió Sira—. Hay muchos que comparten nuestro deseo de ver el fin del régimen franquista y poder volver a casa. Podemos coordinar esfuerzos, compartir información y recursos. No lo vamos a empezar nosotros.

La gente ya trabaja por esto, Pablo. Ya cala en su mente.

—¿Y luego? —insistí.

—Luego, utilizaremos la prensa y la radio para difundir la verdad sobre lo que está ocurriendo en España —continuó—. El mundo debe conocer las atrocidades del régimen. También podemos apoyar a los grupos de resistencia dentro del país, enviándoles suministros y ayudándolos a organizarse. Los franceses necesitarán ayuda. Europa es un polvorín. Se la daremos. Luego ellos nos lo devolverán. Tenemos que apoyarnos. Vienen tiempos difíciles.

La pasión en sus palabras era contagiosa. Sentí una chispa de esperanza encenderse en mi interior.

—¿Y crees que eso será suficiente? —pregunté, aún con dudas.

Sira asintió lentamente.

—No podemos permitir que el franquismo destruya todo por lo que hemos luchado. Si Hitler cae, Franco cae. Eso es así. El fascismo caerá.

Hugo y Marta nos miraban, sin llegar a entendernos. La Resistencia continuaría y, algún día, la libertad volvería a nuestra tierra.

Las semanas pasaban y nuestra relación se fortalecía a medida que íbamos entendiendo la ciudad. Hugo vendía todo lo que tenía y se iba haciendo un hueco entre los intelectuales. Aquel era su sitio. Vendía las joyas que su abuela le había dado y lo que valía algo que encontraba por el piso. Y así resistíamos.

Y yo, bueno, yo me limitaba a acompañarlo. Lo quería y aquello era suficiente. Redactaba bien y, pronto, en una de esas exposiciones a las que íbamos, conseguí una colaboración en el diario *Le Monde*. Me la dio una periodista que cubría la noticia de la exposición. Se llamaba Loreine y era una francesa convencida de que había que contar la verdad, ser fiel a los ideales y mirar hacia el futuro con un ojo puesto el pasado para no repetirlo. Era dura, seca y algo cortante, pero confió en mí. Supe que bajo su media melena rubia y traje impecable de chaqueta y falda de pinzas había alguien en quien poder confiar.

Escribía con dificultad en francés, pero Hugo me corregía y entre los dos sabíamos escribir bajo mi pseudónimo. En *Le Monde* me dejaron hablar sobre España y su guerra, sobre lo que me iba

enterando que sucedía en mi país. Había perdido mi profesión, pero seguía enseñando. Ya no eran niños, ahora había que comunicarle al mundo lo que pasaba en España. Y aquello hacía que mi rueda siguiera teniendo sentido.

Una tarde, mientras visitábamos una exposición de arte en el Musée de l'Orangerie, nos encontramos con Salvador Dalí nuevamente. Esta vez, estaba acompañado por Gala, su musa y compañera.

—¡Ah, mis queridos amigos! —exclamó Dalí al vernos—. ¿Qué os trae por aquí hoy?

—Seguimos explorando la ciudad, señor —respondió Hugo, sonriendo.

—París es un lugar de infinitas posibilidades —dijo Gala, con una sonrisa enigmática—. Aquí, los sueños se mezclan con la realidad.

Pasamos la tarde conversando sobre arte, amor y la vida en París. Dalí, con su habitual excentricidad, nos habló de sus proyectos y visiones, mientras Gala nos contaba historias de sus viajes y experiencias. Le dio a Hugo unos de sus contactos para ampliar su rango de ventas en la ciudad.

—La vida es un lienzo en blanco —dijo Dalí, mirándonos a Hugo y a mí—. Y vosotros, mis amigos, tenéis la oportunidad de pintarlo con los colores que elijáis. Sois la viva imagen de la libertad.

La tarde avanzaba entre risas y anécdotas, hasta que, como si una sombra hubiera atravesado la luz del salón, la conversación derivó inevitablemente hacia la guerra.

—La guerra… —murmuró Hugo, casi sin querer—. Siempre acaba encontrándonos, incluso cuando creemos haber escapado. Dejé Barcelona para seguir hablando de ella.

Dalí ladeó la cabeza, observándolo con esa mezcla de curiosidad y dramatismo tan suya.

—¡Ah, la guerra! —exclamó, abriendo los brazos—. Es la mayor de las catástrofes y, al mismo tiempo, el espejo donde el hombre contempla su locura más sublime.

—«Sublime» no es la palabra que yo usaría —respondí, con un tono que buscaba ser respetuoso, pero no pudo ocultar el cansancio —. Los que la hemos visto de cerca solo conocemos su horror. No sé

dónde pasaste la guerra de España, pero Hugo y yo la vimos, la sentimos hasta el final.

Dalí me miró fijamente, y por un momento se despojó de su máscara de genio teatral.

—Lo sé, amigo mío. Pero incluso el horror tiene una forma. Yo la busco, para entenderla. El arte no huye del caos, lo transforma.

Gala, que hasta entonces había permanecido en silencio, habló con voz serena:

—La guerra destruye, sí… pero también revela quiénes somos. Los que crean, los que aman, los que todavía creen en algo… esos son los que la vencen, aunque pierdan todo lo demás.

Hugo la miró con una mezcla de admiración y melancolía.

—Nosotros solo intentamos sobrevivir —dijo—. Pintar, vender, comer, escribir… y seguir creyendo que el mundo puede volver a tener color.

Dalí sonrió levemente, y su bigote pareció moverse como una pequeña ola.

—Entonces, ya sois artistas, aunque no lo sepáis —declaró—. Porque el arte, mis queridos, es precisamente eso: sobrevivir al desastre con la imaginación intacta. Desde los márgenes.

Sus palabras resonaron en mi mente mientras caminábamos de regreso a nuestro apartamento. Dalí era tan excéntrico que siempre tenía razón. Hugo y yo siempre estábamos fuera de los márgenes de la vida. París nos había dado la libertad de ser nosotros mismos, de amar sin miedo y de soñar con un futuro mejor. Y, aunque el clima político seguía siendo incierto, sabíamos que, mientras estuviéramos juntos, podríamos enfrentar cualquier desafío. O eso creíamos. Claro que, por aquel entonces, todavía no sabíamos nada. De que en la Tierra podríamos estar como en el infierno.

1 de septiembre de 1939: Alemania invade Polonia. Dos días después, en respuesta, Gran Bretaña, Francia, Australia y Nueva Zelanda declaran la guerra a Alemania. En Europa, empieza la Segunda Guerra Mundial.

HUGO

París, octubre de 1939

Me desperté en París con una sensación de inquietud que no había sentido antes. La había vivido antes, sí, pero no en París. La ciudad, normalmente vibrante y llena de vida, estaba envuelta en una atmósfera de tensión y miedo. La noticia de la invasión de Polonia por parte de Alemania y la declaración de guerra de Francia y el Reino Unido a Alemania el 3 de septiembre habían sacudido a todos.

En mi mente, una mezcla de emociones se arremolinaba: miedo, incertidumbre y una extraña sensación de responsabilidad. Sabía que la guerra cambiaría nuestras vidas para siempre, pero no podía imaginar cómo. La idea de que París, mi hogar después de haberme sentido de ningún parte, pudiera convertirse en un campo de batalla era aterradora.

La noche anterior, mientras me acostaba, no había podido evitar pensar en el futuro. ¿Qué nos depararía? ¿Estaríamos a salvo? La incertidumbre era abrumadora, pero también había una chispa de esperanza. Había sobrevivido una vez. ¿Estaba tentando a la suerte?

Iba aprendiendo a Pablo de memoria. Si estaba acostado, pongamos que del lado izquierdo, le miraba las comisuras de los labios y el bigote, perfectamente recortado, y sus hoyuelos bajo la barba. Su respiración era un suave vaivén que me arrullaba y, en esos momentos de quietud, me dedicaba a trazar con la mirada cada línea de su rostro, cada sombra que la luz de la lámpara proyectaba sobre su piel.

A veces, cuando el sueño lo vencía, murmuraba palabras ininteligibles, y yo me preguntaba qué sueños lo visitarían. ¿Serían tan serenos como su semblante? ¿O acaso escondían tormentas que yo no podía ver? Me gustaba pensar que, en esos instantes, compartíamos un mundo secreto, uno donde solo existíamos él y yo, lejos del bullicio y las preocupaciones del día a día.

En las mañanas, cuando el sol apenas comenzaba a filtrarse por las cortinas, me despertaba antes que él. Me despertaba con palpitaciones, nervioso, alerta por si teníamos que volver a dormir vestidos como en Barcelona, preparados para salir corriendo.

Me quedaba unos minutos más en la cama, observando cómo la luz dorada acariciaba su rostro, dándole un aire casi etéreo. Era en esos momentos cuando me sentía más conectado a él, como si el simple acto de contemplarlo pudiera revelar los secretos más profundos.

A veces, me atrevía a deslizar mis dedos suavemente por su pelo, disfrutando de la textura suave y sedosa. Él se movía ligeramente, pero no se despertaba. Era un ritual silencioso, una forma de reafirmar mi cariño y mi devoción sin necesidad de palabras.

Cuando finalmente abría los ojos, me recibía con una sonrisa perezosa que iluminaba toda la habitación. «Buenos días», murmuraba, con su voz ronca por el sueño. Y, en ese instante, todo parecía estar en su lugar, como si el mundo entero se alineara para nosotros.

Con el paso del tiempo, nuestras mañanas se convirtieron en un ritual sagrado. Desayunábamos juntos, compartiendo risas y confidencias mientras el aroma del café llenaba la cocina. Pablo tenía una manera especial de hacer que cada momento pareciera único, como si el simple hecho de estar juntos fuera una celebración, como si lo de fuera no existiera y no tuviéramos de qué preocuparnos.

Por las noches, cuando nos acostábamos, me dedicaba a memorizar cada línea del rostro de Pablo, desnudo y entregado. Me fascinaba la manera en que la luz de la lámpara jugaba con las sombras, creando un paisaje de claroscuros en su piel. A veces, cuando Pablo dormía profundamente, me atrevía a susurrarle palabras de amor, sabiendo que, aunque no las escuchara, de alguna manera las sentiría. Me gustaba hablarle mientras dormía. De nosotros, de la guerra, del miedo que tenía. Y me quedaba dormido.

Todas las mañanas, mientras el sol comenzaba a filtrarse por las cortinas, me despertaba antes que Pablo. Observaba cómo la luz dorada acariciaba su rostro, dándole un aire casi celestial sobre su piel blanca, que contrastaba con lo oscuro que era su pelo. Me

incliné suavemente y besé su mejilla, disfrutando del momento de paz y quietud.

—Buenos días —murmuró Pablo, abriendo los ojos y sonriendo—. ¿Cuánto tiempo llevas despierto?

—Solo unos minutos —respondí, acariciando su mejilla—. Me gusta verte dormir. Es uno de mis momentos favoritos del día.

Pablo rio suavemente y me llevó hacia él.

—Eres un romántico incurable —dijo, besándome tiernamente—. Y me encanta.

Éramos dos locos cautivos que se inventaban una atmósfera de paz entre tanta, tanta guerra.

Cada día juntos era una nueva oportunidad para descubrir algo más sobre el otro. Aprendí que a Pablo le gustaba el café fuerte y sin azúcar, que disfrutaba de la música clásica y que tenía una habilidad especial para cocinar platos deliciosos con ingredientes simples. Había comida en París, pero era cara. Tirábamos con lo que teníamos: las joyas que me quedaban de mi abuela, los artículos que Pablo iba publicando y, de vez en cuando, las pinturas que yo vendía gracias a algún contacto que el señor Dalí me daba o que Marta y Sira me dejaban para sacarme algunos francos. Sobrevivíamos, como lo hacían todos, pero no nos resistíamos a intentar ser felices, aunque fuese una vez al día. Era una norma que yo había impuesto una mañana, cuando las noticias eran desalentadoras.

Ese día, mientras el sol apenas comenzaba a filtrarse por las cortinas, me desperté con una determinación renovada.

—Hoy vamos a encontrar un momento para ser felices —le propuse a Pablo mientras preparaba el café. No era aguado como el de Barcelona: en París solo teníamos buen café.

Él me miró con una mezcla de sorpresa y ternura.

—Y ¿cómo planeas hacerlo? —me preguntó, sonriendo mientras se acercaba para besarme en la mejilla.

No tenía ni idea.

—Lo descubriremos.

Nos dedicamos a nuestras tareas habituales. Pablo trabajaba en su último artículo y leía los diarios de forma compulsiva, mientras yo intentaba capturar la esencia de París en mis pinturas, la de nuestro

apartamento, la que él reflejaba y, como un espejo, me devolvía. Pero, en el fondo de nuestras mentes, ambos buscábamos ese momento especial que nos prometiera un respiro de la realidad.

Al caer la tarde, decidimos dar un paseo por el barrio. Las calles estaban más tranquilas de lo habitual, pero aún quedaba una belleza melancólica en París. Nos detuvimos en una pequeña panadería que todavía tenía algunos pasteles en exhibición. Con las pocas monedas que teníamos, compramos un par de *éclairs* y nos dirigimos al parque cercano.

Nos sentamos en un banco, disfrutando del sabor del chocolate y la crema. Estuvimos en silencio, observando cómo el sol se ponía detrás de los edificios, tiñendo el cielo de tonos anaranjados y rosados. En ese momento, sentí una paz profunda, una conexión que iba más allá de las palabras.

—Gracias por recordarme que hay algo por lo que ser felices en estos tiempos de mierda —dijo Pablo, apretando mi mano con suavidad.

—No son tiempos de mierda, Pablo. Son tiempos de guerra. Amar vale el doble.

Solo Hugo era capaz de decir aquello mientras, alrededor, la gente seguía matándose. Por eso estaba enamorado de él, porque el amor y la guerra podían rozarse y no odiarse.

Esa noche, mientras nos acostábamos, sentí una gratitud inmensa. La guerra seguía siendo una sombra en nuestras vidas, pero habíamos aprendido a encontrar la luz en medio de la oscuridad. Y, en esos momentos de intimidad, lejos del bullicio y las preocupaciones del mundo exterior, construimos un refugio de amor y esperanza.

A pesar de nuestros amigos surrealistas, nos reuníamos con los españoles que resistían en París. La Resistencia era algo imparable. En octubre de 1939, París era un hervidero de actividad clandestina. La ciudad albergaba un espíritu indomable de resistencia. Cada día, me encontraba con otros compatriotas en pequeños cafés y apartamentos oscuros, planeando nuestras próximas acciones. Ayudábamos a los que llegaban de España, escondidos donde y como podían, a encontrar un futuro y a poder sobrevivir como

nuestras amigas habían hecho con nosotros. Eran tantos que no dábamos abasto, pero aquellas pobres personas entendían que todo era un esfuerzo.

A veces, decidíamos no desayunar por ayudar a algunos o, en otras ocasiones, teníamos a dos catalanes y un madrileño —pongamos eso por dar un número de los que pasaron— durmiendo en el pequeño salón de nuestro apartamento. Sira y Marta hacían lo mismo, pasando de un lado a otro información en la ciudad, y Pablo, bueno, Pablo hablaba con todos los que llegaban huyendo para contar testimonios en el diario. Así poníamos nuestro grano de arena. Nos sentíamos útiles en mitad de aquel caos.

El régimen del Generalísimo, como él mismo se había bautizado, adoptó una postura muy dura hacia los republicanos españoles que se habían exiliado tras la Guerra Civil. También a los que lo habíamos hecho antes y durante.

Franco y su gobierno no solo los consideraban enemigos del Estado, sino que también cuestionaban su identidad nacional. En varias ocasiones, Franco afirmó que los republicanos exiliados no éramos verdaderos españoles, sino traidores que habíamos abandonado nuestra patria.

Esta retórica tenía como objetivo deslegitimarnos y minimizar la influencia en el extranjero. A pesar de estas declaraciones, los exiliados continuamos luchando por la democracia y la libertad desde nuestros nuevos hogares en países como Francia, México y Argentina. En cada esquina había un compatriota que, según su país, era un apátrida. Nosotros nos entendíamos.

A medida que pasaban los días, nuestras vidas se entrelazaban más con las de otros exiliados. Cada uno tenía una historia que contar, una pérdida que lamentar y una esperanza que mantener viva. Las noches en nuestro pequeño apartamento se llenaban de conversaciones apasionadas sobre política, arte y el futuro de España. Sira y Marta, con su energía incansable, se convirtieron en el alma de nuestro grupo, siempre dispuestas a ayudar y a compartir una sonrisa. En nuestro salón, en el suyo o en cualquier bar, pero siempre estábamos los cuatro compartiéndonos con los demás.

Pablo, por su parte, se sumergía en su trabajo periodístico. Sus

artículos eran una ventana al mundo para muchos de nosotros, una forma de mantenernos conectados con nuestra patria y de denunciar las injusticias del régimen franquista. Cada vez que publicaba un nuevo testimonio, sentíamos que nuestra voz se hacía un poco más fuerte, que nuestra lucha no era en vano.

Yo, en mi rincón del salón, encontraba consuelo en la pintura. Los colores y las formas eran mi refugio, mi manera de expresar lo que las palabras no podían. Salvador, con su extravagancia y genialidad, me había abierto las puertas de un mundo que nunca había imaginado. Mis obras empezaron a venderse y, aunque el éxito no era mi objetivo, sentía que cada pincelada era un acto de resistencia, una afirmación de mi identidad y de mi derecho a existir. Yo solo quería vender, poder vivir de lo que me apasionaba. Aunque todo se desmoronara alrededor.

El mundo parecía haber entrado en una especie de tregua. La guerra, aunque presente, no había alcanzado aún su punto álgido y, en nuestro rincón del exilio, se percibía una calma engañosa. Parecía un respiro.

Las calles de la ciudad rebosaban de gente que intentaba llevar una vida normal, a pesar de la sombra de la guerra que se cernía sobre Europa. Los cafés y las plazas seguían siendo lugares de encuentro, donde se discutía sobre política y se compartían sueños de un futuro mejor. Sin embargo, bajo esa aparente normalidad, se sentía una tensión palpable, un ambiente enrarecido que nos recordaba constantemente la fragilidad de nuestra situación.

En nuestro apartamento, las noches eran un remanso de paz. Nos reuníamos alrededor de la mesa, compartiendo historias y risas, tratando de olvidar por un momento las preocupaciones que nos acechaban. Sira y Marta seguían con su incansable labor, mientras Pablo continuaba escribiendo con fervor, documentando cada testimonio que llegaba a sus manos. Yo, por mi parte, encontraba consuelo en mis pinceles, dejando que los colores hablaran por mí. La política no me interesaba lo más mínimo, no como a ellos. Yo vivía desconectado de todo tipo de planes, encuentros y reuniones. Acudía a alguna al igual que Pablo lo hacía conmigo a las de los surrealistas, pero no prestaba atención a nada. Yo estaba sumido en

mis pensamientos. Todo aquello me sonaba extraño, lejano y confuso. Creo, a día de hoy, que era demasiado joven como para entenderlos.

A pesar de la calma aparente, sabíamos que la paz era frágil, una ilusión que podía desvanecerse en cualquier momento. Las noticias que llegaban del frente eran cada vez más inquietantes y, aunque intentábamos mantener la esperanza, no podíamos evitar sentir un nudo en el estómago cada vez que pensábamos en lo que el futuro nos deparaba.

Esa falsa paz nos permitió, al menos por un tiempo, recuperar fuerzas y prepararnos para lo que estaba por venir. Nos aferrábamos a los pequeños momentos de felicidad, a las conversaciones en la penumbra y a los sueños compartidos, sabiendo que, aunque el camino fuera difícil, no estábamos solos. La solidaridad y el apoyo mutuo se convirtieron en nuestro refugio, en la luz que nos guiaba en medio de la oscuridad.

Al llegar al apartamento en Montmartre aquella noche de otoño, me sentía agotado. Subí las escaleras lentamente, deseando solo un poco de tranquilidad. Al abrir la puerta, me sorprendió encontrar el lugar a oscuras. *¿Dónde estará?*, pensé.

De repente, las luces se encendieron y vi a Pablo, a Sira y a Marta de pie en el centro del salón, con una gran sonrisa en sus rostros. Pablo sostenía una tarta de cumpleaños, decorada con velas encendidas. Me quedé sin palabras.

—¡Feliz cumpleaños, Hugo! —exclamaron al unísono. Me acerqué, aún incrédulo, y vi la tarta más de cerca. Era fea. Muy fea. Pero era una tarta de resquicios dulces y otros amargos, compuesta con lo que quedaba y encontraban, hecha con el cariño que nos unía.

—No puedo creer que os hayáis acordado —dije, sintiendo una mezcla de emoción y gratitud.

Pablo se rio y me llevó hasta su boca.

—Para ser honestos, casi se nos pasa. Pero mientras hablábamos esta tarde, de repente me di cuenta de qué día era. No podíamos dejar pasar la oportunidad de celebrarlo contigo.

—Ya eres mayor de edad, pequeño —me afirmó Marta con cariño.

Nos sentamos alrededor de la mesa y, mientras Pablo cortaba la

tarta, compartimos historias y risas. Esa noche, en nuestro pequeño apartamento en Montmartre, sentí una paz y una felicidad que hacía tiempo no experimentaba. A pesar de todo, estábamos juntos, y eso era lo que realmente importaba.

9 de abril de 1940: Alemania invade Dinamarca y Noruega. Un mes después, los alemanes entran en los Países Bajos, Bélgica y Francia. Ese mismo día, Churchill es elegido primer ministro del Reino Unido.

3 de junio de 1940: Los alemanes bombardean París durante horas. Al día siguiente, Alemania toma Dunkerque con un bombardeo, causando la evacuación de 380.000 soldados a Inglaterra y la pérdida de todo el arsenal de guerra.

7 de junio de 1940: Los aliados bombardean por primera vez Berlín.

21 de junio de 1940: Italia declara la guerra a Francia y Gran Bretaña. Así, se consolida la alianza conocida como el Eje, integrada por las potencias fascistas europeas.

PABLO

París, junio de 1940

París se convirtió en un escenario de pesadilla. Desde nuestro escondite en una callejuela oscura, aquel 14 de junio, Hugo y yo observábamos con el corazón en un puño cómo las tropas nazis marchaban por la ciudad. El sonido de sus botas resonaba en el pavimento, un eco siniestro que parecía aplastar cualquier esperanza.

Hugo me apretaba la mano con fuerza, y yo podía sentir su miedo, tan palpable como el mío.

—Pablo, ¿qué vamos a hacer? —susurró con la voz temblando.

No tenía respuestas, solo un nudo en la garganta y una desesperación creciente. Sabíamos que nuestro amor, ya de por sí clandestino, ahora peligraba mucho más bajo el régimen nazi. Simplemente, le solté la mano. Por miedo. Por supervivencia.

El desfile continuaba y cada paso de los soldados parecía acercarnos más a un abismo de incertidumbre y terror. Nos aferramos el uno al otro, buscando en nuestro amor un refugio contra la tormenta que se avecinaba. En ese momento, comprendí que nuestra lucha no solo era por sobrevivir, sino por mantener viva la chispa de humanidad y amor en medio de tanta oscuridad.

—Hugo, tenemos que irnos a casa —afirmé con un tono duro, que realmente solo hablaba del miedo que tenía.

París se encontraba sumida en una atmósfera de incertidumbre y miedo desde hacía meses. Las noticias de la entrada de los nazis en las fronteras francesas se extendieron rápidamente y, con ellas, una sensación de desasosiego se apoderó de todos nosotros.

Las calles, que solían estar llenas de vida y alegría, se volvieron silenciosas y sombrías. Los cafés, antes bulliciosos, ahora estaban vacíos, y las miradas de los parisinos reflejaban una mezcla de incredulidad y temor. Cada día, al caminar por los bulevares, sentía el peso de la ocupación en el aire, una opresión invisible pero

palpable. El frente occidental estaba demasiado cerca de la ciudad y nosotros, al final, teníamos más que motivos para tener miedo.

La vida en París, desde aquel día, se convirtió en una rutina de supervivencia y resistencia. La creatividad de Hugo era de las pocas cosas que me quedaban intactas alrededor, pero él también iba cansándose. Nuestro pequeño apartamento en Montmartre, lleno de bocetos y lienzos inacabados, se había convertido en un refugio donde intentábamos mantener una apariencia de normalidad. Hugo, con su espíritu indomable, seguía pintando, sus obras reflejaban tanto la belleza de París como la angustia de esos tiempos.

Salir a la calle era un acto de valentía. Los mercados se iban desabasteciendo y conseguir alimentos se había vuelto una tarea ardua. Los precios subían y Hugo cada vez vendía menos pinturas. El dinero no solo se nos estaba acabando a nosotros. La gente, a la desesperada, buscaba dinero. Era una realidad. La ciudad iba cayendo en la pobreza y todo se iba desmoronando.

El miedo en París se sentía en cada rincón de la ciudad. Las noticias de los avances alemanes eran constantes y la incertidumbre se apoderaba de todos nosotros. Muchos intelectuales y artistas, el día en que una niebla oscura lo había envuelto todo, comenzaron a abandonar la ciudad, temiendo por sus vidas y su libertad. Entre ellos, Marc Chagall, con quien habíamos compartido tertulias en distintos cafés hasta demasiado tarde y que fue uno de los primeros en huir de Europa a Estados Unidos, y André, nuestro amigo, que también se había exiliado a América. La partida de estos grandes pensadores y creadores dejaba un vacío en la vida cultural de París, que se iba apagando poco a poco.

—Deberíais veniros conmigo. A la República Dominicana. Cuando esto pase podremos volver a París, pero los nazis están muy cerca —me había dicho André en una de las últimas tardes que lo vimos antes del horror.

Hugo hablaba con todos de arte y yo me había quedado en un rincón, solo, hasta que André se me había acercado. Me gustaba verlo hablar, en la distancia, sobre todo lo que le importaba: el arte y la capacidad de crear.

—Huir de nuevo, no. André, no podemos irnos otra vez —le

respondí tajante.

—Si los alemanes entran en París, habrá registros. Sabes qué significa eso, ¿verdad? Sois pareja, Pablo, abre los ojos. París no está muchas veces preparada para eso, pero lo tolera, lo pasa. La gente aquí os mira, otros ni os ven… Ellos no os lo permitirán.

Me quedé callado. Lo miraba, atentamente, mientras observaba a Hugo en el centro del café.

—Los nazis no entienden el amor, Pablo —me susurró André—. Para ellos, la homosexualidad es una aberración, una mancha en la pureza de la raza alemana. Os ven como parásitos antisociales, enemigos del Estado. Y eso lo transportan a todo lo que tocan, todo lo que conquistan, todo lo que hacen. Todo está manchado por ellos, podrido.

Miré a mi alrededor, consciente de que cualquier indiscreción podría llevarnos a la ruina.

La conversación con André me dejó inquieto. Sabía que tenía razón, pero la idea de abandonar nuestra ciudad, nuestro hogar, el que tanto nos había costado conseguir, me resultaba insoportable. Hugo y yo habíamos construido una vida juntos aquí, a pesar de las dificultades y los prejuicios. París, con sus calles adoquinadas y sus cafés llenos de vida, era nuestro refugio.

Y resultó que estaba tan cerca que, días después de aquella conversación con André, llegaron.

La situación política se volvió todavía más tensa con la suma de los días. El gobierno de Vichy, colaboracionista de los nazis, había asumido el control en el sur de Francia, mientras que el norte, incluida París, estaba bajo ocupación alemana. La Resistencia francesa comenzaba a organizarse, pero la represión era brutal. Cualquier acto de desobediencia podía resultar en arrestos, torturas o ejecuciones.

En nuestro pequeño círculo, la vida se volvía cada vez más difícil. Hugo y yo intentábamos mantenernos ocupados, él con sus pinturas y yo escribiendo en el diario, aunque usaba un pseudónimo.

Las noches eran especialmente duras. El toque de queda nos obligaba a permanecer en casa, y el sonido de las patrullas alemanas en las calles nos recordaba constantemente el peligro en

el que vivíamos.

Los escuchábamos llegar, el resonar de sus botas al subir a un edificio cercano, después los gritos, los llantos, el movimiento, más ruido y un disparo. Finalmente, los sacaban a todos a la calle, como estaban, a veces sin zapatos, y los subían en la parte de atrás de un camión. Y nunca los volvíamos a ver.

La vida en París se iba apagando lentamente. Los teatros cerraban sus puertas, los cafés quedaban vacíos, y las calles, antes llenas de vida, se tornaban cada vez más desoladas. Sin embargo, en medio de esa oscuridad creciente, surgían pequeños actos de resistencia y solidaridad que nos recordaban que, aunque en silencio, no estábamos solos. La esperanza de que algún día París volvería a ser libre era el hilo que nos mantenía unidos.

A menudo, Hugo y yo nos turnábamos para hacer largas filas en busca de pan o unas pocas verduras. Los rostros de los parisinos en esas filas, surcados de cansancio, reflejaban nuestra propia mezcla de desesperación y determinación. Eran miradas que expresaban tanto como nuestras palabras de ánimo, susurros de fortaleza compartida en tiempos oscuros.

Si la vida se complicó para todos, para nosotros dos era aún más complicada. La sociedad ya era poco tolerante cuando salías de algunos círculos y, con la guerra, el peligro de ser descubierto se había multiplicado. Hugo y yo manteníamos nuestra relación en secreto, con temor a las represalias. Sin embargo, en la intimidad de nuestro hogar, encontrábamos consuelo y fuerza el uno en el otro.

Recuerdo una tarde en particular, cuando Hugo decidió pintar un mural en una de las paredes del apartamento. Era una escena de París en tiempos de paz, con niños jugando y parejas paseando por el Sena. Mientras lo observaba trabajar, sentí una mezcla de tristeza y esperanza. Sabíamos que esos días de paz quedaban lejos, pero el mural era un recordatorio de lo que estábamos luchando por recuperar.

Solo queríamos ser libres. Amar sin miedo. Pero se nos volvió a privar de aquello. Y Hugo y yo, al final, volvimos a querernos, de nuevo, solamente entre las cuatro paredes de nuestro apartamento. Ahora las vistas cambiaban, ya no veíamos el Gótico catalán, ahora

veíamos Montmartre. Distinto lugar y el mismo miedo. Miedo a amarnos, pero ¿para que queríamos vivir huyendo si no íbamos a poder querernos? Las vistas eran distintas, pero todo igual. Él allí, con sus rizos y su barba recortada, frente al lienzo. Y yo tomándome el café, que se había vuelto a aguar y sabía al de Barcelona, con mi camisa blanca mal metida por el pantalón de pinzas y sin abrochar, enseñando la camiseta interior. El escenario cambiaba, pero los actores éramos los mismos. Y el agua con la que disolvíamos el café, el miedo y la inseguridad también.

Debimos haber huido. Debimos haber huido cuando todavía podíamos…

25 de agosto de 1940: El régimen de Francisco Franco declara que los republicanos españoles exiliados en territorio ocupado por Alemania no serán reconocidos como ciudadanos españoles. Esta decisión permite que el gobierno de Adolf Hitler los considere apátridas, lo que deriva en la deportación de miles de ellos a campos de concentración nazis.

4 de septiembre de 1940: Hitler anuncia que va a reducir Londres a cenizas en respuesta a los bombardeos de Berlín. Empieza el Blitz.

10 de septiembre de 1940: Canadá declara la guerra a Alemania, tres meses después de haberla declarado a Italia.

7 de diciembre de 1941: Japón bombardea Pearl Harbor.

11 de diciembre de 1941: Adolf Hitler declara la guerra a Estados

Unidos. Ese mismo día, Estados Unidos le declara la guerra a Alemania e Italia. Un mes después, las primeras fuerzas americanas llegan a Europa y desembarcan en Irlanda del Norte.

HUGO

París, diciembre de 1941

Sobrevivir en París se nos hacía cuesta arriba. Costaba demasiado todo, pero creo que la idea de salir de la ciudad nos parecía tan lejana e imposible que luchábamos por resistir. Seguir, avanzar, no ser descubiertos por algo que los alemanes vieran pecaminoso y nos llevara ante la Gestapo o, peor, a la muerte. Poco les costaba a aquellos demonios de uniforme disparar sus pistolas. Si te cruzabas con ellos, puede que por la calle, y te tropezabas por error, te mataban. Si resultabas sospechoso por algo que quizás estaba en su mente, te arrestaban. Sin motivos, solo decisiones rápidas que arrastraban las vidas al averno.

La vida se medía en pasos silenciosos, en evitar miradas indiscretas y en camuflar cualquier detalle que pudiera levantar sospechas. Todo lo que hacíamos era una estrategia de supervivencia; cada gesto debía ser calculado; cada palabra, medida.

Pero nosotros ya estábamos curtidos en aquello y aprendimos a andar con la cabeza gacha, a movernos con sigilo, evitando cualquier contacto con esos soldados que patrullaban las calles con una indiferencia letal. No había margen para errores ni para valentías impulsivas; sabíamos que bastaba con una simple mirada malinterpretada para sellar nuestro destino. Nos adaptamos a ese París oscuro, convertidos casi en sombras, confiando solo en un pequeño círculo de amigos que compartían nuestras mismas angustias y nuestra misma esperanza.

Habíamos dejado, hacía mucho, de querernos por las calles. Nada quedaba del París que habíamos conocido tras nuestra huida de Barcelona. La gente, en este nuevo París, desaparecía sin rastro tras un ruido inmenso de botas contra los suelos de madera de las escaleras de los edificios, y llantos, muchos llantos, combinados con algún grito en alemán.

En el que fue nuestro edificio en Montmartre, había pasado ya con dos familias: a unos se los habían llevado por judíos y, en el primero, que vivían dos chicos, también se los habían llevado. Pablo y yo creíamos, desde que los conocimos una mañana, que eran pareja, pero nunca les preguntamos. No nos interesaba, al igual que tampoco les interesábamos nosotros a ellos.

Nada quedaba de aquel París prebélico. Ni las noches, ni el amor, ni Pablo sonriendo cuando le agarraba la mano por debajo del abrigo mientras mirábamos libros en las librerías junto al Sena. Nada.

Las noches en la ciudad se habían vuelto interminables. El toque de queda impuesto por los nazis la convertía en un lugar de sombras y susurros a partir de las nueve de la noche. Las patrullas alemanas recorrían las calles, y el miedo se palpaba en cada rincón. Los parisinos y los adoptados, como lo éramos nosotros, vivíamos con la constante amenaza de ser denunciados por cualquier motivo: una palabra fuera de lugar, una mirada sospechosa, una amistad inconveniente, puede que una envidia retorcida.

Nosotros nos refugiábamos en nuestro pequeño apartamento, tratando de mantenernos invisibles. Las ventanas siempre cerradas, las luces apagadas. El silencio era nuestro mejor aliado. Pero, incluso en nuestro refugio, el miedo nos acompañaba. Cada golpe en la puerta, cada ruido en el pasillo nos hacía contener la respiración.

Los nazis habían impuesto un régimen de terror. Las redadas eran frecuentes y nadie estaba a salvo. Los judíos eran los primeros en ser perseguidos, pero no eran los únicos. Cualquier persona que no encajara en la visión aria podía ser arrestada, torturada o deportada. Los homosexuales, los gitanos, los discapacitados, todos eran considerados enemigos del Reich. Los socialistas fueron llevados, también los sindicalistas y anarquistas.

Una tarde, mientras caminábamos por las calles desiertas, vimos a un grupo de soldados alemanes arrestando a un hombre. Su único crimen había sido hablar en contra del régimen. Lo golpearon y se lo llevaron, dejándonos a todos con un nudo en el estómago. Sabíamos que podría ser cualquiera de nosotros al salir o entrar —aunque también existía la posibilidad de que entraran ellos— en una de esas reuniones en las que Sira y Marta nos habían metido, reuniones en

las que, en un primer momento, participaban solo los españoles; más adelante, se unieron los franceses. La Resistencia francesa quería lo mismo que la republicana: la libertad. Y los españoles, a los que nuestro país consideraba apátridas, no dudamos en unirnos a los franceses.

El París que habíamos conocido y amado se desvanecía cada día un poco más. La ciudad de la luz se había convertido en un lugar de oscuridad y desesperanza, y la del amor ya ni hablaba. Se había quedado callada ante el horror.

Las semanas pasaban lentamente, y cada día traía nuevas pruebas. La Resistencia francesa seguía luchando en las sombras, organizando sabotajes y distribuyendo información clandestina. Pablo y yo hacíamos lo que podíamos, que no era mucho, aunque con cautela. Él seguía escribiendo, siempre bajo pseudónimo. Y aquella mujer que se convirtió en casi una institución para nosotros, Loreine, seguía publicándolo en las sombras. Sabíamos que cualquier error podría costarnos la vida, pero no tuvimos ningún problema en que nuestro apartamento se convirtiera, por así decirlo, en el de todos.

Poca gente de la que había llegado a París tras la derrota de la República consiguió casa propia. Algunos se hospedaban en pensiones, otros en pisos que compartían diez personas con un solo baño y, los más desfavorecidos, en los almacenes de los bares y tiendas que algunos compañeros tenían. Tener un techo era lo que importaba. Que el toque de queda no te sorprendiera en la calle.

Una noche, recibimos un mensaje cifrado de la Resistencia. Necesitaban nuestra ayuda para esconder a un grupo de niños judíos que habían logrado escapar de una redada. Sin pensarlo dos veces, aceptamos. Sabíamos que era peligroso, pero también sabíamos que era lo correcto. A Pablo aquello lo removió demasiado. Teníamos que ayudarlos.

Los niños llegaron a nuestro apartamento en silencio, con el miedo y la incertidumbre reflejados en sus ojos. Les ofrecimos lo poco que teníamos: un lugar para dormir, algo de comida y, sobre todo, la promesa de que estarían a salvo. Durante días, los mantuvimos escondidos, esperando el momento adecuado para trasladarlos a un

lugar más seguro.

Mientras tanto, la situación en París empeoraba. Los nazis intensificaban sus redadas, y las ejecuciones públicas se volvieron más frecuentes. El miedo y la desesperación se apoderaban de la ciudad. Pero, a pesar de todo, había momentos de esperanza. La Resistencia lograba pequeños triunfos, y cada acto de valentía nos recordaba que no estábamos solos en nuestra lucha.

Siempre nos preparábamos para lo peor, pero también para lo mejor. Sabíamos que la lucha no había terminado, pero también sabíamos que cada día que pasaba nos acercaba más a la libertad. Los niños que habíamos escondido fueron trasladados a un lugar seguro; desconocimos dónde. Nunca volvíamos a ver a quienes se quedaban en casa, pero los lazos que nos unían durante esos días, en ocasiones semanas y, alguna vez, meses, eran los mismos: la supervivencia, el amor y la libertad. Aquellos niños fueron los primeros de muchas personas que pasaron por allí.

Siempre procedíamos de la misma forma. Entraban de madrugada y se escondían en una habitación que había al fondo, con una ventana diminuta y un camastro en el suelo. Allí, no harían ruido para que los vecinos no sospecharan nada y, si lo hacían, disimularíamos todo lo que pudiéramos. Todo estaría permitido para salvar la vida teniendo en cuenta que, si lo conseguíamos, saldríamos todos adelante y, si caíamos, lo haríamos todos. Esos días, Pablo y yo no nos rozábamos, vivíamos como compañeros, pero, cuando se iban… cuando se iban, el apartamento se convertía, una vez más, en nuestro rincón exquisito. Susurros, las yemas de los dedos por la piel del otro, sus labios carnosos recorriendo mi cuello… Nunca nos faltó el amor en París. Estábamos los dos.

Las salidas también se hacían de madrugada, justo veinte minutos después de que los oficiales hubiesen hecho la redada por la calle en busca de cualquier incauto que estuviese saltándose el toque de queda. Irían por el callejón de al lado del edificio hasta la calle de detrás y, allí, habría alguien para recogerlos. Siempre igual. Si algún día se producía un cambio, seríamos informados en el buzón.

El París que habíamos conocido antes de la guerra estaba desapareciendo, pero, en su lugar, surgía una nueva ciudad, una

ciudad de resistencia y esperanza. Nos habíamos convertido en ratas que se escondían, pero merecía la pena. Y, aunque el camino hacia la libertad era largo y peligroso, Pablo y yo estábamos decididos a seguir adelante, juntos, hasta el final.

Éramos de los pocos que conseguían que sus misiones salieran bien. Nunca supe si logramos realmente que aquellas personas llegaran a su destino, pero debíamos de hacerlo bien porque, cuando salía mal, sí que te enterabas.

Una noche, mientras Pablo y yo estábamos en nuestro apartamento, recibimos una visita inesperada. Era un miembro de la Resistencia, un hombre de rostro serio y ojos cansados. Estaba demacrado. Bajo una barba blanca, le pesaban ya los años. Siempre venía él a vernos desde que el gobierno alemán había empezado a controlar el correo, pero nunca supimos su nombre. Era algo así como nuestro contacto con la organización. Los superiores estaban bien coordinados y siempre iba a verte el superior que no formaba parte de tu célula para evitar confianzas innecesarias que pusieran en riesgo las misiones.

Nos explicó que necesitaban nuestra ayuda para esconder a una persona muy importante, alguien que estaba en grave peligro y que debíamos proteger. Sin dudarlo, aceptamos. ¿Qué podíamos decir? Éramos demasiado jóvenes como para parecer mortales por aquel entonces y, cuando tienes todavía la treintena por delante, permites que los ideales te lleguen a costar la vida. Es un juego. Algo perfecto que puede terminar en tragedia. Y por eso accedíamos siempre.

Esa misma noche, llegó Hannah. Era una mujer de gran inteligencia y coraje, perseguida por los nazis por sus ideas y su origen judío. Había logrado escapar de Berlín hacía mucho tiempo, en el 33, pero ahora necesitaban esconderla hasta que pudieran organizar su huida de París. Hannah, al final, igual que nosotros, era todo lo que odiaba el Tercer Reich.

Su voz era baja, pero sus palabras, escogidas con precisión, tenían un peso difícil de ignorar. Era una mujer que, a pesar de las circunstancias, mantenía intacta una fortaleza que la hacía tan enigmática como admirable. Mientras hablaba con nosotros recién llegada, compartiendo sus pensamientos con una calma inusual y

bebiendo del vaso de agua que Pablo le había dejado sobre la mesa, nos dimos cuenta de que, aunque había dejado Berlín hacía años, llevaba consigo las cicatrices invisibles de aquel pasado que la perseguía.

Hannah se instaló en nuestro pequeño apartamento y, aunque el espacio era reducido, hicimos todo lo posible para que se sintiera cómoda. Pasábamos las noches conversando en susurros. Hannah nos hablaba de sus escritos, de su visión del mundo y de la importancia de la libertad y la justicia. Pablo le rebatía y yo los miraba y me hipnotizaba lo que decían, cómo lo decían. Había dejado de pintar porque tan siquiera nos quedaba dinero para poder comprar lienzos nuevos y sus palabras eran lo único que quedaba del pasado, de la libertad, del ser. ¿Qué iba a pintar si no teníamos ni qué comer? ¿Cómo iba a pagar los lienzos si cada kilo que habíamos recuperado desde que habíamos llegado a París se iba perdiendo con la poca comida que teníamos y el dinero que nos quedaba?

Los días pasaban lentamente y, cada vez que escuchábamos pasos en el pasillo, nuestros corazones se detenían. Sabíamos que cualquier error podría ser fatal. Pero Hannah nunca perdió la calma. Su serenidad y su determinación nos daban valor.

—No sé cómo agradecerles lo suficiente por su hospitalidad. Sé que están arriesgando mucho al esconderme aquí —nos dijo con su educación intacta a pesar de que llevaba días encerrada sin salir. Nosotros sí salíamos, pero ella era una fugitiva. Una refugiada. Destinada ya por orden de los de arriba a vivir en las sombras.

—No tienes que agradecer nada, Hannah. Estamos en esto juntos. Y por favor: tutéanos. Te lo hemos dicho mil veces —le dijo Pablo con una sonrisa.

—Además, tus palabras y tus ideas nos inspiran. Nos das esperanza en estos tiempos oscuros —añadí.

—La esperanza es lo único que nos queda a veces —nos comentó con una sonrisa triste—. Pero debemos aferrarnos a ella con todas nuestras fuerzas. La libertad y la justicia son valores por los que vale la pena luchar, incluso cuando parece imposible.

Me quedé mirándola. Estaba tan asustado que no pude evitar

preguntarle:

—¿Cómo logras mantener la calma en medio de todo esto? ¿No tienes miedo?

—El miedo siempre está ahí, pero no podemos dejar que nos paralice. He visto demasiada injusticia y sufrimiento como para rendirme ahora. Debemos seguir adelante, por nosotros y por las generaciones futuras.

—Tu valentía parece que dé fuerzas —escuché que susurraba Pablo desde la cocina donde calentaba un poco de agua.

Asentí y no pude evitar ver cómo a Hannah se le dibujaba una sonrisa en la cara.

—Y ustedes me dan esperanza. Ver a personas como ustedes, dispuestas a arriesgarlo todo por los demás, me recuerda que aún hay bondad en el mundo. Juntos, podemos superar esto.

Pablo le lanzó una mirada asesina desde la cocina.

—Digo, vosotros —corrigió entre risas.

La conversación continuó hasta bien entrada la noche y, aunque el miedo y la incertidumbre seguían presentes, en ese momento, nos sentimos un poco más fuertes, un poco más unidos.

A la mañana siguiente, después de que Pablo saliera a buscar algo de comida y a cobrar las colaboraciones de prensa, me quedé a solas con Hannah.

—Hannah, ¿puedo preguntarte algo personal? —le dije, tratando de no parecer demasiado intrusivo. Estaba sentado sobre la encimera de la cocina, con el pantalón de pinzas arremangado mientras me rascaba la pierna.

Ella me miró con curiosidad mientras cerraba el libro que tenía entre manos y asintió.

—Claro, pregunta lo que quieras.

—Pablo y yo… somos más que amigos. Somos pareja. En estos tiempos, es peligroso, casi tanto como ser judío. ¿Qué piensas sobre esto? ¿Crees que algún día podremos vivir sin miedo?

Hannah me observó con una mirada profunda y reflexiva antes de responder.

—La opresión y el miedo son herramientas utilizadas por los regímenes totalitarios para controlar a las personas. La libertad, en

todas sus formas, es un derecho fundamental que debemos defender. La homosexualidad, como cualquier otra forma de amor, es una expresión de la humanidad y no debería ser motivo de persecución.

Hizo una pausa, como si estuviera eligiendo cuidadosamente sus palabras.

—En mi obra, he hablado mucho sobre la banalidad del mal, sobre cómo las personas pueden cometer atrocidades simplemente siguiendo órdenes sin cuestionarlas. Pero también creo en la capacidad humana para resistir y luchar por lo que es justo. La lucha por los derechos de los homosexuales es parte de esa resistencia. Es una lucha por la dignidad humana.

Me sentí conmovido por sus palabras y decidí compartir algo más.

—Pablo también es judío. Su familia quedó en Barcelona junto a mi abuela y nunca hemos vuelto a saber nada de ellos. A veces me pregunto cómo encuentra la fuerza para seguir adelante.

Hannah asintió, comprendiendo la gravedad de lo que le estaba contando.

—La identidad y la pertenencia son aspectos fundamentales de nuestra existencia. La persecución que enfrentan los judíos y los homosexuales proviene del mismo lugar de odio e ignorancia. Pero es precisamente en estos momentos de oscuridad cuando debemos aferrarnos a nuestra humanidad y a nuestros valores. La fuerza de Pablo proviene de su amor por ti y de su deseo de justicia. Es un recordatorio de que, incluso en los tiempos más oscuros, el amor y la esperanza pueden prevalecer.

La conversación con Hannah me dejó una profunda impresión. Sus palabras resonaron en mi mente mientras esperaba el regreso de Pablo. Sabía que, aunque el camino por delante sería difícil, no estábamos solos. Teníamos a personas como Hannah, que nos inspiraban a seguir luchando por un mundo mejor, un mundo donde todos pudiéramos vivir sin miedo y con dignidad.

—¿Por qué seguís en París? —escuché que me preguntaba mientras volvía a meter la cabeza en su libro.

Me quedé pensativo, mirándola, hasta que me atreví a responder:

—Supongo que porque volver a casa no es posible e irnos significa

huir de nuevo.

—Irse no es huir, Hugo. Irse, ahora mismo, es sobrevivir.

Aquello se quedó en mi cabeza mucho tiempo. Era inevitable. Sobrevivir, a qué precio. Dejar todo atrás de nuevo y empezar otra vez. ¿De verdad?

—París es nuestro hogar —afirmé mirando por la ventana a la basílica. Sus campanas anunciaban el mediodía.

—Vuestro hogar sois vosotros dos.

Las conversaciones con Hannah hicieron que entendiera muchas cosas y que siguiera desconociendo otras, pero llegó el día en que la Resistencia había organizado su huida. Nunca supimos de su huida definitiva de la ciudad, pero sí del momento que cambió de escondite para no ser encontrada. Era una operación arriesgada, pero no había otra opción. Pablo y yo nos despedimos de ella en la cocina de nuestro apartamento. Allí, en el callejón de siempre, un miembro de la Resistencia la esperaría con documentos falsos y un plan para sacarla viva de París.

Nos despedimos con abrazos y lágrimas. Habíamos pasado solo tres días juntos, pero tres días en mitad de aquella guerra parecían una eternidad. Gente que conocíamos, que iba y venía, que quería sobrevivir. Y nosotros nos íbamos acostumbrando a no estar solos en ningún momento, a las despedidas silenciosas, a los pasos acelerados por la escalera de caoba justo antes de cerrarse la puerta de hierro de la entrada del edificio. Siempre era igual.

—Recordad que la verdadera victoria no está en derrotar al enemigo, sino en mantener nuestra humanidad intacta. Pensad bien lo de iros de París.

Con esas palabras, nos abrazamos por última vez. Aquello fue lo último que nos dijo. La despedida fue breve. Mientras Hannah se alejaba por el pasillo, sentí una mezcla de tristeza y esperanza. Sabía que nuestro camino sería difícil.

Pablo y yo nos quedamos en la puerta, observando cómo Hannah desaparecía en la distancia. Nos miramos y, sin necesidad de palabras, supimos que estábamos listos para continuar nuestra lucha. Resistiendo. Juntos, hasta el final.

20 de enero de 1942: En la Conferencia de Wannsee celebrada en Berlín, el líder del Reich, Reinhard Heydrich, esboza el plan de la «solución final» para deportar a los millones de judíos que quedan en los territorios conquistados por Alemania a campos de exterminio del este. Los judíos no son los únicos a los que arrastran hasta allí.

HUGO

París, mayo de 1942

—Mírame. He dicho que me mires —le dije a Pablo levantándole la cabeza de la mesa de la cocina—. ¿Tú de verdad crees que esta gente sabe cómo es un judío? Por eso os ponen estrellas, Pablo. Para identificaros.

Los alemanes habían obligado a toda la población judía a ponerse una estrella en la ropa. Ya lo habían hecho en Polonia cuando la ocuparon. Y en Yugoslavia, en forma de parches. Y a los lituanos, en círculos amarillos. Y en Letonia y Austria. Y en Holanda, Bulgaria y Grecia. Francia no iba a ser menos.

—Pero soy judío, Hugo.

—Pero solo lo sé yo. Ya está.

—No, Hugo. No es tan sencillo —respondió Pablo, con la voz quebrada—. No puedo esconderme para siempre. No quiero vivir con miedo.

—Esta gente odia a los judíos, Pablo. Desaparecen y nadie sabe dónde. Los matan. ¿Me entiendes? —le pregunté entre gritos.

Mantenía la cabeza gacha sobre la mesa de la cocina, encogida entre los hombros. Con voz suave, me contestó a la pregunta a pesar de que no lo necesitaba:

—Claro que lo entiendo, pero no quiero negar también quién soy. Es lo único que me queda.

Me senté en la silla frente a él. Sentía que el corazón se me iba a salir del pecho y el aire me faltaba cuando trataba de inhalarlo. Era como si con cada respiración la habitación se hubiera quedado sin oxígeno y ahora solo me quedara aguantar con el poco que restaba entre las paredes.

—Si tu Dios existe, quiere que sobrevivas —dije mientras le agarraba de la barbilla para que me mirara a los ojos.

—París se ha vuelto un sitio difícil para eso.

Lo vi desesperado. Con los ojos tristes y la mirada perdida entre

los huesos de la cara. Ya no tenía mofletes, ni brillo, solo pena y hambre.

Le solté la barbilla y me senté a su lado. Sus manos temblaron cuando intentó encender un cigarro. Lo logró al tercer intento, y la pequeña brasa iluminó su expresión por un instante. Era un rostro que no reconocía del todo, el rostro de alguien que ya no esperaba nada. Me dolió. Dios, cómo me dolió.

—Lo sé, Pablo. Pero tenemos que ser inteligentes. París no es seguro para nosotros ahora. Tenemos que encontrar una manera de salir de aquí. Tú me ayudaste a salir de Barcelona y yo te sacaré de París.

Pablo negó con la cabeza y comentó:

—No se puede salir de París, Hugo. Los controles están en todas partes. Los trenes, las carreteras, incluso los caminos rurales. Nos atraparán antes de llegar a la frontera. Se ha convertido en la ratonera que nos dijo André.

—Tenemos que intentar salir de Europa.

Suspiré, sintiendo el peso de la desesperación en el aire. Pero no podía rendirme. No ahora. Le debía demasiado a Pablo. Estaba en París gracias a él y a mi abuela. Por ella ya no podía hacer nada, tan siquiera sabía si seguía viva, pero por Pablo todavía estaba a tiempo.

—Pablo, siempre hay una manera. Tal vez no podamos salir por los medios convencionales, pero hay rutas clandestinas, personas que ayudan a los que están en peligro. Hay que intentar llegar a Londres.

—Hugo, los alemanes bombardean Londres casi a diario. Quieren destruir a los británicos en sus propias casas.

—Bueno, pues a Cardiff o a algún puerto del que salgan barcos a Estados Unidos.

—¿Quieres huir a Estados Unidos? —me preguntó arqueando una ceja.

Me mordí el labio, justo antes de contestarle:

—¿Por qué no? A Nueva York. Quizás allí, entre toda aquella gente, podamos estar bien. Los alemanes van a destruir las Islas Británicas si siguen así e igual se hacen con ellas, pero América está muy lejos, Pablo. Tenemos que buscar a los que nos ayuden a cruzar el Canal

de la Mancha.

Me miró con escepticismo, pero también con una chispa de esperanza.

—¿Y cómo encontramos a esa gente? —preguntó, su voz apenas un susurro.

—Vamos a ver —le dije encarándome a él—, llevamos meses jugándonos la vida por gente que ni conocemos. Ahora necesitamos que se la jueguen por nosotros. No estamos pidiendo tanto.

Me quedé allí sentado, tomándolo fuerte de la mano, sintiendo su temblor. La noche se cernía sobre París y el sonido distante de las sirenas nos recordaba el peligro constante.

Él soltó el humo con un suspiro cansado. No me respondió. Tal vez porque sabía que los castillos de papel a veces se deshacen ante una lluvia imprevista.

—Nunca, Pablo. Nunca te voy a dejar solo.

A la mañana siguiente, al levantarme demasiado pronto como siempre, me vestí y corrí a casa de Sira y Marta. Ya nunca me quedaba mirando a Pablo, creo que él tampoco dormía del todo. Mis preferencias habían cambiado con la guerra. Ahora la sentía mucho más cerca que en Barcelona, la sentía bajo los pies. El placer había desaparecido por supervivencia, la admiración por el respeto, la alegría por el llanto… eran muchos cambios para tan pocos meses.

Miré a Pablo, su rostro marcado por la fatiga y la preocupación. Sabía que él también sentía el peso de todo esto. Pero, a pesar de todo, había una fuerza en él. Algo que me empeñaba en encontrar. Una determinación que me inspirara a seguir adelante, a no rendirme. Algo que yo mismo pudiese insuflarle.

Lo miré por última vez y cerré la puerta del apartamento suavemente, para que nadie me escuchara salir tan pronto. Ni tan siquiera él. Con uno despierto sobraba.

Pensé que mis amigas podrían ayudarme. Sabrían qué hilos mover, de cuáles tirar más y de cuáles menos y, sobre todo, cuáles era mejor dejar escondidos y pasar por el lado, suavemente, como un gorrión.

Recorrí las callejuelas que separaban mi apartamento del suyo muy rápido, casi corriendo, pero la fatiga no apareció. Solo sentía mi

corazón en el cerebro. *Pum, pum, pum*. Cada paso se aceleraba más. *Pum, pum, pum, pum*. Y cada acelerón hacía que mi respiración creciese, a ritmo lento, pero firme.

Al llegar a casa de mis amigas, no las encontré. Solo la puerta abierta, el desorden que habían dejado en el interior. La escena era desoladora. La puerta estaba entreabierta, colgando de una bisagra rota. Dentro, el caos reinaba: muebles volcados, papeles esparcidos por el suelo, y un silencio sepulcral que contrastaba con el bullicio habitual del lugar.

El vecino de enfrente, un francés demasiado mayor para entender aquello de la guerra, estaba en la puerta de su casa, observando con una mezcla de miedo y tristeza. Al verme, se me acercó rápidamente.

Recordaba haberlo visto alguna vez en una de las muchas tardes que había subido y bajado aquellas escaleras, dándonos un tímido saludo y agarrado a su bastón con una mano y de la escalera con la otra.

—¿Qué ha pasado aquí? —pregunté con la voz temblorosa.

Lo pregunté realmente en voz baja porque era para mí, pero aquel señor me dio la respuesta que yo, al final, ya me esperaba:

—Fue anoche. Los alemanes llegaron de repente, en medio de la noche. Golpearon la puerta con fuerza y entraron sin dar explicaciones. Sus amigas intentaron resistirse, pero no tuvieron oportunidad. Las arrastraron fuera, sin siquiera permitirles recoger sus cosas.

Sentí un nudo en la garganta mientras continuaba.

—Escuché los gritos desde mi ventana. Intenté hacer algo, pero soy demasiado mayor. —Se le quebró la voz—. No pude hacer nada. Se las llevaron en un camión, junto con otros vecinos. No sé a dónde.

El silencio volvió a caer entre nosotros, pesado y opresivo. La realidad de lo sucedido se asentaba en mi mente, y la desesperación comenzaba a tomar forma.

—¿Sabe usted si había alguien más en el piso? —pregunté, con la esperanza de encontrar alguna pista que pudiera ayudar.

Asintió lentamente, como con la mirada perdida en el recuerdo.

—Sí, había tres niños con ellas. Nunca los había visto antes, pero los sacaron a rastras también. No tuvieron piedad. Los sacaron a todos juntos, sin importarles los llantos y las súplicas de los pequeños.

El dolor en su voz era palpable, y sentí una mezcla de rabia e impotencia. Los niños, inocentes, atrapados en una pesadilla que no entendían.

—Parecían asustados, como si hubieran estado escondiéndose durante mucho tiempo. Quizá sus amigas los estaban protegiendo.

La idea de mis amigas arriesgando sus vidas para salvar a esos niños no me sorprendió, pero tenía que hacer algo, encontrar una manera de ayudarlas, de ayudarlos a todos. Pero ¿por dónde empezar?

—A la puerta del edificio —dijo con la voz quebrada— dispararon a los niños. Fue horrible. No les importó que fueran tan pequeños. Todavía se pueden ver las manchas de sangre en el suelo.

Sentí un escalofrío recorrerme el cuerpo. La crueldad de la situación era abrumadora. Había pasado por delante de ellas y ni me había fijado. Había visto manchas oscuras en el pavimento, pero no pensé que fuesen testigos mudos de la atrocidad cometida.

—¿Cómo pudieron hacer algo así? —murmuré, más para mí mismo que para el señor.

—No lo sé —respondió él, con los ojos llenos de lágrimas—. Pero tenemos que ser fuertes. No podemos dejar que el miedo nos paralice. Tenemos que encontrar una manera de luchar contra esto.

Mientras salía del edificio, todavía conmocionado por lo que había visto y oído, sentí una mano fuerte agarrándome por el brazo. Me giré rápidamente y me encontré cara a cara con un soldado nazi. Su mirada fría y despiadada me hizo temblar.

—¡Tú, ven con nosotros! —me ordenó en un francés alemanizado sin darme tiempo a reaccionar, justo antes de decirme algo en alemán.

Intenté resistirme, pero otros dos soldados se unieron rápidamente, inmovilizándome. Miré hacia el señor, buscando ayuda, pero él evitó mi mirada, su rostro pálido y lleno de culpa.

—¡Él es uno de ellos! —gritó aquel señor que me había llegado

hasta a despertar ternura, señalándome con un dedo tembloroso—. ¡Es de la Resistencia! ¡Hacían fiestas aquí con las otras dos, él y su novio! ¡Todo París lo sabe!

La traición me golpeó como un puñetazo en el estómago. El hombre que creía un vecino amable y preocupado era, en realidad, un delator. París estaba lleno de ellos. Y no lo hacían por gusto, quizá sí por chantaje, por miedo, por salvar a alguien que tal vez ya nunca volverían a ver.

Los soldados me arrastraron hacia un camión militar estacionado en la calle, donde otros prisioneros ya estaban siendo subidos.

—¡No! ¡Déjenme! —grité, luchando con todas mis fuerzas, pero era inútil.

Un soldado me pegó una bofetada tan fuerte que me partió una ceja, y me golpeé contra el lateral de metal del camión.

El vehículo arrancó y, mientras nos alejábamos, vi al señor observando desde la distancia, su figura encorvada y derrotada, triste, pero salvando su vida. La desesperación y la rabia se mezclaban en mi interior. No sabía qué me esperaba, pero una cosa tenía clara: no iba a rendirme sin luchar.

PABLO

París, julio de 1942

Hacer caso a Hugo me salvó la vida, pero ¿dónde estaba?

Había decidido no ponerme la estrella amarilla en la ropa, un acto de desafío silencioso que me llenaba de miedo y esperanza a partes iguales.

El sol apenas había salido cuando escuché los primeros golpes en las puertas de mis vecinos. Los gritos y el sonido de las botas resonaban en los pasillos. Al asomarme por la ventana supe que la policía francesa, quizá bajo las órdenes del régimen de Vichy y los nazis, estaba llevando a cabo una redada masiva.

Mi corazón latía con fuerza mientras me escondía en un rincón oscuro de mi pequeño apartamento. Podía escuchar los sollozos y las súplicas de las familias siendo arrancadas de sus hogares. Me preguntaba si sería el siguiente. Cada segundo parecía una eternidad. Desde la ventana, veía cómo la gente salía de sus portales cargada con sus maletas, sin saber a dónde los llevaban.

De repente, los golpes en mi puerta resonaron con una fuerza que me hizo contener la respiración. Los pasos se acercaban, y podía escuchar las voces autoritarias de los policías. Eran franceses. Los entendía a la perfección después de todo ese tiempo viviendo en París.

En mi mente se agolparon imágenes de lo que podría suceder si me encontraban. El miedo me paralizaba, pero sabía que no podía hacer ruido, no podía delatar mi presencia.

Los segundos parecieron horas mientras los policías revisaban cada rincón del edificio. Escuché cómo abrían puertas, cómo registraban los apartamentos de mis vecinos. Los gritos y el llanto se mezclaban con el sonido metálico de las botas sobre el suelo. Cerré los ojos, rezando en silencio para que pasaran de largo y me dejaran con vida un día más.

Finalmente, los pasos se detuvieron frente a mi puerta. Mi corazón

casi se paró. Podía escuchar el sonido de la respiración de los policías al otro lado. Un murmullo, una decisión tomada, y luego, los pasos continuaron. Pasaron de largo. Allí no vivía ningún judío, solo un español exiliado de la guerra que, a pesar de ser uno de sus objetivos, no entraba entre sus presas de ese día. O quizá sí lo estábamos, pero mi casero, un francés que nada debía de temer, nunca me había hecho firmar un alquiler y, por lo tanto, quizá no sabían ni que la casa estaba ocupada. Una propiedad de un hombre bien en un París entero que, según el parecer de aquellos monstruos, estaba por limpiar.

No me atreví a moverme hasta que el sonido de las botas se desvaneció en la distancia. Abrí los ojos lentamente, aún temblando. Había pasado, por ahora. Pero sabía que no estaba a salvo. La tensión en el aire era palpable, y cada sonido, cada movimiento, me recordaba el peligro constante en el que vivía.

Me quedé en mi escondite un poco más, tratando de calmar mi respiración y mi mente. Sabía que tenía que encontrar un lugar más seguro, pero, por ahora, había sobrevivido a otro día en este infierno.

¿Dónde estaría? ¿Habría logrado escapar? El simple pensamiento de que algo le hubiese pasado me hacía sentir un nudo en el estómago. Hugo era mi ancla, mi razón para seguir luchando en medio de todo aquel caos. Nos habíamos prometido que, pasara lo que pasara, nunca nos rendiríamos. Pero, en momentos como este, cuando el miedo oprimía mi pecho, era difícil mantener esa promesa.

Era fácil pensar que algo le hubiese pasado. Desde la mañana en que había salido de casa a escondidas, no lo había vuelto a ver. Él pensó que se había ido en silencio y yo me hice el dormido porque no quería hablar, porque no quería huir, porque quería protegerlo y, al final, al dejar que se fuera de casa, había conseguido todo lo contrario. No me despedí aquella mañana como lo hacíamos siempre, diciéndonos lo que nos queríamos, aunque sonara redundante el hecho de besarnos un mínimo de tres veces antes de salir. Se fue sin que lo abrazara y le dijera que lo esperaba para el café, y eso me dolía. Sin que lo respirara, una última vez. Yo siempre olía a tabaco y él, a café. Ya solo olía el apartamento a tabaco. Y eso

todavía me carcomía más.

Fui a casa de Sira y Marta el día en que Hugo no volvió; ni rastro, tampoco de ellas. Sabía que iría a verlas. Era lo que hacía cuando necesitaba ayuda para algo, desde una idea para terminar un lienzo hasta un poco de pan para calmar el hambre; visité los sitios por los que íbamos, pero tampoco hallé nada. París se había vuelto sombría y silenciosa. Nadie sabía nada de ellos.

Me pregunté si Hugo también estaría escondido, esperando a que los peligrosos pasos se alejaran, igual que yo. O quizás había encontrado un lugar más seguro, un refugio temporal hasta que pudiese reunir fuerzas y salir a buscarme. La incertidumbre me devoraba por dentro. No había manera de saberlo, no sin arriesgarme más de lo que ya lo estaba haciendo.

Pensé en el diario. Aquel periódico que había sido mi vida durante años y que ahora, gracias a la Resistencia, era más que un simple trabajo: era nuestra voz. Todo había empezado dentro de la ley, pero con la llegada del nazismo se convirtió en un laberinto de mensajes codificados y notas clandestinas donde los colaboradores escribíamos nuestras realidades ocultas, esperando que alguien más las escuchara.

Tenía que llegar hasta allí. Quizá, si alcanzaba el diario, encontraría alguna noticia, alguna señal del paradero de Hugo. Sabía que no podía quedarme escondido mucho más; este lugar, que hasta ahora había sido un refugio seguro, se volvía un riesgo letal con cada minuto que pasaba. Las redadas parecían cada vez más cercanas y, con ellas, la certeza de que pronto sería descubierto si permanecía allí. Quizá, un día, los españoles nos convertiríamos en su diana y, entonces, ¿quién podría ayudarme? Tenía que salir de allí rápidamente.

Me calcé los viejos zapatos negros, los únicos que tenía. El cuero estaba desgastado y las suelas empezaban a despegarse. Salí a las calles con el pulso acelerado, moviéndome con sigilo y una prudencia que rozaba la paranoia. Las calles desiertas se extendían frente a mí, quietas y lóbregas, y cada sombra parecía alargarse y distorsionarse, persiguiéndome con pasos invisibles. La tensión se apoderaba de cada uno de mis sentidos; cada crujido, cada

movimiento en la penumbra me hacía girar la cabeza, seguro de que alguien me acechaba o, peor aún, de que alguien sabía a dónde iba.

No sabía qué encontraría allí. Hacía demasiado que no iba a cobrar ni me pasaba por las oficinas. Todo se había vuelto, con el tiempo, más silencioso, más clandestino y menos fraternal entre los que colaborábamos. Al principio, sabíamos identificarnos, podría decirse que éramos hasta compañeros que tomaban copas en los bares. Luego, con la invasión, los pseudónimos se encargaron de mantener nuestra vida a salvo y distanciarnos a unos de otros.

Tal vez allí encontraría un rastro de Hugo, o tal vez nada, solo el eco vacío de un lugar que solía ser bullicioso. La realidad era que ya no podía confiar en nada ni en nadie.

Llegué a la entrada trasera, que había utilizado en incontables ocasiones. Antes, era solo una puerta más. Ahora, era un umbral entre la vida y la muerte, entre el miedo y la esperanza. Con manos temblorosas, me dispuse a entrar, sabiendo que el siguiente paso podría cambiarlo todo. Aquello podría ser una trampa, o no, quizás una forma de ir captándonos a todos, pero tenía que abrir aquella puerta. Al otro lado podría estar el cielo, pero primero tenía que cruzar por el infierno del miedo.

El chirrido de la puerta al abrirse resonó en el silencio, rompiendo la quietud como un grito ahogado. Me deslicé adentro, con los latidos del corazón en la garganta, esperando encontrarme con el bullicio acostumbrado del periódico. Pero, en su lugar, solo me recibió un vacío inquietante. Las sillas estaban desordenadas, los escritorios desocupados, y papeles amarillentos por el tiempo yacían desperdigados por el suelo. El lugar que solía estar lleno de vida y movimiento ahora parecía un cascarón hueco, una reliquia de lo que una vez fue.

El silencio era tan denso que casi podía oír mis propios pensamientos resonando en las paredes. Di unos pasos, casi con temor a romper la quietud, cuando de pronto escuché un leve susurro, el roce de un papel movido por una mano firme. Me giré y la vi: Loreine.

Estaba de pie junto a la gran mesa de conferencias, vestida impecablemente como siempre, con una expresión grave que la

hacía parecer aún más imponente. Su presencia irradiaba una fuerza contenida, una calma que ocultaba la tormenta que llevaba dentro.

—Sabía que vendrías —me dijo sin mirarme en su francés inmaculado, sus ojos fijos en un mapa de París que había desplegado sobre la mesa—. Siempre vuelves al único lugar que te queda. Lo digo por experiencia.

—Loreine…

Mi voz salió en un susurro, pero no supe qué más decir. Ella levantó la mirada y me estudió por un momento, como si evaluara cuánta esperanza aún quedaba en mí.

Se me acercó y me dio un abrazo, uno de esos que se dan los conocidos sin sentir nada, pero se me quedó adentro. Su media melena rubia olía a jazmín y tabaco. Después se acercó con una cajetilla y me ofreció un cigarrillo. Lo rechacé con un gesto de mano y la volvió a guardar.

—Las cosas están peor de lo que imaginamos —continuó, señalando el mapa—. La redada en el Velódromo de Invierno la llaman… Han atrapado a miles. Judíos, niños, ancianos, homosexuales, gitanos, nadie está a salvo. Esos desgraciados los amontonan como ganado y los transportarán a los campos. No se trata solo de sobrevivir el día a día, sino de entender que, si no hacemos algo, no quedará nadie para rescatar.

Loreine alternaba entre el español y su francés inmaculado, lo cual, de alguna manera, hacía que entenderla fuera más sencillo para mí que seguir las conversaciones de otros compañeros. Había aprendido a adaptarme a ese juego de palabras y acentos, y, aunque ella lograba que me sintiera cómodo, aún había momentos en que descifrar todo lo que decía me costaba un poco.

Su mención de la redada me hizo sentir como si me hubieran dado un golpe en el estómago. Sabía de lo que hablaba, había sentido a aquellas bestias pasar por delante de mi casa, hubiese podido ser una de sus presas, pero escucharla decirlo de manera tan directa, tan cruda, hizo que la realidad se estrellara contra mí con una fuerza demoledora.

—¿Los campos?

—Sí, Pablo… —Loreine sostuvo mi mirada, como si esperara que

entendiera sin necesidad de más explicaciones—. Lugares de los que nadie regresa. Se ha empezado a hablar de ellos. Los suben a trenes de ganado y nunca vuelven. Nunca se sabe dónde van.

—Hugo… —murmuré mientras se me quebraba la voz—. ¿Qué le ha pasado? ¿Sabes algo? Desapareció hace semanas. Y Sira y Marta también. Tenéis que saber algo.

Loreine me sostuvo la mirada por un segundo demasiado largo, y su silencio fue la respuesta que más temía.

—Se lo habrán llevado —dijo al fin, con una dureza que intentaba ocultar su propia tristeza—. Si lo atraparon, estará camino de un campo de concentración si es que no lo han matado a palos en la avenida Foch.

Lo dijo con un tono tan duro que sentí que las piernas me fallaban, como si fuese a desmayarme en cualquier momento, pero me mantuve en pie por pura fuerza de voluntad.

Mientras las palabras de Loreine se asentaban en mi mente, un nudo de miedo y desesperación se enroscaba en mi estómago. No podía dejar de pensar en el 84 de la avenida Foch, el número que se había convertido en sinónimo de horror en las calles de París. Aquella mansión de lujo, con su fachada señorial y sus altos ventanales, se había transformado en el epicentro del terror nazi en la ciudad.

Todos en la Resistencia conocían la dirección. Era la calle por la que evitábamos pasar. Desde las chicas que iban con la bicicleta tratando de llevar información en el interior de sus faldas de lado a lado de la ciudad, hasta todos los demás que, aunque no lleváramos nada que nos pudiera identificar, teníamos motivos de sobra para dar la vuelta a la manzana.

Aquella casa se había convertido en el cuartel general de la Gestapo en París, y más que eso, era un lugar donde la humanidad parecía haberse desvanecido por completo. Los rumores, alimentados por los pocos que habían sobrevivido y conseguido escapar, se extendían como un veneno, contaminando cada rincón de la ciudad con el conocimiento de lo que realmente ocurría allí. Todos los que escapaban tenían un buen contacto, uno de esos que no se consiguen fácilmente. Vendían su alma a cambio de sobrevivir.

Sobrevivir a la avenida Foch era como haber muerto y resucitado, una segunda oportunidad mucho más valiosa que la primera.

Había oído historias, relatos escalofriantes contados en susurros por aquellos que habían tenido la mala fortuna de caer en manos de la Gestapo y milagrosamente sobrevivir para contarlo. Uno de esos supervivientes era Jean-Luc, un periodista que había trabajado en el mismo periódico que yo. Recordaba su mirada vacía cuando nos relató lo que había visto, lo que había soportado, para que pudiera contarlo justo antes de que la organización pudiera enviarlo lejos de Francia.

—Te quiebran de formas que no puedes imaginar —me había dicho con la voz temblorosa, como si revivir esos momentos fuera suficiente para desatar el infierno en su mente otra vez—. No se trata solo de dolor físico, aunque eso es insoportable. Te torturan con una precisión casi científica, con una crueldad que solo he visto en las peores pesadillas. Te hacen hablar. Te hacen traicionar todo lo que amas.

Jean-Luc había sido colgado de los brazos durante horas, su cuerpo sometido a descargas eléctricas que lo dejaban al borde de la muerte. Lo habían golpeado, quemado, desfigurado. Pero lo peor, decía, no era el sufrimiento físico, sino la tortura psicológica.

—Te hacen sentir que no vales nada —había murmurado con su voz apagada por el recuerdo del horror—. Te quitan todo, hasta el deseo de vivir.

El 84 de la avenida Foch no era solo un lugar de tortura; era un agujero negro, un punto de no retorno. Entrar allí significaba perderlo todo: la identidad, la dignidad y, para muchos, la vida. Se sabía que aquellos que eran llevados a esa dirección rara vez volvían. Y los pocos que lo hacían, como Jean-Luc, no eran los mismos.

Otro ejemplo que había oído provenía de una joven llamada Isabelle, una mensajera de la resistencia que había sido capturada mientras transportaba documentos cruciales. Su historia era una de las peores que había escuchado. La habían encerrado en una celda minúscula, sin luz, sin agua, solo el sonido de su propia respiración y los gritos de otros prisioneros que llenaban el aire en la oscuridad.

Durante días, la torturaron sin descanso, intentando arrancarle nombres y direcciones. Al final, no sabían si su silencio se debía a su fuerza o al simple hecho de que su mente se había quebrado por completo. O peor aún: el chivatazo había sido erróneo y se habían equivocado de mujer.

Cuando finalmente fue rescatada por alguien que no nos quiso contar de qué lo conocía, estaba irreconocible, apenas un espectro de la persona que había sido. Ni su marido la llegó a reconocer. Isabelle murió días después de salir de allí, por una gangrena causada por las heridas de la tortura.

Todavía recordaba con claridad la conversación con su pareja, aquel gallego exiliado que había encontrado refugio en París como lo habíamos hecho Hugo y yo, aunque era difícil llamar «refugio» a cualquier lugar bajo la sombra del nazismo que nos había azotado.

Aquella frase que me dijo una vez, cuando me relató la historia de su mujer, aún resonaba en mi mente: «No era ella. Solo quería morirse». Eran palabras simples, pero cargadas de un peso insoportable, de un sufrimiento tan profundo que cualquier otro sentimiento quedaba eclipsado.

Pensaba en Hugo, y en todos aquellos que estaban siendo arrastrados a los campos, a lugares donde el sufrimiento no tenía fin. Sabía que algunos, tal vez incluso Hugo, podrían llegar a un punto en el que ya no pudieran resistir, en el que la única paz que podían imaginar era la de dejar de sentir, dejar de existir. Temía por él, por el horror que estuviera sufriendo. Porque no lo merecía.

Loreine tenía razón. Los alemanes se enorgullecían de su brutalidad, de cómo exterminaban a quienes consideraban inferiores. Sabían cómo manipular el miedo, cómo utilizarlo como arma para aplastar cualquier resistencia, cualquier esperanza. Y, si se enteraran de lo mío con Hugo, si descubrieran nuestra verdad, no dudarían en hacer de nosotros un ejemplo, en utilizarnos como una advertencia para todos los demás.

El 84 de la avenida Foch era solo una parte del monstruo que se había apoderado de París, pero era la más oscura, la más temida. Era el lugar donde los ideales morían, donde el espíritu se rompía, y donde la humanidad era reducida a cenizas. Si tenía alguna

posibilidad de luchar, de sobrevivir, debía aceptar que la batalla desde dentro estaba perdida. Mi única opción era escapar, llevar mi voz a un lugar donde aún pudiera hacer algo, donde aún pudiera marcar la diferencia.

—¿Qué puedo hacer, Loreine? No puedo quedarme aquí, esperando a que me lleven también. Pero no puedo abandonarlo… no así —balbuceé, desesperado.

Loreine suspiró, suavizando un poco su expresión, y se acercó a mí.

—Escúchame bien. Quedarte aquí no os ayudará ni a Hugo ni a ti mismo. Pero hay algo que puedes hacer. La Resistencia francesa está perdiendo terreno y nuestra única esperanza real está más allá del Canal de la Mancha.

Fruncí el ceño sin entender bien a qué se refería. No había forma de entrar o salir de París. Era una ratonera.

—¿Más allá?

—Londres —dijo, con un tono de voz más decidido—. Estoy en contacto con la BBC. Necesitan periodistas, gente con coraje, dispuestos a contar la verdad y mantener la moral de los aliados. Podrías unirte a ellos. Escribir, hacer radio, transcribir mensajes que te llegaran. Desde allí, podrías ayudar a terminar esta guerra, y con ella, las atrocidades que están ocurriendo.

—¿Londres? —repetí, aturdido.

Era un salto al vacío, un riesgo enorme. Pero, si me quedaba aquí, el final ya estaba escrito.

—Londres —reafirmó ella, colocando una mano firme sobre mi hombro—. Terminar con la guerra es la única oportunidad que tienes de ayudar a Hugo, a todos los que están siendo arrastrados por no encajar en sus ideas. No será fácil, pero, si te quedas aquí, solo serás otra víctima más de esta máquina de muerte.

La propuesta de Loreine era peligrosa, pero era la única que ofrecía una chispa de esperanza. Londres. BBC. Una oportunidad de luchar desde otro frente, de mantener viva la voz de la verdad y, tal vez, solo tal vez, de salvar a Hugo y a tantos otros.

Me quedé en silencio, con la decisión pendiendo de un hilo. El peso de las palabras de Loreine era innegable, pero algo en mi interior se

resistía a aceptar lo inevitable.

—No puedo irme —dije al fin con mi voz quebrada pero firme—. Dejar París, dejarlo todo. No puedo simplemente… huir.

Loreine me miró con una mezcla de comprensión y firmeza, pero su expresión se endureció. Era una mujer imponente, incluso en medio del caos. Alta y esbelta. Su piel, ligeramente pálida, contrastaba con sus ojos intensamente azules, que parecían perforar el alma de cualquiera que la mirara directamente.

—Escúchame bien, Pablo —dijo, acercándose un poco más con la voz baja pero cargada de intensidad y lanzando por toda la estancia el humo del cigarrillo que se acababa de encender—. Lo que dices es noble, pero no es realista. La Resistencia aquí está colapsando. Nos están cazando como a ratas. Y hay algo que debes entender: todo París sabe de lo tuyo con Hugo. No solo somos nosotros los que lo sabemos, sino también aquellos que preferiríamos que no lo supieran. No es que hayáis sido extremadamente cuidadosos. Y no te culpo, de verdad.

Mi corazón se detuvo un segundo, y sentí un escalofrío terrible.

—¿Qué estás diciendo?

—Estoy diciendo que, si capturan a más gente de la Resistencia, lo contarán todo —empezó a decir mientras se sentaba en la silla que tenía más cerca y cruzaba las piernas—. Bajo tortura, todos hablan. Tarde o temprano. Todos prefieren terminar con eso, aunque les vayan a pegar un tiro en la frente cuando digan la verdad porque ya no les son útiles. Y, cuando los alemanes descubran quién eres, en qué estás metido, quién era Hugo para ti… sabes lo que harán. Presumen de haber matado a no sé cuántos homosexuales, sin contar a los que envían como peones al frente o a la cárcel para que se maten ellos mismos. Son crueles. Para ellos, eres una presa fácil, una forma de mostrar su poder y su odio. No puedes seguir aquí, Pablo. No sin ponerte en peligro a ti mismo y a todos los que aún tratan de sobrevivir.

Sabía que tenía razón. París ya no era un lugar seguro para mí, ni para nadie que estuviera en mi situación. El Tercer Reich no conocía la misericordia. Su odio hacia los homosexuales era tan visceral como hacia los judíos o los miembros de la Resistencia. Les dábamos

asco. Nos veían como una mancha, una aberración que no encajaba en su visión de pureza, y esa repulsión era más que evidente. Todos los que nos salíamos de su modelo de sociedad les provocábamos una repulsión enfermiza.

—Loreine, yo… —intenté hablar, pero las palabras se me atoraron en la garganta. La realidad era tan abrumadora que apenas podía respirar.

Me tomó por los hombros, sus ojos azules fijos en los míos, transmitiéndome una urgencia que no podía ignorar.

—Sé que es difícil, sé que parece que estás traicionando todo lo que amas al irte. Pero no lo estás haciendo. Si te quedas aquí, solo serás otra víctima, otro nombre en una lista. En Londres, puedes hacer algo. Puedes luchar desde un lugar donde tu voz tenga peso, donde puedas ayudar a detener esta locura. Y es la única oportunidad que tienes de hacer que todo esto signifique algo. De salvar a Hugo, si es que aún puedes.

Sentí que la resistencia dentro de mí comenzaba a desmoronarse, cada palabra de Loreine golpeaba directamente en el corazón de mis miedos más profundos. La verdad era innegable y, aunque me doliera, no podía ignorarla más.

—Lo haré —murmuré finalmente, con la voz rota—. Iré a Londres.

Loreine asintió y su expresión se suavizó un poco.

—Es la decisión correcta, Pablo. Es la única forma de seguir luchando. No podemos cambiar el pasado, pero podemos intentar salvar el futuro.

Nos quedamos en silencio un momento, las palabras ya no eran necesarias. Sabíamos que la decisión estaba tomada, y que no habría vuelta atrás. Ahora, solo quedaba prepararse para lo que vendría, para dejar París y, con ella, la última chispa de la vida que una vez conocí.

Debía irme, debía luchar desde Londres y debía hacerlo pronto, antes de que el 84 de la avenida Foch reclamara otra víctima más.

Loreine esbozó una sonrisa triste de resignación.

—No tenemos mucho tiempo. Te pondré en contacto con las personas adecuadas.

TERCERA PARTE

Auschwitz – Frente occidental, agosto de 1942 – enero de 1945

Si existe un Dios, tendrá que rogarme para que lo perdone.

Frase encontrada en un muro del campo de concentración de Auschwitz

—¿Quién estará en las trincheras a tu lado?
—¿Y eso importa?
—Más que la guerra misma.

Ernest Hemingway

HUGO

A ochenta kilómetros de Berlín, agosto de 1942

El vagón de ganado crujía y se balanceaba sobre las vías en un movimiento lento y desesperante que parecía interminable. Llevábamos días allí, encerrados. Había perdido la cuenta, solo veía la luz cuando mis compañeros me dejaban acercarme al hueco que quedaba entre la puerta y la pared del vagón para tomar aire.

A mi alrededor, el aire era denso y viciado, cargado del olor acre de sudor, miedo y desesperanza. El olor a orina era insoportable y apenas había espacio para moverse; estábamos apretujados unos contra otros. Los cuerpos se amontonaban en la oscuridad, cada uno con su propia historia de terror y sufrimiento. Intentaba mantenerme firme, recordando quién era, aunque el miedo trataba de despojarme de esa última pizca de dignidad que me quedaba.

Había pasado demasiado tiempo desde que me llevaron a la avenida Foch. Recordaba cada día como una interminable sucesión de pesadillas. Los interrogatorios, la crueldad metódica de mis captores, cada golpe, cada insulto, cada intento de quebrarme. Sabían que era homosexual, que era miembro de la Resistencia, gracias a un traidor entre nosotros, un topo que vendió nuestras vidas por su miserable salvación. Quizá, aparte de uno de nosotros, fue aquel anciano que tantas veces nos había visto bajar a Pablo y a mí del piso de nuestras amigas tomados de la mano. Quizá fueron muchos los que me delataron, cada uno aportando su pequeña dosis de condena. Quizá no podían aguantar más.

Pero nunca les di nada. Mi silencio fue lo único que pude ofrecer como resistencia.

Los días que pasé en ese lugar se desdibujaban en mi mente, como un mal sueño del que no puedes despertar. Fui uno de los muchos prisioneros que, tras ser denunciados por mi orientación sexual y por mis actividades con la Resistencia, cayeron en las manos despiadadas de los interrogadores de la Gestapo.

En los sótanos de la avenida Foch, donde la luz del sol jamás penetraba, el dolor era el idioma predominante. Se sabían todos los adjetivos, conjugaciones y desinencias. No había nada que se les resistiera en aquel idioma. Los métodos que usaban para extraer información eran brutales y metódicos, diseñados no solo para quebrar el cuerpo, sino también el espíritu.

Recordaba la primera vez que me arrastraron a la sala de interrogatorios, pero no cuánto tiempo había pasado de ello. Fueron tantas veces en tan solo unas semanas. Terminaban y nunca tenían suficiente. Siempre querían más.

Las paredes estaban cubiertas de manchas oscuras; el suelo, de hormigón frío, todavía conservaba rastros del sufrimiento de quienes habían estado allí antes que yo. En el centro de la habitación, una silla de metal, anclada al suelo, se erguía como un trono macabro. Me empujaron sobre ella y, antes de que pudiera resistirme, me ataron con correas de cuero, inmovilizándome. Los interrogadores se movían a mi alrededor como sombras, invisibles, pero omnipresentes.

El primer impacto llegó sin aviso. Un puño que me golpeó con una fuerza tal que sentí cómo se me fracturaban los huesos de la cara. La boca se me llenó de sangre mientras el dolor se extendía como fuego por el cuerpo. Pero ese fue solo el comienzo. Utilizaban cualquier cosa a su disposición: puños, botas, látigos. Me patearon hasta que perdí la noción del tiempo, cada golpe calculado para infligir el máximo dolor sin dejarme inconsciente. Querían que sintiera cada segundo de mi tormento.

La tortura física era solo una parte de su método y, por eso, pronto trajeron la electricidad. Era su juego perfecto. Divagaba entre lo físico y lo psíquico.

Me ataron cables a los dedos y a los genitales y, al activar la corriente, el dolor fue tan intenso que pensé que me estallaría el corazón. Gritaba, convulsionaba, pero ellos solo observaban, fríos y sin emoción, buscando cualquier señal de debilidad, cualquier palabra que pudiera darles lo que querían. Mis gritos se ahogaban en el eco de la habitación, y ellos lo hacían una y otra vez, disfrutando de mi sufrimiento.

Luego estaba el agua, una de sus tácticas favoritas. Me ataron a una mesa inclinada y me cubrieron la cara con una tela gruesa. Vertieron agua lentamente sobre mi boca y mi nariz, y la sensación de ahogo era insoportable, como si me estuvieran enterrando en vida. Luchaba por respirar, pero, cada vez que lo intentaba, el agua llenaba mis pulmones. Me mantenían al borde de la muerte y luego me dejaban respirar un poco antes de repetir el proceso. Querían que sintiera que estaba muriendo, una y otra vez.

No contentos con el dolor físico, recurrían a la humillación. Sabían que yo era homosexual, y lo usaron contra mí. Me obligaron a desnudarme frente a ellos, a arrodillarme, a soportar sus insultos y sus burlas. Me escupían, me golpeaban, y luego me dejaban tirado en el suelo como si no fuera más que un despojo humano. Querían hacerme sentir menos que nada, quitarme cualquier rastro de humanidad.

A veces, me dejaban en la oscuridad durante horas, o incluso días, sin comida ni agua, solo el frío y el silencio como compañía. Los gritos de otros prisioneros resonaban a través de las paredes, mezclándose con el olor a sangre y orina que impregnaba el aire. Sabía que no estaba solo en mi sufrimiento, pero eso no era un consuelo. Cada grito era un recordatorio de lo que nos esperaba.

Había quienes no sobrevivían a esas sesiones. Los cuerpos de aquellos que no podían soportar más eran sacados en silencio y reemplazados por nuevos prisioneros en una cadena interminable de dolor. Algunos morían por los golpes, otros se rendían y se tragaban la lengua para escapar del tormento. Y siempre los interrogadores volvían a sus puestos, listos para comenzar de nuevo.

Lo más difícil de soportar era el conocimiento de que no había escape, no había esperanza. Cada día en la avenida Foch era una batalla por mantener la cordura, por recordar quién era, incluso cuando ellos intentaban arrancármelo todo. Pero no les di nada. No traicioné a mis compañeros, no les di el placer de quebrarme del todo.

Nunca hablé de Pablo. Preferí ir olvidando poco a poco quién era, cómo era y qué habíamos tenido, antes que delatarle. En aquella celda, oscura y maloliente, comencé a olvidarlo para poder seguir

aguantando todo aquello. Olvidar el amor fue la única vía de escape que encontré para soportar todo aquel dolor.

En medio de la oscuridad del vagón, rodeado de cuerpos agotados y mentes rotas, me di cuenta de algo que había intentado evitar desde el primer día en que me capturaron: había empezado a olvidar a Pablo. Mientras me golpeaban, torturaban y humillaban, había construido una barrera dentro de mí, un muro que me separaba de todo lo que me importaba, de todo lo que alguna vez fui.

No hablé de él, nunca. No podía permitirme pronunciar su nombre, no podía arriesgarme a que lo supieran. Desde el momento en que los nazis descubrieron mi secreto, supe que cualquier mención, cualquier flaqueza de mi parte, podría condenarlo. Así que me tragué su nombre, lo enterré en lo más profundo de mi mente y me forcé a olvidar. Por amor a él, por nuestro amor, no lo traicioné. No les di nada, ni siquiera cuando me destrozaban el cuerpo y me desgarraban el alma.

Pero en ese vagón, en medio de la nada, el precio de mi resistencia se hizo evidente. No recordaba su voz. No recordaba su risa. La imagen de su rostro, que una vez había estado tan viva en mi mente, ahora estaba borrosa, como si estuviera desapareciendo lentamente, como un sueño que se desvanece al despertar. Intenté aferrarme a esos recuerdos, intenté revivir momentos juntos, nuestras conversaciones, nuestras noches compartidas, pero todo parecía distante, ajeno, como si no me perteneciera.

La tristeza que me invadió fue más profunda que cualquier dolor físico que hubiera experimentado. Había luchado tanto por protegerlo, por mantenerlo a salvo en algún lugar de mi mente, que ahora me daba cuenta de que lo había perdido de otra manera.

No podía recordar cómo me sentía al estar entre sus brazos por las noches cuando era demasiado tarde, cómo era su risa, los colmillos que dejaba a la vista al hacerlo; cómo su voz me calmaba cuando todo a mi alrededor se derrumbaba. Todo se había difuminado, mezclado con el dolor y el horror que había vivido.

Intenté concentrarme, intenté evocar su sonrisa, sus ojos, el sonido de su risa. Pero, cuanto más lo intentaba, más se escapaba, como arena entre mis dedos. Y eso me aterraba más que cualquier

cosa a la que me hubiera enfrentado hasta ahora. No podía permitirme olvidarlo, no podía perder esa parte de mí que aún me conectaba con él, con la vida que habíamos compartido antes de que todo esto comenzara.

Luché por aferrarme a cualquier fragmento de memoria, cualquier rastro de él. Me forcé a recordar las cartas que me escribía, la manera en que decía mi nombre, la forma en que solíamos caminar juntos por las calles de París, a veces en silencio, simplemente disfrutando de la compañía del otro. Pero cada intento era doloroso, un recordatorio de lo lejos que estaba, de lo imposible que era regresar a esos días azules que habíamos vivido como si fueran un reflejo entre la niebla de la realidad.

El amor que sentía por Pablo había sido mi ancla, lo único que me mantenía conectado a la vida mientras me desmoronaba bajo las torturas de la Gestapo. Y ahora, en este vagón, con la muerte acechando en cada kilómetro que avanzábamos, sentía que estaba perdiendo lo último que me quedaba. Me invadió una tristeza profunda, una desesperación que nunca había experimentado. No por mi destino, sino por la pérdida de él, de nosotros.

Cerré los ojos, permitiéndome un momento para lamentar, para llorar en silencio por lo que estaba perdiendo. No sabía dónde nos llevaban, pero sabía que el final se acercaba. Y, mientras el tren continuaba su marcha, me forcé a aferrarme a la esperanza, a la posibilidad de que, de alguna manera, podría volver a ver a Pablo. Quizás en la próxima vida, o en algún rincón perdido de esta.

Me aferré a lo que me quedaba de él, a esos fragmentos rotos de memoria, a la idea de que, aunque su voz se desvaneciera, el amor que sentía por él no lo haría. Eso era lo único que aún me mantenía en pie, lo único que me recordaba que, a pesar de todo, seguía siendo humano. Aunque me meara encima porque los cubos que nos habían dejado estaban llenos y la sed me estuviera matando. Seguía siendo yo.

Traté de distinguir las sombras entre la penumbra del vagón cada día que estuve allí. Algunos intentaban mantenerse en pie, otros se habían rendido, dejándose caer en el suelo cubierto de suciedad. La mayoría no hablaba, atrapados en sus propios pensamientos, en su

propio dolor. Pero, a veces, alguien rompía el silencio, murmurando palabras de consuelo o de desesperación.

—Nos llevan como animales —dijo una voz a mi lado, un hombre joven, mucho más que yo, con la mirada perdida, el rostro demacrado por la falta de comida y el exceso de miedo. Llevaba la estrella de David cosida en su chaqueta. Era judío, como tantos otros allí—. Ni siquiera nos ven como personas. Para ellos, no somos más que cosas, cosas que pueden desechar cuando ya no les servimos.

Asentí en silencio. Había visto cómo los oficiales nos habían obligado a subir a los vagones. A cualquiera que se resistiera, que se negara a seguir sus órdenes, lo fusilaban allí mismo, sin dudarlo. Un tiro en la cabeza y el cuerpo caía al suelo. No había advertencias, no había misericordia. Solo el estruendo de los disparos y el cuerpo desplomándose en el suelo. Y entonces los demás se apresuraban a subir, movidos por el instinto de supervivencia, por el terror absoluto que les hacía temer por sus vidas.

—Vi a una mujer —continuó el joven en francés—, no quería subir. Gritaba que prefería morir ahí mismo antes que entrar en este vagón. Un soldado le disparó en la cabeza y ni siquiera se detuvo para mirar. Solo siguió adelante, como si no hubiera acabado de matar a alguien.

Cerré los ojos, tratando de bloquear la imagen que sus palabras evocaban, pero era inútil. Había visto demasiado. Sabía de lo que eran capaces. Pero no podía permitirme ceder al terror. Aún no.

—¿Hacia dónde nos llevan? —preguntó una mujer desde el fondo del vagón, su voz era apenas un susurro que le quedaba para resistir.

Nadie dijo nada. ¿Qué le íbamos a contestar?

La oscuridad y la incertidumbre eran nuestras únicas compañeras en ese viaje interminable. Sabía que muchos de nosotros no sobreviviríamos. Pero, mientras quedara un resquicio de esperanza, mientras el tren avanzara hacia su destino desconocido, me aferraría a la vida, a la idea de que, de alguna manera, algún día, esta pesadilla terminaría. Pero sabía que la esperanza era un lujo que apenas podíamos permitirnos en ese momento.

El vagón siguió su curso, con su carga humana apiñada como ganado, hacia un destino que ninguno de nosotros quería imaginar. Y mientras el tren avanzaba, cada kilómetro nos acercaba más al abismo desconocido porque no hay nada más temido que lo que no sabes que va a pasar.

Fue un día, sin precedentes, cuando el tren frenó bruscamente después de su interminable viaje. El vagón de ganado, que había sido nuestra prisión en movimiento, se sacudió violentamente, sacándonos de un sueño febril, de una vigilia eterna, donde el hambre, el miedo y la desesperación se mezclaban en una única y abrumadora sensación de vacío. Nadie habló mientras el tren se detenía. Todos sabíamos, instintivamente, que habíamos llegado a nuestro destino final. Aunque ninguno de nosotros sabía exactamente dónde estábamos, la atmósfera era suficiente para hacernos entender que estábamos a punto de entrar en una pesadilla aún más profunda.



La puerta del vagón se abrió de golpe, dejando que la luz exterior, pálida y fría, inundara el interior, cegándonos momentáneamente. Los gritos de los guardias se mezclaban con el ladrido de perros y órdenes en alemán que no entendíamos, pero que no necesitaban traducción. Sabíamos lo que querían: que saliéramos, que nos moviéramos, rápido. Todo sucedía muy rápido.

Me puse de pie, o intenté hacerlo, pero las piernas no me respondían del todo. Después de tantos días acurrucado en el suelo, apretado entre cuerpos que apenas respiraban, mi cuerpo se había entumecido. Llevaba demasiado tiempo sin comer y un poco menos sin beber, pero mucho como para no sentir una sed infinita que pensaba que no se pasaría jamás, por mucho que bebiese.

Tropecé con los pies de alguien, quizá con un cadáver que nadie había notado, y me arrastré hacia la apertura, donde la luz se colaba como un corte en la oscuridad.

Al salir, el aire fresco de las primeras horas de la mañana me golpeó con fuerza, pero la bocanada de libertad fue inmediatamente

sustituida por el hedor indescriptible que impregnaba el lugar. Olía a muerte, a carne quemada, a desesperación. Levanté la vista, y lo vi. Acababa de llegar al infierno.

El ambiente estaba cargado de una mezcla nauseabunda de humo, cenizas y descomposición. A lo lejos, se erguían los edificios de madera y los barracones, uniformemente alineados y rodeados de alambradas de púas que creaban una sensación de confinamiento implacable. Las torres de vigilancia, con sus francotiradores armados, dominaban el paisaje, como centinelas insensibles que vigilaban cada movimiento, cada intento de resistencia.

El suelo, cubierto de barro y grava, estaba salpicado de huellas de unos prisioneros ya exhaustos. Los caminos entre los edificios estaban plagados de barro y escombros, y el aire se llenaba del sonido constante del viento que arrastraba desechos y papeles. No había vegetación que ofreciera un respiro verde, solo un paisaje árido y monótono que parecía absorber toda esperanza.

El humo negro y denso que salía de unas chimeneas enormes, tan largas que parecían querer tocar el cielo, se mezclaba con las nubes, y el cielo adoptaba un aspecto sombrío, como si estuviera permanentemente en duelo. Era una visión desgarradora que recordaba a todos los presentes que estar allí no solo era llegar a un lugar de sufrimiento, sino de exterminio sistemático.

Los gritos de los guardias en alemán resonaban en mis oídos y cada palabra era un latigazo que me empujaba a moverme más rápido, a mantenerme en pie. «*Schnell! Schnell!*», gritaban, y el frío acero de las culatas de sus rifles se hundía en las costillas de los prisioneros que no se movían con la suficiente rapidez.

El caos se apoderó de todos. Los guardias daban órdenes en alemán con sus voces cortantes y llenas de odio que gritaban sin parar. «*Los! Los! Schnell!*». Y cada grito hacía que nos moviéramos más rápido y de forma casi sistemática. No entendíamos nada, solo el sonido suspendido en el aire de los golpes de las culatas contra nuestros cuerpos mientras nos empujaban fuera de los vagones, haciéndonos tropezar en el barro mezclado con cenizas. Si caía uno, lo pisábamos. Si lo pisábamos, nadie lo ayudaba a levantarse. Y los de detrás lo seguían pisando hasta que, si tenía suerte, lograba

ponerse de pie.

Lo que fuera para salvarse a uno mismo en aquel páramo desconocido. Las filas se formaron rápidamente, separando a hombres, mujeres y niños, como si estuviéramos siendo catalogados para una subasta, inspeccionados como ganado antes de ser llevado al matadero.

No había tiempo para procesar lo que estaba ocurriendo. Nos quitaron lo poco que nos quedaba: una chaqueta raída, una foto arrugada escondida en un bolsillo, un trozo de pan duro… Todo era arrojado, sin miramientos, a un montón creciente de pertenencias desechadas. Luego, uno a uno, éramos llevados a una gran sala donde la deshumanización continuaba sin tregua.

Nos hicieron desnudarnos por completo y nuestra ropa fue arrojada a un rincón, y después nos empujaron hacia la siguiente estación, donde los barberos del campo —prisioneros igual que nosotros, pero obligados a cumplir las órdenes— comenzaron a raparnos la cabeza. Montones de pelo caían al suelo, acumulándose junto a los pies descalzos, mezclados con la suciedad y el polvo. Los barberos trabajaban rápido, sin cuidado, con las tijeras y navajas que nos arrancaban la piel junto con el pelo, dejando cortes y heridas que escocían con el sudor y la suciedad.

Ya con las cabezas afeitadas, lo que se conocía como proceso de desinfección fue una pesadilla más. Nos rociaron con un líquido punitivo que ardía en la piel, una mezcla de químicos que prometía limpiar pero que solo parecía sumergirnos más en la miseria. Las mismas esponjas asquerosas pasaban por uno y otro cuerpo, esparciendo la mugre en lugar de eliminarla. A los guardias no les importaba. Su único interés era reducirnos al mínimo, borrar cualquier rastro de la persona que habíamos sido antes de entrar allí.

Luego, vinieron las fotografías. Uno por uno, nos obligaron a pararnos contra una pared desnuda, bajo una luz brillante que nos cegaba momentáneamente Una cámara capturaba nuestras caras descompuestas por el terror, rostros que apenas reconocíamos como propios. Sin más preámbulos, nos llevaron a la siguiente etapa del proceso: el tatuaje.

La sala donde nos marcaban era lúgubre y mal ventilada, apenas iluminada por algunas lámparas colgantes que oscilaban con el movimiento de los guardias. Nos hicieron sentar en bancos de madera áspera, alineados como en una grotesca ceremonia. Los tatuadores, también prisioneros, llevaban en sus ojos un vacío desolador, el mismo que tienen quienes ya no esperan nada. Las agujas, romas de tanto uso y manchadas de restos de tinta y sangre, eran la única herramienta. Al contacto de la aguja en mi piel, un dolor punzante me recorrió y una sensación fría me oprimió el pecho; la tinta mezclada con la sangre se filtraba en la herida, dibujando un número tras otro. «*Schwein!*», vociferó un guardia cuando uno de nosotros se estremecía bajo el dolor. No éramos más que cifras perforadas en carne viva, un inventario forzado, una propiedad del campo. Todos tatuados con las mismas agujas, contra diferentes pieles y brazos, mezclando sangres y sudores. Uno tras otro. Números, números y más números grabados en los brazos. Diría que era asqueroso. Todo era frío y sucio, una escena que hablaba de abandono y de vidas convertidas en números: una reducción brutal a la insignificancia.

Al final de todo aquel horror, desnudos y deshechos como estábamos, nos lanzaron pijamas de rayas que olían a sudor, miedo y desesperación, y que apenas servían para protegernos de nada. En el pecho y la manga, un triángulo identificaba nuestra categoría: el mío era rosa. Nos los daban y, junto con el retal que era el triángulo, debías de coserlo antes de que el guardia volviera a pasar si no querías que te moliera a palos. No nos daban agujas ni hilo, ahí ya venía la solidaridad de los demás presos que habían conseguido crear sus cadenas de favores.

Mientras intentaba acomodarme la tela áspera, un hombre a mi lado, de unos treinta años, me miró con una mezcla de lástima y resignación.

—Soy francés —me dijo en voz baja, como si temiera que alguien lo oyera—. Yo también llevo el triángulo rosa.

Lo miré, incapaz de articular una respuesta.

—¿Sabes lo que significa? —me preguntó mientras se me acercaba con una aguja y empezaba a coser el triángulo a mi chaqueta.

Negué con la cabeza sin articular palabra y, al ver mi desconcierto, continuó:

—Es para los homosexuales. Aquí… significa que somos menos que los otros. Nos desprecian aún más. Nos consideran abominaciones.

Sentí un peso en el corazón. El triángulo rosa era más que una marca de quién era; era una condena. En ese momento, cualquier esperanza que hubiera intentado mantener se evaporó. Todo mi cuerpo se tensó, pero el corazón… el corazón quedó aplastado bajo el peso de una condena tan violenta como absurda. El triángulo rosa ya no era solo una marca en mi ropa; era un recordatorio de mi vulnerabilidad, un testamento de que ellos pensaban que yo era algo que no merecía compasión, dignidad, existir.

Miré al hombre francés, intentando comprender la magnitud de lo que acababa de decir. El miedo y la confusión me habían nublado la mente, pero sabía que necesitaba respuestas.

—¿Dónde estamos? —pregunté.

Su rostro parecía una sombra de lo que debió ser, marcado por la edad y el sufrimiento de haberle arrebatado la juventud antes de tiempo. Calculé que superaría los cuarenta años, pero, en su estado, cualquiera habría pensado que doblaba su edad. Estaba demacrado, con las mejillas hundidas y los ojos apagados. Su cuerpo, delgado y frágil, daba la impresión de que podría romperse con el más leve roce.

La ropa, sucia y rasgada, apenas se distinguía en medio de las manchas de sangre seca y barro, un mosaico de dolor y resistencia. No podía apartar la vista de él: sentía un nudo en la garganta y una mezcla de horror y respeto por aquel hombre que aún estaba de pie, aun cuando parecía cargar el peso de cien vidas. Me vi reflejado en él si aquello se iba a alargar mucho.

Suspiró y me contestó en un tono bajo, casi resignado:

—Estamos en Auschwitz. Es un campo de concentración, aunque en realidad es más que eso. Es un lugar de exterminio.

Sentí que su estómago se revolvía. Había oído rumores sobre lugares como este, pero nunca había imaginado que serían reales. ¿Hasta dónde podría llegar aquella crueldad?

—¿Exterminio? —repetí en un susurro.

—Sí. Aquí no se trata solo de encarcelarnos. Nos traen para matarnos. Los que no son aptos para trabajar son enviados directamente a las cámaras de gas. Los que sobrevivimos, trabajamos hasta que ya no servimos para nada, y entonces también somos eliminados.

—¿Pero el mundo no sabe nada? —pregunté, con un hilo de voz, sintiendo cómo la desesperación se aferraba a mi pecho.

El hombre frente a mí me miró con amargura.

—No quieren saberlo. O no les importa. O quizá prefieren creer que son solo rumores, exageraciones. Algunos prisioneros han escapado y han contado lo que sucede aquí, pero allá afuera nadie parece escucharlos.

Mi mente se negó a aceptar sus palabras. ¿Cómo podía ser posible? Europa ardía en guerra y, aun así, ¿nadie había visto el humo que se alzaba de los hornos? ¿Nadie había oído los gritos sofocados dentro de estos muros?

Sentí un nudo en la garganta, incapaz de procesar lo que estaba oyendo. Todo lo que había pasado hasta ahora, la tortura, la humillación, el miedo, era solo el comienzo de un horror mucho mayor.

—Me llamo Jean —dijo el francés, intentando ofrecer una pequeña chispa de humanidad en medio de la oscuridad—. Jean Moreau. Soy de París.

Dudé un momento antes de estrechar la mano de Jean. Allí todo parecía sospechoso. No sabía de quién fiarme.

—Hugo —respondí con voz apenas audible—. También vengo de París. Aunque no nací allí. Soy… era… artista.

Jean asintió, reconociendo esa última confesión como algo que ya no importaba en un lugar como Auschwitz.

—Escucha, Hugo. Aquí lo único que importa es sobrevivir un día más. Sé que es difícil de aceptar, pero debes ser fuerte. No te dejes aplastar por lo que ves o por lo que te harán. Mantén tu mente ocupada, busca cualquier cosa que te recuerde quién eras antes de llegar aquí, aunque sea solo un recuerdo. Eso puede ser lo único que te mantenga vivo.

Debía resistir, aunque fuera solo por la memoria de lo que alguna

vez fue.

Un guardia empezó a gritar de nuevo algo que no entendí y, junto con el resto de los recién llegados, salí de allí. Jean se despidió de mí con la mano, con una mueca triste.

Con el triángulo rosa en el pecho, me empujaron hacia una fila separada de los demás. Al mirar alrededor, vi a otros con el mismo triángulo, todos con la misma expresión de resignación y terror en sus rostros. Ya no éramos individuos, ya no teníamos nombres. Éramos meros símbolos, clasificados, etiquetados y, ahora, condenados a lo que fuera que nos esperara en este lugar.

Nos hicieron caminar por una pasarela flanqueada por alambradas de púas y torres de vigilancia. El humo que se elevaba en el horizonte me golpeó como una verdad innegable. Era el humo de los hornos crematorios, lo supe sin que nadie me lo dijera. Era el destino final para muchos de nosotros. Los prisioneros de Auschwitz, aquellos que todavía conservaban algo de fuerza, pasaban a nuestro lado con la mirada baja, sin atreverse a establecer contacto visual, como si vernos les recordara su propio destino inminente.

Finalmente, nos llevaron a un barracón. Esa primera noche, tumbado en una litera de madera dura, rodeado de desconocidos, no pude evitar pensar en Pablo. En lo que había perdido, a lo que me había aferrado para sobrevivir hasta ahora. Pero ya no sabía cuánto tiempo más podría resistir. Con el triángulo rosa cosido a mi pecho, sabía que mi esperanza era tan frágil como el hilo que mantenía ese trozo de tela en su lugar.

El ruido de las ratas corriendo entre las literas, el llanto ahogado de algún hombre derrotado por el horror y el olor penetrante a muerte y descomposición, se convirtieron en mi nueva realidad. Auschwitz no era solo un campo de concentración. Era un lugar donde la esperanza venía a morir lentamente, una chispa que se extinguía en medio del sufrimiento más profundo. Y yo, con el triángulo rosa sobre mi pecho, solo era una sombra de lo que alguna vez había sido, esperando el día en que también me consumiría en ese humo que ahora dominaba el cielo de Auschwitz.

Aquella noche, tirado en aquella cama de madera y con tres compañeros más de litera, fue una noche más en la que olvidé la

voz de Pablo. Pablo Barak, su nombre y apellido se repetían en mi mente, pero no recordaba su sonrisa, ni su voz, ni su risa, ni su forma de darme los buenos días. Lo podía confirmar: ya no recordaba nada.

Mi casa estaba donde estuviese él, pero en aquella cama solo quería que no cayera sobre los mismos clavos que me atravesaban. Ni sobre aquellos clavos que se me hundían en la columna ni sobre aquella cruz que me habían obligado a arrastrar.

11 de noviembre de 1942: Alemania ocupa la Francia de Vichy, última zona de la Francia libre. Mientras tanto, en el frente oriental, la Unión Soviética está bajo una presión inmensa. Las fuerzas alemanas lanzan la Operación Azul en junio, con el objetivo de capturar los campos petrolíferos del Cáucaso. Sin embargo, la resistencia soviética es feroz, y las batallas en Stalingrado recrudecen. La ciudad se convierte en un símbolo de la

resistencia soviética, con combates casa por casa que desgastan a ambos ejércitos.

PABLO

París, noviembre de 1942

La decisión estaba tomada, pero el camino hacia la libertad era cualquier cosa menos sencillo. Loreine, con su habitual eficiencia y frialdad, no perdió tiempo en poner el plan en marcha. Sabía que cada minuto contaba y que la red de la Gestapo se cerraba cada vez más sobre nosotros.

Aquella tarde de mediados de julio en la que todo pasó, Loreine no me dejó volver a mi piso en Montmartre. Me llevó a un pequeño apartamento en un barrio obrero de París, a las afueras, lejos de las miradas indiscretas y de los lugares que solíamos frecuentar Hugo y yo, lejos de mi casa. Donde nadie me conociese de nada. Fuimos rápidos, astutos, caminamos con decisión. Loreine no se fiaba de nadie y yo, la verdad, es que cada vez me costaba más confiar en los demás.

El lugar era austero, con muebles viejos y paredes desconchadas, pero era seguro. Allí pasé meses.

Lo que sucedió en el Velódromo de Invierno fue el principio del fin, aunque no quise aceptarlo en ese momento. Ese 16 de julio, París perdió su alma, aunque la gente seguía caminando por las calles, pretendiendo que nada había cambiado. Pero yo sabía la verdad. La sentía en cada rincón de la ciudad, en la mirada de aquellos que evitaban cruzarse con la mía cuando salí del piso hasta llegar a la redacción del diario. Y lo seguía sintiendo en el silencio de las noches, que se había vuelto más denso y aterrador que nunca.

Las noticias llegaban como un goteo lento y doloroso cuando Loreine venía a verme cada dos días, a veces cada tres o cuatro para no levantar sospechas. Ella era mi única conexión con el exterior, hablándome casi en susurros, como si temiera que alguien pudiera oírla desde el otro lado de las paredes y nos denunciara.

A través de sus palabras, el mundo de afuera me parecía cada vez más sombrío e inhabitable. Era como si, de un plumazo y sin

precedentes, todos sobráramos ahí afuera y estuviéramos destinados a vivir en las sombras. Nos habíamos convertido en sombras. Nos habían destinado a ellas, obligados a caminar por calles donde el miedo era el único guía. Afuera, todo se estaba debatiendo a favor de un mundo en el que, sin previo aviso, todos los que no encajábamos en sus ideas sobrábamos, y nuestra mera presencia era un riesgo, una carga para quienes prometían el cielo tras nuestro exterminio.

Cada noticia era como una herida, un recordatorio de lo frágil de nuestra situación y de la rapidez con la que todo podía desmoronarse. Y yo me aferraba a cada detalle, incluso a los silencios de Loreine, intentando encontrar en ellos algún rastro de esperanza, aunque fuese pequeño. Pero, con cada visita, la esperanza se me escurría entre los dedos, como arena que ya no podía retener.

Cada día que pasaba, me preguntaba cuánto tiempo más podría esconderme. ¿Cuánto tiempo antes de que alguien notara que ese piso estaba habitado, que había movimiento detrás de las cortinas? A veces, el pánico se apoderaba de mí, haciéndome imaginar el sonido de las botas subiendo por las escaleras, los golpes en la puerta y la voz fría y distante de un oficial que exigía entrar. Era un terror constante que se alimentaba de la paranoia con cada pequeño sonido, cada crujido en las escaleras, haciéndome imaginar lo inevitable.

En las semanas que siguieron a la redada, París se volvió un lugar aún más oscuro. Muchos de mis amigos desaparecían sin dejar rastro. Loreine me lo contaba asustada, temiendo por su propia vida. Quizá me ponía en preaviso por si un día desaparecía entre las sombras de la calle.

Solo pude suponer lo que les había ocurrido, aunque no necesitaba mucho para saber la verdad. Aquellos que fueron detenidos en el Velódromo sufrieron un destino peor que la muerte, hacinados en condiciones inhumanas, sin comida, sin agua, sin esperanza. Y luego, los trenes. Siempre los malditos trenes, que los llevaban a lugares de los que nunca regresarían. Se hablaba de muchas cosas, pero no de que los llevaran hacia la libertad.

Hubo días en los que pensé que mi mente no aguantaría más. Los recuerdos de los rostros conocidos, de las voces que ahora solo existían en mi memoria, me acosaban sin tregua. La desesperanza me consumía, y me preguntaba si mi decisión de no ponerme la estrella había sido la correcta, si al hacerlo me había condenado a una forma diferente de muerte, una en la que mi humanidad se desintegraba lentamente.

A veces, en medio de esas noches de insomnio, me ahogaba la duda: ¿había traicionado a los que un día había considerado míos al negarme a llevar aquella marca? ¿Había negado mi lugar entre ellos? Cada pensamiento era un juicio, y cada juicio era una condena que yo mismo ejecutaba en mi mente. Sentía que, al evitar una muerte visible, había elegido una mucho más cruel: una en la que no era ni libre ni leal, sino una sombra que se desvanecía en una prisión sin muros.

Pero la alternativa era peor. Sabía lo que les hacían a los que eran capturados. Lo sabía por rumores, por los testimonios entrecortados de aquellos pocos que lograban escapar. Sabía de las torturas, de los interrogatorios, de la humillación constante. Y sabía que mi destino sería el mismo si me encontraban. No había piedad para nosotros. No había salida.

Los meses pasaron con una lentitud exasperante que hacía que cada día viniera marcado por el temor y la soledad. Y la Resistencia se desvanecía. Las noticias que llegaban eran cada vez más sombrías. Sabía que Hugo estaba allí afuera, en algún lugar, pero no tenía forma de saber si aún estaba vivo. Mi única esperanza era que hubiera encontrado un refugio, como yo lo había hecho, y que estuviera esperando el día en que esto terminara. Pero sabía que no. Que nunca se habría ido sin mí. Y la esperanza se iba convirtiendo en un lujo que ya no podía permitirme. Y, conforme se desvanecía ella, surgía un único deseo, casi una plegaria que repetía en silencio. Pensaba en él, en lo que habría sido de su vida y de su sufrimiento, y solo deseaba que, fuera cual fuere su destino, no hubiera conocido el horror que yo imaginaba. Que, si había caído en las garras de los otros, su dolor no hubiera sido insoportable, que de algún modo, su espíritu hubiera escapado antes de arrancarle su humanidad. Porque

la sola idea de que él hubiera sufrido era una carga que, en caso de vivir para contarlo, no sabía si podría soportar.

Aquella mañana de noviembre, Loreine me entregó un nuevo juego de documentos: un pasaporte falso con un nombre que apenas podía pronunciar, pero que pronto tendría que aprender a responder.

—Esto te convertirá en un ciudadano suizo —me explicó mientras deslizaba los papeles sobre la mesa—. Un comerciante de relojes regresando a casa después de un viaje de negocios que se ha prolongado demasiado. Es una historia simple, pero plausible.

Era un arte, algo en lo que Loreine tenía contactos de confianza. Había hecho esto antes, y lo haría de nuevo. La diferencia era que esta vez se trataba de mí, que otra vez salía huyendo para sobrevivir.

El sobre contenía lo necesario para mi segunda metamorfosis. Lo abrí bajo la mesa, con mis manos temblorosas y pálidas después de tantos meses en las sombras. Dentro, encontré un pasaporte suizo, documentos de identidad, un billete de tren y otro de avión. Esta vez, mi nombre era Albert Meier, un hombre de negocios.

La precisión del disfraz era asombrosa. Incluso había una tarjeta de presentación con un nombre que jamás había visto y una dirección en Ginebra que no existía. Observé cada detalle, tratando de grabar en mi mente a esta nueva persona que debía convertirse en mi escudo y mi refugio. Era extraño sostener aquellos documentos, sabiendo que pronto tendría que interpretar a un hombre que no era yo, alguien que debía sonreír con indiferencia y mirar al mundo sin temor, como si no tuviera nada que ocultar desde su posición neutral.

Sentí una punzada de desasosiego al recordar la última vez que había hecho esto. Salir de Barcelona había sido un golpe duro, tener que abandonar todo lo que conocía bajo una identidad que no era la mía, con un apellido que nunca resonó en mi historia familiar. Pablo Barak se había convertido en Pablo Montero, un nombre común que me permitió mezclarme con la multitud que huía del fascismo. Era una máscara que me había puesto con desesperación, sabiendo que cualquier error podía ser fatal.

Pero este cambio era diferente. La primera vez había sido por supervivencia inmediata; esta vez, era para sumergirme en un papel más complejo, más distante de quien realmente era.

El pasaporte suizo era una obra de arte en falsificación. Lo sostuve con cuidado, notando cómo mis dedos temblaban ligeramente al pensar en la posibilidad de que pudiera fallar. Sabía que, si los oficiales alemanes o la policía colaboracionista notaban la más mínima inconsistencia, estaría acabado.

—Necesitarás una nueva apariencia —continuó, sacando de una pequeña maleta un conjunto de ropa que nunca habría imaginado llevar.

Eran simples, modestas, diseñadas para no llamar la atención: un abrigo gris gastado, pantalones de lana oscuros, y un sombrero de ala ancha que cubría mi cara en las sombras. Me miré en el espejo pequeño y agrietado del apartamento apenas reconociéndome con el pelo peinado y engominado hacia atrás. Era perfecto.

Las siguientes horas fueron un borrón de instrucciones precisas y preparación meticulosa. Loreine trabajaba con una eficiencia helada, bañada por su voz baja y sin titubeos. Me entregó un sobre con dinero, suficiente para sobornar a quien fuera necesario, y un pequeño paquete con un arma que esperaba no tener que usar.

—El tren parte al amanecer. Te acompañaré hasta la estación, pero una vez allí, estarás solo. Debes mantener la calma, no mirar a nadie directamente a los ojos. Recuerda, eres un comerciante suizo que solo quiere regresar a casa porque se ha visto envuelto en toda esta locura que no tiene nada que ver con él.

La idea de cruzar París hasta llegar a la estación me helaba la sangre. Sabía que los alemanes patrullaban cada rincón de la ciudad, que los trenes estaban vigilados, que cualquier error podría ser fatal. Pero también sabía que era mi única salida. No podía seguir encerrado, en la oscuridad cegada, como un topo, de por vida.

Aquella última noche en París la pasé con Loreine. Hablamos de todo y de nada. Me contó sobre su vida, el hijo que había mandado al sur de Francia con su madre y que tanto quería, la muerte de dos de sus hermanos en el frente, la desaparición de otro. Lo hacía con

frialdad, como si no le importara, pero, aunque lo disimulara, se le anegaban los ojos en lágrimas y, cuando se daba cuenta de ello, se las enjugaba rápidamente, dispuesta a mantener aquella coraza. Era una dama de hierro que, a pesar de su fortaleza, no lograba disimular tanto como quería esa fragilidad que también a ella le latía dentro.

Así pasamos la noche, con una botella de vino que nunca me dijo de dónde había sacado y muchas risas. Sin nada que comer porque se lo había gastado todo en aquel vino tinto que me sabía a gloria entre tanto miedo.

Salimos del apartamento en la oscuridad previa al amanecer. Las calles estaban desiertas, salvo por los ocasionales soldados alemanes cuya presencia nos obligaba a caminar con la cabeza gacha. El miedo latía en mis venas, pero Loreine parecía imperturbable, su rostro tan frío como la noche.

Llegamos a la Gare de l'Est, un edificio sombrío que parecía absorber la luz y el eco de los pasos apresurados sobre las frías baldosas de piedra. A esa hora, la estación estaba envuelta en una atmósfera de desasosiego. Solo unos pocos viajeros se movían sin rumbo de aquí para allá entre las columnas desgastadas. La mayoría eran oficiales del Reich, mientras que otros eran hombres de negocios, como yo, que intentaban escapar del infierno en que se había convertido París.

El aire estaba cargado de una mezcla de ansiedad y esperanza, un cóctel de emociones que vibraban en cada rincón de la estación. Observé a la gente a mi alrededor, cada uno con su propia historia, su propio dolor. Me pregunté cuántos de ellos llevarían una identidad falsa, cuántos estarían disfrazados de algo que ya no eran. La idea me hizo sentir un escalofrío. Todos estábamos en la misma búsqueda de un lugar seguro, pero también éramos extraños que se veían unidos por el miedo y a la vez separados por la soledad.

—Este es el final de nuestro camino juntos. Recuerda lo que te dije, y mantén la calma pase lo que pase. Llegarás a Lyon primero y de allí a la frontera con Suiza, donde estarás a salvo.

Asentí, mi corazón latiendo con fuerza en el pecho. Quería agradecerle, decir algo que pudiera expresar lo que sentía en ese

momento, pero las palabras no surgieron. Loreine lo entendió. Rápidamente, se me acercó y me dio un abrazo lento, de despedida. Una rareza en alguien tan frío y calculador como ella.

—No dejes que el miedo te consuma, Pablo —me susurró al oído —. Sobrevive. Lucha desde Londres. Haz que todo esto valga la pena.

Me aparté, asintiendo una última vez antes de girarme hacia los andenes. Caminé hacia el tren con el corazón en la garganta. Subí al vagón sin mirar atrás, mezclándome con los otros pasajeros. Nadie me miró dos veces.

El tren arrancó, dejando atrás la estación y, con ella, la ciudad que una vez llamé «hogar» y «amor». Me dirigía hacia lo desconocido, con un nuevo nombre, una nueva vida y un único propósito: seguir luchando.

El viaje a Lyon fue solo el primer paso en una odisea de identidades falsas, rostros desconocidos y un constante estado de alerta. El tren se deslizó en la estación en medio de un amanecer frío y gris, y al bajar sentí cómo el peso de lo que se avecinaba se asentaba en mis hombros. Sabía que lo peor aún no había pasado; si bien había logrado salir de París, quedaba el tramo más peligroso: cruzar la frontera y cambiar de piel una vez más.

Lyon estaba bañada en un silencio inquietante, como si la ciudad misma contuviera la respiración bajo la opresiva sombra de la ocupación nazi. Las calles, normalmente bulliciosas, ahora estaban llenas de sombras, de un silencio que parecía extenderse como una neblina por cada esquina, cada callejón. El sonido de las botas militares resonaba ocasionalmente, rompiendo la calma como un recordatorio constante del poder que se cernía sobre ellos.

La Francia de Vichy, aquella que antes se había vendido como neutral, ahora había caído bajo el control completo de los nazis, y Lyon, una ciudad clave en la Resistencia, sentía el peso de esa traición en cada rincón. Respiraba a un ritmo lento, cauteloso, como si temiera que cualquier ruido pudiera atraer la atención equivocada.

Era una ciudad en estado de tensión constante, como un resorte que podía estallar en cualquier momento. La Resistencia aún latía, pero lo hacía en secreto, en la clandestinidad, en reuniones furtivas y mensajes codificados que cruzaban la ciudad. Al igual que en París. Tan solo había que verme a mí. Pablo, ahora Albert, tratando de cruzar a Ginebra para seguir adelante.

Los controles de seguridad eran intensos. Los oficiales nazis y sus aliados franceses se movían con una eficiencia que solo incrementaba mi ansiedad. La fila para los controles avanzaba lentamente y, cuando al fin llegó mi turno, respiré hondo, entregando mis documentos con una calma que no sentía en absoluto.

El oficial examinó mi pasaporte, recorriendo con los ojos cada detalle.

—¿Negocios en Francia, señor Meier? —preguntó, más como una acusación que por curiosidad. Trataba de hablar en francés, pero las frases se le mezclaban con el alemán y resultaba incomprensible entenderlo.

—Así es —respondí en un francés con un leve acento, rezando para que todo estuviera en orden—. Mi negocio de relojes ha ido creciendo, pero es hora de regresar a casa.

Me miró fijamente por un momento que pareció eterno, antes de devolverme el pasaporte con una seca inclinación de cabeza.

—*Bonne journée* —me dijo justo antes de dejarme pasar.

Mi corazón latía con fuerza mientras me dirigía al tren, sin atreverme a mirar atrás. Había pasado el primer obstáculo, pero sabía que no podía relajarme. Albert Meier tenía que mantenerse firme, seguro de sí mismo, hasta que estuviera a salvo en Suiza.

Subí al tren y encontré mi asiento en silencio. Mientras el tren partía, miré por la ventana cómo se desvanecía a lo lejos la ciudad de Lyon. El viaje aún no había terminado, pero estaba un paso más cerca de la libertad, un paso más lejos de Pablo Barak, el hombre que había sido toda la vida y al que, desde hacía cuatro años, ya no me parecía en nada.

El vagón estaba relativamente vacío, con solo unos pocos pasajeros dispersos. Mantenía la mirada fija en el paisaje que

pasaba por la ventana, tratando de aparentar la calma que no sentía. Sabía que cualquier gesto nervioso podría levantar sospechas. Mi pasaporte suizo estaba guardado en el bolsillo interno de mi abrigo y, cada tanto, mi mano se deslizaba hacia allí, como si el simple contacto con el papel pudiera ofrecerme alguna seguridad.

Las primeras horas transcurrieron sin incidentes, pero, a medida que nos acercábamos a la frontera, la tensión en el vagón se hizo palpable. El tren hizo una parada en un pequeño pueblo, y allí subieron varios soldados alemanes, acompañados de un oficial con una mirada severa. Se movían con precisión, revisando los documentos de cada pasajero. Los murmullos inquietos se extendieron por el vagón mientras los soldados pasaban y pude sentir el peso de cada mirada que se posaba en mí.

Se movían entre las filas, como si buscaran a alguien. Pidieron algunos pasaportes, pero no estuve entre los seleccionados. Pensé que sería una inspección rutinaria por si se había colado alguien en el vagón y pretendía escapar, alguien que hubiese burlado a los oficiales en Lyon. Alguien como yo.

Finalmente, el tren reanudó su marcha, acercándose cada vez más a la frontera. A medida que los Alpes se alzaban en el horizonte, la ansiedad empezó a transformarse en una cautelosa esperanza. La vista de las montañas cubiertas de nieve era un recordatorio de que la libertad estaba a mi alcance.

Al llegar a la frontera, los controles fueron exhaustivos. Los suizos no eran ajenos a los peligros que acechaban más allá de sus límites y, aunque mantenían su neutralidad, no permitían que cualquiera cruzara. De nuevo, tuve que presentar mi pasaporte, esta vez a un funcionario suizo que, aunque menos intimidante que los oficiales alemanes, no dejaba de ser riguroso. Pero, esta vez, el pasaporte falso volvió a resistir el escrutinio. Después de unos minutos de tensión en los que sentí que se me movían las pinzas del pantalón del temblor que se había apoderado de mí, me dejaron pasar y, al cruzar la frontera, sentí un alivio tan profundo que casi me desplomé en el asiento.

El resto del viaje hacia Ginebra transcurrió sin incidentes. La calma del paisaje suizo, con sus montañas imponentes y sus lagos

tranquilos, contrastaba brutalmente con la tensión que había dejado atrás en Francia. Pero no había tiempo para relajarse. Sabía que Suiza era solo un punto de tránsito; mi destino final estaba más allá del Canal de la Mancha, en Londres, donde la resistencia continuaba desde las ondas de radio y las páginas impresas.

El viaje de Ginebra a Londres, aunque relativamente corto en distancia, fue una experiencia cargada de tensión. Después de los extenuantes días en tren y de las horas de incertidumbre en la frontera suiza, la perspectiva de volar directamente a Londres parecía casi irreal. Ginebra, con su aparente calma y neutralidad, ofrecía un respiro, pero también una sensación de peligro latente; cada rostro en el aeropuerto podía ser el de un agente encubierto, y cada paso podía desencadenar una nueva amenaza.

El vuelo estaba programado para salir en la tarde, y el aeropuerto estaba lleno de viajeros ansiosos por escapar del continente y llegar a la relativa seguridad de Inglaterra. El ruido de las conversaciones en diferentes idiomas llenaba el aire, pero para mí todo se sentía distante, como si estuviera envuelto en una burbuja de ansiedad y anticipación.

Pasar por el control de seguridad fue una prueba de nervios. Mi nuevo pasaporte suizo pasó por las manos de un funcionario que lo examinó con la misma meticulosidad que los anteriores. Aunque mi pulso se aceleraba con cada segundo que él sostenía mi pasaporte, traté de mantener una expresión serena. Tras lo que pareció una eternidad, el funcionario selló mi documento y me lo devolvió sin una palabra.

El avión, un viejo Douglas DC-3, estaba preparado en la pista, los últimos rayos de sol de la tarde reflejados en el fuselaje. Subí a bordo junto con un grupo diverso de pasajeros, cada uno con sus propios miedos y esperanzas. Me acomodé en mi asiento, mirando por la ventana mientras los preparativos para el despegue comenzaban. El rugido de los motores al encenderse resonó en mi pecho y, mientras el avión se alzaba, sentí una mezcla de alivio y temor. La neutralidad suiza quedaba atrás y me dirigía hacia el corazón del conflicto.

El avión zumbaba con un ruido constante, un murmullo mecánico

que llenaba el pequeño espacio de la cabina. Me encontraba en uno de los asientos junto a la ventanilla, aunque el paisaje bajo nosotros era invisible, escondido bajo una capa densa de nubes. A mi alrededor, los pocos pasajeros compartían una tensión palpable, cada uno perdido en sus pensamientos, con el miedo suspendido en el aire como una sombra ineludible.

El trayecto desde Suiza hasta Londres estaba minado de peligros, y todos lo sabíamos. Cada segundo que pasaba nos acercaba más al frente de guerra, a esa línea invisible pero letal donde los cielos eran patrullados por cazas enemigos y las baterías antiaéreas estaban siempre listas para derribar cualquier aeronave sospechosa. Aunque volábamos a una altura considerable, no dejaba de sentir que estábamos expuestos, vulnerables a cualquier ataque.

El piloto había dado un aviso breve al despegar de Ginebra: cruzaríamos zonas de combate y todos debíamos estar preparados para cualquier eventualidad. Las palabras resonaban en mi mente mientras intentaba mantener la calma, pero era imposible ignorar la posibilidad de que este vuelo no llegara a su destino.

El paso del tiempo parecía haberse detenido y cada minuto se transformaba en una eternidad cargada de silencio y ansiedad. La tensión en la cabina se espesaba con cada kilómetro recorrido, como si el avión avanzara a través de un aire denso e impenetrable. De vez en cuando, algún pasajero levantaba la cabeza y miraba en dirección a los motores, buscando, tal vez, un sonido distinto, algo que alertara sobre la proximidad de aviones enemigos. Sin embargo, solo estaba el monótono zumbido de nuestra propia aeronave, un ruido constante que, en lugar de calmar, acentuaba el desasosiego.

Cuando el piloto hizo un nuevo anuncio, su voz sonó tan calmada como el mismo motor, aunque no lograba disimular el subtexto de preocupación. Las primeras turbulencias comenzaron a zarandear el avión, sacudidas ligeras pero inquietantes, y con cada una de ellas sentía un tirón en el estómago, un miedo que crecía a la par que la ansiedad de los rostros a mi alrededor. Nadie hablaba; los pasajeros apenas se movían, reducidos al mínimo para no alterar el delicado equilibrio del momento.

Entonces, lo vi. A lo lejos, por la ventanilla, un estallido silencioso

iluminó las nubes, un destello fugaz y mortífero que se desvaneció en un instante. Aunque no estaba lo suficientemente cerca como para ser una amenaza directa, era un recordatorio escalofriante de nuestra precaria situación. Sentí cómo mis manos se aferraban instintivamente al reposabrazos, los nudillos blancos por la presión, mientras intentaba contener el miedo con un susurro interno, un rezo silencioso para que el piloto nos mantuviera a salvo y lejos de cualquier peligro.

Los minutos se deslizaron en una agonía interminable. Cada pequeña sacudida y cada cambio en el tono del motor me hacían contener el aliento, anticipando lo peor. Me repetía que debíamos estar cerca, que Londres no podía estar tan lejos, pero la espera parecía eterna, una tensión al borde del estallido.

Finalmente, el piloto anunció que habíamos cruzado el Canal. La sensación de alivio fue inmediata, pero nadie se atrevió a celebrarlo. Sabíamos que aún no estábamos a salvo, pero habíamos superado el obstáculo más grande. Lentamente, el avión comenzó su descenso y, por primera vez en horas, permití que un suspiro escapara de mis labios. Estábamos a un paso más cerca de Londres, a un paso más cerca de la libertad.

El vuelo fue relativamente corto, pero la tensión no me abandonó ni un instante. El avión atravesó las nubes y, a nuestros pies, el continente europeo se extendía como un lienzo oscuro, apenas detectable en la creciente penumbra hasta que las luces de Londres se hicieron visibles a lo lejos, un brillo débil bajo el cielo nublado. Cuando el avión comenzó su descenso, una mezcla de emociones se apoderó de mí: la tristeza por lo que había dejado atrás, la incertidumbre sobre lo que me esperaba y una pequeña llama de esperanza de que, desde aquí, podría marcar una diferencia.

Desembarqué junto con los demás pasajeros, siguiendo el flujo de personas hacia la terminal. En el control de pasaportes, me recibió un oficial británico que, con una sonrisa cansada pero genuina, me dio la bienvenida. Sentí una extraña calidez al escuchar el inglés hablado en un tono amable, lejos de la severidad y el miedo que había experimentado en el continente.

El aeropuerto de Londres estaba envuelto en un aire de

expectación y cansancio, una mezcla que se sentía en cada rincón, en cada rostro que cruzaba mi camino. Apenas puse un pie fuera del avión, me golpeó un ambiente denso, cargado de emociones reprimidas. La terminal, aunque funcional, parecía carecer de la vida que uno podría esperar en un sitio donde la gente llegaba o partía con esperanza. En su lugar, había un silencio inquieto, roto solo por el murmullo ocasional de voces y el eco distante de pasos apresurados.

Las luces tenues proyectaban sombras alargadas sobre las paredes, creando un escenario casi teatral, donde cada persona se movía con una deliberación que hablaba de la urgencia y el peligro de los tiempos. Era como si todos supiéramos que no había margen para el error, que cada movimiento contaba en esta ciudad bajo asedio constante.

Miré a mi alrededor, buscando rostros familiares, pero solo encontré desconocidos. Algunos, soldados con uniformes desaliñados, llevaban en sus ojos una fatiga que solo podía ser el resultado de días sin descanso. Otros, civiles con ropas de viaje gastadas, parecían atrapados en una espera interminable, sus rostros pálidos y ojerosos, el reflejo del miedo y la incertidumbre que se habían vuelto cotidianos El espacio olía a tabaco rancio, a sudor y a la humedad que traía consigo la niebla londinense, que se filtraba incluso allí dentro.

El sonido de una sirena en la distancia recordó a todos que la guerra no estaba tan lejos, que incluso aquí, en lo que se suponía era un lugar seguro, la amenaza era constante. Nadie reaccionó abiertamente, pero vi cómo los hombros se tensaban, cómo las miradas se endurecían por un momento antes de volver a lo que fuera que estuvieran haciendo.

Caminé hacia la sala de espera, sintiendo cada paso como una afirmación de mi llegada, pero también como una confirmación de la realidad que me aguardaba. Había sobrevivido al viaje, había cruzado fronteras y pasado por controles, pero al estar aquí, en Londres, la sensación no era de alivio como creí en Suiza, sino de una pesada responsabilidad. Sabía que estaba en el corazón de la resistencia, en un lugar donde cada persona tenía un papel crucial

que desempeñar en esta guerra desesperada. Y, ahora, yo también tenía uno.

El anuncio de otro vuelo, en una voz femenina que sonaba cansada pero firme, resonó en la terminal, pero pocos prestaron atención. La mayoría de las personas estaban absortas en sus propios pensamientos, planeando su próximo movimiento o, tal vez, simplemente tratando de mantenerse un paso adelante de la sombra que la guerra proyectaba sobre todos nosotros.

Mientras me dirigía hacia la salida, un grupo de refugiados pasó cerca, arrastrando maletas y bultos, sus rostros marcados por el miedo y la desesperanza. Sus ojos buscaban algo de consuelo, tal vez un indicio de que habían llegado a un lugar donde podrían estar a salvo, aunque fuera solo por un momento. Sus miradas se cruzaron con la mía y, en ese breve instante, sentí una conexión, un reconocimiento silencioso de lo que significaba estar allí, en ese momento, en medio de una ciudad que se mantenía firme a pesar de todo.

El viento frío me golpeó cuando salí a la calle y la niebla envolvió la escena, sumergiéndome en el Londres de la guerra. Este era un lugar de resistencia, de lucha constante, y sabía que no había vuelta atrás. La gente iba y venía, miles de militares esperaban que su transporte los llevara a su destino y se cruzaban con otros que volvían exhaustos. Había llegado a un nuevo frente, y la guerra, ahora más que nunca, se sentía increíblemente real.

Una vez fuera del aeropuerto, un hombre me esperaba, sosteniendo un cartel en el que se leía: Albert Meier. Su nombre era Frederick, un contacto de Loreine en la BBC. Me estrechó la mano con firmeza y me condujo a un coche estacionado cerca. Mientras avanzábamos por las calles de Londres, me explicó en pocas palabras cómo funcionaba todo en la BBC y cuáles serían mis primeras tareas. No había tiempo que perder, y cuanto antes comenzara, mejor.

Las calles, aunque oscuras y golpeadas por la guerra, se sentían vivas, llenas de gente que, a pesar de todo, seguía luchando, resistiendo. Frederick me habló de los bombardeos recientes, de cómo la ciudad resistía a pesar de los ataques y de cómo la BBC

jugaba un papel crucial en mantener la moral alta y en transmitir la verdad a quienes aún estaban atrapados bajo la ocupación nazi.

Llegamos a la sede de la BBC, un edificio robusto que se alzaba como un baluarte en medio de la ciudad. Él me presentó al equipo, un grupo diverso de periodistas, locutores y técnicos, todos trabajando incansablemente para mantener la resistencia viva a través de las ondas de radio. En poco menos de media hora, ya tenía un pequeño despacho, una máquina de escribir, y una lista de temas urgentes que necesitaban cobertura.

Mientras me sentaba en mi nueva oficina, escuchando el murmullo constante de las noticias y los informes que provenían de toda Europa, supe que había llegado al lugar correcto. Londres no era París y, aunque el peligro persistía, aquí tenía la oportunidad de luchar, de resistir, y quizás, algún día, de volver a encontrar a Hugo. Pero aquello quedó en un segundo plano.

Había que parar la guerra. Como fuese. Había que detener el horror. Indirectamente, así recuperaría a Hugo. O eso creía.

Nunca dejé de escribirle a Hugo. Aun cuando sabía que cada carta que enviaba desde Londres probablemente no llegaría a sus manos, me aferré a esa rutina como a un salvavidas. Escribirle se convirtió en mi manera de mantenerlo vivo, de recordarme a mí mismo que nuestro amor había existido, que no era solo un sueño desvaneciéndose en la niebla de la guerra.

Cada tarde, después de las horas en la BBC, me sentaba junto a la ventana de mi pequeña habitación en la pensión que Frederick me había conseguido en Londres, con la vista perdida en el cielo gris que se vislumbraba desde allí, y comenzaba a escribir. Empezaba con los recuerdos, esos que siempre parecían tan nítidos cuando cerraba los ojos: nuestros paseos por Montmartre, las charlas interminables en nuestro pequeño salón, las risas compartidas en las noches tranquilas. Esas eran las cosas que quería que él recordara si es que algún día volvía a leer mis palabras.

Escribía como si Hugo fuese a volver a París, como si, en algún momento, pudiera abrir la puerta de nuestro apartamento en Montmartre y encontrar una pila de cartas esperándolo, llenas de la vida que habíamos dejado atrás. Cada frase que escribía era una

pequeña resistencia contra la desesperación, una manera de recordarle —y recordarme— que nuestra historia no había terminado.

Al principio, le hablaba sobre mi vida en Londres, sobre el trabajo en la BBC, las reuniones clandestinas, las noticias que llegaban desde el frente. Quería que supiera que seguía luchando, que no había olvidado nuestra promesa de resistir. Pero, con el tiempo, las cartas cambiaron. Dejé de escribir sobre la guerra, dejé de intentar darle noticias. En lugar de eso, le hablaba de mi soledad, de cuánto lo extrañaba, de cómo cada día sin él era una batalla más difícil de librar. Siempre recalcaba mi dirección, mi trabajo, dónde podría encontrarme…

A veces me preguntaba si él también pensaría en mí, si en algún rincón de su memoria aún guardaría mi risa, mis caricias, nuestras conversaciones. Pero otras veces, dudaba. La duda era como un veneno lento que se filtraba en mis pensamientos y hacía que me preguntara si seguiría siendo la misma persona en caso de volver a encontrarlo, si él seguiría siendo el mismo después de todo lo que habíamos pasado.

Aun así, seguí escribiendo. Porque en esas cartas, en esas palabras, hallaba algo de consuelo, una forma de mantener viva la esperanza, aunque fuera una esperanza frágil. Cada vez que terminaba una carta, la metía en un sobre y la dirigía a nuestro apartamento en Montmartre, con la absurda esperanza de que algún día él pudiera volver allí, abrir la puerta y encontrarme de nuevo en esas palabras.

Esa era mi manera de decirle que, a pesar de todo, seguía esperando.

HUGO

Auschwitz, territorio de Polonia invadido por Alemania, enero de 1943

El invierno en Auschwitz era una temporada brutal, lo descubrí rápidamente. Más cruel que cualquier tormenta. La nieve caía incesantemente, acumulándose en montones que solo acentuaban el gris sin esperanza del paisaje. La vida aquí estaba marcada por la penuria y el sufrimiento constante, y la Navidad no trajo consigo ninguna de las ilusiones que solían acompañar esa época del año. En su lugar, la festividad se convirtió en otro recordatorio doloroso de lo que habíamos perdido.

Las navidades que había pasado con Pablo en París acudían a mi mente cada noche en el barracón y, por Fin de Año, su recuerdo me parecía tan diluido que temía que no volviese a recordarlo a la mañana siguiente y que, con el Año Nuevo, únicamente llegase el olvido. Las luces de las calles parisinas, el calor de su cuerpo junto al mío, el sonido de nuestras risas mientras el frío de diciembre quedaba fuera de nuestro pequeño apartamento en Montmartre… Todo eso se desvanecía como un eco lejano, reemplazado por la cruda y despiadada realidad de Auschwitz.

Aquí no había luces, ni risas, ni el consuelo de un abrazo cálido. Solo el frío implacable que se colaba por las rendijas del barracón, que mordía mis huesos y me hacía echar de menos hasta el más leve roce de las manos de Pablo. El frío y el hambre eran los únicos compañeros constantes, tan presentes que se volvían parte de uno mismo, como una segunda piel. Me parecía gloria lo poco que comía en Barcelona durante la guerra y el único calor que sentía era el de mis compañeros de litera, que, obligados a dormir conmigo, se meaban encima antes de caer rendidos. Siempre era igual. Antes de escuchar un ronquido, sentía el calor húmedo tocar mi pijama de rayas. El olor a orina se mezclaba con el de la sangre y, en ese

ambiente, los recuerdos se transformaban en fantasmas, sombras de lo que alguna vez fue pero que ahora apenas se mantenían en mi mente, tambaleándose entre la permanencia y el olvido. Sin mantas, sin nada que nos protegiera de la helada nocturna, cerraba los ojos e intentaba aferrarme a su imagen. Trataba de recordar su voz, su risa, la forma en que pronunciaba mi nombre. Pero incluso esos detalles, que alguna vez había considerado inquebrantables, empezaban a desvanecerse, como si el horror de este lugar estuviera decidido a arrancarme cada fragmento de humanidad que me quedaba.

El fin de año trajo consigo una sensación de pérdida aún más aguda. Mientras los otros prisioneros se sumían en un silencio resignado, o en un murmullo de recuerdos y oraciones, yo sentía como si me estuviera deslizando más y más en un abismo de desesperanza. Pablo era mi ancla, el lazo que me unía a una vida antes de este infierno, pero, cada día que pasaba, ese lazo se debilitaba, como un hilo desgastado que estaba a punto de romperse.

Las noches eran gélidas y largas, y el frío calaba hasta los huesos. La comida era escasa, una ración mínima de un mejunje asqueroso que no podía calmar el hambre constante que me atormentaba, sin apenas agua para resistir a los trabajos del día. Cada día era una lucha por encontrar algo de calor en una celda que no ofrecía más que una mísera manta y el cuerpo de los compañeros, apretujados para intentar conservar el poco calor que podíamos generar.

Jean, el único amigo que había hecho en el campo. Resultó que vivíamos en el barracón y, cuando todos dormían, hablábamos en susurros durante las noches heladas, compartiendo nuestras historias, nuestras esperanzas, y la desesperanza que nos envolvía.

—¿Has estado alguna vez en Berlín? —me preguntó por lo bajo.

Aquella noche de enero hacía tanto viento que un soplido resonaba en medio de la oscuridad.

Negué con la cabeza y él siguió, esbozando una sonrisa entre sus dientes oscurecidos.

—Antes de que estos monstruos tomaran el poder, Berlín era un lugar increíble para gente como nosotros.

—¿Cómo era? —le pregunté, tratando de que sintiera un poco de humanidad por su repentina confesión.

En ese infierno, cualquier recuerdo de algo bonito, esperanzador o confuso entre las curvas de la memoria me parecía un milagro.

Jean sonrió levemente, pero era una sonrisa cargada de tristeza. Le quedaban cuatro dientes y dos se le movían. Siempre le sangraban las encías y llevaba el pijama lleno de manchas. Yo lo limpiaba cuando veía que le sangraban mucho, pero era un flujo constante.

—Había un lugar… un club llamado Eldorado. Era un refugio para todos los que nos sentíamos diferentes. Hombres que amaban a otros hombres, mujeres que amaban a mujeres… y también aquellos que no se sentían cómodos con el cuerpo en el que habían nacido.

No entendía del todo lo que decía. Debió de vérmelo en la cara, porque sin dejarme intervenir siguió hablando.

—Es complicado, lo sé. En Berlín, antes de que todo se desmoronara, había médicos que ayudaban a las personas a cambiar su cuerpo para que coincidiera con lo que sentían en su interior. Era algo… revolucionario, diría que bello.

Me quedé en silencio, intentando asimilar lo que Jean me contaba. La idea de que alguien pudiera cambiar su cuerpo para alinearlo con su identidad me resultaba difícil de comprender y, sin embargo, me llenaba de una extraña mezcla de admiración y tristeza.

—Y… ¿eso era posible? ¿Realmente podían… cambiar?

—Sí —respondió Jean, con los ojos cerrados, como si al recordar aquellos tiempos pudiera transportarse fuera del infierno—. Había esperanza para quienes la necesitaban. Pero todo eso se perdió cuando los nazis tomaron el control. Destruyeron los institutos, quemaron los libros… y comenzaron a darnos caza. No solo a nosotros, sino también a aquellos que simplemente querían ser ellos mismos.

Sentí un nudo en la garganta. Era imposible imaginar un mundo así.

—Es extraño pensar en eso ahora —murmuré, sintiendo el peso de las palabras en la lengua—. Aquí, donde intentan destruirnos justamente por eso: por lo que somos.

Jean suspiró, y pude ver cómo movía ligeramente la cabeza.

—Eso es lo que más les asusta, Hugo. Nuestra verdad, nuestra existencia. Quieren borrarnos, pero no pueden cambiar lo que somos por dentro.

—¿Y si no sobrevivimos a esto? —susurré, temiendo la respuesta, pero con la necesidad de oírla.

Jean me miró, sus ojos brillaban con una mezcla de tristeza y determinación que me conmovió profundamente.

—Entonces, habremos vivido y amado a nuestra manera. Nadie puede quitarnos eso, ni siquiera ellos. Hubo alguien, alguien especial en mi vida. Se llamaba Max. Era un anarquista alemán, un hombre increíblemente valiente, con un espíritu indomable. Nos conocimos en Eldorado… Allí se podía. Y él podía con todo. Trabajaba en el instituto. Era enfermero.

—¿Max? —repetí con una sonrisa fingida, deseando saber más, aunque me dolía imaginar el sufrimiento que Jean debía haber pasado.

Jean asintió mientras tosía con un ruido que me hizo temer lo peor, y pude sentir el peso de su dolor en cada palabra mientras miraba al techo del barracón, como tratando de perderse entre las grietas de las maderas como si fueran su noche estrellada.

—Era diferente a todos los demás. Tenía un corazón lleno de fuego, y, aunque el universo nos rechazaba, él no se dejaba vencer. Siempre hablaba de libertad, de luchar por un mundo donde pudiéramos ser quienes realmente somos, sin miedo, sin esconderse.

Hubo una pausa, y luego Jean continuó, su voz ahora un susurro casi imperceptible.

—Nos enamoramos casi de inmediato. Max me hizo sentir algo que nunca había sentido antes… seguridad, esperanza. Con él, el mundo parecía menos aterrador, incluso en aquellos tiempos oscuros.

—¿Qué le pasó? —pregunté, aunque ya sabía la respuesta, ya podía adivinar la tragedia que se avecinaba en su historia.

—Los nazis lo encontraron —dijo Jean con un hilo de voz que se iba quebrando—. Era demasiado valiente para quedarse callado, demasiado orgulloso para esconderse. Participaba en reuniones

clandestinas, organizaba protestas, seguía trabajando por los demás… y lo pagó con su vida.

Sentí un nudo en la garganta mientras Jean hablaba, su dolor tan palpable que casi podía tocarlo.

—Lo arrestaron una tarde, justo después de salir de trabajar. Me dijo que nos veríamos más tarde, que tenía algo importante que contarme. Nunca volvió.

Jean hizo una pausa, su respiración entrecortada por la pena que causaba la conmoción.

—Nunca pude despedirme de él, nunca supe qué fue lo que quería decirme aquella noche.

—Jean… —susurré, sin saber qué decir para consolarlo—. No sabes si está muerto entonces.

Jean me miró y, aunque su rostro estaba marcado por la tristeza, había una fuerza en sus ojos que me sorprendió.

—Hugo, lo prefiero muerto que en un infierno como este. Lo que Max y yo tuvimos… fue real. Y, aunque lo perdí, nunca podrán arrebatarme eso. Él me enseñó a no tener miedo de ser quien soy, incluso aquí, incluso ahora.

Tenía toda la razón en sus palabras. Yo también lo sentía así. Prefería pensar que Pablo estaba muerto antes que en otro campo.

Nos quedamos en silencio, compartiendo un momento de intimidad en medio de aquel infierno. Mientras pensaba en lo que Jean había perdido, no pude evitar sentir una profunda admiración por él y por Max, por su amor que había sobrevivido a la crueldad del mundo como el mío con Pablo.

Después fue él el que me preguntó por Pablo, por cómo era y cómo nos habíamos conocido. Aquella noche traté de esbozar un mapa entre los lunares de su espalda que tan bien había recorrido para presentarlo bien, sin miedos, sinceramente y con la intención de transmitirle a Jean lo que recordaba de él para que se hiciera una idea real, un dibujo preciso y realista de aquel maestro convencido que era Pablo. De su risa sincera con los dientes alineados y el bigote, que un día se convertía en barba y al otro ya estaba rasurado, moviéndose entre las formas de su cara. Su sonrisa melancólica por lo que había dejado atrás, sus sueños que se

rozaban con los míos, sus miedos sinceros, el apego que sentía por todo… Esbocé un todo sobre Pablo que me ayudó a verlo, aunque fuese entre la bruma de mi cabeza, con una claridad nublada, casi mágica, casi falsa, casi idealizada.

—Nos tenemos el uno al otro, Hugo. Y, mientras recordemos a quienes amamos, ellos también siguen vivos de alguna manera, incluso aquí.

Aquella noche, mientras el frío y la oscuridad nos envolvían, sentí que, por un breve momento, la humanidad que intentaban quitarnos aún permanecía. Como si todo ese sufrimiento no pudiese hacer que borrara lo que había construido.



El médico del campo tenía un interés perverso en nosotros, los prisioneros que llevábamos el triángulo rosa. No éramos muchos y, al final, tampoco coincidíamos en los barracones. Los nazis los tenían muy bien organizados, pero nosotros estábamos revueltos. Había el barracón de los judíos, que parecía un mar interminable de estrellas amarillas, hacinados, exhaustos, con los ojos hundidos en rostros demacrados. Eran la mayoría, y su sufrimiento se extendía por todo el campo, como un veneno que contaminaba el aire. Estaban condenados desde el momento en que cruzaban las puertas de Auschwitz.

Luego estaban los que llevaban el triángulo rojo, los prisioneros políticos. Eran comunistas, socialistas, sindicalistas, cualquier persona que hubiese desafiado al régimen. A veces sentía que su odio hacia los nazis los mantenía vivos, pero esa misma resistencia también los convertía en blancos constantes de torturas y castigos. Eran observados con recelo, tanto por los oficiales como por algunos de los otros prisioneros. Su lucha seguía, aunque ahora era una lucha por la mera supervivencia.

Los criminales comunes llevaban el triángulo verde. A menudo, los usaban como *kapos*, otorgándoles cierto poder sobre los demás prisioneros. Eran los que distribuían los golpes con la misma facilidad que los guardias, buscando el favor de sus captores. Su brutalidad

no conocía límites y, cada vez que uno de ellos se acercaba, sentía cómo se tensaba el ambiente en el barracón. Tenían cierto interés en los triángulos rosas también. Los sometían, los forzaban y obligaban a tener sexo con ellos.

Luego estábamos nosotros, los que llevábamos el triángulo rosa. Éramos los más despreciados, no solo por los nazis, sino también por los otros prisioneros. La mayoría nos veía como una vergüenza, una lacra incluso en un lugar tan miserable como Auschwitz. Nos dejaban al margen, aislados, y el odio hacia nosotros se manifestaba en cada mirada, en cada golpe que recibíamos, no solo de los guardias, sino de aquellos que, en teoría, compartían nuestra condición de víctimas.

Los prisioneros con el triángulo negro, los «asociales», también estaban allí. Eran una mezcla heterogénea: gitanos, mendigos, cualquier persona que el régimen considerara indeseable. Como nosotros, también sufrían el desprecio y la violencia, pero no de la misma manera. La sociedad nos repudiaba a todos, pero a los triángulos rosas, a nosotros, nos trataban con un odio que no lograba comprender.

Era como si en Auschwitz la naturaleza humana se hubiera reducido a su forma más básica y brutal, donde los estigmas sociales se amplificaban. Todos condenados allí, según el cartel de la entrada que tantas veces leí y me costó entender. «*Arbeit Macht Frei*». «El trabajo os hará libres», pero, por mucho que trabajábamos allí, nuestro destino parecía el mismo: el horno crematorio y que nadie supiese qué había pasado con nosotros.

Y entre todos, nosotros, los rosa, éramos el objetivo más fácil. Los guardias, y a menudo otros prisioneros, descargaban sobre nosotros su frustración y su odio. Nos usaban para divertirse, nos humillaban de formas indescriptibles, y todo bajo la excusa de corregir nuestra existencia.

Nos sometían a todo tipo de experimentos, sin ningún respeto por nuestra dignidad o por la vida misma. Eran atroces, pero lo más humillante fue cuando nos obligaron a acostarnos con las prostitutas del campo que compartíamos, separados de las mujeres por una valla. Era una prueba grotesca, diseñada para curarnos de nuestra

homosexualidad, como si eso fuera algo que pudiera eliminarse o cambiarse con simples actos de barbarie.

La violencia y el abuso no se limitaban solo a los experimentos. Los oficiales nazis nos sometían a torturas, dejándonos con heridas que nunca sanaban, físicas y emocionales. Cada abuso era un recordatorio brutal de la inferioridad que nos atribuían, y el odio y la depravación en sus actos nunca conocían límites.

El trato que recibíamos era cruelmente sistemático. La comida era escasa, y la única bebida que obteníamos era a través de unas tazas viejas y sucias que nos habían dado al llegar, las mismas que nunca se limpiaban y se convertían en un caldo de bacterias. La desnutrición y la enfermedad eran compañeros constantes, y la desesperanza parecía ser el único alimento con el que realmente contábamos.

Aparte de los abusos y la desolación, había una profunda animosidad hacia los homosexuales por parte de otros prisioneros. El odio y la discriminación no solo venían de los guardias, sino también de los mismos prisioneros que nos veían como una carga o una abominación. En un lugar donde la supervivencia se había convertido en un juego de división y egoísmo, nosotros éramos los chivos expiatorios fáciles.

Un día en particular, un día que comenzó con la misma rutina desgastante, pero que en un abismo de desesperación, salí al patio, buscando a Jean como de costumbre para compartir un momento de conversación, una pequeña chispa de humanidad en medio del sufrimiento. Pero esa mañana, él no estaba. Lo busqué entre los barracones, en la fila para la comida, en los lugares donde solíamos encontrarnos, pero no había rastro de él.

Cuando pregunté a otros prisioneros, sus miradas evitaban la mía, llenas de una mezcla de desdén y miedo. La respuesta que finalmente recibí fue una de las más devastadoras: Jean había desaparecido. Las versiones variaban, algunos decían que había sido trasladado a un lugar desconocido, otros hablaban de su ejecución. La verdad, sin embargo, era tan cruelmente incierta que preferí no adentrarme más en detalles.

Uno de los métodos más degradantes que los oficiales nazis

empleaban para someternos a la vergüenza pública y a la brutalidad era forzarnos a exhibir nuestra humillación frente a otros prisioneros. No era suficiente con la tortura física y psicológica que ya sufríamos; los oficiales querían que nuestra degradación fuera una muestra pública de su poder y control.

En el patio central, donde los prisioneros se agrupaban para los conteos y las tareas diarias, los oficiales reunían a un grupo selecto de presos. Había un espectáculo cruel que se preparaba, y todos sabíamos que los que éramos elegidos para estas exhibiciones nos enfrentaríamos a una forma de humillación que no conocía límites.

Un día particularmente horrible, los oficiales nos arrastraron a un espacio al aire libre, un área cercada por alambradas y bajo la vigilancia constante de los guardias. Los prisioneros que estaban allí eran convocados para asistir a una demostración pública. Nos obligaron a desnudarnos a los cuatro triángulos rosas que seguían en el campo frente a ellos, como un acto de humillación adicional que añadía un nivel extra de desdén a nuestro sufrimiento.

En este escenario degradante, los oficiales seleccionaban a varios prisioneros para que participaran en una serie de actos vejatorios, destinados a degradar nuestra dignidad hasta los límites más bajos. A menudo, nos forzaban a entretener a los oficiales y a sus invitados en un espectáculo grotesco, un espectáculo al que se nos obligaba a asistir para demostrar nuestra supuesta perversión. Era un acto cruel orientado a satisfacer las depravaciones de los guardias y a humillar a los prisioneros al exponerlos como objetos de desprecio y escarnio.

Lo peor de todo era que, en estos eventos, los oficiales no se limitaban a observar. En su perversidad, invitaban a los prisioneros que estaban en la misma situación desesperada que nosotros a participar en actos de violación, usando nuestras desgracias como una forma de entretenimiento. Eran escenas brutales, donde la dignidad y el consentimiento eran completamente inexistentes.

Me hicieron arrodillarme en el suelo, en el centro del patio, mientras los oficiales y otros prisioneros rodeaban el espacio. No había escape, no había dignidad, solo la dura realidad de estar expuesto a la crueldad y al ultraje ajenos. El acto que siguió fue una violación brutal de mi cuerpo y mi humanidad, perpetrada no solo

por los oficiales, sino también por algunos prisioneros que, presionados por la desesperación y la amenaza de represalias, se vieron obligados a participar en esta tortura.

La sensación de traición y desesperanza era insoportable. Cada vez que pasaba por una de estas situaciones, sentía que mi humanidad se desmoronaba un poco más, que la desesperación me arrastraba aún más profundo a un abismo de dolor y humillación. La vergüenza y la desesperación eran tan intensas que parecían como una segunda piel, una piel que nunca podía desprenderse y que siempre recordaba mi sufrimiento.

Los días se convertían en una serie interminable de humillaciones, y la esperanza se desvanecía cada vez más con cada acto de crueldad que nos infligían. La existencia en Auschwitz no era solo una lucha por la supervivencia física, sino también una batalla constante para mantener algo de dignidad en un lugar donde la humanidad parecía haber sido erradicada por completo.

Sentado en un rincón oscuro de uno de los barracones de Auschwitz, el frío y la desesperación se entrelazaban en un abrazo constante. A través del pequeño ventanuco enrejado, la luz del invierno se filtraba creando sombras que parecían danzar al ritmo de mi angustia. Porque, cuando había un minuto de paz en aquel purgatorio, el Ángel de la Muerte te volvía a reclamar para que fueses protagonista de una de sus macabras ideas.

Un día, vinieron a buscarme dos presos. Me dijeron que me cambiaban de celda, pero realmente me llevaron al hospital. Me agenciaron una cama y allí, sin saberlo, empezó un dolor interminable que iba más allá de obligaciones y vejaciones, que atentaba contra mí, contra quien era, y que desconocía qué era y entendía a la perfección en otros momentos.

La sala en la que nos imponían los deseos de la Muerte era fría y austera, con el olor a desinfectante mezclado con una sensación de inquietante crueldad. Las paredes, blancas pero frías, estaban adornadas con equipos médicos anticuados que parecían sacados de una época pasada, pero su brutalidad era completamente moderna. Nos hicieron entrar en la sala en grupos pequeños y, mientras nos alineábamos, sentía cómo la esperanza se desmoronaba en el aire

espeso y estancado.

El doctor se encontraba allí, en una mesa frente a nosotros, su expresión era una máscara de fría profesionalidad que apenas ocultaba su entusiasmo por el sufrimiento que iba a infligir. A su lado, sus asistentes preparaban el equipo con una precisión inquietante. El frío del acero y del metal me hacía estremecer mientras los ayudantes nos ajustaban a las sillas diseñadas para nuestra tortura.

La silla era un artefacto de dolor. Nos ataban con correas en las muñecas y los tobillos, inmovilizándonos de una forma que hacía que la piel se nos estirara y doliera. Las correas, aunque aparentemente limpias, estaban manchadas y sucias. La sensación de ser atado, incapaz de moverme, era en sí misma una tortura psicológica.

El proceso comenzaba con la exposición a una serie de imágenes y películas explícitas. En un intento por convertirnos en heterosexuales, nos obligaban a mirar escenas de relaciones heterosexuales mientras nos sometían a descargas eléctricas cada vez que nuestra respuesta no se ajustaba a la perversión de sus expectativas. La combinación de imágenes desagradables y el dolor de las descargas era casi demasiado para soportar. Cada descarga era una punzada de agonía, un castigo por no conformarnos a lo que ellos querían ver. El metal frío del dispositivo contra mi piel, la sensación de descargas que se extendían desde el centro de mi cuerpo hacia los extremos, la desesperación por escapar de esa tortura… era un sufrimiento que no podría describir con justicia.

Después, me llevaban a una sala en la que, junto con otros rosas, me dejaban descansar hasta la próxima atrocidad. Un camastro, ni una sábana, el olor a gangrena impregnándolo todo… Y aquello se convirtió en una rutina. Mi rutina.

A medida que las sesiones avanzaban, el dolor y la desesperación se intensificaban. Los estímulos visuales se mezclaban con las descargas y la tortura parecía interminable. La silla, diseñada para producir el máximo dolor posible, parecía tener vida propia, ajustándose y apretando con cada movimiento, cada respiración que no podían controlar. Los asistentes se movían con una precisión

clínica, observando y anotando nuestros resultados, completamente ajenos al verdadero costo de su experimento.

Algunos de los prisioneros que pasaban por allí eran simplemente piel y huesos, y la humillación y el dolor que experimentábamos no solo eran físicos. Nos hacían sentir como si no tuviéramos valor, como si nuestra humanidad hubiera sido reducida a nada más que una serie de respuestas físicas que debían ser manipuladas.

Cada sesión me dejaba más agotado, más vacío. No era solo el dolor físico de las descargas o la humillación de ser reducido a una criatura que respondía a sus torturas. Era algo más profundo, una corrosión interna que se extendía con cada experimento, con cada nueva forma de castigo que ideaban para nosotros.

Sabía, en lo más profundo de mí, que no había nada malo en amar a quien amaba. Pero allí, en esa sala oscura, con el zumbido constante de las máquinas y los ojos fríos de los médicos y asistentes clavados en mí, era difícil mantener esa convicción. Cada descarga, cada imagen que forzaban ante mis ojos, se sentía como una condena, como si intentaran borrar de mí algo fundamental, algo que definía quién era.

La tortura psicológica era implacable. Me encontraba cuestionando cada pensamiento, cada sentimiento. ¿Y si tenían razón? ¿Y si realmente había algo malo en mí? Me aferraba a los recuerdos de Pablo, a esos momentos robados que habíamos compartido en París, pero incluso esos recuerdos empezaban a desvanecerse bajo la presión constante. A veces, me sorprendía deseando poder cambiar, no porque creyera que estaba equivocado, sino porque simplemente ya no podía soportar el dolor.

El agotamiento era tan profundo que ya no se trataba solo de mis músculos o de mi cuerpo herido. Era un agotamiento del alma, una fatiga que se apoderaba de cada rincón de mi mente. Me sentía como si estuviera desapareciendo lentamente, como si las sesiones no solo intentaran cambiar mi deseo, sino borrar mi existencia por completo. Cada vez que me miraba en las pequeñas charcas de agua estancada o en los fragmentos de vidrio que quedaban por el campo, apenas reconocía al hombre que alguna vez fui.

Los pensamientos se volvían sombríos. A veces, entre sesión y

sesión, me preguntaba si valía la pena seguir luchando, seguir resistiendo. La desesperación me susurraba que quizá sería más fácil rendirse, dejar que hicieran lo que quisieran, dejarme ir. Pero, entonces, pensaba en Pablo, en ese primer beso en la sala de pintura, y un pequeño rayo de fuerza me mantenía en pie, aunque tambaleante.

Sin embargo, el dolor y la humillación no cesaban. Los otros prisioneros también lo sabían, lo veían en mí, y algunos se deleitaban en recordarme mi lugar, en reforzar la idea de que no era digno ni siquiera de su desprecio. A pesar de todo, intentaba mantener la compostura, recordándome que no era yo quien estaba equivocado, sino ellos. Pero esa pequeña voz en mi interior, la que creía en mi dignidad, se hacía más débil con cada día que pasaba.

El verdadero daño no era solo lo que hacían con sus máquinas y descargas, sino lo que lograban hacerme creer sobre mí mismo. Y esa era la tortura más grande de todas: que empezaba a dudar si alguna vez podría volver a sentirme completo, o si esa parte de mí, la que amaba a Hugo y a Pablo, juntos, había sido destruida para siempre.

PABLO

Londres, marzo de 1943

Sería difícil encontrar palabras que capturaran del todo el ambiente que se respiraba en Londres, asediada por la guerra. Los edificios victorianos y el río Támesis, serpenteando como una vena vital en un organismo deteriorado, se habían convertido en un refugio y en un campo de batalla al mismo tiempo. Había momentos en los que la ciudad parecía una fortaleza inquebrantable, y otros, un lugar en ruinas, con cicatrices visibles y otras más profundas, ocultas bajo la piel de sus habitantes.

Era una mezcla entre la tensión y la resistencia. La guerra lo había permeado todo. Las aceras estaban llenas de gente que caminaba con prisa, cabizbaja, cargando con las preocupaciones de un conflicto que no mostraba signos de terminar pero que nos mantenía en pie.

Lo mismo sucedía en la redacción. Un ambiente igualmente tenso, pero un sentido de propósito que nos mantenía a todos en marcha. El edificio rebosaba de actividad a todas horas del día y de la noche. Las salas de redacción eran un hervidero de voces y sonidos: teletipos escupiendo noticias de última hora, redactores discutiendo sobre cómo abordar el próximo informe y editores revisando con minuciosidad cada palabra que saldría al aire. Las paredes parecían vibrar con la intensidad de la información que se manejaba allí.

La BBC era un imponente bloque de piedra gris que se erguía majestuoso en el corazón de la ciudad, como una fortaleza de las palabras en medio de la guerra. La fachada era sobria, casi austera, con sus ventanas altas y estrechas que parecían observar el mundo con una severidad contenida. El logotipo de la BBC, incrustado en la entrada, brillaba con un metal apagado, un símbolo de autoridad y confianza en tiempos inciertos.

Al entrar, cada mañana, lo primero que me golpeaba era el eco de mis pasos sobre el suelo de mármol, amplificado por los altos techos

abovedados. El vestíbulo, amplio y luminoso, estaba decorado con paneles de madera oscura que le daban un aire de solemnidad, casi como si entraras en un templo de la información. El olor a papel y tinta impregnaba el aire, mezclado con el inconfundible aroma de la electricidad que zumbaba constantemente en el trasfondo, recordándome que este era un lugar donde la tecnología y las palabras se encontraban.

El bullicio era constante, un murmullo colectivo de voces mezcladas con el repiqueteo incesante de las máquinas de escribir y el sonido lejano de las transmisiones en curso. Los pasillos parecían laberintos, llenos de puertas que conducían a oficinas y estudios, cada una con su propio ritmo y propósito. Las paredes estaban adornadas con mapas de Europa y el mundo, marcados con líneas y flechas que indicaban los frentes de batalla, los movimientos de tropas y las zonas ocupadas. Era un recordatorio visual constante de la guerra que se libraba más allá de esas paredes.

Los estudios de grabación eran como santuarios en miniatura, insonorizados y herméticos, donde la voz humana se convertía en un arma de resistencia. Fue semanas después de mi llegada a Londres la primera vez que vi una transmisión en vivo: la locutora, con su cabellera perfectamente peinada y su voz firme, pronunciaba las noticias con una precisión que rozaba la perfección. No había margen para errores, cada palabra contaba, cada inflexión de la voz podía marcar la diferencia entre la esperanza y el miedo.

Los pasillos estaban siempre llenos de gente moviéndose de un lado a otro, algunos con un propósito claro, otros con la mirada perdida en papeles llenos de códigos y mensajes. Cada rostro reflejaba una mezcla de cansancio y determinación. A menudo, me cruzaba con compañeros que, después de largas jornadas, se apoyaban contra las paredes tomándose un breve respiro antes de volver a sus escritorios. Los cigarrillos encendidos eran una constante, dejando tras de sí una estela de humo que se mezclaba con el aire viciado del edificio.

Solo había una sala de descanso, pequeña y abarrotada, porque no podíamos descansar todos a la vez; donde el café siempre estaba caliente pero amargo y las conversaciones giraban inevitablemente

en torno a la guerra. Siempre iban en torno a la guerra, pero en aquel cubículo de muebles viejos y sofás amarillentos, las máscaras caían por unos minutos, los chistes negros florecían y las risas nerviosas eran formas de lidiar con la presión. Pero allí también era donde se organizaban planes, donde se discutían estrategias, y donde se compartía información sensible de manera casi casual, como si fuera la cosa más normal del mundo. Londres y los londinenses habían aprendido a convivir con la guerra, con el miedo, con la desolación y con las noticias desfavorables que llegaban desde el otro lado del Canal de la Mancha.

El despacho de Frederick estaba en una de las esquinas más apartadas del edificio, casi oculto entre otros más anodinos. La primera vez que entré me sorprendió lo desordenado que era aquel inglés que parecía tan formal con su traje de raya diplomática. Papeles esparcidos por el escritorio, mapas con anotaciones hechas a mano pegados en las paredes y una pizarra llena de nombres y flechas que parecía un enigma en sí misma.

Frederick estaba siempre allí, detrás de su escritorio, con una mirada que combinaba la astucia de un zorro con el agotamiento de un hombre que no había dormido bien en semanas.

Trabajar en la BBC durante esos años era como estar en el corazón de una maquinaria inmensa y compleja, donde cada engranaje, por pequeño que fuera, tenía un papel crucial. El edificio en sí, con su imponente estructura y su incesante actividad, era un microcosmos de la guerra, un lugar donde la información era tanto un recurso como un arma, y donde cada día traía consigo nuevos desafíos y peligros.

Londres, con sus calles oscuras y sus cielos amenazados por las bombas, era el escenario, pero la BBC era el motor que mantenía a la ciudad y al país en marcha. Y yo, en medio de todo ello, sabía que mi lugar en ese vasto entramado era pequeño, pero no insignificante. Cada día que pasaba en esos pasillos, cada transmisión que ayudaba a preparar era un recordatorio de que, a pesar de la oscuridad que nos rodeaba, había una luz que se mantenía encendida, y que mientras estuviera allí, haría todo lo posible por que permaneciera viva.

Mis compañeros eran una mezcla de personalidades, cada uno con su propia historia, muchos de ellos también refugiados o exiliados, como yo. Había una camaradería forjada en el fuego de la guerra. Nos entendíamos en silencio, compartíamos más que el espacio de trabajo: el peso de lo que estaba en juego. Los que llevaban más tiempo en Londres me contaban cómo era la ciudad antes de la guerra, cómo las luces brillaban en el West End y cómo las calles estaban llenas de vida nocturna. Esas mismas calles estaban oscurecidas y la vida nocturna había sido sustituida por vigilias y turnos de guardia.

Me integré rápidamente allí gracias a Alice, una periodista veterana que, a sus cincuenta años bien entrados, había visto el mundo cambiar de formas que no habría imaginado. Ella fue quien me introdujo en el terreno de la inteligencia británica, aunque en un principio no era consciente de ello.

Alice era astuta y perspicaz, con un talento innato para detectar potencial en los demás. Junto con Frederick, un hombre de aspecto serio y reservado, parecían observarlo todo con una precisión casi quirúrgica.

La primera vez que me reuní con Frederick fue en una de las salas más apartadas del edificio de la BBC. Había algo en su presencia que me puso en guardia al instante, pero también me intrigó. La reunión fue breve, casi casual. Estaba él sentado en su escritorio y Alice tras su espalda, con la mirada perdida y el cigarrillo humeando entre sus dedos índice y corazón. Lo llevaba hacia su boca, de forma sensual, dejando sus labios rojos grabados en la boquilla y la ceniza sobre el cenicero de cristal que su compañero tenía sobre la mesa antes de volver a introducirlo en su boca. Iban arreglados. Ella en un traje de chaqueta con una falda recta que tenía en todos los colores posibles; él en su traje habitual. Hacían un buen tándem.

Aquella mañana de finales de marzo en su despacho, Frederick no perdió el tiempo con rodeos. Me habló de la importancia de la información, de cómo las noticias podían ser usadas como armas tan efectivas como cualquier otra en esta guerra. No sabía bien de qué me hablaba. Yo me limitaba a escucharlo, y solo quería escribir y publicar.

No fue una oferta directa, al menos no en ese momento, pero me dejó claro que estaban interesados en gente como yo, personas que podían moverse entre diferentes mundos, que entendían las sutilezas del engaño y la importancia de la verdad.

Después de esa primera reunión, las cosas comenzaron a cambiar sutilmente. Mis tareas en la BBC siguieron siendo las mismas en apariencia, pero me vi envuelto en conversaciones más frecuentes con Frederick. Comenzó a invitarme a reuniones en lugares fuera de la BBC, cafés discretos en barrios tranquilos de Londres donde los espías y agentes de inteligencia podían mezclarse sin levantar sospechas. En esas reuniones, Frederick me hablaba del trabajo que la inteligencia británica estaba llevando a cabo, de cómo necesitaban hombres como yo para ayudar a la causa.

Yo lo miraba mientras hablaba en aquellos bares donde sonaba de fondo un saxofón entre una decoración granate, mientras el hielo se diluía sutilmente entre mi whisky y su coñac y el agua que iba dejando el deshielo se separaba de la bebida.

No era el típico agente de inteligencia que uno podría imaginar. No había en él la frialdad que uno esperaría, sino una calma calculada, una seguridad en sus palabras que me hacía sentir que, a pesar de todo, lo que estaba haciendo era lo correcto. Me explicó cómo las transmisiones de la BBC eran clave para enviar mensajes codificados a la resistencia en Europa, y cómo mis habilidades lingüísticas y mi conocimiento de los entresijos de París podían ser de gran utilidad.

Lentamente, comencé a notar los cambios en mi trabajo. Los informes que redactaba o traducía ya no eran solo noticias; se habían convertido en piezas de un rompecabezas más grande que solo unos pocos podían ver en su totalidad. Me encontré trabajando más de cerca con Frederick, ayudándolo a descifrar mensajes, a redactar informes que se convertirían en emisiones que llevarían esperanza y guía a aquellos que resistían en la clandestinidad.

Sin embargo, este nuevo rol no estaba exento de riesgos. Londres era un lugar peligroso y, a medida que la guerra avanzaba, también lo hacía la intensidad de los ataques. El Blitz no había terminado del todo y cada noche me preguntaba si la próxima bomba caería sobre la BBC, destruyendo todo lo que habíamos construido. Pero el miedo

era un lujo que no podíamos permitirnos. Todos en la BBC éramos conscientes de que estábamos en la primera línea de una guerra de información, y la moral era una moneda tan valiosa como el acero o la pólvora.

Los encuentros con Frederick se hicieron más frecuentes, y también más personales. Me hablaba de su familia, de cómo había dejado atrás a su esposa e hijos en un pequeño pueblo costero para venir a Londres y hacer su parte en la guerra. En esas conversaciones, compartíamos algo más que información; compartíamos nuestra humanidad, nuestro deseo de ver el final de este conflicto. Me di cuenta de que, aunque yo había asumido una nueva identidad, seguía siendo Pablo en mi esencia, y ese Pablo quería hacer todo lo posible por ayudar a poner fin a la barbarie. Dudé varias veces de que se llamara Frederick, al igual que yo mentía cuando decía que me llamaba Albert. También supuse que Alice no era Alice y que era todo una gran mentira en aquel intento de ganar la guerra y que, si la perdíamos, volveríamos a cambiar de pieles como reptiles.

Mientras tanto, la ciudad seguía adelante con su vida, a pesar de la guerra. Londres se había convertido en un mosaico de realidades contrastantes: por un lado, el sufrimiento y la destrucción; por el otro, la resiliencia y la determinación. A menudo, caminaba por las calles después de una larga jornada en la BBC, observando cómo la gente intentaba mantener una apariencia de normalidad. Los mercados seguían funcionando, aunque con menos productos; los *pubs* estaban llenos, aunque las conversaciones giraban en torno a la guerra y las pérdidas que todos habían sufrido.

Mis compañeros en la BBC eran una fuente constante de apoyo. Había creado lazos con personas como Thomas, un corresponsal británico que había visto más de lo que cualquiera debería ver en una vida. Era un hombre de pocas palabras, pero su presencia era reconfortante. En nuestras pausas, a veces hablábamos de lo que habíamos dejado atrás, de las ciudades que ya no existían como las conocíamos, y de las personas que habíamos perdido. Compartíamos un entendimiento silencioso de lo que significaba luchar desde lejos, sabiendo que cada palabra que transmitíamos tenía el poder de

cambiar el curso de la guerra.

Luego estaba Mary, una joven locutora que se había unido a la BBC poco antes de que comenzara la guerra. Mary era un torbellino de energía y optimismo, una luz en medio de la oscuridad. Ella fue la primera locutora que vi en directo a mi llegada a Londres. Su voz era una de las más reconocibles en las transmisiones y sabía cómo llegar al corazón de los oyentes, cómo infundir esperanza incluso en los momentos más oscuros. A menudo, después de una transmisión particularmente difícil, Mary se quedaba conmigo en la redacción, repasando los informes y compartiendo historias sobre su infancia en el campo, lejos del ruido y el caos de Londres. Sus historias me recordaban que, incluso en tiempos de guerra, había belleza y bondad en el mundo.

Fue a través de estas relaciones que fui entendiendo más sobre mi lugar en esta guerra, sobre el papel que podía desempeñar. Mi trabajo con Frederick me llevó a involucrarme en operaciones más delicadas, donde la información que manejábamos era de vital importancia para las fuerzas aliadas. Hubo noches en las que no dormía, tratando de descifrar un mensaje codificado que podría significar la diferencia entre la vida y la muerte para alguien al otro lado del Canal de la Mancha. La presión era inmensa, pero también lo era la satisfacción de saber que estaba haciendo algo significativo.

Una noche, después de una reunión particularmente tensa con Frederick, me di cuenta de que ya no era solo un exiliado español en Londres. Era parte de algo más grande, un engranaje en la máquina que estaba trabajando para derrotar a los nazis. La identidad de Albert Meier había dejado de ser una simple fachada; se había convertido en parte de mí, en una herramienta que podía usar para luchar por la libertad, por la justicia.

Diría que aquel era un lugar donde la vida y la muerte caminaban de la mano. Pero también era un lugar donde las personas, a pesar de todo, seguían luchando por lo que creían, donde la esperanza y la determinación brillaban incluso en los momentos más oscuros. Y yo me había convertido en uno de ellos, en alguien dispuesto a hacer lo que fuera necesario para asegurar un futuro mejor, no solo para mí, sino para todos aquellos que habían perdido tanto en esta guerra.

Las calles de Londres se convertían en un reflejo de esa dualidad que definía la vida durante la guerra. Mientras caminaba de regreso a mi pequeña habitación en Bloomsbury, las luces apagadas de la ciudad me recordaban que la oscuridad era tan tangible como la amenaza de los bombardeos. Pero también había algo en esa misma oscuridad que me llenaba de una extraña calma, como si cada paso que daba fuera un pequeño acto de resistencia contra la desesperación que la guerra intentaba imponer sobre todos nosotros.

La dueña de la pensión, la señora Carrington, era una mujer mayor, de pelo grisáceo y una mirada astuta que parecía atravesar cualquier fachada que uno intentara levantar. Desde el primer día que llegué a la pensión, situada en una calle estrecha y discreta en el barrio de Bloomsbury, la señora Carrington había demostrado ser una anfitriona atenta, aunque siempre con un toque de curiosidad que nunca lograba disimular del todo.

—Buenas noches, señor Meier —me saludaba cada vez que cruzaba el umbral de la puerta, con ese tono cálido pero lleno de expectativas y con su inglés cerrado que tanto me había costado entender.

Sus ojos, pequeños y brillantes, escudriñaban cada uno de mis movimientos mientras me quitaba el abrigo mojado por la llovizna constante de Londres y lo colgaba en el perchero barroco de la entrada. De hecho, toda la casa tenía un aire barroco: un olor a naftalina lo impregnaba todo, mezclado a la perfección con el *horror vacui* de los papeles pintados de las paredes, los cuadros y las cortinas de terciopelo, los sofás y sillones de *toile de jouy*, los muebles antiguos y la vajilla china de importación pintada a mano.

—¿Alguna novedad interesante hoy en la BBC?

Yo sonreía mientras me sentaba frente a mi plato vacío sobre la mesa, pero era una sonrisa contenida, casi automática.

—Nada de importancia, señora Carrington —respondía con la misma fórmula de siempre—. Solo el trabajo habitual, ya sabe.

—Ah, claro, claro —decía ella, pero no se apartaba, como si esperara que en algún momento mi lengua se soltara y le ofreciera un detalle jugoso, algo que pudiera compartir con sus amigas

durante el té de la tarde—. Debe de ser difícil, trabajando allí en medio de toda esa confusión. Siempre me pregunto cómo logran mantenerse al día con todo lo que sucede en el mundo.

Asentía sin comprometerme, consciente de que cualquier exceso de confianza podría ser peligroso. Frederick había sido muy claro: «No te fíes de nadie, Albert. Los alemanes tienen ojos y oídos en todas partes, incluso aquí en Londres». Aquellas palabras resonaban en mi mente cada vez que la señora Carrington me interrogaba con su aire de falsa inocencia.

—Es cierto, hay mucho que cubrir, pero, por suerte, tenemos un buen equipo.

Había algo en su tono, en su insistencia amable, que me hacía sospechar. No era que creyese que la señora Carrington trabajara para los alemanes, pero, en esos tiempos oscuros, cualquier exceso de confianza podía ser letal. Sabía que debía ser cauteloso, mantener las distancias.

Ella sonreía entonces, pero sus ojos no perdían ese brillo curioso justo antes de marcharse y desearme que pasara una buena noche.

Subía a mi habitación con la sensación de haber sorteado otra pequeña trampa, una prueba de mi capacidad para conservar mi fachada intacta. Me sentaba en el borde de la cama, en el silencio de la habitación que contrastaba con el ruido constante de la ciudad allá afuera. La guerra había enseñado a todos a desconfiar, a ser prudentes. Pero, para mí, esa desconfianza era una cuestión de supervivencia. Cualquier desliz, cualquier palabra de más, podría llevarme directo a las manos del enemigo. Y, aunque la señora Carrington parecía inofensiva, yo no podía permitirme el lujo de bajar la guardia.



Las reuniones con Frederick se volvieron casi cotidianas. Cada vez que nos encontrábamos, me daba cuenta de cómo Londres, y mi lugar en ella, seguían transformándose. Frederick había comenzado a confiarme tareas más específicas, pequeños trabajos que iban más allá de la traducción y la redacción de informes. Me introdujo en un

círculo más íntimo de agentes, personas que operaban entre las sombras, recolectando y transmitiendo información vital para el esfuerzo bélico.

Fue en una de esas reuniones, en un pequeño *pub* escondido en un callejón de Soho, donde Frederick me habló de una misión que cambiaría el rumbo de mi vida. Me esperaba en una esquina, lejos de las miradas indiscretas, con su gabardina gris protegiéndolo de la llovizna persistente que caía sobre Londres. Cuando llegué, me hizo una señal para que lo siguiera al interior del local. El ambiente allí dentro era cálido, con el ruido suave de las conversaciones y el olor a tabaco mezclado con el de la cerveza. Nos sentamos a una mesa en la esquina, lejos de la barra y de los pocos clientes que estaban allí a esa hora.

—Albert —comenzó, bajando la voz—, hay algo de lo que necesito hablarte. Es una operación delicada, y no puedo confiar en muchos para llevarla a cabo.

Frederick sacó un sobre de su abrigo, lo deslizó por la mesa hacia mí y esperó a que lo abriera. Dentro, encontré documentos que detallaban una operación para infiltrar a un espía alemán en las filas de la Resistencia francesa. Mi papel, como me explicó Frederick, sería asegurar que la información que el espía obtuviera estuviera cuidadosamente manipulada para desinformar a los nazis. La operación requeriría precisión y, sobre todo, un conocimiento íntimo de París y de las redes que aún operaban en la ciudad.

Mientras Frederick hablaba, no pude evitar sentir una mezcla de temor y emoción. Esta misión significaba un riesgo enorme, no solo para mí, sino para aquellos que aún estaban en París, luchando desde dentro. Pero también significaba una oportunidad para marcar una verdadera diferencia en el curso de la guerra. Era una responsabilidad que no podía tomar a la ligera, pero sabía que debía aceptarla.

Aquello no me interesaba lo más mínimo, pero yo quería parar la guerra. Para dejar de escribir cada noche en mi habitación a la nada. Para tratar de volver a ver a Hugo.

—Lo haré —le dije finalmente, sintiendo el peso de mis palabras mientras las pronunciaba. Frederick asintió, sabiendo que

comprendía la gravedad de lo que me estaba pidiendo.

A medida que los días pasaban, me vi más involucrado en la planificación de la operación. Cada detalle era analizado minuciosamente; cada posible error, anticipado y corregido. La BBC seguía siendo mi fachada, el lugar donde cumplía con mi trabajo diario, pero ahora mi mente estaba dividida entre las transmisiones y la operación que se gestaba en las sombras. Mi relación con Alice también cambió, se volvió más silenciosa, cargada de miradas que decían más de lo que las palabras podían expresar. Sabía que ella entendía el riesgo que estaba tomando y, aunque nunca lo discutimos abiertamente, su apoyo era palpable en cada gesto, en cada conversación.

Las noches en Londres eran las más difíciles. El pasado me pisaba y el futuro me ahogaba.

A veces, me encontraba caminando por mi habitación, mirando por la ventana hacia las calles vacías, intentando hallar algún consuelo en la oscuridad. La soledad era abrumadora en esos momentos y, aunque sabía que estaba haciendo algo importante, no podía evitar sentir el peso de la responsabilidad aplastándome.

Finalmente, llegó el día en que la operación debía ponerse en marcha. Frederick y yo nos encontramos una última vez antes de que todo comenzara. Nos vimos en un pequeño parque, donde los árboles desnudos y el césped cubierto de escarcha creaban un paisaje casi fantasmal. No intercambiamos muchas palabras; todo lo necesario ya se había dicho. Frederick me dio una última instrucción, una clave que usaría para comunicarme si las cosas salían mal y que debía de darme lejos de las oficinas para que, si sucedía algo, no cayéramos todos.

—Buena suerte, Albert —fueron sus últimas palabras antes de que se marchara, envuelto en su abrigo, y me dejara solo en ese parque desierto.

Mientras lo veía alejarse, supe que no habría vuelta atrás. Londres, con su caos y belleza, con sus luces apagadas y la resistencia de su gente, había dejado una marca indeleble en mí. Sabía que, pasara lo que pasase, mi vida aquí había cambiado para siempre.

La operación comenzó como estaba planeado, pero no tardé en

darme cuenta de que los riesgos eran aún mayores de lo que había imaginado. Cada día, me adentraba más en el mundo de la inteligencia, donde la información era el arma más letal. Las reuniones secretas se hicieron más frecuentes y mi papel se amplió, involucrándome directamente en la recolección de información y en el contacto con agentes en París.

El proceso se puso en marcha con una precisión casi militar. Cada paso había sido planeado hasta el último detalle, pero, una vez que las ruedas empezaron a girar, perdí toda sensación de control. El espía alemán al que debíamos manipular había sido cuidadosamente infiltrado en la Resistencia francesa. Mi tarea era asegurarme de que la información que él obtenía estuviera calibrada de tal manera que llevara a los nazis a tomar decisiones erróneas.

Durante semanas, Londres fue un torbellino de actividad para mí. La BBC seguía siendo mi fachada, pero, en cada momento libre, en cada pausa entre transmisiones, estaba en contacto con Frederick o con otros agentes. Recibía y enviaba mensajes codificados en la oficina entre noticias banales que no afectarían al futuro del mundo, me reunía en rincones oscuros de la ciudad y cada vez más me adentraba en un mundo que me resultaba tan lejano a la normalidad que casi olvidaba lo que era.

Las noches se volvían cada vez más largas. Apenas dormía y, cuando lo hacía, las pesadillas me acechaban. Soñaba con París, con Hugo, con las calles que conocía tan bien, ahora teñidas de sombras y peligros. La responsabilidad que cargaba en mis hombros no me daba tregua y, en cada reunión con Frederick, sentía que una parte de mí se deslizaba más profundamente hacia esa oscuridad. No había descanso porque siempre podía haber una novedad a la mañana siguiente que lo cambiara todo.

El espía alemán había transmitido la información que necesitábamos que llegara a sus superiores, y ahora todo dependía de cómo reaccionaran los nazis. Las semanas previas habían sido un juego de ajedrez, moviendo piezas, anticipando respuestas, y ahora era el momento de ver si el tablero estaba a nuestro favor.

Recuerdo claramente ese día. Londres estaba sumida en un clima gélido y el viento cortaba como cuchillas al atravesar las calles

desiertas. Caminé hacia el punto de encuentro con Frederick, sintiendo cada paso como un peso en mi pecho. Nos reunimos en un almacén abandonado en el East End, un lugar que solo habíamos utilizado para las reuniones más delicadas.

Frederick estaba allí, esperándome, junto a Alice. Su rostro, normalmente tan sereno, mostraba una tensión que no había visto antes. Sabía que algo no iba bien. Cuando me acerqué, su mirada me heló la sangre.

—Albert, ha habido un problema —dijo, su voz baja y tensa.

Me explicó que, a pesar de nuestros esfuerzos, algo había salido mal. Los nazis habían recibido la información, pero, en lugar de actuar según lo previsto, habían hecho algo completamente inesperado. Habían utilizado la información para llevar a cabo una redada masiva en la Resistencia, capturando a varios de nuestros mejores agentes en París. Entre ellos, algunos de los contactos que yo había ayudado a reclutar.

La realidad de la situación me golpeó como un puño en el estómago. Todo por lo que habíamos trabajado, todo el riesgo, había terminado en desastre. Frederick me miró con una mezcla de compasión y urgencia.

—Debemos actuar rápido —me dijo Alice—. Hay una posibilidad de salvar a algunos de ellos, sacarlos de París antes de que se los lleven, pero será extremadamente arriesgado. Hay que intentarlo desde aquí.

Sabía lo que significaba. Si fallábamos, no solo correrían el peor de los destinos, sino que también se desvanecería cualquier esperanza de continuar nuestra operación. Pero, si no actuábamos, estaba seguro de que no podría vivir conmigo mismo, sabiendo que no había hecho todo lo posible para corregir el error.

Lo que siguió fueron días de una tensión insoportable, de decisiones apresuradas, de mensajes desesperados enviados a través de canales que sabíamos que podrían estar comprometidos. La operación se transformó en un intento frenético de salvar lo que quedaba.

Londres, durante esos días, parecía desmoronarse a mi alrededor. Cada vez que entraba en la BBC sentía que el edificio me aplastaba,

como si las paredes mismas supieran el peso de lo que estaba ocurriendo.

Finalmente, después de lo que parecieron años, pero que solo fueron unos pocos días, recibí la noticia. Algunos de nuestros contactos habían logrado escapar, pero otros no habían tenido tanta suerte. Los nazis, al parecer, no habían recibido la información completa sobre nuestros movimientos. Habían logrado frenar el golpe, pero no evitarlo del todo. La operación, tal como la habíamos planeado, había fracasado.

Me encontré de pie, solo, en una calle empapada por la lluvia cuyo nombre todavía desconocía, sintiendo una mezcla de alivio y desesperación. Lo que habíamos intentado hacer, lo que habíamos sacrificado, había sido en vano. Londres seguía con su guerra, con su lucha diaria, pero, para mí, algo se había roto. Sabía que, aunque seguiría adelante, algo en mí nunca volvería a ser lo mismo.

Frederick y yo nos reunimos una última vez. Me agradeció por mis esfuerzos, pero ambos sabíamos que el fracaso nos perseguiría. Me dijo que debía descansar, que había hecho más de lo que cualquier hombre podría haber soportado. Le agradecí sus palabras, pero sabía que nunca me las creería del todo.

Volví a la pensión de la señora Carrington, donde me recibió con su habitual sonrisa curiosa. Le di las respuestas de siempre, las evasivas cuidadosas que había aprendido a manejar tan bien. Luego subí a mi habitación, cerré la puerta y me dejé caer en la cama.

Londres, con su caos y su belleza, había sido mi hogar durante este tiempo, pero ahora la sentía extrañamente vacía. Me di cuenta de que la guerra, la verdadera guerra, no tenía lugar solo en las calles, sino también en los corazones de quienes luchaban en ella. Y, mientras escuchaba el sonido lejano de las bombas, supe que, aunque seguiría adelante, nunca podría escapar del peso de lo que había sucedido.

Después de recibir la devastadora noticia de que la operación había fracasado en gran parte, mi mente era un torbellino constante. El peso de la culpa me aplastaba, pero también sabía que no podía rendirme. Había personas que todavía dependían de nosotros y, entre ellas, una destacaba: Loreine.

Loreine, con su valentía y su red de contactos en París, había sido uno de nuestros activos más valiosos. Había arriesgado su vida una y otra vez para proporcionar información crucial a los aliados y ahora estaba en grave peligro. Los nazis, al darse cuenta de que habían sido manipulados, redoblaron sus esfuerzos para desmantelar la Resistencia, y Loreine era uno de sus principales objetivos. Si la encontraban, no habría piedad. La tortura y la muerte eran casi una certeza. O peor. La internarían en un campo hasta que muriera. La nueva misión era clara: sacarla de París antes de que la encontraran.

Todo comenzó con una reunión urgente en un pequeño despacho improvisado dentro de la BBC, donde Frederick y yo revisamos los últimos informes. Los nazis habían cerrado varios puntos de la ciudad, llevando a cabo redadas nocturnas y utilizando todo tipo de tácticas para capturar a los miembros de la Resistencia. La situación era desesperada.

—Tenemos que sacarla ahora si quieres ayudarla —dijo Frederick con voz grave, mirándome a los ojos—. París no es seguro para ella.

El plan para sacarla de París tenía que ser audaz. Loreine había adoptado múltiples identidades durante la guerra, pero esta vez necesitaba una completamente nueva. Si los nazis tenían la más mínima sospecha, le darían caza hasta los confines. La misión requería la cooperación de varios agentes infiltrados, recursos limitados y, sobre todo, rapidez.

Frederick se encargó de coordinar la extracción con los contactos en París, mientras yo trabajaba en Londres para preparar su llegada y la construcción de su nueva identidad. Recurrimos a todo lo que teníamos: documentos falsificados, una nueva historia de vida y un plan detallado para moverla por la ciudad sin ser detectada. Todo debía ser perfecto.

La operación comenzó una noche fría, en un París oscurecido por los apagones y la amenaza constante de las patrullas nazis. Loreine, que había vivido en las sombras durante tanto tiempo, estaba preparada para lo peor. Sabía que no había margen de error. Vestida con ropas simples y desgastadas, con el cabello cubierto por un pañuelo, se dirigió al punto de encuentro. Todo estaba coordinado al milímetro: el coche que la recogería, el paso por los controles y la

llegada a una casa segura en las afueras de la ciudad donde la esperarían los documentos falsos.

Mientras todo esto ocurría, yo permanecía en Londres, pegado al aparato de radio, esperando noticias. Las horas pasaban lentas, cada minuto una agonía. Finalmente, el mensaje llegó: Loreine estaba fuera de París. La primera parte del plan había funcionado.

Pero el peligro no había terminado. Todavía tenía que cruzar la frontera y llegar a un puerto seguro donde un barco aliado la recogería para llevarla a Londres. Las rutas de escape estaban llenas de trampas y el riesgo de ser interceptada era altísimo. Pasaron dos días antes de que recibiéramos la confirmación de que había cruzado la frontera hacia la España gobernada por los franquistas, un punto donde las cosas se complicaban aún más.

Allí, agentes de la Resistencia española que aún mantenían contactos subterráneos con los aliados tomaron el relevo. Bajo la identidad de una viuda francesa que regresaba a España para vivir con su familia, Loreine se movía con cautela, sin llamar la atención. El viaje era agotador y, en cualquier momento, todo podría desmoronarse.

Finalmente, después de lo que parecieron semanas de interminable espera, la radio transmitió las palabras que tanto habíamos esperado: «El ruiseñor está volando». Loreine estaba a salvo en un barco aliado, un pescador que había querido ayudarla a cambio de una cantidad considerable de dinero cuando llegara a tierras inglesas.

Cuando llegó a un puerto del sur de la isla, lo hizo bajo su nueva identidad como Marie Dubois, una mujer francesa que había perdido todo en la guerra. Conduje durante horas para recibirla. Fui el primero en hacerlo. Nos encontramos allí mismo y, cuando la vi, apenas la reconocí: más delgada, con el rostro marcado por las semanas de tensión, pero sus ojos seguían siendo los mismos, llenos de determinación y una chispa de esperanza.

—Albert —me dijo, usando mi pseudónimo en un susurro—, pensé que no lo lograríamos.

—Pero lo hiciste —le respondí, sintiendo una oleada de alivio al verla a salvo—. Ahora estás en Londres, y aquí estaremos para

protegerte. Como hiciste conmigo, amiga mía.

Loreine asintió, pero ambos sabíamos que el peligro no había desaparecido por completo. Los nazis tenían redes de espías en todas partes, incluso en Londres. Su nueva identidad era su escudo, pero tenía que ser extremadamente cuidadosa. Frederick me había advertido sobre la necesidad de mantener el más absoluto secreto en torno a su presencia. Incluso en la BBC, donde los rumores corrían rápido, debía permanecer invisible.

La casera de la pensión donde me hospedaba, la señora Carrington, se mostró intrigada cuando le comenté que recibiría a una prima lejana que venía de Francia. Era una mujer mayor, con la costumbre de hacer preguntas entrometidas sobre la vida de sus inquilinos, pero, en ese momento, la simple idea de tener compañía le pareció suficiente.

—¿Cómo es que tiene usted familia en Francia, señor Meier? —me preguntó con su habitual tono inquisitivo mientras me servía una taza de té en la pequeña sala de estar.

—Es una historia larga, señora Carrington —respondí, esforzándome por mantener la voz tranquila—. Marie es una prima lejana que lo ha perdido todo en la guerra. No tiene a dónde ir, así que la he traído aquí. Le ha costado mucho llegar. Debió de cruzar a España, tan revuelta como está, y allí un barco la trajo aquí, desde San Sebastián. Imagínese lo conmocionada que está.

La señora Carrington asintió lentamente, aunque sus ojos pequeños y astutos seguían fijos en los míos, buscando alguna fisura en mi relato.

—Es un buen gesto, señor. Pero ya sabe, estos tiempos son difíciles… no todos son lo que parecen.

—Marie es de confianza, se lo aseguro.

Ella me observó por un largo momento antes de dedicarme una sonrisa un tanto forzada. Siempre me ponía nervioso, pero tenía que recordar que, en estos tiempos, la desconfianza era necesaria. Cuando se retiró, supe que debía ser aún más cauteloso. No podía permitirme ningún error.

La casa donde nos refugiábamos no era lujosa, pero tenía algo que ni Loreine ni yo habíamos experimentado en mucho tiempo: el

reflejo de una tranquilidad casi ilusoria por la guerra que había fuera, y todas aquellas preguntas de nuestra casera, que quizá fueran meras intromisiones en vidas ajenas.

Subí las escaleras de madera que crujían con cada paso, el sonido acompañado del latido acelerado de mi corazón. Me detuve frente a la puerta de su habitación y toqué suavemente. Escuché un movimiento al otro lado y, después de unos instantes, la puerta se abrió. Loreine apareció envuelta en un camisón blanco, simple pero elegante, propio. El borde del camisón rozaba sus pantorrillas, y la tela, aunque desgastada, tenía detalles de encaje en las mangas y el cuello que sugerían una vida pasada.

La mirada de Loreine me golpeó más que su apariencia. Sus ojos, aunque aún brillaban con esa inteligencia que la había mantenido viva, estaban hundidos en su rostro. Su piel, antes luminosa, ahora tenía un tono grisáceo, y las líneas de preocupación se habían acentuado, marcando su delgadez. Parecía haber adelgazado aún más desde que la había dejado en París, como si el viaje y las semanas de incertidumbre hubieran consumido la poca energía que le quedaba.

—Pablo, pasa —dijo, con una voz suave pero cargada de una fatiga que parecía haber echado raíces en su alma.

Entré en la habitación y cerré la puerta tras de mí. El pequeño espacio estaba tenuemente iluminado por una lámpara en la mesilla de noche. El ambiente olía a jabón barato y a humedad, pero también a algo más reconfortante: a seguridad, a la sensación de estar, por fin, en un lugar donde no tenía que temer por su vida cada segundo.

Me acerqué a la pequeña mesa donde Loreine había extendido varios papeles y fotografías. Mientras lo hacía, ella me miraba con una mezcla de preocupación y algo que no podía identificar. No sabía si era miedo, compasión, o simplemente agotamiento.

—Quiero enseñarte algo —dijo de repente, rompiendo el incómodo silencio que se había formado entre nosotros.

Tomó una de las fotografías que estaba sobre la mesa y me la tendió. Sus manos temblaban ligeramente.

La agarré y sentí cómo mi pulso se iba acelerando rápidamente.

Cuando miré la imagen, el aire pareció congelarse a mi alrededor. Era una fotografía en blanco y negro, granulada y desoladora, que mostraba a un grupo de prisioneros en un campo de concentración. Estaban todos alineados, mirando hacia la cámara con expresiones vacías, rostros que habían sido privados de toda esperanza.

Pero entre ellos, uno destacaba. No por su posición, ni por su ropa —el pijama de rayas que todos llevaban—, sino por algo más, algo que reconocí al instante. Mi corazón se detuvo y una sensación de náusea me golpeó con fuerza.

Hugo.

Estaba rapado, con el cráneo completamente al descubierto, su piel pálida como el papel. Sus ojos, esos ojos que solían iluminarse de alegría cada vez que hablábamos, ahora eran pozos vacíos, hundidos en su rostro demacrado. A pesar de todo, era inconfundible. Su rostro había cambiado tanto, pero no lo suficiente para que dejara de reconocerlo. Era él. Hugo.

Mis manos temblaban al sostener la fotografía y la desesperación se apoderó de mí como un animal salvaje. Me sentía impotente, atrapado en una realidad que no podía cambiar, en un destino cruel que parecía decidido a arrebatármelo todo.

—Está vivo —dijo Loreine, su voz tranquila pero firme. Se acercó a mí y puso una mano en mi hombro—. Pablo, mírame.

Levanté la vista, con los ojos empañados de lágrimas. Ella me miraba con una intensidad que no había visto antes. Había dolor en su mirada, pero también algo más, algo que me obligó a escuchar.

—Está vivo —repitió, y sus palabras penetraron la neblina de mi mente—. Mientras esté vivo, hay esperanza. Es un motivo para seguir. Para luchar.

Intenté hablar, pero mi voz se quebró, y lo único que salió de mi boca fue un sollozo desgarrador. Loreine me abrazó, sosteniéndome mientras las lágrimas caían libremente. Era un abrazo fuerte, cálido, lleno de la determinación de alguien que había pasado por lo peor y seguía en pie.

—No podemos rendirnos, Pablo —me susurró, sin soltarme—. No mientras él siga respirando.

Sus palabras comenzaron a calar hondo, como un bálsamo sobre

una herida abierta. Sentía que mi desesperación empezaba a ceder, reemplazada por una nueva resolución. Hugo estaba vivo. Ese pensamiento, simple y devastador, se convirtió en un ancla en medio de la tormenta.

—Lo encontraremos —dije finalmente, con la voz aún rota pero con una chispa de esperanza—. No importa cuánto tiempo me lleve, lo encontraré.

Loreine asintió, soltándome lentamente y dándome una pequeña sonrisa, triste pero llena de fuerza.

—Lo haremos, Pablo. Y cuenta con que te voy a ayudar con ello.

Nos quedamos en silencio por un momento, ambos absorbidos por la magnitud de lo que significaba esa foto. Hugo estaba vivo, y eso era más de lo que había esperado. Aún quedaba esperanza, y eso, en tiempos como estos, era más valioso que cualquier otra cosa.

Mientras me secaba las lágrimas, la realidad de nuestra situación volvía a aplastarme. Miré a Loreine, quien seguía de pie junto a mí, intentando brindarme consuelo. Había algo más que debía decir, algo que llevaba tiempo atormentándome, pero que no había tenido el valor de mencionar hasta ese momento.

—Loreine —comencé, con la voz temblorosa—, digo… Marie, lo siento. Lo siento tanto. Debería haber hecho más. Debería haber encontrado una forma de traer a tus padres y a tu hijo contigo a Londres. No debí haberlos dejado solos en el sur. Es tan complicado traer a uno que cuatro me parecía imposible.

El silencio que siguió fue como un abismo entre nosotros. Vi cómo su expresión cambiaba, una mezcla de dolor y resignación cruzando su rostro. Sus ojos se volvieron más oscuros, como si recordara algo que preferiría olvidar.

—Pablo… —dijo finalmente, su voz apenas un susurro—, no podías hacer nada. No lo sabías, y yo tampoco.

Bajé la mirada, sintiéndome inútil, pero ella continuó.

—Ellos… —Loreine hizo una pausa, como si necesitara reunir fuerzas para lo que iba a decir—. Están muertos. Todos. Mis padres y mi pequeño Louis. Un camarada me lo contó… Los nazis los encontraron cuando yo estaba escondida tras caer parte de la Resistencia. No les dieron ninguna oportunidad.

Sus palabras me golpearon como una bofetada y me dejaron sin aliento. No supe qué decir. La culpa se convirtió en un peso insoportable y, aunque sabía que ella tenía razón, que no había nada que pudiera haber hecho, no podía evitar sentirme responsable.

—Lo siento… —repetí con un hilo de voz.

Loreine negó con la cabeza, acercándose para tomar mis manos entre las suyas.

—Pablo—dijo con firmeza—, no podías salvarlos. No podías salvarme a mí tampoco, pero aquí estoy. Estoy viva gracias a ti. Y ahora tenemos que seguir adelante. Por ellos, por los que ya no están. Y por Hugo.

Me forcé a mirarla, a ver la determinación en sus ojos, y supe que tenía razón. Pero el dolor seguía allí, profundo y constante, un recordatorio de todo lo que habíamos perdido.

Loreine, percibiendo que el peso de la conversación era demasiado, cambió de tema de forma sutil, con una pequeña sonrisa en los labios.

—Además —dijo, mientras pasaba una mano por su cabello corto —, creo que al menos puedo agradecerle a la guerra por mi nuevo *look*. ¿Qué opinas? Rubia y con un corte a lo *garçon*… Apuesto a que ni siquiera me reconociste al principio.

No pude evitar sonreír ante su intento de aligerar el ambiente. Era cierto que el cambio en su apariencia era drástico. Su cabello, antes largo y oscuro, ahora estaba cortado a lo *garçon*, apenas a la altura de sus orejas, y teñido de un rubio casi platino. Era un cambio radical, pero también una medida necesaria para despistar a los nazis.

—Es cierto, no te reconocí —admití, sintiendo cómo la tensión se alivianaba un poco—. Debo decir que te sienta bien.

Ella soltó una pequeña risa, una risa que, aunque breve, tenía un atisbo de la mujer que había sido antes de que la guerra la quebrara.

—Ese es el plan, ¿no? —dijo, guiñándome un ojo.

Asentí, notando cómo una nueva chispa de esperanza comenzaba a encenderse en mi interior. Loreine, a pesar de todo lo que había perdido, seguía luchando, continuaba encontrando formas de seguir

adelante. Y, si ella podía hacerlo, entonces tal vez yo también pudiera.

Nos quedamos en silencio, disfrutando de ese pequeño momento de ligereza en medio de la oscuridad que nos rodeaba. Era un respiro necesario, una pausa en la tormenta, y supe que, aunque el camino por delante sería difícil, al menos no lo recorrería solo.

Las semanas siguientes fueron tensas. Frederick y yo aún trabajábamos en operaciones críticas, pero mi prioridad era asegurarme de que Loreine se estableciera en su nueva vida sin levantar sospechas. Le conseguí un trabajo menor en una oficina que ayudaba a los refugiados, un puesto discreto que no llamaba la atención pero que le daba una razón válida para estar en Londres.

Mientras Londres se tambaleaba bajo el peso de la guerra, yo caminaba cada día con la sensación de que la ciudad misma nos protegía. Nos ocultaba en sus sombras, nos daba refugio entre sus calles oscuras y nos permitía luchar otro día más. Y, aunque el peligro no había desaparecido, sabíamos que, mientras estuviéramos juntos, seguiríamos resistiendo.

El ambiente en la BBC se volvió cada vez más tenso a medida que la guerra se intensificaba. Las noticias eran cada vez más sombrías y la presión sobre todos nosotros aumentaba. Los informes que llegaban desde el frente eran desalentadores y la sensación de que el final de la guerra estaba aún muy lejos comenzaba a afectar a todos. A pesar de esto, seguíamos adelante, sabiendo que nuestra labor era crucial para mantener el espíritu de lucha.

En las calles, el clima se volvía más frío y la escasez de alimentos y combustible hacía que la vida cotidiana fuera aún más difícil. Sin embargo, los londinenses mostraban una resistencia admirable.

Todas las mañanas, pasaba por delante de un grupo de niños que jugaban en un parque bombardeado en cuyas ruinas se oía el eco de sus risas. Era un sonido que contrastaba con la destrucción que los rodeaba. Un recordatorio de que, a pesar de todo y por mucho que se empeñaran, la vida seguía.

La lluvia que caía sobre Londres esa tarde me hizo pensar en París. Aunque había pasado ya más de un año desde que había cruzado el Canal con una identidad prestada, todavía sentía a la ciudad de la luz dentro de mí. Cada rincón húmedo y cada cielo gris de Londres me traían recuerdos de las calles empedradas y las luces apagadas de mi antiguo hogar. Pero París ya no era un lugar al que pudiera regresar, y Londres, con todo su caos y su pulso de guerra, se había convertido en mi nuevo escenario.

Desde mi ventana en la pensión, observaba cómo las gotas se deslizaban por el cristal, dejando surcos irregulares que distorsionaban la vista de la calle.

Loreine se estaba adaptando a la ciudad. No había sido fácil para ella, pero se notaba su esfuerzo por integrarse. Londres la acogía con su bullicio, pero ella, con su nueva apariencia y su semblante, que se mantenía siempre alerta, estaba en un constante estado de vigilancia. Era como si nunca pudiera relajarse del todo, como si siempre esperara que alguien, en cualquier momento, le fuese a decir algo que la devolviera al infierno del que había escapado.

Había encontrado su lugar en la ciudad, trabajando con refugiados que llegaban de todas partes de Europa. Su cometido era agotador, pero le daba un propósito. Era un eslabón más en nuestra cadena, lejos de la comunicación, pero cerca, muy cerca de la guerra en su aspecto más cruel: los que la vivían en su propia piel, próximos a las trincheras, y los que lograban escapar de ellas, de los pueblos arrasados, de los campos sobre los que cada vez sabíamos más.

Pasaba las mañanas y las tardes en centros de acogida, ayudando a las familias a encontrar alojamiento, a conseguir los documentos necesarios para empezar de nuevo en un lugar que, para muchos, era tan extraño y hostil como lo había sido para ella al principio.

También ayudaba a los londinenses y a cualquiera que se prestara a ello. La guerra les había quitado todo a muchas familias. A ella, por ejemplo, le había quitado a su familia y, a pesar de seguir adelante, la había cambiado. No era la misma. Sería porque bajo su nuevo nombre e identidad ya no cabía esa mujer planificadora, intuitiva y fría que fue, solo la que quería una paz ansiada con una tranquilidad más que debida.

La cabeza se le iba siempre al sur de Francia, al pasado, pero sabía volver ella sola en sí. A mí me había pasado lo mismo, pero hacía tanto tiempo que ya ni lo recordaba diariamente. Mi familia había pasado a ser un recuerdo agridulce pero no perenne como el de Hugo. La pena de haberme ido se mezclaba con los buenos momentos que habíamos vivido. Es lo que hace la mente humana para sobrevivir. Archivar. Guardar. Empapelar por si algún día hay que pintar encima y olvidar para seguir sobreviviendo.

Sobrevivir. Qué buen prefijo para anteceder aquello que estábamos dejando de lado entre tanta guerra: vivir.

—Londres es un refugio, pero también es un campo de batalla —me dijo una noche, mientras compartíamos una cena frugal en el pequeño comedor de la pensión—. Todos aquí están luchando por sobrevivir, de una forma u otra.

—Y tú estás ayudando a que lo consigan —le respondí, tratando de darle ánimos mientras le apretaba la mano que tenía sobre los cubiertos perfectamente organizados junto a su servilleta.

—Intento hacer lo que puedo. Pero a veces siento que es tan poco. Las historias que escucho cada día… son como las nuestras, pero multiplicadas por miles.

La ciudad estaba viva con la energía de la guerra. Los bombardeos habían cesado en gran medida, pero la tensión era palpable en cada esquina, en cada conversación. Las colas para el racionamiento eran más largas y la gente se había vuelto más dura, más cerrada. Londres resistía, pero lo hacía con los dientes apretados y el corazón endurecido.

Mi relación con Frederick había cambiado drásticamente desde la primavera. Al principio, nuestros encuentros eran esporádicos, casi formales. Ahora, eran casi diarios. Frederick me trataba con un respeto que no me había mostrado antes y, aunque seguía siendo un hombre de pocas palabras, podía ver en sus ojos que valoraba mi lealtad y mi eficacia.

Los meses pasaron con rapidez, cada día se sentía como un paso más hacia lo desconocido. Octubre trajo consigo un frío que contrastaba con la calidez del verano que se había ido. La ciudad, ahora vestida con abrigos pesados y sombreros, continuaba con su

rutina de guerra. Los mercados negros florecían, y las noticias de las batallas en el norte de África llegaban con un sabor amargo.

Frederick y Alice habían depositado en mí una confianza que nunca habría esperado, y eso me obligaba a seguir adelante, a cumplir con cada misión, por peligrosa que fuera. Sabía que en cualquier momento podía ser descubierto, que mi doble vida podía desmoronarse con un solo error. Pero, hasta entonces, seguiría adelante, luchando en las sombras de Londres, esperando que, de alguna manera, mi pequeña contribución ayudara a detener la maquinaria de muerte que se extendía por Europa.

Y, mientras tanto, Londres seguía su marcha, con su gente resistiendo, con sus edificios maltrechos pero en pie, y con una fuerza que, a pesar de todo, seguía viva en cada uno de nosotros. Porque, al final, la guerra no solo se libraba en los campos de batalla, sino también en los corazones de aquellos que, día tras día, se levantaban para enfrentarla.

El otoño había llegado a Londres con una frialdad que se colaba por cada rendija, haciendo que las noches fueran más largas y las conversaciones más sombrías.

Había pasado semanas debatiendo conmigo mismo, cuestionando cada decisión, cada paso dado desde que había llegado a esta ciudad. Pero, en algún momento, entre el frío y la oscuridad, supe que ya no podía seguir ignorando el impulso que me arrastraba hacia el continente. La idea de quedarme en Londres, lejos de todo, me quemaba por dentro. La foto de Hugo me acosaba cada noche al cerrar los ojos y sentía que no estaba haciendo nada para parar la guerra escondido en una oficina, recibiendo un telegrama, pasando una información. Y eso, al cerrar los ojos, me lo devolvía de forma cruel. En la camisa de rayas que llevaba, su cráneo pelado y su cara huesuda, mucho más que en los años de Barcelona y París, junto a la verja. Las ojeras, Hugo, el miedo que debía de estar pasando… y se me abrían los ojos en mitad de la noche, obligándome a salir de debajo de las mantas y andando por la habitación en mi pijama camisero de rayas con los pies descalzos, haciendo crujir la tarima del suelo. Lo tenía claro. Muy claro. Sin arrebatos ni nada. Una claridad meditada. Tenía que llegar a Polonia. Como fuese. Sacarlo

de allí. Besarle de nuevo.

A la tarde siguiente, cuando el sol apenas iluminaba las calles y la niebla empezaba a envolverlo todo, decidí enfrentarme a Frederick y a Alice. Sabía que no sería fácil, que la conversación se complicaría, pero no podía seguir callando.

—Necesito hablar con vosotros —dije cuando ambos entraron en la pequeña oficina en la que compartíamos algunos de nuestros mayores secretos.

Alice, con su rostro siempre amable pero firme, me miró con curiosidad. Frederick, en cambio, pareció tensarse inmediatamente, como si ya supiera lo que iba a decirle.

—¿Qué sucede, Albert? —me preguntó Alice, con un tono que intentaba ser suave, aunque había algo de preocupación en sus ojos.

Respiré hondo y les solté la verdad, como si fuera un peso que no podía soportar más.

—Quiero volver al continente. Necesito estar allí, en el terreno, donde puedo hacer algo real, tangible. Ya no puedo seguir aquí, en Londres, mientras todo arde al otro lado del Canal.

Frederick se quedó en silencio por un momento y luego habló, su voz cargada de desaprobación.

—Albert, eso es una locura. No durarás ni una semana allí. Aquí en Londres eres útil, registrando movimientos, pasando información. Pero allá, en plena guerra… ¿cuánto piensas que vas a durar?

Sentí cómo empezaba a hervir de frustración. No quería escuchar razones, no esta vez. La idea de quedarme en Londres me resultaba insoportable, especialmente sabiendo lo que Hugo estaba viviendo en Polonia.

—No lo entiendes, Frederick. No puedo quedarme aquí.

Alice, siempre más comprensiva, intentó mediar.

—Sé lo mucho que esto te afecta, pero regresar no va a cambiar nada. ¿Por qué quieres volver?

No podía decir que estaba enamorado. Que tenía que sacarlo del único sitio del que no sabía si podría hacerlo. No podía decir que había llegado a Francia con él ni que lo quería tanto que desde que lo perdí no dormía, que soñaba con él y con cómo me pintaba, me

tocaba y besaba, se abalanzaba sobre mí y me regañaba cuando trataba de escudarme tras mi mente, muy estrecha para lo amplia que era su ansia de libertad.

Alice se sentó en la silla que había a mi lado y me miró fijamente antes de decir:

—Si te vas ahora, no habrá vuelta atrás.

—¡Eso es precisamente lo que quiero! —respondí subiendo mi tono más de lo que había pretendido—. No puedo seguir aquí, fingiendo que estoy bien cuando no lo estoy. No puedo dormir por las noches pensando en lo que él está viviendo, en lo que miles están viviendo. ¡Tengo que hacer algo!

La tensión en la habitación se hizo palpable. Frederick me miró fijamente, sus ojos penetrantes.

—Albert, no es solo tu vida la que está en juego aquí. Tenemos operaciones en marcha, información que necesitas filtrar. Si te vas, pones en riesgo todo por lo que hemos trabajado. ¿Te piensas que eres el único que echa de menos a los suyos? Todos nos estamos dejando la piel para que esto pare.

Lo sabía. Sabía que tenían razón en cierto sentido. Pero la desesperación que sentía era más fuerte que cualquier argumento lógico.

—Lo siento, Frederick. Pero esto no es algo que pueda decidir con la cabeza. Es mi corazón el que me dice que tengo que ir.

Hubo un silencio tenso. Alice parecía luchar internamente entre sus sentimientos y su deber. Frederick, por otro lado, parecía más endurecido que nunca.

—Si te vas, Albert, será bajo tu propia responsabilidad. Y no esperes que podamos ayudarte si las cosas se ponen mal —dijo finalmente Frederick, con un tono afilado como una navaja.

Sabía que ese era el final de la discusión. Bajé la cabeza, derrotado. No merecía la pena gritar, tampoco debatir el tema o enredarnos en argumentos contrarios que nunca llegarían a nada.

—Lo entiendo. Me quedaré.

Ambos asintieron, aliviados por mi respuesta. Pero, en mi interior, ya había tomado la decisión.

Al salir de la BBC, la humedad de la tarde me envolvió,

haciéndome sentir como si Londres mismo tratara de infiltrarse bajo mi piel. Las calles, aunque vacías, tenían ese murmullo invisible de una ciudad que no puede estar en silencio. Londres nunca dormía, aunque aquel día parecía que estuviera conteniendo el aliento, como si también esperara una decisión.

Caminé sin rumbo mientras los pasos sonaban apagados contra el pavimento mojado. Las luces de las farolas titilaban, como si la humedad las sofocara, y la niebla se arremolinaba a ras de suelo, difuminando las esquinas. Me sentía perdido entre lo que era y lo que vendría. En la BBC, habían hablado de la guerra como una realidad inevitable, pero aún no terminaba de aceptarlo. Europa ardía. Allá, en mi casa, todo estaba en ruinas o a punto de estarlo. Aquí, en Londres, era como vivir en una pausa, en un interludio a pesar de que el caos ya había cruzado el Canal y eso era visible en cada esquina, cada familia, cada persona.

Un hombre pasó caminando rápido, con el cuello del abrigo subido hasta las orejas y el rostro rostro escondido bajo un sombrero oscuro. Apenas un vistazo al cruzarnos, pero suficiente para que sus ojos reflejaran la misma inquietud que sentía yo. Seguimos caminando en direcciones opuestas, como fantasmas que compartíamos una misma ciudad sin detenernos a hablar.

Me detuve en una esquina, mirando las luces borrosas de los escaparates en las tiendas que aún permanecían abiertas, pero apenas sin vida. Una mujer joven, tal vez de unos treinta años, empujaba un carrito con una maleta. Sus ojos, vacíos, no se alzaron al pasar a mi lado. Nadie lo hacía. Londres estaba lleno de gente y a la vez vacío. Cada uno atrapado en sus pensamientos, como si el simple acto de pensar en el futuro se hubiera vuelto una carga. Me preguntaba si ella, como yo, se debatiría entre quedarse o marcharse.

La guerra estaba allá, donde no imaginábamos nada, pero también en Londres. A veces me parecía que vivía en una sombra y que todo lo que me rodeaba era solo el eco de lo que alguna vez fue. ¿Volver? ¿A qué? ¿A la destrucción, a una Europa que ya no reconocía? Pero quedarme en Londres, con su niebla incesante y su incertidumbre difusa, no me ofrecía más certezas. Este era un refugio, pero

también un lugar donde uno podía perderse fácilmente.

La ciudad me retenía y la guerra me llamaba. Y, en ese instante, Londres y el resto del continente eran lo mismo: dos cárceles distintas en las que no sabía dónde preferiría estar.

La mañana siguiente, con el corazón apesadumbrado, empaqué lo poco que tenía y me dirigí al cuartel de reclutamiento del ejército británico. Sabía que era una locura, que estaba abandonando una vida segura para lanzarme al abismo, el lugar donde sentía que debía estar. El día que nos embarcamos, el cielo estaba nublado, como si el tiempo mismo se hiciera eco de la incertidumbre que sentíamos. Subí al barco con una congoja en el pecho, sabiendo que estaba dejando atrás todo lo que conocía, pero también sabiendo que no había otro camino para mí.

El barco era un hervidero de actividad, soldados de todas partes se movían de un lado a otro, preparándose para lo que vendría. Las semanas a bordo fueron una mezcla de entrenamiento y espera, con la tensión aumentando a medida que nos acercábamos a nuestro destino.

Hice algunos amigos. Hombres de diferentes partes del mundo, todos con sus propias razones para estar allí. Había un escocés llamado Angus, con una risa que resonaba por todo el campamento, y un estadounidense, Jack, que tenía una habilidad especial para encontrar humor en las situaciones más oscuras.

—¿Por qué te uniste, Meier? —me preguntó Angus una noche, mientras compartíamos una botella de whisky que había conseguido de alguna manera.

—Supongo que porque no puedo quedarme quieto mientras el mundo se desmorona —respondí, evitando contarle la verdadera razón.

Jack asintió, entendiendo más de lo que decía.

—Todos tenemos algo o alguien por lo que luchar, amigo. Y, a veces, no es algo de lo que podamos hablar.

Asentí, agradecido por su comprensión. Pero, aunque me estaba adaptando a la vida militar, no podía dejar de pensar en Hugo. Cada noche, cuando me acostaba en la litera, lo veía en mi mente, su rostro demacrado, sus ojos apagados. El miedo a lo desconocido se

mezclaba con la esperanza, una pequeña chispa que mantenía encendida la idea de que, si sobrevivía a esto, quizá, solo quizá, podría encontrarlo al final.

Durante el trayecto, hice más amigos, hombres que compartían el mismo destino incierto. Había un joven de Liverpool llamado Tommy, apenas un muchacho, pero con una determinación feroz en sus ojos. También estaba Richard, un oficial británico que parecía tener todo bajo control, aunque más de una vez lo encontré mirando al mar, perdido en sus pensamientos.

Las rutinas en el barco eran estrictas. Cada día comenzaba con un entrenamiento físico exhaustivo, seguido de sesiones de planificación y estrategia. Pero también había momentos de camaradería, cuando nos reuníamos en grupos pequeños para compartir historias y cigarrillos, intentando mantener el ánimo en alto.

El tiempo en el barco me dio mucho que pensar. A menudo me descubría caminando solo por la cubierta, escuchando el sonido del agua golpeando contra el casco. Pensaba en Hugo, en lo que estaría haciendo en ese momento, en si estaría vivo. La incertidumbre era un peso constante, pero también una fuente de esperanza. Si podía sobrevivir a la guerra, si podía llegar al final, tal vez podría encontrarlo.

Pasamos tantos meses en el barco que el frío se volvió caliente y las nubes atlánticas desaparecieron en favor del calor mediterráneo. Tantos meses que regresó julio.

El día del desembarco llegó con el rugido de los cañones y el grito de los oficiales. Las playas de Sicilia estaban envueltas en humo, y el sonido de las balas llenaba el aire. Cuando bajé del barco, sentí el calor del sol mediterráneo mezclado con la adrenalina que corría por mis venas. Mis botas tocaron la arena, y supe que no había vuelta atrás.

Corrimos hacia la costa, con el silbido de las balas a nuestro alrededor. El miedo me apretaba el pecho, pero seguí adelante, impulsado por una fuerza mayor que yo. A mi lado, Tommy y Angus avanzaban, sus rostros serios, concentrados en la tarea. Richard, siempre calmado, lideraba a nuestro grupo con la eficiencia de un veterano.

El caos era total. Hombres caían a mi alrededor, pero no podía detenerme. Mis pensamientos iban y venían, mezclando la brutalidad del momento con la imagen de Hugo. No era solo por él que estaba allí, lo sabía, pero cada uno de mis movimientos, cada bala que esquivaba era un paso más hacia la posibilidad de un futuro, un futuro en el que él y yo pudiéramos reunirnos de nuevo.

Finalmente, llegamos a la línea de árboles, donde nos reagrupamos con otros soldados. Habíamos sobrevivido al primer embate, pero sabía que la batalla apenas comenzaba. Miré a mis compañeros, sus rostros sucios y cansados, pero aún llenos de determinación. Ellos también tenían sus propias razones para luchar, y eso nos unía de una manera que nunca había experimentado antes.

Mientras nos preparábamos para seguir adelante, me tomé un momento para respirar, para dejar que la realidad de lo que estaba haciendo se asentara. Estaba en Sicilia, a miles de kilómetros de Londres, de París, pero más cerca que nunca de cumplir con mi propósito.

El miedo seguía allí, latente, pero ahora estaba acompañado por algo más fuerte: la esperanza. La guerra aún no había terminado, pero estaba más cerca de lo que había estado en años. Y, si podía sobrevivir a Sicilia, entonces tal vez, solo tal vez, podría sobrevivir a todo lo demás.

Con esa esperanza en el corazón, me levanté y seguí adelante, con el recuerdo de quien me había llevado allí en mis pensamientos y la guerra en mi futuro. Y en ese futuro un único objetivo: apretar el gatillo.

El primer hombre que maté no fue un soldado, al menos no en el sentido que había imaginado. No llevaba un uniforme distintivo ni portaba un arma. Era solo un joven, probablemente no mucho menor que yo. Recuerdo claramente cómo temblaba mientras me apuntaba con su rifle, sus manos torpes, sus ojos llenos de un miedo que, en ese momento, no podía comprender.

Fue un reflejo, o al menos eso fue lo que me dije después. Apreté el gatillo antes de siquiera pensar en lo que estaba haciendo. El disparo resonó con una fuerza que me atravesó, un sonido seco,

definitivo. Lo vi caer al suelo, su cuerpo desplomándose como si todo el peso del mundo hubiera decidido, de repente, aplastarlo.

No supe qué sentir en ese momento. No fue alivio, ni siquiera satisfacción. Fue algo más parecido al vacío, como si en el acto de arrancarle la vida hubiera perdido una parte de la mía. Me acerqué a él, aún en *shock*, y lo miré a los ojos. Estaban abiertos, fijos en algún punto más allá de mí, más allá de la playa en la que estábamos. Murió con una expresión de sorpresa, como si no pudiera creer lo que acababa de suceder.

Me quedé ahí, arrodillado junto a él, con el arma aún en la mano, incapaz de moverme. No era un héroe, ni siquiera un soldado. Era solo un hombre, un joven al que probablemente habían obligado a estar allí, igual que yo. La guerra nos había puesto en caminos opuestos, pero en ese momento, todo se redujo a un solo disparo.

Esa noche no dormí. Reviví la escena una y otra vez, intentando entender cómo había llegado a ese punto, cómo un simple apretón de dedos había cambiado dos vidas para siempre. Pensé en su familia, en su madre, en su padre, en si tendría una novia o hermanos pequeños que nunca lo volverían a ver. Pensé en todo lo que había perdido, en todo lo que le había arrebatado, y en lo poco que había ganado a cambio.

Con el tiempo, aprendí a justificarlo, a decirme que era él o yo, que la guerra exigía sacrificios. Pero, cada vez que cerraba los ojos, su rostro volvía a mí, recordándome que, aunque hubiera sobrevivido a esa batalla, había dejado una parte de mí en esa playa. El primer hombre que maté no era un enemigo. Era solo otro ser humano atrapado en el mismo infierno que yo.

No había gloria en matar, solo una pérdida que se lleva en el alma, una carga que se hacía más pesada con cada disparo. Y es que, en la guerra, nadie sale indemne, ni siquiera el que sigue respirando.

10 de julio de 1943: Los Aliados desembarcan en Sicilia. Tras meses de preparativos y luchas previas en el norte de África, por fin están listos para asestar un golpe directo al corazón del Eje en Italia. Las tropas alemanas e italianas, aunque agotadas por las campañas previas, resisten con ferocidad. A pesar de ello, la superioridad aérea y naval de los aliados inclina la balanza a su favor. Días después del desembarco, las tropas avanzan hacia el interior, conquistando pueblo tras pueblo mientras los

civiles observan con una mezcla de esperanza y miedo.

Desde finales de 1942 hasta principios de 1943, Stalingrado fue el epicentro de una lucha titánica. El ejército alemán, que había invadido la Unión Soviética con una confianza casi invencible, se encontró atrapado en una ciudad en la que cada calle, cada edificio y cada escombro era disputado con sangre. Los soldados alemanes, rodeados por el implacable invierno ruso, comenzaron a sucumbir no solo al hambre y al frío, sino a la imparable contraofensiva soviética. En febrero de 1943, lo impensable ocurrió: la rendición alemana. Fue una derrota devastadora para Hitler y un punto de inflexión para la guerra en el Este.

Mientras tanto, en el océano Pacífico, el conflicto entre Estados Unidos y Japón se intensificaba. Desde mediados de 1942, tras la batalla de Midway, los estadounidenses comenzaron a recuperar el control de las islas ocupadas por los japoneses. En agosto, las primeras tropas estadounidenses desembarcaron en Guadalcanal, en las Islas Salomón. Lo que inicialmente parecía una operación rápida se convirtió en una lucha encarnizada por cada metro de jungla. Durante meses, los combates en la isla se prolongaron, con las fuerzas japonesas lanzando constantes contraataques. Finalmente, a principios de 1943, se retiraron, marcando el comienzo del retroceso japonés en el Pacífico.

De vuelta en Europa, el frente oriental también cambió radicalmente. Tras la victoria soviética en Stalingrado, el Ejército Rojo comenzó a empujar hacia el oeste, recapturando ciudades que los alemanes habían ocupado durante la invasión inicial. Uno de los enfrentamientos más brutales de este avance fue la batalla de Kursk en el verano de 1943. Fue la mayor contienda entre tanques de la historia y, aunque los alemanes planearon una ofensiva masiva, la resistencia soviética fue abrumadora. La derrota alemana en Kursk selló el destino del frente oriental: los soviéticos no dejarían de avanzar.

Durante este tiempo, mientras las ciudades italianas sufrían los

bombardeos y las montañas se llenaban de trincheras, la resistencia crecía en toda Europa. En Francia, Polonia y otros países ocupados, los movimientos clandestinos luchaban contra la ocupación alemana, saboteando trenes, suministros y comunicaciones, esperando el momento en que los aliados pudieran abrir un segundo frente en el oeste.

Entre tanto, en los cielos, la guerra también continuaba con furia. Las ciudades alemanas, antes intactas, comenzaron a sentir el peso de los bombardeos aliados. Hamburgo, en particular, fue devastada por una serie de ataques en el verano de 1943. El fuego se propagó por la ciudad, creando tormentas abrasadoras que consumieron barrios enteros. Cada día, más y más civiles sentían los efectos de una guerra que ya no se libraba solo en los frentes lejanos.

Para finales de 1943, la situación se había transformado drásticamente. Alemania, que en 1942 parecía invencible, ahora estaba a la defensiva en casi todos los frentes. El ejército soviético avanzaba desde el este, los aliados habían asegurado sus posiciones en Italia y el norte de África, y, en el Pacífico, los japoneses retrocedían. El invierno de 1943 traía consigo la esperanza de que el conflicto, aunque lejos de terminar, había dado un giro irrevocable. La guerra había cambiado y, con ella, el destino del mundo.

HUGO

Auschwitz, territorio anexionado a Polonia,

25 de julio de 1943

El calor era todavía peor que el frío. Bueno, quizá no, pero en cada estación sentía que, por la posibilidad de ser la última que pasara con vida, iba a ser la peor. En el infierno hacía mucho calor.

El verano en Auschwitz era sofocante, una especie de tortura adicional que se sumaba a las muchas otras que ya soportábamos. El sol no tenía piedad; caía a plomo sobre nosotros, haciendo que el aire se volviera espeso, casi imposible de respirar. El sudor nos empapaba la ropa, y nuestras pieles se agrietaban por la falta de hidratación bajo el calor abrasador. No había sombra ni descanso, solo el trabajo incesante y el agotamiento que nos devoraba desde dentro. Y el olor se volvía insoportable, una mezcla de cuerpos sucios, sudor y muerte. La falta de agua hacía que nuestras gargantas se secaran como el polvo, y la poca que nos daban era tibia y sucia. Nos la servían únicamente una vez al día, y solo si llevábamos colgada del cuello la taza que nos habían asignado junto con el pijama y el triángulo, con el número tatuado en el brazo que me veía a todas horas; una vez al día. Siempre era a la misma hora, durante el tiempo que nos dejaban para estar tranquilos en el patio.

A veces, pensaba que prefería el frío del invierno, al menos entonces el entumecimiento me protegía de sentir demasiado. Pero en el calor no había escapatoria, solo un constante ardor que me consumía por dentro y por fuera.

Los oficiales del campo parecían disfrutar de nuestra agonía, observando cómo nos debilitábamos bajo el sol, cómo nuestras fuerzas se desvanecían un poco más cada día. A menudo, me preguntaba si era esto lo que ellos querían, vernos sufrir hasta que no quedara nada de nosotros, hasta que ni siquiera pudiéramos

recordar quiénes éramos antes de este infierno.

Hacía meses que me habían separado del barracón en el que estaba asignado. Vivía en el hospital ahora, si es que se podía llamar «hospital» a ese lugar. Era un pabellón frío y desolado, un espacio donde la muerte se paseaba a su antojo y la vida apenas se sostenía por un hilo; un lugar donde la esperanza era una palabra vacía.

Al principio, cuando me trasladaron allí, pensé que tal vez encontraría un respiro, una tregua en medio del caos. Pronto me di cuenta de que el hospital no era más que una prolongación del infierno. La ligera calma que a veces se respiraba no era más que el preludio o la consecuencia de la tortura, una calma que solo servía para prolongar el sufrimiento, para permitir que el cuerpo y la mente asimilaran lo que vendría después, o lo que ya había pasado.

Los gritos en el pabellón eran una constante, un sonido que se entrelazaba con el latido mismo de mi corazón. No había noche ni día, solo una sucesión interminable de alaridos que se elevaban, se sostenían en el aire por un momento, y luego se desvanecían, dejando un silencio pesado, cargado de muerte y desesperación. Algunos de esos gritos eran los míos, aunque con el tiempo aprendí a silenciarlos, a ahogarlos dentro de mí, como si de esa manera pudiera mantener intacto algún pequeño resquicio de dignidad.

Recuerdo a los que ocupaban las camas junto a la mía, sombras de lo que una vez fueron seres humanos. A mi izquierda estaba André, un joven francés que apenas había cumplido los veinte años cuando lo trajeron. No hablaba mucho, pero sus ojos lo decían todo. En ellos había un miedo profundo, una certeza de que no saldría vivo de aquel lugar. Lo vi morir una noche, después de que los médicos nazis decidieran examinar su resistencia al dolor. Le introdujeron objetos punzantes por el ano, afirmando que era para curar su homosexualidad. Sus gritos me acompañaron durante horas, hasta que finalmente se apagaron, dejándome solo con el eco de su sufrimiento.

Gritó muchísimo, pero jamás lloró. «Nunca llores delante de un nazi. No les dejes ver tu debilidad», fue lo que me dijo una mañana en los escalones del barracón, donde me dejaba estar Norma, la enfermera Muerte, respirando el aire. Ella era todo lo que amaban

los nazis, y nosotros, por defecto, su peor pesadilla. Era blanca de piel, con mofletes rosados y una melena rubia como el oro bajo su cofia; de estatura media, sonrisa cínica y voz estridente.

A mi derecha estaba Karl, un alemán que había huido de Berlín cuando el régimen comenzó a perseguir a los suyos. Era un hombre fuerte, o al menos lo había sido, pero el hospital lo fue quebrando poco a poco. Lo usaron para todo tipo de experimentos, desde inyecciones de químicos en sus genitales hasta la extracción forzada de tejidos para estudios. Un día, después de una de esas sesiones, Karl me miró con una expresión que recordaba cada noche. No era solo dolor lo que reflejaban sus ojos, sino una profunda traición, como si no pudiera comprender cómo era posible que los seres humanos pudieran infligir tal sufrimiento a otros.

Los gritos de Karl también se apagaron un día, y su cama quedó vacía, esperando al siguiente desafortunado que la ocuparía. No tardaron mucho en traer a otro, un joven llamado Ernst, que no duró más de una semana antes de sucumbir a las infecciones que siguieron a las curas que le administraban. La cama se vació de nuevo, pero el olor a muerte permaneció, impregnando todo el pabellón, como un recordatorio constante de nuestro destino.

Cada vez que los médicos entraban al pabellón, sabíamos que uno de nosotros sería seleccionado para un nuevo experimento, una nueva forma de provocar dolor en nombre de una ciencia perversa. Nos miraban como si fuéramos poco más que animales, criaturas sin alma ni valor, a las que se podía destrozar sin remordimiento.

Una vez, me tocó a mí. Me llevaron a una sala donde me ataron a una camilla y comenzaron a introducirme tubos por la uretra. Decían que estaban midiendo mi resistencia, que era necesario para su investigación. El dolor era indescriptible, pero más que el dolor físico, lo que me destruía era la mirada fría, casi indiferente, de los médicos que me observaban, como si mi sufrimiento no significara nada, como si yo mismo no significara nada.

Volvieron a dejarme en mi cama después, agotado, roto en más formas de las que podía contar. La calma que siguió a ese episodio no fue un alivio; fue un vacío, una sensación de estar flotando en el abismo, esperando solo el próximo golpe, la próxima ola de dolor

que sabía que vendría.

La muerte era una presencia constante en el pabellón, pero no llegaba como un consuelo. Era algo que veíamos cada día, en las camas vacías que iban quedando a nuestro alrededor, en los cuerpos que retiraban de madrugada, envueltos en sábanas sucias. Pero lo peor no era morir; lo peor era seguir vivo, seguir consciente, seguir esperando la próxima atrocidad. Cada día que pasaba sentía que una parte de mí se desvanecía, se alejaba, como si me estuviera convirtiendo en un espectro, en una sombra más en ese lugar donde la humanidad había sido aniquilada.

En el hospital, la muerte no era el final. Era solo el próximo paso en una sucesión interminable de horrores. Y nosotros, los que quedábamos, éramos los que debíamos cargar con el peso de esos horrores, hasta que, finalmente, nuestro turno llegara también.

Después de aquello, tardé mucho en recuperarme. Quizá fueron días o semanas, pero tampoco hubo una tregua para mí. De repente, aparecían dos oficiales y me arrastraban a mi dosis de *electroshock* diaria para, horas después, traerme de vuelta a mi cama. Allí me quedaba tranquilo, con tanto dolor que no podía ni moverme y ese olor a muerte que lo tocaba todo. Fue semanas después cuando pude levantarme y sentarme en los escalones del barracón a tomar el aire. Desde allí veía cómo las chimeneas lanzaban el humo al cielo mucho más intensamente que cuando había llegado al campo. También a mi alrededor todos los experimentos se habían intensificado.

Allí, sentado en esos escalones, me di cuenta de que ya no recordaba cuánto tiempo llevaba en Auschwitz. Los días se habían convertido en una sucesión indistinguible de dolor y el paso del tiempo no significaba nada. Cualquier noción de futuro se había disuelto entre las cenizas que cubrían el campo.

El aire que respiraba era espeso, cargado con el hedor de la muerte que provenía de las chimeneas y se mezclaba con el calor que hacía sudar mi piel bajo el pijama. Ese humo, que se alzaba como un espectro sobre el campo, me recordaba constantemente la fragilidad de nuestras vidas, lo cerca que estábamos de convertirnos en nada más que cenizas. Cada bocanada de aire traía consigo el

sabor metálico del horror que nos rodeaba. Me preguntaba cuántos habían sido consumidos por ese fuego desde mi llegada, cuántos más lo serían antes de que fuera mi turno.

Me quedaba allí, en esos escalones, durante horas, mirando el humo ascender en espirales interminables. Había algo hipnótico en su movimiento, en cómo se mezclaba con el cielo grisáceo, creando un lienzo oscuro sobre el que se proyectaban todos nuestros miedos, todas nuestras desesperanzas. A veces, en medio de mi agotamiento, me encontraba deseando que todo terminara, que el humo finalmente me envolviera a mí también y me liberara de esta agonía sin fin.

En torno a mí, el campo seguía con su rutina de muerte y destrucción. Veía a otros prisioneros pasar, sus miradas vacías, sus cuerpos apenas más que esqueletos. Algunos me reconocían, asentían con la cabeza en un gesto que, en otros tiempos, habría sido una muestra de camaradería. Ahora, era solo un reflejo de la desesperación compartida.

La idea de levantarme y unirme a ellos me parecía imposible, mi cuerpo no respondía, mi mente estaba tan rota como mis músculos. Estaba atrapado en ese ciclo de debilidad y sufrimiento, como todos los demás. Allí, sentados, todos éramos iguales, todos sabíamos que, tarde o temprano, el humo se llevaría lo que quedaba de nosotros.

Miraba las chimeneas, escuchando el leve crepitar del fuego que consumía lo que una vez fueron personas. El sonido era casi imperceptible, pero para mí era ensordecedor, un recordatorio de que la vida aquí no tenía valor, de que éramos meros cuerpos destinados a alimentar esas llamas.

En esos momentos, sentado en los escalones del barracón, entendí que ya no era el mismo hombre que había llegado aquí. Algo en mí había muerto, se había disuelto con ese humo que veía cada día. Me preguntaba si alguna vez podría volver a sentir algo más que este vacío, si alguna vez podría recordar lo que era ser humano, amar, desear algo más que la muerte. Pero en el fondo, sabía la respuesta. Auschwitz nos estaba despojando de todo, nos estaba reduciendo a nada, y no había forma de escapar de eso.

Poco a poco, la idea de simplemente dejarme llevar, de dejar de

luchar, se volvía más tentadora. Y, sin embargo, algo en mí se aferraba a la vida, aunque no sabía por qué. Quizá fuera solo el instinto, ese último vestigio de humanidad que se negaba a desaparecer.

Pero, mientras el humo seguía ascendiendo, no podía evitar preguntarme cuánto más podría soportar antes de que, finalmente, me rindiera.

El humo de las chimeneas subía y subía, como si no tuviera fin. Desde donde estaba sentado, parecía que ese humo era la única conexión entre nuestro mundo y el cielo, pero no era una conexión celestial. No era el humo del incienso de las iglesias, ese que, en mi infancia, al pasar por la puerta de la catedral de Oviedo, veía que se elevaba en espirales suaves como si llevara consigo las oraciones de los fieles. Lo mismo lo habíamos apreciado Pablo y yo desde las escaleras del Sacré Coeur de Montmartre cuando los feligreses salían de dentro y nosotros, en un tiempo de paz, veíamos el atardecer de París y se nos mezclaba con el humo que salía del interior y que apreciábamos en la distancia. Pero no, este humo era denso, cargado, impregnado del olor de la carne quemada y el sufrimiento. Era el humo del infierno, de un fuego que consumía todo a su paso sin distinción, llevando consigo las almas de los inocentes junto a las de sus verdugos.

Me preguntaba qué pensaría Dios al ver esto. Yo no creía en Dios, mis padres no me habían hablado de ello en ningún momento y la relación que había tenido con mi abuela tampoco había sido como la de aquellos nietos que acompañaban a sus familiares en Barcelona a misa. No sabía mucho de Dios, pero no creía que en aquel campo nos estuviese amparando. ¿Podría acaso distinguir entre esas almas que ascendían mezcladas en una nube de horror? Las almas de los santos inocentes, arrancados de sus vidas, de sus familias, de todo lo que amaban, ahora se elevaban junto a las de aquellos que los habían torturado y asesinado. Aquellos que, con una crueldad inimaginable, nos habían reducido a cenizas. ¿Cómo podía existir un cielo que permitiera tal confusión? ¿Cómo podía el cielo aceptar este humo que rozaba sus puertas, este humo que arrastraba consigo tanta desesperanza?

En ese momento, pensé que tal vez no había diferencia alguna entre el cielo y el infierno. Quizá después de todo lo que habíamos vivido, el infierno no estaba abajo, en las profundidades de la tierra, sino justo sobre nuestras cabezas, en esas chimeneas que escupían la muerte hacia el cielo. Quizás, el infierno y el cielo se tocaban en ese humo, en esa frontera difusa donde se mezclaban las almas de los inocentes con las de sus verdugos, donde el sufrimiento no conocía límites. O quizás, en la Tierra, estuviéramos como en el infierno.

Era un pensamiento aterrador, porque significaba que no había redención, no había justicia. Significaba que aquellos que nos hacían sufrir podían alcanzar el mismo destino que nosotros, que nuestras almas estaban condenadas a vagar eternamente junto a las de ellos, sin paz, sin descanso. Pero también era un pensamiento que me llenaba de una extraña calma. Porque, si el cielo y el infierno se tocaban en ese humo, si las almas se mezclaban sin distinción, entonces tal vez, solo tal vez, nuestro sufrimiento no fuera en vano. Tal vez, en esa mezcla, en ese contacto, hubiera algo más allá del odio, algo que ni siquiera los nazis podían destruir.

El humo seguía subiendo, rozando el cielo, arrastrando consigo todo lo que habíamos sido, todo lo que habíamos perdido. Y, mientras lo miraba, me preguntaba si algún día también yo me convertiría en parte de ese humo, si mi alma se elevaría junto a las de aquellos que ya no estaban. Me preguntaba si, en ese momento, encontraría alguna paz en saber que ya no estaba solo, que formaba parte de algo más grande, aunque fuera tan oscuro y terrible como el humo que ascendía hacia el cielo, mezclando el infierno con las puertas del paraíso.

—¡Eh, tú! —La voz de Norma me sacó de mis pensamientos.

Con su porte autoritario, se acercaba a zancadas, con sus ojos fríos fijos en mí. Me costó levantarme, con un dolor constante en los músculos por las descargas, como si se hubiera instalado en mi cuerpo como un huésped permanente.

—Se acabó el patio —dijo con una dulzura fingida que apenas ocultaba el desprecio en su tono—. Es hora de volver al hospital. No querrás que me metan en problemas por tu culpa, ¿verdad?

Me quedé en silencio por un momento, observando el humo que aún se alzaba en el horizonte, como un recordatorio constante de lo que nos esperaba a todos tarde o temprano. Norma me miraba impaciente, esperando que me moviera.

Me hablaba en alemán. Al principio, cada palabra era un puñal confuso, que apenas lograba atravesar la niebla de mi incomprensión. Aún había momentos en los que sus órdenes y amenazas me llegaban como sonidos desarticulados, ecos de algo que mi mente no podía procesar del todo. Sin embargo, después de tantos meses, empezaba a captar más palabras, a juntar piezas sueltas.

Los insultos fueron lo primero que entendí con claridad. Pero, poco a poco, también empezaba a captar otras cosas, matices en su tono, palabras que antes me habrían pasado desapercibidas.

Había aprendido a leer entre líneas, a entender el verdadero significado detrás de lo que decía, incluso si las palabras en sí me resultaban confusas. La entonación, la forma en que pronunciaba ciertas frases, el veneno que se escondía en lo que antes solo era un ruido indescifrable… Todo eso ahora me llegaba con más claridad.

Era como si el alemán hubiera dejado de ser simplemente una barrera y se hubiera convertido en un reflejo del horror que vivíamos. Un idioma que no quería aprender, pero que se iba infiltrando en mi mente, como un huésped no deseado. Y, cada vez que lograba entender un poco más, sentía una mezcla de triunfo y desesperación. Triunfo, porque al menos podía anticipar mejor lo que vendría. Desesperación, porque saber no me daba más poder, solo me recordaba cuán atrapado estaba.

—Ese humo… —murmuré más para mí que para ella, sin moverme todavía—. ¿Nunca te has preguntado si sube tan alto porque el infierno y el cielo se tocan en algún punto?

Norma soltó una risa corta y seca, sacudiendo la cabeza.

—Vaya, pero si el triángulo rosa se ha puesto filosófico —respondió con un tono burlón—. Escoria como tú no tiene por qué preocuparse por el cielo o el infierno. De todas formas, ya sabes a dónde irás cuando llegue tu momento, ¿no?

Sus palabras eran como un veneno suave, y la sonrisa en su rostro

solo hacía que me sintiera más pequeño, más insignificante. Era como si disfrutara de su poder, como si, cada vez que me recordaba lo bajo que había caído, ganara un poco más de satisfacción.

—¿Eso crees? —respondí con calma, mirándola directamente a los ojos, sintiendo que no tenía nada más que perder—. ¿Crees que ese humo está lleno solo de las almas de la escoria, como dices? Porque ahí dentro no están solo los nuestros. Están todos, mezclados. Inocentes, verdugos… todos. Al final, somos iguales, ¿no? Quemándonos todos en el mismo fuego.

Norma frunció el ceño y su expresión de desprecio se volvió más dura.

—No te equivoques —dijo, acercándose, su voz más baja pero cargada de veneno—. Tú y los tuyos sois basura. Si el fuego os consume, es porque lo merecéis. Es el único destino adecuado para escoria como tú. Gente sucia, enferma, que no merece nada más que el final que se les da aquí. Judíos, putas, maricones… todos. A ver si terminamos con todos de una vez por Alemania.

Había una amargura en su voz que hacía que sus palabras fueran más crueles, como si realmente creyera cada frase que decía, como si su odio fuera una verdad irrefutable.

—Tal vez… —respondí, dejando que un poco de ese dolor asomara en mi voz—. Pero, si todos terminamos en el mismo fuego, si todos nos convertimos en ese humo, entonces quizá no seamos tan diferentes, después de todo. Tal vez el fuego nos iguale a todos.

Norma se quedó en silencio un momento, sus ojos entrecerrados mientras me miraba con una mezcla de desdén y algo que podría haber sido un atisbo de duda. Pero, si esa duda existía, la ocultó bien, volviendo a su expresión habitual de desagrado.

—Dentro —ordenó finalmente, su voz firme, como si el intercambio anterior nunca hubiera ocurrido—. No me hagas repetírtelo —añadió levantándome la mano—. Tienes que llevar a ese que te he dejado en el pasillo a la enfermería con los demás.

Me giré lentamente, sintiendo el peso de sus palabras y el suyo propio. Caminé hacia el hospital, sabiendo que el humo seguiría subiendo, llevando consigo todas las almas, todas las historias, hasta que ya no quedara nada.

Sobre la camilla había un hombre mutilado al que le habían cosido la pierna de otro preso para estudiar la regeneración de las extremidades segadas. Estaba empapado en sudor, en sangre, insensibilizado por el dolor que lo atenazaba al no haber recibido anestesia.

—Hugo… estás vivo…

Me llamó. Detrás de su rostro desfigurado lo vi. Tras la mugre y los ojos hinchados, estaba allí. Era Kelim. Kelim el soñador. El hermano de Pablo.

—¿Qué te han hecho? —le susurré mientras me acercaba.

La pierna no paraba de sangrarle y el trozo de pierna ajena que le habían cosido se estaba ennegreciendo.

—Hui cuando cayó Barcelona. Días después de tomarla, apresaron a todos mis hermanos por estar afiliados al Partido Comunista. Los fusilaron de madrugada. Dio la suerte que yo estaba fuera cuando vinieron a por ellos y mi madre dijo que hacía meses que no sabía de mí. Al día siguiente, hui de la ciudad. Desde entonces, he estado dando tumbos por Francia, escondiéndome aquí y allí, pero me atraparon hace unos meses en París al destapar una célula de la Resistencia.

—¿Supiste algo de tus padres tras irte? —le pregunté mientras trataba de taparle la hemorragia con un trozo de tela de su pijama —. ¿De mi abuela?

—No sé nada de nadie de los que dejé en España, Hugo, pero Carme murió. Tras tu muerte, los combates se intensificaron. Los nacionales bombardearon Barcelona noche y día. Un obús detonó sobre el edificio de la calle Aribau. No quedó nada, solo escombros. Mi madre y mi hermana Isabela iban a verla, ya sabes que le teníamos mucho aprecio. Un día, en su viaje, no encontraron el edificio. No queda nada de nuestra Barcelona, Hugo. No queda nadie. Y en París cada vez quedamos menos. Nos están cazando y Franco nos entrega como apátridas, Hugo.

Sentí que la saliva se me iba haciendo amarga en la boca y me empezó a costar tragar. Tenía ganas de gritar, de echarme a llorar, pero aguanté. Más por él que por mí, a mí no me quedaba nada por lo que no mostrarme débil, indefenso. Aquellos monstruos me

habían quitado mi humanidad, ya no me quedaba nada, pero Kelim necesitaba fuerza.

Los ojos se le empezaron a poner blancos y su voz parecía apagarse.

—Pablo está vivo —le dije entre susurros.

Abrió un poco los párpados.

—¿Qué?

—Que Pablo está vivo, Kelim. Lo dejé en París, en nuestro apartamento. Huyó conmigo de Barcelona cuando me llamaron a filas. Mi abuela fingió la muerte de ambos para mantenernos a salvo.

Esbozó una sonrisa amarga en la cara.

—¿Dónde está ahora? —dijo con un hilo de voz.

—No lo sé. Hace tanto tiempo que no lo veo…

Me miró fijamente.

—No aprietes más, Hugo —me pidió mientras trataba de quitarme las manos del torniquete que yo presionaba contra su muñón—. Estoy sentenciado ya.

—Te tienes que poner bien. Pablo tiene que verte.

Me hizo una mueca triste mientras le caía una lágrima mejilla abajo.

—Tiene que verte a ti, Hugo. Sobrevive. Encuentra a Pablo y huid de todo esto. Prométemelo.

Clavó su mirada en la mía, justo antes de añadir casi entre llantos:

—He dicho que me lo prometas.

—Te lo prometo.

Kelim murió desangrado entre mis manos minutos después. Sufrió lo indecible en aquellos minutos que estuvo debatiéndose entre vivir o morir, por lo que solo pude sentir alivio cuando exhaló su último suspiro.

Le cerré los ojos con mis dedos y le tapé la cabeza con el trozo de tela con el que había tratado de hacer el torniquete. Luego, sin más, seguí.

Cuando finalmente llegué a la enfermería, la penumbra del lugar me envolvió, como si la luz del día se negara a entrar en aquel rincón del infierno. El olor a desinfectante, sangre seca y carne en descomposición era tan familiar como repulsivo. Mi cama estaba en

el mismo lugar de siempre, un camastro estrecho con las sábanas raídas, pero esta vez no estaba solo.

Un grupo de compañeros de barracón se había reunido en torno a una de las camas cercanas. Eran cuatro. No reconocía a ninguno, solo a uno y era de vista. Debieron de llegar más tarde que yo al campo.

Sus caras eran sombras esqueléticas, con ojos hundidos y nerviosos. Uno de ellos, el único que reconocí como un judío polaco que había llegado unos meses antes, estaba susurrando con urgencia. Me acerqué, tratando de no hacer ruido, aunque ya habían notado mi presencia.

—¿Qué estáis haciendo? —pregunté bajando la voz, en parte por el miedo, en parte porque la fuerza aún me faltaba.

Uno de ellos, un hombre de aspecto robusto y rapado casi hasta el cráneo, levantó la vista hacia mí. Sus ojos tenían un brillo que no había visto en mucho tiempo, una mezcla de esperanza y desesperación.

—Estamos planeando algo —murmuró, mirando de reojo hacia la puerta como si temiera que alguien lo escuchara.

El polaco, que parecía ser el líder del pequeño grupo, me hizo un gesto para que me acercara más. La cicatrices le surcaban el rostro y el triángulo amarillo en su pecho estaba descolorido, casi irreconocible. Cuando habló, lo hizo en un susurro apenas audible.

—Escucha bien. Esto te interesa tanto como a nosotros. Mañana por la noche, cuando el cambio de guardia esté por comenzar, intentaremos salir. Sabemos que los soldados estarán distraídos, los relevos siempre son un caos. Nos esconderemos en el montón de leña, justo dentro.

Me quedé en silencio, el corazón latiéndome con fuerza en el pecho. La idea de escapar de Auschwitz era casi inconcebible. Había escuchado historias, rumores de otros que lo habían intentado, pero nunca había conocido a nadie que lo hubiera conseguido.

Los cuatro hombres que querían huir hacia la libertad eran una mezcla extraña y desesperada de almas destrozadas por Auschwitz, pero que aún tenían suficiente vida en ellos para intentar una última y peligrosa apuesta por la libertad.

Vladímir era uno de los rusos comunistas. Alto y de complexión robusta, aunque el hambre y el trabajo forzado le habían robado buena parte de su fuerza, seguía teniendo un porte intimidante. Su piel, endurecida por las inclementes condiciones del campo, tenía un tono cetrino, marcado por cicatrices y heridas que no terminaban de sanar. Llevaba la cabeza rapada, pero se adivinaba que su pelo había sido oscuro. Sus ojos, de un azul pálido, habían perdido el brillo de la esperanza, pero conservaban una fría determinación. Era un hombre de pocas palabras, pero, cuando hablaba, sus compañeros lo escuchaban. La guerra y la miseria lo habían convertido en un líder natural, capaz de tomar decisiones rápidas y mantener la calma bajo presión.

El otro ruso, Mikhail, era muy diferente de Vladímir, aunque compartían la misma ideología. Era más bajo, de complexión delgada, casi huesuda, con una mirada nerviosa que se movía de un lado a otro, como si siempre estuviera buscando una salida. Tenía el rostro anguloso, con pómulos prominentes y ojos oscuros que parecían esconder una historia larga y dolorosa. A pesar de su aspecto frágil, era increíblemente astuto, siempre pensando en el siguiente paso, en la próxima jugada. Sus manos, aunque temblorosas por la malnutrición, eran sorprendentemente hábiles, y a menudo se las arreglaba para conseguir lo que otros no podían, ya fuera comida extra o información crucial. Mikhail había sido un estudiante de ingeniería antes de la guerra, y su mente seguía siendo una herramienta afilada, incluso cuando su cuerpo estaba al borde del colapso.

Jakob, el judío polaco, era el más joven de todos. Aparentaba unos veinte años, alguno menos que yo, aunque las penurias del campo le habían envejecido prematuramente. Era de estatura media, con una delgadez extrema que hacía que su uniforme de prisionero le colgara como si fuera un saco vacío. Su cabello negro, cortado al ras, empezaba a mostrar algunas canas, y sus ojos marrones, grandes y expresivos, estaban hundidos en su rostro, lo que le daba un aire de constante preocupación. Jakob había sido estudiante de medicina antes de ser capturado, y ese conocimiento le había convertido en un recurso valioso para los demás prisioneros. A pesar de todo lo

que había perdido —su familia, su futuro—, Jakob conservaba una chispa de humanidad, una gentileza que se reflejaba en la forma en que cuidaba a los demás, incluso en las peores circunstancias.

Y luego estaba Klaus, el asocial, que era un caso aparte. De origen alemán, había sido clasificado como asocial por el régimen nazi debido a su negativa a seguir las normas, aunque nunca había hablado mucho de su pasado. Era un hombre de complexión media, con una cara cuadrada y dura, y unos ojos grises que parecían mirar siempre más allá de lo que tenía delante, como si viviera en su propio mundo. Su cabello, cortado al cero, mostraba ya entradas pronunciadas. Klaus tenía un aire de dureza que le hacía parecer inaccesible, pero, en realidad, era el más pragmático de todos nosotros. No creía en ideales o en causas, solo en la necesidad de sobrevivir. Y era esa actitud fría y calculadora la que le había mantenido con vida en el campo durante más tiempo del que cualquiera hubiera esperado.

Cada uno de ellos llevaba consigo una historia de horror, pérdida y resistencia, y, aunque éramos muy diferentes, esa noche, cuando el plan de fuga comenzó a tomar forma, nos unimos en un mismo propósito: escapar de Auschwitz o morir en el intento.

Aquella mañana logré entender bien a todos ellos. Cada uno tenía un motivo para ser odiado por los nazis y mil más para querer sobrevivir. Yo también los tenía. Dejar de sentirme un animal, recuperar mi dignidad, mi autonomía.

—Y ¿después? —pregunté con la garganta seca—. ¿Qué haréis después de salir?

El silencio que siguió a mi pregunta fue tan denso como la oscuridad que nos rodeaba. Cada uno de nosotros sabía que no había garantías, que lo que estábamos intentando era casi suicida. Pero, en Auschwitz, cada día era un riesgo, y salir significaba, al menos, recuperar un poco de control sobre nuestras vidas, aunque fuera por un corto tiempo.

Mikhail, uno de los rusos, rompió el silencio. Tenía la piel curtida por el trabajo forzado y los ojos llenos de una dureza que solo la guerra podía imprimir. Su voz era grave, casi un susurro, pero cargada de determinación.

—Cruzaremos Polonia —dijo en su francés que mezclaba con el ruso, como si fuera la cosa más sencilla del mundo—. Nos dirigiremos al sur. Allí, encontraremos la forma de contactar con los nuestros. Los camaradas están luchando en todos lados y no se rendirán hasta que hayamos echado a los fascistas de Europa.

—Sí, de allí podríamos intentar llegar a los territorios que ya controlan los soviéticos —añadió Vlad, el otro ruso, con su voz teñida de una esperanza que casi parecía extraña en ese lugar—. No será fácil, pero hemos sobrevivido a esto, ¿verdad? Podremos con lo que venga.

El polaco, que había permanecido en silencio, asintió con la cabeza. Su triángulo amarillo, símbolo de su identidad judía, estaba descolorido, pero seguía siendo un recordatorio constante de lo que significaba para los nazis.

—Eslovaquia es nuestra mejor opción —confirmó, su voz apenas audible—. He oído rumores de que algunos han logrado llegar allí y sobrevivir. Los alemanes tienen control, sí, pero el terreno es complicado. Si conseguimos cruzar la frontera, tendremos una oportunidad. Solo una, pero es más de lo que tenemos aquí.

El asocial, un hombre delgado con una expresión amarga que parecía haber nacido de un sufrimiento prolongado, se encogió de hombros. Sabía que había sido un tipo conflictivo, alguien que luchaba contra la autoridad incluso antes de la guerra.

—¿Y tú? —preguntó Klaus, girándose hacia mí y en un alemán intimidante, con un tono que no era del todo amistoso pero tampoco hostil—. ¿Qué harás tú? ¿Tienes algún lugar adonde ir?

Me quedé en silencio por un momento, considerando su pregunta. La verdad era que no tenía un plan más allá de salir de allí. Mi única idea era seguirlos aunque no tenía claro qué haría después. Pero la alternativa, quedarme en Auschwitz, no era una opción.

—Os seguiré —dije finalmente—. No sé a dónde me llevará todo esto, pero no tengo nada más. No puedo quedarme aquí, eso es seguro.

Mikhail me miró fijamente, sus ojos explorando los míos, en busca de alguna señal de debilidad o duda. Finalmente, asintió, aunque su expresión era impasible.

—Sabemos que no eres como nosotros, Hugo —dijo, casi con frialdad—. Pero aquí dentro todos hemos sufrido. No importa lo que seas para ellos. Maricón, judío, comunista, asocial… para ellos, somos escoria. Estamos en el mismo montón. Te ayudaremos a salir de aquí porque sabemos lo que te han hecho. Y porque sabemos que lo que te han hecho a ti es solo una parte de lo que nos han hecho a todos.

Klaus añadió, con un tono algo más suave:

—No somos amigos, Hugo. No nos equivoquemos. Pero tampoco somos tus enemigos. Aquí, en este lugar, ya no importa quién eras antes. Solo importa si puedes sobrevivir. Si puedes seguir adelante.

—Y sí, puedes y debes confiar en nosotros —agregó Jakob—. Porque, allá afuera, cuando crucemos esas vallas, seremos todo lo que tengamos.

El polaco me miró con una intensidad que me hizo comprender la gravedad de lo que estaba proponiendo. No era una idea precipitada ni una fantasía desesperada; era un plan calculado, nacido de meses, quizás años, de observar y aprender los ritmos del campo. Asentí en silencio, incapaz de encontrar palabras que pudieran expresar la mezcla de miedo y esperanza que sentía en ese momento.

Esa noche, apenas pude dormir. El sonido de los guardias patrullando, las luces que atravesaban las ventanas del barracón, todo parecía amplificado por la ansiedad. Me quedé tendido en mi cama, con los ojos cerrados, notando cómo mis compañeros se retorcían tras sus experimentos diarios y tratando de imaginar cómo sería el mundo más allá de las vallas electrificadas, más allá del humo y las cenizas. Traté de visualizar un futuro que no estuviera plagado de miedo constante, pero cada intento se veía interrumpido por la realidad en que me hallaba y la expectativa de lo que podía suceder si nos descubrían.

Bien entrada la madrugada, nos reunimos silenciosamente detrás del barracón. Éramos solo un puñado de hombres, unidos por la desesperación y el deseo de libertad. Fuimos saliendo sucesivamente. De noche, nadie se quedaba vigilando el hospital, y los recién llegados, los recién ingresados, tras su primera atrocidad,

se quedaron durmiendo mientras los demás tratábamos de huir.

El polaco nos dio las últimas instrucciones. Nos deslizamos hacia el área donde se almacenaba la leña. Habíamos memorizado los patrones de los guardias y sabíamos cuándo y dónde estarían. Era un juego mortal de escondite, y la única forma de ganarlo era no ser visto en absoluto.

Nos ocultamos entre los troncos, apretujados en el espacio estrecho, cubiertos por la oscuridad de la noche. Apenas nos atrevíamos a respirar. La leña olía a humedad y a resina, un aroma que debería haber sido reconfortante, pero que ahora se mezclaba con el sudor y el miedo. Teníamos que quedarnos allí durante días, con apenas espacio para movernos, compartiendo el poco aire disponible.

Jakob nos pasó pequeños trozos de tabaco empapados en gasolina que había ido robando, acumulando y consiguiendo en algunos trueques y favores que le debían unos y otros, una mezcla repugnante pero necesaria para que no nos encontraran. Nunca le pregunté cómo consiguió todo aquello, ni por qué esa mezcla. Solo lo hice. Supuse que, si sabía cómo moverse en el campo, sabría sobrevivir para salir de allí.

Nos frotamos con esa sustancia, sabiendo que los perros, entrenados para rastrear el olor de los prisioneros, no podrían seguir nuestro rastro. Sabíamos que, si nos encontraban, no habría piedad. Nadie había sobrevivido a un intento de fuga. En silencio, nos preparamos mentalmente para el largo tiempo que pasaríamos allí, luchando contra el dolor de los músculos entumecidos y el hambre que ya comenzaba a morder.

El primer día bajo aquellos troncos fue el peor. El tiempo parecía haberse detenido. La leña bajo nosotros se nos clavaba en la piel, los leños de arriba no nos dejaban respirar y el hambre se hacía cada vez más insoportable. El silencio era nuestra única compañía, roto solo por el ocasional murmullo de uno al rezar o susurrar alguna palabra de ánimo. Las horas pasaban lentas y la incertidumbre era casi tan difícil de soportar como el miedo. Sabíamos que cada momento que se esfumaba nos acercaba más a la posibilidad de ser descubiertos en alguna de esas veces que, de forma apresurada, los

soldados pasaban acompañados de unos perros que no paraban de ladrar en busca de algo. Ese algo, al final, quizá fuéramos los presos fugados.

Al segundo día, algo cambió. Los guardias comenzaron a pasar con menor frecuencia por nuestra zona. Las alarmas que habíamos temido no se dispararon. No sabíamos si esto era una buena señal o si simplemente estaban esperando que nos traicionáramos por impaciencia, pero no podíamos detenernos a pensar en eso. Quizá nos habían dado por perdidos, pero teníamos que seguir esperando, seguir siendo invisibles.

Finalmente, al anochecer del tercer día, el polaco decidió que era el momento. Con gestos silenciosos, nos hizo salir de nuestro escondite y nos fue ayudando, uno a uno, a quitarnos todo aquello que nos había dejado caer encima para ocultarnos. Nunca supe cómo salió de su escondite sin que nadie lo ayudara. Aquellos troncos pesaban y, junto con el ungüento que nos habíamos untado, habían creado un ambiente insoportable. Las piernas me temblaban al ponerme en pie, después de tanto tiempo agazapado. Nos movimos lentamente, pegados al suelo, usando las sombras como cobertura. La valla electrificada estaba a solo unos metros de distancia, pero esos metros se sentían como un abismo.

Nos acercamos con cautela. Unos pocos pasos más y estaríamos justo al borde de la valla. Jakob había calculado el tiempo, sabíamos cuándo el cambio de guardia crearía un pequeño caos. Sabíamos que los soldados estarían menos atentos durante esos breves momentos.

Cuando llegamos a la valla, el corazón me latía tan fuerte que temí que pudiera delatarnos. Mikhail, con su destreza característica, había conseguido unos alicates pequeños que usaban para cortarnos las uñas en el hospital y, en algunos casos, para arrancárnoslas del tirón, y los utilizó para cortar el alambre, un trabajo meticuloso y lento. Sabíamos que cualquier chispa o ruido podría ser fatal. Con una precisión increíble, Mikhail logró abrir un agujero lo suficientemente grande para que pasáramos, uno por uno.

El cruce fue una mezcla de alivio y terror. Sabíamos que estábamos a solo unos pasos de la libertad, pero también sabíamos que en

cualquier momento todo podría irse al traste. Cada uno de nosotros se deslizó a través del agujero, con cuidado de no tocar el alambre electrificado que aún quedaba.

Al otro lado, el mundo parecía casi irreal. Nos habíamos liberado de Auschwitz, pero la verdadera prueba estaba aún por delante. Teníamos que alejarnos lo más rápido posible, antes de que el campo se diera cuenta de nuestra ausencia. Nos movimos en fila, agachados y en silencio, a través de la densa vegetación que rodeaba las instalaciones.

El aire era fresco y, por primera vez en años, respiré profundamente, sintiendo cómo el miedo empezaba a dar paso a una extraña y cautelosa esperanza. El polaco nos condujo hacia el bosque, donde planeábamos escondernos hasta que fuera seguro seguir adelante. Sabíamos que la fuga estaba lejos de ser un éxito completo; ahora debíamos sobrevivir en un territorio hostil, sin provisiones y con la constante amenaza de ser descubiertos.

Pero, en ese momento, lo único que importaba era que estábamos fuera. Habíamos burlado a la muerte, al menos por ahora. Mientras nos adentramos en el bosque, sintiendo cómo la oscuridad nos envolvía como un manto, supe que aquel era solo el comienzo de otro tipo de lucha, pero también supe que, por primera vez en mucho tiempo, esa lucha era nuestra elección.

Me quedé en silencio, procesando lo que acababan de decir. Había tantas cosas que podían salir mal, tantos riesgos. Pero ¿qué teníamos que perder? La muerte era una certeza aquí, una sombra siempre presente. Correr hacia lo desconocido, hacia una posibilidad, por pequeña que fuera, parecía casi una opción sensata en comparación.

La carrera hacia el bosque fue frenética. No había tiempo para precauciones, solo para correr lo más rápido que nos permitían nuestros cuerpos debilitados. Podía oír el zumbido lejano de los focos moviéndose detrás de nosotros, como si supieran que algo estaba mal, pero no pudieran precisar qué. Las ramas crujían bajo nuestros pies y el frío de la noche mordía nuestra piel.

Cuando llegamos al borde del bosque, me dejé caer al suelo, jadeando. Los otros hicieron lo mismo. Éramos libres, pero no

estábamos a salvo. El bosque ofrecía algo de cobertura, pero también albergaba sus propios peligros. Nos mantuvimos cerca unos de otros, moviéndonos lo más rápido posible entre los árboles. No sabíamos si la Resistencia polaca realmente estaría allí, o si todo había sido una fantasía desesperada.

Pasaron lo que parecieron horas, aunque podrían haber sido solo minutos. Cada sonido, cada crujido de una rama o susurro del viento, nos hacía detenernos en seco, esperando lo peor. Y esa noche, bajo el manto oscuro del bosque, con los ecos de Auschwitz todavía resonando en mis oídos, me di cuenta de que seguir adelante era la única opción. La libertad, por frágil que fuera, estaba en nuestras manos.

Nos quedamos allí unos minutos más, recuperando el aliento, escuchando los sonidos del bosque, cada crujido y susurro amplificado por la tensión en el ambiente. El peligro no se había ido. Aún no.

—Tenemos que movernos —murmuré, aunque sentía que no tenía fuerzas para ponerme de pie.

Jakob asintió, su rostro pálido bajo la tenue luz de la luna.

Las primeras semanas tras nuestra fuga fueron como un sueño febril, una mezcla de terror y cansancio. El hambre era nuestro peor enemigo. En más de una ocasión, nos encontramos comiendo lo que el bosque nos ofrecía: raíces, hojas amargas, cualquier cosa que pudiera llenar, aunque fuera un poco, el vacío en nuestros estómagos.

Días después, el destino nos llevó a una casa. Apareció de repente en medio del bosque, una estructura solitaria de cuya chimenea se elevaba humo. Era una promesa de calor, comida y, lo más importante, ropa. El uniforme de Auschwitz aún nos marcaba como condenados, y sabíamos que debíamos deshacernos de él cuanto antes.

—Tenemos que entrar. —Klaus fue el primero en hablar, su tono frío y decidido.

Los otros intercambiamos miradas. Sabíamos que tenía razón, pero también sabíamos que era peligroso.

—Quizá podamos esperar a que se vayan… —sugirió Jakob,

siempre buscando una opción menos directa.

—No hay tiempo para esperar —gruñó de nuevo el alemán, ya moviéndose hacia la puerta trasera de la casa.

Nos quedamos paralizados por un momento antes de seguirlo.

Forzamos la puerta y entramos. La casa estaba en penumbra, solo iluminada por una vela en la mesa. Dentro dormían tres personas: un hombre mayor, una mujer y una joven que no debía tener más de dieciséis años.

Buscamos rápido, tratando de hacer el menor ruido posible. En los armarios encontramos ropa, gruesa y raída, pero mejor que el horror de rayas que llevábamos puesto. Habíamos comenzado a cambiarnos rápidamente cuando escuché un ruido.

Al girarme, vi a Klaus acercándose a la cama de la joven. Su expresión había cambiado, había algo oscuro y peligroso en sus ojos. Estaba muy encima de ella, que dormía separada del resto de la casa por una cortina. Le recorría el pecho con su mano sucia, cubierta de vello rubio, le abría el camisón y luego se olía la mano. Era repugnante.

Sin más, se lanzó sobre ella y su grito rompió el silencio de la casa. Los otros dos despertaron, confusos y aterrados. El padre intentó levantarse, pero Klaus lo empujó de vuelta, con una violencia fría. La madre gritaba, y yo… no podía moverme. Era como si el horror me hubiera paralizado.

Fue en ese momento que tomé la navaja que había sobre la mesa. La encontré a la desesperada sobre el tablero de maderas sin limar y supe que debía usarla.

Me acerqué a él por la espalda mientras se movía sobre la joven y, sin pensarlo dos veces, clavé la hoja en su carne. Su grito fue gutural, inhumano, mientras caía al suelo. La sangre se extendió rápidamente bajo su cuerpo, empapando la madera.

El silencio que siguió fue ensordecedor. La joven lloraba, temblorosa, mientras el padre me miraba con una mezcla de miedo y gratitud.

Klaus, el asocial, murió en el suelo de esa casa, sin decir una palabra. Supongo que, en aquellos campos, también había gente mala junto a todos aquellos santos inocentes que no lograron

escapar.

El padre se acercó a su hija, murmurando algo en polaco, agradeciéndome en voz baja mientras abrazaba su cuerpo tembloroso. Jakob se acercó a mí, tocándome el brazo.

—Has hecho lo correcto, Hugo —me dijo con un tono bajo y serio —. Se lo merecía.

Éramos fugitivos, buscadores de la libertad, pero no asesinos ni criminales. Nosotros no, él quizá.

La madre, temblando, nos ofreció más ropa, comida… y algo aún más valioso: una ruta hecha por su marido hacia Eslovaquia. Nos dijo que, si seguíamos el camino indicado, podríamos cruzar la frontera y llegar a territorio controlado por los soviéticos. Era nuestra única esperanza.

Amanecía cuando dejamos la casa, cargados con ropa nueva y alimentos. Klaus quedó atrás, enterrado en una tumba improvisada junto al bosque, bajo el peso de lo que había ocurrido esa noche.

Aquel fue el primer muerto que vi. Bueno, no era el primero, no podía contar cuántos cuerpos había visto en Auschwitz, apilados como si fueran basura, cuerpos sin nombre ni historia; tampoco los que en las calles de Barcelona, años antes, los vecinos rescataban entre los escombros. Pero él fue el primero que maté yo. Esa navaja que clavé en su espalda, el ruido sordo al atravesar la carne, el calor de la sangre en mis manos… todo se me quedó grabado como una marca, mucho más profundo que cualquier hambre o frío que hubiera padecido, mucho más que el calor o la sed.

El cansancio era abrumador, pero, cada vez que cerraba los ojos, veía su cuerpo retorcido, la vida escapando de él en un segundo. Nunca había querido matar a nadie. No sé si lo hice por la muchacha, por mí mismo, o simplemente porque algo dentro de mí no podía soportar más la brutalidad de todo aquello. Quizá fue el instinto, ese mismo que me había mantenido con vida desde que cruzamos las alambradas de Auschwitz.

—¿Alguna vez pensaste que te convertirías en esto? —pregunté, con la mirada fija en Vlad mientras nos adentrábamos en el bosque.

Jakob estaba al otro lado, mirando sus manos sucias, llenas de cortes y cicatrices. Tardó un momento en responder.

—¿En un superviviente? No. Nunca. —Sus palabras eran tan sencillas, tan cargadas de resignación, que sentí que estaba hablando también por mí—. Pero aquí estamos. Sobrevivimos porque no tenemos opción. No es lo que quería, pero la guerra no nos deja elegir. Miradnos a Mikhail y a mí —comentó señalando al frente, donde se encontraba su compatriota enfilando el camino—. Una revolución y después una guerra. Queremos la libertad. Y, si esto se termina, vivir tranquilos sin obligaciones de nada. Tranquilidad.

La guerra no nos deja elegir, repetí en mi mente una y otra vez. Tal vez tuviera razón. Quizá ninguno de nosotros fuera realmente responsable de lo que había hecho. Quizá fuera simplemente la naturaleza de todo esto, de la desesperación. Pero, incluso entonces, había una parte de mí que no podía aceptar esa justificación.

—Así que gracias —se limitó a decirme—. Por tu valentía el otro día.

«Gracias». La palabra resonó en mi mente durante días. Gracias por matar a un hombre. Gracias por salvar a su hija. Era una mezcla de horror y alivio, una paradoja que no podía resolver. ¿De verdad era algo por lo que debía sentirme agradecido? Había hecho lo necesario, sí, pero el costo… el costo era algo que cargaría el resto de mi vida.

El hambre seguía presente, siempre acechando, pero, después de aquella noche, parecía que algo dentro de mí había cambiado. Había cruzado una línea. Una vez que matas a alguien, incluso si es por una razón que crees justa, no hay vuelta atrás. Las personas no están hechas para matar. O, al menos, yo no lo estaba.

HUGO

Kiev, territorio de Ucrania ocupado por la URSS, diciembre de 1943

La ciudad estaba todavía cubierta por un manto de polvo, escombros y cenizas de la reciente ocupación alemana y su posterior liberación por los soviéticos. El aire olía a tierra revuelta y las calles, aunque transitadas, aún tenían esa sensación de desolación que deja la guerra cuando ha pasado sobre todo lo que alguna vez fue normal. Las fachadas de los edificios estaban marcadas por el impacto de los proyectiles, y las ventanas, muchas de ellas rotas, dejaban entrever cortinas rasgadas que colgaban como trapos viejos.

La batalla por Kiev había sido intensa, una de las tantas en el prolongado y sangriento enfrentamiento entre los soviéticos y los alemanes en el frente oriental de la guerra. Desde el principio, sabíamos que la ciudad, ocupada por los nazis durante casi dos años, era un símbolo tanto para Stalin como para Hitler. Los ecos de la resistencia soviética y el férreo control nazi impregnaban cada calle, cada edificio, pero los soviéticos ya no podían permitirse más derrotas importantes. Para Stalin, Kiev no solo era un objetivo estratégico, sino un trofeo, una reivindicación después de haberla perdido al principio de la guerra.

Los alemanes, que se habían atrincherado, no cedieron sin luchar. Desde las primeras horas, el bombardeo soviético sobre la ciudad fue feroz. Las explosiones sacudieron los cimientos de Kiev mientras las bombas caían sobre los búnkeres nazis y los edificios utilizados como cuarteles por los ocupantes. La artillería soviética no dejó descansar ni un rincón de la ciudad. A veces, los sonidos eran tan ensordecedores que parecían fundirse en un ruido constante, como si el cielo mismo estuviera gritando.

Los partisanos ucranianos, que llevaban meses luchando en las

sombras, atacaban en silencio detrás de las líneas alemanas. Sabotearon suministros, tendieron emboscadas y, en algunos casos, colaboraron estrechamente con los soviéticos. Para ellos, la batalla de Kiev era personal; no solo se trataba de expulsar a los nazis, sino de vengar la brutal ocupación, las deportaciones masivas y las ejecuciones en masa, especialmente en lugares como Babi Yar, donde decenas de miles de judíos, prisioneros de guerra y civiles fueron asesinados por los nazis.

Finalmente, el 6 de noviembre, las fuerzas soviéticas rompieron las defensas alemanas en el centro de la ciudad. Los tanques rugían por las calles destrozadas, aplastando todo a su paso mientras los soldados avanzaban detrás, luchando por tomar los últimos bastiones nazis. Los alemanes, conscientes de que ya no podían mantener Kiev, comenzaron a retirarse hacia el oeste, pero lo hicieron de manera desordenada. Muchos se quedaron atrapados dentro de la ciudad y fueron hechos prisioneros o murieron en los combates.

Así había quedado la ciudad: calles cubiertas de escombros y cadáveres, edificios reducidos a esqueleto y polvo y el silencio ensordecedor tras el último disparo. Los soviéticos se movieron rápidamente para hacerse con el control absoluto de la ciudad, mientras los habitantes emergían lentamente de sus refugios. Hubo llantos y abrazos entre los que se reencontraban, pero también un aire de resignación. La ciudad había sido liberada, sí, pero el costo había sido inmenso.

Kiev, con sus iglesias doradas y su rica historia, ahora era una ciudad rota, pero los soviéticos lo proclamaron como una gran victoria. Para ellos, fue un punto de inflexión, un símbolo de que el avance hacia el oeste continuaba imparable. Stalin hizo que la reconquista de Kiev fuera un momento de orgullo nacional, un logro propagandístico que demostraría que la Unión Soviética no solo resistía, sino que también empezaba a ganar terreno.

La vida en la ciudad comenzó a retomar lentamente su curso, pero todo se movía bajo una capa de desolación. Los soviéticos no perdieron tiempo en reorganizar el caos; habían empezado a movilizar gente desde las zonas ocupadas para repoblar lo que antes

era una metrópolis vibrante. Muchos de esos desplazados veníamos de lugares como Eslovaquia, donde la guerra había dejado ciudades arrasadas y sin futuro. Se hablaba de la «reconstrucción soviética», pero en las calles se respiraba el vacío, un silencio palpable, interrumpido solo por el eco lejano de los pasos y el sonido metálico de algún martillo que caía sobre las ruinas.

Los refugiados llegaban en trenes desvencijados, famélicos y agotados. Entre ellos estábamos Jakob y yo, dos figuras más en una marea de seres que intentaban agarrarse a lo que fuera que les ofreciera la vida. El viaje desde Eslovaquia había sido un alivio para nosotros, aunque un sentimiento nos decía que Kiev tampoco sería un lugar seguro para quedarse.

No todos teníamos la misma suerte ni sentíamos lo mismo. Vlad y Mikhail se habían mostrado extremadamente eficientes a la hora de facilitarnos una nueva vida en Kiev. No había sido casualidad. Me di cuenta pronto de que no eran simples soldados ni refugiados que habían salido adelante por su carisma o determinación. Eran dos figuras importantes dentro del régimen soviético con los que Hitler y sus aliados querían terminar, con conexiones profundas en el partido y en el aparato militar que gestionaba el país. Dos peces gordos dentro de aquel sistema que se había ido estableciendo en Rusia. Tan solo hubo que ver cómo llegamos al territorio ruso. Les faltó abrazarlos tras verlos. Nos ofrecieron todo tipo de comodidades disponibles.

Una mañana, todavía en territorio eslovaco, Mikhail me llevó aparte después de una larga conversación sobre nuestros próximos pasos. Nos encontrábamos en una pequeña tienda de campaña que nos habían asignado en uno de los campamentos que el régimen estaba utilizando para realojar a los desplazados.

—Hugo, tienes que entender algo —me dijo, mientras encendía un cigarrillo, enfundado en su inmaculado traje militar cargado de eslabones que determinaban su valía y trabajo bien hecho por la nueva URSS, observándome a través del humo que flotaba en el aire frío de la habitación de principios de otoño—. Lo que hemos hecho por ti y por Jakob no lo hacemos por cualquiera. —Su tono era firme, casi paternal, pero con un filo subyacente que no podía

ignorar—. Hemos conseguido que te den un lugar donde vivir, pero hay una condición que debes aceptar por Vladímir y por mí. Nosotros solo podremos protegerte si nos haces caso.

Sentí que el peso de lo que iba a decirme caía sobre mis hombros antes incluso de que abriera la boca. Me pasé la mano por la cabeza, donde el pelo ya me había crecido bastante tras los meses que habíamos pasado huyendo tras salir del campo, comiendo lo necesario para ganar peso, no mucho, pero sí lo suficiente para no caerme al suelo en cualquier momento.

El aire en la habitación parecía volverse más denso y no hacía falta ser adivino para saber lo que venía.

—Tienes que ser discreto —continuó—. Moscú es un lugar lleno de oportunidades, pero también está lleno de ojos. Y esos ojos siempre están buscando algo que no encaje, algo que puedan usar en tu contra. Lo que eres —hizo una pausa, como si estuviera eligiendo cuidadosamente sus palabras—, lo que haces con otros hombres… no puede salir a la luz. Aquí, no.

Me quedé en silencio, mirando la brasa del cigarrillo que Mikhail sostenía entre sus dedos. Sabía a lo que se refería. Había pasado toda mi vida consciente de que mi forma de amar no era algo que se pudiera mostrar al mundo abiertamente, pero escuchar esas palabras, esa advertencia directa, hizo que el frío en la habitación se sintiera aún más penetrante.

Los meses me habían dado el poder de entender su ruso mezclado con el francés. Y nos entendíamos a la perfección. Lo que había entendido era lo que era.

—Lo entiendo —respondí al fin, tratando de mantener la calma—. No haré nada que os pueda comprometer.

Mikhail me miró fijamente, en busca de algún signo de duda en mis ojos.

—No es solo una cuestión de lo que digas, Hugo. Es cómo te comportas, cómo te mueves. Estás bajo nuestra protección ahora, pero eso tiene límites. Si alguien se entera… no podremos ayudarte. Y ya sabes cómo se manejan estas cosas aquí. —Aspiró profundamente su cigarrillo, dejando escapar el humo lentamente.

Vlad entró en la habitación en ese momento, como si hubiera

sentido la tensión. Traía consigo dos vasos de vodka, que dejó en la mesa frente a nosotros. Me sonrió de manera cálida, como siempre lo hacía, pero también con esa calma casi aterradora que siempre lo rodeaba.

—Hugo, estamos aquí para ayudarte. Queremos hacerlo —dijo Vlad, sirviendo el vodka con manos precisas—. Pero Mikhail tiene razón. El partido tiene sus reglas y, si quieres sobrevivir en este nuevo mundo que estamos construyendo, tendrás que adaptarte a ellas. Con una nueva identidad, no te será difícil pasar desapercibido y abandonar tu pasado.

Asentí, con la mirada perdida entre las manchas de la tela de la tienda. Eran diminutas, oscuras y como salidas de un pincel.

—Eres pintor, ¿verdad? —me preguntó Vladímir, bajo el bigote rubio que le había crecido—. Escuché hace unas semanas que lo hablabas con Jakob.

Asentí con la cabeza.

—Píntanos.

—No tengo nada —susurré.

Sin darme cuenta, los dos se levantaron entre risas y entraron un lienzo ya pintado y muchos óleos. Me sonreí.

—¿Te sirve? —me preguntó Vlad con una sonrisa pícara.

Al desvelarlo, me encontré con un retrato de la zarina. La imagen, pintada en un estilo clásico, mostraba a la emperatriz en su majestuosa grandeza: su rostro sereno, los ojos altivos y el vestido lleno de detalles, tejido con hilos dorados y adornado con joyas que brillaban con una luz opaca. Parecía inmortalizada en su gloria imperial, un símbolo de un mundo perdido.

Debí de responder con desconcierto. Nunca me hubiera imaginado que me darían un lienzo así. Me acerqué lentamente, casi con reverencia, como si la imagen de la zarina todavía impusiera respeto, incluso en ese rincón de Kiev, ahora bajo control soviético.

—¿Queréis que pinte sobre esto? —pregunté, sintiendo que tal vez había algún malentendido—. ¿Encima de ella?

Vlad, que estaba apoyado contra la pared con una expresión de satisfacción, sonrió con desdén.

—Sí, exactamente, Hugo —respondió con una risa seca—. Sobre

esa escoria.

«Escoria». La palabra me golpeó con fuerza. Estaba claro que, para ellos, el retrato de la zarina no era más que un vestigio de la opresión aristocrática, un símbolo de todo lo que el régimen soviético despreciaba. Para Vlad y Mikhail, aquella imagen representaba el pasado que ellos estaban decididos a destruir, para levantar un nuevo mundo sobre las cenizas del antiguo.

Nosotros veníamos de ser considerados escoria en otro lado y, ahora, yo me iba a convertir en el que pintara por encima de otra escoria. La historia era diferente, pero la palabra era la misma. Su veneno ya lo conocíamos. La historia cambiaba, las caras eran distintas, los que iban a tomar la vara de mando también eran diferentes, pero la palabra seguía intacta.

—Es solo un recuerdo de una época que ya no existe —dijo Vlad con la dureza habitual en su tono—. El pasado de los zares, de la realeza y su falsa grandeza ha terminado. Ahora es nuestro turno. Y tú, Hugo, tienes el poder de transformar eso. Pinta algo que importe de verdad, algo que hable del presente y del futuro.

Miré de nuevo el retrato. Era una obra bien ejecutada, técnicamente impecable, pero cargada de esa vanidad vacía que tanto había definido a la monarquía rusa. No me dolía pintar encima, pero lo que sí me golpeó fue la idea de lo que representaba hacerlo: una época que había sido borrada sin piedad. Aun así, entendí la orden. Tenía que pintar algo nuevo, algo acorde con los tiempos que corrían. Tras la Revolución de Octubre, aquellos cuadros no tenían cabida en ninguna ciudad rusa. Tenía que convertir a esa zarina en un símbolo de su derrota.

—Queremos ver lo que puedes hacer, Hugo —añadió Vlad, entregándome pinceles y pinturas que habían conseguido a través de sus contactos—. Aquí tienes todo lo que necesitas. Demuéstranos tu arte.

Sentí una mezcla de emociones, un nudo en el estómago que no sabía cómo desatar. Hacía meses que no tocaba un pincel, desde antes de Auschwitz, antes de la huida, antes de todo. El simple hecho de sostener el pincel entre mis dedos temblorosos me resultaba casi extraño, como si una parte de mí hubiera olvidado lo

que significaba crear, pero, al mismo tiempo, el deseo de pintar, de expresar lo que había quedado atrapado en mi interior durante tanto tiempo, se hacía cada vez más fuerte.

Agarré el pincel con las manos aún algo temblorosas y mojé las cerdas en la pintura. El primer trazo sobre el rostro de la zarina fue profundo, cubriendo la altivez de su mirada con un rojo oscuro que sangraba sobre el lienzo. Era como si, con cada pincelada, estuviera borrando no solo su imagen, sino también todo lo que ella representaba. Vlad y Mikhail observaban en silencio, sus ojos fijos en mis manos, esperando ver qué surgiría de las cenizas de esa mujer olvidada.

Mientras pintaba, pensé en todo lo que había visto en los últimos meses. El hambre, la muerte, la desesperación, todo ello se mezclaba en mi mente y encontraba salida en ese lienzo. Cada trazo nuevo era una liberación, pero también una condena. Estaba transformando a la zarina en algo nuevo, algo oscuro y brutal, algo que representaba el presente y no ese pasado dorado que ya no existía. El rostro altivo fue desintegrándose bajo mis manos, reemplazado por figuras abstractas, distorsionadas, que hablaban de un nuevo orden, de lucha, de sobrevivir a toda costa.

—Tranquilo, tómate tu tiempo —dijo Mikhail, observándome desde un rincón. Su tono era relajado, pero sus ojos parecían estudiar cada uno de mis movimientos.

Pinté con rabia, con pasión. Los meses de miedo, de frío y hambre, de esconderme de la muerte, de perder la fe en la humanidad, todo eso salió a la superficie a través de la pintura. Los colores eran oscuros, cargados de emociones profundas: un rojo que parecía sangrar, un azul tan frío como las noches en los campos y un negro que lo envolvía todo, pero dejaba entrever pequeños destellos de esperanza.

No recuerdo cuánto tiempo pasó. Podría haber sido una hora o un día entero, pero, cuando terminé, el sudor me empapaba la frente y mis manos temblaban, esta vez no de miedo, sino de la intensidad de lo que había dejado salir. Me di cuenta de que había estado conteniendo la respiración durante gran parte del proceso.

Me alejé un poco del lienzo, observando lo que había creado.

Vlad y Mikhail se acercaron despacio manteniendo sus ojos fijos en la obra. El silencio en la sala ahora era diferente, más denso, más cargado de significado.

—Es increíble —murmuró Vlad finalmente—. No sabía que alguien pudiera hacer esto después de todo lo vivido. Eres un artista, Hugo.

Mikhail simplemente se quedó mirando la pintura durante lo que me parecieron minutos eternos, sin decir nada. Su rostro, normalmente imperturbable, se había suavizado, como si estuviera viendo algo que no esperaba encontrar.

—Esto es más de lo que esperábamos, Hugo —dijo Mikhail finalmente, con un tono de respeto que nunca le había escuchado usar antes—. Tu talento es extraordinario.

Sentí algo dentro de mí que hacía mucho no sentía: orgullo. No por haberlos impresionado a ellos, sino porque, por primera vez en meses, me había reencontrado con una parte de mí mismo. Pintar de nuevo no había sido solo un acto de supervivencia, sino un acto de rebelión contra todo lo que me había sido arrebatado. En ese lienzo, había dejado algo mío que ni siquiera Auschwitz, ni los nazis, ni la guerra me habían podido quitar.

Esa noche, cuando me quedé solo en la tienda, me quedé mirando el cuadro que había hecho. Las sombras, los colores, las figuras distorsionadas. Era un reflejo de todo lo que había atravesado, pero también de lo que aún quedaba por vivir. En ese momento, entendí que pintar no era solo un don, era mi manera de sobrevivir, de seguir adelante.

Los días siguientes, Vlad y Mikhail me pidieron que pintara más. Se habían convertido en mis mecenas, ofreciéndome material, espacio y tiempo para crear, pero siempre con una advertencia en sus palabras o en sus miradas: mientras mis pinturas sirvieran a los propósitos del régimen, todo estaría bien.

Me retaban a pintar los paisajes de aquella Eslovaquia rusificada en la que estábamos, que los retratara bebiendo y fumando con otros patriotas, hablando y riendo.

—Tienes un gran futuro en Moscú, Hugo —me dijo Vlad un día, mientras observaba otro de mis trabajos—. Allí necesitan artistas como tú. Los palacios, los teatros, todos los grandes edificios del

poder necesitan que sus muros hablen. Y tú puedes lograrlo.

Mikhail, siempre más pragmático, más silencioso, menos halagador, añadió:

—Solo recuerda lo que te dijimos: tu talento te abrirá puertas, pero tu vida personal tiene que quedarse en la sombra. Es un precio pequeño a pagar por la seguridad que ahora tienes.

—Pero yo quiero volver a París —dije finalmente.

Ambos se quedaron mirándome. Como si hubiera dicho una locura.

—¿A París? —se atrevió a preguntarme Vlad con los ojos abiertos como platos—. No puedes volver allí. No ahora. Atravesar Europa es una locura. Si vienes a Moscú y sobrevives quizás algún día puedas volver. Esto terminará, Hugo, y, si vives para contarlo, volverás a París, pero no lo hagas ahora. El hecho de intentarlo es una locura. En cuanto pongas un pie en el Tercer Reich con el tatuaje en el brazo, te devolverán a un campo y terminarás en la cámara de gas.

Asentí, aunque por dentro sentía el peso de lo que decía como una losa sobre mis hombros. Sabía que no podía ser yo mismo completamente, que una parte de mí siempre tendría que quedarse escondida, enclaustrada, para poder seguir viviendo en esa nueva realidad. Pero, por ahora, volver a pintar había sido suficiente.

Esa noche, mientras bebíamos en silencio, me di cuenta de que, aunque ahora tendría un techo sobre mi cabeza y un trabajo esperando en Moscú, seguía siendo prisionero de mí mismo, siempre vigilado, siempre encadenado por las expectativas de los demás.

Al día siguiente, nos llevaron a un pequeño edificio en las afueras de la ciudad de Kiev, donde Jakob y yo nos instalaríamos temporalmente antes de nuestro viaje a Moscú. Era modesto, pero limpio, y la calefacción funcionaba, lo cual era un lujo en comparación con otros lugares. La ciudad seguía pareciendo vacía, casi fantasmal, pero poco a poco, llegaba más y más gente. Los soviéticos estaban decididos a repoblar Kiev, a convertirla en un símbolo de su victoria sobre los nazis, aunque el alma de la ciudad parecía haber sido arrancada por completo.

Vlad y Mikhail venían a visitarnos regularmente, asegurándose de que todo estuviera en orden. En cada visita, traían noticias del frente, información sobre cómo estaban progresando las

reparaciones en la ciudad, y, ocasionalmente, más advertencias veladas. Era obvio que ambos eran mucho más que simples funcionarios y, aunque siempre se mostraban amistosos y solidarios, también sabíamos que no debíamos cruzar ciertos límites.

—Moscú es diferente a Kiev —me advirtió Vlad una noche, mientras estábamos sentados en la cocina, bebiendo té caliente—. Allí tienes más oportunidades, más gente con la que relacionarte. Pero también tienes más ojos sobre ti. Allí, los artistas son necesarios, y tú tendrás un buen lugar si sabes jugar bien tus cartas. Eres exactamente lo que buscan, Hugo. Solo asegúrate de que no encuentren algo que puedan usar en tu contra.

Jakob, siempre tan callado y pensativo, asintió a todo, pero rara vez decía algo. Estaba agradecido por la ayuda, pero creo que ambos sabíamos que nuestra libertad tenía un precio. Uno que yo, especialmente, tendría que pagar con mi silencio y mi capacidad para ocultar mi verdadero yo.

Mientras el sol comenzaba a amanecer sobre Kiev, con la ciudad despertándose lentamente a una nueva realidad de reconstrucción, me quedé mirando por la ventana de nuestra modesta habitación. Sabía que pronto dejaríamos Kiev y que mi destino sería Moscú, una ciudad prometedora pero llena de peligros. Afuera, las calles seguían vacías, pero, en mi interior, el bullicio de mis pensamientos era ensordecedor.

Mirando desde aquella ventana sin balcón ni vistas como la que tenía en París, sentía que llegar a la ciudad había sido casi un milagro. Después de haber cruzado la frontera y encontrarnos con los primeros soldados soviéticos, Mikhail y Vlad se movieron rápido, aprovechando algunos contactos que todavía tenían de antes de la guerra. Nos condujeron primero a un campo de refugiados, un lugar lúgubre en las afueras donde las tiendas de campaña se alineaban en un descampado bajo el cielo gris y opaco. Allí nos hicieron preguntas, demasiadas. Querían saber quiénes éramos, de dónde veníamos, y, sobre todo, si podíamos ser útiles. Para los soviéticos, la utilidad lo era todo. Y yo no me sentí útil. No para aquel engranaje.

A veces, cuando todo parecía calmarse, cuando los días pasaban

con una engañosa normalidad, me encontraba mirando el número en mi brazo. Aquellos tatuajes que nos habían grabado en Auschwitz. Era como si mi piel, mi propio cuerpo, ya no me perteneciera del todo, marcado para siempre por esa cicatriz indeleble. El número era una constante, un recordatorio silencioso de lo que había soportado, de lo que nos habían hecho a todos nosotros.

Había noches en las que, incapaz de soportar la vista de ese trozo de piel, corría al lavabo, agarraba un trozo de jabón y comenzaba a frotar. Lo hacía con fuerza, como si pudiera arrancar el tatuaje de mi piel. Me frotaba hasta que la piel se enrojecía, quemaba y el agua helada caía sobre el número que nunca se desvanecía. Me decía a mí mismo que no era real, que solo necesitaba un poco más de esfuerzo, un poco más de fuerza para borrarlo, pero el número seguía ahí. Siempre seguiría ahí.

Cada vez que lo miraba, revivía esos días de horror, humillación y dolor. Los gritos, los golpes, el hambre… la deshumanización sistemática. Ese número no era solo tinta en mi piel, era el testimonio de las veces que me trataron como si no fuera nada, como si mi existencia se redujera a una cifra, un registro en una lista interminable de horrores. Y no importaba lo lejos que llegara de aquel lugar, lo que intentara construir, ese número estaba siempre conmigo, como una sombra alargada de Auschwitz.

Las visitas de nuestros compañeros de fuga cada vez se intensificaban más. Siempre traían noticias del frente, de cómo la guerra avanzaba lentamente hacia Occidente y de cómo la URSS intentaba reconstituir lo que quedaba de Ucrania. En cada visita, se aseguraban de que estuviéramos bien provistos de lo básico: un poco de comida, ropa para el frío, y, ocasionalmente, libros o periódicos viejos, donde las victorias soviéticas eran celebradas con titulares grandilocuentes. Jakob y yo aceptábamos lo que nos daban, pero no podíamos dejar de sentir el peso de la vigilancia constante.

Y la noticia llegó de repente, sin previo aviso. Una mañana de finales de noviembre, pasó. Sin esperarla.

Al llegar, Vlad y Mikhail me dieron unos papeles. Me quedé en silencio mientras leía, intentando procesar lo que eso significaba. No

entendía prácticamente nada de lo escrito en ruso, pero algunas palabras me bastaban para entender que solo había un pasaporte nuevo. Jakob no estaba en sus planes. No figuraba en los planes del régimen. No era útil. Esa palabra, tan fría y tajante, lo había condenado. Me dolía pensarlo, pero sabía que era así: para los soviéticos, Jakob era solo una boca más que alimentar, alguien sin un propósito claro en su nuevo sistema.

El silencio en la habitación se volvió opresivo cuando lo miré y vi cómo él, que siempre había sido tan reservado, intentaba procesar lo que estaba pasando. Lo supe en el momento en que nuestras miradas se cruzaron. Esa separación iba a suceder y no había nada que pudiéramos hacer para evitarla. Me levanté lentamente, con el peso de esa verdad cayendo sobre mí, mientras él, sentado en el borde de la cama, apretaba los puños en un intento inútil de contener el dolor.

—No puedo irme sin ti —murmuré, aunque sabía que era una mentira. No podía hacer nada para detenerlo.

Jakob levantó la vista, su rostro demacrado tras meses de miseria y privación, y negó con la cabeza.

—Ellos no me quieren allí —susurró con amargura—. No soy como tú, Hugo. No tengo un lugar en su sistema.

El aire entre nosotros se cargó de una tensión que nunca antes había existido. No habíamos hablado mucho de lo que vendría después de Kiev, pero ambos habíamos asumido, tal vez ingenuamente, que estaríamos juntos, que de alguna manera podríamos salir de todo esto como un equipo, como dos sobrevivientes unidos por un destino común. Pero el destino tenía otros planes.

—Desde Moscú… será diferente —intenté decir, aunque las palabras se me atragantaban en la garganta—. Tal vez pueda hacer algo por ti una vez que esté allí.

Jakob me miró, y en sus ojos vi una mezcla de tristeza y resignación. Sabía que mis palabras no significaban nada, que no había promesas que pudiera hacer que cambiaran lo que estaba a punto de suceder.

—No te engañes, Hugo. Sabes lo que soy para ellos. Un susurro,

una sombra. Soy nada. Parece que los judíos no tengamos sitio en Europa.

Vlad me miraba fíjamente. Fue Mikhail el que, tras una pausa, comentó:

—Hugo, a Jakob lo enviarán a Palestina. Allí hace años que se asientan miles de judíos que desde toda Europa tratan de encontrar un sitio en Jerusalén, o en cualquier orilla de Jordán. Hasta han creado una ciudad: Tel Aviv.

Jakob se levantó de la cama y caminó hasta la puerta, con la mandíbula tensa. No dijo nada, pero en sus ojos había un abismo que no podía ignorar. Intentó mantener la calma, pero el dolor era evidente. Sabía lo que esto significaba para él, lo que significaba para nosotros.

Me quedé mirando la escena. Cómo Jakob contenía la rabia. Cómo yo intentaba buscar mil planes alternativos para no separarme de mi amigo. Cómo los otros dos nos miraban, atentos, sin apenas moverse ni parpadear, como si aquello no los fuese a alterar.

El silencio que siguió a las palabras de Mikhail me dejó en blanco. Me quedé mirando a Jakob, buscando alguna señal de que esa noticia, de que esa posibilidad le diera algo de esperanza, pero su expresión no cambió. Era como si las palabras apenas hubieran hecho mella en él, como si el destino que le prometían no significara nada en comparación con lo que estábamos perdiendo en ese momento.

Vlad seguía mirándome fijamente, impasible, como si estuviera esperando mi reacción o quisiera fulminarme con la mirada puesta en mis pantalones de pinzas marrones, desgastados, pero suficientes para cubrirme del frío. No había emoción en su rostro, solo una frialdad calculada, como si ya supiera que no tenía elección. Mikhail, en cambio, parecía estar intentando suavizar el golpe, pero incluso él sabía que no había forma de disfrazar lo que estaba pasando.

—¿Palestina? —repetí en un débil susurro.

La palabra sonaba extraña, como un concepto distante, algo que no tenía forma ni significado real para nosotros. Sabíamos de la existencia de ese territorio, de las promesas que se estaban

haciendo en su nombre, pero nunca lo habíamos considerado una posibilidad. Para Jakob, era como enviarlo al otro lado del mundo.

—Una ciudad para los judíos —murmuró Jakob, como si estuviera probando las palabras, intentando entender lo que eso significaba—. Algo nuevo, dicen. Pero ¿qué hay de lo que dejamos atrás? ¿De lo que hemos perdido? ¡Mi familia está en Alemania! —gritó mientras se encaraba a Vladímir.

—No quedará nadie de tu familia en Alemania —afirmó mientras se notaba el enfado y desespero en sus palabras—. ¿Qué piensas? ¿Que te estarán esperando al llegar? Asúmelo, habrán corrido el mismo destino que tú o peor. Eres un afortunado.

Tras sus palabras, la habitación se llenó de un silencio tenso. Sabíamos que no había respuestas sencillas. Los soviéticos no estaban interesados en nuestra nostalgia, en nuestros recuerdos, en lo que habíamos perdido. Ellos solo querían deshacerse de lo que consideraban un problema, y Jakob, para ellos, no era más que un obstáculo en su maquinaria. Un hombre sin utilidad, un sobreviviente que no encajaba en sus planes.

—Es una oportunidad, Jakob —dijo Mikhail con más firmeza, intentando sonar convincente y amable confidente al final—. Allí podrás empezar de nuevo. Todos vosotros podréis. Es un lugar donde los judíos tendrán su propio hogar, lejos de todo esto.

—Un hogar… —repitió, sacudiendo la cabeza con incredulidad—. He perdido tantos hogares que ya no sé qué significa esa palabra.

Sentí un nudo en la garganta. Parecía que estuviese hablando de mí. Podía imaginar lo que estaba pasando por la mente de Jakob en ese momento. Estaba a punto de perderlo todo de nuevo, y esta vez no sería por la brutalidad de un campo de concentración ni por los horrores de la guerra, sino por las frías decisiones de un sistema que no nos veía como personas, sino como piezas que debían ser movidas de un lado a otro.

—Jakob, tal vez sea una nueva vida —dije intentando buscar las palabras adecuadas—. Algo que no sea esto. Algo mejor.

Jakob me miró y en su mirada pude ver una tristeza profunda, un agotamiento real.

—Hugo, no me engaño. Sabes tan bien como yo que no hay nuevo

comienzo para nosotros. Solo hay otro lugar donde sobrevivir. Otro lugar donde nos convertirán en sombras.

Nos quedamos en silencio, la distancia entre nosotros cuatro era cada vez más palpable, aunque estábamos a solo unos pasos. Sabíamos que ese era el final, o al menos un final para nosotros como lo habíamos conocido. A mí me esperaba un tren hacia Moscú y, a Jakob, un futuro incierto en Palestina. Y Mikhail y Vlad, bueno, ellos seguirían luchando por esa URSS que tanto amaban.

Nos dieron unos minutos más, en lo que era un gesto inusualmente considerado de su parte. Cuando el momento finalmente llegó, cuando no hubo más tiempo ni más palabras, Jakob me abrazó con fuerza, un gesto que lo decía todo sin necesidad de más explicaciones.

—Vive, Hugo —me dijo al oído—. Vive, y haz que valga la pena todo esto.

Me aparté de mi amigo con el corazón roto, sabiendo que no había manera de prometerle lo mismo. Y, luego, antes de que pudiera pronunciar nada más, los dos soldados me separaron de él.

—No hay nada que podamos hacer —intervino, al fin, Mikhail con su voz grave, en una mezcla de ruso y francés que acababa, sin embargo, rusificada del todo. Era el poder que tenía la URSS. Rusificarlo todo en un momento—. Esto no es una negociación.

El peso de la realidad era aplastante. Yo iba a Moscú porque tenía algo que ofrecerles: mis manos, mi arte, mi capacidad para crear algo útil para su régimen. Pero Jakob, para ellos, no era más que un hombre roto, un sobreviviente que no encajaba en la maquinaria soviética. Sentí una mezcla de rabia y frustración, porque sabía que el valor de una persona no debería reducirse a su utilidad, pero allí, en ese momento, todo se resumía en eso.

Sentí cómo me llevaban pasillo afuera mientras trataba de agarrarme a las paredes, a los marcos de las puertas, al pasado. Una despedida más y una vida menos. Otra vida se me escapaba entre las manos y no podía hacer nada para remediarlo. Nos obligaron a separarnos, empujándonos literalmente a caminos diferentes, y el vacío que se abrió entre nosotros parecía irreparable.

—Cuídate, Hugo —oí gritar a Jakob—. No dejes que te rompan. No

te fíes de nadie.

No pude responderle. Y supe que esa sería la última vez que lo vería. Me quedé allí, inmóvil, dejando que me arrastraran escaleras abajo, sintiendo una presión en el pecho que apenas me dejaba respirar. La sensación de pérdida era abrumadora, y no importaba cuántas veces intentara convencerme de que era lo correcto, de que era la única opción: el vacío de su ausencia era insoportable. Había perdido a todo el mundo. Nunca había conseguido que la gente se quedara a mi lado.

Me tiraron en la parte de atrás de una furgoneta sin ventanas, el metal frío de la carrocería se me clavaba en la espalda y el olor a gasolina y moho me llenaba los pulmones. El motor rugió y supe que mi vida había dado otro giro irreversible. No había despedidas adecuadas, solo la fría eficiencia de los soldados, el cierre brusco de la puerta y el silencio opresivo del interior del vehículo.

El traqueteo de la furgoneta me hizo estremecer, pero no solo por el movimiento. Era una sensación de vacío, de saber que cada kilómetro que avanzábamos me alejaba más de Jakob, de Pablo, de París, de mi abuela y de todo lo que había conocido hasta ese momento. Quise imaginarlo a salvo, camino de Palestina, pero la imagen se desvanecía tan rápido como aparecía. Solo me quedaba la certeza de que yo iba a Moscú, a enfrentarme a un futuro que no controlaba, rodeado de hombres que no conocía ni en los que podía confiar.

El interior de la furgoneta era sofocante y mi mente no dejaba de volver al número en mi brazo, aquel número con el que me habían marcado en Auschwitz. Me lo froté sin pensar, con la fuerza suficiente para que la piel me empezara a arder, como si al hacerlo pudiera borrar todo lo que había pasado. Me picaba de rabia. Y, cuanto más me picaba, más me rascaba, pero el tatuaje no se iba y, por más que lo frotara con mis dedos, por más que lo restregara con agua y jabón, siempre estaría ahí. Una marca, una cicatriz, un recordatorio imborrable de lo que me habían hecho y de lo que había sobrevivido.

Frustrado, dejé caer mi mano. No había escapatoria, ni de ese número, ni del pasado, ni de la furgoneta en la que me llevaban.

Sabía que, aunque lograra enterrar mi homosexualidad, aunque pintara y me convirtiera en el artista que los soviéticos querían, siempre habría algo que no podría esconder. Mis pensamientos, mi miedo, el peso de las sombras que me seguían.

El viaje a la estación duró horas, o tal vez solo minutos; el tiempo ya no significaba nada. Me aferré al único pensamiento que me mantenía cuerdo: la pintura. Volver a pintar había sido un alivio, una pequeña chispa de vida en medio de la oscuridad. Recordaba la sensación de volver a mover el pincel sobre el lienzo, de ver cómo las formas y los colores volvían a cobrar sentido. Era como si parte de mí estuviera despertando de un largo letargo. Quizá, solo quizá, eso podría salvarme en Moscú.

Pero, en ese momento, tirado en la parte de atrás de una furgoneta sin ventanas, me sentía más prisionero que nunca.

El tren partió al amanecer y, mientras dejaba Kiev atrás, no pude evitar sentir una mezcla de alivio y miedo. La ciudad, aunque devastada, había sido un refugio, un lugar donde había empezado a recuperar parte de mi identidad. Ahora, el horizonte se abría ante mí y, aunque el destino prometía más estabilidad, también traía consigo nuevas sombras que tendría que aprender a esquivar. Sin equipaje y únicamente con tres documentos entre mis piernas, reposando sobre el asiento. Un nuevo pasaporte con otra identidad, un billete de tren y un papel con una dirección.

Abrí el pasaporte y memoricé el nombre que había allí escrito: Alexandr Borísov.

1 de enero de 1944: Berlín es bombardeada por la Real Fuerza Aérea británica con unos 700 bombarderos, hecho que se repetirá al día siguiente.

19 de marzo de 1944: Temiendo que Hungría abandone la alianza del Eje ante el avance aliado en Europa, los alemanes ocupan Hungría y obligan a su regente, el almirante Miklos Horthy, a designar a un primer ministro proalemán.

PABLO

Montecassino, Reino de Italia, mayo de 1944

Las bombas nos caían encima. Aquel día, escondido en un lateral del monte que resguardaba las ruinas de la abadía de Montecassino, fue uno de esos en los que me di cuenta de que no había vuelta atrás. Había cruzado Italia, habíamos pasado el estrecho meses atrás, habíamos navegado por el Atlántico mucho antes… pero, hasta que no llegué a Montecassino, no fui consciente de nada.

Para mí, al final, la guerra había quedado en el que fui en París, en el que había llegado a Ginebra esquivando oficiales de las SS y revisores de tren, en el que se había subido a un avión en un país neutral y aterrizado en Londres. Allí la guerra, por mucho que la sintiéramos como propia, se veía lejana. En nada se le parecía la Europa devastada a aquella Inglaterra herida y que veía cómo los horrorizados llegaban a ella.

Las explosiones alemanas hacían vibrar el suelo bajo mis pies, mientras los aviones aliados rugían sobre nuestras cabezas. Habíamos escalado colinas, atravesado ríos y librado batallas imposibles para llegar hasta allí, y ahora, frente a nosotros, se alzaba aquella antigua abadía en ruinas, un recordatorio silencioso de los siglos de historia que habían sido arrasados por la guerra. Habíamos pasado frío, en Italia hacía tanto frío como en París y, conforme la primavera iba avanzando, hacía tanto o más calor que en Barcelona.

Después del desembarco en Sicilia, todo cambió para mí. Al principio, no era más que un soldado raso en las filas del ejército aliado, uno entre miles que luchaba por liberar Italia de las garras del fascismo y el nazismo. Pero la guerra tenía esa capacidad de empujarnos a situaciones inimaginables. Eso fue lo que me sucedió en Salerno. El desembarco fue brutal, angosto como la idea de atravesar un desfiladero en lo que realmente era una playa. Llovían

bombas alemanas y la playa, conforme desembarcábamos en ella, se iba convirtiendo en un caos de gritos, humo y cuerpos que yacían sobre la arena italiana. Pero, en medio de esa locura, algo en mí se encendió.

Sabía que tenía que sobrevivir, pero también sabía que podía hacer algo más que solo eso. Me moví con rapidez, organizando a los hombres a mi alrededor, dando órdenes donde hacía falta. Era curioso, pero, mientras que los demás se quedaban paralizados, yo me desenvolvía con rapidez. Había huido demasiado como para no saber dónde pisar, dónde no y en qué sitio esconderse. Para cuando el humo se disipó, ya no era simplemente uno más. Me había ganado el respeto de mis compañeros, y mis superiores tomaron nota.

Poco después de Salerno, me asignaron al mando de una pequeña unidad de reconocimiento. Fue entonces cuando comencé a ver cómo funcionaba el ejército en otro nivel. No solo era una máquina de guerra, también era una máquina política, y aquellos que sabían cómo moverse dentro de ella podían ascender rápidamente.

Lo entendí pronto, no era un necio ni me había visto obligado a estar allí. Sabía entender dónde me encontraba, por qué y a dónde quería llegar, y supe que, si quería sobrevivir y tener algún tipo de futuro después de todo, tenía que ser inteligente. Había compañeros que solo querían vencer, costara lo que costara y cayera quien cayera, pero yo, que creía en la educación, en la formación, en entender, si algo quería era comprender qué me rodeaba, por qué eran todos tan brutales. Todo era un aprendizaje. De todo había aprendido. Hasta de donde no debía haber estado.

Si quería llegar a Auschwitz, tenía que cruzar Italia y media Europa ocupada; solo no lo iba a conseguir. Y la subida por la bota italiana fue lenta, dolorosa. Cada pueblo, cada colina, cada río que cruzábamos, estaba defendido con ferocidad.

El invierno había sido especialmente cruel con nosotros. Las lluvias nos calaban hasta los huesos y el barro hacía que cualquier avance fuera lento y agotador, pues lo cubría todo, desde las botas hasta los tanques, y muchas veces sentí que estábamos peleando más contra la naturaleza que contra el enemigo. Pero, a medida que

avanzábamos hacia el norte, mis responsabilidades aumentaban. Me condecoraron por valentía en combate durante la toma de Nápoles y, poco después, me asignaron a un pelotón de reconocimiento avanzado.

La campaña en Italia no fue solo una serie de batallas, fue una prueba constante de resistencia. La Línea Gustav, que los alemanes habían fortificado a lo largo del centro del país, se convirtió en nuestra mayor barrera. Montecassino, al final de esa línea, era un bastión casi impenetrable. Los aliados intentaron asaltarlo una y otra vez, y en cada ocasión fueron rechazados con grandes pérdidas.

Por mucho que hubiera sufrido en Italia, nada me había preparado para lo que veríamos al llegar a Montecassino.

El monte se alzaba como una fortaleza natural, coronado por la histórica abadía que, hasta hacía poco, había sido un símbolo de paz y espiritualidad. Ahora, esa misma abadía era una ruina devastada por los bombardeos aliados, aunque los alemanes seguían aferrándose a cada piedra con una tenacidad impresionante. El lugar emanaba una mezcla de majestuosidad y horror, con la niebla cubriendo parcialmente las alturas, lo que añadía una atmósfera casi irreal a la batalla que se libraba.

Cuando llegamos a Montecassino, uno de los aspectos más desoladores fue la ausencia de vida. Cuando los bombardeos aliados y la ocupación nazi transformaron la zona en un campo de batalla, los habitantes de la ciudad y los pequeños pueblos cercanos fueron desplazados o huyeron por completo.

Muchos de ellos habían sido evacuados por las fuerzas aliadas o simplemente habían huido hacia el sur, tratando de escapar del conflicto que arrasaba la península italiana. La guerra no perdonaba, y Montecassino era un punto estratégico, un nudo crítico en la Línea Gustav que los alemanes defendían a muerte para evitar el avance aliado hacia Roma.

Los que no pudieron escapar a tiempo fueron arrastrados por el caos del conflicto. Algunos se refugiaron en cuevas y sótanos, en intentos desesperados por sobrevivir a los bombardeos y los enfrentamientos constantes. Pero el hambre, el frío y el terror acabaron con muchos de ellos. Los que sobrevivieron vivían en una

pesadilla perpetua, escondidos entre los escombros, temblando cada vez que un proyectil sacudía la tierra o un avión rugía sobre sus cabezas.

El símbolo de paz y espiritualidad, un lugar que había resistido siglos de guerra y destrucción, había sido casi completamente arrasado por los bombardeos aliados en febrero. La decisión de bombardear el monasterio fue extremadamente polémica, ya que los aliados creían que los alemanes lo utilizaban como puesto de observación. Sin embargo, después del ataque, se descubrió que los alemanes habían respetado el santuario hasta ese momento, y fue solo tras su destrucción que los restos de la abadía se convirtieron en una fortaleza para las tropas nazis.

Nos desplegaron en las estribaciones de la colina, uniéndonos con los polacos del II Cuerpo. Recuerdo claramente el momento en que me uní a ellos; los hombres estaban curtidos por meses de combate, pero había algo en su mirada que revelaba una determinación aún mayor que la nuestra. Eran soldados que no solo luchaban por la libertad de Europa, sino por la libertad de su propio país, sabiendo que, aunque combatían bajo el mando aliado, el futuro de Polonia estaba muy lejos de ser seguro. Eran un grupo compacto que se movía con una disciplina nacida de la desesperación tanto como del entrenamiento.

El comandante polaco que nos recibió era un hombre alto, con una barba de varios días y el uniforme embarrado, pero sus ojos eran claros y decididos.

—Bienvenido al infierno —me dijo con una sonrisa amarga y un apretón de manos—. Aquí, o mueres o vives para contar que nunca debiste venir.

Fue una bienvenida cruda, pero sincera. Éramos pocos, no debíamos de superar la decena. Diez soldados cansados, demacrados, agotados de meses sin parar. Diez autómatas que apretaban el gatillo sin saber a ciencia cierta que eso implicaba la muerte de alguien y que, por muy distinta que fuera nuestra forma de pensar, era un humano. «No se equivoque, Meier, los nazis no son humanos. No lo tratarían como tal a usted si lo capturaran», me dijo mi superior tras mi primer disparo. Tenía razón, pero era

sumamente difícil de entender.

El resto había caído por el camino, o bien habían decidido quedarse a establecer la paz en los lugares ocupados. Nosotros, al final, por orden o cabezonería, cada cual con sus razones, habíamos decidido llegar hasta Montecassino. Yo sabía a la perfección que, en ese lugar, la muerte era más probable que la supervivencia.

La niebla y el humo de los bombardeos nos envolvían, a veces no podíamos ver a más de unos metros de distancia. Cada paso era un riesgo; cada colina, una trampa mortal. Pero los polacos seguían adelante, como si nada pudiera detenerlos. Yo los seguí, sabiendo que, si alguien podía tomar esa maldita colina, eran ellos. Porque tenían rabia. Odiaban a los enemigos mucho más que cualquier otro. Los habían dejado sin patria y a los judíos que componían las filas polacas los habían enviado desde los gulags rusos a Teherán con sus familias para protegerlos. Allí se había reorganizado la Resistencia polaca.

Una noche, durante una tregua momentánea, me encontré hablando con un soldado polaco llamado Janek, un joven que apenas debía tener unos veinte años, aunque el sufrimiento le había añadido muchos más. Me seguía a todos lados, siempre unos pasos detrás de mí y esperando alguna orden. Era atractivo, con la piel clara y el pelo muy oscuro. Todo contrastaba en su semblante. La poca edad del cuerpo con la piel agrietada, el color oscuro con el claro, el temblor de sus manos con la parsimonia con la que después hablaba, las rasgos duros de su cara…

Nos sentamos al borde de una trinchera a compartir una botella de vodka que él había traído desde quién sabe dónde.

—¿Por qué estás aquí? —me preguntó, mirándome inquisitivamente mientras tomaba un trago largo.

Le conté una versión breve de mi historia, omitiendo detalles sobre quién había sido antes. Solo mencioné que había llegado desde Francia, que había escapado de la ocupación nazi y que ahora luchaba con los aliados.

Era un tipo silencioso la mayor parte del tiempo, no le molestaba escuchar, pero esa noche decidió hablar. Me miró a los ojos, como si estuviera buscando algo en mí, algo que ni yo mismo sabía que

existía, y, después de unos momentos, empezó a hablar sobre Polonia. Me di cuenta de que los pocos polacos a los que entendía y que hablaban con nosotros, los escasos ingleses que quedábamos, siempre hablaban de Polonia. Amaban Polonia. Todos a la una. Tan distintos a los españoles…

—Quiero volver a casa, Meier—me dijo en un susurro, usando el nombre que todos conocían, el nombre que había adoptado desde que llegué al ejército aliado—. Cuando esta maldita guerra termine, quiero ver mi tierra, caminar por las calles de Varsovia otra vez. Quiero saber si mi familia ha sobrevivido. Si todavía hay un hogar esperándome. Si mi familia sigue viva.

Sentí un nudo en el estómago al escucharlo. Janek había escapado del terror nazi de alguna manera que nunca me contó del todo, y ahora, después de todo lo que habíamos visto en la guerra, todavía albergaba la esperanza de volver a una Polonia libre. Una Polonia que, en mi mente, ya no existía.

Yo también quería a mi país, pero mi relación con España era mucho más complicada. Yo no podía volver allí. Ya no era el hombre que había dejado atrás en Barcelona. Solo quería seguir luchando por volver a ver lo poco que me quedaba: Hugo. Lo único que me quedaba de aquel pasado. Y eso no podía ni decirlo en alto.

—Yo también quiero llegar a Polonia, Janek —le respondí, mirando hacia el horizonte donde las explosiones iluminaban de vez en cuando la silueta de las montañas—. Pero no sé si queda algo a lo que regresar. Tampoco a qué nos vamos a tener que enfrentar si llegamos allí. Todo ha cambiado demasiado, mira a tu alrededor. Todos hemos cambiado demasiado.

—¿De qué hablas? Polonia siempre será Polonia. La han destruido otras veces, pero siempre se levanta. Mi gente sigue allí. Los nuestros resistirán.

«Los nuestros». Esa frase resonó en mi cabeza. Para Janek, «los nuestros» significaba algo más profundo. Para él, era su pueblo, su cultura, su familia. Para mí, «los nuestros» eran fantasmas lejanos, recuerdos de un pasado que había dejado atrás en mi huida.

Al cabo de un rato, guardamos silencio. Él seguía fumando, callado, pensando en su propia vida, en las posibilidades de que su

familia siguiera con vida. Sabía que las probabilidades no estaban a su favor, pero, aun así, se aferraba a la esperanza. La esperanza lo mantenía en pie.

A medida que pasaban los días, nuestra amistad se fue consolidando, pero siempre había una barrera invisible entre nosotros. Él hablaba con orgullo de Polonia, de su pueblo, de su fe, mientras que yo mantenía aquella vaguedad, aquella imprecisión en mis respuestas. Me daba cuenta de que Janek estaba desesperado por encontrar a alguien con quien compartir sus pensamientos, alguien que lo entendiera en lo más profundo. Pero yo no podía ser esa persona, no completamente.

Una tarde, mientras nos preparábamos para otro ataque, Janek me dijo algo que me golpeó más fuerte de lo que esperaba. Quizá lo había subestimado y era mucho más inteligente de lo que creía.

—¿Por qué quieres llegar a Polonia?

Me dejó blanco con su pregunta. Debí de estar unos segundos sin contestar, apenas sin moverme, porque trató de aclararse:

—Quiero decir, no eres polaco. Eres suizo, ¿no?

Aquello me tranquilizó y rápidamente elaboré mi mentira. Aquello era patológico, no paraba de hacerlo.

—Hay alguien allí que me gustaría ver.

—¿En qué parte? —me preguntó.

—Lo último que sé es que en Auschwitz.

—Sabes, Albert, a veces creo que no llegaremos a ver Polonia otra vez —dijo, con una risa amarga—. Pero, si lo hacemos, si de alguna forma sobrevivimos a esta locura, quiero que sepas que siempre tendrás un amigo allí. Yo también quiero volver, tenemos que terminar esto para tratar de reencontrarnos con ellos.

Ese fue el momento en que supe que mi desconfianza, por muy justificada que fuera, no podía borrar el lazo que habíamos creado en medio del caos. Janek me había ofrecido algo más que una amistad; me había ofrecido una esperanza que yo ya no tenía. Pero, irónicamente, yo seguía ocultando mi verdad, mi verdadero nombre, mi verdadero yo.

Fueron muchos meses más. Muchas pérdidas. Y tanta, tanta guerra, pero en mayo, después de meses de lucha encarnizada, los

polacos lograron lo imposible. Su bandera ondeó sobre las ruinas de Montecassino. Fue un momento de victoria amarga porque, aunque habíamos ganado, las pérdidas habían sido devastadoras. Los cuerpos de nuestros compañeros caídos cubrían el suelo y el aire olía a muerte.

Albert Meier nació ahí. Sobre las ruinas de Montecassino, al lado de los polacos que me enseñaron lo que significa la perseverancia y la voluntad de vivir, incluso cuando todo parecía perdido. No rendirse nunca. Aquello me ayudó a entender el porqué de muchas cosas, pero también porque fue en Montecassino donde realmente sentí el peso de lo que había perdido. Allí fue donde vi por primera vez el reconocimiento de mis superiores convertirse en algo tangible. Después de uno de los asaltos fallidos, me habían llamado a una reunión de oficiales. El general Clark estaba presente, observándome con esos ojos duros, analíticos, antes de hablar. Pensé que era el final. ¿Cómo podían haberse enterado de lo mío? Pero resultó ser todo lo contrario.

Ese fue el momento en que supe que mi vida había dado un giro definitivo. Ya no era solo un soldado raso. Me estaba convirtiendo en alguien más dentro de la maquinaria militar. Me había convertido en un camaleón en aquel engranaje.

Los meses que siguieron fueron una mezcla de caos, miedo y éxito. Desde Montecassino fuimos empujando hacia el norte, conquistando cada centímetro de terreno con dolor y sangre. Cada pueblo italiano liberado nos recibía como a héroes, aunque sabíamos que la victoria estaba lejos de ser segura. Pero, a medida que avanzábamos, mi reputación también crecía. Los oficiales comenzaron a confiar en mí para misiones más peligrosas, y yo, a mi propio modo, aceptaba cada una de ellas como un paso más hacia algo que no podía definir.

El reconocimiento llegó, primero en forma de medallas, luego en ascensos. Para cuando llegamos a Florencia, en verano, ya era capitán. Mi unidad había ganado la reputación de ser una de las más eficientes en operaciones de reconocimiento y ataque relámpago, y esa fama me abría puertas que nunca había imaginado. Pero la guerra, con todo su horror, seguía siendo una constante. En cada

victoria, en cada ascenso, había una sombra que no podía ignorar.

6 de junio de 1944: Los aliados desembarcan en Normandía.

3 de julio de 1944: Los ejércitos soviéticos conquistan Minsk.

20 de agosto de 1944: El Ejército Rojo invade Rumanía.

25 de agosto de 1944: La guarnición alemana de París se rinde. Francia es liberada en pocos días y la guerra se vuelve todavía más intensa en Europa con una mayor presencia de los aliados en el continente.

HUGO

Moscú, septiembre de 1944

En septiembre, en Moscú ya hacía frío. Pronto supe que era solo el preludio de lo que llegaría.

La lluvia golpeaba la ventana por las mañanas, lenta y persistente, como si cada gota estuviera midiendo el tiempo con una precisión que yo ya había perdido. La guerra seguía rugiendo allá afuera, aunque en Moscú, en ese lugar extraño y distante, era como si aquello fuera solo un eco, algo que escuchábamos de vez en cuando, pero que nunca sentíamos realmente. En la ciudad todo seguía su curso, con un aire de tensión contenida, una calma casi irreal, como si el régimen lo mantuviera todo en una especie de burbuja.

Cada vez que caminaba por las calles de Moscú, no podía evitar sentir el peso de la historia que se cernía sobre la ciudad. Era una sensación aplastante, como si los muros y los edificios mismos contuvieran siglos de secretos, de vidas aplastadas y sueños olvidados. Pero lo que más me impresionaba, lo que siempre capturaba mi atención, eran las cúpulas de las iglesias ortodoxas, que sobresalían como fantasmas dorados entre la arquitectura gris y monolítica del régimen.

Las cúpulas eran una contradicción que brillaba en medio del paisaje opresivo con sus colores imposibles: rojos, verdes y azules, coronadas con cruces doradas que relucían bajo la débil luz del sol que descendía entre los huecos de las nubes. Eran un recordatorio del pasado, de una Rusia que parecía querer olvidarse, pero que no lograba desaparecer del todo. Me preguntaba si los moscovitas sentirían lo mismo, si al ver esas cúpulas tendrían, aunque fuera por un segundo, la sensación de que había algo más allá de la rigidez del régimen, algo más antiguo y, tal vez, más libre. Para mí, esas cúpulas eran como un eco del París que había perdido, una conexión con algo más espiritual, algo que me hacía sentir un poco menos

solo. Y las nubes me recordaban a las que a Pablo le iban saliendo, poco a poco. Las nubes de su pelo, entre las que yo quería envejecer.

La Plaza Roja, a un par de manzanas de mi estudio, sin embargo, era diferente. Siempre que pasaba por allí, sentía una mezcla de admiración y temor. El espacio amplio y abierto, dominado por el Kremlin y la catedral de San Basilio con sus cúpulas, me hacía sentir pequeño, insignificante. Y supongo que ese era el propósito, hacer que todos nos sintiéramos así. El poder, que emanaba de cada ladrillo, de cada estatua, era palpable. La Plaza Roja no era solo un lugar, era un símbolo del poder absoluto que gobernaba nuestras vidas y, al mismo tiempo, de la fragilidad de todo lo que habíamos sido antes de la guerra.

En las mañanas frías, cuando la niebla todavía cubría el pavimento, y los soldados marchaban rígidos con sus uniformes oscuros, me detenía un momento para mirar a mi alrededor. Era extraño cómo un lugar podía ser tan monumental y, a la vez, estar tan vacío. No había gente paseando ni niños jugando, solo ese desfile constante de silencio y de control. Todo parecía ordenado, perfectamente sincronizado. Los sonidos de la guerra parecían lejanos, como si Moscú existiera en una burbuja aislada, ajena al caos que seguía devorando Europa.

Caminaba día tras día por esas calles, observando a la gente que pasaba, y me preguntaba quién más llevaría una máscara como la mía. Todos parecíamos figuras en un escenario gigante, cumpliendo con nuestro rol, sabiendo que cualquier error podría costarnos la vida. Las cúpulas ortodoxas, con su esplendor dorado y su indiferencia ante el presente, eran el único testigo silencioso de esa farsa. Me preguntaba si, debajo de todo, la gente aún tendría fe, si seguían susurrando oraciones en la oscuridad de sus hogares, o si el régimen les habría robado incluso eso.

Me levantaba de la cama temprano, antes de que el sol despuntara por completo, aunque no me sentía descansado. Dormir, para mí, era una suerte de evasión más que un verdadero descanso.

Allí todo tenía ese aire pesado, denso, como si la ciudad misma estuviera atrapada en una espera interminable. El régimen lo

controlaba todo: los horarios, los trabajos, incluso las conversaciones. Pero más allá de las paredes, en los rumores, se colaba el sonido lejano de los cañones, el susurro de algo que se desmoronaba en el horizonte.

Mi rutina era monótona, pero era lo que me mantenía anclado. Despertar, vestirme rápidamente con ropa que no era mía, pero que me habían dado los soviéticos al llegar a Moscú, y salir a caminar por la ciudad. Los trajes oscuros y los abrigos largos me camuflaban bien. Alexandr Borísov, el artista, el pintor al servicio del régimen, un hombre sin pasado, sin historia, un rostro más entre tantos que habían sido absorbidos por la maquinaria del sistema.

Moscú era gris, no solo por el clima, sino por la sensación de incertidumbre que flotaba en el aire. Las calles estaban llenas de gente, de rostros tensos, de uniformes y de miradas que no se cruzaban más de lo necesario. Los hombres llevaban esos trajes sencillos y gastados, abrigos que parecían haber sobrevivido a otra vida. Las mujeres, más bien cubiertas, con pañuelos en la cabeza y esas faldas largas que parecían arrastrar el peso de años de sufrimiento. La ciudad entera parecía caminar hacia algo inevitable, pero nadie sabía exactamente qué. Y yo, que me pasaba los días en el estudio que me habían asignado, mucho menos.

Era un cuarto pequeño, frío, apenas iluminado por una lámpara de aceite que parpadeaba cada vez que el viento se colaba por las rendijas de las ventanas. Allí trabajaba en los encargos que el régimen me daba. Murales, carteles, grandes retratos de Stalin y de los líderes del partido. El arte que una vez me había liberado, que me había permitido explorar los colores, las formas, los rostros que amaba, ahora era una cárcel en sí mismo. Pintaba lo que me decían que pintara y, cuando me daba cuenta, estaba tratando de borrarme aquel número que llevaba tatuado en el antebrazo bajo el grifo y con una pastilla de jabón en la mano. Raspaba y raspaba, pero no salía. Lo intentaba cada día, como si una de esas veces lo fuese a conseguir. Raspaba, sin descanso, hasta que me brotaban gotas de sangre de los poros de la piel y, agotado, me dejaba caer bajo el fregadero. Sentado sobre mis rodillas, trataba de recuperar la humanidad que aquel tatuador me había querido arrebatar al

escribirme ese número sobre la piel.

Había pasado tanto tiempo desde la última vez que me había permitido ser Hugo, desde la última vez que había pintado algo verdadero… El recuerdo de París, de las tardes en los cafés, de los colores vibrantes que solían surgir de mis pinceles, era casi una sombra ahora. Allí, en ese otro tiempo, en esa otra vida, estaba él. Mi amor, yo lo pensaba como tal, pero realmente era mucho más. Era mi confidente, mi todo. Pablo. La guerra se acercaba, lo sabíamos, pero habíamos querido vivir, elegimos sentir. Recordaba cómo nos abrazábamos, sintiéndonos invencibles, hasta que la realidad se nos vino encima.

No hubo despedidas dramáticas, ni promesas eternas. Fue una salida rápida, casi muda. El miedo lo nublaba todo. Pablo se quedó atrás, como si pudiera resistir algo que yo no podía. Me arrastraron sin mirar atrás, dejando París, a él y a una parte de mí que nunca volvería. Una parte que componía mi humanidad. Esa se la habían llevado.

Vlad y Mikhail seguían siendo los únicos en quienes confiaba parcialmente, pero incluso con ellos mantenía una distancia. Me habían ayudado a establecerme en Moscú, a conseguir un lugar en el que pudiera pintar, a obtener encargos que me permitían sobrevivir, pero que me recordaban constantemente que mi única tarea era pintar, crear esas imágenes grandiosas que el régimen necesitaba para inspirar al pueblo. Lo demás, mi verdadera vida, mis deseos de querer volver a París a encontrarme con Pablo, tenían que quedar apartados para seguir siendo útil al pueblo y así poder sobrevivir.

A veces, mientras caminaba por las calles de Moscú, sentía que el aire estaba cargado de sospechas. La gente hablaba en susurros, las miradas eran breves, siempre alertas. Los ruidos de la guerra llegaban de lejos, pero aquí, la guerra era diferente. Era una guerra de miradas, de silencios, de cautela. Todo el mundo sabía que no podías confiar en nadie. Un comentario fuera de lugar, una sospecha mal dirigida, y podías desaparecer.

Por la noche, volvía a mi pequeño apartamento, me desvestía lentamente y me quedaba mirando el techo, tratando de recordar el

rostro de Pablo. Me obsesionaba con ello. Llevaba haciendo lo mismo desde que nos habían separado. ¿Cómo tenía el diente que le desalineaba la sonrisa? No tenía fotos, ni nada que me trajera de vuelta a él.

Al principio, su imagen estaba nítida en mi mente, como si lo hubiera visto ayer. Pero, con el tiempo, se había ido desvaneciendo, como todo lo demás. Me preguntaba si él también me habría olvidado, si seguiría en París, si habría encontrado a alguien más. Me preguntaba si yo podría seguir viviendo con esa parte de mí enterrada para siempre.

Cuando la soledad se hacía demasiado pesada, me preguntaba si valía la pena seguir adelante. Pero siempre terminaba recordando lo que había pasado para llegar hasta Moscú. Las atrocidades que había visto, los rostros de los que no sobrevivieron. No podía dejar que todo eso fuera en vano. Tenía que seguir pintando, tenía que seguir respirando, aunque fuera solo como una sombra del hombre que había sido. No había lugar para los sueños ni para el amor. Solo había lugar para la supervivencia.

Elena y Anya, además de ser mis amigas, tenían un pasado fascinante que me revelaron poco a poco, como quien entiende que la vida sabe que puede terminarse. Ambas habían sido bailarinas antes de que la guerra arrasara sus vidas. La primera vez que lo mencionaron, estábamos sentados en mi apartamento, una noche fría de septiembre. Habíamos improvisado una cena con lo poco que tenían: patatas hervidas y algo de pan negro, como casi siempre, y el aire estaba cargado de ese silencio cómodo que compartíamos después de nuestras charlas. Dos bailarinas de la compañía del Teatro Bolshói que ahora componían el servicio del hogar que me habían dado para que no tuviese que preocuparme de nada más que de pintar, y yo, un artista venido a menos.

Llegaron a mi vida de manera inesperada, casi por accidente, cuando empezaron a limpiar en mi pequeña casa de Moscú. Las dos eran jóvenes, apenas en sus veintitantos, pero los estragos de la guerra las habían envejecido demasiado rápido. Sus manos, ásperas y endurecidas, contrastaban con la delicadeza de sus gestos cuando barrían el suelo o sacudían el polvo de los pocos muebles que tenía.

La guerra había envejecido todo. No solo a las personas, sino también los lugares, los recuerdos, el propio aire que respirábamos. Mi rostro, antes joven y despreocupado, ahora mostraba líneas que no deberían haber estado allí. Había perdido esa chispa que alguna vez lo animaba, como si el peso de lo vivido hubiera borrado cualquier rastro de la persona que fui antes.

Mis amigas, aunque eran más jóvenes que yo, también llevaban la guerra en sus cuerpos, en la forma en que movían sus manos, en sus ojos que, a veces, parecían vacíos, ausentes, como si su verdadero ser estuviera atrapado en algún lugar que ya no podían alcanzar. Nosotros, los supervivientes, compartíamos una conexión silenciosa. Sabíamos que, aunque estuviéramos vivos, algo dentro de nosotros había muerto con el conflicto. Todos envejecimos prematuramente, no solo por la falta de comida o las duras condiciones, sino por la forma en que la guerra había devorado nuestra juventud, nuestros sueños, nuestra inocencia.

La guerra no solo destruyó edificios y arrasó campos de batalla. Destruyó la noción del tiempo. Me daba cuenta de que ya no medía mi vida en años, sino en sucesos, en pérdidas. Cada amigo que se había ido de mi lado tras una época acompañándome, cada casa que veía en ruinas, cada tren que había tenido que tomar huyendo de algún lugar, el amor que había dejado atrás y los años que habían pasado de todo aquello. Mi piel parecía llevar esas cicatrices, como una especie de mapa que nadie más podía leer pero que yo, junto con el tatuaje que me recordaba que un día había sido un número, trataba de esconder bajo las mangas de la camisa.

Recordaba París, recordaba las tardes caminando por sus calles, la música en los cafés, las conversaciones sin prisa. Pero incluso esos recuerdos estaban manchados ahora. En mi mente, las imágenes eran borrosas, como si la guerra no solo hubiera destruido el presente, sino que hubiera empezado a devorar también mi pasado. Las cosas, las personas que amé parecían lejanas, irreales, como si hubieran pertenecido a otra vida. A veces, me encontraba preguntándome si la guerra habría envejecido también mi alma, si me habría vuelto más cínico, más duro, o simplemente más cansado.

La primera vez que las vi, no imaginé que terminaríamos siendo

amigos. Yo era para ellas, al principio, simplemente otro inquilino más, otro hombre que podía tratarlas con indiferencia o desdén, como quizá tantos otros antes que yo. Pero no fue así. No pude evitar ser amable con ellas. Tal vez porque me recordaban lo que había perdido, o quizá porque en su cansancio, en su resistencia diaria, veía algo de mí mismo. Elena, la mayor, era la más reservada, siempre cuidadosa de no meterse en problemas, evitando hacer demasiado ruido. Anya, por otro lado, tenía algo de chispa en sus ojos, un brillo que me hacía pensar que, a pesar de todo, aún tenía esperanzas de que la vida mejorara.

Con el tiempo, empezaron a hablarme más. Al principio, era sobre las tareas que hacían en la casa, sobre qué necesitaba o si estaba todo en orden. Luego, poco a poco, las conversaciones comenzaron a extenderse. Me contaban historias de su vida antes de la guerra. No las hubiera imaginado al verlas en el salón del apartamento, siempre con ropa sencilla y gastada, sus cuerpos marcados por el trabajo duro y la falta de comida, con los pómulos afilados y las ojeras oscuras. Pero, cuando hablaban del *ballet*, sus ojos se iluminaban de una manera que no había visto en mucho tiempo. Para ellas, el baile era más que un recuerdo. Era una promesa, un sueño al que se aferraban con desesperación.

—Cuando todo esto termine —me dijo Anya, la más joven de ambas, esa primera noche en la que compartimos la cena que Elena había cocinado—, volveremos a bailar. Lo sé. Volveremos al teatro y todo será como antes.

Elena asentía, aunque con menos convicción. Ella parecía menos segura de que ese día llegaría. «El comunismo no deja mucho espacio para soñar», me había dicho una vez, en un tono que rozaba la desilusión, casi sin abrir los labios por si alguien podía escucharla. Lo decía porque lo había vivido como algo propio y por eso lo expresaba con una resignación que solo alguien que había vivido demasiadas decepciones podía tener.

Estábamos sentados en la pequeña cocina, como tantas otras noches, con una taza de té caliente entre las manos. Elena limpiaba los bordes de la mesa con movimientos lentos, como si estuviera perdida en sus pensamientos. El vapor del té subía en espirales y el

silencio en la habitación parecía más denso que de costumbre. Sentía que algo flotaba en el aire, algo que no nos atrevíamos a decir.

—¿No es mejor ahora que con los zares? —pregunté, rompiendo el silencio. Lo dije casi sin pensar. Sabía tan poco sobre la Rusia anterior, esa época que había desaparecido, barrida por la Revolución y por el tiempo.

Elena dejó de limpiar y me miró con los ojos oscuros centelleando bajo la luz tenue de la lámpara. Su boca se curvó en una sonrisa amarga, una sonrisa que no alcanzaba sus ojos. Durante un instante, no dijo nada. Solo me observaba, como si tratara de decidir si podía confiar en mí y contarme la verdad.

—¿Mejor? —repitió, con un tono que rozaba el sarcasmo—. Claro, tenemos más pan en la mesa y menos nobles a los que servir. Pero, dime tú, ¿crees que somos libres de verdad?

Me encogí de hombros, sin saber qué responder. Siempre había pensado en el comunismo como una liberación, una especie de promesa de igualdad, de justicia para los que siempre habían sido oprimidos. Por aquellos años, tan joven como era, solo quería sentirme vivo. Tampoco sabía más del tema de lo que me había llevado a unirme, junto con Pablo, al PCE antes de la guerra en España y de lo que nos había unido a ambos a la Resistencia en París tras nuestro exilio. Tampoco había intuido, en aquella época de felicidad, que los años del oprobio que vendrían me llevarían a la otra punta del mundo.

La propaganda en Moscú era abrumadora, todo estaba envuelto en esa imagen gloriosa del pueblo unido, de la clase trabajadora redimida. Los retratos de Stalin vigilaban cada esquina, cada calle, como si la ciudad entera fuera un escenario montado para mostrar la grandeza del régimen.

Tras un breve parón, Elena siguió hablando. Sacaba un hilo de su inglés, aprendido en sus giras con el *ballet* antes de la guerra, que mezclaba con un acento ruso que me impedía entenderla todavía en algunas ocasiones.

—No te dejes engañar por los carteles o los discursos. Lo que hay ahora no es libertad. No para mí, no para Anya, ni para la mayoría

de los que conoces aquí. —Tomó un sorbo de té, sus dedos tensos alrededor de la taza—. Antes servíamos a los zares, ahora servimos a otros amos. Los nombres han cambiado, pero no las cadenas. —Me miró de reojo, buscando en mi expresión alguna señal de comprensión.

—Pero tienes trabajo, tienes una vida aquí —respondí, sintiendo que no entendía del todo la magnitud de lo que me estaba diciendo. Me aferraba a la idea de que había algo de verdad en la propaganda, en esa promesa de un futuro mejor para todos.

—Sí, claro —respondió Elena con una risa amarga—, tenemos trabajo, sí. Pero ¿a qué precio? No puedes decir lo que piensas, no puedes confiar en nadie. El miedo está en cada esquina, en cada palabra que dices. Si hablas mal del gobierno, desapareces. Si miras a la persona equivocada, te denuncian. Vivimos, pero no respiramos.

Me quedé en silencio, la verdad me golpeó con más fuerza de lo que esperaba. Sabía que había algo oscuro en el régimen, algo que no alcanzaba a entender del todo, pero escuchar a Elena, ver su rostro cansado, me lo dejaba claro. Había una opresión diferente bajo esta nueva estructura, una opresión que no se veía tan fácilmente.

—¿Y tú? —preguntó de repente—. ¿Qué ves en todo esto? —Elena me miró fijamente, como si buscara algo.

—No lo sé —admití, sintiendo que no tenía las respuestas que esperaba.

El comunismo me había parecido un refugio tras la salida del infierno, un lugar donde podría empezar de nuevo como se me había prometido tanto tiempo antes. Había escapado de un horror tan grande que cualquier lugar me parecía mejor. Pero había empezado a notar las grietas ya en Kiev, con esa tensión constante en el aire, las decisiones de quién servía y quién no, junto con las miradas furtivas y las palabras no dichas.

—Tal vez veas lo que todos vemos al principio —dijo Elena, suavizando su tono—. Esperanza. Pero eso se desvanece rápido. El régimen sabe cómo romper a la gente. Te da lo suficiente para que sobrevivas, pero nunca lo suficiente para que sientas que puedes vivir de verdad.

Miré mi té, sin saber qué decir. Las palabras de Elena resonaban en mi mente. Tenía razón. Había una sombra sobre Moscú, sobre todos nosotros, que no era fácil de identificar al principio, pero que se hacía evidente cuanto más tiempo pasabas allí. Las cúpulas doradas de la ciudad, los edificios imponentes del gobierno, todo parecía ser una fachada para algo mucho más frío y oscuro.

—Pero tú eres diferente, Alex. —Elena me sonrió, esta vez con un toque de ternura—. Eres ruso, pero no hablas casi ruso de tanto tiempo que has vivido fuera. Quizá puedas ver lo que nosotros ya no podemos.

Quise decirle que no me sentía tan diferente, que también estaba atrapado, que también ocultaba cosas que podían costarme la vida. Que quería volverme a París y abrir la puerta de madera de aquel apartamento que todavía, tantos años después, consideraba mío. Pero no lo hice. No me fiaba de ellas. Simplemente asentí y dejé que el silencio volviera a caer entre nosotros, pesado y lleno de verdades no dichas. Fueron años de silencio.

Siempre me repetían que era diferente. Quizá lo repetían por la cantidad de mentiras que les había tenido que contar para que mi identidad cuajara y creyeran que era ruso, que no dudaran de mi identidad al estar enseñándome durante horas cómo hablar su idioma, las palabras que más se usaban, las más graciosas, lo que me sacaría de un apuro…

Lo que más las sorprendió fue el cariño con el que las trataba. No esperaban que alguien como yo, que venía de un lugar tan lejano y que, al principio, parecía un completo desconocido, fuera tan considerado. «Eres diferente», me decía Anya a menudo, como si no pudiera creer que alguien del régimen soviético las tratara con algo más que indiferencia. No sabía cómo explicarles que mi humanidad no tenía nada que ver con el sistema en el que ahora vivía, que venía de un lugar mucho más profundo, de un pasado que trataba de enterrar, pero que seguía resonando en mí.

Ellas nunca preguntaron mucho sobre mi vida. No les importaba de dónde venía ni por qué mi ruso era aún torpe y vacilante aun siendo un artista al servicio del gobierno. Tal vez, en el fondo, tampoco querían saberlo. Eran conscientes de que todos aquí teníamos

nuestros secretos. Lo que les importaba era que les permitía limpiar mi casa sin que se sintieran pequeñas, sin tratarlas como simples sirvientas. Las dejaba entrar en mi espacio y, con el tiempo, sin quererlo, ellas se convirtieron en parte de él.

A veces, después de terminar sus tareas, se quedaban un rato más, bebiendo té conmigo en la pequeña cocina. Anya hablaba de los días en que los teatros estaban llenos y las calles de Moscú vibraban con música y risas. Elena, más pragmática, solía mirar hacia la ventana con una expresión pensativa, como si siempre estuviera a la espera de algo, un cambio, una noticia, una señal de que la guerra, al fin, terminaría.

El contraste entre ellas era algo que siempre me fascinaba. Anya, con su risa, sus movimientos llenos de vida, su juventud tan intacta como su pelo rubio, perfectamente cuidado, como si el deseo de bailar estuviera siempre a flor de piel, esperando ser liberado. Elena, en cambio, se había sumido en la rutina, había aceptado el peso de la realidad con una resignación que a veces me resultaba dolorosa de ver. A menudo, la encontraba sentada junto a la ventana, mirando hacia las calles vacías de Moscú, como si buscara algo que no estaba allí, envuelta en un pañuelo de seda viejo estampado con motivos florales que cubría su cabellera castaña.

Ella nunca hablaba de lo que había perdido en términos dramáticos. Simplemente seguía adelante, haciendo lo que podía para sobrevivir, para mantener viva a su hermana en ese mar de incertidumbre. Nunca me lo dijo directamente, pero sabía que Elena cargaba con la responsabilidad de proteger a Anya, quizá por ser mayor que ella; de asegurar que ella tuviera la oportunidad de bailar de nuevo, incluso si eso significaba sacrificar sus propios sueños.

En varias ocasiones traté de imaginar cómo sería para ellas volver a un teatro, sentir de nuevo el calor de los focos sobre la piel, escuchar los aplausos del público. Sabía lo que era tener un sueño arrebatado, el arte y la pasión reducidos a nada más que la supervivencia, y me dolía ver en ellas el mismo vacío que a veces sentía en mí mismo. Ellas nunca supieron de Pablo, ni de mi vida en París, pero en su amor por el *ballet*, en su deseo de volver a ser quienes eran, sentía una conexión profunda, algo que iba más allá

de las palabras.

Elena y Anya hablaban poco de política, aunque las vi observar los carteles de propaganda que cubrían las paredes de Moscú con una mezcla de cautela y resignación una mañana que salieron a comprar cuando yo me iba a entregar unos trabajos. Esos carteles mostraban imágenes gloriosas de los soldados del Ejército Rojo marchando hacia la victoria, de campesinos fuertes trabajando en los campos para alimentar al pueblo. La narrativa del sacrificio, de la glorificación del trabajo, de la inevitabilidad de la victoria soviética, se repetía en cada esquina. Y yo, pincel en mano, contribuía a esa misma historia, aun sabiendo que estaba ayudando a crear una mentira.

El miedo estaba en todas partes. La gente hablaba en susurros en las colas del mercado, y muchas veces los más desafortunados se quedaban sin pan o carne. Pero el régimen insistía en que todo marchaba bien, que la victoria estaba cerca, que Stalin lo tenía todo bajo control. En ese ambiente, aprendí a moverme con cautela. Mis pinturas debían estar perfectamente alineadas con los ideales del régimen, sin desviarme ni un milímetro de lo que se me pedía.

No había espacio para ser quien realmente era. En Moscú, ser homosexual era más peligroso que cualquier otra cosa. El régimen lo consideraba una aberración, una traición a los valores del Estado, y cualquier sospecha me hubiera llevado directamente a la prisión, o peor. Así que me convertí en Alexandr Borísov, el pintor leal al partido que cumplía con cada encargo sin hacer preguntas, sin mostrar nada más que obediencia y silencio.

El ruso era difícil de aprender, pero poco a poco iba calando en mi mente, como una melodía extraña que al principio parece disonante, pero luego, con la repetición, empieza a tener sentido.

Me había acostumbrado a vivir con ese doble filo, ese riesgo constante de que cualquier día alguien podría hacer las preguntas incorrectas, atar los cabos sueltos, y mi fachada se desmoronaría. *¿Por qué un hombre con un nombre tan ruso no habla el idioma correctamente?*, me pregunté tantas veces que me sorprendía que no lo hicieran los demás. Era una grieta obvia en mi historia, pero en el Moscú estalinista las historias de la gente estaban llenas de

vacíos, de preguntas sin respuestas. Nadie quería saber demasiado. Preguntar era peligroso, y responder, incluso más. Me refugiaba en esa falta de curiosidad generalizada, una especie de pacto tácito entre todos los que caminábamos por esas calles grises.

Las niñas, como las apodé en mis adentros, me miraban con curiosidad cuando trataba de hablar ruso con más fluidez, entre risas y correcciones amistosas. Pero nunca se preguntaron por qué yo, alguien con un nombre tan arraigado en su cultura, parecía ser un extranjero en mi propio idioma. A veces, sentía la tentación de decírselo, de confesarles quién era en realidad. Pero sabía que no podía. Ellas estaban tan atrapadas como yo, danzando en esa delgada línea entre lo que se permitía mostrar y lo que se debía esconder. Había cosas que no podían saberse, secretos que debían quedar enterrados. Y mi verdadera identidad, mi pasado en París, mis recuerdos de Pablo y, sobre todo, mi homosexualidad, eran secretos que, si salían a la luz, me condenarían.

En la Rusia de Stalin, no había espacio para las imperfecciones. Todo tenía que ser fuerte, puro, y estar alineado con los ideales del régimen. Los artistas, los bailarines, los poetas, todos debíamos servir a un propósito mayor. Las personas como yo, que no encajábamos en esa visión de un hombre soviético robusto, simplemente no existíamos. Era como si nuestra misma existencia fuera un error que había que borrar, como las zarinas y los aristócratas que yo hacía que se esfumaran sobre los lienzos antiguos. El pasado debía desaparecer y, con él, todas las vidas que no servían al futuro brillante que Stalin prometía.

Y yo lo sabía. Sabía que, si alguna vez descubrían lo que realmente era, todo terminaría para mí. Pero esa tensión, esa constante vigilancia, era también lo que mantenía viva mi creatividad. En esos momentos de soledad, mientras el invierno moscovita azotaba las ventanas de mi pequeña habitación y la ciudad se desvanecía en un silencio gélido, era cuando más pensaba en el pasado y, a veces, cuando el ruso se me hacía un nudo en la lengua y sentía que la fachada se resquebrajaba, me retiraba al rincón más oscuro de mi mente y repetía las palabras en español, mi lengua materna, como un consuelo privado. Las frases suaves y redondas de mi infancia y

de mis días en Montmartre me envolvían como una manta cálida, recordándome que había sido alguien más antes de que la guerra me lo arrebatara todo. Pensando en que la guerra terminaría pronto y yo volvería a París. Lo que no sabía yo era que los años de antes de la guerra ya no existirían. Nunca.

5 de octubre de 1944: El Ejército Rojo invade Hungría.

8 de octubre de 1944: Los alemanes se retiran de Grecia ante el avance aliado en el Frente Occidental y el ejército soviético en el Frente Oriental. La guerra se condensa en Centroeuropa y los alemanes empiezan a desesperarse. Los muertos, tanto en el frente como en los campos de exterminio, se suman por millones.

20 de octubre de 1944: El Ejército Rojo conquista Belgrado.

PABLO

Roma, octubre de 1944

Después de la batalla de Montecassino, llegamos a Roma. Ahí terminó nuestra ofensiva. La ciudad liberada parecía un respiro en medio del caos. Las calles adoquinadas estaban llenas de vida, aunque una vida apagada por la guerra. Las ruinas de los edificios se mezclaban con el bullicio de los civiles, que intentaban reconstruir su existencia en medio de la devastación.

Las tropas aliadas patrullaban las calles, pero el temor al regreso de la violencia aún rondaba entre las sombras. La ciudad estaba rota, pero viva. Las iglesias seguían en pie, aunque aún mostraban las heridas de los bombardeos, y las plazas se llenaban de gente en busca de trabajo, comida, o simplemente un rastro de normalidad. Los italianos gritaban. Su voz vibraba en el aire, una mezcla de desesperación y esperanza que resonaba con ecos de familiaridad.

Aquel tono elevado, lleno de gesticulaciones y pasiones desbordadas, me recordaba a los españoles, que en tiempos de desasosiego también habían alzado la voz en un clamor colectivo, buscando ser escuchados. Los diálogos se entrelazaban en la plaza, cada uno con su propia historia, pero compartiendo un mismo hilo de lucha.

Había algo visceral en la forma en que los italianos expresaban sus emociones, como si cada palabra pronunciada fuera un grito por la justicia y la dignidad. Era una danza de gestos y miradas, una sinfonía de lamentos y risas nerviosas que hablaban de un futuro incierto, pero que aún se aferraba a la posibilidad de renacer. En ese bullicio, el pasado y el presente se fundían, y la esencia de su cultura, forjada en siglos de historia, permanecía inquebrantable ante la adversidad.

Janek y yo, como tantos otros, éramos extraños en esta ciudad. A pesar de haber luchado codo a codo con los aliados, no podíamos evitar sentirnos fuera de lugar. Había perdido a mi unidad y, al final,

solo me quedó unirme a aquellos que encontré. Los habían matado a todos. No quedaba nadie vivo tras nuestro paso por Montecassino. Por eso había decidido unirme a los polacos.

Roma no era nuestro hogar, ni para mí ni para mis compañeros, solo una parada más en el largo viaje hacia el norte. Polonia seguía siendo nuestro objetivo, aunque todos sabíamos que la situación allí no sería mejor. El país estaba dividido, ocupado tanto por los nazis como por los soviéticos, y nadie sabía con certeza qué futuro nos esperaba allí.

Caminábamos por la ciudad, buscando noticias para salir de Italia, tratando de entender qué sucedía en el Frente Oriental, pero la información llegaba de forma confusa y fragmentada. Las tropas alemanas seguían resistiendo en el norte de Italia y el invierno se acercaba rápidamente, dificultando cualquier plan de movimiento. La guerra parecía estar llegando a su fin, pero su sombra seguía alargándose sobre nosotros.

La vida en la ciudad era extraña. Había belleza en las iglesias, en las fuentes de las que aún seguía brotando agua, en las calles estrechas y serpenteantes que nos llevaban a las plazas llenas de historia. Pero esa belleza estaba manchada por la guerra, por el hambre, la desesperación, la incertidumbre.

Por las mañanas, cuando salía sin saber a dónde, pongamos que a tomar un café en el primer bar que encontrara, escuchaba a las mujeres gritar, de balcón a balcón, mientras tendían la ropa en unas cuerdas que ataban de piso a piso, y la dejaban colgando en la calle. Gritaban, no hablaban, pero con los meses había aprendido que los italianos hablaban gritando. Y el olor que hacía todo, a desasosiego, se mezclaba con el jabón casero con el que habían lavado las sábanas, o quizá las camisas, o los pantalones que se habían visto obligadas a llevar por la guerra. Era un olor a aceite rancio y a un químico que no lograba reconocer, que no llegaba a asimilar, pero toda la ciudad olía a aquello.

Íbamos vestidos de militares, yo con las condecoraciones puestas con la intención de que cualquier información útil nos llegara para salir de Roma y llegar a Polonia. Compartíamos historias en cafés improvisados en las esquinas, donde el humo del tabaco y el olor del

café rancio llenaban el aire. Las conversaciones siempre giraban en torno al fin de la guerra, a qué pasaría después, pero nadie tenía respuestas.

Un día, mientras nos sentábamos en un café junto a una plaza, Janek me miró de repente, como si acabara de recordar algo importante.

—Albert… tú también quieres ir a Polonia, ¿verdad?

Era una pregunta simple, pero en ella se escondía una duda más profunda. Él no sabía todo sobre mí y, en ese momento, sentí que no podía seguir ocultando la verdad.

Asentí, sin decir ni una palabra. La guerra nos había enseñado a sobrevivir a través del silencio.

—Entonces, volvamos juntos —respondió después de un largo silencio, como si mi respuesta hubiera sido suficiente para él. A veces, las palabras eran menos importantes que la compañía. Sabíamos que, aunque el futuro era incierto, no teníamos otra opción más que seguir adelante.

—Tengo que llegar a Auschwitz.

Janek me miró, fijamente, mientras sacaba un cigarrillo de su pitillera y lo introducía entre sus labios. Dio una calada justo antes de afirmar, sin disimular la cara de desconcierto:

—Nadie sale de Auschwitz, Albert.

Me quedé en silencio. Sin entender por qué, saqué la foto que Loreine me había dado del bolsillo de mi chaqueta. Estaba arrugada y amarillenta, pero se distinguía perfectamente.

Janek la agarró y, dando otra calada a su cigarro, preguntó:

—¿Cómo tienes esto?

—No preguntes más.

Estábamos atrapados en un limbo, entre el pasado y el futuro, entre lo que habíamos perdido y lo que aún teníamos por ganar. Y Roma, con sus calles antiguas y sus cicatrices de guerra, nos ofrecía un respiro temporal, un lugar para prepararnos para el próximo paso. Pero quería pensar que mi camino no terminaría allí.

Días más tarde, Janek nos reunió a varios en aquel mismo café en el que yo le había contado, sin demasiados detalles, mi historia. El aire dentro era denso, impregnado de humedad y el olor rancio del

tabaco. Afuera, la ciudad seguía con su rutina de supervivencia, pero allí dentro todo giraba en torno a una idea: cómo volver a Polonia.

Éramos cinco, todos polacos menos yo. Habíamos estado con ellos en el II Cuerpo Polaco desde Montecassino y, aunque nuestras rutas hacia Roma habían sido distintas, nuestro objetivo final era el mismo. Alrededor de la mesa estaban Tomasz, un sargento retirado de voz grave, cuya presencia intimidante contrastaba con su mirada agotada; Piotr, un muchacho joven, pero ya con cicatrices profundas de la guerra, y Anna, una enfermera que se había unido a nosotros después de que los aliados liberaran la ciudad.

Cada uno vestía una mezcla de uniformes desgastados, prendas que habíamos recogido a lo largo del camino desde que habíamos empezado en nuestras respectivas profesiones. Los uniformes no coincidían; algunos llevaban chaquetas británicas, otros pantalones italianos y botas alemanas tomadas de soldados caídos. Las insignias de nuestro ejército estaban descoloridas, pero aún las exhibíamos con una extraña mezcla de orgullo y dolor. El verde oliva de las chaquetas estaba manchado de barro y sangre, pero nadie parecía preocuparse por eso. La guerra nos había despojado de la importancia de las apariencias. Lo que importaba era estar vivo.

Anna, con el pelo recogido bajo un pañuelo sucio, fumaba en silencio, observándonos a través de una niebla de humo. Sus ojos eran claros, pero también llenos de cansancio. Sabía que ella había visto cosas peores que nosotros en su tiempo como enfermera en los frentes, pero no hablaba mucho de ello. Todos teníamos nuestras historias y, en esa pequeña habitación, parecíamos compartir un pacto tácito de no preguntar demasiado.

—Polonia no está a nuestro alcance por ahora —dijo Piotr, su voz firme pero baja. Sabía cómo manejar una conversación como si estuviera planeando una operación militar. Su chaqueta, desabotonada hasta la mitad, mostraba el cuello sucio de una camisa blanca desgastada, sujeta por un viejo cinturón de cuero que había visto mejores días.

—Lo sé —respondí, frotándome las manos para intentar sacudirme el frío de la noche. El otoño comenzaba a sentirse, y en Roma, a pesar de su clima más cálido, la humedad se colaba por las paredes

como un enemigo invisible.

Janek se inclinó hacia adelante, con su chaqueta grisácea, las mangas demasiado largas y gastadas por el roce constante. Me miró, y en sus ojos vi el mismo anhelo que sentía yo. Él también quería volver a Polonia, pero sabía que las rutas eran inciertas. Había algo más que un deseo en su mirada, algo que no podía nombrar, pero que lo empujaba como una marea imparable hacia el este.

—No podemos esperar más —dijo con una urgencia contenida—. Si no salimos pronto, no habrá Polonia a la que regresar. Los soviéticos están tomando todo. Cada día que pasa, nuestro país se vuelve más… irreconocible. Por unos, o bien por otros.

Asentí, aunque una parte de mí sabía que Janek tenía razón. El frente soviético avanzaba rápidamente, y cada noticia que llegaba de Polonia hablaba de ciudades arrasadas, pueblos enteros desaparecidos. Sabíamos que los alemanes estaban en retirada, pero también sabíamos que los soviéticos no eran liberadores. Llegaban como un nuevo conquistador, y Polonia, en medio de este conflicto entre gigantes, era la tierra que todos querían, pero que nadie respetaba.

—¿Cuál es el plan, entonces? —cuestionó Piotr, su voz apenas un susurro. Parecía el más joven de todos, pero sus ojos ya habían visto suficiente muerte. Su uniforme era una mezcolanza de retazos, con una chaqueta de un soldado alemán que le quedaba grande, y un casco británico que parecía haber sido recogido en algún campo de batalla.

Tomasz se inclinó sobre la mesa, sacando un mapa arrugado de su bolsillo. Las marcas en el papel estaban desvaídas, pero todavía podíamos ver las líneas fronterizas y las rutas principales que conectaban Italia con el resto de Europa. Nos señaló un punto en el norte.

—Aquí, cerca de Trieste —comentó, marcando el mapa con el dedo —. Podemos llegar allí si conseguimos transporte. Desde Trieste, la frontera con Yugoslavia es lo más cercano, y de ahí podríamos encontrar la manera de seguir hacia el norte. No será fácil, pero es nuestra mejor opción.

El plan sonaba tan simple, pero todos sabíamos que nada en esta guerra lo era. Los caminos estaban llenos de soldados, de refugiados, de desesperación. Y, aunque Roma había sido liberada, el peligro acechaba en cada esquina.

—¿Y si no lo logramos? —preguntó Anna, rompiendo su silencio por primera vez. Su voz era suave, pero había una dureza en ella que todos entendimos. Sabíamos lo que nos estaba preguntando. ¿Qué pasaría si no llegábamos a Polonia? ¿Si todo lo que estábamos buscando no existía más?

—No nos queda más opción —respondió Janek, con un aire de decisión que rara vez le había visto.

Yo lo miré, sabiendo que, para él, esa afirmación era más que una simple declaración patriótica. Janek quería volver a casa, no solo por la tierra, sino porque había perdido todo lo demás y creía que allí, sobre la misma tierra de siempre, encontraría de nuevo su hogar. Yo, por otro lado, sabía dónde tenía que empezar a buscar, pero el peligro era real. Era un camino que aún no estaba cerrado del todo, una puerta entreabierta que me empujaba a seguir caminando.

—Lo intentaremos —dije—. No hay otra opción.

Mientras las brasas del cigarrillo de Anna se consumían lentamente en la penumbra, sentí que todos compartíamos algo más que el deseo de regresar a Polonia. Compartíamos una desesperanza que solo aquellos que habían perdido todo podían entender.

Salimos de la reunión con más preguntas que respuestas, pero con una determinación que no habíamos sentido en mucho tiempo. Teníamos un plan, y eso ya era algo. Ahora el problema era encontrar los medios para ejecutarlo. Necesitábamos transporte, y para eso, dinero. No era algo que sobrara en nuestra situación, pero los contactos correctos podían obrar milagros si uno sabía moverse. Tomasz parecía ser el hombre adecuado para ese tipo de trabajo.

Al día siguiente, nos llevó a un mercado negro en las afueras de Roma, donde soldados y civiles intercambiaban de todo: comida, ropa, armas, cualquier cosa que pudiera ser de valor en tiempos de guerra. Todo era comprable y vendible, hasta las almas. Las calles eran un bullicio. Gente por todas partes cubierta con trajes raídos, pero con la mirada alerta, buscando su próxima oportunidad. El olor

del humo de los cigarrillos, del sudor y del miedo a ser descubierto flotaba en el aire, mientras el sonido del regateo llenaba el espacio entre los puestos improvisados, y algunas chimeneas, encendidas por el paso del otoño, expulsaban el humo demasiado bajo, muy cerca de nosotros.

—Aquí es donde conseguiremos nuestro transporte —nos dijo Tomasz con su tono bajo pero confiado—. Hay conductores que no hacen preguntas, pero necesitamos suficiente dinero para pagarles.

El problema era claro: entre los cinco, no teníamos suficiente dinero ni para un viaje en tren, mucho menos para pagarle a alguien que nos llevara hasta Trieste. Empezamos a intercambiar lo que podíamos, trocando insignias militares, cigarros, incluso algunas joyas robadas en la retirada alemana, todo por un poco de efectivo. El proceso era lento y frustrante. No podíamos confiar en nadie y cada transacción estaba teñida de desconfianza. Anna vendió la pitillera de plata de su abuelo y yo tuve que deshacerme del reloj que mi padre me había regalado de la joyería cuando había celebrado mi bar mitzvah. La correa era de cuero y la esfera, de oro. Sobrevivió a París y al hambre atado a mi muñeca. Al dárselo a aquella mujer sin dientes, me sonreí. Me acordé de mi familia, de mi hermano Jakob, de mi madre y mi padre, de todos mis hermanos. ¿Estarían vivos? ¿Seguirían en Barcelona? ¿Habría abierto Jakob la tienda que prometía, juraba y perjuraba que abriría tras la guerra? ¿Y mi hermana Isabela? ¿Seguiría haciendo sus artesanías? ¿Y Kelim habría seguido defendiendo sus ideales de igualdad? Entre lo suyo y lo mío no conseguimos más que un billete de tren entero, ni hablar de cinco viajes a la frontera.

Anna, con la mirada sombría y un abrigo militar demasiado grande que había conseguido para protegerse del frío, quizá robándolo a cualquier despistado en algún bar, fue quien obtuvo más con una habilidad sorprendente para negociar. Su rostro severo y su postura inflexible la hacían parecer más peligrosa de lo que realmente era. Sabía jugar el papel de mujer endurecida por la guerra y los comerciantes respondían ante eso. Era difícil imaginarla como la enfermera que había sido antes del conflicto, salvando vidas en lugar de buscar maneras de dar con un transporte que pudiera costarnos

la nuestra.

Solo pudimos reunir un pequeño montón de billetes, algunas joyas que habíamos decidido conservar y un par de relojes de los soldados alemanes caídos. No era suficiente, pero estábamos cerca.

—Faltan quinientas liras —dijo Tomasz, revisando los billetes con una expresión de frustración contenida—. No va a ser fácil encontrarlo en estos tiempos.

Nos miramos en silencio, sabiendo que no había muchas opciones. Piotr, se removió incómodo en su asiento. Era un chico delgado y nervioso, con las manos siempre temblorosas. A veces, me preguntaba si era por el frío o por el trauma que llevaba dentro, pero jamás hablaba de ello. Era inquieto y movía todo lo que lo tocaba: el mantel de la mesa, el abrigo militar largo que llevaba, los flecos de la bufanda sucia que colgaba de su cuello, los cordones de las botas… Temblaba constantemente.

—Podemos buscar más trabajo —sugirió Piotr en voz baja, como si temiera que lo escucháramos.

—¿Trabajo de qué? —preguntó Tomasz vacilante, que estaba sentado con las piernas cruzadas en el suelo—. No somos obreros. No hay tiempo para ganarse ese dinero limpiando pisos o cargando cajas.

Tomasz era el que tenía la última palabra, como siempre. Era la columna vertebral de nuestro pequeño grupo, el más fuerte, el más decidido. Aunque había algo en él que me inquietaba. No hablaba nunca de su pasado y siempre me había parecido que ocultaba más de lo que mostraba.

Esa noche, mientras el grupo se dispersaba y cada uno se iba al rincón en el que tuviese una cama caliente y algo que llevarse al estómago, Anna y yo nos quedamos en mitad de aquella calle, dando las últimas caladas a nuestro cigarro. El viento agitaba las hojas de los árboles.

—¿Cómo te hiciste enfermera? —le pregunté, rompiendo el silencio. No hablábamos mucho, pero me salió solo. Un intento por saber quién era esa mujer.

Anna se encogió de hombros, sin apartar la mirada de la taza que sostenía entre las manos.

—Mi padre era médico —dijo con voz apagada—. No había otra opción en mi familia. Fui a la escuela de enfermería cuando tenía dieciséis. Me alisté al comienzo de la guerra, pensando que podía ayudar. Pero lo que vi en los campos de batalla…

Su voz se apagó, y durante unos segundos, el silencio se volvió incómodo.

—Nada te prepara para eso —añadió finalmente.

Levanté la mirada hacia ella, notando el cansancio en su cara, las líneas profundas alrededor de sus ojos, que revelaban no su edad, sino el peso de las vidas que había visto desvanecerse entre sus manos. Había envejecido a una velocidad brutal, como todos nosotros.

—Yo no tenía una vocación así —admití, recordando mis días en París, donde todo parecía tan diferente—. Solo quería enseñar. Vivir una vida tranquila, sin responsabilidades, sin complicaciones. Luego, llegó la guerra a España y…

Anna levantó la vista y me miró con comprensión. Ella sabía lo que significaba llevar una vida destruida por algo que estaba más allá de tu control. También había perdido todo y, al igual que yo, estaba buscando una forma de seguir adelante.

—Ahora, todo es supervivencia —dijo, casi en un susurro—. ¿Eres español?

Me había salido de dentro. La fachada que había construido había caído como un castillo de naipes al mover la mesa.

Asentí. Ella se quedó pensativa antes de añadir la respuesta a su propia pregunta:

—Tus motivos tendrás para querer ir al conflicto habiendo salido de uno.



A medida que los días pasaban, Tomasz continuó moviéndose por los mercados negros, buscando una forma de conseguir el dinero que nos faltaba. Cada día parecía más nervioso, más tenso. Nosotros seguíamos moviéndonos por la ciudad, trapicheando con lo que podíamos y acudiendo a reuniones que fuesen necesarias, tanto las

del Cuerpo de Polacos como las nuestras clandestinas.

Finalmente, una tarde, nos reunió a todos en el mismo café de siempre.

—Conseguí a alguien —dijo, sin preámbulos—. Es un conductor. Nos llevará a Trieste en tres días, pero quiere todo el dinero por adelantado.

—Y ¿lo tenemos? —preguntó Janek, siempre directo.

Tomasz asintió.

—Lo tenemos. Pero hay un precio más alto que pagar.

Nos miró a todos, como si evaluara nuestras reacciones.

—¿Qué precio? —pregunté, esperando ya lo peor.

—Este tipo quiere garantías —dijo Tomasz con la voz baja tratando de no ser escuchado, pero a la vez de que distinguiéramos su voz entre la multitud—. Quiere saber que no vamos a traicionarlo. Y, para eso, necesita saber quiénes somos y qué hacemos. Habrá preguntas. Si no le gustan las respuestas, no habrá viaje.

El silencio que siguió a esa declaración fue aplastante. Sabíamos que Tomasz no podía garantizar nada y, en ese mundo, revelar demasiado era jugarse la vida.

—No tenemos opción —dijo Piotr, rompiendo el silencio.

Era cierto. No teníamos más opción.

El silencio volvió a asentarse sobre nosotros, como una niebla densa que cubría cada pensamiento, cada miedo no expresado. Sabíamos que Piotr tenía razón: no había opción. Estábamos atrapados entre la incertidumbre de un viaje lleno de riesgos y la seguridad de quedarnos varados en Roma, sin posibilidad de regresar a Polonia. Tomasz nos había dado un plan, pero ese plan exigía más de lo que habíamos esperado.

—Y ¿si no le gustan nuestras respuestas? —preguntó Janek, mirando fijamente a Tomasz.

—Entonces, no habrá viaje —respondió Tomasz, seco, mientras su mirada se oscurecía—. Y tendremos que buscar otra forma. Pero confío en que todo irá bien. Este tipo ha hecho esto antes y sabe cómo jugar a nuestro favor. Creo que lo que no quiere son líos. Le interesa el dinero, estará necesitado. Creedme.

Janek no dijo nada, pero yo notaba su incomodidad, la tensión que

se acumulaba en sus hombros. Estaba dispuesto a cualquier cosa para llegar a Polonia, lo sabía, pero la desconfianza nunca lo abandonaba. Siempre había algo en Tomasz que lo incomodaba, aunque nunca lo había dicho en voz alta. Era como si algo en su intuición lo mantuviera alerta.

Esa noche, en la pequeña habitación que mi compañero polaco y yo habíamos alquilado, con los sacos de dormir tirados por el suelo y el sonido distante de la guerra todavía resonando en la lejanía, nos quedamos pensativos. Roma parecía un refugio temporal, pero la sensación de amenaza siempre estaba presente. En cualquier momento, algo podía romper ese frágil equilibrio. Me acomodé en el suelo, al lado de Janek, que se había quitado su chaqueta de cuero desgastada, esa que siempre llevaba, incluso en los días más cálidos. Se veía joven, pero la guerra lo había envejecido de una manera que solo se percibía en la dureza de sus ojos.

—¿Cómo conociste a Tomasz? —pregunté, intentando distraerme de los pensamientos que me asfixiaban.

Janek levantó la mirada, como si la pregunta lo hubiera sacado de una profunda reflexión.

—Lo conocí en Ancona, justo después de la retirada alemana —dijo con la voz casi apagada—. Estaba buscando información sobre cómo llegar a Polonia. Tomasz era el único que tenía respuestas. Se movía entre los soldados aliados como si siempre hubiera pertenecido allí, pero nunca me dijo cómo llegó a hacer tantos contactos. Es un hombre de recursos, pero… —se detuvo, mirando hacia la ventana, donde la luz de la luna apenas iluminaba la habitación— hay algo en él que no me termina de encajar. Es demasiado hábil para ser un simple soldado.

Sabía a lo que se refería. Tomasz tenía ese aire de superviviente nato, alguien que siempre sabía más de lo que decía, alguien que podía navegar entre las sombras sin que lo notaran. En este mundo, esas habilidades eran cruciales, pero también peligrosas.

—No confías en él —dije, más como una afirmación que como una pregunta.

—No se trata de confianza —respondió Janek, encogiéndose de hombros—. Es cuestión de supervivencia. No tenemos opción, y él

es nuestra única salida.

Sabía que tenía razón, pero había algo en su tono que me inquietaba. Yo también tenía secretos, cosas que no podía compartir con ninguno de ellos, y, en momentos como ese, sentía que la desconfianza era una barrera insalvable entre nosotros.

Nos quedamos en silencio, cada uno atrapado en sus propios pensamientos. La habitación estaba oscura, iluminada apenas por una lámpara de petróleo que habíamos conseguido en el mercado negro. El aire olía a humedad y a sudor acumulado después de días sin agua caliente.

Pasaron varios minutos antes de que decidiera romper el silencio de nuevo.

—Janek, ¿tú rezas? —pregunté, casi de manera casual, mientras mi mirada se perdía en las grietas del techo. No era algo de lo que solíamos hablar, pero, en ese momento, con el peso de la incertidumbre sobre nosotros, la pregunta surgió como un reflejo.

Janek levantó la mirada. Parecía desconcertado.

—¿Por qué lo preguntas? —dijo, mirándome con una mezcla de curiosidad y cautela.

—No lo sé —respondí, encogiéndome de hombros—. Solo… he estado pensando. Todo esto que estamos viviendo. A veces, parece que lo único que nos queda es rezar, aunque no sepamos si alguien escucha.

Janek se quedó en silencio por un momento, observándome como si tratara de descifrar algo. Luego, habló con una voz más baja, como si estuviera escogiendo cuidadosamente cada palabra.

—¿Tú rezas a tu dios, Albert? —preguntó, enfatizando mi nombre falso, como si esa simple palabra fuera un recordatorio de todas las capas que ocultaba. La pregunta, directa y personal, me hizo sentir expuesto.

Lo miré y vi el brillo tenue de sus ojos, a la espera una respuesta.

—A veces —dije finalmente—. Aunque no sé a quién le rezo exactamente.

—¿Eres judío? —preguntó de repente, con una mezcla de sorpresa y sospecha en su tono.

Aquello me descolocó. Nunca había hablado abiertamente de mi

pasado, de quién era realmente, y por un segundo me sentí atrapado. La guerra me había obligado a ocultar tantas partes de mí mismo que, en ocasiones, ni siquiera yo sabía quién era.

—Es una de las cosas que oculto —le respondí, intentando sonreír, pero el gesto murió en mi rostro antes de completarse.

Janek frunció el ceño, claramente confundido, pero no insistió. Sabía lo que era guardar secretos, lo que era ocultar partes de ti mismo para sobrevivir en un mundo que no aceptaba nada que no fuera estrictamente conforme a sus reglas.

—¿Te pesa? —preguntó finalmente, con una voz cargada de una empatía que no esperaba.

Suspiré y me senté en el suelo, apoyando los codos sobre las rodillas. Miré mis manos, sucias y agrietadas por el frío y la vida militar, pero sobre todo por la constante necesidad de ser alguien que no era.

—Claro que me pesa —dije con una sinceridad que escapó de mis labios antes de poder contenerla—. Me pesa más de lo que imaginaba. Cada mentira, cada nombre falso, cada vida que me he inventado para sobrevivir. A veces pienso que, cuando todo esto termine, si es que alguna vez lo hace, ni siquiera sabré quién soy.

Janek asintió, comprendiendo más de lo que podía expresar en palabras.

—No eres el único. Yo tuve que salir corriendo justamente por eso. Por ser judío —confesó en voz baja, mirando de nuevo su rifle como si de alguna manera pudiera encontrar en ese objeto una respuesta que nunca llegaría. Nos habían robado tanto, no solo nuestras familias o nuestros hogares, sino también nuestra identidad. Estábamos perdidos en un mar de mentiras y la única forma de sobrevivir era seguir navegando.

—Pero diste la cara. Yo me escondí.

—Y no hay día que no me arrepienta de haberla dado. Esas estrellas que nos ponían para localizarnos, los barrios cerrados, los camiones… No me voy a olvidar de nada de lo que me han hecho hasta que he llegado aquí.

—¿Y tú? —le pregunté—. ¿Crees que después de todo lo que has visto, de todo lo que hemos hecho, puedes seguir creyendo en algo?

Janek levantó la vista y sus ojos se llenaron de un brillo melancólico. Me di cuenta en ese momento de que, a pesar de todo lo que habíamos compartido, de las batallas luchadas codo con codo, había partes de Janek que yo nunca entendería del todo.

—No sé si creo en algo o en alguien —dijo, finalmente, con la voz apagada—. Pero quiero volver a Polonia. Quiero que todo lo que hemos vivido haya valido la pena, que haya un propósito en el caos. Y, si Dios quiere que tras eso lo perdone, me lo tendrá que suplicar.

Janek sonrió levemente, una sonrisa triste, como si supiera que, aunque rezáramos, el camino que nos esperaba estaba lleno de sombras. Quizás ese fuera nuestro destino.

El silencio en la habitación se hizo más denso después de mi confesión. Janek seguía mirándome con esa mezcla de sorpresa y comprensión. Era como si hubiera esperado ese momento durante mucho tiempo, aunque quizá no de la forma en que ocurrió.

No podía aguantarlo más. Algo en su reacción me quemaba por dentro, una necesidad de entender cómo había llegado a esa conclusión, a esa pregunta tan directa que había tocado una herida que llevaba años tratando de ocultar.

—¿Cómo lo supiste? —pregunté, con un tono más brusco del que pretendía. El peso de la mentira me hacía estar a la defensiva.

—Te vi… en Montecassino —dijo, con un tono tan neutral que hizo que me removiera incómodo.

—¿Montecassino? —Tratando de recordar. La batalla, el caos, el barro, el humo, el miedo constante. Pero nada específico surgía de mi memoria.

Janek asintió, con un gesto leve. Su mirada no era acusatoria, ni había rastro de burla. Era simplemente un hecho que ya no se podía ignorar.

—Te vi meando detrás de una roca, justo antes de que avanzáramos al siguiente puesto. Ahí lo supe.

Tardé un segundo en procesar lo que me estaba diciendo. La circuncisión. Eso era todo. En medio de la guerra, de la locura y del sufrimiento, un detalle tan íntimo, tan pequeño, había sido lo que lo delató todo. No pude evitar reírme.

Me quedé callado, sintiendo cómo me hervía la sangre. La invasión

de esa privacidad, algo tan personal, tan arraigado, se había convertido en un marcador silencioso de mi verdadera identidad. Me sentí expuesto, vulnerable de una manera que no había experimentado en años. Me acordé de las palabras de Hugo en París: «Os ponen la estrella porque no saben cómo es un judío».

—No tienes que preocuparte —añadió—. Nunca se lo diría a nadie. No soy yo quien debería juzgarte. Yo también soy judío. Ya lo sabes. Solo me preguntaba por qué a veces parecías… como si cargaras con todo el peso del mundo sobre tus hombros. Y ahora sé por qué.

—Es una de las tantas cosas que me callo. Supongo que todos tenemos secretos aquí —repetí en voz baja, con una amargura que se me hizo extraña en la boca.

Janek se inclinó hacia adelante. Por primera vez, sentí una cercanía genuina en él, una especie de comprensión que no habíamos alcanzado en todo este tiempo. A pesar de nuestras diferencias, de las cosas que callábamos y de los miedos que compartíamos en silencio, había una conexión que trascendía las palabras.

El silencio se hizo aún más denso, como una bruma que nos envolvía a ambos. Janek me miraba, quizá más intensamente que nunca, sus ojos buscando algo en mí que ni siquiera yo estaba seguro de poder darle. Habíamos compartido demasiado, más de lo que era seguro, más de lo que habíamos compartido con cualquiera desde que la guerra había comenzado a destrozar todo a su paso. Había algo en él que pedía consuelo, algo que buscaba alivio en medio de tanta devastación.

Sin decir una palabra, se inclinó hacia mí, sus manos temblorosas pero decididas. Su respiración se volvió más profunda, más pesada, y, en un momento de desconcierto, comprendí lo que estaba a punto de hacer. Nuestros rostros estaban demasiado cerca y, antes de que pudiera reaccionar, su mano tocó mi rostro, trazando con suavidad una línea desde mi mejilla hasta mi barbilla.

—Albert… —murmuró, con la voz algo quebrada, casi como un susurro que temía hacerse audible.

El gesto fue casi imperceptible al principio, sus labios en busca de los míos, pero, en ese instante, algo en mí se encendió. No era miedo lo que sentía, sino una tristeza profunda, una especie de

vacío que Janek no podía llenar, por más que quisiera.

Lo aparté con delicadeza, colocando mi mano sobre su pecho, frenándolo antes de que se acercara más. Su sorpresa fue palpable, sus ojos llenos de confusión, de esa soledad que ambos compartíamos, pero que no podía resolverse de esa manera.

—No puedo —dije, la voz rota por emociones que no me atrevía a desenterrar.

Janek se quedó quieto, con la mirada perdida, tratando de entender, de procesar mi rechazo. No lo estaba rechazando por quien era, ni por lo que sentía, sino por algo más profundo que me mantenía anclado en el pasado. No era él; era yo, o más bien, Hugo.

—No es por ti, Janek… —comencé, intentando encontrar las palabras adecuadas—. Es… es el pasado. Es Hugo.

Su nombre salió de mis labios como una herida abierta, un recuerdo que nunca había dejado de sangrar. Janek parpadeó, tratando de recordar, tal vez, o de darle sentido a esa confesión.

—¿Hugo? —preguntó finalmente, con una mezcla de sorpresa y desolación en su tono.

Asentí, sin apartar mi mano de su pecho, como si de alguna manera necesitara que entendiera lo que estaba pasando dentro de mí. Hugo había sido mi vida antes de todo esto, antes de la guerra, antes de las mentiras y las máscaras que había aprendido a usar para sobrevivir. Aún podía verlo en mi mente, su sonrisa, sus ojos que lo decían todo sin necesidad de palabras. Él había sido mi refugio, mi único hogar verdadero en un mundo que se desmoronaba a nuestro alrededor.

—Hugo y yo… estuvimos juntos en París —admití, finalmente dando voz a algo que había mantenido en silencio desde hacía tanto tiempo—. Nos queríamos. Salimos juntos de nuestra ciudad por eso. Y, cuando todo se vino abajo, desapareció. Lo perdí, Janek. Lo perdí en medio del caos y desde entonces no he dejado de pensar en él.

Asimiló mis palabras en silencio, retirando su mano con lentitud, casi como si ahora comprendiera lo que me mantenía distante. No era por lo que él representaba, ni por la complicidad que habíamos desarrollado en estos meses. Era porque una parte de mí seguía atada a París, a los recuerdos de lo que alguna vez fue, y no podía

entregarme de nuevo, no de esa manera.

—Lo siento —susurré—. No puedo…

—Pues qué suerte tiene, si sigue vivo, de que alguien recorra lo que vas a recorrer por volver a verlo.

Janek respiró hondo, apartándose del todo y volviendo a su posición original, el peso de la situación cayendo sobre nosotros como una losa. La intimidad del momento se había roto, pero no con dureza, sino con una comprensión mutua.

—No tienes que disculparte, Albert —añadió, aunque su voz sonaba más apagada que antes—. Supongo que todos estamos persiguiendo fantasmas, ¿no?

Asentí, sin saber qué más decir. La guerra nos había arrebatado tanto, pero también nos había dejado atrapados en esos fantasmas, incapaces de seguir adelante, de soltar lo que una vez habíamos tenido.



Nuestro transporte y la inminente salida de la ciudad se convirtió en nuestra obsesión. Tomasz se movía de un contacto a otro, buscando al mejor conductor, asegurándose de que todo estuviera en su lugar. Mientras tanto, nosotros, los demás, intentábamos mantenernos ocupados, aunque el nerviosismo se palpaba en cada conversación. Anna se había vuelto más callada en los últimos días. La guerra había destrozado su espíritu, pero algo en su manera de moverse, siempre alerta, la mantenía en pie.

—Nunca te vi tan callada, Anna —le dije una tarde, mientras estábamos sentados en un café improvisado en las afueras del mercado negro.

Ella sonrió, pero era una sonrisa amarga, sin alegría.

—Estoy agotada, Albert —afirmó, usando mi nombre con una familiaridad que me sorprendió—. Pensaba que había visto lo peor en el frente, en aquella enfermería, pero cada día parece que hay algo nuevo que me quita un pedazo más de lo que soy. Todo es tan complicado… Hasta volver a casa es difícil.

Miré sus manos, las mismas que seguramente habían salvado

vidas, pero también habían visto la muerte demasiado cerca. Esas manos temblaban ahora, como si cada fibra de su cuerpo estuviera agotada por los horrores que había presenciado.

—Lo entiendo —dije, aunque sabía que en realidad no lo entendía del todo. Mi guerra había sido diferente a la suya, pero el dolor, la pérdida, eran universales.

Los días avanzaban con una lentitud desesperante. El contacto de Tomasz tardaba demasiado, tres días parecieron una vida. Habíamos vendido tanto que ya no nos quedaba nada que cambiar para comer. Anna y Piotr habían vendido hasta lo poco que quedaba de sus pertenencias. Piotr había cambiado su última moneda de oro, un objeto que había guardado desde los primeros días de la guerra con la esperanza de usarlo en su viaje de regreso a casa. Anna había intercambiado sus medallas de servicio, algo que parecía haberle supuesto un coste emocional más de lo que estaba dispuesta a admitir. Yo también tuve que vender las mías, pero a mí aquello no me importaba lo más mínimo. Quería salir de Roma.

Un día, Tomasz nos reunió a todos en la pequeña habitación que compartíamos.

—Es ahora o nunca —dijo, mirando a cada uno de nosotros con intensidad—. Tenemos suficiente para pagar el transporte, pero no podemos retrasarnos más. Si no salimos esta semana, perderemos nuestra oportunidad. Solo nos llegará para pagarle hasta la frontera, a partir de ahí tendremos que buscarnos la vida sin dinero. Y lo que os pregunte… responded lo que sea. Mentid si es preciso. Y, cuando lleguemos a la frontera, salid corriendo del coche. Que no le dé tiempo a delatarnos por cuatro monedas.

Todos nos miramos en silencio, sabiendo que esa decisión no era una que tomáramos a la ligera. Era un todo o nada.

HUGO

Moscú, diciembre de 1944

Moscú estaba cubierto por una capa espesa de nieve, que silenciaba los ruidos de la ciudad y hacía que cada paso se sintiera como si camináramos en otro mundo. Pero, claro, eso era una mentira. La guerra estaba en todas partes, incluso en Moscú, aunque no se escucharan las explosiones ni los gritos. Allí, la guerra era silenciosa, una presencia que impregnaba el aire, las calles, las conversaciones en voz baja.

Mi vida en Moscú había tomado un rumbo que nunca habría imaginado. Había aprendido a moverme con cautela, a dejar que la rutina me tragara, porque era más fácil así. Más seguro. Las sospechas, los controles y las purgas internas seguían aquí, siempre presentes, como una sombra sobre nuestras cabezas.

Yo no sabía qué decir ni qué hacer. La confianza era algo difuso y yo, al final, creía que solo podía fiarme de la realidad de mis propios pensamientos y que exteriorizarlos con alguien que no fuese de plena confianza podía salirme demasiado caro. Allí no estaba permitido pensar, solo acatar.

Elena y Anya estaban atrapadas en una prisión diferente a la mía, pero igual de opresiva. El régimen las había aplastado, no solo como bailarinas, sino como mujeres, como personas con sueños. No se atrevían a decirlo en voz alta, pero sabíamos que era verdad. La vida bajo el comunismo no era tan diferente a la vida bajo los zares, al menos no para la gente común. Ellas seguían oprimidas, seguían siendo invisibles para aquellos que ostentaban el poder.

Mientras hablaban aquella mañana de invierno conmigo, mis ojos se detuvieron en la esquina de la habitación, donde guardaba los lienzos que pintaba para el régimen. Lo que una vez había sido una pasión, un modo de expresarme, ahora parecía una obligación, una tarea mecánica que me habían encomendado. No me dejaban pintar otras cosas y yo, al final, tampoco lo intentaba. Una línea mal hecha,

un color fuera de lo normal y mi vida terminaría pronto.

—¿Tienes que pintar otra vez sobre estos demonios? —preguntó Elena, notando hacia dónde dirigía mi mirada.

Asentí.

—Siempre lo mismo. Ellos traen retratos antiguos, de los Romanov, de la aristocracia. Y yo los tapo con algo más adecuado… algo que exprese los nuevos valores. Un dictado constante.

Elena suspiró, acercándose más a la estufa.

—La nieve tapa todo, pero no desaparece. Es igual con esas pinturas. Puedes cubrirlas, pero las capas de abajo siempre estarán ahí, enterradas. Como nosotras.

—Lo mismo pasa con la guerra —añadí, más para mí mismo que para ellas—. Parece lejana, pero siempre está aquí. La sentimos, aunque Moscú siga en pie.

Había momentos, al caminar por las calles, en que podías percibirlo. La gente tenía miedo, aunque fingía lo contrario. El régimen lo controlaba todo, y a veces eso se sentía más opresivo que cualquier invasión. El frío, las filas para el pan, los ojos que seguían cada uno de tus movimientos, todo era un recordatorio constante de que vivíamos bajo una autoridad implacable.

Elena y Anya me escuchaban en silencio, con la comprensión que solo aquellos que han sufrido calladamente pueden compartir reflejada en sus miradas. Nos habíamos vuelto cercanos, aunque esa cercanía estaba limitada por lo que no se podía decir, por lo que no se podía expresar abiertamente. Las chicas no esperaban que fuera tan bueno con ellas, quizás acostumbradas a que los hombres las ignoraran o las trataran con desprecio. Para mí, eran una conexión con una humanidad que me costaba encontrar en ese lugar.

—¿No creéis que en el futuro alguien debería de poder recordar el pasado? —pregunté casi sin pensar.

Elena y Anya levantaron la vista, sorprendidas por la seriedad de mi tono.

—¿Qué quieres decir? —me preguntó Elena con su voz suave, pero con una tensión subyacente. Sabía que mi pregunta estaba cargada de algo más.

Me incliné un poco hacia adelante, como si lo que fuera a decir

necesitara de cierta confidencialidad, aunque estábamos solos en mi apartamento.

—Los cuadros —susurré, señalando los lienzos que se amontonaban en la esquina, a medio terminar— son encargos para tapar el pasado. Cada vez que me traen un retrato de un zar, de una nobleza que ya no existe, me piden que lo cubra con propaganda comunista. Que borre lo que había antes.

Anya exhaló con fuerza, un suspiro largo que reflejaba el peso de lo que estaba diciendo.

—Es lo que piden de todos —dijo, mirándome a los ojos—. Tapar el pasado. Borrar lo que era. Asentar los principios del nuevo régimen.

—Pero ¿es eso lo correcto? —insistí, sintiendo una urgencia creciente en mi pecho—. ¿Deberíamos borrar lo que fue? Si no dejamos huellas del pasado, ¿cómo aprenderá el futuro? ¿Cómo sabrán las generaciones que vienen lo que hubo antes de esto, si todo lo que hacemos es borrar y tapar para pintar encima?

Hubo un silencio incómodo. Elena miró a Anya y luego bajó la vista hacia sus manos, que descansaban sobre su regazo, inmóviles.

—No tienes ni idea de cómo vivíamos con los zares. Se nota que has vivido mucho tiempo lejos —dijo Elena al fin, sin levantar la vista. Su voz sonaba apagada, como si arrastrara siglos de cansancio.

—¿Tan terrible era? —pregunté con cautela.

—«Terrible» no alcanza —intervino Anya, con una dureza que no le conocía—. Éramos siervos en nuestras propias tierras. Las aldeas enteras vivían sometidas, sin pan, sin escuela, sin esperanza. Los nobles paseaban en carruajes dorados mientras los niños morían de frío a la puerta de sus palacios. Y, cuando llegó la Revolución, todos creyeron que algo cambiaría. Y algo cambió, sí…, pero no como esperábamos.

—¿A qué te refieres? —pregunté, aunque temía la respuesta.

—A que la libertad también puede tener barrotes —respondió ella, mirándome fijamente—. Antes obedecíamos a los zares, ahora obedecemos a otros hombres, pero el miedo sigue siendo el mismo. Solo cambió el retrato en la pared.

El silencio se hizo pesado otra vez. Afuera, el viento golpeaba las

contraventanas, y por un instante tuve la sensación de que el pasado y el presente se miraban cara a cara a través de nosotros.

—Entonces —dije al fin, casi en un susurro—, tal vez no se trate de tapar el pasado… sino de aprender a mirar lo que hay debajo de la pintura.

Anya levantó la vista y sonrió con tristeza.

—Eso solo lo haría un verdadero artista —dijo—. Los demás solo pintan lo que les mandan.

Elena asintió lentamente.

—Tienes razón —admitió finalmente—. No se trata de borrar el pasado. Pero es que, si dejamos rastro, nos meteremos en problemas. Los cuadros que pintas son pedidos directos.

Anya asintió, pero algo en su expresión cambió. La chispa de una idea.

—No tenemos que dejar rastro. Podríamos… desmontar los cuadros. Quitamos las telas con los retratos antiguos y las escondemos. En su lugar, ponemos lienzos nuevos, blancos, para que puedas seguir pintando lo que te piden. Nadie se daría cuenta.

Elena levantó la mirada, sorprendida por la audacia de la idea.

—¿Es eso posible? —preguntó, mirando hacia los cuadros en la esquina—. ¿Podemos realmente hacer eso?

Mi mente comenzó a trabajar rápido. Era una idea arriesgada, pero factible. Si trabajábamos con cuidado y sin dejar huellas, podríamos preservar las obras de arte originales, ocultándolas bajo otras telas, mientras seguía pintando lo que me pedían en lienzos nuevos. Nadie lo sabría. Nadie se daría cuenta.

Elena se detuvo de repente. Se quedó mirando la pared detrás de uno de los armarios, una de esas paredes de piedra y yeso que ya estaba desgastada por el tiempo.

—Hay algo que quiero enseñarte.

Me extrañó el tono de su voz. Era la primera vez que la veía tan cautelosa, casi nerviosa, y, sin decir más, me hizo un gesto para que la siguiera. Anya nos acompañó. Parecía que ambas sabían algo que yo no.

Elena caminó hacia la pared al fondo del apartamento, donde las sombras eran más densas por la mala iluminación. Movió con

cuidado uno de los armarios, un mueble viejo y pesado que había permanecido allí desde que yo llegué, y reveló una parte de la pared que antes no se veía.

—¿Qué estás haciendo? —pregunté, acercándome.

No respondió de inmediato. En lugar de eso, movió el armario que tenía delante, se agachó y comenzó a tocar la pared con sus manos, palpando la superficie hasta que encontró lo que buscaba. Un suspiro ligero de satisfacción escapó de sus labios. Luego, con un movimiento rápido, sacó una navaja pequeña de su bolsillo y comenzó a raspar el yeso. La pared se desmoronó más fácil de lo que esperaba y, en cuestión de minutos, había creado un pequeño hueco.

—Aquí está —dijo en voz baja, apartándose para dejarme ver.

Me acerqué y, al iluminar el hueco con la lámpara, vi que era más profundo de lo que imaginaba. Era una pequeña cavidad, apenas visible si no sabías que estaba allí, lo suficientemente grande para esconder varias cosas, tal vez un par de lienzos enrollados o documentos.

—Lo encontré hace unas semanas —confesó Elena—. Estaba limpiando las paredes, porque pasas demasiado tiempo aquí encerrado pintando desde que te trajiste el taller a casa, y noté que el yeso en esta zona sonaba hueco. Es un escondite perfecto.

La miré, impresionado. ¿Cuánto tiempo llevaba sabiendo esto sin decir nada? Y ¿por qué me lo contaba ahora?

—Podemos usarlo para esconder las telas originales —siguió—. O cualquier cosa que queramos proteger de los ojos del régimen. Aquí no buscarán. No saben que existe.

Me agaché junto a ella, tocando el borde del hueco con las yemas de los dedos. Era sorprendentemente profundo, y el polvo que se había acumulado me hizo pensar que llevaba años intacto. Tal vez desde antes de la Revolución. Tal vez era uno de esos rincones que la historia misma había dejado atrás.

—Es perfecto —murmuré, todavía asimilando lo que habíamos descubierto.

Elena asintió con la expresión endurecida.

—Pero debemos ser cuidadosos. No podemos esconder demasiado,

o llamaríamos la atención si alguien se da cuenta de que algo no está donde debería estar. Solo lo más valioso. Los cuadros que no podemos permitir que destruyan.

Nos quedamos un momento en silencio, mirando el hueco como si fuera una especie de milagro. Era una posibilidad que no habíamos contemplado antes. Un lugar donde podíamos mantener a salvo las cosas que queríamos proteger, lejos de las manos del régimen, lejos de los ojos que todo lo vigilaban.

—Podemos empezar hoy —dije finalmente, rompiendo el silencio—. Empezaremos por los cuadros más antiguos. Los que sabemos que desaparecerán pronto si no hacemos algo.

Esa misma noche, comenzamos a mover las primeras telas hacia el hueco. El trabajo era minucioso; había que enrollar las obras con cuidado, sin dañarlas, y luego asegurarnos de que el hueco quedara bien tapado de nuevo. Actuábamos con precisión, cubriendo cada señal de que habíamos estado allí. Luchábamos contra la guerra del olvido.

Mientras terminábamos de ocultar el último de los cuadros, Elena se quedó de pie frente al hueco, mirando la pared recién restaurada. En sus ojos había una mezcla de furia y determinación que no había visto antes. Se apartó un mechón de cabello de la cara y soltó un suspiro, como si estuviera liberando algo que llevaba guardado mucho tiempo.

—Que se joda el régimen —dijo de repente con un tono frío, casi susurrado, pero lo suficientemente fuerte como para que Anya y yo la escucháramos—. Me lo quitó todo. Lo poco que tenía.

Anya se giró hacia ella, sorprendida por la crudeza de sus palabras, pero no dijo nada. Yo tampoco supe qué decir al principio, pero el silencio en la habitación se volvió tan denso que sentí la necesidad de romperlo.

—¿A qué te refieres? —le pregunté suavemente.

Elena se dio la vuelta, encontrándome con la mirada. Sus ojos estaban llenos de una tristeza profunda, pero también de una rabia que parecía arder debajo de la superficie.

—A todo. Mi familia, mi vida, mis sueños… todo desapareció bajo este maldito sistema —respondió con amargura—. ¿Sabes lo que me

contó mi madre sobre la Revolución? Que lucharon por un mundo mejor, por la igualdad, por la libertad. Y ahora míranos. Seguimos siendo esclavos, solo que ahora los amos tienen nombres diferentes.

Anya asintió en silencio, como si sus pensamientos estuvieran completamente alineados con los de Elena. Yo, por otro lado, me sentí desconcertado. No había vivido la Revolución, solo conocía la historia que había sido contada una y otra vez. Ellas tampoco, eran demasiado jóvenes, pero les resultaba más cercana que a mí. La narrativa oficial me la sabía: los zares eran opresores; los bolcheviques, los libertadores. Pero nunca me había detenido a cuestionarlo en voz alta. La verdad de lo que sucedió estaba enterrada bajo capas de propaganda.

—Mis padres también me contaron sobre la Revolución —añadió Anya, rompiendo su silencio—. Mi abuelo fue uno de los que se unieron a los obreros en Petrogrado. Creían que estaban haciendo lo correcto, que el zarismo debía caer para que todos pudiéramos vivir mejor. Pero ahora lo único que ha cambiado es la cara de quien está en el poder.

Me quedé en silencio por un momento, asimilando sus palabras. Nunca había tenido una conversación tan abierta sobre el régimen, al menos no con esa intensidad. Sabía que todo lo que decían era peligroso, que, si alguien nos escuchaba, podríamos estar en un gran problema. Pero, en ese momento, no parecía importar. Estábamos encerrados en esa habitación con nuestras frustraciones, con las historias de nuestras familias, con la certeza de que el mundo por el que había luchado la generación de sus padres no existía.

Elena se sentó en una silla de madera, exhausta, como si el peso de su historia la estuviera aplastando.

—Mis padres —continuó, con la voz ligeramente quebrada—. Eran campesinos. Mi madre me decía que, antes de la Revolución, no teníamos nada. Que los zares nos trataban como basura. En los inviernos apenas sobrevivíamos, sobre el hambre, sobre los trabajos forzados que ellos tenían que hacer para los terratenientes. Decía que, cuando llegó la Revolución, parecía que el mundo iba a cambiar. Creían en eso. Lucharon por eso. Pero, después de todo…

—hizo una pausa, cerrando los ojos, como si le doliera recordar—. Después de todo, seguimos igual. O peor. Ahora no solo no podemos hablar; ni siquiera podemos soñar con algo mejor.

Me quedé mirándola en silencio, sintiendo una mezcla de tristeza y empatía. Sabía lo que era perderlo todo. La guerra me había quitado tanto. Pero el régimen, ese mismo régimen que decía que había traído igualdad y justicia, también le había arrebatado algo a ella. A todos nosotros.

Y lo peor de todo era que tenía razón. Tal vez no fuéramos libres ahora, pero lo que estábamos haciendo, escondiendo esas obras, esas piezas de historia, era un acto de rebelión silencioso. Era nuestra forma de decir que el régimen no lo controlaba todo. Podían obligarme a pintar lo que quisieran, a borrar a los zares de los lienzos, pero no podían borrar todo. No si lo ocultábamos, si lo protegíamos.

Elena se levantó de la silla mientras se estiraba la falda de capa hacia abajo y se ajustaba la cinturilla, metiendo la camisa por dentro, con un nuevo brillo en sus ojos.

—Sí, que se joda el régimen —repitió, esta vez con más fuerza—. Nosotros haremos nuestra propia revolución, aunque sea en silencio.

Nos quedamos un rato más, hablando en voz baja, planeando cómo mover los cuadros, qué esconder primero, cómo asegurar que nadie descubriera lo que estábamos haciendo. Era peligroso, lo sabíamos, pero, por primera vez en mucho tiempo, sentí que teníamos un propósito real. Estábamos luchando, a nuestra manera.

Y, aunque el régimen nos lo hubiera arrebatado todo, al menos, esa noche, supimos que teníamos algo que salvar.

16 de diciembre de 1944: Los alemanes inician su ofensiva sobre las Ardenas.

14 de enero de 1945: El Ejército Rojo invade Prusia Oriental. La guerra se encuentra en un punto decisivo.

PABLO

A veinte kilómetros de Cracovia, territorio de Polonia ocupado por la URSS, enero de 1945

El día que dejamos Roma, la ciudad nos despidió con una calma extraña. No era la agitación habitual. Todo parecía haberse detenido, como si incluso la destrucción hubiera perdido su ímpetu. El cielo estaba cubierto de nubes grises, pesadas y bajas, y un viento frío recorría las calles desiertas. Subimos al camión del contacto de Tomasz después de que aquel señor nos hiciera diversas preguntas que ninguno llegó a entender del todo. Puede que ni siquiera las entendiera él, pero, por encima de todo, lo que no debía de entender era por qué queríamos volver a una Polonia arrasada. Era un vehículo destartalado, con las ruedas desgastadas y el motor a punto de colapsar, pero, en ese momento, parecía nuestra única vía de escape.

Nos apiñamos en la parte trasera, todos cubiertos con mantas raídas y uniformes que habían perdido hace tiempo cualquier rastro de orgullo o de identificación. Tomasz, Anna, Piotr, Janek y yo. Todos éramos sombras de quienes habíamos sido antes de que la guerra comenzara. Cada uno de nosotros llevaba una carga invisible, un dolor que no se podía medir en palabras, pero que se veía en nuestros ojos y en la forma en que nos movíamos, como si el peso de los recuerdos nos arrastrara hacia abajo.

El viaje hacia el norte fue largo y desesperante. El motor del camión rugía y se ahogaba a ratos, pero seguía avanzando, como nosotros, empujado por algo más que combustible: la necesidad de seguir adelante. Pasamos días en ese estado de limbo, las noches se confundían con los días, y las fronteras entre un país y otro se desdibujaban en nuestra mente. Tomasz se las arreglaba para sobornar a los guardias en los puestos de control con cigarrillos, latas de comida o botellas de licor. A veces nos hacía escondernos

entre los arbustos cuando cruzábamos zonas peligrosas y, a menudo, el silencio en esos momentos era tan pesado como el ruido del motor cuando por fin volvíamos a ponernos en marcha.

Había algo en la atmósfera que me recordaba constantemente lo frágil que era nuestra existencia en ese punto. Cada kilómetro que avanzábamos, cada paso que dábamos hacia Polonia, sentía que el aire se volvía más denso, más irrespirable. La guerra no solo había devastado los paisajes físicos, sino que también había dejado cicatrices invisibles en nuestras almas. Cada uno de nosotros tenía una razón para querer dejar Roma atrás, pero también sabíamos que el destino hacia el que nos dirigíamos estaba lleno de incertidumbre. Cracovia, el hogar de Janek, la última esperanza de encontrar a su familia, se nos presentaba como una promesa rota antes de llegar siquiera.

Cuando finalmente alcanzamos Cracovia en enero, tras meses caminando y pasando tanta hambre que parecía una pesadilla, con la solidaridad de algunos y los odios de otros, la ciudad nos recibió con una especie de desolación silenciosa. Había ruinas, pero no como en Roma. Allí, la destrucción era más sutil, como si la ocupación nazi hubiera conservado partes de la ciudad con la intención de mostrar algo de su antigua gloria. Pero todo lo que alguna vez había dado vida a Cracovia parecía haberse marchitado. Las calles estaban vacías, los edificios en pie pero vacíos, y el frío mordía con una intensidad que parecía congelar hasta los pensamientos.

Nos despedimos de nuestros compañeros de viaje, sabiendo que nunca los volveríamos a ver. El mundo era así. Tantos meses juntos para nada. Anna y Piotr siguieron a Radom, tratando de reencontrarse con sus familias, y Tomasz, bueno, él jamás nos dijo a dónde iba. Siguió su camino. Todos lo hicieron. Desaparecieron entre las calles tan vacías y, a la vez, llenas de desolación.

Janek estaba inquieto. Desde el momento en que llegamos, lo noté. Había una tensión en su cuerpo, una necesidad desesperada de moverse, de buscar respuestas. Había esperado tanto por este momento, por el reencuentro con su familia, pero, ahora que estábamos aquí, la ansiedad lo estaba devorando. Nos llevó

directamente al barrio judío, donde había crecido y donde creía que encontraría algo de lo que había sido su hogar.

Nos detuvimos frente a una pequeña vivienda de ladrillos oscuros, más modesta de lo que había imaginado. Estaba allí, quieto. Durante un rato no dijo nada, pero pude sentir la intensidad de sus emociones. Sus ojos se fijaron en la puerta, como si esperara que, al llamar todo lo que había sido arrancado de su vida le fuera devuelto de alguna manera.

Golpeó la puerta con fuerza, con un ligero temblor en la mano. Me quedé a su lado, intentando mantenerme tranquilo, aunque yo también estaba tenso. Sabía que ese momento podría cambiarlo todo para Janek, para bien o para mal.

Después de lo que pareció una eternidad, la puerta se abrió y una mujer apareció en el umbral. Era joven, tal vez de nuestra edad, pero su rostro estaba marcado por el cansancio, como si la guerra hubiera robado su juventud y la hubiera dejado vacía. Llevaba un vestido gris y un pañuelo que cubría su cabellera oscura. Nos miró con cautela, como si ya hubiera visto demasiadas caras desconocidas golpeando su puerta en busca de respuestas que no podía dar.

—¿Puedo ayudarles? —preguntó con un tono distante, casi frío.

Janek la miró fijamente, su respiración se detuvo por un momento. Parecía luchar por encontrar las palabras correctas.

—Esta era mi casa —dijo finalmente, su voz era apenas un susurro, rota por la emoción contenida—. Mi familia… ¿sabe algo de ellos? Mi madre, mi padre… vivíamos aquí antes de la guerra.

La mujer frunció el ceño, sus ojos recorrieron el rostro de Janek, pero no había reconocimiento en su mirada.

—No sé nada de ellos —respondió finalmente—. Esta es mi casa.

Su tono era casi indiferente, como si fuera algo que había repetido tantas veces que ya no significaba nada para ella. Pero, para Janek, esas palabras fueron un golpe devastador. Su rostro se desmoronó, la esperanza que había mantenido viva durante tanto tiempo se apagó en un instante.

—Disculpe que le insista, pero el cuadro que se ve desde aquí era de mis padres.

La mujer endureció el rostro.

—¿Me estás acusando de ladrona? Soy la actual propietaria de esta casa. No sé quién es tu familia ni quiero saberlo —añadió la mujer, pero su disculpa carecía de calor, de humanidad, como si ya estuviera acostumbrada a ser portadora de malas noticias—. Y váyanse antes de que llame a la policía.

Nos alejamos de la casa en silencio, y Janek caminaba como si hubiera perdido el rumbo. Cada paso parecía costarle más, sus hombros se hundían más con cada metro que nos alejábamos de lo que una vez había sido su hogar. No dije nada, no había palabras que pudieran consolarlo en ese momento. Lo único que podía hacer era estar a su lado, aunque mi presencia resultara insuficiente.

—Debieron de expropiarles la casa, Janek —me atreví a decir suavemente rompiendo el silencio.

Me observó sin entender qué quería decirle.

—Estuve trabajando en la BBC en Londres. Se sabía poco de este lado de la guerra, pero nos llegaron chivatazos y algunos informantes contaban que, cuando los alemanes entraron en algunas ciudades, echaron a los judíos de sus casas y los llevaron a barrios que aislaron del resto de la ciudad. Les prohibieron trabajar y tener negocios, obligándolos a trabajos forzados. No tenían condiciones dignas ni tan siquiera salubres. Algunos murieron por inanición, mientras que otros por infecciones por la falta de medicamentos. Luego, muchos barrios fueron reduciéndose y se los llevaron a los campos para exterminarlos.

Esa noche, nos alojamos en una pequeña habitación alquilada en el centro de Cracovia. El lugar estaba en ruinas, como el resto de la ciudad. Las ventanas rotas dejaban entrar el frío y el sonido distante de explosiones nos recordaba que la guerra aún no había terminado. Nos sentamos en el suelo, con mantas delgadas que no lograban abrigarnos del todo. Y, cuando me di cuenta, las noticias comenzaron a correr como una sombra que se expandía rápidamente por las calles derruidas de Cracovia. Cuando salimos de la habitación a la mañana siguiente, aquello era una realidad. El campo de Auschwitz había sido liberado.

Cuando escuché esas palabras, todo dentro de mí se detuvo. Mi

corazón latía desbocado, como si supiera que algo estaba a punto de romperse. Había pasado tanto tiempo imaginando el destino de Hugo, temiendo lo peor, pero aferrándome a una diminuta chispa de esperanza. Pero ahora, con Auschwitz liberado, el silencio que había recibido de su parte durante tanto tiempo cobraba un nuevo y terrible significado.

—No he llegado a tiempo —murmuré, casi sin darme cuenta de que estaba hablando en voz alta.

Janek levantó la vista desde su rincón, su rostro aún marcado por la devastación. Sus ojos se encontraron con los míos y, aunque no dijo nada, pude ver en su mirada una especie de comprensión, como si, por primera vez, entendiera lo que yo había estado sintiendo todo este tiempo.

La liberación de Auschwitz no era una liberación para mí. Era el final de cualquier esperanza que hubiera guardado. Si Hugo hubiera sobrevivido, si hubiera estado en alguna parte tras su paso por el campo, habría encontrado la manera de hacerme saber que estaba vivo. Pero no lo hizo. Y dudaba que alguien hubiera podido aguantar tantos años en aquel purgatorio. El silencio, más que cualquier otra cosa, me gritaba la verdad: ya era demasiado tarde.

A partir de ese momento, algo dentro de mí se apagó.

28 de abril de 1945: Los partisanos fusilan a Mussolini y a Claretta Petacci.

30 de abril de 1945: Hitler se suicida en el búnker de Berlín. Su cuerpo es encontrado junto al de su mujer, Eva Braun.

8 de mayo de 1945: Día de la Victoria en Europa. Alemania se rinde y se proclama la victoria de los aliados.

CUARTA PARTE

Berlín Occidental – Moscú, febrero de 1953 – marzo de 1962

La muerte de la empatía humana
es uno de los primeros
y más reveladores signos de una
cultura a punto de caer
en la barbarie.

Hannah Arendt

4 de febrero de 1945: Se celebra la Conferencia de Yalta. En ella se decide el estatus de Europa y del mundo tras el final de la guerra, confrontándose las visiones americana y soviética. Alemania queda dividida en dos. Al oeste, quedan los ingleses, franceses y estadounidenses; al este, el mando de los soviéticos.

24 de julio de 1945: El presidente estadounidense Harry Truman informa a Stalin que los Estados Unidos han conseguido desarrollar la bomba atómica. Al parecer, el mandatario soviético ya estaba al corriente gracias a los servicios de espionaje rusos. Es una realidad que, tras el fin de la guerra y la caída de Alemania, la desconfianza de Stalin en sus aliados crece.

6 de agosto de 1945: A las 08:15 de la mañana, el bombardero estadounidense *Enola Gay* lanza la bomba atómica «Little Boy» sobre la ciudad japonesa de Hiroshima. Tres días después, a las 11:02 de la mañana, el bombardero *Bockscar* lanza la bomba «Fat Man» sobre Nagasaki. Tres días después de ese último ataque, el 15

de agosto de 1945, Japón anuncia su rendición incondicional, lo que marca el fin de la Segunda Guerra Mundial.

5 de marzo de 1946: Winston Churchill advierte que, desde Stettin hasta Trieste, un Telón de Acero ha caído sobre Europa. Ese mismo año, en el mes de mayo, los soldados soviéticos abandonan Irán tras la primera disputa entre los aliados. La brecha entre capitalismo y comunismo cada vez es mayor y las principales potencias se apresuran para hacerse con la mayor cantidad de armamento posible ante la posibilidad de una guerra entre bloques.

18 de septiembre de 1947: Se crea la CIA (Agencia Central de Inteligencia) en Estados Unidos, mediante la Ley de Seguridad Nacional, con el objetivo de coordinar las actividades de inteligencia y contraespionaje durante la Guerra Fría.

HUGO

Moscú, marzo de 1953

Elena volvió corriendo del mercado, con los pasos rápidos y el rostro enrojecido por el frío. Apenas cerró la puerta, soltó la bolsa de patatas sobre la mesa de la cocina y se quedó un instante en silencio, jadeante, como si las palabras que tenía en la garganta fueran demasiado pesadas para ser pronunciadas. Anya, que estaba junto a la estufa preparando el té, se giró con el ceño fruncido.

—Elena, ¿qué pasa? —le pregunté.

Ella levantó la vista hacia mí, con los ojos muy abiertos, una mezcla de asombro, miedo y algo más que no podía descifrar. Se quedó quieta un momento, como si estuviera ordenando las palabras en su cabeza.

—Stalin —empezó con la voz entrecortada—. Stalin ha muerto.

El silencio que siguió a esas palabras fue abrumador, como si el aire mismo en la habitación se hubiera detenido. Las llamas en la estufa crepitaban suavemente, pero nada más se movía, ni siquiera nosotros. Anya dejó caer la cuchara que sostenía, y el sonido metálico rebotó en el pequeño espacio de la cocina, pero nadie reaccionó. La noticia era demasiado grande, demasiado difícil de procesar en ese instante.

Stalin, el hombre que había gobernado sus vidas durante más de tres décadas y la mía durante demasiado tiempo, había muerto. La sombra que había cubierto a toda la Unión Soviética y, de alguna manera al mundo entero, se desvanecía. No era solo la muerte de un hombre; era la muerte de una era, de una forma de vivir que había estado profundamente arraigada en cada aspecto de nuestras vidas.

Elena se desplomó en una de las sillas, cubriéndose la cara con las manos. Me acerqué a ellas envolviéndome en el cárdigan color caqui que llevaba.

—¿Cómo te has enterado? —le pregunté a Elena sin saber bien qué esperar de su respuesta.

—Lo decían en el mercado —respondió ella sin apartar las manos de su rostro—. Las mujeres lo comentaban en susurros. Al principio no lo creí… pero luego todos comenzaron a hablar de ello y uno de los vendedores me lo confirmó. No ha salido en la radio todavía, pero ya lo saben. La noticia va como la pólvora, Alex.

En los últimos años, me había acostumbrado a que me llamaran Alex. Ese nombre se había vuelto mi escudo, mi máscara, algo que me protegía en un mundo donde ser alguien más podía significar la diferencia entre la vida y la muerte. Con el tiempo, el nombre se había convertido en una parte de mí. Alex comenzó a llenar los vacíos que Hugo había dejado, reemplazando pedazo a pedazo lo que había sido mi verdadera identidad.

Había aprendido a caminar por Moscú con la naturalidad de alguien que siempre había sido Alexandr Borísov. Sabía responder sin titubear cuando los vecinos me saludaban en la calle, cuando los vendedores del mercado reconocían mi rostro y me decían: «*Privet*, Alex». Había aprendido a hablar el ruso y a entenderlo, a comprender sus mentes y saber qué les pasaba, cuándo se enfadaban y por qué lo hacían. Me volví esa persona porque no había otra opción. En ese país, ser Hugo me habría puesto en riesgo. Un extranjero, un artista cuya vida antes de la guerra era demasiado libre, demasiado peligrosa bajo el régimen de Stalin.

Me preguntaba si seguiría siendo Alex ahora que Stalin había muerto. ¿Sería seguro dejar que algo de Hugo emergiera, al menos en los pequeños detalles? Pero incluso esa idea me causaba un miedo irracional. Stalin había muerto, sí, pero el aparato que había construido seguía en pie. Las sospechas, las delaciones, la vigilancia… eso no iba a desaparecer de la noche a la mañana. De alguna manera, siempre seríamos observados, y el precio de un error podía ser más alto de lo que estábamos dispuestos a pagar.

Sabía que el hombre que una vez fui nunca volvería por completo. Pero también sabía que, en algún lugar dentro de mí, Hugo seguía vivo, resistiendo, esperando una oportunidad para respirar de nuevo. Stalin había muerto, sí, pero el sistema que él creó seguía

acechando nuestras vidas. Por ahora, seguiría siendo Alex. Porque el nombre, aunque falso, me había protegido hasta aquí. Y aún no estábamos fuera de peligro.

Al fin y al cabo, habíamos sobrevivido demasiado para arriesgarlo todo por un nombre.

Me dejé caer en la silla frente a Elena mientras el peso de la noticia comenzaba a asentarse en mi pecho. Pensé en lo que esto significaría para nosotros, para Moscú, para todo el país. Stalin había sido una figura omnipresente durante toda nuestra vida adulta. Desde que llegué a la Unión Soviética tras la guerra, huyendo de mi propio pasado, había sentido su influencia en todo lo que hacíamos, en cada decisión, en cada movimiento.

No podíamos decirlo en voz alta, pero el miedo siempre había estado presente. Sabíamos que cualquier error, cualquier palabra mal dicha, podía llevarnos a desaparecer en mitad de la noche. Lo habíamos visto suceder a otros. Habíamos escuchado los rumores, los murmullos sobre los gulags, sobre las purgas, sobre los miles que habían muerto sin una palabra, sin una despedida. Y, sin embargo, la muerte de Stalin, por mucho que significara el fin de esa vigilancia constante, no traía alivio inmediato. Al contrario, el vacío que dejaba tras de sí era casi más aterrador.

—¿Qué va a pasar ahora? —murmuró Anya sin apartar la vista de las tazas que fregaba.

Esa era la pregunta que todos teníamos en la mente, pero nadie podía responderla. ¿Qué sucedería con el partido? ¿Con el país? Había sido Stalin quien había guiado a la Unión Soviética a través de la guerra, quien había levantado al país de las cenizas. Había sido brutal, sí, despiadado. Pero también era una figura en la que muchos habían puesto su fe, su sentido de estabilidad. La idea de un futuro sin él era algo que nadie había siquiera contemplado.

Miré a Elena y luego a Anya. Ambas habían soportado tanto. Habían nacido en esta realidad, y la noticia de su muerte las afectaba de una manera más abstracta, como la ruptura de un equilibrio que nunca habían conocido otra forma. Habían vivido el terror de las purgas, había perdido amigos y conocidos, gente que simplemente desapareció de la faz de la Tierra, llevada por las

órdenes del mismo hombre que ahora yacía muerto. Durante años, habíamos aprendido a caminar con cuidado, a hablar en susurros cuando estábamos solos, a no confiar en nadie. Pero la muerte de Stalin no deshacía ese miedo de inmediato. El hábito del silencio, de la desconfianza, era demasiado profundo para que desapareciera tan rápido.

—Esto… cambiará todo —dije finalmente, rompiendo el silencio que se había instalado en la habitación.

Elena asintió, aunque no parecía convencida de que eso fuera algo bueno.

—¿Y si no cambia nada? —susurró ella, con una mezcla de desesperanza y resignación en la voz—. ¿Y si todo sigue igual? O peor…

No respondí. No podía. Nadie sabía qué vendría después. Las luchas por el poder, la incertidumbre, la posibilidad de que alguien igual de brutal tomara el control. Y, sin embargo, por debajo de todo ese miedo y esa ansiedad, había algo más. Una pequeña chispa de algo que no me atrevía a nombrar todavía, pero que estaba allí. Tal vez… solo tal vez, las cosas podrían mejorar. Tal vez este fuera el comienzo de algo diferente, algo menos opresivo, menos oscuro.

Esa noche no pude dormir. Me quedé despierto, tumbado en la cama escuchando el silencio de la ciudad, como si estuviera esperando que algo terrible ocurriera. Estaba atrapado en mis pensamientos, intentando darle sentido a la muerte de un hombre que había moldeado mi vida de una manera tan drástica. Stalin no era solo el líder del país, era una presencia omnipresente, una sombra que lo había gobernado todo.

Cuando me levanté de la cama en la madrugada, fui a la ventana y miré hacia la calle. Moscú estaba inmóvil, casi como si también estuviera reteniendo el aliento. La nieve caía lentamente, cubriendo todo con una capa blanca, y por un momento me permití pensar en el futuro. Había vivido tantas cosas en los últimos años, había perdido tanto. Y entonces, aunque el miedo seguía siendo palpable, me di cuenta de que dentro de mí había un espacio, un resquicio de esperanza que no había sentido en mucho tiempo.

Todos sabíamos que el país entero entraría en una especie de luto

forzado. Se decretarían días de duelo, se harían homenajes y aquellos más cercanos al poder intentarían sembrar el caos.

La muerte de Stalin trajo consigo ciertos cambios, pero la vida en Moscú seguía siendo un constante juego de supervivencia. Las redadas continuaban, aunque el temor había menguado ligeramente. Aun así, debíamos ser cautelosos.

Vlad y Mikhail, tras la guerra, venían a visitarnos con regularidad. La tensión, así como sus caracteres fríos, se habían vuelto algo más llevadero. Era curioso cómo nuestras vidas se habían entrelazado. A pesar de la jerarquía que los separaba del resto de la población, había surgido una especie de amistad entre nosotros cinco: Elena, Anya, ellos dos y yo. Después de todo, eran hombres de poder en el nuevo orden soviético, pero también eran hombres que habían visto los horrores de la guerra y comprendían el peso del pasado. Éramos amigos en un tiempo convulso, con miles de secretos entre nosotros que podían estallar en cualquier momento. Era una relación que me interesaba mantener y por ello había florecido una fraternidad, pero nada más.

A veces, cuando nos reuníamos todos alrededor de la mesa, las conversaciones se volvían más íntimas, más personales. Hablábamos de nuestras vidas antes de la guerra, de cómo habíamos cambiado, de lo que habíamos perdido. Vlad y Mikhail nunca preguntaban mucho sobre mi pasado, y yo tampoco hacía demasiadas preguntas sobre su ascenso. Había un entendimiento tácito, un acuerdo no verbal de que algunas cosas no debían discutirse.

Elena y Anya eran el corazón de la casa y yo, por mi parte, había aprendido a llevar mi vida con una mezcla de discreción y normalidad que nunca me hubiera imaginado antes de llegar a Rusia Y, sin embargo, había logrado construir una vida aquí, entre la pintura, los retratos y mis silenciosas relaciones con Vlad y Mikhail, quienes, aunque nunca lo mencionaban directamente, sabían quién era yo en realidad.

Y, mientras las redadas seguían, mientras el régimen trataba de borrar todo lo que no encajaba en su narrativa, los cuadros escondidos detrás de nuestra pared continuaban allí, como un recordatorio de que el arte, al igual que las personas, podía

sobrevivir a los momentos más oscuros. Ya no nos cabían más, pero nosotros seguíamos escondiéndolos. «Más valen arrugados que perdidos», dijo Elena un día mientras empujaba hacia el fondo. Tenía razón.

El tiempo, como siempre, avanzaba de forma implacable, silencioso y continuo en la calle, en forma de canas y arrugas sobre nosotros. Tras la muerte de Stalin, hubo un cambio en el aire de Moscú, aunque al principio no fue evidente. La gente seguía caminando con la misma cautela, las miradas furtivas en las calles, las conversaciones susurradas. Pero, poco a poco, algo comenzó a aflojarse en el nudo que había mantenido a la Unión Soviética en una constante tensión. Stalin, el hombre que había sido más que un líder, una figura casi omnipotente, ya no estaba, y eso dejaba un vacío que ninguno de nosotros sabía cómo llenar.

En los meses que siguieron, Kruschev comenzó a consolidar su poder, y las políticas que vendrían después marcarían un giro, aunque aún no podíamos verlo. La gente aguardaba, tal vez con una mezcla de esperanza y miedo, qué sería lo siguiente. Las purgas masivas se detuvieron, pero la sombra de las décadas de represión seguía muy presente. Las imágenes de Stalin, los retratos que habían colgado en cada esquina, fueron retiradas poco a poco, y, aunque su nombre aún era pronunciado con respeto, la devoción ciega que había caracterizado sus últimos años empezó a desvanecerse.

Para mí, el paso del tiempo era una serie de transiciones suaves, casi imperceptibles. Seguía pintando, ganando suficiente dinero para vivir modestamente, pero con cierta estabilidad que no había conocido en años. Los encargos de retratos continuaban llegando, principalmente de civiles que querían dejar un testimonio de su existencia en estos tiempos inciertos. El dinero me daba una especie de libertad, aunque fuera limitada; me permitía mantener la casa y asegurarme de que Elena y Anya estuvieran bien. No tenía otra cosa de la que preocuparme. Llevaba una década en la ciudad y no había conseguido profundizar en ninguna amistad más que en la suya. No confiaba en nadie más.

Nos habíamos adaptado a los cambios políticos sin hablar mucho

de ellos, como si la prudencia fuera una segunda naturaleza. Las conversaciones que teníamos en la casa eran sobre cosas cotidianas: la compra de alimentos, las visitas de Vlad y Mikhail, la vida en Moscú. Y, aunque el miedo ya no era tan opresivo como en los últimos años de Stalin, sabíamos que seguíamos viviendo en un país donde la desconfianza era un compañero constante.

Había días en los que me despertaba antes del amanecer, mirando las sombras proyectadas en las paredes, y me preguntaba cómo había llegado hasta aquí. No como Alexandr Borísov, ese nombre que me había protegido durante tantos años, sino como Hugo, el hombre que había dejado atrás una vida completamente diferente. París me parecía ahora un sueño lejano, algo que apenas podía recordar con claridad. A veces, el rostro de Hugo, el verdadero yo, se difuminaba en mi memoria, reemplazado por la figura de Alex, un hombre que había aprendido a encajar en los moldes que la vida soviética imponía.

Me había convertido en alguien que sabía cómo sobrevivir, cómo moverse sin llamar la atención. Los tiempos más duros, los de las redadas y los interrogatorios, parecían haberse suavizado, pero quedaban las cicatrices. Seguíamos escondiendo los cuadros detrás de la pared, una colección secreta que había sobrevivido a las purgas y a la guerra, aunque ya nadie venía a buscarlos. Eran recuerdos de una Rusia que había existido antes del régimen, una Rusia que había sido borrada oficialmente, pero que seguía viva en esas imágenes.

El amor, o lo que alguna vez había sido amor, se había convertido en una sombra distante. Las memorias de Hugo, de los hombres que había amado, se desvanecían a medida que pasaban los años. Había aprendido a no esperar demasiado, a no arriesgarme más de lo necesario. Las relaciones eran imposibles en un país donde ser descubierto significaba perderlo todo y, aunque había momentos de soledad profunda, me había acostumbrado a esa vida. Alex podía ser un hombre solitario, pero era seguro. Y eso era lo más cercano a la libertad a lo que podía aspirar.

A veces, pensaba en lo que habría sido de mí si hubiera seguido otro camino. Si hubiera intentado escapar de Rusia después de la

guerra, si hubiera dejado que Hugo siguiera existiendo. Pero, en esos momentos, recordaba las miradas de Elena y de Anya, la amistad de Vlad y de Mikhail, la pequeña estabilidad que habíamos construido en esa vida de incertidumbre. El tiempo seguía avanzando, y yo, como tantos otros, me había adaptado. ¿Dónde iba a ir en aquella Europa en reconstrucción que había quedado tras la guerra?

Moscú cambiaba lentamente a nuestro alrededor, pero aún era una ciudad de sombras y vigilancias. Las reformas de Kruschev llegarían, aunque no sabíamos qué significarían exactamente. Pero en ese interregno entre el terror de Stalin y lo que estaba por venir, la vida continuaba, una rutina silenciosa y cautelosa que aprendimos a valorar. Porque, aunque nada era seguro, aún estábamos ahí, vivos, pintando, bailando, escondiendo nuestros secretos.

El estudio en el que trabajaba se había vuelto un refugio tranquilo en medio de la vida agitada de Moscú. Aunque la ciudad todavía conservaba el peso de los años de Stalin, algo en el ambiente había cambiado. El miedo seguía presente, pero se sentía más como una sombra que como una amenaza constante. Y, en ese espacio, entre los silencios de la calle y los ecos del pasado, llegaban a mí civiles que querían que les pintara retratos.

Las sesiones eran largas y silenciosas. Los clientes, la mayoría gente común que había sobrevivido a las penurias de la guerra y las privaciones que vinieron después, venían con la esperanza de quedar inmortalizados en un lienzo, de que capturara algo de su ser antes de que el tiempo los alcanzara. Era algo que entendía bien: el deseo de dejar una huella, de asegurarse de que, al menos, la propia imagen sobreviviera.

Una de mis clientes más regulares era una mujer llamada Yelena, de unos cuarenta años. Tenía un rostro anguloso y severo, pero sus ojos mostraban una dulzura que contrastaba con su expresión tensa. Llegaba vestida de manera modesta, siempre con el mismo abrigo gastado, pero había algo en ella que hablaba de una vida mejor antes de la guerra. Su marido había sido oficial del Ejército Rojo y, aunque él no había regresado del frente, ella insistía en que seguía vivo en alguna parte.

—Quiero que me pintes como me recordaría él —me dijo una vez, mientras se sentaba frente a mí, ajustándose el pañuelo que cubría su cabello—. No como soy ahora, sino como era antes de todo esto.

Mientras pintaba, Yelena hablaba de su vida pasada, de los días antes de que la guerra lo cambiara todo. Hablaba de su esposo con cariño, recordando sus manos fuertes y su risa. Yo escuchaba en silencio, dejando que mis pinceles contaran la historia de una mujer que había vivido demasiado, pero que aún guardaba un rincón de esperanza.

Otro de mis clientes era un hombre mayor, Nikolai, que llegaba siempre con una boina gris y una chaqueta de lana deshilachada. Había sido maestro de escuela antes de la guerra, pero ahora apenas podía caminar sin ayuda. Cuando le ofrecí sentarse para su retrato, me miró con una sonrisa torcida y dijo:

—Me pinto todos los días, hijo, pero en mi cabeza. Tú solo haces lo que ya está hecho dentro.

Nikolai era de esos hombres que parecían aceptar la vida con una mezcla de resignación y humor. Sus ojos, aunque cansados, todavía conservaban un brillo de ingenio y, mientras yo trabajaba, él solía contar historias de sus días como maestro, de cómo había educado a generaciones de jóvenes, muchos de los cuales no habían vuelto de la guerra.

Cada cliente traía consigo una historia, una vida atrapada en las vicisitudes de la historia rusa. Algunos venían buscando un retrato para recordar tiempos mejores; otros, como Nikolai, solo querían que alguien los escuchara mientras yo mezclaba los colores y trazaba las líneas de sus rostros.

Entre las visitas de estos civiles, Vlad y Mikhail seguían siendo una presencia regular en mi vida. Habían ascendido mucho tras la guerra, y ahora, cada vez que venían a verme, ya no eran los jóvenes oficiales que había conocido. Vlad, en particular, había formado una familia. Su esposa, Ivanova, era una mujer de carácter fuerte, con una risa fácil y una mirada astuta. Habían tenido dos hijos, Pavel y Katya, y a menudo traían a los pequeños al estudio, aunque aquella mujer prefería que no se quedaran mucho tiempo. «No quiero que se ensucien con la pintura», solía decirme con una

sonrisa. Pero era evidente que lo decía en broma; sus hijos adoraban quedarse y mirar cómo iba dando forma a los retratos.

Había algo extraño en verlos tan relajados, tan seguros de su poder, mientras el resto de nosotros vivíamos en una especie de limbo. Pero, incluso con su cercanía, yo sabía que nunca debía bajar la guardia. Por mucho que se hubieran convertido en parte de nuestras vidas, el sistema que representaban era el mismo que podía destruir todo lo que habíamos construido si alguna vez descubrieran mi pasado, mi verdadera identidad.

Una tarde de otoño, cuando el viento soplaba frío pero aún no había nieve en las calles, Vlad vino con su familia. Pavel, el mayor, tenía alrededor de cinco años y era un niño curioso, siempre me hacía preguntas sobre todo lo que encontraba en el estudio. Esa vez, mientras trabajaba en un retrato de Ana, Pavel se acercó con su mirada inquisitiva y me preguntó:

—¿Por qué pintas a la gente? ¿Qué hacen los retratos?

Lo miré un momento, sorprendido por la pregunta, pero, antes de que pudiera responder, Vlad, sentado en una silla junto a la ventana, intervino:

—Los retratos hacen que la gente no se olvide, Pavel. Nos recuerdan quiénes somos y quiénes fuimos.

Vlad y Mikhail, aunque me visitaban regularmente, no hablaban mucho de sus trabajos en el gobierno. Sabía que ambos estaban involucrados en posiciones de poder, pero era evidente que esa parte de sus vidas quedaba fuera de nuestras conversaciones. En cambio, compartíamos anécdotas triviales, hablábamos del tiempo, del crecimiento de los niños, de lo que ocurría en las calles de Moscú, una ciudad que, después de Stalin, seguía buscando su propio equilibrio.

Mientras tanto, yo pintaba, retrataba rostros y encontraba en esa rutina una forma de seguir adelante. A veces, pensaba en Hugo, en cómo habría sido su vida si hubiera escapado, si no se hubiera quedado atrapado en este destino que habíamos construido. Pero esos pensamientos eran breves, fugaces. La vida que tenía, por complicada y vigilada que fuera, era la única que me pertenecía ahora.

Una mañana salí a la calle temprano, como solía hacer en los días más fríos de otoño, cuando el aire de Moscú se volvía denso y fresco, y las hojas caían despacio, cubriendo las aceras con una fina alfombra dorada. Me gustaba caminar solo a esa hora, cuando el bullicio de la ciudad aún no había comenzado y podía permitirme pensar, reflexionar sobre las cosas sin la distracción del ruido. Caminé sin rumbo fijo, pero mis pasos me llevaron, casi sin darme cuenta, hacia el Bolshói.

Me detuve frente al teatro, observando la cartelera con los nombres de los nuevos bailarines. Estrellas jóvenes, llenas de promesas, como lo habían sido Anya y Elena en su día. En ese momento, no pude evitar que una sensación de nostalgia me recorriera el cuerpo. Recordé cómo esas dos mujeres, ahora parte de mi vida cotidiana, habían brillado en ese mismo escenario, cómo el ballet había sido su vida, su pasión. Y cómo también las había agotado, las había dejado vacías en ciertos aspectos, cuando ya no podían dar más de lo que se les exigía.

De camino a casa, me encontré pensando en ellas, en su dedicación, en los sacrificios que habían hecho por un arte que, aunque les daba todo, también les robaba a su vez. Eran mujeres fuertes, inteligentes, con una gracia que aún se podía percibir en sus movimientos, incluso en las tareas más sencillas de la casa. Pero había algo más profundo, algo que quizá solo yo podía ver: la sombra de lo que fueron, de lo que habían perdido en ese camino.

Cuando llegué a casa, la puerta estaba entreabierta, así que no hice mucho ruido al entrar. Me quité el abrigo y me dirigí a la cocina, donde las encontré sentadas, tomando té. La luz que entraba por la ventana iluminaba sus rostros de una manera casi melancólica, como si el tiempo mismo las estuviera observando. Hablaban en voz baja, como solían hacer, compartiendo sus pensamientos de una manera que solo ellas entendían.

Me acerqué y, sin pensar demasiado en lo que iba a decir, les solté la idea que había estado rondando en mi cabeza durante todo el paseo.

—He pasado por el Bolshói —dije, mientras me servía una taza de té—. Tienen una nueva temporada. Quizá es hora de que volváis, de que subáis al escenario una vez más.

Las dos se miraron y, después, soltaron una risa suave, una risa que no era alegre, sino cargada de resignación. Anya fue la primera en hablar, con una sonrisa en los labios que me resultó extrañamente triste.

—Hugo, estamos viejas para eso —dijo, como si la respuesta fuera obvia.

—¿Viejas? —respondí, sorprendido—. Apenas tenéis treinta años.

Elena, con esa calma suya que siempre me desconcertaba, intervino.

—Treinta años es una eternidad en el *ballet* —respondió, con una certeza que no admitía discusión—. Quizá para otras cosas no, pero en esto… ya hemos dado lo que podíamos dar.

Me quedé en silencio, asimilando lo que decían. Sabía que el *ballet* en Rusia era algo más que un arte; era un símbolo, una representación de la perfección que el régimen esperaba de todos. Para ellas, el *ballet* no era solo una carrera, era una forma de vida, y esa vida exigía todo de ellas, hasta el último esfuerzo, hasta el último gesto perfecto.

—Y ¿qué queréis vosotras? —pregunté finalmente, sin poder evitarlo. Sabía que era algo que ellas también debían haberse planteado muchas veces, pero necesitaba escucharlo de sus propias bocas.

Anya dejó su taza sobre la mesa y me miró con una expresión suave, pero firme, como si intentara que yo comprendiera algo más allá de las palabras.

—Nosotras ya fuimos utilizadas, Alex —dijo en voz baja—. El *ballet* en Rusia no es solo arte, es control. Nos moldearon desde niñas para ser perfectas, para mostrarle al mundo la grandeza del país. Pero también nos desgastaron. Ahora, cuando ya no podemos dar lo que quieren, nos dejan de lado. No hay lugar para bailarinas que ya no sean jóvenes.

—Nosotras seguimos siendo útiles —añadió Elena, con un gesto de resignación—, pero no de la manera en que lo fuimos antes, pero no

volveremos al escenario como lo hacíamos en aquel tiempo. No con este cuerpo.

Escuché sus palabras y, aunque sabía que tenían razón, no podía evitar sentirme frustrado por la crueldad del sistema. Envejecían, sí, como lo hacíamos todos, pero no eran viejas. Eran mujeres que aún tenían tanto por dar, tanta experiencia, tanto conocimiento. Y, sin embargo, en el *ballet*, el cuerpo fue y sería, para siempre, todo. Y, cuando el cuerpo ya no respondía de la misma manera, el sistema las apartaba, las olvidaba.

—No sois viejas —murmuré, más para mí que para ellas—. El sistema os hizo sentir así.

Anya me miró con una leve sonrisa, pero había una sombra de resignación en su mirada.

—Puede ser —repuso—. Pero ya no importa. Nos hemos acostumbrado. Seguimos adelante de otra manera.

Elena asintió en silencio, acariciando el borde de la taza con sus dedos, como si estuviera recordando algo lejano.

—Hay vida después del *ballet* —afirmó ella, mirándome con una sabiduría que siempre me sorprendía—. Pero una parte de nosotras siempre estará allí, en el escenario, aunque nunca volvamos a pisarlo.

Me quedé en silencio, pensando en lo que acababan de decir. El *ballet* había sido su vida, su identidad y, aunque ahora vivían una existencia diferente, más tranquila, más ordinaria, esa parte de ellas, la parte que había dedicado años a la perfección, nunca desaparecería. Eran bailarinas, incluso cuando ya no bailaban. El arte las había moldeado de una manera que el tiempo no podía borrar.

La conversación quedó en el aire, suspendida entre la realidad y los recuerdos.

Después de la guerra, cuando todo parecía haberse detenido, la vida de todos nosotros se transformó de maneras que nunca hubiéramos podido prever. Era 1945 y, aunque el conflicto había terminado, la lucha por la supervivencia en la Rusia de la posguerra apenas comenzaba. La ciudad estaba destruida, no solo por las bombas, sino por el hambre, el miedo y la incertidumbre que

persistían en el aire. Todos intentábamos encontrar una manera de seguir adelante, de reconstruirnos, como individuos y como nación.

Recuerdo que, durante esa época, una tarde al salir de casa las seguí.

Las seguí a través de las calles destartaladas hasta un rincón apartado de la ciudad. No tenían un hogar, solo un refugio improvisado en las ruinas de un edificio bombardeado. Estaban viviendo en la indigencia, sobreviviendo apenas con lo que encontraban o les daban. Mi corazón se rompió al verlas así. Me sentí impotente, enfurecido por la injusticia, por el destino que les había tocado.

Esa noche, después de mucho pensar, volví a buscarlas. Les ofrecí quedarse conmigo. Yo no tenía mucho, pero era más de lo que ellas tenían, y no podía soportar la idea de dejarlas en ese estado. Al principio, se mostraron reticentes, demasiado orgullosas para aceptar mi ayuda. Pero finalmente cedieron, tal vez conscientes de que no tenían otra opción.

Desde entonces, nuestras vidas quedaron entrelazadas de una manera que nunca habría imaginado. Se mudaron conmigo al apartamento que, para ellas, en comparación con las ruinas en las que habían vivido, debía parecer un palacio. Empezamos a convivir, compartiendo las pequeñas alegrías y las muchas dificultades de una vida marcada por la escasez y la vigilancia del régimen.

Y, entre nevadas y días cálidos, 1954 llegó con sus propias sombras. Mi nombre resonaba entre los que mandaban en el país, que me acuñaban como el mejor retratista del régimen, y, aunque eso debía ser un motivo de orgullo, en mi interior algo me decía que no debía confiarme. Sabía que mis cuadros, esos que escondía cuidadosamente, podían ser mi perdición. Eran obras que evocaban un pasado prohibido, una Rusia que el régimen intentaba borrar. Y, por más consciente que fuera del riesgo, no podía dejar de pintarlos. Era mi forma de resistencia, mi pequeño acto de rebeldía en un mundo donde cualquier muestra de disidencia podía costarte la vida.

Todo comenzó —o terminó lo que había conocido como mi nueva normalidad— una tarde de invierno, una de esas en las que Moscú parecía envuelta en un manto gris que lo cubría todo, desde los

tejados hasta los rostros de la gente. Vlad y Mikhail habían dejado de visitarnos semanas antes y, a pesar de que en casa no lo mencionábamos abiertamente, la tensión flotaba en el aire. No obstante, los encargos seguían llegando y las personas entraban y salían de nuestro apartamento con la misma frecuencia que lo habían hecho desde que Rusia se iba recuperando de la Segunda Guerra Mundial y la gente buscaba en qué gastar lo poco que tenía. Ese día había programado una sesión para pintar el retrato de una familia adinerada, una de esas que, aunque no pertenecieran a la alta política, se movían en los círculos adecuados, lo suficientemente cerca del poder como para que cada gesto, cada palabra, fuera cuidadosamente calculado.

Llegaron puntuales. El hombre, alto y fornido, con ese aire de quien ha trabajado duro pero ahora disfruta de los frutos de su esfuerzo. La mujer, de aspecto severo, con unos ojos que escudriñaban todo a su alrededor, como si buscaran algún defecto en el ambiente. Y luego estaba el niño, un chiquillo rubio de unos seis o siete años que no paraba de moverse. Llevaba puesto un abrigo de lana que le quedaba grande, pero aun así se las arreglaba para corretear por el taller como si cada rincón fuera un mundo nuevo por descubrir.

La sesión transcurrió sin incidentes al principio. Coloqué a la familia en su posición, con la rigidez que a menudo exigían estas personas que querían retratarse con un aire de grandeza. El hombre adoptó una postura firme, mientras la mujer se sentaba a su lado, con una expresión tan congelada como el invierno de Moscú. Pero el niño, claro, no se quedaba quieto. Se levantaba de su silla a cada momento, moviéndose de un lado a otro, explorando los rincones del taller con la curiosidad propia de su edad. A pesar de los constantes reproches de su madre, seguía correteando. Yo me reía, fingía que me hacía gracia aquello, pero no se me notaba. Llevaba una década fingiendo, ¿qué iban a notarme?

Fue en uno de esos momentos que el niño se acercó demasiado a una esquina del taller. Una esquina que yo había mantenido en la penumbra, confiando en que nadie se sentiría atraído por ese rincón. Vi cómo sus pequeñas manos recorrían una de las estanterías y de

repente, como si hubiera descubierto un tesoro escondido, comenzó a deslizar una de las tablas que ocultaba mis cuadros.

El tiempo pareció detenerse. Desde mi lugar frente al lienzo, observé con el corazón en la garganta cómo el niño descubría lentamente la pintura que había estado ocultando. Era uno de los cuadros que había pintado en secreto, un retrato de una familia zarista, con sus trajes elegantes y su aire de nostalgia. Sabía que, en cuanto alguien lo viera, todo estaría perdido.

El niño, ajeno al peligro, se giró hacia mí con los ojos brillantes de emoción.

—¡Mamá, mira lo que he encontrado! —gritó.

Me acerqué lo más rápido que pude, intentando no parecer alarmado, aunque por dentro sentía que el suelo se desmoronaba bajo mis pies. Me agaché junto a él y lo tomé suavemente de los hombros.

—No es nada —le dije en voz baja, con una sonrisa forzada—. Solo un viejo cuadro que ya no tiene importancia. Vamos, vuelve con tus padres. Este lugar no es para ti.

El niño me miró con confusión, pero obedeció, volviendo a su silla sin decir nada más. Sin embargo, sentí un par de ojos clavados en mi espalda. La madre, desde su posición, me observaba con una mirada aguda, llena de sospechas. Su expresión, ya de por sí severa, se había vuelto casi inquisitiva.

El resto de la sesión transcurrió en un silencio incómodo. El niño ya no se movió de su lugar, y la madre no apartó la vista de mí en ningún momento. Sentí su escrutinio como un peso en los hombros, como si estuviera intentando descifrar el enigma que había captado en aquel rincón oscuro del taller.

Cuando la sesión terminó, la familia se despidió con formalidad, pero algo en la manera en que la mujer me estrechó la mano me dejó inquieto. Era un gesto tenso, como si detrás de esa cordialidad se ocultara un pensamiento oscuro.

Los días que siguieron fueron una mezcla de incertidumbre y angustia. Traté de convencerme de que no había motivos para preocuparme. Nadie había visto los cuadros claramente, y el niño era demasiado joven como para entender el significado de lo que había

descubierto. Sin embargo, no podía sacudirme la sensación de que algo estaba a punto de suceder.

Elena notó mi nerviosismo. Aunque no me preguntó directamente, sus ojos me seguían por la casa con preocupación. Anya, en su silencio habitual, también parecía percibir que algo no iba bien. Las noches se volvieron más largas y, en los pocos momentos que lograba conseguir para dormir, soñaba con golpes en la puerta y uniformes que venían a buscarme.

Y, entonces, llegó la noche que temía.

Los primeros indicios fueron los mismos que había visto semanas antes, quizás años, con los vecinos del bloque que eran llevados por comportamientos sospechosos: pasos en la calle, sombras que se movían en la penumbra. Esperé a que llamaran a la puerta. Sabía que venían por mí. Me quedé de pie en la sala, esperando el sonido inevitable de los golpes secos. Elena y Anya me miraban desde el umbral de la habitación, sus rostros pálidos, conscientes de lo que estaba a punto de suceder.

Tres golpes resonaron en la puerta, seguidos de un silencio opresivo. Al abrir, me encontré con dos hombres, ambos vestidos de uniforme. No necesitaban presentarse, ni yo preguntar a qué venían. Uno de ellos, con expresión fría, sacó un papel de su abrigo.

—Alexandr Borísov —dijo, como si estuviera leyendo una sentencia —, hemos recibido un informe. Debes acompañarnos para responder unas preguntas.

Un informe. Supe de inmediato lo que significaba. La madre del niño había visto lo suficiente como para sospechar, y sus sospechas habían bastado para condenarme. Mientras me esposaban, no pude evitar pensar en aquel instante en que el niño había descubierto el cuadro, en su inocencia y en cómo una simple curiosidad había desatado la cadena que me llevaría lejos de mi hogar.

Cuando me llevaron hacia la puerta, Elena intentó acercarse, pero uno de los guardias la detuvo con un gesto seco. Ella no dijo nada. Solo sus ojos, llenos de lágrimas, me siguieron mientras me llevaban hacia el coche que esperaba fuera. Anya permaneció en el umbral, inmóvil, con el rostro oculto en las sombras.

Sabía que no había vuelta atrás. Los cuadros que había intentado

esconder, esos pedazos de una Rusia que ya no existía, habían sellado mi destino. No me atreví a volver la vista atrás. Sabía que no volvería a verlas, no de la forma en que las conocía. Sabía también que, en algún rincón oscuro del taller, los cuadros que nunca debí pintar seguirían allí, ocultos. Por poco tiempo. Porque en esa ciudad, en ese país, nada permanecía oculto para siempre.

PABLO

Londres, marzo de 1954

Me levantaba cada mañana nervioso. Agitado. Como si esperara que una bomba me cayera encima o que un disparo enemigo impactara contra mi piel y ahí terminara todo.

Me despertaba, esperando estar envuelto en una manta mulera en el suelo árido de Montecassino, pero no, estaba entre unas sábanas de algodón y sobre un colchón de lana. Me iba corriendo a la ventana de mi apartamento. Miraba y solo veía niebla, espesa y fría, como le gustaba a Londres en marzo. Me sentaba allí, en el marco, a esperar que algo pasara.

Salir de Cracovia tras la guerra fue una decisión difícil, pero necesaria. Lo sabía, y lo sabía también Janek, aunque no quisiera admitirlo. Polonia, para él, era una tierra de fantasmas. No le quedaba nada ni nadie, pero había una especie de obstinación silenciosa que lo mantenía atado a aquellas ruinas, como si creyera que permanecer ahí de alguna manera podría honrar la memoria de los que había perdido.

Yo lo entendía. Me costaba dejar atrás todo lo que había vivido, todo lo que había perdido. Pero, al mismo tiempo, algo dentro de mí me decía que debía seguir adelante, escapar de aquel cementerio de recuerdos.

Dos meses después de que terminara el conflicto y tras muchos intentos de sacarlo del país sano y salvo, finalmente partimos de Cracovia en una mañana fría y gris. Vestíamos lo poco que habíamos podido conservar de los últimos años: abrigos raídos, botas gastadas, ropas que habíamos reparado tantas veces que casi no se parecían a lo que eran al principio. El viento soplaba con fuerza, helándonos las manos y los rostros. Apenas llevábamos equipaje, solo lo esencial: un par de mudas, algunos recuerdos y los papeles que nos permitirían cruzar las fronteras. Tampoco teníamos mucho dinero, lo que habíamos conseguido al llevar a cabo unos trabajos

descargando camiones y lo poco que había sobrado tras nuestro viaje a Polonia.

Si llegar a Polonia había sido difícil, salir de ella parecía algo imposible, y la burocracia era densa, pero después de semanas de trámites, por fin teníamos los documentos necesarios. Una copia para Albert Meier, que recuperaría su documentación al llegar a Londres, y otra para Janek Mihno, que sería un polaco judío más que buscaría su sitio en un mundo que iniciaba su reconstrucción.

El tren que tomamos hacia el oeste estaba abarrotado, lleno de gente que, como nosotros, intentaba huir de las sombras del pasado. El interior del vagón era oscuro y frío y el vapor de nuestras respiraciones empañaba las ventanas sucias. Nos sentamos uno al lado del otro en un banco de madera duro, sin hablar mucho. La conversación ya no era necesaria. Sabíamos que este viaje cambiaría nuestras vidas, aunque ninguno de los dos estaba seguro de cómo.

Durante las primeras horas, todo lo que veíamos era un paisaje desolado: campos vacíos, casas en ruinas, árboles sin hojas que se alzaban como esqueletos contra el cielo plomizo. El traqueteo del tren se convirtió en un sonido constante, casi hipnótico, que nos arrullaba en un estado de semiinconsciencia. De vez en cuando, Janek apoyaba la cabeza en mi hombro y cerraba los ojos, pero su rostro seguía tenso, incluso en el sueño. Yo me quedaba despierto, mirando por la ventana, intentando imaginar cómo sería Londres después de tanto tiempo lejos.

El viaje fue largo, interminable. Cruzamos fronteras a paso lento y en cada una de ellas los guardias revisaban nuestros papeles minuciosamente, como si sospecharan de que cualquier viajero era un enemigo disfrazado. Nos detuvimos en pequeñas estaciones en mitad de la nada, donde a veces subía o bajaba más gente, pero el tren siempre seguía avanzando penosamente hacia el oeste.

En una de las paradas, al entrar en Alemania, Janek me miró con una expresión que no olvidaré jamás. Había algo en sus ojos, un destello de miedo, de incertidumbre.

—¿Crees que realmente podremos empezar de nuevo? —me preguntó en voz baja, casi como si no quisiera que nadie más lo oyera.

—Creo que no tenemos otra opción. Están todos muertos —le respondí. Y era cierto. ¿Qué más podíamos hacer sino intentarlo? Ambos habíamos perdido tanto que aferrarnos a cualquier posibilidad de una vida mejor era lo único que nos quedaba.

—Hugo, quizá no. Nunca quisiste ir al campo —añadió clavando su pupila en la mía.

—No quedaría nadie, Janek. La gente, la poca que quedó con vida, salió corriendo. Ya viste cómo llegaban a Cracovia. Nunca lo hubiera encontrado si estuviese vivo.

Hizo una mueca triste y siguió apoyado en mi hombro, viendo el paisaje aparecer y desaparecer entre la desolación de Europa por la ventanilla del tren.

Al llegar a Francia, las cosas empezaron a cambiar. El paisaje se volvía menos devastado y, aunque todavía veíamos ruinas y cicatrices de la guerra, había un aire de reconstrucción en el ambiente. La gente en las estaciones parecía un poco más viva, más optimista. Ya no se trataba solo de sobrevivir, sino de empezar de nuevo. París fue una breve escala en nuestro viaje y, a pesar de que no tuvimos tiempo de explorar la ciudad, regresé a mi apartamento a rebuscar entre los fantasmas del pasado, pensando, por un momento, que Hugo estaría allí esperándome. El simple hecho de estar allí ya era un rayo de esperanza. Si París podía renacer, entonces tal vez nosotros también.

Pero, al mismo tiempo, me preguntaba cómo podía pensar en aquello. Tenía que enterrar a los fantasmas del pasado para seguir. Pero la mente juega esas trampas. Durante el trayecto desde la estación, me sorprendí mirando por las ventanas de los edificios como si, de alguna manera, lo fuera a encontrar entre las sombras. Recordaba cada rincón de París como si el tiempo no hubiese pasado, pero todo parecía más distante, ajeno. Las calles que una vez habíamos recorrido juntos estaban ahí, pero eran las mismas que recorría solo.

Sin embargo, esa tarde, de pie frente a lo que había sido nuestro hogar, sentí un tirón en el pecho, como si una parte de mí aún esperara verlo cruzar la puerta. Todo dentro de mí se rebelaba contra la realidad. Sabía que Hugo no estaría allí, no podía estarlo.

Pero la costumbre de buscarlo, de sentirlo cerca, aún no se había ido del todo. Era irracional, lo sabía. ¿Cómo podía pensar que, después de todo lo que había pasado, él simplemente estaría esperándome, como si la guerra no hubiera arrasado con nuestras vidas?

Me pregunté si alguna vez podría dejar atrás esos fantasmas. Los recuerdos de Hugo eran lo único que me había acompañado durante los peores años y, a pesar de saber que tenía que seguir adelante, no podía evitar aferrarme a ellos. Había momentos en que me parecía desleal dejar que su recuerdo se desvaneciera, como si, al hacerlo, estuviera olvidando una parte de mí mismo. Pero había otra parte de mí que sabía que, si no soltaba ese pasado, nunca podría vivir plenamente en el presente.

Después de unos segundos que parecieron eternos, la puerta se abrió. Al otro lado, una mujer de mediana edad, con una sonrisa cálida y una expresión simpática, me miró con curiosidad. Tenía el cabello castaño ligeramente desordenado y vestía una bata ligera, como si acabara de levantarse de la siesta. Su francés era cerrado, difícil de entender.

—*Bonjour, monsieur*, ¿puedo ayudarle?

Sentí un nudo en la garganta al darme cuenta de que el pasado no estaba en esa puerta. Hugo no estaba allí, y probablemente nunca lo había estado desde que me fui. Tragué saliva y me forcé a sonreír, sintiéndome un poco tonto.

—Perdone que moleste —dije desempolvando mi francés mientras trataba de no tartamudear—. Viví aquí… hace unos años. Me preguntaba si… si alguien había preguntado por mí en algún momento. Me llamo Pablo.

La mujer me miró un momento, pensativa, y luego negó con la cabeza lentamente, con su sonrisa intacta.

—No, *monsieur*, nadie ha preguntado por un Pablo desde que estoy aquí. Vivo aquí desde hace años. Creo que los anteriores inquilinos se fueron durante la guerra —dijo, inclinando un poco la cabeza, como si intentara recordar algo—. Lo siento mucho.

Sentí un ligero pesar en el pecho al escuchar su respuesta. Era una tontería pensar que Hugo o alguien más me hubiera estado buscando. El peso del tiempo pasado me golpeó con fuerza en ese

momento. Pero no podía evitar preguntar una cosa más.

—¿Queda algo de los antiguos inquilinos? Cosas que pudieron haber dejado. Algo personal.

La mujer frunció el ceño brevemente, como si estuviera haciendo memoria, y luego su rostro se iluminó.

—*Oh, maintenant que vous le dites*… —exclamó en francés, y rápidamente me invitó a pasar con un gesto amable—. Encontré algunas cosas. Nada importante, pensé que eran solo viejos papeles, pero puede que haya algo para usted.

Después de hurgar un poco entre algunas cajas, la mujer sacó un paquete envuelto en papel amarillento de una caja que tenía arrumbada en una esquina del apartamento. Lo desenvolvió con cuidado y allí, entre algunas cartas y papeles antiguos, aparecieron dos retratos.

Mi corazón dio un vuelco cuando vi el estilo inconfundible de Hugo en esos trazos. Me arrodillé frente a ella, observando detenidamente los cuadros. El primero era un retrato mío, solo, sentado en el sofá que solíamos compartir, con una expresión pensativa, como si estuviera perdido en mis propios pensamientos. El segundo… era de nosotros dos, juntos en la cama. Era un retrato íntimo, uno que solo Hugo habría podido pintar. Estábamos desnudos bajo las sábanas, entrelazados, con la luz del amanecer bañándonos en un cálido resplandor. Nuestros rostros, tranquilos, estaban llenos de una paz que ahora me parecía casi irreal.

Sentí un nudo en la garganta al verlo. Era como una ventana a un pasado que ya no existía, un momento capturado por Hugo con un amor que parecía eterno. Durante esos breves instantes habíamos sido invulnerables al mundo exterior, solo dos personas compartiendo un rincón de paz en medio del caos.

—Puede llevárselos, si quiere —dijo la mujer con una sonrisa amable—. Supongo que tienen más valor para usted que para mí.

No lo dudé ni un segundo. Tomé el retrato de nosotros dos, abrazándolo con cuidado, como si fuese la última parte de Hugo que aún podía llevarme. La mujer me miró con simpatía, como si comprendiera sin necesidad de explicaciones.

—*Merci* —murmuré con un hilo de voz apenas audible.

Ella asintió con una sonrisa suave y me acompañó hasta la puerta. Mientras salía, sentí una mezcla de emociones abrumadoras. No había encontrado a Hugo, pero lo que me llevaba era más que un simple cuadro. Era un recordatorio de lo que habíamos tenido, de lo que una vez compartimos, y de lo que, a pesar de todo, no podrían borrar ni la guerra ni el tiempo.

Mientras caminaba por las calles, apretando el retrato contra mi pecho, supe que no estaba listo para dejarlo ir por completo. Hugo seguiría viviendo en ese cuadro, en mis recuerdos, aunque ahora era el momento de empezar a construir algo nuevo. Y, por primera vez en mucho tiempo, me sentí en paz con eso.

Al final, lo comprendí: no podía enterrar a los fantasmas de mi vida si seguía aferrándome a ellos como si fueran lo único que me quedaba. Era hora de aceptar que Hugo nunca volvería, y con ello, tal vez, podría finalmente encontrar la paz que tanto ansiaba.

Finalmente, tras tomar un tren hacia la costa y muchas horas sentado mientras me envolvía en mis pensamientos en el vagón, abordamos el ferri hacia Inglaterra. El viento en el canal era brutal, y nos envolvimos en nuestros abrigos mientras mirábamos el agua gris y agitada. Janek apenas habló durante el viaje, fijando la vista en el horizonte como si estuviera despidiéndose de algo. Yo, en cambio, sentía una mezcla de ansiedad y alivio. El viaje había sido largo, pero estábamos cerca.

Cuando llegamos a Londres, era como si el tiempo hubiera dado un salto. La ciudad estaba fría, envuelta en una bruma espesa, pero las calles ya no parecían tan desoladas como las que habíamos dejado atrás en Polonia. Había gente por todas partes, tráfico, vida. Era septiembre de 1945.

Todo parecía al mismo tiempo igual y diferente en la ciudad. Las calles seguían ahí, los edificios se mantenían en pie, pero la ciudad respiraba de otra manera. Londres estaba vivo, aunque lleno de cicatrices, tanto visibles como invisibles. Sentía que la ciudad intentaba recomponerse de la misma forma que yo lo hacía. La guerra había dejado marcas en todos, y, aunque Londres había sobrevivido, el dolor aún se percibía en el aire.

Reencontrarme con mis viejos amigos fue un alivio y, a la vez, un

recordatorio de lo que habíamos perdido. Loreine seguía siendo tan cálida a ratos y distante en otros como siempre, pero sus ojos tenían un brillo distinto, como si la guerra le hubiera robado algo que no podía recuperar. Había decidido quedarse en Londres. «En Francia no me queda nada, Pablo», me susurró, entre confidencias, cuando nos reencontramos al volver a la pensión que había dejado cuando decidí regresar al continente. Me llamó Pablo, hacía mucho que nadie me llamaba así. Sentí que era de lo poco que me quedaba de casa.

Frederick, siempre el más serio de nosotros, parecía más rígido que nunca, con un aire de solemnidad que lo envolvía. Alice, en cambio, mantenía su espíritu vibrante, pero notaba en ella una risa nerviosa, como si ocultara su propio dolor detrás de esa fachada alegre.

Nos veíamos a menudo en un café cerca de Piccadilly, un lugar que había sobrevivido a los bombardeos y que, para nosotros, se había convertido en un refugio. Nos sentábamos allí, hablando de banalidades, pero siempre conscientes de que había más cosas que no decíamos, heridas que no se discutían, al menos no abiertamente. El Londres de 1954 intentaba parecer optimista, pero, bajo la superficie, todos teníamos cicatrices.

Janek fue quien realmente me cambió tras la guerra. Lo conocí en medio de aquel caos que era Europa en ruinas, ambos escondiéndonos del mundo y de lo que éramos. Janek también era gay, también había sobrevivido a su propio infierno, y eso nos unía de una manera que ni siquiera mis amigos más cercanos podrían comprender.

Al principio, nuestra relación fue más silenciosa que cualquier otra cosa. Pasábamos horas caminando por las calles de Londres, a veces sin decir palabra, como si el simple hecho de estar juntos fuera suficiente. Otras veces hablábamos durante horas sobre el pasado, sobre lo que habíamos perdido, sobre aquellos a quienes ya no veríamos más. Sabíamos lo que significaba ser discretos, vivir nuestras vidas con cuidado. Incluso en un Londres que comenzaba a liberarse de las cadenas de la posguerra, todavía había muchas miradas que temer.

Con los años, Janek y yo nos fuimos acercando. Nuestra amistad se transformó en algo más, algo que ninguno de los dos esperaba. Al principio, yo me aferraba al recuerdo de Hugo. Durante tantísimo tiempo había pensado que nunca podría amar a nadie más. Hugo había sido mi todo, y perderlo fue como perder una parte de mí mismo. Había pasado años creyendo que había muerto en Auschwitz y, aunque esa incertidumbre me atormentaba, con los años comencé a aceptarlo. Hugo se convirtió en un recuerdo lejano, una herida que, si bien no desapareció, dejó de doler tanto.

Janek me ayudó a seguir adelante. Lo que sentíamos el uno por el otro no era solo compañía, era una especie de paz que ambos necesitábamos. Me di cuenta de que, por mucho que hubiese amado a Hugo, la vida seguía. Encontré en Janek algo diferente, una forma de cariño que se construyó sobre nuestras cicatrices compartidas.

Aquella mañana de 1954 me giré y lo vi acostado a mi lado. Londres estaba frío, pero el aire ya comenzaba a cambiar, como si la primavera quisiera abrirse paso. Los cerezos en los parques empezaban a florecer y, a pesar de que la ciudad seguía envuelta en una niebla constante, había algo en el ambiente que me hacía sentir esperanzado. Lo vi, allí acostado. Habíamos dormido juntos, una noche más. Toda la noche. Ya iban cuatro años.

Cada mañana, cuando salía de casa para ir a la BBC, Janek seguía en la cama. Me despertaba antes que él, lo observaba unos instantes mientras dormía, el rostro relajado, el pelo en desorden, y me inclinaba para darle un beso suave en los labios. A veces apenas se movía, otras veces sonreía entre sueños, pero siempre me respondía con un murmullo suave y un leve apretón de su mano en la mía antes de volver a sumirse en el sueño. Entraba mucho más tarde a una tienda de libros. Los vendía, arreglaba, a veces hasta encolaba. Había encontrado su sitio allí y yo, al final, no quería despertarlo del sueño que tuviese entre manos en las nubes de la posguerra.

Aquel día no fue distinto. El sol de la mañana apenas filtraba sus primeros rayos entre las cortinas, creando una luz tenue en la habitación. Me vestí en silencio, tratando de no hacer ruido. Mientras me abrochaba la chaqueta del traje de raya diplomática, lo observé

una vez más, deseando que aquellos momentos de calma se alargaran en el tiempo.

—Voy a trabajar —le susurré, inclinándome de nuevo para besar su mejilla. Janek se movió un poco, abriendo apenas los ojos.

—Ten un buen día —murmuró adormilado. Su mano se deslizó por mi brazo, acariciándome brevemente antes de caer de nuevo sobre la cama.

Salí del apartamento con una sensación de familiaridad y tranquilidad, pero también con la ligera inquietud que siempre me acompañaba.

A mi vuelta, Frederick me había perdonado y permitido volver a mi antiguo puesto de trabajo de redactor de contenidos. «Sería un estúpido si no lo hiciera, pero voy a estar encima de ti, Meier», me dijo. «No quiero juegos ni tonterías». Había sido una forma de empezar de nuevo, de dejar atrás el pasado y volver a mi presente, uno del que quizá no debí de haber escapado, pero no podía quedarme descifrando mensajes, escribiendo contenidos o redactando lo que me llegaba del frente. Yo necesité ir al conflicto, vivirlo.

Cuando llegué a la oficina, me encontré con Frederick en la sala de descanso, como era habitual. Habíamos trabajado juntos desde que me integré en el equipo y, en todo ese tiempo, se había convertido en algo más que un colega. Era un amigo, uno de los pocos que había logrado mantener después de todo lo que había pasado.

Nos sentamos a charlar, como hacíamos siempre antes de empezar la jornada, pero esa vez Frederick tenía algo más en mente. Después de unos minutos de conversación trivial, dejó la taza de té sobre la mesa y me miró directamente, con una intensidad que me descolocó.

—Meier —me llamó mientras me preparaba un café, bajando la voz un poco, como si lo que estuviera a punto de decir fuese confidencial—. Sabes que no suelo hablar de esto, pero hay algo que creo que te interesaría. Algo que podría cambiar las cosas para ti.

Lo miré, intrigado, pero también cauteloso.

—¿De qué estás hablando?

Frederick se inclinó un poco hacia adelante, con un brillo de

emoción y gravedad en los ojos.

—He estado en contacto con algunas personas. Gente que trabaja con la CIA y los servicios de inteligencia británicos en Berlín, en el terreno. —Hizo una pausa, observando mi reacción—. Han estado buscando a gente con experiencia en inteligencia, gente que colaboró durante la guerra. Personas como tú, Albert, con las manos peladas de meterse de lleno en el conflicto.

Me quedé en silencio, procesando lo que acababa de decir. No era la primera vez que alguien mencionaba mi trabajo durante la guerra, pero siempre había sido en susurros, en conversaciones que prefería evitar. No me gustaba recordar esa parte de mi vida, a pesar de que había sido necesaria. Pero Frederick no parecía estar hablando de recuerdos. Parecía estar ofreciéndome una puerta hacia algo más.

—¿La CIA? —pregunté, tratando de mantener la voz firme—. Y ¿qué tiene que ver eso conmigo ahora? La guerra terminó. No quiero seguir en ese mundo.

Frederick asintió lentamente, como si entendiera mis dudas.

—Lo sé, pero el mundo nunca deja de cambiar. Lo que hiciste entonces no fue en vano, y no ha sido olvidado. Lo que se necesita en Berlín son personas como tú. Agentes que puedan marcar la diferencia en esta nueva guerra que se está gestando. Una guerra silenciosa, pero igual de peligrosa. Si te mudas allí, te entrenarán. Te darán las herramientas para estar al frente de algo grande. Corren rumores —comenzó—. En los círculos de inteligencia, tanto aquí como en América. Cosas que no suelen salir en los titulares, pero que todos sabemos que están sucediendo. La guerra terminó hace casi una década, pero lo que estamos viendo ahora… esto es algo diferente. No hay bombas cayendo ni tanques cruzando fronteras, pero las tensiones están ahí. Y van en aumento. Un Telón de Acero ha caído en Europa, amigo mío.

Asentí en silencio. Había escuchado fragmentos de estas conversaciones antes, menciones ocasionales sobre la Guerra Fría en los periódicos. Un término que, en 1954, aún estaba consolidándose en la conciencia pública. Sabíamos que el mundo ya no era el mismo desde el final de la Segunda Guerra Mundial, pero lo que Frederick sugería era algo más profundo. Algo mucho más inquietante.

—¿Te refieres a la Unión Soviética?

—Exactamente. —Frederick se recostó en la silla, cruzando los brazos—. Stalin puede haber muerto, pero el régimen que dejó atrás sigue tan fuerte como siempre. Moscú está expandiendo su influencia en Europa del Este, y no va a detenerse. Los estadounidenses están convencidos de que lo próximo en la carrera armamentista no se va a quedar en simples misiles. Las armas nucleares. Ya sabes lo que eso significa. Hiroshima fue solo el principio.

Sentí que un escalofrío me recorría la espalda. Hiroshima. Había intentado no pensar mucho en eso desde que sucedió, pero ahora, mientras escuchaba a Frederick, no podía evitar imaginar las consecuencias de otro ataque nuclear. Esta vez, quizá más cerca de casa.

—¿Y qué tiene que ver todo esto con los americanos? —pregunté, aunque una parte de mí ya intuía la respuesta—. ¿Qué quieren ahora?

Frederick tomó un sorbo de su té antes de responder.

—La CIA sabe que estamos en una nueva guerra, pero no es una guerra como la anterior. Es una guerra de información, de espías, de influencia. Y necesitan a personas que entiendan eso, que sepan cómo operar en las sombras. Ya no se trata de soldados en el campo de batalla, Albert. Se trata de agentes moviéndose entre bambalinas, de influir en gobiernos, de obtener información clave antes de que sea demasiado tarde.

Me quedé en silencio, dejando que sus palabras se asentaran. Lo que describía no era una guerra como la que había conocido. Era algo mucho más sutil, más insidioso. Pero también sabía que las cicatrices que dejaba eran igual de profundas.

—No es solo la Unión Soviética —continuó Frederick, con voz baja —. También están los chinos, los países satélites en Europa del Este, las tensiones en Corea… El mundo está dividido en dos grandes bloques y esa división se está haciendo más grande cada día. El Telón de Acero no es solo una metáfora, es una realidad que se está consolidando. Y alguien tiene que estar ahí para asegurarse de que no se desplome todo a nuestro alrededor.

—¿Y piensas que yo podría hacer algo al respecto? —pregunté con un tono que sonaba más escéptico de lo que pretendía.

Frederick me miró directamente a los ojos con una expresión seria.

—Ya lo has hecho antes. Aquí en Londres, durante la guerra, pasaste información que salvó vidas. Sabes cómo moverte en estos círculos. Y sabes bajar al terreno y volver con vida. Entiendes lo que está en juego. Y eso es exactamente lo que ellos buscan. No eres solo un periodista más. Eres alguien que ha estado en el centro del huracán, y, si lo quieres, puedes volver a estarlo.

Las palabras de Frederick resonaban en mi cabeza mientras intentaba procesar todo lo que me estaba diciendo. La idea de una nueva guerra, una en la que no veríamos batallas en las calles, sino en oficinas llenas de documentos confidenciales y espías intercambiando secretos, me llenaba de una mezcla de temor y curiosidad. Frederick estaba ofreciéndome una puerta de entrada a ese mundo, pero también sabía que esa puerta venía con un precio.

—No es una decisión fácil, lo sé —añadió al ver mi silencio—. No te estoy pidiendo que respondas ahora. Pero piensa en esto: si no lo haces tú, alguien más lo hará. Y puede que no lo haga tan bien. Necesitamos a personas como tú con nosotros. Gente que sepa lo que está en juego.

—No sé si puedo volver a eso —murmuré, más para mí mismo que para él.

Frederick me miró con compasión y dejó que el silencio se acomodara entre nosotros un momento antes de responder.

—Piénsalo. Tienes la capacidad de ser más de lo que crees.

Me despedí de Frederick poco después, pero sus palabras resonaban en mi cabeza mientras volvía a casa esa noche. Había algo seductor en la idea de empezar de nuevo en Berlín, en un lugar donde nadie conocía mi pasado, donde no estaría atado a los recuerdos. Pero también estaba Janek.

Cuando llegué a nuestro apartamento, Janek me esperaba. Lo encontré en la cocina, preparando la cena, con la radio encendida en voz baja. Me acerqué a él, envolviendo mis brazos alrededor de su cintura mientras él sonreía, recostando su cabeza en mi pecho.

—¿Cómo te fue hoy?

—Bien, lo de siempre —respondí, aunque en mi mente seguían rondando las palabras de Frederick.

Le di un beso en la mejilla, pero mi mente ya estaba a miles de kilómetros de distancia, en Berlín, imaginando qué sería de mí si aceptaba esa oferta. La idea de dejar Londres, de dejar todo esto, no era fácil de digerir. Pero algo me decía que la vida que estaba llevando aquí, en esta ciudad, no era suficiente. Que todavía quedaba algo por hacer.

Janek debió de notarlo. Al final de la cena, mientras lavaba los platos y yo me apoyaba en la encimera, en silencio, él se giró para mirarme.

—Estás distraído desde que has llegado.

Levanté la vista, atrapado en sus ojos claros. No quería preocuparlo, pero sabía que no podía seguir guardando esto para mí solo. Suspiré y, apoyándome un poco más en la encimera, empecé a hablar.

—Frederick me ha ofrecido algo hoy. Bueno, no exactamente él, pero… me ha hablado de una posibilidad —hice una pausa, tratando de encontrar las palabras—. Algo grande. En Berlín.

Janek frunció el ceño, secándose las manos con una toalla mientras se acercaba a mí.

—¿Berlín? ¿Qué tipo de posibilidad?

Le conté, lentamente, todo lo que Frederick me había dicho. Cómo la CIA estaba buscando agentes que hubieran trabajado en inteligencia durante la guerra, cómo estaban formando a personas para ser parte de una nueva lucha, esta vez en las sombras. Mientras hablaba, observaba la expresión de Janek cambiar, de la curiosidad inicial a una creciente preocupación.

—¿Quieres volver a ese mundo? —preguntó finalmente, su voz baja y cargada de incertidumbre.

Sabía que era una pregunta justa. Después de todo lo que habíamos pasado, tanto él como yo habíamos buscado un poco de normalidad. Habíamos huido de la guerra, de los horrores que habíamos visto, y aquí, en Londres, habíamos encontrado una pequeña burbuja de paz. Pero también sabía que, en el fondo, nunca había sentido que esa paz fuera suficiente.

—No lo sé.

Janek asintió lentamente, pero sus ojos estaban fijos en los míos, buscándome en las palabras que decía.

—¿Y qué hay de nosotros? —preguntó suavemente.

—Janek, no quiero perder lo que tenemos —le dije, dando un paso hacia él—. Pero no puedo ignorar esto. Es como si… como si algo me estuviera llamando. No puedo explicar lo que siento. Pero, si me quedo aquí, no sé si estaré realmente completo.

Janek bajó la mirada, su expresión más apagada de lo habitual. Se quedó en silencio por unos momentos y, cuando levantó la vista, me sorprendió con una suave sonrisa, aunque sus ojos seguían mostrando preocupación.

—Si esto es lo que necesitas, entonces lo entenderé. Pero no quiero que lo hagas porque sientes que es lo único que puedes hacer. Si te vas, tiene que ser porque realmente quieres eso, no porque sientas que tienes que huir de algo… o de alguien.

Su última frase me golpeó con más fuerza de la que esperaba. Sabía a lo que se refería. Aunque nunca lo había dicho abiertamente, Janek sabía que había una parte de mí que aún estaba atrapada en el pasado, en los recuerdos de Hugo, en esa vida que había dejado atrás, pero que seguía llevándome consigo, como un ancla invisible.

—No estoy huyendo de nadie —le dije, tomando su mano entre las mías—. Solo quiero algo más. Algo que me haga sentir que todo lo que he vivido tiene un propósito. Pero no quiero perderte. No quiero que esto se interponga entre nosotros.

Janek asintió, aunque su mirada seguía reflejando la sombra de la duda.

—Siempre estaremos bien —murmuró, pero le temblaba un poco la voz—. Solo… prométeme que lo pensarás con detenimiento. No quiero que te arrepientas después.

Le prometí que lo haría, aunque no estaba seguro de lo que eso significaba. Esa noche, cuando nos fuimos a la cama, nos abrazamos en silencio y, aunque el calor de su cuerpo junto al mío siempre había sido reconfortante, esa vez sentí una distancia que no pude ignorar. Era como si algo dentro de mí ya hubiera empezado a separarse, a buscar una salida hacia ese futuro incierto.

Al día siguiente, busqué a Frederick en su oficina en la BBC. Me recibió con una sonrisa ligera, como si supiera lo que iba a decir antes de que yo abriera la boca.

—Lo acepto —dije, sin darle más rodeos.

Frederick no pareció sorprendido, solo asintió lentamente.

—Sabía que lo harías —respondió—. Me encargaré de todo. No te preocupes. Te conseguiremos los documentos, la visa, todo lo que necesites. En Berlín ya te están esperando, Meier.

Hablaba con tanta seguridad, como si el destino ya estuviera escrito. Y, si bien una parte de mí aún dudaba, me sentí arrastrado por esa determinación.

De vuelta al apartamento, Janek no estaba en casa. Sabía que tarde o temprano tendría que contárselo, pero no encontraba las palabras. Esa noche no vino a dormir. Ni la siguiente. Tampoco dos noches después. Lo fui a buscar a la librería en la que trabajaba, pero había dimitido. Se lo había tragado la tierra. No me recriminó que quisiera irme, directamente optó por su camino y entendió que, quizá, no habría un «nosotros» en aquella Europa en la que vivíamos. Nunca más volví a verlo.

Pasé el resto del día en ese apartamento, sentado en el borde de la cama, observando el reloj de Janek marcar los minutos, hasta que finalmente el sol comenzó a descender en el horizonte. El apartamento, que una vez había sido nuestro refugio, de repente se sentía vacío, ajeno. Un eco de lo que alguna vez fue. Los libros, las fotos, el caballete en la esquina… todo parecía insignificante ahora.

Frederick se encargaría de todo, sí. Pero, mientras me preparaba para dejar Londres, no podía evitar la sensación de que también estaba dejando una parte de mí mismo, algo que nunca recuperaría.

El tiempo me había enseñado muchas cosas, pero, sobre todo, me había mostrado que la soledad era inevitable. Los fantasmas del pasado siempre volvían y las personas que una vez amamos se desvanecían, ya fuese por la guerra, por la distancia, o por nuestras propias decisiones. Y, mientras me preparaba para un nuevo comienzo en Berlín, comprendí, quizá demasiado tarde, que estar solo era algo que invadía a todos, de una manera u otra. Era el precio que pagábamos por seguir adelante, por intentar sobrevivir

en un mundo que se desmoronaba a nuestro alrededor.

13 de marzo de 1954: La Unión Soviética crea la KGB (Comité para la Seguridad del Estado), organismo encargado de la inteligencia, la seguridad interna y el espionaje, que sustituye al MGB.

HUGO

Moscú, 15 de abril de 1954

El sabor a sangre me llenaba la boca.

Estaba sentado en el suelo frío del calabozo, encorvado, tratando de evitar que el dolor en mi costado se agravara. Notaba el hormigueo en los dedos, como si no pudiera volver a sentirlos, como si fueran ajenos a mi cuerpo. Todo estaba oscuro, salvo por una rendija de luz que entraba por debajo de la puerta metálica. Pero lo peor era la garganta, rasposa, seca, con ese sabor metálico que me recordaba cada segundo que seguía vivo. Que aún estaba allí, encerrado.

El niño fue quien lo había encontrado. Lo vi con mis propios ojos cuando se escabulló hacia la parte trasera del taller, donde guardaba esos retratos clandestinos. Su mirada curiosa recorrió el lienzo con una expresión de asombro, como si no entendiera lo que estaba viendo, y yo supe en ese instante que todo había terminado.

La madre, o el padre, claro, fueron quienes lo denunciaron. Era inevitable. Me había mirado con sospecha desde el principio, como si supiera que había algo más en mí que el retratista respetado que pintaba a su familia. Tal vez ya habría oído rumores. No lo sé. Solo recuerdo su expresión cuando el niño le contó lo que había visto. Al principio, trató de no mostrar nada, pero en sus ojos estaba la condena, el juicio que ya había dictado en su mente. Y, días después, los soldados estaban ante mi puerta.

El viaje desde nuestro apartamento hasta la oscuridad fue una sucesión de imágenes borrosas. El ruido de las sirenas, los rostros de los transeúntes, algunos mirándome con horror, otros con indiferencia, como si yo fuera solo otra pieza rota en el engranaje de la ciudad.

Me dieron una paliza cuando llegamos. No preguntaron nada al principio, solo golpes, patadas en el estómago, en las costillas. Quería gritar, pero no lo hice. Me negué a darles ese placer. Sabía

que el dolor era inevitable, pero la humillación… eso era otra cosa. Mientras me tiraban al suelo, pensé en los cuadros, en esos rostros que había tratado de preservar. ¿Los habrían encontrado ya? ¿O todavía estarían buscando?

En ese calabozo oscuro, con una quemazón en la garganta, pensaba en todo lo que había perdido. En los años que había pasado pintando, en el esfuerzo que había hecho para mantener viva una parte de mí, una parte de la Rusia que una vez fue. Pensaba en Elena, en su sonrisa perdida, en Anya y las noches en que compartíamos historias de un mundo que ya no existía. Pero, sobre todo, en los cuadros, en esas pinturas que nunca debieron haber visto la luz. Tal vez fui ingenuo, tal vez quise desafiar demasiado. Creía que podía preservar el pasado, que podía salvar algo de lo que todos habían decidido olvidar. Pero me equivoqué. El régimen siempre ganaba.

El sonido de los pasos en el pasillo me sacó del aturdimiento. No sabía cuánto tiempo había pasado en ese calabozo, días, tal vez semanas. La sensación del tiempo se desvanecía cuando cada minuto era idéntico al anterior: el frío, la oscuridad, el dolor latente en mis costillas, la sangre seca en mis labios. Pero esos pasos… eran diferentes. Era como si la realidad se estuviera preparando para cambiar de golpe.

La puerta chirrió al abrirse, y dos guardias entraron. No dijeron una palabra. Parecían dos calcomanías. Rubios, altos, fuertes, enfundados en su uniforme militar. Uno de ellos me tomó del brazo, sin ningún cuidado, tirando de mí como si fuera una marioneta sin vida. Me tambaleé al levantarme, las piernas entumecidas por la falta de movimiento, pero me obligaron a caminar. Sabía lo que venía. Todos los que terminaban aquí sabían lo que venía.

Me llevaron por un pasillo largo, iluminado solo por un par de bombillas titilantes que parecían a punto de apagarse. Las paredes tenían manchas de humedad y el aire estaba impregnado de un olor acre, una mezcla de sudor, metal y algo más… algo que no quise identificar o quizá no pude, pero que me recordaba a los olores que había respirado en mis años en Auschwitz. Los gritos de otros prisioneros resonaban a lo lejos, apagados pero presentes, como

ecos de una agonía que compartíamos todos.

Finalmente, llegamos a una sala. Dentro, había una mesa de metal, fría y desprovista de cualquier tipo de humanidad. Dos sillas y, en una esquina, un cubo de agua. Al fondo, una pequeña ventana con barrotes dejaba entrar una luz grisácea de una mañana cualquiera de primavera en Moscú. Allí, esperándome, había un hombre con un rostro inexpresivo, vestido con un uniforme impecable, sin una arruga. El interrogador o, lo que sería lo mismo, el mismísimo diablo en persona.

—Siéntate —ordenó, sin levantar la vista de los documentos que tenía frente a él.

Me empujaron hacia la silla y uno de los guardias se quedó en la puerta, mientras el otro se mantenía cerca, vigilante.

El interrogador levantó la vista lentamente, mientras me recorría de arriba abajo con sus ojos claros e impasibles. Era como si me estuviera diseccionando, buscando algún punto débil que pudiera aprovechar.

—Alexandr Borísov —dijo, pronunciando mi nombre de forma mecánica—. Has sido detenido por actividades contrarrevolucionarias. Ya sabemos lo que has hecho. Sabemos lo que tenías guardado. Pero necesitamos que lo digas tú. Que lo admitas.

Me quedé en silencio. Mi boca seguía llena de ese sabor metálico, pero no iba a darle lo que quería. No tan fácilmente.

El hombre hizo una pausa, como si esperara que yo respondiera. Luego, sin cambiar de expresión, asintió a los guardias. El primero en moverse fue el que estaba a mi lado. En un solo movimiento, me levantó de la silla y me tiró al suelo con violencia. Mi cabeza golpeó contra el cemento, y el dolor me atravesó como un rayo. Intenté protegerme con los brazos, pero no sirvió de mucho. El primer golpe cayó sobre mi costado, justo donde ya me dolía. Sentí cómo algo se rompía dentro de mí. Luego vinieron más, una patada tras otra, y cada una la sentía más fuerte que la anterior.

Quise gritar, pero no lo hice. Me mordí la lengua para no soltar ni un gemido. Sabía que eso solo los animaría más.

—¿Dónde tienes los otros cuadros que no estaban en ese

escondite? —preguntó el interrogador, mientras se levantaba de su asiento y se acercaba a mí, con una calma inquietante.

—No hay más —logré susurrar.

El hombre se arrodilló junto a mí, tan cerca que podía oler el tabaco en su aliento.

—Sabes que no tienes por qué hacerlo más difícil, Borísov. Eres un hombre inteligente, un artista. Te estoy ofreciendo una salida… Confiesa, colabora, y esto puede acabar más rápido de lo que piensas.

No le respondí. Sentía cómo el aire me faltaba y el dolor era insoportable. Pero no podía ceder. No podía traicionar lo que había pintado. Lo que había guardado en secreto, esos recuerdos de una Rusia libre, de un tiempo que ya no existía.

—Muy bien —dijo con frialdad—. Sigamos entonces.

Me levantaron de nuevo, pero esta vez me ataron a la silla, mis muñecas firmemente sujetas por detrás. El interrogador volvió a su lugar y uno de los guardias trajo el cubo de agua. Sabía lo que venía. Lo había escuchado de otros prisioneros. El agua que ahogaba, que te arrancaba la respiración, que te hacía sentir que morías una y otra vez.

El guardia inclinó el cubo sobre mi cabeza, y el agua cayó sobre mí en una ráfaga brutal, cubriendo mi rostro, llenando mi nariz, mis ojos, mi boca. Intenté respirar, pero cada intento solo me traía más agua. Sentí el pánico apoderarse de mí, los músculos de mi cuerpo tensándose, tratando de escapar, pero no había a dónde ir. Estaba atrapado en ese tormento líquido.

Cuando el cubo se vació, me dejaron toser y jadear, intentando recuperar el aliento. El sabor a sangre seguía ahí, pero ahora se mezclaba con el de la suciedad y el agua estancada.

—Te lo preguntaré una vez más —dijo el interrogador, inclinándose hacia adelante—. ¿Dónde están los cuadros?

Cerré los ojos. Pensé en esos días en los que creía que aún había esperanza. Pensé en todo lo que había perdido.

—No hay más —susurré de nuevo.

Otro golpe. Esta vez, el dolor fue tan intenso que me nubló la visión. Sentí el mundo desvanecerse a mi alrededor. Ahí fue cuando

supe que, dijera lo que dijera, no me creerían. Que buscaban a un culpable más grande, un caso enorme que destapar y que sirviera como lección. Pero decía la verdad, no había más que unas telas arrugadas en aquel agujero. No tenía nada más escondido.

El interrogador se inclinó sobre mí, su aliento cálido en mi oído.

—Vas a decirlo. Lo harás. Tal vez no hoy, tal vez no mañana. Pero te quebrarás.

Lo sabía. Sabía que, tarde o temprano, me quebraría. Que diría lo que fuera para que aquello terminara.

Los golpes cesaron, pero el dolor seguía clavado en cada parte de mi cuerpo, una herida abierta que me recordaba lo frágil que era. Apenas podía mantener los ojos abiertos cuando la puerta del calabozo volvió a chirriar. Esta vez, no era uno de los guardias anónimos. Las figuras que se acercaban eran familiares, inconfundibles a pesar del dolor y el aturdimiento que me embargaba.

Vlad y Mikhail entraron en la habitación, pero sin ningún signo de sorpresa en las caras. Me miraron de arriba abajo, observando los rastros de la paliza, las manchas de sangre y el agua que aún goteaba de mi ropa. Se acercaron despacio, casi como si no quisieran ser parte de aquel horror, pero sabían que lo eran. Eran parte de todo esto.

—Hugo… —dijo Vlad utilizando mi nombre real, su voz sonaba más suave de lo que esperaba. Llevaba años sin escucharlo en alto, pero en su mirada había algo más que un intento de tocar mi yo real para que dijera la verdad que ellos creían cierta, algo calculador—. Ya te advertimos, ¿recuerdas? Te dijimos que no te metieras en líos. Esto se podría haber evitado.

Mikhail, a su lado, asintió. Su rostro era más duro, menos dispuesto a mostrar simpatía, pero detrás de esa máscara había algo más profundo, una especie de preocupación, como si esto fuera un deber incómodo que preferiría evitar.

—¿Por qué, Hugo? —preguntó Mikhail finalmente, con los ojos fijos en mí—. ¿Por qué arriesgarlo todo? Sabías lo que significaba hacer esos retratos. Sabías que no podías quedarte atado al pasado, que el régimen no toleraría ninguna forma de nostalgia por una Rusia que

ya no existe.

Intenté hablar, pero mi garganta estaba tan seca que solo salió un susurro ininteligible. Vlad se inclinó hacia mí, su mirada más compasiva que la de Mikhail, pero no menos peligrosa.

—Te dijimos que pintaras lo que el gobierno quería —continuó Vlad —. Sabías que era lo más seguro. Conseguimos que hasta te dejaran pintar a civiles, retratarlos. Pero insististe en mirar hacia atrás. En desafiar lo que estábamos construyendo. Hugo, en tiempos como estos, no hay espacio para la disidencia. Estamos en una lucha constante, una guerra que no se libra en campos de batalla, sino en las sombras, en la mente de cada ciudadano. La guerra no terminó con los nazis. El verdadero enemigo está allá afuera, en Occidente. Estados Unidos, Europa… Todos ellos quieren destruir lo que estamos creando.

Me forcé a tragar, el dolor agudo en mi garganta me arrancaba una mueca de dolor, pero seguí escuchando.

—La amenaza capitalista es algo real, Hugo —intervino Mikhail, inclinándose más cerca—. Y cada uno de nosotros tiene un papel que jugar. Tú, con tu talento, podrías sernos útil. Podrías redimirte.

—¿Redimirme? —murmuré.

Vlad se acercó aún más y en su rostro se esbozó una sonrisa que no alcanzaba sus ojos.

—El gobierno podría perdonarte, Hugo. No todo está perdido para ti. Sabemos que eres valioso. Tus contactos, tus habilidades, incluso tus conexiones con el extranjero y las vanguardias… todo eso podría servir a la causa. Pero necesitas darnos algo a cambio.

—¿Qué queréis de mí? —logré articular, aunque cada palabra me costaba un esfuerzo monumental.

Mikhail se cruzó de brazos y me miró con una mezcla de dureza y lástima.

—Queremos que trabajes para nosotros. Para la KGB. Sabes que estamos en una guerra que no se detiene. Los enemigos están por todas partes: en Occidente, en los propios ciudadanos que se rebelan en silencio, como tú lo hiciste. Pero tú puedes infiltrarte en esos círculos. Podrías pintar para los más poderosos del mundo, escuchar lo que dicen, lo que piensan. Y, lo más importante, podrías

ayudar a identificar a aquellos que no son leales. Salir de Moscú cuando sea necesario, hacerlo en la propia ciudad, ayudar a la causa.

Sentí cómo el mundo se desmoronaba aún más. Querían usarme como espía… como una herramienta del régimen. Yo, que había intentado preservar una pequeña parte de lo que alguna vez fue mi vida, ahora me pedían que traicionara a los demás, que entregara sus almas a ese sistema corrupto.

—No puedo hacer eso —dije, mi voz quebrada pero firme.

Vlad suspiró, como si esperara esa respuesta, y se acercó aún más, hasta que su rostro estuvo a centímetros del mío.

—Si te niegas, Hugo, no serás el único que pague el precio. Sabemos dónde está Elena. Sabemos dónde está Anya. Sabemos el cariño que les tienes. Si te niegas a colaborar, ellas pagarán por tus errores. Serán arrestadas. Y no sobrevivirán a lo que tú has soportado aquí.

Un frío helado recorrió mi columna vertebral al escuchar esas palabras. Mi respiración se aceleró, y el dolor en mi pecho se intensificó.

—Ellas no tienen nada que ver con esto —murmuré.

—Pero eso no importa. Lo que importa es que el gobierno exige lealtad. Y tu lealtad es ahora la única cosa que puede salvarlas. No te equivoques, Hugo. No es una petición. Es una orden.

Mis pensamientos se desmoronaban bajo el peso de esa amenaza. Ver la imagen de Elena, inocente, de Anya, con su melancolía de los días pasados… No podía dejar que las destruyeran. Pero ¿a qué costo? ¿Convertirme en uno de ellos? ¿Ser una herramienta de la maquinaria que ya me había arrebatado todo?

—Tienes dos opciones —dijo Vlad, volviendo a su tono más conciliador—. O aceptas lo que te pedimos y trabajas para nosotros, como espía, como alguien que puede moverse entre los poderosos, o te enfrentas a la muerte. Y no solo a la tuya. A la de ellas también.

El silencio que siguió fue ensordecedor. Sentía que cada segundo caía sobre mí como un peso imposible de soportar. Tenía que tomar una decisión. Una decisión que definiría no solo mi vida, sino la de las dos mujeres a las que más quería en el mundo y con las que, a

pesar de los secretos, había construido una familia entre las ruinas de lo que un día fue para los tres.

Vlad y Mikhail intercambiaron una mirada antes de que Vlad se inclinara de nuevo, sus ojos oscuros llenos de una frialdad calculadora. El ambiente en la sala era pesado, cargado con la sensación de que algo irrevocable estaba a punto de suceder. Sabía que lo que estaba por venir no era solo una amenaza. Era la oferta más peligrosa que jamás recibiría.

—La KGB, Hugo —comenzó Vlad, manteniendo su tono sereno, pero con una intensidad en su voz que me hizo sentir pequeño—, no es solo una organización de seguridad. No somos solo una policía secreta, como los occidentales quieren pensar. Somos los guardianes del Estado. Somos quienes aseguramos que nuestra gran nación no se desmorone ante los ataques invisibles del enemigo. Porque, aunque no lo creas, esta guerra fría no es menos peligrosa que la última guerra mundial. No hay bombas cayendo sobre nuestras cabezas, pero las amenazas están por todas partes. En el extranjero, sí, pero también aquí, en las mentes de quienes dudan de la Unión Soviética.

Mikhail, que hasta entonces había estado en silencio, dio un paso adelante, su mirada aún más dura que la de Vlad.

—Los estadounidenses, los británicos, todos esos países capitalistas, piensan que pueden derrotarnos sin disparar una sola bala. Quieren destruirnos desde dentro. Sabemos que están infiltrando agentes, que están financiando movimientos para desestabilizar nuestras fronteras, que intentan debilitar nuestro sistema desde lo más profundo. El capitalismo es una amenaza para el proletariado, para la paz mundial. Y, si queremos sobrevivir, necesitamos hombres como tú. Hombres que puedan moverse entre los poderosos, que puedan escuchar, observar y asegurar que no hay traidores entre nosotros.

—Pero no estamos solo reaccionando a la amenaza —agregó Vlad, con una sonrisa tensa—. También estamos tomando la iniciativa. La inteligencia es nuestra arma más fuerte, Hugo. La información es poder. Mientras los americanos y europeos juegan a las sombras, nosotros ya estamos allí, adelantándonos a sus movimientos.

Estamos luchando en todos los frentes: espionaje, propaganda, contraespionaje. Cada conversación, cada relación, cada retrato que pintes puede ser una pieza del rompecabezas para proteger a la madre Rusia.

Me quedé callado, aturdido por sus palabras. Todo lo que decían tenía un peso oscuro. No era solo que querían que trabajara para ellos; era la forma en que describían este juego mortal en el que participaban. A sus ojos, yo no era más que una herramienta, una ficha que podría moverse por el tablero para asegurar su victoria.

—La KGB es mucho más que una fuerza represiva —continuó Mikhail, su tono directo e impávido—. No se trata solo de eliminar a los traidores. Es la red que mantiene el orden mundial que queremos establecer. Mientras Occidente fomenta el caos, nosotros nos aseguramos de que la verdad del socialismo prevalezca. Pero para eso necesitamos ojos y oídos en todas partes. Sabemos que no podemos confiar en todos, pero en ti, Hugo, vemos algo más. Eres un hombre que entiende el poder del arte, el poder de las ideas, y por eso puedes ser útil.

—Tú puedes moverte en los círculos que nosotros no podemos alcanzar directamente —dijo Vlad, retomando la conversación—. Como artista, como retratista de los poderosos, tienes acceso a gente que piensa que está por encima de la ley, que cree que sus conversaciones, sus secretos, son intocables. Pero nosotros podemos escucharlos a través de ti. Cada palabra que oigas, cada gesto que observes, puede ser la diferencia entre la estabilidad o el caos. Entre la lealtad o la traición.

Sabía lo que querían de mí. Querían que escuchara, que informara, que entregara las almas de aquellos que confiaban en mí a la maquinaria despiadada del Estado.

Mikhail continuó con un tono aún más gélido.

—No tienes opciones reales. El mundo ha cambiado. Ya no estamos en una guerra de trincheras. Esta es una guerra de mentes, de información, de lealtades ocultas. Y, en esta guerra, no hay lugar para los neutrales. O estás con nosotros o estás contra nosotros. Y, si estás contra nosotros, no solo sufrirás tú. Todo lo que amas será destruido.

El peso de sus palabras me aplastó. No era solo una cuestión de supervivencia; se trataba de proteger a mis amigas, dos personas que no tenían nada que ver con esta guerra, pero que podrían ser arrastradas al abismo por mis decisiones. Sabía que, si aceptaba, me convertiría en alguien que ya no reconocería al mirarse al espejo. Pero, si me negaba, las perdería para siempre.

—Tienes que entender algo, Hugo —dijo Vlad, con un tono más suave, casi como si intentara mostrarme una pizca de compasión—. Nosotros no somos los villanos que Occidente describe. Estamos protegiendo a nuestro pueblo. Estamos asegurando que no caigamos bajo el yugo del capitalismo decadente. Ellos te harían pensar que somos monstruos, pero ellos son los verdaderos enemigos. Los americanos, los británicos, están esperando cualquier debilidad para destruir lo que hemos construido. Y no podemos permitírnoslo.

Me quedé en silencio, tratando de procesar todo lo que me decían. Sabía que la decisión que tomara ahora cambiaría todo. Ya no había un futuro claro, solo un abismo de opciones imposibles.

—Tienes dos días —dijo Vlad finalmente, mientras se levantaba—. Piensa bien. Porque esta es tu única oportunidad.

Me quedé solo en el cuarto, sintiendo el peso del mundo caer sobre mis hombros. Dos días. Dos días para decidir si traicionaba todo lo que era o si condenaba a las personas que quería, las únicas que tenía en el mundo.

PABLO

Berlín, Sector Británico, mayo de 1954

El sol de primavera tras la guerra apenas calentaba las aceras y el viento que corría por las calles tenía un filo extraño. El viejo Berlín se recuperaba, lentamente, de las heridas de la guerra.

Los edificios bombardeados, algunos aún en ruinas, se alzaban como esqueletos entre nuevas construcciones que trataban de devolverle algo de vida a la ciudad. Había niños jugando entre los escombros, mujeres con pañuelos en la cabeza que empujaban carritos de mercado vacíos y soldados británicos que patrullaban con la mirada distante, como si el conflicto no hubiera terminado del todo.

Siempre había creído que los fantasmas existen. Que nos mantienen unidos a un momento y un sitio concretos. Y yo, a pesar del espacio y el tiempo que habían pasado, me había quedado atado. Algunos permanecen atados a un trozo de tierra, otros a una fecha, a un derramamiento de sangre que en la mente ha quedado como un crimen terrible. Pero mis fantasmas no solo se habían atado a aquello. Mis fantasmas rondaban lo físico, sí, pero se enraizaban en mis emociones, en ese momento en el que mi cuerpo friccionaba contra el de Hugo mientras los rayos de sol incidían sobre nuestras pieles en los apartamentos que habían escondido nuestro amor, en esos impulsos que había tenido que tomar, en lo que iba perdiendo, en la venganza que quería o en el amor que ansiaba recuperar casi de forma fantasmal. Y esos nunca se iban.

Los últimos días en Londres pasaron como la niebla espesa, un desenlace inevitable que no pude detener ni siquiera mientras se desmoronaba frente a mí. El apartamento que compartíamos Janek y yo se sentía vacío, aunque todavía vivía allí. El aire cargaba con el peso de las palabras no dichas, con despedidas que se desdibujaban en el silencio. Sabía que, cuando llegara el momento de partir, Janek no estaría allí para decir adiós. Y así fue.

El último día, me desperté solo. Como tantos otros desde que decidió irse. Su lado de la cama estaba frío, y su chaqueta, la que solía colgar en el perchero junto a la puerta, ya no estaba. Nunca había vuelto. Ni siquiera había dejado una nota. No lo culpaba. No podía. Yo había tomado la decisión de dejarlo atrás, de embarcarme en algo más grande, algo incierto, y él había hecho lo mismo de una manera diferente. Su forma de despedirse fue no hacerlo.

Aquella misma tarde, en las que yo empaquetaba lo poco que había conseguido acumular en diez años de rehacer lo que parecía mi vida, Loreine me llamó. Nos habíamos visto menos en los últimos años, pero siempre había algo tranquilizador en su presencia. Había sido una constante en mi vida desde que volví a Londres después de la guerra, y, aunque sabía que nuestro vínculo había cambiado con el tiempo, ella siempre estaba allí, en los momentos clave.

Nos encontramos en un café en Covent Garden, un lugar que habíamos frecuentado durante los primeros años de mi vuelta a Londres, cuando todos intentábamos rehacer nuestras vidas tras la guerra.

—Te vas, entonces —dijo, sin mirarme directamente, mientras removía su taza de té—. Me lo imaginaba.

—Sí —respondí mientras me apartaba el pelo que me caía sobre la cara mientras arrugaba la nariz para evitar llorar. Otra despedida. Era consciente de que no conocía los detalles de mi nuevo trabajo. Bastante tenía con saber que aquel cambio suponía una gran oportunidad para mejorar mi futuro laboral. No podía ponerla en peligro con más información—. Me voy.

Loreine me miró con una mezcla de tristeza y comprensión. Ella siempre había sido más pragmática que sentimental, pero ese día vi algo más en sus ojos. Un cansancio, quizá.

—No puedes dejar que otra guerra estalle, Pablo. El mundo no lo soportaría. Nosotros no lo soportaríamos —me dijo con su voz suave, pero cada palabra llevaba un peso inmenso—. Ya vimos lo que una guerra puede hacer. No podemos pasar por eso otra vez.

—¿De verdad crees que yo podría marcar una diferencia? —le pregunté con una sonrisa un tanto cínica. Como si quisiera quitar importancia a lo que estaba siendo una despedida.

Ella dejó la cucharilla en la mesa y me miró fijamente.

—No lo sé, Pablo. Nadie lo sabe. Pero yo no soy tonta. Y tú tampoco. Si puedes ayudar a los americanos a mantener el equilibrio allí en Berlín, entonces quizá valga la pena. Aunque no te engañes —agregó, con un tono algo más duro—, ellos solo harán lo que sea necesario para salvar su propio pellejo. Su único interés es Estados Unidos. No se trata de nosotros, ni de Europa. No se trata de proteger al mundo. Para ellos, esto es un juego de poder, y no puedes olvidarlo. No dejar que se extienda el comunismo. Pero —hizo una pausa, suspirando—, si ese juego significa que no estallará otra guerra, entonces quizás haya algo de esperanza.

Asentí sin decir nada. Tenía razón en todo, pero Loreine era de las pocas personas que me llamaba Pablo y yo de los pocos que conocía su verdadero nombre. Algo en mí se rompió al escuchar mi nombre. Esos fantasmas que se agarraban a emociones profundas habían aparecido. Y esos eran los más inquietantes.

Sabía que tenía razón. Los americanos no eran los salvadores altruistas que algunos querían creer. Estaban en esta lucha por sus propios intereses, por asegurarse de que la Unión Soviética no ganara más terreno. Lo que iba estallando no era solo una disputa de ideologías; era un enfrentamiento entre dos superpotencias que amenazaban con destruir al mundo si no conseguían lo que querían.

—Y tú, ¿qué harás? —le pregunté, desplazando el foco de la conversación hacia ella, porque no soportaba la idea de quedarme atascado en mis propias dudas.

—Seguiré aquí, supongo —respondió, encogiéndose de hombros—. Frederick tiene sus planes, claro, pero yo no estoy hecha para ese tipo de luchas. París me dejó agotada. Pienso todavía en volver a aquello y no puedo ni respirar. Lo mío son las palabras. Pero estaré bien. Aquí hacen faltas muchas manos. Seguiré. Encontraré mi sitio. De alguna forma, ¿no?

Loreine tomó un sorbo de té y me miró de nuevo, con un brillo de determinación en los ojos que siempre había admirado en ella. La observé detenidamente, enfundada en aquel dos piezas de color verde que tan bien le quedaba y que le otorgaba un aire exótico, un toque parisino que no se quitaba de encima por mucho tiempo que

pasara. Aquel día nos abrazamos. Como cuando volvimos a vernos. No lo hacíamos mucho, pero ese día tocó.



Berlín me recibió como un golpe en el rostro. No por la hostilidad de la ciudad, sino por su intensidad, su atmósfera cargada de tensión, su ritmo que parecía moverse entre las ruinas y la reconstrucción. Los primeros días, la sensación de estar perdido no se iba.

El apartamento que me había conseguido Frederick estaba en el sector británico, un edificio de ladrillo oscuro con una escalera de incendios que crujía cada vez que alguien la utilizaba. Era pequeño, con un salón que también hacía de comedor, una cocina minúscula y un dormitorio donde apenas cabía la cama. Pero era funcional, suficiente para alguien que, como yo, buscaba más refugio que comodidad. Desde la ventana podía ver una parte de la ciudad aún en reconstrucción, y en las noches tranquilas —que no eran muchas — podía oír el murmullo lejano de los pasos en la acera, el rugido distante de los camiones militares y, de vez en cuando, el sonido de disparos en la frontera.

Los primeros días en Berlín fueron un contraste absoluto con todo lo que conocía. Venía de un Londres frío, taciturno, que aún exhibía las cicatrices de la guerra. Aquí, en cambio, todo parecía estar en un tenso equilibrio entre el pasado y el futuro. Las fachadas aún marcadas por metralla, los edificios nuevos que intentaban levantarse como prueba de un renacimiento, y una población que vivía con la certeza de que la ciudad podía volverse a quebrar en cualquier momento. Había una sensación de urgencia, un constante ir y venir de diplomáticos, soldados y espías disfrazados de burócratas. Era un pulso de vida distinto, que por momentos me revitalizaba, pero que también me recordaba cuánto había cambiado yo.

Mi rutina en Berlín se asentó más rápido de lo que esperaba. Todas las mañanas, después de salir del pequeño apartamento, caminaba hasta la estación de metro y tomaba la línea que me llevaba al sector estadounidense, donde estaban ubicadas las oficinas de

inteligencia. No era un edificio particularmente imponente, al menos no desde fuera. De hecho, se confundía entre tantos otros de hormigón y vidrio que dominaban la ciudad. Pero, una vez dentro, la sensación era distinta. Los pasillos eran silenciosos, con un aire de eficiencia casi militar. Todo parecía estar diseñado para no llamar la atención, como si lo importante siempre ocurriera a puerta cerrada.

Mis primeros días allí consistieron en reuniones con oficiales de enlace y supervisores. Frederick, como siempre, había manejado todo con una discreción envidiable. Me presentaron a un hombre llamado Thomas O'Leary, un tipo corpulento de mediana edad con el pelo ralo y gafas de montura gruesa. Tenía esa actitud de exmilitar, con el ceño siempre fruncido y un tono de voz bajo y firme.

—Bienvenido a Berlín —dijo con su inglés americano, observándome con cautela—. Aquí todo es cuestión de paciencia. Albert, ¿verdad? Frederick me habló de ti. Hiciste un trabajo excelente en Londres.

—Gracias —respondí, sintiendo cómo su mirada me evaluaba—. A mí me ha hablado muy poco de esto.

Soltó una carcajada desde lo más hondo. Y, tras aquella risa, me puse manos a la obra. Sin darme cuenta. No sé en qué momento, pero empecé a espiar para los americanos.

Tal vez fue en aquella primera reunión con O'Leary, cuando me miró con sus ojos grises y me dijo que en Berlín la confianza era más valiosa que cualquier información. O tal vez fue después, cuando me entregaron un expediente con nombres que no conocía y me pidieron que prestara atención a quién entraba y salía de ciertos cafés, de ciertas librerías, de ciertos hoteles en el sector soviético. Todo parecía inofensivo al principio. Pequeños favores, intercambios de información que no resultaban muy significativos.

Pero Berlín era un tablero de ajedrez y cada movimiento contaba.

Los días se mezclaban con las noches en una ciudad que nunca dormía del todo. Caminaba por las calles nevadas del invierno y por las avenidas polvorientas del verano, siempre con una sensación extraña en el estómago, como si estuviera al borde de un precipicio. La tensión en Berlín era una presencia tangible. A un lado, el sector occidental, con su reconstrucción acelerada, sus soldados británicos

y estadounidenses, su aire de promesa incierta. Al otro lado, la sombra soviética, con sus espías y sus silencios.

Las diferencias entre sectores no eran solo líneas en un mapa. Eran atmósferas. En el Oeste, todo olía a reconstrucción acelerada, a cemento fresco y a una especie de optimismo forzado que a veces se sostenía más por necesidad que por convicción. Cafés nuevos, fachadas recién pintadas, jóvenes intentando vestir como en París, aunque todavía caminaban entre solares vacíos.

En el Este… bueno, ahí el aire tenía otro peso. Las calles eran más silenciosas, no por falta de gente, sino por una cautela casi instintiva. Los edificios parecían observarte. Incluso los que estaban siendo restaurados lo hacían con una sobriedad que rozaba lo severo. Y, sin embargo, había algo auténtico allí, una sensación de que la vida continuaba sin teatro.

Todo era gris en aquella ciudad que resurgía de haber sido arrasada. Todo menos los cabarés en los que, divididos por zonas y sectores, se encontraban cada noche ingleses, franceses, estadounidenses y rusos. Eran pequeños oasis de luz en medio de una ciudad partida. Algunos intentaban revivir la década dorada de entreguerras, con plumas, humo y pianistas que parecían haber sobrevivido a mil noches y una más. Otros eran apenas sótanos mal ventilados donde un cantante desafinado trataba de imponer alegría a golpe de acordeón. Pero todos compartían una misma obstinación: la de recordarle a la ciudad que todavía podía permitirse una carcajada, un baile torpe, un poco de extravagancia.

Me di cuenta de que mi papel no era tan inocente como había pensado cuando O'Leary me pidió que me reuniera con un hombre en un cabaret del sector francés. Se hacía llamar John. Vestía un abrigo marrón demasiado gastado y tenía una forma peculiar de encender los cigarrillos, girándolos entre los dedos antes de llevárselos a los labios.

—No puedes salir de esto una vez que empiezas —me dijo una noche, sin mirarme, con la voz ahogada por la música de un piano desafinado.

No le respondí. Porque, en el fondo, ya lo sabía. Solo dejé que me contara más.

HUGO

Balashikha, a un kilómetro de Moscú, diciembre de 1954

Una mañana fría de diciembre, me despertaron de golpe. Dos agentes que nunca me dirigían la palabra me levantaron de la cama antes de que el sol saliera. Me vestí rápidamente, los pies aún descalzos sobre el suelo helado de la celda que llamaban «dormitorio». Solo una cama y un armario en el que guardar el uniforme que nos ponían a todos por igual. Solo había una diferencia: las mujeres llevaban falda y los hombres pantalón. Había llegado a la Escuela Espía de Balashikha hacía ya varios meses, pero todavía no me acostumbraba al silencio aterrador que lo rodeaba todo, como si cada pared ocultara un secreto más oscuro que el anterior.

Esa mañana, algo había cambiado. Me llevaron a una sala apartada, diferente de las otras habitaciones de entrenamiento donde practicábamos combate, manejo de armas o estrategias de infiltración. Aquí, el aire era más pesado, más íntimo. Cuando entré, vi a otros como yo, hombres y mujeres alineados frente a un podio donde nos esperaban nuestros instructores. «Hoy empieza vuestra verdadera formación», dijeron dos mujeres embutidas en su uniforme. Ninguna otra explicación. Solo esas palabras frías y vacías.

Pronto entendí que lo que vendría no era un simple entrenamiento físico o psicológico, era algo mucho más perverso. Nos enseñaron a usar nuestros cuerpos como armas. Cada mirada, cada sonrisa, cada gesto debía ser calculado para obtener lo que ellos querían: información. Lo llamaban «técnicas de seducción», pero no era más que un eufemismo para un adoctrinamiento brutal.

Me empujaron a situaciones que, al principio, me revolvieron el

estómago. No éramos personas; éramos herramientas moldeadas para seducir, para engañar, para destruir con el placer y el deseo. A veces, me enfrentaban a desconocidos, otras veces a compañeros, con los que no podía permitirme ningún lazo. Nos mirábamos con ojos vacíos, conscientes de que estábamos siendo deshumanizados.

El frío de ese noviembre me helaba los huesos, pero el verdadero frío se me iba instalando en la mente. Día tras día, hora tras hora, nos repetían que no había lugar para el sentimentalismo. Y, cuando alguno de nosotros fallaba en una prueba, lo arrastraban fuera de la sala. Nunca volvíamos a verlo. «No todos tienen el temple para servir al Estado», añadían después.

Con el tiempo, ya no distinguía qué era verdad y qué era mentira. Nos repetían que el comunismo era nuestra única salvación, que el capitalismo estaba lleno de traiciones, decadencia y corrupción. Mostraban imágenes de Occidente, de las vidas vacías que llevaban aquellos que no servían a un ideal. Nos lavaban el cerebro hasta que no podíamos ver otro camino. Cada lección era más dura que la anterior. Nos decían que no éramos simples espías, sino guardianes de la verdad. Éramos los que impediríamos que el mundo cayera en las garras del caos.

Me habían transformado en algo más oscuro, algo que ya no reconocía desde que, sin poder elegir otra opción, me habían arrastrado a las afueras de Moscú y encerrado en aquella cárcel que llamaban «escuela» para saber a qué nos enfrentaríamos al otro lado. Ellos, ante nuestros ojos, eran la rebeldía que instauraría el orden. Un orden que Occidente se empeñaba en imponer. Y, mientras se esforzaban en dejárnoslo claro, el frío se hizo permanente en Balashikha, no solo por el invierno que envolvía los edificios grises y sombríos, sino por la atmósfera que se respiraba dentro de esos muros. Cada día me hundía más en esa neblina que envolvía mi mente. Las lecciones se tornaron más crueles, más precisas, como si fueran cinceles tallando una nueva identidad en mí, borrando cualquier vestigio del hombre que alguna vez había sido.

Las mujeres que dirigían la escuela eran frías, impenetrables. Con sus trajes impecables y sus miradas de acero, no había lugar para la

empatía o el consuelo. Una de ellas, la directora, hablaba como si cada palabra fuera un mandato. No te miraba como si fueras humano, sino como si fueras un experimento. Un proyecto en el que ellas participaban en nombre de su gobierno. Nunca supe el nombre de ninguna. Llegaban, explicaban y se iban. Cada día una. Cada día más severa.

El entrenamiento físico era extremo, diseñado para quebrar el cuerpo y la voluntad. Corríamos kilómetros bajo la nieve, con el viento cortándonos la piel de las mejillas, hasta que las piernas dejaban de responder. Pero eso no era lo peor. El verdadero desgaste no venía del dolor físico, sino de la guerra que libraban dentro de nosotros. Nos enseñaban a desconectar, a dejar de sentir. Nos decían que las emociones eran debilidades, herramientas que los enemigos usarían contra nosotros. Cualquier atisbo de empatía, cualquier momento en que nos mostrábamos vulnerables, era castigado con una frialdad que entendí, en poco tiempo, que solo la KGB sabía imponer.

Recuerdo una tarde en particular. Habíamos pasado la mañana practicando técnicas de manipulación, cómo crear vínculos falsos, cómo jugar con los deseos y miedos de los demás. Ese día, nos llevaron a una sala oscura, iluminada apenas por una luz tenue en el centro. Había una mesa, dos sillas y una mujer sentada frente a mí. No me dijeron su nombre, ni por qué estaba allí. Solo me dijeron que la sedujera, que la hiciera confiar en mí. Que la convenciera de que todo lo que yo decía era cierto, aunque en el fondo supiera que cada palabra que salía de mi boca era una mentira.

Al principio, intenté resistirme, recordar quién era. Pero no lo conseguí. Su mirada se clavaba en mí, expectante, vulnerable. Me pregunté si también ella estaría siendo entrenada, si también formaría parte de este juego retorcido, pero no importaba. A ellos no les importaba. Querían resultados. Querían que usara lo que me habían enseñado, que explotara cada debilidad, que aprendiera a manejar la seducción como un arma. Y lo hice. No sé en qué momento me rendí, pero sucedió. Mi voz se volvió suave, mis gestos calculados. La máscara que habían esculpido sobre mi rostro estaba completa, y yo, mientras lo hacía, sentía como si me estuviera

observando desde lejos, espectador impotente de mi propia traición. Luego me tocó hacer lo mismo, pero con un hombre. Los límites del Kremlin, a la hora de conseguir nueva información relevante, eran inexistentes.

Esa fue solo una de las pruebas. En otras, el juego era más cruel. Nos hacían espiar a nuestros compañeros, reportar sus debilidades, señalar cualquier signo de vacilación. Cada palabra que decíamos se convertía en un arma, no solo contra los enemigos del gobierno, sino contra nosotros mismos. Aprendimos a desconfiar de todos, a ocultar nuestros pensamientos, a mantener una fachada perfecta mientras por dentro algo se iba quebrando lentamente.

Los instructores no solo moldeaban nuestras acciones, sino también nuestras creencias. Día tras día, nos repetían que nuestra misión era sagrada, que el socialismo era el único sistema capaz de salvar al mundo del colapso. «Occidente está podrido», decían una y otra vez. Nos mostraban imágenes de la pobreza en las calles de Nueva York, del lujo excesivo en las mansiones de Hollywood, como si fueran pruebas irrefutables de la decadencia capitalista.

Al principio, quería rechazarlo, me aferraba a mis propios pensamientos, pero, cada día que pasaba, sus palabras se volvían más convincentes. El aislamiento, el agotamiento y la presión constante hacían mella en mí. Me daban menos tiempo para pensar, para cuestionar. Al final, ya no sabía si creía en lo que me decían o si simplemente me había resignado a aceptar su versión del mundo porque era más fácil que luchar contra ella.

La mañana de junio, cuando todo comenzó tras los días que me dejaron para reflexionar y los otros para recuperar un poco de peso y salud con vistas al entrenamiento al que me expondrían, fue solo el inicio de un proceso que me consumiría por completo. A medida que avanzaban los meses, me desvanecía todavía más.

Nos llamaban «gorriones». Así, con esa inocencia aparente, como si el nombre pudiera ocultar lo que realmente éramos. Pequeños pájaros que podían volar de un lugar a otro, observando, escuchando, pero sin llamar la atención. Nos entrenaban para ser invisibles, para seducir con la misma facilidad con la que los gorriones picotean el suelo en busca de migajas. Pero lo que

hacíamos, lo que nos obligaban a hacer, no tenía nada de inocente. En aquel sitio todo era frío y planificado. No me dejaban hablar con mis amigas, ni escribirles. Cualquier contacto con el exterior que nos volviera vulnerables era penalizado y duramente castigado.

El término tenía un aire poético, diría que casi romántico, pero no éramos más que herramientas de espionaje disfrazadas de seres humanos. Nos enseñaban a usar nuestros cuerpos como armas, a utilizar el deseo como una forma de extraer información. Los gorriones no debían mostrar emociones, no debían crear lazos verdaderos. Para nosotros, el amor y la intimidad eran solo otra forma de manipulación, otro medio para un fin. El fin que nos tuviera preparado el gobierno.

Era paradójico porque, a pesar de ser gorriones, cuando desplegáramos nuestras alas, no lo haríamos para disfrutar de la libertad, sino para enredarnos en la jaula invisible que nos sostenía. Sabíamos que nuestras vidas eran desechables, que cada misión podría ser la última y que las promesas de protección y gloria no eran más que espejismos creados para mantenernos fieles.

Nuestra misión era sencilla, que no simple. Nos moveríamos como sombras entre las élites, en las altas esferas y en los bajos fondos. Nos convertiríamos en cualquier cosa que ellos quisieran que fuésemos: amantes, confidentes, aliados. Nos enseñaban a interpretar todos los papeles y a camuflarnos en cualquier lugar, como si fuéramos espejos que reflejaban lo que el otro deseaba ver. La lealtad era una palabra ambigua, una moneda de cambio que el gobierno moldeaba según su conveniencia. Nos hacían sentir que pertenecíamos a algo más grande, algo noble; pero, en el fondo, todos sabíamos que éramos simples piezas en una partida en la que nuestras vidas eran tan valiosas como los secretos que conseguíamos obtener. Siempre secretos ajenos que no nos importaban, pero supondrían algo grande, algo importante, un sueño de futuro para la Rusia que nos lo había dado todo y trataba de abrirse paso en un mundo occidentalizado. Pero los gorriones, al final, no teníamos el lujo de soñar.

Durante las largas noches de entrenamiento, nos recalcaban una y otra vez que el cuerpo era la clave del espionaje moderno. A través

de él, podíamos ganar la confianza de hombres y mujeres poderosos, infiltrarnos en sus vidas, arrancarles secretos sin que se dieran cuenta siquiera. Pero, en esa lógica fría y calculada, lo que no nos decían era el precio que nosotros pagábamos por esa habilidad. No importaba lo que estuviera o no permitido en Moscú, tampoco en cualquier otra ciudad o en zonas rurales de la URSS. Tampoco importaba quién cayera, con quién lo hicieras o a quién tuvieras que entregarle tu cuerpo para conseguir un número, un nombre o algo que sirviera para el Kremlin. A nosotros se nos permitía todo con un único propósito: conseguir nuestro objetivo.

Nos convertíamos en sombras de nosotros mismos. Cada encuentro, cada misión en la que debíamos usar lo que nos habían enseñado, nos alejaba más de quienes habíamos sido. Recordaba cómo, al principio, algunos compañeros se negaban a cumplir las órdenes. Luchaban, se resistían. Pero aquello no duraba mucho. Los instructores eran expertos en romper voluntades. Unos pocos castigos eran suficientes para hacerte entender que no había salida. O cumplías o te convertías en un problema que sería eliminado.

Yo mismo, en esos primeros días, intenté resistir. Pensaba que aún podía mantener una parte de mí intacta, que podía encontrar una forma de cumplir con sus demandas sin perder mi humanidad en el proceso. Pero eso era una ilusión. Cada misión en ese entrenamiento, cada seducción, me despojaba de algo más. Al principio, trataba de separar mi mente de lo que hacía, como si pudiera dividirme en dos. Pero, con el tiempo, esas barreras se desmoronaban, y ya no podía distinguir entre el hombre que una vez fui y la máquina en la que me estaban convirtiendo.

Me decían que mi habilidad como retratista me hacía especial. Que yo podía captar el alma de una persona con una mirada, y que esa capacidad sería invaluable para la causa. Pero ¿qué era una mirada cuando ya no podía reconocer mi propia alma? Había dejado de ver en los rostros de los demás algo más que secretos a descubrir, estrategias a emplear. Me estaba convirtiendo en lo que ellos querían: un observador frío, una herramienta de manipulación perfecta.

Y todo eso lo hacía porque aún me aferraba al único acuerdo que

había hecho: la protección de las únicas personas que me quedaban. Mis amigas eran mi último vínculo con algo humano, con algo real. Sabía que la KGB no dudaba en utilizar a las personas como moneda de cambio y que, mientras les fuera útil, ellas estarían a salvo. Pero la pregunta que me atormentaba, la que resonaba en mi cabeza cada noche, era: ¿qué sucedería cuando dejara de ser útil? ¿Qué harían con ellas? ¿Conmigo?

Nos llamaban «gorriones», pero en realidad nos podrían haber llamado «prisioneros». No de una celda física, sino de un sistema que devoraba todo a su paso. Cada uno de nosotros había sido reclutado, seducido por diferentes promesas. Había bailarinas que ya no servían para bailar, músicos que ya servían para tocar, y sus nombres resonaban en la mente de todos, convirtiéndolos en un plato todavía más sensual y apetecible de poseer por parte de aquellos que tenían el control. Algunos, como yo, lo hacían para proteger a seres queridos. Otros, por ambición o por miedo. Puede que pocos, seguro que muy pocos, lo hicieran porque creían realmente en aquella lucha en la que el Estado era una pieza del tablero que estaba por encima de todos. Pero, al final, todos estábamos atrapados en la misma jaula, volando en círculos, convencidos de que estábamos haciendo algo importante, cuando en realidad no éramos más que piezas reemplazables en un juego mucho más grande.

Lo más irónico era que, en su intento de destruir años antes lo que los nazis habían hecho, los soviéticos habían creado su propio tipo de infierno. Diferente en forma, pero igual de devastador en el fondo. Nos vendían la promesa de un mundo mejor, de una revolución que traería justicia y libertad, pero lo que obteníamos era solo más opresión, más sufrimiento, palizas y desapariciones si no aceptábamos lo establecido. Y lo peor de todo era que, con el tiempo, empecé a pensar como ellos.

Nos llamaban «gorriones», pero, a fin de cuentas, no éramos más que fantasmas. Nos convertían en sombras de lo que fuimos, arrastrando cuerpos que ya no nos pertenecían porque habían pasado, por el bien colectivo, a pertenecerles. Despojados de cualquier rastro de individualidad, éramos herramientas.

Instrumentos.



El entrenamiento era una brutal combinación de manipulación psicológica y humillación física. Diariamente, nos convertían en armas humanas, capaces de usar el cuerpo y el deseo como herramientas para obtener información. Los métodos no solo eran duros, sino profundamente degradantes, diseñados para quebrarnos y transformarnos en marionetas del gobierno.

Una de las primeras lecciones fue clara: no éramos dueños de nuestros cuerpos. La KGB se encargaba de hacernos entender que el control sobre nuestros deseos y emociones era tan importante como cualquier técnica de combate o espionaje. Nos decían que, en el campo, no habría lugar para el pudor, la vergüenza o el amor propio. «Todo puede ser sacrificado por la patria», repetían una y otra vez, hasta que esas palabras nos golpeaban la mente como martillos.

El proceso comenzaba con tareas «simples», pequeñas pruebas para ir despojándonos de cualquier resistencia. Nos emparejaban con otros aprendices, a menudo en situaciones íntimas, incómodas, donde nos veíamos obligados a dejar a un lado nuestra moralidad. Nos hacían practicar la seducción frente a instructores que observaban con una frialdad inhumana, tomando notas, evaluando cada gesto, cada sonrisa forzada. No había intimidad, no había espacio para los sentimientos. Cada interacción era una herramienta de manipulación, un juego de poder en el que siempre debíamos tener la ventaja.

Al principio, me negaba a aceptar la crudeza de esas situaciones. Recuerdo una vez, en una sala oscura apenas iluminada por una lámpara en el techo. Me ordenaron que sedujera a un hombre que apenas conocía. Estaba tan aterrorizado como yo, pero no había lugar para la empatía. Los instructores observaban cada movimiento, atentos a cualquier signo de debilidad, esperando que falláramos. No era un ejercicio sobre deseo o atracción, era un juego de dominación. Si titubeabas, si mostrabas cualquier signo de humanidad, el castigo era inmediato. Y no les importaba que no te

atrajera ese cuerpo, o ese sexo, o esos ojos. No importaba nada a ojos de nuestra madre Rusia.

Los castigos, aunque no siempre físicos, eran igualmente crueles. Nos exponían a situaciones deshumanizadoras en las que el abuso emocional y psicológico se mezclaba con la presión constante de rendir. Había días en los que nos llevaban a salas donde, sin explicación alguna, nos ponían frente a personas que no conocíamos y nos obligaban a realizar actos íntimos que no tenían nada que ver con el deseo, sino con el control. Nos forzaban a cruzar todas las barreras que alguna vez habíamos levantado para protegernos.

En una de esas sesiones, me encontré con un hombre que había sido traído de otra división. Su misión era hacerme ceder, hacerme doblegar, no solo con palabras, sino con actos. Todo estaba calculado para quebrar mi voluntad. Era una vejación constante, una humillación que buscaba destruir cualquier sentido de individualidad. Los instructores nos observaban con una mirada que no revelaba nada, como si nuestra degradación no fuera más que otro experimento necesario.

La idea era simple pero devastadora: rompernos completamente para reconstruirnos a su manera. No solo se trataba de entrenarnos para manipular a otros, sino de acostumbrarnos a ser usados, de ser capaces de soportar cualquier cosa sin rechistar. Querían que aprendiéramos a usar el cuerpo como una herramienta, pero primero tenían que despojarnos de cualquier rastro de control sobre él.

Había momentos en los que la sensación de asco era insoportable. Sentía que me ahogaba, que el aire en esas salas cerradas se volvía más denso con cada segundo que pasaba. Sabía que no era el único que sufría. Miraba a mis compañeros de reojo, y en sus ojos veía la misma mezcla de resignación y horror. Estábamos todos atrapados en ese proceso interminable de deshumanización. El sexo era nuestra arma de trabajo.

Hubo una vez, en una de las últimas etapas del entrenamiento, en la que me emparejaron con una mujer que había conocido en mis primeros días en Balashikha. Habíamos trabajado juntos en ejercicios de espionaje, en tácticas de manipulación, pero esa noche

fue diferente. No fue una prueba de habilidad o de ingenio, fue una prueba de voluntad. Nos ordenaron que nos sometiéramos el uno al otro, que cruzáramos todas las líneas. Lo que sucedió esa noche no fue un simple acto de obediencia, fue una aniquilación de lo poco que quedaba de nuestras almas.

Después de esa sesión, permanecí en silencio durante días. Ya no quedaba nada en mí que reconociera. Sabía que había hecho lo que ellos querían, que me había convertido en lo que necesitaban: un hombre vacío, listo para ser usado.

Me habían roto y, aunque todavía respiraba, no estaba seguro de si quedaba algo dentro de mí que mereciera la pena salvar.

Los nazis me habían quebrado una vez, años atrás, en los campos de concentración. Había sentido el filo cortante del odio en Auschwitz, donde la dignidad humana no existía y la muerte era la única certeza. Allí, me habían despojado de mi identidad, me habían reducido a un número, un cuerpo delgado, exhausto, que vagaba entre la vida y la muerte. Sobreviví, pero lo que quedó de mí fue apenas un cascarón vacío, una sombra de lo que alguna vez fui. Cada día, me repetía que lo peor ya había pasado, que había tocado fondo en ese infierno.

Y, sin embargo, había vuelto a la rueda. En Balashikha, años después, bajo un régimen completamente diferente, experimentando el mismo tipo de destrucción. Los nazis y los soviéticos eran, en teoría, enemigos absolutos. Ideológicamente opuestos, un lado celebraba la raza aria y el otro la hermandad proletaria. Pero cuanto más tiempo pasaba en la escuela, más me daba cuenta de que, en lo esencial, no había diferencia entre ellos.

Ambos regímenes se habían propuesto aniquilarme. Los nazis, con su crueldad abierta, su brutalidad física que me golpeaba una y otra vez hasta que casi olvidé cómo se sentía ser humano. Y ahora los soviéticos, con su destrucción más sutil pero igual de despiadada, me despojaban de mi voluntad, de mi capacidad de pensar por mí mismo. Me habían convertido en un peón, no a través de la violencia directa, sino a través de la degradación lenta y metódica de mi alma.

Auschwitz me enseñó a sobrevivir sin esperanza, a soportar el hambre, el frío y la certeza de que el mañana podría no llegar. Pero

lo que los soviéticos estaban haciendo en Balashikha era diferente. Ellos no querían solo mi cuerpo. Querían mi mente, mi espíritu. Querían que creyera en su causa, que me convirtiera en un fiel dispuesto a sacrificar todo por el Estado, de la misma manera que los nazis querían que desapareciera, que fuera nada.

Me daba cuenta de que había caído en el mismo patrón. Primero había sido una víctima, una pieza de carne que los nazis trituraban en su maquinaria de odio. Ahora, los rusos me habían colocado en su propia maquinaria, pero, en lugar de simplemente destruirme, querían moldearme.

Había momentos, en los que, tras semanas de entrenamiento, me encontraba repitiendo sus palabras en mi cabeza, justificando lo que hacían. Pensaba en la protección del socialismo, en la guerra de información que Mikhail y Vlad tanto repetían en aquellas mañanas que compartimos en la mesa de mi cocina. Me escuchaba a mí mismo justificar los actos de violencia, las vejaciones, como si fueran un mal necesario para un bien mayor. Incluso me encontraba convencido de que Occidente realmente era una amenaza, una fuerza corrupta que quería destruirnos, y que mis sacrificios —nuestras vidas— eran un precio justo a pagar para proteger el futuro.

Me sorprendía observando las técnicas de manipulación sexual que nos enseñaban, no con horror, sino con una fría fascinación. Evaluaba los gestos, los juegos de poder, como si fueran simples herramientas de un trabajo que tenía que hacer. ¿En qué me estaba convirtiendo? En Auschwitz, la crueldad era explícita. En Balashikha, se enmascaraba como una forma de patriotismo, de deber. Pero la esencia era la misma: destruir al individuo para servir al Estado.

La única diferencia real entre los nazis y los soviéticos era el método. Pero ambos querían lo mismo: despojarme de todo rastro de humanidad.

La escuela era un lugar donde las horas se desvanecían entre el rigor y la obediencia. Desde que amanecía, el uniforme gris se

convertía en una segunda piel, un recordatorio constante de que no había lugar para la individualidad. Era un uniforme hecho para que todos fuéramos iguales, para que no hubiera distinción alguna entre el que obedecía y el que imponía. Solo había disciplina, alienación y, ante todo, control.

Cuando no estábamos entrenando, nos encerraban en habitaciones vacías. Celdas disfrazadas de dormitorios. No había nada más allá de cuatro paredes y una cama dura. Solo el sonido de mis pensamientos y el eco de los pasos de los guardias al otro lado de la puerta. Si cerrabas los ojos, podías escuchar la respiración de los otros chicos, solos en sus habitaciones, cada uno luchando por no perder la cabeza. Nos decían que esto era parte del entrenamiento. Que la soledad era necesaria, que el silencio nos haría fuertes. Pero el silencio solo alimentaba la oscuridad. Y, entre la oscuridad, llegó el reto. El reto significaba que podías irte. Que estabas preparado. Los que se iban nunca volvían. Se convertían prácticamente en héroes que servirían al Estado.

Nos hicieron formar un círculo en la sala principal. Las luces eran brillantes, casi cegadoras, y el aire pesaba como una losa. A uno de nosotros le dijeron que tenía que acostarse con una mujer delante de todos. Después le tocó a una compañera con otra: tuvo que arrodillarse rápidamente y bajarle las bragas para introducir la cara entre sus muslos. Y luego me tocó a mí. Con el chico que tenía al lado, que no lo conocía más que de verlo de pasada en una de las muchas explicaciones. No era una petición, era una orden. Nos lo ordenaban como si fuera parte de nuestra formación, otro paso para demostrar hasta dónde estábamos dispuestos a llegar, hasta qué punto podíamos dejar atrás cualquier vestigio de humanidad.

Nos miramos por un segundo y, en sus ojos, vi el mismo miedo que sentía. Ambos sabíamos que no había elección, que no había escapatoria de lo que se nos pedía. Nos habían preparado para esto, moldeado y despojado de todo lo que pudiera resistir. Los pasos que di hacia él parecían no ser míos, como si fuera otro el que caminaba, como si me hubiera convertido en un observador en mi propio cuerpo. Pero cada paso resonaba en mi cabeza como un eco interminable. Había dejado de ser yo.

El chico temblaba mientras se bajaba los pantalones. Lo veíamos titubear, palidecer. Pero lo hizo. Lo hizo porque no había alternativa. Sabía lo que les sucedía a los que se resistían. Y nosotros, los demás, fuimos testigos, no compañeros, no amigos, solo sombras presenciando su caída.

Cuando me acerqué, apretaba los dientes, intentando mantener alguna pizca de dignidad, aunque ambos sabíamos que eso ya no existía. No en ese lugar. Me agaché frente a él, nuestras respiraciones se entremezclaban en el silencio de esa sala helada. Podía escuchar el latido de su corazón, desbocado, como si quisiera escapar de su propio pecho.

Las manos me temblaban. Quise detenerme, quise gritar, pero nada salió de mi boca. No había alternativa, no había lugar para la resistencia. Lo penetré con una frialdad que no me pertenecía, pero que sentí necesaria para sobrevivir. Sentí su cuerpo tensarse, vi su rostro transformarse en una mueca de dolor, y en ese momento supe que el daño no era solo físico. Había algo en nosotros que se rompió para siempre.

Mis compañeros observaban, igual que yo lo había hecho con los demás. Ninguno movió un músculo. Nos habían enseñado a ser testigos, a no sentir. Éramos espectros que miraban cómo nos desmoronábamos, uno por uno. Cada uno soportando su propia degradación en silencio, esperando su turno, sin poder hacer nada más que cumplir las órdenes. No había palabras, no había nombres. Solo cuerpos vacíos ejecutando lo que se nos exigía.

Cuando terminé, me aparté, pero ya no era yo. Había perdido todo lo que alguna vez me hizo humano. Nos obligaban a traspasar un umbral del que sabíamos que no había retorno. Y, mientras me alejaba, con la piel empapada de sudor, supe que nunca volvería a sentirme completo.

Finalmente, días después, me convocaron a la sala de aquella mujer que llamaban «la directora».

—Puedes irte a casa —me dijo—. Tu entrenamiento ha terminado.

Pero no sentí alivio en esas palabras. Sabía lo que significaba. Estaba marcado, listo para ser llamado en cualquier momento. La vida fuera de esas paredes sería una ilusión, una espera constante

de la misión que vendría.

El destino ya estaba sellado. Solo era cuestión de tiempo. La libertad no existía, solo la promesa de servir con la misma intención que cuando había huido de Barcelona: sobrevivir.

24 de febrero de 1955: Se firma el Pacto de Bagdad por parte de Irán, Irak, Pakistán, Turquía y el Reino Unido y con él se crea una barrera ante la expansión del comunismo por Oriente Medio.

14 de mayo de 1955: Con el Pacto de Varsovia en Europa Oriental, firmado por Alemania Oriental, Checoslovaquia, Polonia, Hungría, Rumania, Albania, Bulgaria y la Unión Soviética, se establece el equivalente comunista a la OTAN. Días antes, Alemania Occidental entraba en la OTAN e iniciaba su rearme.

1 de mayo de 1960: El piloto estadounidense Francis Gary Powers es derribado cuando pilotaba un avión espía U-2 a gran altura sobre la Unión Soviética, dando lugar a una crisis diplomática. Las tensiones entre ambos bloques no hacen más que crecer.

13 de agosto de 1961: Los soviéticos construyen el Muro de Berlín para detener la marea de gente que abandona el Berlín Oriental comunista hacia el Berlín Occidental capitalista. «Nadie tiene la intención de construir un muro», había asegurado a la prensa el jefe de Estado de la RDA, Walter Ulbrich, tan solo dos meses antes. Decenas de camiones toman las calles de Berlín Este llenos de ladrillos, escombros, cemento y alambres de púas, abundantes aún en los almacenes militares de la guerra. Nueve horas después, sin

que les dé tiempo a quitarse las legañas de los ojos, los berlineses se levantan con 69 puntos de control cerrados, 12 kilómetros de muro construidos y 155 kilómetros de alambrada provisional colocados en la frontera entre los dos sectores, en los que se apostan cerca de 15.000 hombres armados de la Policía Popular. Con un Telón de Acero físico y el ideario de las personas dividiendo Europa, esta separación caía, ahora también geográficamente, sobre los dos Berlines.

17 de agosto de 1962: Muere la primera persona que trata de cruzar el muro. Peter Fechter es abatido por soldados fronterizos de la RDA cuando intenta atravesar el Muro de Berlín hacia Berlín Occidental. Gravemente herido, queda tirado sobre la franja fronteriza, al pie del muro, sin recibir atención médica alguna. La policía de Berlín Occidental tiene prohibido intervenir y los guardias de los aliados occidentales del Checkpoint Charlie tampoco lo hacen. No es hasta casi una hora más tarde que los guardias fronterizos de la RDA transportan a Peter Fechter, ya desangrado.

QUINTA PARTE

Berlín Oriental, octubre de 1962 – noviembre de 1989

En la guerra, como en el amor, para acabar es necesario verse de cerca.

Friedrich Nietzsche

HUGO

Moscú, octubre de 1962

Nuestra situación había mejorado significativamente desde que había salido de la academia y conseguía datos, algo que fuese de interés para mis superiores. Recorría los lujosos hoteles de Moscú, donde la ostentación era una máscara para ocultar la desilusión. Cada encuentro, cada conversación, se convertía en un juego peligroso. En esas habitaciones llenas de humo y secretos, me dejaba tocar por hombres que, a pesar de sus sonrisas, eran sombras al servicio de su gobierno. La información que obtenía era un valioso regalo para mis superiores, y yo, bueno, yo entendí rápidamente aquel juego en el que me veía obligado a jugar.

Hubo un primer hombre, naturalmente, que fue mi primer encargo. Luego vino el segundo. Como si nada. Para el tercero ya me había vuelto impasible. Mis noches se desarrollaban en los mejores y más lujosos enclaves de la ciudad. Siempre donde se movía la información necesaria.

El primero fue un diplomático húngaro, Miklós, recién llegado a Moscú. Un hombre rudo, con una sonrisa que no le alcanzaba los ojos. Con él fue fácil. Solo tuve que escuchar. Le gustaba hablar, sobre todo después de unas copas. En un par de semanas, ya había aprendido todo lo que necesitaba: sus contactos, sus reuniones, las debilidades de su gobierno y las tensiones que había con la idea que la URSS quería extender a ese lado del Telón de Acero. Su necesidad de afecto me lo puso en bandeja.

El segundo fue David, un empresario francés que venía frecuentemente por negocios. Hacía alarde de su fortuna y de sus conexiones, pero, bajo su arrogancia, escondía un miedo constante a ser descubierto. Era más desconfiado, más cuidadoso. No fue fácil, pero su soledad me ayudó. Con él, descubrí detalles importantes sobre transacciones en Europa occidental que eran de interés para el Kremlin.

Luego llegó Ivan, un hombre poderoso dentro del propio gobierno y del que todos sospechaban, pero de ese tipo de personas intocables a las que nadie podía hacer nada. Era un hombre difícil, pero su ego lo cegaba. Fue el más difícil de doblegar hasta entonces, pero su vanidad era su perdición. Sus secretos, enterrados bajo capas de altanería, acabaron por ser revelados. Para cuando me di cuenta, ya me había convertido en un maestro en este juego. Los hombres se repetían, como una galería de caras difusas que solo existían para mi misión.

Viktor, después de acostarse conmigo, lo decía todo. Era un hombre que se desmoronaba tras el sexo, como si el placer momentáneo le arrancara las máscaras que llevaba puestas durante el día. Hablaba sin pensar, sin detenerse a medir las palabras, confiado en que yo no era más que un confidente temporal, alguien que desaparecería en la niebla de Moscú. A veces, se quedaba tumbado en la cama, mirando al techo, mientras yo recogía mis ropas del suelo, intentando recomponer la fachada que mantenía en pie mi propia identidad.

Pero, detrás de cada conversación, de cada momento en esos lujosos hoteles, había una angustia que no me dejaba respirar por las noches. Me dejaba hacer de todo por ellos y, aunque cada encuentro tenía un propósito claro, el vacío que sentía crecía con cada misión. A veces, pedían que fuese yo quien se lo hiciera a ellos, lo que casi me repugnaba más que dejarme hacer. No era el acto físico lo que más me perturbaba, si bien eso ya era suficiente. Era la completa disociación, la necesidad de apagar cualquier rastro de humanidad dentro de mí para poder cumplir con mi deber.

Había aprendido a hacerlo bien. No mostrar repulsión, no flaquear ante su contacto, sus demandas, aceptar cualquier cosa que quisieran por asquerosa que me pareciera al principio. Cada noche era una actuación, una coreografía perfectamente ensayada. Como un cisne en el lago que se representaba en el teatro Bolshói. Lo que antes era solo un trabajo —una transacción entre mi cuerpo y la información que necesitaban— se había transformado en una carga invisible. Una que llevaba conmigo cuando salía de esas habitaciones y regresaba a mi vida diaria, a mis amistades, a la fachada que

construía para Elena y Anya.

Viktor no era el único. Ivan, con su altivez, también me desgarraba con su ego desmedido, su sensación de derecho sobre mi cuerpo. Con él no había ni siquiera una conversación posterior; solo tomaba lo que quería y después me dejaba a un lado, como si nunca hubiese estado allí. Ahí empezaba mi trabajo, en rebuscar en sus bolsillos lo que me resultara necesario para trasladar a mis superiores, mientras dormía plácidamente tras el orgasmo. Y yo, en silencio, recogía los fragmentos de mí mismo, me vestía y me iba, sabiendo que lo que obtenía para mis jefes no era suficiente para aliviar el peso que empezaba a acumularse en mi alma.

Lo más perturbador de todo fue que, con el tiempo, aprendí a dejarme llevar por esa oscuridad. No era solo que fuera asqueroso; era que, en algún rincón profundo de mi mente, comenzaba a aceptar que esto era lo que merecía. Que mi papel en este mundo, como un hombre al servicio de un sistema despiadado, era el de ser utilizado, manipulado, moldeado para los fines del Estado. Mi cuerpo era solo otra herramienta y yo había sido entrenado para usarlo sin dudar.

Pero, sin ya esperarlo, después de todos ellos, apareció Richard… Richard era distinto. Richard Hayes, la mano derecha del embajador estadounidense en Moscú. Sus ojos, de un azul profundo, reflejaban la fascinación por el mundo ruso, y su sonrisa perfectamente alineada escondía una mente afilada.

Meses después de mi última misión, me llamaron a casa. Al día siguiente debía de presentarme en una dirección para que me dieran mi primer operativo.

En una reunión en la KGB, se me encomendó la tarea de acercarme a Hayes. La sala era fría y austera, el aire impregnado de un silencio tenso. Nikolai Petrov, el alto funcionario del partido que supervisaba mis operaciones, me miró con sus ojos penetrantes.

—Borísov —comenzó a decirme con su voz grave que resonaba en la sala—, tu misión es clara. Richard Hayes tiene información valiosa sobre las negociaciones entre Estados Unidos y la Unión Soviética. Necesitamos que consigas acceso a sus documentos privados. Usa tus encantos. Nuestras fuentes dicen que le gustarás. Tiene especial

afición a los chicos de mediana edad como tú. Hazlo. No dejes que se escape.

Me dieron un plan meticulosamente trazado de dónde iba, qué comía, dónde lo comía, con quién se veía, por dónde paseaba al salir del trabajo y con quién se veía. Lo sabían todo de él. Diría que hasta cómo se iba a vestir cada mañana.

—Como puedes ver, no tienes que pensar —añadió Petrov—, solo actuar. Y traernos lo que queremos.

El primer encuentro con Richard Hayes no fue una casualidad; fue un juego meticulosamente orquestado, un tropiezo en la trama de mi vida que me condujo a un mundo donde los secretos se entrelazaban con el deseo. Había diseñado un plan que combinaba astucia y seducción, y sabía que el momento tenía que ser perfecto.

Decidí que la mejor manera de acercarme a Richard era a través de su rutina diaria. Su horario era predecible; cada martes por la mañana, salía a caminar por el Parque Gorky, un espacio verde que se convertía en su refugio lejos de las exigencias de la diplomacia. Sabía que ese sería el lugar ideal para llevar a cabo mi jugada.

Vestido con un abrigo ligero y una bufanda oscura, me dirigí al parque con un plan en mente. Llevaba el pelo perfectamente cortado, con los rizos hacia un lado y mi barba despreocupada. Algo que le pudiera gustar. Elegí un punto estratégico, cerca de un camino donde sabía que Richard pasaría. Sentado en un banco, observé cómo los árboles danzaban suavemente con el viento, intentando no dejar que la anticipación me abrumara.

Mientras revisaba un libro de poesía rusa, noté su figura acercándose. Richard caminaba con paso decidido, su mirada perdida en sus pensamientos. La luz del sol se filtraba entre las hojas, iluminando su cabello rubio y dándole un halo casi etéreo. Mi corazón latía con fuerza; sabía que era el momento.

Simulé distraerme con el libro, asegurándome de que mi posición me permitiera ver su acercamiento. Cuando estuvo a unos pasos, me levanté de forma intencionada, dejando caer el libro al suelo.

—¡Oh, lo siento! —exclamé en mi ya casi perfecto ruso, haciendo que mi voz sonara despreocupada, como si el accidente fuera un malentendido inocente—. No le había visto.

Richard se detuvo, sus ojos se encontraron con los míos y, en ese instante, todo el ruido del parque se desvaneció.

—No, para nada —respondió con una sonrisa genuina, inclinándose un poco hacia mí—. Me alegra que haya alguien más disfrutando del sol.

Su voz era melódica, como con un toque sensual, y me di cuenta de que había logrado captar su atención.

Mientras recogía el libro, aproveché para observarlo más de cerca. La forma en que sus labios se curvaban al hablar y la intensidad de su mirada eran irresistibles.

—Alexandr Borísov —me presenté, extendiendo la mano con una sonrisa.

Él la tomó con firmeza.

—Richard, Richard Hayes. Un placer conocerle, señor Borísov.

En su tono había una calidez que me animó a continuar. Parecía que llevaba media vida haciendo aquello. No sentía nada, solo el frío de la nieve que nos rodeaba en aquel octubre de 1956.

—¿Le gusta la poesía? —pregunté pasándome al inglés que tenía arrumbado en algún sitio de mi memoria, señalando el libro que sostenía.

La conversación fluyó con facilidad y, poco a poco, la tensión del encuentro inicial se disipó. Hablamos sobre nuestros autores favoritos, sobre la vida en Moscú y los desafíos de ser un extranjero en una ciudad tan compleja. Cada palabra, cada risa compartida, era un paso más hacia el objetivo que tenía en mente.

—Es curioso cómo a veces nos encontramos en los lugares más inesperados —comentó Richard con su mirada fija en mí—. Yo nunca hubiera pensado que hoy tendría una conversación tan interesante en el parque.

Su comentario era un eco de la conexión que comenzábamos a construir.

—Quizás el destino tiene una forma peculiar de unir a las personas —respondí, tocándome el pelo rizado que llevaba perfectamente peinado hacia la derecha, dejando caer un guiño a la posibilidad de que nuestras vidas estuvieran entrelazadas por algo más que un simple encuentro fortuito.

Con el paso de los días, nuestras conversaciones se volvieron un ritual. Cada martes, yo aparecía en el parque, y él, con una sonrisa en el rostro, siempre se detenía para hablar. Poco a poco, fui deslizando insinuaciones sobre arte y cultura, sembrando la idea de que podía ser un buen guía para él en Moscú.

Richard y yo hablábamos de todo. Éramos buenos amigos, o eso creía él. Para el Kremlin, era solo una cuestión de tiempo; la información que necesitaba de él se iba acumulando como un secreto bien guardado. Richard, en su inocencia, no sospechaba que cada conversación era un hilo que tejía una red de espionaje alrededor de su vida. Pronto descubrió que yo era un famoso pintor, y eso añadió una nueva dimensión a nuestra relación.

Fue durante una de esas largas caminatas por el Parque Gorky cuando, hablando de arte, mencioné mis trabajos y cómo la pintura se había convertido en mi refugio. Su rostro se iluminó como el de un niño al abrir un regalo.

—¡No me lo puedo creer! Nunca pensé que tuviera el honor de estar paseando con todo un artista de renombre —exclamó con entusiasmo.

La admiración en sus ojos era palpable y, en ese momento, entendí que había encontrado un punto de conexión que podía utilizar a mi favor.

A partir de ahí, nuestra amistad se convirtió en una especie de juego de cartas, donde cada uno revelaba un poco más de sí mismo. Richard empezó a invitarme a eventos relacionados con el arte, donde presentaba a amigos influyentes de la embajada y figuras de la alta sociedad moscovita. En esos encuentros, compartía mis obras con entusiasmo, pero siempre con un ojo puesto en la oportunidad. Mientras hablaba sobre mis cuadros, podía escuchar los murmullos sobre los diplomáticos y los secretos que se susurraban en las sombras. Con cada pincelada de conversación, iba obteniendo piezas del rompecabezas que necesitaba para cumplir con mi misión.

Sin embargo, cada vez que estaba con él, la sombra de la KGB se cernía sobre nosotros. Las órdenes eran claras: debía infiltrarme más en su vida, conseguir documentos que revelaran sus conexiones con el gobierno de Estados Unidos, cualquier información que pudiera

ayudar a los intereses soviéticos. Me encontré en un punto en el que el deseo de ser su amigo chocaba con lo que le debía al Kremlin porque, a pesar de todo, Richard empezó a gustarme. Su forma de andar, su bigote perfectamente recortado, su piel clara…

Richard comenzó a confiar en mí. Me hablaba de su vida en América, de su familia y de los momentos que lo habían marcado. A medida que las piezas de su vida se revelaban ante mí, cada confidencia se convertía en un recordatorio de lo que estaba arriesgando. La conexión que compartíamos era genuina, pero siempre estaba el murmullo de la traición acechando en el fondo.

En una tarde especialmente significativa, mientras trabajaba en su retrato, me miró de una forma que nunca había visto antes.

—Alexandr, creo que hemos creado algo especial entre nosotros. No sé si es solo la amistad, pero…

Y su voz se desvaneció, y el silencio que siguió estuvo cargado de una tensión palpable. En ese momento, el dilema se convirtió en una encrucijada: ¿podía seguir con mi misión sabiendo que estaba construyendo una relación que podría llevar al dolor y a la traición?

Así, la línea entre el deber y los sentimientos se hizo cada vez más difusa. Cada encuentro se volvía una batalla entre la lealtad a lo que se había convertido en mi país y la conexión emocional que había surgido entre nosotros. Con el corazón dividido, sabía que el camino que había elegido como gorrión de la KGB estaba a punto de volverse mucho más complicado, y el precio que podría acabar pagando se tornaba cada vez más alto.

No pasó mucho tiempo antes de que Richard me invitara a un evento en la embajada estadounidense.

—Creo que deberías venir. Será una buena oportunidad para conocer a algunas personas interesantes y poder ir a trabajar a Estados Unidos. Allí tu arte valdría millones, Alex —me dijo aquella misma tarde. En ese momento, su invitación fue como una señal del destino, el primer paso hacia la misión que me había sido encomendada.

La forma en que pronunció esas palabras, casi como un susurro, me dejó con un nudo en el estómago. Sabía que, para Richard, su proposición era genuina, un gesto sincero de alguien que quería lo

mejor para mí, sin sospechar que cada palabra que me ofrecía era un peligroso recordatorio de mi misión. Para la KGB, la embajada estadounidense era un nido de oportunidades, un hervidero de secretos. Sabía que debía de preguntarles a mis superiores si podía ir, si debía hacerlo, comunicar mis estrategias, pero a la vez sabía su respuesta. Y yo, como buen gorrión, debía volar alto, picoteando información valiosa.

Sin embargo, lo que más me perturbaba no era su oferta, sino la posibilidad de que, en algún rincón de mi mente, había comenzado a considerarla. ¿Huir? ¿Irme a Estados Unidos? La idea era tan tentadora como peligrosa. Si lo hacía, abandonaría todo lo que conocía: el régimen, las órdenes, mi pasado. El precio sería enorme. No solo traicionaría al país que me había vuelto a quitar la libertad, sino que me arriesgaría a enfrentar la furia de la KGB. Las consecuencias serían fatales para mí y para la gente a la que quería. No obstante, por un momento fugaz, pude ver mi vida en otro lugar, libre del control soviético, en un país donde mi arte podría ser celebrado sin las ataduras del partido. Un mundo en el que Richard y yo podríamos ser algo más que amigos obligados a ocultar nuestros verdaderos sentimientos.

—Y ¿qué te parece la idea? —preguntó Richard, sacándome de mis pensamientos. Lo miré, intentando ocultar la tormenta interna que estaba sufriendo. Su sonrisa era sincera, sus ojos llenos de ilusión por el futuro que veía para mí. En ese momento, comprendí que Richard no solo admiraba mi arte, sino también mi persona. Sentía algo por mí, algo más que una simple amistad. Darme cuenta de ello hizo que la carga de mi misión se volviera insoportable.

—Es una idea tentadora. Suena tan diferente a esto —respondí, jugando con la copa en mis manos, el brillo del vino tinto bajo la tenue luz del salón. La sombra de una sonrisa cruzó mi rostro, pero, en mi mente, las preguntas seguían. ¿Podía realmente huir? ¿Podía dejar atrás a Elena y a Anya, mis únicas confidentes? ¿Podía escapar de la KGB sin que su mano invisible alcanzara a quienes amo?

—Lo es. Washington está lleno de oportunidades. Mucho más para un artista. Allí todo está naciendo, hay espacio para explorar sin límites.

Me costaba pensar en ello, pero sabía que la decisión tendría que llegar. Irme con Richard, comenzar una nueva vida en un país extraño, significaba traicionar a la patria que, aunque me sofocaba, también me había formado. Sin embargo, la vida que Richard me pintaba implicaba una libertad que nunca había conocido. Cada vez que me hablaba de Estados Unidos, sentía que una puerta se abría lentamente y me mostraba un camino que jamás había considerado posible.

La decisión no era fácil. Sabía que el camino que eligiera determinaría no solo mi destino, sino también el de aquellos que me rodeaban. Y, con cada día que pasaba, el tiempo corría en mi contra. Si continuaba con el plan de la KGB, seguiría atrapado en una red de mentiras, utilizando a Richard para obtener lo que necesitaban. Pero, si aceptaba su oferta, si decidía irme, quizás encontraría una nueva vida, una en la que pudiera ser libre, aunque ello significara dejar todo atrás.

La invitación a la embajada estadounidense marcaba el inicio de algo. Aquella decisión de ir se convirtió en la piedra angular de nuestra relación, una danza entre el deber y el deseo. La atracción que había surgido entre nosotros era innegable y cada encuentro se volvía más intenso. La línea entre mi verdadera intención y mis sentimientos empezaba a desdibujarse, y el juego que había iniciado como un simple encargo se estaba transformando en algo más complejo y peligroso.

Con cada conversación, cada risa compartida, me di cuenta de que había algo más que solo una misión; había un deseo de conexión, un anhelo de comprensión en un mundo que a menudo parecía sombrío. Sin embargo, en el fondo, siempre estaba presente la sombra del deber. La tensión entre lo que la KGB esperaba de mí y lo que empezaba a sentir por Richard se convirtió en una lucha interna, un conflicto que amenazaba con desbordarse en cualquier momento.



Cada jueves, como de costumbre, iba a la sede en la que debía

dejarle mis avances a mi contacto. Siempre era el mismo. Petrov. Siempre era él. Impecable tras su traje militar perfectamente planchado.

La oficina estaba en penumbra, iluminada solo por la tenue luz que se filtraba por las persianas en aquel otoño que iba dando paso al invierno. El edificio, sombrío y opresivo, parecía aplastarme con su peso mientras caminaba por el largo pasillo. Había llegado el momento de mi informe. No era una reunión que esperara con ansias, pero no tenía opción. Al cruzar la puerta, lo vi sentado detrás de su escritorio, con su mirada fría y penetrante clavada en los informes sobre su mesa.

—Siéntate —dijo sin levantar la vista, su tono seco como una orden.

Me senté frente a él, sintiendo cómo el aire en la habitación se volvía más denso con cada segundo que pasaba. Al fin, alzó la vista y me miró fijamente, con los ojos cargados de desdén.

—¿Y bien, Alexandr? —usaba mi nombre con una mezcla de burla y desprecio— Cuéntame qué has conseguido de tu… amigo, el querido Richard Hayes.

Tomé aire antes de hablar. Sabía que cualquier signo de vacilación sería interpretado como debilidad.

—Hasta ahora, he establecido una relación sólida con él. Hemos estado pasando mucho tiempo juntos y he conseguido detalles sobre su vida personal, sus opiniones políticas… —empecé a explicar, intentando mantener la calma.

—Eso ya lo sé, no necesito que me cuentes lo que ya está en tu archivo —me gritó mientras golpeaba la mesa con un dedo—. Lo que quiero saber es… ¿dónde están los documentos? ¿Dónde está la información que necesitamos sobre los movimientos de los americanos en Moscú? Necesito saber dónde están sus espías, quién es de los suyos, cuál es su siguiente paso —añadió y luego, inclinándose ligeramente hacia adelante, agregó en un tono peligroso—. No me digas que, después de tanto tiempo jugando a ser su amante, no tienes nada que valga la pena. He sido paciente contigo. Han pasado varios meses.

Sentí que me ardían las mejillas, pero mantuve mi compostura.

—He estado trabajando en ello. Hayes confía en mí, pero acceder a información sensible lleva tiempo. No quiero levantar sospechas…

—Tiempo —me interrumpió bruscamente—. Tiempo es lo que no tenemos. —Se levantó de su asiento, caminando lentamente alrededor de la mesa hasta detenerse justo detrás de mí. Sentí su presencia como una sombra amenazante. —Escúchame bien, Alexandr. No te olvides de quién eres y para quién trabajas. No eres más que un peón, un simple instrumento del Estado. Tu única utilidad aquí es tu capacidad para meterte en la cama con esos maricones extranjeros y conseguir lo que necesitamos. No tienes otra función.

Mis músculos se tensaron al oír esas palabras. La humillación me recorrió como una corriente fría, pero mantuve la mirada fija en la mesa frente a mí, tratando de no mostrar ninguna reacción. Se inclinó aún más, susurrando directamente en mi oído.

—No te equivoques, Alexandr. Tú no eres un pintor, no eres un artista. Lo eres, sí, pero no vales nada. Eres una herramienta que sirve para lo que sirve, y nada más. Y, si no cumples con lo que se te pide, si no consigues esos documentos… —Se alejó, volviendo a su posición detrás del escritorio—. El Estado ya no te necesitará para nada.

Se sentó de nuevo, observándome con esa mirada helada, como si disfrutara de mi incomodidad. Sentí que mis manos temblaban ligeramente, pero no las moví. Sabía que no podía mostrar debilidad, no ante él.

—Tienes hasta fin de mes. Antes de que termine el año, quiero información. —Su tono era más firme ahora—. Quiero algo concreto. Accede a sus papeles, encuentra los informes que necesitamos sobre las reuniones diplomáticas estadounidenses. No me importa cómo lo hagas, pero, si no lo logras, te aseguro que tus días como pintor en Moscú se terminarán. —Hizo una pausa y luego añadió, con un dejo de burla—: Y quizá también tus días de libertad.

Tenía la boca seca, pero asentí lentamente.

—Sí, camarada capitán. Lo conseguiré.

Petrov soltó una risa seca, como si no creyera ni por un segundo en mis palabras.

—Mejor que así sea. —Se levantó una vez más, caminando hacia la ventana y dándome la espalda—. Ahora vete. Y no olvides lo que te he dicho.

Me levanté, consciente de que mis movimientos debían ser precisos, evitando cualquier signo de nerviosismo. Sabía que Petrov no me quitaba los ojos de encima mientras me dirigía hacia la puerta. Cuando la cerré detrás de mí, sentí una presión insoportable en el pecho. El pasillo de la KGB se me antojó aún más largo y oscuro que antes, como si cada paso que daba me adentrara más en una trampa de la que no podría escapar.

Sabía que el tiempo corría, y la amenaza de Petrov pesaba sobre mí como una sentencia. Tenía que conseguir esos documentos, tenía que usar a Richard. No había opción. Sin embargo, una parte de mí, pequeña pero persistente, no podía dejar de preguntarse si habría una forma de huir de todo esto. Pero la KGB no te dejaba huir, no sin pagar un precio alto. Y ese precio, en mi caso, podría ser la vida misma.

Pasé demasiados días pensando en cómo acercarme a Richard, en si lo que sentía por él tendría alguna cabida o si no. Fueron muchas noches. Tantas, que cuando me quise dar cuenta había llegado el día de entrar en combate.

Era una mañana fría, con el cielo encapotado, típico de Moscú en esa época del año. Diciembre nos saludaba imparable. El aire, denso y gris, se colaba por las ventanas. Aquel lugar había sido nuestro refugio desde que todo comenzó, un rincón discreto en la ciudad, alejado del centro del poder, pero lo suficientemente cerca como para recordar a diario el peso del régimen sobre nuestras cabezas.

Me desperté temprano, con una sensación de tensión acumulada en el pecho. Sabía que ese día sería decisivo. Las palabras de Petrov todavía resonaban en mi mente, recordándome la misión, el peligro y las consecuencias. Pero no podía permitirme pensar en eso ahora. Tenía que enfocarme en el papel que debía desempeñar. Hoy, más que nunca, tenía que ser Alexandr, el encantador pintor que Richard

admiraba, no Hugo, el hombre bajo las sombras de la KGB.

Elena y Anya, como siempre, estaban en pie desde antes que yo. Eran mis confidentes, pero también mis aliadas. Ambas habían dejado sus vidas atrás para convertirse en mis manos invisibles, mis apoyos en este juego oscuro del que no tenían ni idea.

—La bañera está lista, Alexandr —dijo Elena con una sonrisa suave mientras entraba al dormitorio, su delantal blanco contrastando con el pelo oscuro que recogía con una delicadeza casi maternal.

Anya estaba en la sala de estar, de pie frente a la tabla de planchar, concentrada en mi traje negro. Cada movimiento de la plancha era meticuloso, casi un ritual. El vapor subía en nubes blancas que se perdían en la atmósfera del apartamento, mientras la tela cobraba una perfección impecable bajo sus manos expertas.

—La camisa estará lista en unos minutos —dijo sin levantar la vista, su tono sereno, casi melancólico.

Era un conjunto simple, pero perfecto. El traje negro, con su corte sobrio y elegante, y la camisa blanca, planchada hasta el último pliegue, eran más que ropa. Eran mi uniforme para aquella noche, mi disfraz de pintor, un hombre que parecía deslizarse entre los diplomáticos con naturalidad, sin que nadie sospechara la verdadera razón por la que estaba allí.

Me dirigí al baño, donde el agua caliente ya llenaba la bañera. El vapor creaba una neblina suave en el pequeño cuarto. Mientras me desnudaba, podía escuchar a Elena y a Anya hablar en voz baja, como si el simple hecho de susurrar en esa mañana tan cargada de tensión fuera un acto de rebeldía. Ellas sabían, quizá mejor que yo, lo que significaba esa noche. Sabían que no era solo una fiesta. Era un paso más hacia el abismo en el que me encontraba atrapado.

Me sumergí en el agua, dejando que el calor relajara la tensión de mis músculos. Cerré los ojos por un momento, intentando despejar mi mente, pero las imágenes seguían apareciendo: Richard, con su sonrisa fácil y sus promesas de un futuro en Estados Unidos; Petrov, con su mirada fría y sus amenazas veladas; y la embajada, un lugar lleno de secretos y mentiras, donde cada palabra, cada gesto, podía significar la vida o la muerte.

Cuando terminé el baño, salí envuelto en una toalla, el vapor aún

en el aire, rodeándome como si intentara protegerme del mundo exterior. Elena ya había dejado sobre la cama la ropa que debía ponerme. La camisa blanca parecía brillar bajo la luz tenue que se filtraba por las cortinas, y el traje negro, perfectamente planchado, esperaba, inmutable.

—¿Cómo te sientes? —me preguntó Elena mientras me ayudaba a ajustarme los puños de la camisa.

—Como siempre —respondí, tratando de sonar despreocupado, aunque ambos sabíamos que no era así.

Anya, que había estado en silencio todo este tiempo, se acercó con una sonrisa que no alcanzaba sus ojos.

—Tienes buen aspecto, Alexandr. Las cosas han cambiado mucho. Debes de estar vendiendo muchos cuadros. Vivimos como nobles.

Asentí, forzando una sonrisa. A veces, sus palabras me recordaban lo enredado que estaba en esta vida. Sabían que mi encanto era mi herramienta más peligrosa, pero también la más frágil.

Elena me ajustó la corbata negra con manos firmes, casi ritualistas. Su mirada era tranquila, pero había algo más, una preocupación que no verbalizaba. No tenía que hacerlo. La conocía demasiado bien.

—Ten cuidado —murmuró finalmente, como si al decirlo en voz baja redujera el peso de sus palabras.

—Siempre lo tengo —le respondí, aunque ambos sabíamos que, en realidad, no había forma de protegerse completamente.

—Alexandr… —su voz rompió el silencio de la habitación, suave pero firme—. ¿En qué estás metido realmente?

Mis manos se detuvieron por un segundo sobre el nudo de la corbata. Sentí un escalofrío recorrerme la espalda, pero mantuve la calma. Elena rara vez preguntaba sobre mis actividades fuera de la casa, pero, cuando lo hacía, sabía que había llegado el momento de medir cuidadosamente mis palabras.

—¿Qué quieres decir? —respondí, girando ligeramente mi cuerpo hacia ella con una sonrisa que intentaba ser despreocupada, pero que me sentí incapaz de sostener completamente.

Elena se acercó un poco más, con esa gracia que le quedaba de sus años de bailarina, pero sus ojos no se apartaban de los míos.

Sabía que algo estaba mal, algo que no había podido identificar hasta ahora. Se detuvo a unos pasos de mí, estudiando mi expresión.

—No soy tonta, Alex —dijo en un susurro—. Llevo mucho tiempo observándote. No es normal que vendas tantos cuadros a extranjeros y diplomáticos. ¿Y esas noches que llegas tan tarde? No te creo cuando dices que son simples reuniones de trabajo. No me lo creo. Y mucho menos que podamos pagar este piso por vender retratos. Algo más está pasando y quiero saberlo.

Sentí cómo se me formaba un nudo en el estómago. La verdad estaba ahí, al borde de mis labios, pero no podía permitirme decirla. No solo por mi propia seguridad, sino también por la de Elena y Anya. Ellas no podían verse arrastradas a este mundo. No podían conocer lo que realmente hacía, las sombras con las que me movía.

Sonreí, esta vez con más seguridad, y me acerqué a ella, tomando sus manos entre las mías.

—Elena, querida, te preocupas demasiado —dije con una suavidad calculada—. No es nada más que lo que te he dicho. Ventas de cuadros. Mis retratos se han hecho populares entre ciertos círculos de extranjeros, y claro, eso significa reuniones, cenas y a veces… esas noches que me ves llegar tarde.

Ella frunció el ceño, como si quisiera creerme, pero no pudiera.

—Y ¿por qué no me hablas más de eso? ¿Por qué siempre esquivas el tema? No tiene sentido. —Su voz sonaba más frágil, como si en el fondo ya supiera que no le estaba diciendo toda la verdad.

Suspiré, haciendo una pausa deliberada antes de continuar.

—Elena, es complicado… —empecé a decir con un tono más serio mirándola a los ojos—. No quiero aburrirte con los detalles del negocio. Sabes cómo son estos extranjeros, siempre interesados en las modas de Moscú, queriendo llevarse algo exótico a sus países. La venta de arte es un mundo turbio a veces. Tienes que negociar, entender sus costumbres, sus expectativas. Es todo parte del proceso.

Elena me observó durante unos segundos más, buscando algo en mis ojos, pero no lo encontró. Mi mentira era cuidadosa, construida sobre una base de medias verdades, y por un momento pensé que

había funcionado.

—¿Y eso es todo?

—Eso es todo, lo juro —respondí, apretando sus manos con suavidad—. No hay nada más. Solo arte, reuniones, y un poco de diplomacia. Todo por vender unos cuadros. Nada que temer.

Ella asintió lentamente, aunque la duda seguía presente en su expresión. Sabía que no estaba completamente convencida, pero también sabía que Elena, con toda su inteligencia y fortaleza, quería creerme. Quería pensar que lo que decía era verdad, que no estaba envuelto en algo más oscuro, algo que pudiera poner en peligro nuestras vidas.

—Está bien… —dijo finalmente, liberando sus manos de las mías y dando un paso atrás—. Pero, Alexandr…, si alguna vez hay algo más, si alguna vez te metes en algo que no puedas manejar… cuéntamelo. No me dejes en la oscuridad.

La miré, agradecido por su confianza, aunque sabía que no la merecía.

—Te lo prometo —mentí una vez más, y sentí el peso de esa promesa como una losa.

Elena me observó un momento más, luego volvió a su tarea ayudándome a ajustar la chaqueta del traje, como si aquel pequeño intercambio no hubiera ocurrido. Sabía que su intuición no la dejaría en paz, que probablemente seguiría haciéndose preguntas en silencio. Pero, mientras mantuviera la distancia, mientras siguiera creyendo que todo se reducía a simples ventas de cuadros, podría protegerla, al menos un poco más, de la verdad que acechaba en las sombras.

Cuando finalmente salí del apartamento, con Elena y Anya mirándome desde la puerta, sentí el peso de lo que me esperaba.

La embajada estadounidense estaba envuelta en un aire de sofisticación que contrastaba con la crudeza de las misiones a las que me había acostumbrado. Las risas suaves, el tintineo de las copas y las conversaciones en inglés creaban una atmósfera que era

a la vez seductora y peligrosa. Richard me presentó a varias personas, sus colegas, hombres y mujeres que compartían el mismo juego de apariencias. Me sentía fuera de lugar y, sin embargo, cómodo en mi papel. Mi traje negro estaba perfectamente planchado, mi camisa blanca inmaculada y la sonrisa que mantenía en el rostro era tan natural que, por momentos, me creía mi propia mentira. Era un campo de batalla disfrazado de fiesta. Y yo, una vez más, estaba caminando hacia ella, con la esperanza de obtener lo que se me había ordenado, sin perder lo poco que me quedaba de mí mismo.

—Este es Alexandr —dijo Richard con una confianza que no pude evitar notar—, un pintor muy talentoso. Estoy seguro de que pronto oirás hablar de él en Nueva York.

Sus palabras me atravesaron con la intensidad de una promesa. ¿Nueva York? ¿De verdad podía ser posible? Los aplausos y las miradas aprobadoras de los demás me rodeaban, pero no podía dejar de pensar en las instrucciones de mis superiores. Ellos no estaban interesados en mi arte. Solo en lo que Richard podía ofrecerles a través de mí. Información, acceso, control. Yo, un peón en su juego.

Allí, a pesar de que quería disfrutar, mi oído no paraba de captar las conversaciones de los otros buscando algo que importara.

Richard, a mi lado, se desenvolvía con gracia entre los invitados, moviéndose como si estuviera en su propio terreno. Era evidente que muchos lo respetaban, que lo veían como un hombre influyente dentro de la embajada. Y, mientras él charlaba y reía, yo mantenía mi papel: el artista ruso, exótico, que apenas dominaba el inglés pero lo suficiente como para resultar interesante.

Después de lo que parecieron horas de presentaciones, finalmente Richard y yo nos escabullimos de la fiesta. Me llevó al Hotel Nacional, donde se alojaba, como si fuera una secuencia ya establecida, un guion que ambos conocíamos sin haberlo discutido. La habitación era lujosa, con vistas a la Plaza Roja. A pesar de la belleza de todo, yo solo podía sentir el peso de lo que estaba a punto de suceder.

—Alex, quiero que vengas conmigo a Estados Unidos —me dijo

mientras cerraba la puerta detrás de nosotros—. Allí serías libre. Serías tú mismo. Podrías pintar lo que quisieras.

Sus palabras eran dulces, casi demasiado dulces. Me hizo pensar en una promesa de libertad que parecía tan cercana y, al mismo tiempo, tan lejana.

Me acerqué a la ventana, observando las luces de Moscú, la ciudad que había sido mi hogar y mi prisión durante tantos años. Sentí su mano en mi hombro y, por un momento, cerré los ojos, dejándome llevar por la sensación. Era casi fácil fingir que esto era amor, que lo que sentíamos el uno por el otro era algo más que una transacción. Pero, en mi interior, la sombra del deber permanecía.

Cuando me giré para mirarlo, ya sabía lo que iba a pasar. Me besó, y yo lo correspondí, más por inercia que por deseo. La familiaridad de la situación me abrumaba. Nos desvestimos lentamente, como si ambos quisiéramos prolongar el momento antes de que la realidad volviera a alcanzarnos.

En la cama, Richard fue diferente de los otros. Había ternura en sus movimientos, algo que me hizo recordar a Pablo, que nunca me tocó con la brutalidad que había experimentado con otros hombres, que me enseñó lo que era sentirse deseado, no solo utilizado. En medio del acto, mientras Richard me acariciaba, mi mente viajó hacia esos momentos con Pablo, a su tacto suave, a su respiración tranquila junto a mí en las noches que pasamos juntos antes de la guerra. Todo con Pablo había sido sincero, sin dobles intenciones, sin secretos.

Con Richard, por primera vez desde entonces, sentí algo parecido. No era solo el contacto físico; era la forma en que me miraba, como si yo fuera más que un simple cuerpo. Como si él realmente me viera.

Cuando terminamos, nos quedamos tumbados en silencio durante lo que parecieron horas. Sentía su respiración tranquila a mi lado, y, por un instante, me permití creer que tal vez, solo tal vez, podría escapar de todo. Irme con él a Estados Unidos, dejar la KGB y la vida de espionaje atrás. Podía pintar, vivir de mi arte, estar con alguien que, aunque no me amara como Pablo, al menos no me destruiría como los otros.

Richard se giró hacia mí, su mirada suave en la penumbra de la habitación.

—Entonces… ¿vendrás conmigo? —susurró, como si temiera la respuesta.

Miré al techo, sopesando mis opciones. La promesa de una vida nueva en Estados Unidos era tentadora. Sería libre de los hombres de la KGB, de las órdenes, de las misiones. Libre de la violencia, de la angustia, de la constante lucha interna. Podía empezar de nuevo.

—Sí —dije al fin, mi voz apenas un susurro—. Me iré contigo.

En ese momento, me convencí de que podría hacerlo. Me convencí de que había encontrado una salida. Pero, en el fondo de mi ser, sabía que nada era tan fácil. La KGB no me dejaría ir tan fácilmente. Y Richard… Richard aún no sabía todo lo que ocultaba. No sabía que, aunque había aceptado ir con él, no era el único a quien le debía lealtad.

Pero por esa noche decidí no pensar en ello.



Cuando salí del Hotel Nacional, después de horas encerrados en su habitación, el aire frío de Moscú me golpeó la cara, devolviéndome a la realidad. El trayecto hacia casa fue silencioso, lleno de pensamientos que me pesaban como piedras en la cabeza. Había aceptado la propuesta de Richard. Por un momento, me permití creer que podía dejar todo atrás, que podría empezar una nueva vida lejos del control. Pero algo, una voz en el fondo de mi mente, me decía que nada sería tan sencillo.

Cuando llegué a casa, la luz en la cocina seguía encendida. Elena y Anya habían estado esperando, como solían hacerlo cuando yo no volvía hasta altas horas. Al entrar, Elena se giró hacia mí con una mirada de preocupación, sus manos descansando sobre la mesa como si quisiera preguntar algo, pero no supiera cómo.

—¿Todo bien, Alexandr? —preguntó intentando sonar casual, aunque había una nota de inquietud en su voz.

Asentí, sabiendo que no podía decirle la verdad. Ni siquiera estaba seguro de cuál era la verdad ahora. Me acerqué a la mesa, tomé un

vaso de agua y me quedé en silencio, sintiendo el peso de su mirada.

Sonreí, pero fue una sonrisa vacía, practicada, una que sabía que no la convencería del todo.

—Son solo ventas de cuadros, Elena. Hay un mercado creciente en el extranjero… especialmente en los Estados Unidos. Estas cosas siempre se alargan. No te preocupes.

Frunció el ceño, claramente insatisfecha con mi respuesta, pero decidió no insistir más. Asintió y se giró hacia Anya que, en silencio, recogía los platos. Sabía que Elena sospechaba, que notaba los cambios, pero no podía involucrarla más en mi vida. Esto era algo que yo debía cargar solo.

Me retiré a mi habitación, tratando de apagar el torrente de pensamientos en mi cabeza, pero el sueño no llegó fácilmente. Estaba agotado, no solo física sino emocionalmente. Esa noche con Richard había removido algo en mí, algo que llevaba demasiado tiempo enterrado. ¿De verdad podría escapar con él? ¿O había sido una fantasía pasajera, un intento desesperado de liberarme de las cadenas que me ataban a la KGB?



A la mañana siguiente, el sol se filtraba débilmente por las cortinas cuando oí un golpe suave en la puerta. Era Elena, que entró con una expresión seria.

—Alex… ha llegado una carta para ti.

Al ver el sobre en sus manos, algo en mi estómago se revolvió. Lo tomé con dedos temblorosos y lo abrí con cuidado, sintiendo una fría anticipación.

La carta era corta, escrita con una caligrafía anónima, pero la amenaza era clara: «Considera esto una advertencia. No repitas los errores de Richard Hayes. Recuerda que eres nuestro, Alexandr. Haz cualquier tontería y lo que le ocurrió a él te sucederá a ti y a quienes te rodean».

Mi respiración se detuvo un segundo mientras releía las palabras, el nombre de Richard golpeando mi mente como un martillo. ¿Qué

había pasado? No podía ser…

—¿Alexandr?

La voz de Elena sonaba distante, como si me hablara desde un túnel. Me volví hacia ella lentamente, viendo la preocupación aumentar en sus ojos.

—¿Qué pasa? —preguntó, pero yo no podía encontrar las palabras.

Me vestí con lo primero que encontré, con un nudo en el estómago y la carta aún apretada en mi mano. Tenía que averiguar qué había ocurrido, tenía que saber si lo que decían era cierto. Al salir de casa, sentía el frío en los huesos, pero no era el clima lo que me hacía temblar.

Tomé el primer taxi que encontré y le pedí que me llevara de vuelta al Hotel Nacional. Durante todo el trayecto, mi mente se negaba a aceptar lo que parecía inevitable. Richard no podía estar muerto. No después de lo que había sucedido anoche, no después de lo que habíamos planeado. Pero, cuando llegué al hotel, la entrada estaba rodeada de policía y de seguridad. Había un revuelo inusual, algo que normalmente no se veía en un lugar tan lujoso.

Me acerqué lo más que pude, mi corazón latiendo con fuerza en el pecho. Pregunté discretamente a uno de los porteros, un hombre al que había visto varias veces antes.

—¿Qué ha pasado aquí?

—Un diplomático americano… Richard Hayes. Lo encontraron muerto en su habitación esta mañana.

Mi mundo se detuvo. No pude reaccionar. No pude ni siquiera procesar las palabras. Era real. Richard estaba muerto. Lo habían asesinado. Sabía, sin duda alguna, que la KGB estaba detrás. Su advertencia había sido clara, y ahora lo entendía: lo que había visto como una oportunidad de escapar era, para ellos, una traición en potencia. Y Richard… Richard había pagado el precio por mi vacilación.

Me alejé del hotel con la mente envuelta en un caos. Las palabras de la carta resonaban en mi cabeza. «Recuerda que eres nuestro».

Ya no había escapatoria.

PABLO

Berlín Occidental, Sector Británico, enero de 1963

Los días en Berlín Occidental se deslizaban con la monotonía calculada de un engranaje bien engrasado. Cada mañana, tras un café fuerte y un cigarrillo mal apagado en el cenicero de mi escritorio, me sumergía en expedientes, informes y reuniones en salas donde la tensión nunca desaparecía del todo. El juego de la información no tenía tregua y, en aquella ciudad partida en dos, cada dato, cada conversación y cada rostro desconocido podían significar algo.

Había logrado un ascenso dentro de aquel sistema. Mi oficina estaba decorada con mapas de Europa marcados con líneas y símbolos que solo unos pocos sabían leer y con documentos clasificados apilados sobre una mesa que parecía demasiado pequeña para contener todo lo que el mundo exigía saber. Desde mi ventana podía ver la ciudad intentando rehacerse, pero también podía ver el muro: una herida de hormigón y alambre que cruzaba barrios, parques y calles, separando familias, amigos, destinos. A veces, el viento traía desde el Este un eco de sirenas o el ladrido de un perro guardián, recordando que la libertad en Berlín era un concepto con fronteras físicas.

La ciudad misma era un testimonio vivo de la reconstrucción: andamios recortaban el cielo como esqueletos de progreso, fachadas nuevas brillaban junto a otras que conservaban aún los agujeros de metralla, y los obreros trabajaban entre montones de escombros y ladrillos reutilizados. En los cafés del Sector Francés se hablaba de arte y de cine, en el Británico, de política y alianzas, y en el Americano, de negocios y futuros posibles. Sin embargo, a pesar de la apariencia de normalidad, un aire de sospecha lo impregnaba todo: cada conversación podía ser observada; cada palabra mal dicha, malinterpretada. Berlín quería recuperarse, pero lo hacía bajo la mirada constante de ambos mundos, Oriente y Occidente, que

medían cada gesto como si fuera una jugada más en el tablero de aquella guerra que parecía ser inexistente.

Cada mañana, el aroma del café recién hecho me envolvía al pasar por una panadería francesa que lo traía importado de Italia y me lo bebía mientras caminaba hacia la oficina, atravesando el bullicio de la ciudad, que parecía otra tras la reconstrucción. Me lo ponían para llevar. A pesar del gentío que pululaba por sus calles, siempre sentí un abismo de soledad. Era como estar en medio de una multitud que nunca me veía realmente. Las luces brillantes y los ruidos ensordecedores creaban una ilusión de compañía, pero en el fondo sabía que eran solo ecos vacíos. Las personas pasaban a mi lado, con sus propias historias, preocupaciones y sueños, pero, para mí, eran sombras que se desvanecían rápidamente en la noche. Cada día, me sumergía en la vorágine de la ciudad, pero la soledad seguía acechando, esperando a que me detuviera un momento para recordarme su presencia.

Miraba a mi alrededor y veía parejas caminando de la mano, grupos de amigos riendo, familias compartiendo momentos en los parques. Mientras tanto, yo me sentía como un extraño en mi propia vida, como un actor que había olvidado su papel. La soledad se convertía en un compañero constante, una sombra que no podía dejar atrás. Había alcanzado un estatus en la CIA, un respeto que no esperaba a causa de diversas misiones en las que había conseguido que mis superiores se dieran cuenta de que podía hacer mucho más que informes de los que se ensuciaban las manos. Había entrado al terreno de juego, había salido y me había vuelto a meter, pero nada de eso llenaba el vacío en mi interior.

Recorría los mismos lugares día tras día, el ruido del tráfico y las conversaciones ajenas se convertían en un murmullo distante. A veces, me detenía en una esquina y observaba a los transeúntes, tratando de recordar la calidez de los días en Barcelona. La imagen de Hugo, sus ojos y su sonrisa, se mezclaban con la sensación de pérdida que me envolvía. La esperanza de encontrarlo de nuevo se convirtió en un faro en la oscuridad de mi soledad, un faro que a menudo resultaba demasiado lejano. Pero aquella mañana de enero, en una reunión sobre operaciones en Europa del Este, un funcionario

comenzó a hablar de un nombre que hizo que el corazón me saltara: Alexandr Borísov.

Al principio, el nombre no me sonó familiar, pero la imagen que apareció en la pantalla me golpeó como un rayo. Ahí estaba él, el hombre que había querido tanto y creído muerto: Hugo. Sus facciones aniñadas, que me habían acompañado en mis días más oscuros, ahora aparecían en el contexto de un crimen terrible: la CIA lo acusaba de haber asesinado al ayudante del embajador de Estados Unidos en Moscú.

El aire en la sala era denso. Mis compañeros murmuraban entre sí, discutiendo estrategias y posibilidades, pero yo estaba atrapado en una burbuja de asombro y confusión. Hugo. La única persona que había llenado mis pensamientos durante años. Recordaba cada detalle de él: la risa que iluminaba su rostro, la forma en que me miraba con esa mezcla de amor y desafío, y la dulzura de sus palabras. Nunca había dejado de pensar en él, aunque había tratado de convencerme de lo contrario. Y ahora, aquí estaba, con una vida que parecía tan distante de la mía.

¿Qué había hecho? Durante todos estos años había intentado construir una vida sin él, pero nunca lo había logrado olvidar. Los recuerdos de aquellos momentos compartidos regresaban con una claridad desgarradora. Recordaba las noches que pasamos hablando de sueños, de un futuro que parecía brillante e inalcanzable. Y ahora, Hugo estaba implicado en un crimen, era un asesino.

—Inteligencia indica que ha sido visto en Berlín Oriental —dijo el director mientras su voz resonaba en la sala. Sus ojos se movían de un rostro a otro, evaluando las reacciones.

Una vez más, el nombre de Hugo me golpeó como un rayo. Mi corazón se aceleró y las palabras del director se desvanecieron en un murmullo lejano mientras la realidad se apoderaba de mí. ¿Berlín Oriental? ¿En qué andaba metido?

—Necesitamos una operación encubierta para capturarlo. —El coronel Anderson, un hombre robusto con una mirada fría, se inclinó hacia delante—. Tenemos que saber qué lo ha llevado a Berlín. Es peligroso.

Las palabras se enredaron en mi mente. ¿Peligroso? La imagen de

Hugo, tal como lo conocía, chocaba con la realidad que me presentaban. Quería gritar, cuestionarlo, pero me contuve.

—Yo propongo que me envíen al Este —dije, sin pensar en las repercusiones.

La sala se quedó en silencio mientras sentía que todos los ojos se posaban en mí.

—Meier, eso es muy arriesgado —intervino Sarah, una analista inteligente y perspicaz que había trabajado conmigo en varias operaciones. Su preocupación era palpable—. La situación en Berlín Oriental es volátil.

—Lo sé —respondí, tratando de mantener la calma. Cada palabra parecía una apuesta—. Pero conozco a Borísov. Sé cómo piensa, cómo se mueve. Si alguien puede encontrarlo y hablar con él, ese soy yo.

—¿De qué conoces a Borísov? —preguntó Anderson.

Tomé un respiro profundo, recordando aquellos momentos en Barcelona. La angustia del exilio, el anhelo de un futuro incierto, y la chispa de amor que había encendido mi vida en aquellos tiempos oscuros.

—Un día, hace mucho tiempo, no se llamó Borísov. Creedme. Huimos juntos de Barcelona en el 39. La Guerra Civil nos había atrapado en un torbellino de desesperación. Alexandr… Hugo, como lo conocía entonces, y yo compartimos más que Barcelona y después París; compartimos un destino marcado por la pérdida. Ambos pensábamos que habíamos dejado atrás el horror de la guerra. Pero el destino tenía otros planes. Otra guerra.

La sala quedó en silencio. Podía ver las expresiones de mis compañeros, desde la curiosidad hasta la preocupación. La historia de Hugo no solo resonaba en mí; era una conexión que podía ser la clave para comprenderlo y, quizá, salvarlo.

—Albert —dijo Sarah con suavidad, como si quisiera apoyarme pero al mismo tiempo detenerme—. Esto es diferente. No estamos hablando de un reencuentro con un viejo conocido. La acusación contra él es grave. Se lo señala como un asesino y una persona entrenada para dar caza a gente como tú. Gente como nosotros.

—Lo sé —respondí con firmeza—. Pero, a veces, la verdad no es lo

que parece. Necesito la oportunidad de encontrarlo, de entender su historia, y tal vez, de ayudarlo.

Aquel señor se cruzó de brazos.

—Entiendo tu conexión personal, Meier. Pero debemos pensar en las implicaciones. Si Borísov es realmente un asesino y lo que quieres es encontrarlo, podría ser una trampa.

—No lo será. He estado mil veces a ese lado del muro y también he llevado a cabo misiones a este lado. Vosotros me habéis visto actuar. No va a pasar nada que no sepa controlar —aseguré, sintiendo que el calor de la determinación comenzaba a arder dentro de mí.

La sala se llenó de murmullos mientras mis compañeros debatían en voz baja. El director, que había estado observando en silencio, finalmente intervino.

—Si vas a hacer esto, deberíamos prepararnos. Necesitamos un plan. Y necesitarás respaldo en Berlín. Este no es un juego; es una misión de vida o muerte.

Asentí, notando que el peso de la responsabilidad se asentaba sobre mis hombros. La reunión continuó y, mientras se discutían los detalles de la operación, mi mente divagaba. Imaginaba a Hugo, atrapado en su mundo, sintiendo su angustia y su lucha.

El recuerdo de su risa y la calidez de su abrazo eran un faro en la oscuridad. No podía dejar que esa imagen se desvaneciera. Tenía que encontrarlo. Y, para hacerlo, necesitaba involucrarme por completo en esta misión. La vida que había construido en Berlín, el respeto que había ganado en la CIA, todo se reducía a este momento.

—Meier —dijo Sarah de nuevo, rompiendo mi trance—. Ten cuidado. Ese lado de Europa quizá no es lo que recuerdas. Las cosas han cambiado.

—Lo sé —reiteré, con un tono de voz más bajo pero seguro—, pero yo también he cambiado.

La reunión terminó con planes y estrategias, pero mi mente ya estaba rumbo a Berlín, hacia Hugo. La búsqueda de la verdad era un camino peligroso, pero la posibilidad de reunirme con el hombre que había amado era una llamada que no podía ignorar.

El director me observó durante un momento, su rostro impasible. Se cruzó de brazos y, por un instante, el tiempo pareció detenerse.

—¿Tienes alguna idea de cómo abordar esto? —preguntó al fin.

—Necesito infiltrarme, hacerme pasar por alguien más, un artista —dije, las ideas fluyendo rápidamente por mi mente—. Berlín tiene una vibrante escena artística; puedo usar eso a mi favor. Los cabarés nocturnos están a rebosar.

—No podemos arriesgarnos a que lo reconozcan —dijo Anderson al grupo con un tono escéptico—. Tienes que entender que Borísov es un agente entrenado. Si se entera de quién eres, podría desvanecerse antes de que llegases a él.

Las palabras de Anderson resonaron, pero mi determinación era más fuerte. Recordaba a Hugo con una claridad dolorosa, cada risa compartida, cada susurro en la oscuridad.

—Lo haré —dije con firmeza—. Necesito tener esta oportunidad. Prometo que no os defraudaré.

Un murmullo general se levantó en la sala y, aunque había un aire de duda, algo en mi voz logró calar hondo. Finalmente, el director asintió lentamente.

—Está bien, Meier. La misión es tuya. Pero debes estar preparado para cualquier eventualidad.

Mi corazón se aceleró mientras escuchaba el golpe de la decisión. Era un riesgo enorme, pero la posibilidad de encontrar a Hugo, de comprender qué había sucedido en su vida, era un fuego que iluminaba mi camino.

La reunión terminó y, mientras los demás salían, me quedé un momento más en la sala, sintiendo el peso de lo que se avecinaba.

La mañana en que abandoné Berlín Occidental era fría, y el cielo gris anunciaba una jornada tensa. Me dirigí al aeropuerto con el corazón latiendo con fuerza, mientras el sonido de trenes y aviones se mezclaba en un ruido que parecía un presagio. A medida que el avión despegaba, miré por la ventana, dejando atrás la ciudad que me había visto crecer y que ahora se desvanecía en el horizonte.

Berlín era un lugar desconocido, un escenario donde mis sueños y miedos se entrelazaban.

El vuelo hacia Varsovia fue inquietante. Según me acercaba a mi destino, mi mente dibujaba posibles escenarios: ¿qué pasaría si me atrapaban? ¿Qué sucedería si en realidad no encontraba a Hugo? A medida que el avión aterrizaba y me adentraba en un nuevo país, la realidad del espionaje se asentaba sobre mis hombros como un manto pesado.

Varsovia era una ciudad que respiraba historia y sufrimiento. Las cicatrices de la guerra aún estaban frescas y el aire estaba cargado de un sentimiento de desconfianza que casaba bien con el vacío de las calles. Mientras me dirigía a la estación de tren, noté cómo los rostros de la gente parecían llevar un peso invisible.

Cuando finalmente subí al tren en dirección a Berlín, la mezcla de ansiedad y esperanza se intensificó. Durante el trayecto, mientras atravesábamos paisajes marcados por la historia, cada kilómetro recorrido me acercaba a la posibilidad de volver a ver a Hugo. Las horas se convirtieron en una eternidad según pasaban las estaciones, cada una acercándome a mi destino final. En mi mente, comenzaba a trazar un plan, a imaginar cómo sería el reencuentro, cómo el peso del pasado se desvanecería en un abrazo.

Al llegar a la ciudad, me encontré con un ambiente que parecía vibrar con una energía sombría. La ciudad estaba envuelta en un aire de incertidumbre, y la imagen del Muro, aún fresca en mi mente, era un recordatorio de las divisiones que la atravesaban. En el corazón de esta metrópoli dividida, conocí a mi contacto, un hombre apodado «el Lobo». Era un veterano de la CIA que había estado en Berlín durante años, navegando por el complicado juego del espionaje en una de las ciudades más vigiladas del mundo.

Me esperaba en un apartamento oscuro, apenas iluminado por la luz de la luna que se filtraba a través de las cortinas desgastadas. El aire era denso, como si el propio espacio estuviera cargado de secretos.

Mis botas resonaban contra los adoquines y ese sonido era el único que me hacía compañía en el trayecto. A lo lejos, vi las ruinas de un edificio bombardeado, un vestigio de lo que había sido Berlín antes

de convertirse en ese espacio partido y vigilado. Me detuve un momento para mirarlo, preguntándome cuántas veces la gente habría pasado por aquí sin tan solo notarlo, sin darse cuenta de las historias que ocultaban esos restos.

El abrigo negro me protegía del frío, pero no lo suficiente. Llevaba conmigo lo esencial: un par de camisas blancas y, sobre todo, el pasaporte, que guardaba en el bolsillo interior, cerca del pecho. Ni los polacos ni los berlineses habían dudado de mí. Era buena señal. Era lo único que me mantenía vinculado a algo más allá de esta ciudad, lo único que probaba mi existencia en algún otro lugar. A veces lo sacaba solo para verlo, como si necesitara confirmar que mi nombre seguía allí, que no me había desvanecido del todo.

Cuando llegué al puente de Oberbaum, lo vi erguirse frente a mí, imponente y solitario, uniendo dos mundos que parecían irreconciliables. Al cruzarlo, pensé en todos aquellos que habían intentado lo mismo, pero en circunstancias mucho más peligrosas, en un intento de burlar un muro que siempre estaba presente, un recordatorio de lo que se podía perder en un instante.

Había venido a Berlín en busca de respuestas, aunque en ese momento no estaba seguro de qué preguntas hacer realmente. Mientras seguía caminando, lo único que encontraba eran más dudas, más grietas en la ciudad y en mí mismo. Berlín, en ese momento, era un espejo incómodo en el que no quería mirarme demasiado tiempo, por miedo a lo que pudiera descubrir.

Llegué al apartamento que me habían asignado y llamé a la puerta. Sentí cómo los pasos se movían, una sacudida en el corazón, hasta que, finalmente, la puerta se abrió.

—Albert —dijo, extendiendo su mano con una mezcla de autoridad y familiaridad. Su mirada era astuta, y su voz llevaba el peso de la experiencia—. Bienvenido a Berlín. He estado esperándote. Soy Mike, el Lobo.

Ansentí y rápidamente entré para cerrar la puerta tras de mí.

Después de un breve saludo, me condujo hacia un pequeño salón donde se habían dispuesto mapas y fotografías sobre una mesa. La primera imagen que vi fue la de Alexandr Borísov. La tensión en mi pecho se intensificó.

Tiré mi maleta frente a la puerta de la entrada y me puse a mirar los documentos.

—He estado espiando a Borísov y a las dos mujeres que siempre lo acompañan —continuó el Lobo, señalando las fotos de Elena y Anya, las dos figuras que habían resurgido de mis recuerdos como sombras del pasado—. Son sus empleadas domésticas, pero parece que tienen más conexión con él de lo que aparentan.

—¿Qué sabes de ellas? —pregunté, sintiendo cómo la inquietud se apoderaba de mí.

—Son unas bailarinas retiradas, un día fueron conocidas en los círculos de arte en Moscú. Son enigmáticas. Nadie sabe demasiado de ellas ni se las ha visto por la calle en exceso estos años. Empezaron a trabajar para él durante la guerra tras su llegada a Moscú. Estaban arruinadas, en la miseria, vivían en la calle, y desde entonces viven con él. Ambas son leales a Borísov —me explicó, mientras sus ojos se posaban en las fotografías, como si desentrañara un rompecabezas complejo—. Le deben demasiado.

Aquello me cuadró. Era él. Seguía siendo él. Con su empatía intacta, capaz de ver más allá de lo evidente, de tender una mano incluso en medio del caos que había sido la guerra. Hugo siempre había tenido esa extraña habilidad de reconocer el valor en lo que otros daban por perdido. Sabía que la grandeza podía esconderse en lugares inesperados, en personas que muchos habrían desechado sin pensarlo dos veces.

No me sorprendía que hubiese acogido a esas dos mujeres cuando nadie más lo hizo, cuando el mundo las había dejado de lado. Él nunca había sido el tipo de hombre que ignoraba el sufrimiento ajeno y, aunque su vida había dado giros radicales, parecía que esa parte de su carácter seguía intacta, como una constante entre tanto cambio. Tal vez por eso continuaba generando lealtades, sin apenas intentarlo. Ellas, las dos bailarinas, le habían entregado lo único que les quedaba: su devoción. Y eso, en tiempos tan inciertos, valía más que cualquier fortuna.

—Necesitamos saber más sobre ellos —dijo el Lobo con su tono firme—. La misión es averiguar qué tipo de información está manejando Borísov y cómo podemos usarla a nuestro favor.

Queremos saber si mató a al embajador y qué hace en Berlín.

Las palabras del Lobo resonaban en mi mente mientras asimilaba la situación. La misión no solo implicaba encontrar a Hugo, sino también entender la red que lo rodeaba. A medida que las horas pasaban, la ansiedad crecía en mi interior y una pregunta persistente me asaltaba: ¿cuán lejos estaba dispuesto a llegar para proteger a un hombre que había amado y creído muerto, pero que ahora estaba tan cerca y, al mismo tiempo, tan distante?

Mientras planeaba mi próximo movimiento, no podía evitar imaginarme en la vida de Hugo, entre las luces de la ciudad y los ecos de las risas que una vez compartimos. Pero, esta vez, todo estaba teñido de sombras. Iba a encontrarlo. No solo por mí, sino por el amor que había creído perdido, por las vidas que había tocado y por el futuro que aún podía tener.

HUGO

Berlín Oriental, febrero de 1963

Siempre miraba dos veces al salir a la calle. Tres antes de cruzar de acera. Mis ojos se movían más rápido de lo que mi mente podía procesar, escaneando cada rincón, cada sombra. Sabía que no podía bajar la guardia ni por un segundo.

Nunca dejaba que mi mirada se quedara fija en ningún punto por demasiado tiempo. Sabía que cualquier cosa podía ser malinterpretada. Una curiosidad indebida, una expresión demasiado intensa, y de repente podías convertirte en alguien interesante para la Stasi. Lo había visto pasar con otros: desaparecían sin dejar rastro, como si nunca hubieran existido. Y, en una ciudad como esta, ese era un destino peor que la muerte. Allí, el olvido era la verdadera condena.

Cada mañana, antes de salir, repasaba mentalmente mis pasos, como si una rutina bien calculada pudiera protegerme de lo inevitable. Daba igual cuántas veces lo hiciera, el miedo seguía allí, palpitando bajo la superficie, latiendo junto a mi corazón. Por más que tratara de controlarlo, de encerrarlo en algún rincón de mi mente, siempre encontraba la manera de abrirse paso.

Aquel era mi castigo. Petrov me lo había dejado claro en aquella reunión en la que me había enviado lejos, a un sitio que él consideraba el infierno y yo, un pedazo más de la experiencia dantesca.

—Una tontería más y estás muerto —me había dicho aquella mañana en la que, tras aparecer el cuerpo de Hayes, me habían arrastrado dos guardias desde casa hasta el centro de operaciones de la KGB y allí, en una sala vacía y con solo un barreño lleno de agua congelada, se divertía asfixiándome bajo el agua hasta que ya no podía respirar—. Un error más y no vivirás para contarlo.

Y me volvía a ahogar en aquel juego sádico que él mismo había organizado para mí. Pero Petrov sabía medir el tiempo. Sabía cuándo

sacarme para que no muriera, solo lo suficiente para que entendiera su mensaje. Y, entonces, volvía a hundirme. La sensación de ahogo era insoportable, el agua helada me quemaba la piel y la desesperación se apoderaba de mí, pero no había salida. Petrov disfrutaba cada segundo, organizando aquel espectáculo sádico con la precisión de un verdugo experimentado. Sabía que no podía rebelarme, que cualquier intento de resistencia solo empeoraría las cosas. Mi vida estaba en sus manos, y él lo sabía mejor que nadie.

El aire era escaso, como si incluso la atmósfera en aquella sala quisiera negarme la vida. Me aferré al borde del barreño, con los dedos entumecidos por el frío, y levanté la vista. Petrov se inclinaba ligeramente hacia mí, con una expresión calculada, midiendo mi sufrimiento. Sabía perfectamente hasta dónde podía llegar, hasta qué punto podía aplastarme sin matarme.

—No estás aquí porque seas importante. Estás aquí, vivo, porque tus amigos quisieron que fueras un eslabón más. ¿Les vas a fallar a ellos también? ¿Vas a hacer que por tu culpa pierdan todo lo que tienen?

Hablaba de Vlad y Mickhail. Ellos me habían salvado de la guerra para traerme al purgatorio, pero, aun así, me habían sacado de Europa. No podía dejar que les pasara nada.

Cada palabra era un golpe seco. Sabía que no me consideraba más que una pieza prescindible en su juego, un peón que, de un momento a otro, podía ser eliminado. Hayes había sido el aviso, el detonante que lo había desencadenado todo. La Stasi había encontrado su cuerpo flotando en el río y, aunque las conexiones entre él y yo eran mínimas, Petrov no necesitaba mucho para usarlo en mi contra. Para él, un solo error era suficiente, una excusa perfecta para castigarme.

Sentí cómo su mano se cerraba sobre mi nuca de nuevo, y me preparé para lo inevitable. Volví a hundirme en el agua helada, esta vez más tiempo. La desesperación se transformó en pánico. Mis manos se agitaban bajo el agua, buscando algo a lo que aferrarme, pero no había nada. Solo ese frío penetrante, esa oscuridad que amenazaba con tragarse lo poco que quedaba de mi conciencia.

Cuando me sacó otra vez, sentí que el suelo se desmoronaba bajo

mis pies. Tosí, escupí agua, pero no había alivio, solo el eco de su amenaza retumbando en mi mente.

—No creas que puedes esconderte de mí. Te estoy observando. Te están observando por mí. Lo sé todo sobre ti. Cada mirada, cada trazo de esos retratos inútiles que haces. Nada pasa desapercibido. Vas a volver ahí fuera y vas a cumplir con lo que te ordenen —continuó Petrov—. O lo próximo que flote en el río serás tú. ¿Entendido?

Asentí, porque sabía que no tenía otra opción. Pero, mientras me secaba el agua del rostro, una idea empezó a tomar forma en mi mente, tenue pero persistente. Petrov podía pensar que me tenía atrapado, que había destruido toda posibilidad de rebelión. Pero, aún respiraba, aún estaba vivo. Y, mientras siguiera vivo, no todo estaba perdido.

Me dejaron encerrado dos días en un calabozo inmundo, sin luz, sin apenas espacio para moverme. Me estaban enseñando disciplina, según ellos. Las palizas no se detenían. Venían en oleadas, una tras otra, sin darme tregua. Los golpes eran metódicos, precisos, como si ya supieran hasta dónde podían llevar a mi cuerpo sin matarme. Y, cuando no eran los golpes, era la electricidad, esa corriente que me quemaba las venas y sacudía cada fibra de mi ser, hasta que mi cabeza explotaba en una confusión entre dolor y desorientación.

El tiempo dejó de tener sentido en esa oscuridad. No sabía si era de día o de noche, ni cuánto más duraría aquello. Solo sabía que cada segundo parecía una eternidad. Pero entonces, tras horas de tortura incesante, Petrov apareció de nuevo. Frío, implacable, como siempre. Se acercó al borde de mi celda y, durante un instante, pensé que sería el final.

—Ya está bien —dijo, con una tranquilidad que casi me perturbó más que los *electroshocks* de la tarde anterior—. Creo que ya estás listo para volver a obedecer.

Aquellas palabras parecían una sentencia definitiva. No era la libertad lo que me ofrecía, no había redención. Solo un nuevo destino que no controlaba, una cadena invisible que cada vez apretaba más.

Esta vez, el destino era Berlín. Un traslado más, una misión más.

Me estaba convirtiendo en lo que él siempre había querido: su peón, su gorrión perfecto. Un gorrión era alguien que volaba bajo, sin llamar la atención, obedeciendo cada orden sin cuestionarla. Su gorrión desplegaba las alas, pero no volaba hacia la libertad. Solo hacia una nueva prisión, una más sutil, más insidiosa.

Mientras me sacaban del calabozo, me dolía cada músculo, cada hueso, pero no dije nada. Sabía que cualquier palabra podría hacer que me devolvieran a ese agujero. Ahora, Berlín Oriental sería mi nueva celda. Y Petrov, como siempre, tendría el control de las llaves.

Cuando finalmente me llevaron de vuelta a la luz, el aire fresco de Moscú me golpeó como un balde de agua fría. Petrov me estaba esperando, su expresión impasible, como si todo lo que había sucedido antes no fuera más que un mero trámite. No podía permitirme mostrar debilidad, así que mantuve la mirada fija en él mientras me acercaba.

—Ahora que estás de vuelta —comenzó, su tono más directo—, hay algo que debes hacer. Necesitamos información y, para ello, tendrás que seducir a un hombre clave.

Lo miré, tratando de absorber sus palabras. ¿Seducir? La palabra resonaba en mi cabeza mientras miraba la sangre seca que tenía en las manos.

—Su nombre es Samuel Müller —continuó Petrov, con una ligera sonrisa que asomaba en sus labios—. Es un diplomático en la embajada de Estados Unidos. Un pez gordo. Tiene acceso a información valiosa sobre las operaciones del gobierno y las relaciones internacionales y su círculo social está lleno de hombres influyentes. Pero hay un problema: Samuel es cauteloso y no se dejará atrapar fácilmente. Quiero saber qué hace en Berlín Oriental y por qué se esconde tras otro nombre. Quiero saberlo todo. Hasta por dónde ha entrado a nuestro Berlín.

Mi corazón comenzó a latir más rápido. Seducir a alguien para sacar información no era solo un juego; era un riesgo, y no solo el mío. Fallar significaría más que un simple castigo.

—Tendrás que acercarte a él de forma sutil. Visitar los mismos bares de ambiente que suele frecuentar. Mostrar interés genuino en su trabajo, en sus pasiones. Hazte el interesante, el enigmático. La

gente de su entorno aprecia la sofisticación y la cultura. Eso es lo que lo atrae.

Asentí, aunque en el fondo sabía que no era tan simple. Aquel tipo de juego no solo implicaba seducir, sino también manipular. No podía dejar que mis sentimientos se interpusieran en el camino. Samuel sería un objetivo, un medio para un fin, y eso debía estar claro en mi mente.

—Tu contacto en Berlín se llama Viktor —dijo, y en su tono había una mezcla de respeto y desdén.

Viktor era un hombre conocido en los círculos clandestinos de la ciudad. Su apartamento se encontraba en un barrio discreto, cerca de la estación de tren de Friedrichstraße.

—Cada lunes, deberás reunirte con él. Es vital que establezcas una relación sólida. Viktor tiene sus propios canales y conexiones, y necesita saber que puedes manejarte en este entorno. Él nos reportará toda la información que tú le envíes.

La mención de Viktor me hizo sentir una punzada de ansiedad. Necesitaba confianza, pero la idea de depender de otros para sobrevivir en Berlín era inquietante.

—Y ¿dónde voy a vivir? —pregunté, intentando mantener mi voz firme.

—Tranquilo, no te vamos a dejar en la calle —respondió con una sonrisa cínica en la boca que hacía que la cicatriz del ojo se le hundiese—. Te alojarás en un pequeño apartamento que hemos preparado para ti. Está en la misma calle que la vivienda de Viktor, lo que te permitirá tener un acceso más fácil a él. Asegúrate de no llamar la atención. Mantén un perfil bajo, Alexandr. Berlín está lleno de ojos que vigilan.

Su mirada se endureció y su tono se volvió más grave.

—Y hay algo más. Anya y Elena… Necesito que las lleves contigo. Son leales y pueden ser útiles, pero su situación es precaria.

Mi corazón dio un vuelco. Eran más que solo compañeras; eran parte de mí, de mi pasado, de lo que quedaba de la vida que había llevado. La idea de llevarlas a Berlín era tanto una bendición como un riesgo monumental. Petrov no estaba acostumbrado a hacer favores, y eso lo sabía.

—Petrov… —comencé, pero él levantó una mano, interrumpiéndome.

—No hay tiempo para discutirlo. Ellas son valiosas. La información que pueden aportar sobre el entorno de Moscú puede ser un recurso y, además, su presencia puede servirte de apoyo emocional. Necesitas estar fuerte para esta misión.

Apreté los dientes, tratando de procesar lo que significaba eso. Llevarlas a Berlín significaba arriesgar su seguridad y la mía, pero no podía simplemente dejarlas atrás. Si había alguna manera de sacarlas de su situación, tenía que intentarlo.

—De acuerdo —dije, tragando la incertidumbre que amenazaba con ahogarme—. Haré lo que sea necesario para llevarlas conmigo.

Petrov asintió, con una expresión que revelaba que su plan ya estaba en marcha..

—Bien. Pero recuerda, la lealtad tiene un precio. Si fallas, habrá consecuencias para ellas y para ti.

Su advertencia resonó en mi mente mientras el peso de la misión se asentaba sobre mis hombros. Berlín era un laberinto de oportunidades y peligros, y debía moverme con cuidado. Pero una parte de mí se aferraba a la esperanza: si lograba traer a Anya y a Elena, tal vez aún podría encontrar una salida de este infierno. Él creía que con ellas me ataba a Rusia, pero yo sentía que con ellas podía seguir despegando.

Cuando me quise dar cuenta, estaba embarcado en un tren con destino a Berlín, con dos maletas y Elena y Anya a mi lado. La luz del día se desvanecía rápidamente mientras el tren comenzaba a moverse, llevándonos lejos de todo lo que habíamos conocido. El aire en el compartimento estaba cargado de tensión, una mezcla de emoción y miedo, como si cada uno de nosotros supiera que nuestras vidas estaban a punto de cambiar para siempre. Yo volvía a aquel país que una vez me había arrebatado todo lo que tenía; ellas salían por primera vez del suyo.

Sabía que debía protegerlas, así que les hice un gesto con la mano, indicándoles que no preguntaran nada cuando llegué a casa acompañado por dos guardias y lleno de sangre. Solo tuve tiempo de ducharme mientras ellas hacían las maletas y ponerme algo de

ropa limpia. «Os mantendré a las dos vivas», les aseguré, aunque en mi interior la duda comenzaba a florecer. ¿Cómo podría cumplir esa promesa en un entorno tan hostil?

Prometí mantenerlas vivas y ahora debía encontrar la manera de cumplirlo, sin importar a lo que tuviera que enfrentarme en el camino. La batalla por nuestra supervivencia apenas comenzaba.



Mi castigo era Berlín. Y aquel lunes, como todos, frente a Viktor, sentía que mi castigo no iba a terminar nunca. El ambiente en su apartamento era opresivo, una mezcla de sombras y luces tenues que creaban un aire de desconfianza. Las paredes estaban adornadas con fotografías en blanco y negro, retratos de personas que ya no estaban, y me pregunté cuántos de ellos habían sido amigos de Viktor, cuántos habían caído en la red que él tejía.

—Entonces —comenzó Viktor, su voz suave pero firme—, ¿has tenido algún contacto con Samuel Müller?

Me acomodé en la silla, sintiendo el peso de su mirada sobre mí. Viktor era un hombre astuto, un informante de la KGB que sabía exactamente cómo hacer su trabajo. Había una tensión palpable en el aire y su pregunta no era solo una formalidad; estaba esperando respuestas, resultados.

—He estado asistiendo a los mismos eventos en los que él se presenta —dije, intentando proyectar confianza—. He hablado con algunas personas de su círculo en Berlín. Samuel es cauteloso, pero parece interesado en las discusiones sobre arte y cultura, lo que me ha permitido acercarme a él.

Viktor arqueó una ceja, evaluando mis palabras. Podía ver que no estaba completamente satisfecho.

—Y ¿qué más? ¿No has hecho nada más que acercarte? Necesito saber si hay algo que te permita abrir una brecha. Recuerda que el tiempo es esencial.

Aquel comentario me hizo sentir como un peón en un juego de ajedrez que se movía al ritmo de las decisiones de Viktor. No podía mostrar debilidad ni desesperación; en su mundo, eso significaba

perder.

—Samuel asistirá a una exposición el próximo fin de semana —continué, forzando una sonrisa—. Planeo hacer un movimiento en ese evento. Estoy seguro de que podré establecer una conexión más cercana.

Viktor mantuvo su mirada fija en mí, evaluando cada palabra que salía de mi boca. En su mundo, la confianza se ganaba con hechos, no con promesas vacías.

—No olvides que estás jugando con fuego. Si no logras que Samuel te confíe información sobre la embajada y sus operaciones, no solo fallarás tú. Las consecuencias serán… desagradables.

Su advertencia era clara. Sabía que mi fracaso no solo afectaría a mi vida, sino también a la de Anya y Elena, que dependían de que yo tuviera éxito. Debía encontrar la manera de hacer que Samuel abriera su corazón y, con él, sus secretos.

—Lo entiendo, Viktor. Estoy comprometido. Pero necesito que me sigas proporcionando información sobre el entorno. Cualquier dato sobre sus rutinas o movimientos será de un valor incalculable.

Viktor sonrió, una expresión que no llegó a alcanzar sus ojos. Era una sonrisa de aprobación, pero también de advertencia.

—Te proporcionaré lo que necesites, pero recuerda: este es un juego peligroso. La línea entre el informante y la presa puede desdibujarse rápidamente.

Asentí, notando la gravedad de sus palabras. Mi vida estaba en juego, pero lo más importante era que debía proteger a mis amigas. Al salir del apartamento, la sensación de que el destino me arrastraba hacia un camino incierto se apoderó de mí. Pero sabía que debía avanzar. La red que había tejido en Berlín se volvía cada vez más complicada y, en el centro de ella estaba Samuel Müller. Tenía que seducirlo y, con un poco de suerte, conseguir que me entregara lo que la KGB deseaba.

Al salir de casa de Viktor, me encontraba inquieto, como si una sombra me estuviera siguiendo a través de las oscuras calles de Berlín. El aire frío mordía mi piel mientras me adentraba en la noche y la iluminación tenue de las farolas apenas lograba disipar la oscuridad que me rodeaba. La ciudad, a esas horas, parecía cobrar

vida con sus murmullos y ecos, y mi mente no podía evitar divagar hacia lo que había dejado atrás.

Con cada paso que daba, la sensación de ser observado se intensificaba. Miré por encima del hombro, pero las calles estaban desiertas, solo un par de transeúntes perdidos en sus pensamientos. Sin embargo, algo en mi instinto me decía que no estaba solo. El silencio se tornó un murmullo sutil, un roce de zapatos contra el pavimento que resonaba a lo lejos.

Aceleré el paso, pero el ruido aumentó, como si la persona detrás de mí estuviera ajustando su ritmo a mis movimientos. ¿Sería uno de los hombres de Viktor, asegurándose de que estuviera cumpliendo con mi misión? ¿O quizás un desconocido? Una punzada de adrenalina recorrió mi cuerpo, y mi corazón comenzó a latir más rápido.

La angustia se transformó en paranoia. Me desvié por una calle lateral, en un intento de perder a mi acosador, pero la sensación de estar siendo perseguido no hizo más que aumentar. De repente, giré bruscamente, decidido a enfrentarme a quien fuera que me estuviera siguiendo. La oscuridad me rodeaba y la luz de la farola apenas iluminaba el camino.

—¿Quién anda ahí? —grité, mi voz resonando en el vacío, quebrando el silencio.

El eco de mis palabras se desvaneció, pero no hubo respuesta. Un escalofrío recorrió mi espalda mientras mi mente intentaba encontrar una salida. Entonces, vi una figura asomarse entre las sombras, apenas visible. Mi respiración se aceleró. La silueta era delgada, casi etérea, y su rostro se mantenía en la penumbra, muy lejos como para distinguirlo.

Encontré el portal de mi casa y subí escaleras arriba a toda prisa, cerrando de un portazo tras de mí.

—¿Qué te pasa? —me preguntó Anya apareciendo en el vestíbulo con su delantal manchado de tomate.

Estaba sentado en el suelo, jadeando. La miré.

—Nada. ¿Qué va a pasar?

Aquel día, aunque traté de cenar como si nada, algo dentro de mí sabía que debía entrar en el mundo de Samuel no solo como un

informante, sino como un hombre que sabía lo que quería. No podía volver a perder el control. Y ese conocimiento podría darme la ventaja que necesitaba no solo para sobrevivir, sino también para prosperar. Las sombras que me rodeaban ya no eran solo oscuridad; eran un manto que me ofrecía la oportunidad de renacer, de adaptarme, de convertirme en lo que la KGB necesitaba. La seducción de su poder comenzaba a dibujar un nuevo camino, uno que, si jugaba bien mis cartas, podría llevarme a un futuro donde Anya y Elena estuvieran a salvo.

Mientras trataba de comerme la sopa, la decisión tomó forma en mi mente: estaba listo para abrazar mi papel en este juego. Sería astuto, calculador y, sobre todo, implacable.

PABLO

Berlín Oriental, febrero de 1963

Lo había visto. Lo había tenido tan cerca que hubiera querido gritarle. Seguía estando igual que cuando le había visto por última vez. Sin barba ni bigote, solo con esas canas en las patillas que le habían salido a sus cuarenta y seis años. No debía de tener más, pero el tiempo que había pasado desde la última vez que lo vi parecía infinito.

Había querido gritarle. Correr hacia él, preguntarle dónde había estado todo este tiempo, por qué nunca regresó, por qué desapareció sin dejar rastro. Pero me contuve. Sabía que no debía hacerlo.

Lo seguí durante unos minutos, manteniendo la distancia, pero sin perderlo de vista. Cada paso que daba, cada movimiento suyo me arrastraba más profundamente en recuerdos que había intentado dejar atrás.

Él giró en una esquina, desapareciendo momentáneamente de mi vista. Mi corazón dio un vuelco. Aceleré el paso, casi corriendo tras él, temiendo que se desvaneciera de nuevo, como lo había hecho tantos años antes. Cuando llegué al final de la calle, lo vi entrar en un edificio viejo, de aspecto desgastado. Mi impulso inicial fue seguirlo, pero me detuve en seco.

No podía simplemente irrumpir en su vida después de tanto tiempo. No sabía en qué situación estaba ni qué habría hecho durante todos esos años. Podría estar envuelto en algo tan oscuro como lo que yo había visto o quizás había logrado escapar de todo aquello.

Me quedé parado frente a la entrada del edificio, respirando pesadamente. La ciudad parecía más fría de repente, más vacía. ¿Qué haría ahora? Había estado preparado para verlo, pero no para lo que vendría después.

Los días siguientes me dediqué a seguirlo, a observar cada uno de

sus movimientos con la precisión que me habían enseñado. No podía permitirme el lujo de cometer un error, así que lo espié meticulosamente, desdibujándome entre las sombras de Berlín, pasando desapercibido mientras él seguía su rutina. Descubrí que vivía una vida tan metódica como la que recordaba. Salía de su apartamento temprano por la mañana, siempre con la misma chaqueta gris, el sombrero ligeramente ladeado. Caminaba por las calles como si fuera un fantasma más en una ciudad llena de ellos.

Era increíble lo poco que había cambiado su apariencia, pero al mismo tiempo había algo nuevo en él, una tensión latente, un aire de inquietud que antes no existía. Tal vez fuera el peso de los años, de las experiencias, o tal vez lo que cargaba dentro fuera tan peligroso como lo que yo guardaba. Lo observé día tras día, sin saber qué era lo que buscaba exactamente, pero incapaz de detenerme.

Lo más intrigante fue el hombre al que parecía empeñado en acercarse. Un hombre alto, rubio, de porte distinguido, aunque siempre vestido de manera discreta, como si quisiera evitar llamar la atención. Lo seguía, lo observaba desde la distancia, siempre encontrando una excusa para estar en los mismos lugares. Desde los cafés hasta las galerías de arte, había algo en su forma de moverse que me recordaba a alguien que no quería ser visto, alguien que jugaba su propio juego.

Me dediqué a seguir también al americano, en un intento de entender quién era y por qué estaba en la vida de mi presa. Descubrí que trabajaba en la embajada de Estados Unidos, en el área cultural, lo que explicaba su presencia en las galerías y los eventos de arte. Parecía ser un hombre respetado en su campo, pero, al mismo tiempo, sus movimientos, su forma de actuar, no eran los de alguien que solo estuviera interesado en el arte. Era evidente que había algo más, algo oculto tras su fachada. ¿Qué quería Hugo de él?

Cada día que pasaba, sentía que me hundía más profundamente en sus vidas, en sus secretos. Y, cuanto más observaba, más crecía mi necesidad de intervenir, de comprender el porqué de su relación. ¿Estaba intentando obtener información de este hombre? ¿O era

algo más personal? Las noches que dedicaba a repasar lo que había visto no me llevaban a una conclusión clara, pero sí a una creciente sensación de que algo muy importante estaba en juego.

Estaba igual, pero tan diferente a la vez. Parecía una sombra de lo que había sido, como si llevara una fachada triste, como si cada paso que daba estuviera cargado de una melancolía que antes no existía en él. Observándolo desde lejos, lo notaba siempre hundido en sus pensamientos, con la mirada perdida, como si algo o alguien lo hubiera apagado por dentro. Era difícil de aceptar que aquel hombre, al que conocí lleno de vitalidad y determinación, ahora se moviera por la vida con tal desinterés.

Nunca lo veía sonreír. Los días pasaban y él mantenía esa expresión vacía, como si estuviera atrapado en una existencia triste, oscura y sin salida. Aquella chispa que había brillado en sus ojos, incluso en los peores momentos, se había apagado. Su rutina era mecánica, predecible, como si simplemente cumpliera con lo mínimo necesario para seguir adelante, pero sin encontrarle sentido a nada de lo que hacía.

Me asombraba darme cuenta de cuánto me afectaba verlo así. Verlo en aquella foto me había sorprendido y a la vez transmitido una paz de que siguiera con vida que no podía explicar con palabras, pero lo que tenía delante era un hombre quebrado, alguien consumido por los años de ausencia, por algo que aún no podía comprender.

Era como si llevara una capa de oscuridad que lo envolvía, una tristeza tan densa que podía sentirse a la distancia. Estaba tan cerca y, sin embargo, parecía tan inalcanzable, como si el hombre que había conocido ya no existiera, como si hubiera sido sustituido por una versión opaca de sí mismo, alguien que había dejado de luchar.



El café en el que me habían citado estaba oscuro aquella mañana de febrero y casi vacío, perfecto para reuniones en las que las palabras importaban más que las miradas curiosas. Las paredes amarillentas por el humo y la luz tenue de las lámparas creaban un ambiente

asfixiante, ideal para encuentros clandestinos. Frente a mí, sentado con su impecable traje gris, estaba el Lobo. Siempre parecía tenerlo todo bajo control, como si cada conversación fuera una partida de ajedrez en la que él iba varios movimientos por delante.

Encendió un cigarrillo, ofreciéndome uno mientras me observaba con esos ojos calculadores que parecían querer leer mi mente antes de que pudiera hablar.

—Hay novedades —dijo, con su voz baja y firme, mientras sacaba un sobre de su chaqueta y lo dejaba sobre la mesa con un gesto tranquilo—. Borísov irá a una exposición en la galería Kroll este jueves a las ocho. —Dio una larga calada, expulsando el humo lentamente, casi disfrutando de la pausa antes de continuar—. Tú también estarás allí.

Abrí el sobre sin prisa, aunque sentía la urgencia. Dentro, encontré una entrada para la exposición, simple, elegante. El pase perfecto para acercarme a Hugo sin levantar sospechas en sus círculos más cercanos. Fruncí el ceño, pensando en la situación.

—¿Por qué Borísov iría a una exposición? —pregunté, sin levantar la vista del papel que sostenía.

Sabía que Hugo amaba el arte. Era su vida. Algo quedaba intacto. Pero ¿por qué iba a ir a una exposición en Berlín?

El Lobo esbozó una leve sonrisa, la clase de sonrisa que me ponía los pelos de punta, como si supiera algo que yo aún no había descubierto.

—No es una simple exposición —dijo, dejando el cigarrillo en el cenicero con precisión—. Es una muestra de arte ruso.

Escuché en silencio, procesando cada palabra. Borísov, con su fachada dura y su lealtad inquebrantable al régimen, nunca habría mostrado interés en algo tan simbólico de Rusia, al menos no públicamente. Era una oportunidad única, aunque claramente peligrosa.

—¿Qué esperas que haga? —pregunté finalmente con mis dedos aún sosteniendo la entrada.

El Lobo se inclinó un poco hacia adelante, su mirada fija en la mía, como si quisiera asegurarse de que comprendiera lo que estaba en juego.

—Lo que haces —respondió con voz baja—. Observa. Escucha. Averigua a quién se acerca, quién más está interesado en esos cuadros. Borísov está rodeado de sombras, pero, en esa exposición, quizá puedas ver algo más claro.

Guardé la entrada en el bolsillo de mi abrigo, notando el peso simbólico que ahora tenía. Podía sentir que había algo más en juego que una simple exposición de arte. Borísov era una figura intocable y cualquier error por mi parte me costaría más que la misión.

—Y recuerda una cosa —añadió el Lobo con un tono que bordeaba la amenaza—. No actúes hasta que sepas algo concreto. Él no tolera fallos y, si te equivocas, no serás el único que pague por ello.

Mientras daba una calada más a su cigarrillo, exhaló el humo con calma, dejando que se disipara lentamente entre nosotros. Sus ojos seguían fijos en mí, como si estuviera esperando el momento justo para lanzar su siguiente jugada.

—Hay algo que necesitas saber —dijo con su voz baja y calculada —. Borísov no es solo un burócrata del régimen. Es uno de los mejores pintores de la nueva Rusia. Eso le ha dado poder y, más aún, acceso a círculos que ni tú ni yo podríamos tocar.

—¿Uno de los mejores pintores del régimen? —pregunté, intentando procesar la información—. ¿Cómo es que nunca he oído nada de eso?

El Lobo esbozó una sonrisa sarcástica, como si ya hubiera anticipado mi reacción.

—Porque no es algo que les guste anunciar —continuó—. Porque sabemos de la URSS lo que nos dejan saber.

Eso explicaba por qué Borísov asistiría a esa exposición. No solo por nostalgia, sino porque, de algún modo, lo conectaba con lo que era fuera de las estrictas reglas del régimen. Era una oportunidad para verlo bajo una luz distinta, en su propio terreno, como artista y no solo como funcionario.

—Y ahí es donde entras tú —añadió el Lobo, apagando su cigarrillo —. No solo se trata de espiar. Necesitas entender quién es realmente Borísov, cuál es su verdadera lealtad.

Me quedé en silencio, intentando asimilar lo que significaba esa nueva faceta de Borísov. No solo lo hacía más intrigante, sino

también más peligroso. Un hombre que sabía moverse en dos mundos, que ocultaba una parte de sí mismo, era alguien que no se podía subestimar.

—Y recuerda —añadió el Lobo mientras me levantaba para irme—, Borísov no es solo un objetivo. Es un hombre con una mente creativa. Y las mentes creativas… son impredecibles.

Lo sabía. Lo conocía bien, pero nada le importaba a él.

Salí del café con una sensación nueva. La entrada en mi bolsillo ya no era solo un pase para acercarme a Hugo, era una llave a su mundo interior, un mundo que podría ser tanto su fortaleza como su debilidad.

Asentí en silencio. Sabía que cada palabra suya era un recordatorio de lo que ocurriría si algo salía mal.



Mis dedos repasaban las líneas de un mapa del barrio donde se encontraba la galería Kroll. Había memorizado cada entrada, cada salida, cada rincón en el que alguien podría desaparecer en caso de problemas. No me podía permitir errores. Borísov era demasiado importante y el hecho de que fuera pintor solo hacía que su mundo estuviera lleno de sombras, de rincones a los que no había llegado aún.

Había pasado los últimos días revisando mi plan una y otra vez. Si algo salía mal, nadie me sacaría de allí. No tenía refuerzos, ni aliados en las sombras. Solo estaba el Lobo y su sutil amenaza de que, si fallaba, no viviría para contarlo.

El espejo de mi pequeña habitación en Berlín reflejaba la imagen que me había esforzado en crear. Era crucial encajar, no destacar, ser uno más entre los asistentes a la exposición. Llevaba un traje de corte sencillo, gris oscuro, con solapas estrechas y una corbata delgada. El pelo, engominado hacia atrás, se quedaba firme en su sitio. Cada detalle importaba, incluso ese. Parecía que solo faltaba el sombrero para que el disfraz fuera perfecto, pero ya casi nadie los llevaba.

Cuando finalmente llegó la hora, me puse el abrigo largo y me

guardé la entrada en el bolsillo. Sentía el peso de la misión en cada paso, como si algo invisible se apretara en mi pecho. Sabía que esta no sería una simple exposición. Era algo mucho más grande.

El aire frío de Berlín me golpeó en cuanto salí a la calle. Las luces de los faroles iluminaban las aceras húmedas y reflejaban los rostros apagados de los berlineses que caminaban rápido, como si siempre tuvieran algún lugar al que llegar. Me dirigí hacia la galería, pasando por las mismas calles que había trazado en mi mente mil veces. Mis pasos eran rápidos, pero mi mente estaba alerta, revisando cada esquina, cada sombra.

Sentía el roce del reloj de pulsera en mi muñeca, el ligero peso de la entrada en mi bolsillo. El frío de la calle me cortaba el rostro, pero no me molestaba; me mantenía atento. Caminé con determinación hacia la galería Kroll, cada paso medido. El eco de mis zapatos resonaba en las calles vacías, mientras los carteles propagandísticos en las esquinas recordaban la vigilancia constante. En ese lugar, uno nunca caminaba solo. Siempre había ojos.

La galería estaba ubicada en una zona relativamente tranquila, lejos de las principales avenidas, y tenía ese aire solemne que siempre acompaña a los lugares que exhiben arte. Al llegar, noté de inmediato la seguridad en la puerta. Dos guardias controlaban la entrada, revisando cada invitación con detenimiento, pero mi pase era legítimo. No había razón para sospechar de mí.

Presenté la entrada y, tras una breve inspección, me dejaron pasar. El interior de la galería estaba iluminado con una luz suave y cálida que contrastaba con el frío de afuera. Había ya un buen número de personas, todas caminando lentamente entre las obras expuestas, murmurando en voz baja. Me detuve un momento, escaneando la sala. Entre los rostros que se movían, algunos me parecían familiares, pero no sabía si era fruto de mi paranoia o si realmente ya había cruzado caminos con algunos de ellos.

Me dirigí hacia una de las paredes laterales, buscando una mejor posición desde donde observar la entrada.

Me detuve frente a un cuadro de paisajes rusos. Era de un verde profundo, los trazos algo toscos pero llenos de nostalgia. Un paisaje que evocaba tiempos que ya no existían o que tal vez nunca habían

existido. Los murmullos de los asistentes flotaban a mi alrededor, pero yo seguía con la mirada fija en la entrada.

Y entonces, lo vi. Borísov.

Entró con la misma calma con la que siempre lo hacía, como si el tiempo se moviera más despacio a su alrededor. Su pelo se había vuelto ligeramente canoso en las patillas, con esas mismas líneas duras que recordaba. Lo llevaba sin engominar, con la raya hecha hacia el lado izquierdo. Vestía un abrigo negro, y aunque su porte era el de un hombre imponente, algo en su expresión revelaba cansancio. Sus ojos recorrían la sala, pero no como alguien que busca reconocimiento. Era más bien como si estuviera esperando algo.

Me quedé quieto, sin moverme ni un centímetro, observando cómo avanzaba por la galería. A su alrededor, un pequeño grupo de conocidos lo saludaba y él respondía con una leve inclinación de cabeza, cortés pero distante.

Mi misión era observar y, sobre todo, esperar el momento adecuado para actuar.

La exposición estaba llena de propaganda comunista disfrazada de arte. Los retratos de líderes y figuras importantes del régimen ocupaban las paredes principales, monumentales y fríos. Sus miradas severas, sus posturas rígidas, todo diseñado para imponer respeto y temor. Cada pincelada era un recordatorio de la autoridad omnipresente, de las reglas que regían nuestras vidas. Los cuadros más pequeños, discretos en las esquinas, mostraban escenas de trabajadores, campesinos y fábricas que funcionaban como relojes perfectos. Pero lo que más me llamó la atención fueron los nombres al pie de las obras. «Borísov», una y otra vez.

Su estilo era inconfundible, severo, pero con una tensión oculta, como si cada cuadro contuviera un susurro de duda, de rebelión apenas perceptible.

Me encontraba frente a uno de sus retratos, un cuadro de un hombre de expresión dura, vestido con un uniforme militar. La luz que caía sobre el lienzo hacía que las líneas de su rostro parecieran aún más marcadas, casi desproporcionadas. Lo miraba sin realmente verlo, con la mente ocupada en algo distinto, en lo que vendría

después.

—Sabe, he notado que me ha estado siguiendo estos días. —Una voz tranquila y profunda rompió el silencio a mi lado. Me hablaba en castellano y aquello me sorprendió.

Me quedé inmóvil, mi corazón saltó un latido, pero no aparté la mirada del cuadro. Sabía quién era y lo que significaba esa voz.

—¿Sabe quién soy? —pregunté, sin dejar de mirar el retrato frente a mí, como si la conversación no fuera más que otro susurro entre el murmullo de la galería.

Borísov, de pie junto a mí, mantenía la vista fija en el mismo cuadro. Ni una palabra más. El silencio se alargó entre nosotros, pero no era incómodo, era cargado de significado, como si ambos estuviéramos esperando a que el otro diera el siguiente paso.

—Sé lo suficiente —respondió, finalmente; su tono controlado, carente de cualquier emoción evidente—. Sé que no está aquí por amor al arte.

Mi respiración se mantuvo firme, pero mi mente corría. La tensión en el aire era palpable, como si las palabras no dichas fueran más importantes que las que compartíamos. Ambos mirábamos el retrato, pero había algo más en juego.

—El arte puede ser una buena excusa para muchas cosas —respondí suavemente, sin alterar mi expresión.

Borísov dejó escapar una risa corta, seca, sin apartar la vista del cuadro. Era una risa que no traslucía alegría, solo el reconocimiento de lo obvio.

—Cierto, pero no le veo como alguien que venga a admirar la propaganda —replicó, su tono todavía neutro, casi indiferente, pero con un filo oculto—. Los ojos nunca engañan. Ha estado usted demasiado atento, demasiado cerca.

Me arriesgué a mirarlo de reojo. Su rostro seguía impasible, pero había algo en su postura, en la forma en que sus dedos acariciaban el borde de su abrigo, que delataba que sabía más de lo que decía.

—No soy el único que ha estado observando —le dije, midiendo mis palabras—. ¿Por qué estoy aquí, entonces? Si sabía que le seguía, podría haber hecho algo antes.

Se giró hacia mí, despacio, como si quisiera asegurarse de que

cada movimiento contara. Yo, sin pensarlo, hice lo mismo. Por un breve momento, estuvimos frente a frente, rodeados por los murmullos de la galería, el eco lejano de las voces, y las luces cálidas que caían sobre los cuadros. Pero en ese instante, todo lo demás desapareció. Éramos solo él y yo.

Lo miré a los ojos, esos mismos ojos que recordaba de otros tiempos, de otro lugar. Y, entonces, algo cambió en su mirada. Al principio pareció no reaccionar, pero vi cómo una pequeña chispa de reconocimiento surgía lentamente, como si hubiera conectado las piezas de un rompecabezas que había estado intentando resolver.

Su expresión permaneció inmutable, pero sus ojos… sus ojos lo decían todo. Sabía quién era yo. Y yo lo sabía también.

Los segundos se alargaron como si fueran horas. Ninguno de los dos dijo una palabra, pero no hacía falta. Borísov me había reconocido. Lo vi en el ligero fruncimiento de sus cejas, en la tensión apenas visible en su mandíbula. No era solo la sorpresa, era algo más profundo. Era como si ambos supiéramos que este momento había sido inevitable desde el principio, como si todo lo que habíamos hecho nos hubiera conducido exactamente a este lugar y a esta exposición.

El aire se volvió denso entre nosotros, cargado de todo lo que no se había dicho en años, de los recuerdos enterrados y de las cicatrices que compartíamos.

—Albert… —murmuró finalmente, apenas audible, como si pronunciar mi nombre significara devolverme de algún modo a su realidad.

Mi corazón saltó al escucharlo decir mi nombre después de tanto tiempo. No sabía si era alivio, miedo o algo más lo que sentía en ese instante, pero sabía que había cruzado una frontera invisible. El juego había cambiado.

—Hugo —respondí, mi voz baja, tensa, como si nombrarlo significara reafirmar que el hombre que tenía delante no era una ilusión.

Nos quedamos allí, mirándonos, como si el mundo a nuestro alrededor no existiera. Nos reconocimos en ese silencio pesado, en esa conexión rota que, de alguna manera, nunca había terminado de

desaparecer.

Mantuvo su mirada fija en la mía por un instante más, pero rápidamente su expresión cambió, se volvió fría, controlada. Los murmullos de la galería parecían recobrar vida a nuestro alrededor, trayéndonos de vuelta a la realidad.

—Aquí no —susurró, apenas moviendo los labios.

Sin decir nada más, dio media vuelta con la misma calma que había mostrado al entrar. Se deslizó entre la multitud, dejándome solo frente al retrato del militar que había sido testigo de nuestro reencuentro. Me quedé ahí, intentando procesar lo que acababa de pasar, sintiendo la urgencia de seguirlo, pero también sabiendo que Hugo tenía razón. No era el momento ni el lugar.

Mis ojos lo siguieron sin moverme del sitio, viendo cómo se alejaba hacia una de las esquinas de la galería. Después de un rato, lo vi desaparecer detrás de una puerta, la que llevaba a los baños. La decisión fue casi automática. Mi cuerpo empezó a moverse antes de que mi mente pudiera oponerse. Caminé tras él, asegurándome de no levantar sospechas.

Al llegar al baño, empujé la puerta y lo vi allí, de espaldas a mí, inclinado sobre una de las letrinas. El ruido del agua corriente y el eco de las paredes azulejadas llenaban el espacio. Nadie más estaba dentro. Me acerqué lentamente y, sin mirarnos, ambos nos colocamos en las letrinas, como si aquello fuera lo más natural del mundo.

—Berlín tiene ojos. Siempre hay alguien mirando —dijo Hugo en voz baja, sin apartar la vista del frente—. Es mejor ser discretos.

Podía sentir la tensión en su voz, esa mezcla de advertencia y algo más. Sus palabras eran un recordatorio de dónde estábamos y del peligro constante que nos rodeaba. No era solo un comentario casual, era una lección de supervivencia. Ambos sabíamos lo que significaba ser observados.

—¿Dónde vives? —me preguntó de repente, con su tono directo.

—En Prenzlauer Berg —respondí, la dirección exacta ya en mi cabeza, pero sin atreverme a decirla en voz alta, consciente de las paredes que podrían escuchar.

—Vete —dijo sin vacilar, cerrando la cremallera y dándose la vuelta

para mirarme por primera vez desde que habíamos entrado al baño —. Tras la exposición iré a verte.

Había algo definitivo en su voz, como si no hubiera espacio para la duda o el debate. Sabía que no podía insistir. Hugo no siempre había sido así, seguro y calculador. Pero, si decía que vendría, lo haría. Lo mejor que podía hacer era obedecerlo y desaparecer de allí lo más rápido posible.



Tocaron a la puerta de forma acelerada, casi frenética, como si el tiempo se hubiera vuelto un lujo que no podían permitirse. El sonido resonó en el pequeño apartamento, rompiendo el silencio pesado que había reinado desde que había llegado a casa hacía ya varias horas.

El reloj en la pared marcaba las once pasadas. La ciudad seguía viva afuera, pero en mi mundo todo estaba en pausa, a la espera. Sabía quién era, o al menos, tenía una idea.

Me levanté lentamente del sillón, mi cuerpo tenso, las piernas ligeramente entumecidas por el tiempo que había pasado sentado, esperando. Crucé el estrecho pasillo en tres pasos rápidos y, antes de abrir, respiré hondo. Si era él, todo cambiaría esta noche.

Giré el pomo con cuidado y, al abrir la puerta, me encontré con la figura de Hugo, de pie frente a mí, su abrigo aún empapado por la humedad del frío exterior, la mirada intensa y cansada a la vez. Nos miramos en silencio durante un segundo que pareció alargarse como si ambos estuviéramos calibrando qué decir, qué hacer.

Entró apresuradamente, sin esperar ni un segundo, y yo cerré la puerta tras él mientras se movía por la habitación con rapidez, casi de manera automática. Lo vi dirigirse a cada ventana, tirando de las cortinas, asegurándose de que ninguna rendija quedara abierta. Su mirada era rápida, evaluando cada rincón de la estancia como si en cualquier momento algo o alguien pudiera irrumpir desde la oscuridad.

Yo permanecí junto a la puerta, observando cómo su cuerpo tensaba cada gesto. Cerraba cada cortina con más fuerza de la

necesaria, como si intentara contener algo más que solo la luz que pudiera entrar desde la calle. Algo en su forma de moverse me decía que ya no estaba solo preocupado, sino que estaba jugando a ganar tiempo.

—¿Qué está pasando? —le pregunté, intentando que mi voz sonara firme a pesar del nudo que se me empezaba a formar en el estómago.

Hugo, ahora frente a la última ventana, tiró de la cortina con un gesto definitivo. La habitación quedó sumida en la penumbra, apenas iluminada por una tenue lámpara en una esquina. Giró hacia mí, sus ojos oscuros y cargados de una gravedad que no había visto en él desde la última vez que habíamos estado así, cara a cara, en otro tiempo, en otra vida.

Hugo se quedó allí, inmóvil, y me miró como si estuviera viendo algo que no había esperado encontrar. Su respiración era pesada, tenía los hombros ligeramente caídos, como si toda la tensión de la ciudad se hubiera aferrado a él.

—¿Eres tú? —preguntó de repente con su voz rompiendo el silencio, cargada de una mezcla de incredulidad y cansancio, mientras dejaba que sus ojos se fijaran en los míos con una intensidad que me congeló por un segundo.

Sentí cómo las palabras se me atoraban en la garganta. No estaba seguro de lo que esperaba escuchar, ni si esa pregunta era un reto o un intento de confirmar algo que él ya sabía. La habitación, de repente, se hizo más pequeña, las paredes parecían cerrar el espacio entre nosotros.

—Soy yo —respondí finalmente, mi voz más baja de lo que esperaba, casi un susurro.

La duda en su rostro se desvaneció, pero lo que quedó en su lugar no fue alivio, sino algo más profundo, más oscuro. Hugo se llevó una mano al pelo y se lo despeinó, como si intentara ordenar los pensamientos que parecían estar desbordándose dentro de su mente.

—Durante todo este tiempo… —murmuró, más para sí mismo que para mí.

Sus palabras cayeron como piedras entre nosotros, y por primera

vez desde que había entrado en mi casa, sentí que estábamos a punto de cruzar una línea de la que ninguno de los dos podría regresar.

Hugo me miró por unos segundos más, el silencio pesado entre nosotros cargado de todo lo que no se había dicho. Entonces, sin previo aviso, se me acercó, dando un paso hacia mí que hizo que mi corazón se acelerara. Pude sentir el calor de su cuerpo antes de que sus manos, firmes pero temblorosas, se apoyaran en mi rostro.

No hubo palabras. Solo el roce de sus labios contra los míos. El beso fue intenso, lleno de una urgencia reprimida, como si los años de distancia y de no saber si volveríamos a vernos hubieran creado una necesidad que ya no podía contenerse. Mi espalda se apoyó contra la pared mientras sus manos descendían por mi cuello, aferrándose a mi camisa, como si temiera que me desvaneciera.

Seguí su beso con la misma intensidad, con la mente perdida en el momento, olvidando cualquier peligro, cualquier duda. Nuestros cuerpos se acercaron más y, lo que comenzó como un beso desesperado se fue volviendo más profundo, más consciente. Sus labios eran suaves pero firmes, y su respiración se mezclaba con la mía mientras su mano recorría mi pecho, desabrochando los botones uno a uno.

Los minutos se desvanecían y el mundo fuera de esas cuatro paredes parecía desintegrarse. Mi propia respiración se hacía más rápida mientras sentía sus manos explorar cada centímetro de mi piel, su cuerpo presionado contra el mío, tan cerca que ya no sabía dónde terminaba él y empezaba yo.

Nos movimos hacia el sofá, sin romper el contacto. Mi camisa cayó al suelo y la de él la siguió pronto, dejando la piel expuesta al roce de las manos, al calor compartido. Sus dedos, cálidos y seguros, descendieron lentamente por mi espalda, mientras nuestras respiraciones se volvieron jadeos entrecortados.

Cada contacto de su piel contra la mía encendía algo más profundo dentro de mí, una necesidad que había estado dormida durante años. Sentía el peso de su cuerpo sobre el mío, el calor de su piel desnuda mientras nuestras manos se encontraban en un ritmo que parecía imposible de detener.

Sus labios descendieron lentamente por mi cuello, dejando una estela de calor que hacía difícil pensar en otra cosa que no fuera el presente, el momento que compartíamos. Mis manos recorrían su espalda, sintiendo cada músculo moverse bajo la piel, mientras nuestros cuerpos se entrelazaban de forma instintiva, buscando ese contacto que parecía necesario, inevitable.

Cada roce, cada movimiento, parecía un eco de algo más profundo, algo que habíamos perdido en el tiempo pero que ahora nos reclamaba. Nuestros cuerpos se movían al unísono, como si cada gesto fuera un lenguaje que habíamos olvidado, pero que ahora recordábamos perfectamente. Era un baile íntimo, lleno de deseo reprimido y de emociones que no podíamos negar.

El espacio entre nosotros se hacía cada vez más pequeño, hasta que solo quedaban nuestras respiraciones, entremezcladas, y la certeza de que no había vuelta atrás. Los sonidos de la ciudad se desvanecieron y, por un momento, solo existíamos él y yo, enredados en algo más grande que nosotros mismos.

Aquella noche fue la primera de las muchas que volvieron.

HUGO

Berlín Oriental, marzo de 1963

Había pasado un mes desde que había visto a Pablo por primera vez en aquella exposición. Desde que nuestros mundos chocaron de nuevo, pero esta vez bajo las sombras de Berlín. Durante semanas, intenté mantenerme al margen, tratar de creer que podía protegerlo, que podría sostener lo que teníamos sin que Viktor se diera cuenta de que algo no iba bien. Pero Berlín era una ciudad de espejos rotos y ojos en cada esquina, y ya no podía ocultar lo que se estaba desmoronando a mi alrededor.

Me habían citado una vez más en el despacho de Viktor. El aire era espeso, cargado de humo y tensión. Desde hacía semanas, la presión se había vuelto insoportable y la frialdad en los ojos de Viktor se hacía más intensa cada vez que nos veíamos. Sabía que no podía seguir fingiendo por mucho más tiempo. Había jugado al borde del abismo, pero el tiempo de las medias verdades se había terminado.

Me senté frente a su escritorio, sintiendo el peso de su mirada fija en mí, como si ya supiera lo que iba a decir. Y probablemente lo sabía. El silencio se extendió entre nosotros como una red que me atrapaba cada vez más. Viktor no era hombre de muchas palabras cuando quería una confesión. Prefería el silencio incómodo, la presión de la espera.

—Sabes por qué estás aquí, ¿verdad, Borísov? —dijo finalmente, sin apartar la mirada de mí. Su voz era baja, pero cada palabra caía con el peso de una sentencia.

Asentí, sin atreverme a hablar aún. Las palabras estaban ahí, pero se sentían como piedras en mi garganta. Lo que iba a decir cambiaría todo. Pero no había marcha atrás. No si quería sobrevivir. No si quería seguir viéndolo.

—Viktor —empecé, deteniéndome un instante mientras buscaba las palabras exactas—, he estado vigilándolo.

Viktor se inclinó hacia adelante, apoyando los codos en el escritorio y, por un momento, pude sentir su aliento cargado de tabaco en mi rostro.

—Y has encontrado algo, ¿no es así?

Tomé aire, intentando que mi voz no traicionara la mezcla de emociones que bullían dentro de mí. Lo estaba haciendo por él. Por Pablo. Si lo delataba, lo mantendría vivo. Podría seguir viéndolo, aunque fuera bajo la vigilancia del régimen. Era la única manera. Viktor ya lo sabía, y yo tenía que confirmarlo.

—Sí —dije, sin rodeos esta vez—. Está relacionado con los estadounidenses.

Sentí cómo las palabras llenaban la habitación, apagando cualquier posibilidad de retractarme. Viktor me miró con una sonrisa casi imperceptible, esa sonrisa que siempre anticipaba que las piezas de su juego comenzaban a encajar.

—Sabía que tarde o temprano lo verías, Borísov —murmuró, recostándose en su silla con una satisfacción que me resultaba insoportable—. ¿Qué más has descubierto?

Me humedecí los labios, sintiendo el amargo sabor de la traición en cada palabra que salía de mi boca.

—Está en contacto con alguien. Lo he visto reunirse con varias personas en las últimas semanas. Tienen que estar vinculados a la inteligencia occidental. Lo estaba siguiendo, Viktor. Lo vi todo.

Viktor asintió, tomando nota mental de cada palabra. Su mirada estaba fija en mí, pero ahora había algo distinto en su expresión. Algo que me hizo sentir que mi decisión, por terrible que fuera, me había hecho ganar más tiempo.

—Has hecho lo correcto —dijo al fin—. Esto te mantiene a salvo, Borísov. Y ahora podemos usarlo a nuestro favor.

—¿Puedo seguir viéndolo? —pregunté antes de poder detenerme. Mi voz salió más ansiosa de lo que había querido, y lo odié por notar mi debilidad.

Viktor levantó una ceja, claramente sorprendido por mi petición. Después de un silencio que me pareció eterno, asintió lentamente.

—Lo vigilarás de cerca. Como hasta ahora. Si queremos desmantelar la red occidental, necesitamos que sigas cerca de él.

Pero no lo olvides: mantén los pies en la tierra.

Me levanté, sintiendo que mis piernas apenas me sostenían. Había llevado a cabo la traición, pero lo peor era que lo había hecho para seguir viéndolo. Para mantenerlo cerca, aunque eso significara entregarlo a la bestia.

Me quedé allí, parado en la calle, viendo cómo la promesa de traición sellaba mi destino. Delatarlo significaba destruir a Pablo, pero no tenía opción. Quizá, si jugaba mis cartas con suficiente cuidado, podría salvarnos a ambos o, al menos, no perderlo por completo. Aunque esa misma mentira fuera la que terminara por destruirnos.

Hablarle a Viktor sobre él me aseguraba que los rusos lo verían como algo más que una simple presa. Si lograba que lo consideraran valioso para la causa, si creían que podía ser útil, querrían mantenerlo cerca. Y eso me daba tiempo. Tiempo para nosotros, aunque fuese en este extraño juego de sombras.



Las semanas después de aquella delación fueron un vaivén entre el deber y el deseo. Nos encontrábamos de manera clandestina, en calles oscuras donde nadie se atrevía a mirar demasiado tiempo. Las sombras nos ofrecían el anonimato que necesitábamos, el refugio de esos ojos vigilantes que parecían estar en todas partes. Paseábamos sin hablar demasiado, conscientes de que cualquier palabra en falso podría significar el fin.

En su apartamento, todo era diferente. Las cortinas siempre cerradas, la luz tenue que apenas iluminaba el lugar, lo hacían sentir como si estuviera en un mundo aparte, uno donde el tiempo se detenía. Ahí, lejos de la vigilancia constante de Berlín, nos permitíamos bajar las defensas. Nos tocábamos sin miedo, sabiendo que, fuera de esas cuatro paredes, la ciudad era una trampa, y la distancia entre nosotros debía perdurar.

El sofá viejo del apartamento se había convertido en nuestro santuario, donde podíamos recostarnos, hablar de cosas triviales o simplemente compartir silencios largos. Nuestros cuerpos, que fuera

permanecían separados, se encontraban ahí, en esos momentos robados. Sabía que era peligroso. Cada mirada, cada caricia, era un desafío a la realidad que ambos vivíamos. Pero, a pesar de todo, seguíamos. Cada noche que pasábamos juntos me reafirmaba lo que había sentido desde que lo volví a ver: aún lo quería. Aún lo necesitaba.

Él nunca preguntaba por qué. Nunca me interrogaba sobre las decisiones que estaba tomando. Quizá sospechara. Tal vez entendiera que todo era parte del mismo juego en el que estábamos atrapados. Pero, en esos momentos, en su pequeño apartamento de Berlín, el peso del mundo se desvanecía por unas horas y solo existíamos él y yo, intentando sobrevivir, juntos, en medio de esa tormenta.

Siempre era igual. Nos encontrábamos en su apartamento, con las cortinas bien cerradas y la luz apenas encendida, creando ese ambiente donde lo clandestino parecía natural. Después de pasar horas con él, compartiendo caricias furtivas y susurros, cuando finalmente caía rendido, yo me levantaba en silencio. Observaba su respiración tranquila, sus ojos cerrados, y luego me deslizaba por la habitación, como una sombra, buscando entre los papeles que tenía dispersos.

Había venido a Berlín por algo, pero ¿qué? Esa pregunta me quemaba la mente cada noche. Sabía que no estaba allí por casualidad. Todos teníamos una razón para estar en esta ciudad dividida y, si quería seguir viéndolo sin que mis superiores empezaran a sospechar, necesitaba encontrar la suya.

Revisaba cuidadosamente, asegurándome de no dejar rastro. Cartas, documentos, cualquier pista que pudiera conectar a Pablo a algo más grande, algo que yo pudiera usar para mantenerme cerca sin levantar alarmas. Era una traición sutil, cada movimiento guiado por la necesidad de protegerme y protegerlo a la vez. Si encontraba lo que necesitaba, podría informar a Viktor, darle lo justo para mantener el juego en marcha sin acabar con Pablo.

Pero también había algo más. Al buscar entre sus cosas, sentía una extraña mezcla de culpa y desesperación. No quería perderlo, pero sabía que, si no lo hacía, si no me adelantaba a la situación, la KGB

acabaría descubriendo todo. Y, entonces, no habría lugar donde esconderse. Pablo sería prescindible.

Mis manos temblaban a veces cuando encontraba un fragmento de información, algo que podría conectarlo con los americanos o con cualquier otra red. Cualquier cosa que le diera valor ante mis superiores, que hiciera que lo mantuvieran vivo. Buscaba la manera de conservar ese delicado equilibrio: seguir informando lo justo, para que pensaran que lo tenía bajo control, y, al mismo tiempo, estar con él un poco más. Cada noche era una carrera contra el reloj y sabía que no podría prolongarla para siempre.

Pero, mientras tanto, cada instante que pasaba en ese apartamento era un momento más con él.

Con el tiempo, nuestra rutina comenzó a adoptar un patrón constante, casi familiar. Como si el tiempo, ese mismo que íbamos construyendo, no hubiera pasado por nosotros.

En su apartamento, cada noche, había una especie de ritual silencioso. Después de los encuentros breves y apasionados, cuando el sudor se secaba y las respiraciones volvían a un ritmo más lento, me quedaba a su lado hasta que caía dormido. Su cuerpo junto al mío era como una sombra familiar, pero esta vez todo estaba impregnado de una tensión que nunca había existido en aquellos tiempos en París.

Eran recuerdos que surgían sin aviso, escenas que me golpeaban cuando lo miraba caminar por la habitación desnudo y yo me quedaba en la cama tirado o cuando, en la oscuridad, sentía el peso de su cuerpo junto al mío. Aquellos días en París habían sido de una libertad que ya no existía. Allí, en mi recuerdo, todo parecía más luminoso, más sencillo, como si el mundo aún no hubiera caído en esa espiral de desconfianza.

Nos encontrábamos en cafés clandestinos, en callejones donde las luces apenas alcanzaban a iluminar los adoquines. Berlín siempre parecía estar observando, con sus ojos invisibles en cada esquina. Ya no había risas, ni esas conversaciones ligeras que alguna vez habíamos compartido. Ahora, cada palabra pesaba y la sospecha lo envolvía todo. Aunque él intentaba mantener la apariencia de normalidad, yo sabía que lo sentía igual. Lo veía en sus ojos, en la

forma en que siempre miraba sobre su hombro antes de entrar en cualquier lugar.

Después de esas noches de complicidad silenciada, cuando él dormía, yo volvía a mi búsqueda. Era un juego sucio, uno que odiaba más de lo que estaba dispuesto a admitir, pero era necesario. Movía lentamente los papeles que encontraba en su escritorio o en la pequeña mesa junto al sofá, cuidando de no hacer ruido. Cada pequeño hallazgo me acercaba un poco más a descubrir qué lo había traído a Berlín, cuál era su verdadera misión. Sabía que, si no lo descubría pronto, otro lo haría por mí y me volverían a apartar de su lado. Y, entonces, no habría nada que pudiera hacer para protegerlo.

Una noche, mientras deslizaba los dedos por un viejo sobre entre sus cosas, algo captó mi atención. Era un documento que no había visto antes, uno que parecía desgastado por el tiempo, con el borde doblado y algunas manchas en las esquinas. Mi corazón se aceleró. El papel, lleno de anotaciones en clave y nombres que no pude reconocer de inmediato, hablaba de reuniones, de encuentros con personas desconocidas. Mi mente comenzó a enlazar los fragmentos.

Las palabras «reporte» y «contacto» estaban subrayadas, con un énfasis que no podía ignorar. Al fondo, en letras pequeñas, había algo aún más inquietante: Washington. Era todo lo que necesitaba. Suficiente para ir con Viktor y decirle que Pablo estaba vinculado a los americanos, que tenía razón. Lo suficiente para que siguieran vigilándolo y, sobre todo, para que me permitieran mantenerme cerca.

Seguí escudriñando el documento, sintiendo cómo una mezcla de alivio y angustia se arremolinaba en mi pecho. Era como si cada línea que leía me acercara más a la verdad, pero también me empujara hacia una traición más profunda, que ya no podría deshacer.

Las palabras estaban codificadas, pero, con un poco de paciencia, comenzaban a tomar forma en mi mente. Notas breves sobre encuentros clandestinos, referencias vagas a paquetes y entregas, pero lo más importante era esa mención a Washington. Lo que antes me parecía un indicio débil ahora se revelaba como algo mucho más

serio. Pablo estaba involucrado en algo que no solo tenía que ver con Berlín, sino con una red más amplia, algo que conectaba ambos lados del muro. Su estancia aquí no era casualidad, y yo lo sabía desde el principio, pero ahora tenía la prueba que mis superiores necesitaban.

Al leer más, encontré una mención a nombres que reconocí como contactos de alto nivel en la inteligencia de Estados Unidos, hombres con los que se había reunido en varios puntos de la ciudad y que yo, en algún momento, había tenido que seducir. Parecía que estaban organizando algo grande, algo que los rusos no podían ignorar. La KGB necesitaba saber de esto, pero yo… necesitaba que ellos me dejaran seguir estando cerca de él. No podía dejar que lo atraparan sin más. Si lo delataba, mi única esperanza era que lo quisieran vivo, que lo consideraran lo suficientemente importante para usarlo como peón.

Encontré una pequeña libreta, escondida entre los papeles más triviales. Al abrirla, vi detalles más específicos: ubicaciones de reuniones, los nombres de hoteles en los que había estado, incluso un par de contraseñas escritas a la ligera. Todo indicaba que Pablo estaba mucho más involucrado de lo que había imaginado. Sentí un nudo en el estómago. Todo esto iba más allá de una simple misión de vigilancia, más allá de lo que yo había esperado. Pablo no era solo un simple espía; aquel desconocido al que yo quería, a pesar de no conocerlo, estaba profundamente involucrado en las redes de la inteligencia americana. El tiempo había pasado. Para mí, para él, para ambos. Era inevitable. Y, a su paso, nos habíamos hundido hasta el cuello en las arenas movedizas que iba dejando con el tictac de su manilla.

Pero, a pesar de aquello, yo quería protegerlo. Al fin y al cabo, por eso había empezado todo.

PABLO

Berlín Oriental, abril de 1963

Sabía que Hugo iba a aparecer por allí. En aquel edificio abandonado, el Lobo y yo esperábamos, en silencio. Las sombras de la noche envolvían las paredes descascaradas, y solo el leve crujir de la madera rota bajo nuestros pies rompía la quietud. Mi cuerpo estaba tenso, mis pensamientos revoloteaban entre la incertidumbre y el miedo. Me repetía que, esta vez, debía controlarlo todo. Nada de lo que ocurriera esa noche podía escapar de mis manos.

Había algo en el ambiente, una sensación densa, como si cada segundo que pasaba sin que Hugo llegara fuera una prueba de nuestra paciencia. Miré de reojo al Lobo. Su semblante era impenetrable, una máscara de frialdad que nunca dejaba entrever lo que pensaba realmente. No le gustaba Hugo, lo sabía, pero ambos lo necesitábamos.

Había visto una mancha en el papel encima de la mesa del comedor antes de salir de casa aquella mañana. Un descuido de Hugo. La tinta corría en el borde, una señal de urgencia, pero me había bastado para entender que algo iba mal. Todo lo que habíamos construido hasta ahora pendía de un hilo. Algo había cambiado en él.

De pronto, oímos pasos. Lentos, firmes. La figura de Hugo emergió de la penumbra del pasillo, su silueta se recortaba contra la luz tenue que entraba por las ventanas rotas. El Lobo y yo intercambiamos una mirada rápida.

Hugo se detuvo frente a nosotros, su rostro inescrutable, pero sus ojos me buscaron por un segundo, y en ese instante supe que, esa noche, todo cambiaría.

Esperaba que no estuviéramos allí, justo en la entrada, como dos sombras silenciosas aguardando por él. Pude ver el desconcierto en sus ojos, aunque lo escondiera bien. Se detuvo en seco, sus manos

se tensaron levemente, como si estuviera listo para retroceder. Debió de sentirse acorralado. No hacía falta ser un genio para notar que estaba a punto de girarse y largarse sin decir una palabra.

Vi cómo su mirada buscaba una salida, una ruta de escape que lo alejara de aquel lugar. Sabía que, en el fondo, siempre tenía una puerta trasera preparada. Hugo se había vuelto cauteloso, pero esta vez lo vi más ansioso, como si su propio juego estuviera empezando a volverse en su contra.

—Quédate —le dije, rompiendo el silencio. Mi voz salió más firme de lo que esperaba, como si fuera una orden disfrazada de súplica.

Él me miró por un instante, y noté el conflicto en su rostro. Sabía que quería irse, que estar allí con nosotros lo hacía sentirse vulnerable, expuesto. Pero también sabía que no podía, no sin que todo lo que habíamos compartido quedara en evidencia.

—Tenemos que hablar —añadí, intentando mantener el control, aunque el miedo a que todo se desmoronara me quemaba por dentro.

El Lobo, a mi lado, no dijo nada, pero su presencia bastaba para dejar claro que no había opción. Si Hugo se marchaba ahora, no habría vuelta atrás.

La tensión en la habitación era palpable. El aire estaba cargado de expectación, mientras el Lobo me observaba con esos ojos penetrantes, como si midiera cada uno de mis movimientos. Hugo, frente a nosotros, mantenía su compostura, pero podía ver cómo las preguntas y las dudas bailaban en su cabeza. No era casualidad que hubiéramos escogido ese momento para hablar con él, y mucho menos que lo hubiéramos citado en un edificio abandonado, lejos de oídos indiscretos.

El Lobo fue el primero en romper el silencio.

—Sabemos lo que estás haciendo, Borísov—dijo, su voz grave, aunque calculada, sin dejar lugar a errores—. La KGB confía en ti, cree que eres uno de los suyos. Lo has hecho bien hasta ahora.

Hugo no reaccionó de inmediato, pero pude ver cómo sus músculos se tensaban ligeramente, como si estuviera preparándose para lo que iba a venir. Sabía que no iba a ser una conversación normal. El Lobo tenía algo en mente, algo que iba a cambiar el curso

de todo.

—Pero hay una oportunidad, una que no puedes dejar pasar —continuó el Lobo, dando un paso hacia él—. La KGB no es tu única opción. De hecho, es la peor de todas.

Yo observaba a Hugo con detenimiento. Sus ojos no revelaban nada, pero el ambiente de la habitación se volvía más denso con cada segundo que pasaba en silencio. Sabía que esto lo tomaría por sorpresa, pero también sabía que era lo suficientemente inteligente como para captar las señales.

—Te estamos ofreciendo una alternativa —dije, interviniendo antes de que el Lobo pudiera seguir presionando—. Sabemos que no confías en ellos, y tampoco deberías. Y no lo sé porque me lo hayas dicho tú, pero sé quién eres. Y sé que algo te dice que esto está mal. Pero puedes mantenerte en tu lugar un tiempo y trabajar con nosotros.

El Lobo asintió con los ojos fijos en Hugo. Lo hacía porque sospechaba de él, como si fuera a hacer cualquier cosa mientras que yo lo veía tan indefenso…

—La CIA —añadió, con la misma calma—. Sabemos que tienes acceso a información valiosa. Puedes seguir con los rusos, hacerles creer que eres su hombre, pero, en realidad, estarás trabajando para nosotros. Nos informarás de sus movimientos, de lo que planean. Con el tiempo, te aseguramos que saldrás de todo esto. Libre.

El impacto de sus palabras flotaba en el aire. Hugo estaba siendo captado para espiar a quienes pensaban que lo controlaban. Le estábamos proponiendo un juego doble, peligroso, pero lleno de promesas que no sabíamos si podríamos cumplir.

Hugo permanecía en silencio, pero pude ver en sus ojos que procesaba lo que acabábamos de decirle. Sabía que la oferta era tentadora y que, aunque no lo admitiría de inmediato, la idea de traicionar a la KGB le ofrecía una salida. Una manera de sobrevivir en un mundo donde la lealtad no garantizaba nada.

—Te piensas que va a ser fácil —dijo finalmente, en voz baja, casi un susurro. Lo hizo mirándome a los ojos—. Si la KGB me descubre, estoy muerto. ¿Piensas que estoy feliz en este juego?

—Si sigues con ellos, tarde o temprano te matarán de todas

formas —dije, con firmeza—. La diferencia es que con nosotros tienes una opción. Nosotros no te abandonaremos.

El Lobo caminó lentamente alrededor de la habitación, sus pasos resonando en las paredes vacías.

—Estarás protegido. Si haces esto bien, si nos das lo que necesitamos, la KGB jamás sabrá que estuviste con nosotros. Ellos pensarán que sigues siendo su espía leal, mientras que, en realidad, serás nuestra mejor arma contra ellos.

Hugo se pasó una mano por el rostro, claramente abrumado por el dilema que ahora se le presentaba. Sabía que, si aceptaba, no habría vuelta atrás. Espiar para la CIA mientras la KGB pensaba que estaba de su lado era una trampa mortal. Pero al mismo tiempo, sabía que la alternativa, permanecer fiel a los rusos, no le garantizaba nada. Quizás incluso aceleraría su fin.

—¿Y si digo que no? —preguntó, aunque parecía que ya conocía la respuesta.

—No tienes muchas opciones —respondió el Lobo, su tono inalterable—. No nos rechazas. O estás con nosotros o sigues siendo un peón para ellos… y el tiempo para los peones siempre se acaba.

El silencio volvió a caer sobre la habitación. Yo esperaba su respuesta, sabiendo que cualquiera que fuera su decisión, las reglas del juego ya habían cambiado.

Finalmente, Hugo levantó la vista y me miró, sus ojos desprovistos ya de la dureza inicial.

—¿Cómo me mantendré con vida? —preguntó.

—Nos encargaremos de que sigas siendo útil para ambos —le respondí con un tono tierno, acercándome a él—. Tienes que ser más listo que ellos. Y lo eres. Ellos nunca lo sabrán.

Él asintió, casi imperceptiblemente, como si estuviera firmando un pacto silencioso con nosotros.

El Lobo volvió a acercarse lentamente, sus pasos apenas resonaban en el suelo. Parecía medir cada palabra antes de soltarla, saboreando el poder que tenía en ese momento. Hugo seguía en silencio, sus ojos oscilaban entre los míos y los del Lobo, como si intentara leer en nuestras miradas alguna señal de escape. Pero lo que venía no era una salida fácil; era un laberinto sin regreso.

—Podríamos sacarte de aquí, Alexandr —dijo el Lobo, su tono más bajo, más íntimo—. Llevarte lejos, a un lugar donde jamás te encontrarían. No tendrías que mirar sobre tu hombro ni temer que te atrapasen. Tampoco las represalias que sabemos que toman cuando no conseguís lo que os piden. Protección completa. Nueva vida. Desaparecerías.

La oferta quedó suspendida en el aire como una promesa que tenía un peso casi tangible. Hugo lo miró fijamente y, aunque su rostro no mostró emoción, podía ver cómo las palabras del Lobo lo golpeaban. Sabía lo que significaba aquello. Sabía que la KGB no perdonaba y que, por mucho que fuera su espía leal, una vez que dejara de ser útil, lo harían desaparecer sin pensarlo dos veces.

—¿Y qué tendría que hacer? —preguntó Hugo, su voz calmada, aunque con un leve temblor que delataba su agitación interna.

—Ayudarnos —dije, interviniendo—. Tienes que seguir trabajando para ellos, pero, en realidad, trabajando para nosotros. Nos dirás lo que están planeando, lo que saben. Cada detalle. Mientras ellos crean que sigues siendo su hombre, tú nos estarás dando lo que necesitamos para ir un paso por delante de ellos. Y, cuando llegue el momento… te sacaremos de Berlín. De Moscú. De cualquier sitio donde puedan encontrarte.

El Lobo asintió.

—Tendrás protección total. Un nuevo nombre, un nuevo lugar, lejos de toda esta mierda. —Hizo una pausa, acercándose aún más a Hugo—. Pero tienes que ser inteligente. No puedes fallar. Porque, si lo haces, ya sabes cómo terminan estas historias.

Hugo permaneció en silencio por un largo instante, debatiéndose claramente con sus pensamientos. Sabía que la oferta era su mejor opción, pero también sabía lo que implicaba: traicionar a la KGB, traicionar todo lo que había sido obligado a construir durante tanto tiempo. Y, aunque había sobrevivido a muchas cosas, el peso de esta decisión era diferente. Tenía que estar seguro de que lo que elegía era más que una simple traición, era la llave para su libertad.

—¿Qué me asegura que me sacarán cuando lo necesite? —preguntó al fin, su tono más frío, más calculado.

—Tienes mi palabra —respondió el Lobo, con una sonrisa que no

alcanzaba sus ojos—. Y créeme cuando te digo que no damos segundas oportunidades.

La habitación quedó en silencio una vez más, mientras Hugo procesaba lo que acabábamos de ofrecerle. Sabía que, si aceptaba, cruzaría un punto de no retorno. Tendría que caminar sobre una cuerda floja, fingiendo lealtad a ambos, pero sabiendo que, al final, uno de ellos lo querría muerto.

Finalmente, Hugo asintió, su rostro aún imperturbable, pero sus ojos llenos de una resolución fría.

—Lo haré —dijo.

Sabía que acababa de firmar un pacto que definiría su vida, quizá su supervivencia, pero también su caída. El Lobo sonrió y le tendió la mano.

—Bienvenido al juego, Alexandr.

HUGO

Berlín Oriental, diciembre de 1967

El invierno en Berlín tenía la capacidad de engullir todo, no solo el sol. En esos días grises, los edificios parecían desvanecerse entre la neblina, igual que las personas que los habitaban. Todos caminaban con la cabeza baja, atrapados en su rutina y en el peso opresivo del régimen. Pero, debajo de ese manto de indiferencia, corría una red de intrigas, conspiraciones y mentiras que tejían las vidas de quienes vivíamos entre sombras.

Durante años, había practicado un peligroso juego con la KGB y con la CIA. Mientras Viktor, mi superior directo en la KGB, me creía leal, la CIA había tejido una red a mi alrededor que me ofrecía protección a cambio de información. Y, entre ambos, Pablo había sido la cuerda floja sobre la que caminaba.

Nos veíamos con la misma discreción que cuando había empezado todo, sus visitas siempre al caer la noche, cuando las calles estaban desiertas. Los años habían pasado, pero su rostro seguía manteniendo esa intensidad que había visto en él la primera vez. Habíamos mantenido nuestra relación en secreto, incluso para las pocas personas que me quedaban cerca. Anya y Elena, que seguían siendo parte de mi vida, no sabían nada de él. Ellas sospechaban, claro, pero entendían que el silencio era la única forma de sobrevivir. Todos habíamos aprendido a mentir. Todos teníamos motivos para ocultar algo a los demás. Hasta lo más insignificante podía desenvolverse entre la mentira y esa necesidad de protegerlo del miedo. Hasta el amor.

Sabía que el tiempo se agotaba. Las visitas de Viktor se habían vuelto más frecuentes; sus preguntas, más incisivas. ¿Qué planes tenía la CIA? ¿Dónde estaba el futuro esperanzador que me prometían? Sabía demasiado, había notado la preocupación en su rostro cuando me preguntó si seguía siendo leal. Viktor no era un hombre fácil de engañar y, aunque había aprendido a jugar con las

verdades a medias, una parte de mí sabía que estaba llegando al límite.

La CIA había penetrado en Berlín de una manera insidiosa, ofreciendo protección a cambio de información, y, en mi ambición por sobrevivir, me había convertido en un informante de ambos bandos. Cada encuentro que tenía con Viktor, mi superior en la KGB, resultaba ser un juego de alto riesgo. Los estadounidenses me daban información para que los rusos me dejaran seguir cerca de Pablo a la vez que les brindaba nueva información sobre lo que pasaba en la URSS. «Esto pasará pronto. Un par de meses más», me repetía siempre el Lobo. Así habían transcurrido cinco años. Cinco inviernos iguales, de cielos plomizos, colas interminables y cartas quemadas en hornillos oxidados. Cinco años de códigos, citas en cafeterías repletas de humo y mensajes escondidos en periódicos. Cinco años en los que cada mirada, cada palabra, podía significar la diferencia entre la vida y una celda en Hohenschönhausen. Pero, a medida que el tiempo pasaba, me di cuenta de que, en realidad, lo que estaba haciendo era jugar con Pablo.

A veces, cuando me quedaba solo, pensaba en cómo había llegado hasta ahí. No era solo la ideología, ni la promesa de una nueva Alemania, ni siquiera el dinero o el poder. Era Pablo. Siempre lo fue. Había creído que podía protegerlo desde dentro, que mis maniobras podían mantenernos a ambos a salvo, pero la frontera —ese muro de piedra, alambre y silencio— nos separaba más allá de lo físico. Era una línea trazada no solo en la ciudad, sino en nuestras almas.

Pablo era el destello de luz en aquella oscura realidad. Cada encuentro clandestino era un refugio, una escapatoria de la vida que me había sido impuesta. Nos veíamos en su apartamento, donde el aire estaba impregnado de la fragancia del vino y la calidez de su risa. Allí, hablábamos en susurros, mientras afuera la nieve caía suavemente sobre la ciudad, un manto blanco que cubría las miserias del mundo. Solo quería que él estuviera bien.

Viktor llevaba años encima de mí justamente por eso. Por el juego de mentiras en el que le daba algo que los británicos y los americanos querían que encontrara, pero no era tonto. Era un hombre astuto, con una habilidad inquietante para detectar

cualquier desviación en la lealtad de sus informantes. Su mirada penetrante y sus preguntas incisivas se sentían como una sombra constante, siempre a la espera de un descuido que pudiera desvelar mi doble vida. Pero, con un poco de suerte, había logrado distraerlo. Le proporcionaba noticias y detalles sobre operaciones menores de la CIA, información que mis superiores americanos me daban para que pudiera sostener la ilusión de lealtad. Era un delicado equilibrio, una danza peligrosa donde cada paso en falso podía llevarme a una caída fatal.

La presión aumentaba cada vez que aparecía en la oficina de Viktor y su voz grave resonaba en las paredes. En esos momentos, me esforzaba por aparentar tranquilidad, por mantener la fachada de lealtad. Siempre había algo que contarle: una nueva operación que había oído, rumores sobre movimientos de la CIA, información que, si bien era cierta, estaba tan diluida que resultaba casi irreconocible.

—Borísov, necesito más —decía a menudo, sus ojos afilados como cuchillas—. ¿Tienes algo que contarme? Nada de lo que me das es relevante.

—No, Viktor. Todo parece en calma. Los estadounidenses están centrados en sus propios problemas. Pero siempre estoy atento —respondía, intentando mantener la compostura mientras mi corazón latía con fuerza.

La tensión crecía, pero sabía que podía sostenerlo un poco más. Había aprendido a jugar con las verdades a medias, una habilidad necesaria para sobrevivir en este mundo de sombras y mentiras. Sin embargo, el tiempo se estaba agotando. Las visitas al apartamento de Viktor se habían vuelto más frecuentes, y sus preguntas, más incisivas.

Aquella tarde, tras una reunión con Víktor, salí con un sentimiento de que todo se me estaba escapando entre las yemas de los dedos. Había logrado infiltrarme, a sus ojos, en los círculos más cercanos a Pablo. Pero quería más. Nunca tenía suficiente. Y yo nunca sabía cuánto podía contar sin que aquello supusiera una represalia para él. Lo que había comenzado como una simple advertencia se convirtió rápidamente en una amenaza: «Si no me das la información que

necesito, él será el primero en caer».

Esa noche, me encontré con Pablo en su apartamento. La tensión entre nosotros era palpable. Decidí actuar como si nada estuviera yendo mal, pero la culpa se me hacía un nudo en el estómago. Mientras nos abrazábamos, recordé las palabras de Viktor y las promesas que había hecho a la CIA.

—¿Qué harías si supieras que hay una trampa, Hugo? —me preguntó buscando mi mirada con una intensidad en los ojos que me desarmaba.

—Haría lo que fuera necesario para protegerte —respondí, sintiendo que mi corazón se partía en dos. Pero sabía que mis palabras eran un eco vacío.

El abrazo pareció más largo que de costumbre, como si ambos supiéramos que había algo irreparable en el aire. La fragancia del vino, que solía llenarnos de un falso sentido de calma, ya no lograba apagar el fuego que ardía dentro de mí. Mis manos temblaban ligeramente cuando me aparté de Pablo, intentando ocultar la tormenta que se gestaba en mi interior. Sus ojos no dejaban de escudriñar mi rostro, buscando una verdad que no podía darle.

Me había vuelto a enamorar. Me había reencontrado con el nosotros del pasado. Ese «nosotros» que existía antes de la guerra y el que había nacido en pleno conflicto, antes de que el mundo se quebrara y nos lanzara a destinos tan distintos que, por momentos, parecían irreconciliables. Pero ahí estábamos, atrapados en este instante, como si el tiempo hubiera retrocedido. Y, a la vez, algo se interponía, un peso que me aplastaba y que él podía sentir, aunque no supiera su origen. Al final, era inevitable que el «nosotros» de antes de la guerra pareciese muy distinto en la posguerra.

Me había reencontrado con ese Pablo al que había querido tan profundamente, y cada palabra, cada susurro entre nosotros despertaba los ecos de quienes solíamos ser. Sin embargo, esta vez, el amor no traía consigo la misma libertad que en el pasado. En su mirada intensa encontraba la expectativa, la fe ciega que solía tener en mí y, a la vez, un miedo sutil que quizás él mismo no comprendiera del todo. Sentía la amenaza de la traición latente, como una sombra que empezaba a oscurecer todo aquello que

alguna vez había sido claro entre nosotros.

—¿Qué pasa, Hugo? —preguntó en un susurro que apenas rompió el silencio del apartamento.

—Es solo Viktor, ha estado más exigente últimamente —logré decir finalmente, dejando que la mitad de la verdad se deslizara en el espacio entre nosotros.

Él asintió, pero su expresión seguía siendo de preocupación.

—Estamos tan cerca, Hugo —dijo él en voz baja, como si hablara consigo mismo—. Solo tenemos que aguantar un poco más. Todo esto algún día terminará. Cada vez llegan noticias más alentadoras.

Sentí una presión en el pecho. «Aguantar un poco más» era lo que nos habíamos dicho durante años, una promesa vacía que sabíamos que, con el tiempo, se rompería. Los treinta se habían convertido en cuarenta, y el pelo oscuro, en blanco. Y yo estaba perdiendo la paciencia, pero no podía perder la cabeza.

—Lo sé —respondí finalmente, aunque mis palabras sonaban huecas incluso para mí.

La noche se alargó y, como tantas otras veces, compartimos una cama y un silencio cargado de incertidumbre. Pero, mientras él dormía a mi lado, mi mente no dejaba de calcular los riesgos. Cada movimiento, cada palabra dicha y no dicha, eran piezas de un rompecabezas que se desmoronaba ante mis ojos.

Sabía que no podía seguir ocultando la verdad por mucho más tiempo. Pero ¿cómo le diría a Pablo que lo había traicionado? ¿Cómo confesarle que, en mi lucha por sobrevivir, lo había convertido en una pieza en el tablero de dos imperios que lo destruirían sin dudar?

El amanecer llegó demasiado pronto, con su luz grisácea filtrándose por las cortinas. No había respuestas fáciles, solo más mentiras que decir y más juegos que jugar. Pero una cosa era cierta: el final estaba cerca y, cuando llegara, no quedaría nada de lo que éramos. Ni de Berlín, ni de nosotros.



Aquella mañana, el frío de diciembre se colaba por las rendijas del apartamento, mucho antes de que Pablo se despertara. Mientras él

seguía dormido, me vestí en silencio, observando su rostro apacible por unos segundos más, como si quisiera memorizar cada línea, cada arruga que el tiempo había dejado. Me debatía entre confesarle la verdad o mantenerlo en la oscuridad, pero no había tiempo para dudas. Viktor había pedido una reunión diaria desde hacía semanas y sabía que no sería como las anteriores. Cada día los interrogatorios eran más intensos, menos banales y con mayor necesidad de una respuesta concisa, coherente y que diera una solución a lo que fuera que buscara.

Salí del apartamento con la chaqueta apretada contra el pecho y mis pensamientos girando a un ritmo vertiginoso. Siempre, antes de salir, fuera a donde fuera, me guardaba un cuchillo en el bolsillo izquierdo del abrigo. Para reunirme con quien fuese. Allí, las lealtades valían muy poco y eran efímeras. Vendidas al mejor postor.

Las calles de Berlín estaban vacías a esa hora, como si la ciudad misma se hubiera sumido en el letargo del invierno. Mientras caminaba hacia la oficina donde Viktor me esperaba, mis sentidos estaban en alerta máxima.

Subí las escaleras del edificio con el eco de mis pasos resonando contra el mármol frío. Estaba allí, esperándome detrás de su escritorio de madera oscura, su expresión tan impenetrable como siempre, pero sus ojos me decían todo lo que necesitaba saber: esta reunión iba a ser diferente.

—Borísov —dijo, con su voz profunda resonando en la habitación —, siéntate.

Obedecí, pero el nudo en mi estómago se hizo más apretado. Sabía que él había estado sospechando de mí durante semanas, y ahora todo estaba llegando a un punto crítico. Mientras me sentaba, él sacó un archivo del cajón y lo dejó sobre la mesa con un golpe seco.

—He sido paciente contigo. He esperado a que me dieras la información que necesito. Pero tu lealtad ha sido… cuestionable últimamente.

Mi corazón comenzó a latir con fuerza, pero mantuve la compostura.

—No sé de qué hablas, Viktor —respondí con calma—. Siempre he

sido leal. Te he dado toda la información que he podido obtener.

Viktor me miró con esos ojos fríos y calculadores. Sacó un cigarrillo y lo encendió, y el humo llenó el aire entre nosotros. Su silencio era más amenazante que cualquier palabra, y sabía que estaba preparando algo.

—¿Y qué hay de Pablo? —preguntó finalmente, su tono casi casual, pero cargado de veneno—. ¿Qué sabes de sus actividades? ¿Por qué no me das nada nuevo? Solo números, reuniones que no nos dicen nada y pocas excusas. Sabemos que pasas mucho tiempo con él.

El miedo se apoderó de mí, pero lo disimulé lo mejor que pude. ¿Hasta dónde había llegado la red de Viktor? ¿Cuánto sabía realmente?

—Pablo es irrelevante —dije, evitando su mirada—. Solo es un contacto, alguien con quien obtengo información para ti. No tiene importancia.

Viktor soltó una risa seca, como si mis palabras fueran una broma patética.

—¿Irrelevante? —dijo, inclinándose más cerca, su voz apenas un susurro—. Crees que puedes jugar a ambos lados, que puedes engañarnos. Pero el juego ha terminado. Llevo demasiado tiempo espiándote, Borísov. A mí no me engañas.

Se levantó de la silla, rodeando el escritorio con una lentitud calculada. Mi cuerpo se tensó. Sabía lo que venía.

—Me has estado traicionando, y lo sabes —continuó—. Lo tengo todo. Años de mentiras. Demasiados. Pero estás bien protegido en Moscú… La KGB te tiene en su bolsillo, y yo he sido lo suficientemente paciente. Pero ya no más. Si no empiezas a hablar, si no me das lo que quiero, Pablo y tú no viviréis para ver otro invierno.

La amenaza era clara, directa, y por un momento sentí el pánico apoderarse de mí. Viktor era implacable, y sabía que estaba más cerca que nunca de descubrir mi doble juego. Mis pensamientos volaron a Pablo, al apartamento que compartíamos en las sombras. Sabía que, si Viktor actuaba, no habría escapatoria para ninguno de los dos.

—Estás equivocado —le dije con una voz que intenté mantener

firme, aunque mi corazón golpeaba con fuerza en mi pecho—. Nunca te traicionaría.

Viktor se detuvo a mi lado, colocando una mano pesada sobre mi hombro. El contacto fue insoportable, una afirmación de poder que me hizo sentir como si estuviera atrapado.

—Es tu última oportunidad—dijo, bajando la voz hasta un susurro peligroso—. O me das algo real, o él será el primero en caer. ¿Qué están planeando los estadounidenses?

Algo dentro de mí se rompió en ese momento. No lo sabía. No entendía nada en su paranoia. La presión, el miedo, la culpa, todo se combinó en una tormenta silenciosa. Sabía que no podía permitir que Pablo cayera en manos de Viktor. Sabía que el tiempo se había acabado. Y, con un movimiento rápido, dejé que mi instinto tomara el control.

Saqué el cuchillo que llevaba oculto en la manga, un arma pequeña que había preparado por si alguna vez las cosas se salían de control. Antes de que Viktor pudiera reaccionar, lo hundí en su abdomen, torciendo la hoja mientras su cuerpo se tensaba de sorpresa. Sus ojos se abrieron con incredulidad, pero no tuvo tiempo de gritar. Un gorgoteo escapó de sus labios cuando intentó hablar, pero las palabras no llegaron.

—Lo siento, Viktor —murmuré, mientras lo empujaba contra el escritorio, sacando el cuchillo y volviendo a hundirlo una segunda vez.

El cuerpo de Viktor se desplomó en el suelo, sus manos aferrándose débilmente a la herida mientras la vida se desvanecía de sus ojos. Sentí una mezcla de horror y alivio al ver cómo su figura, antes tan imponente, se desmoronaba ante mí.

Respiré hondo, tratando de calmar el temblor en mis manos. Había cruzado una línea de la que no había retorno. Pero sabía que, al hacerlo, había protegido a Pablo por un poco más de tiempo. Sabía que la caída de Viktor no significaba el fin del peligro, pero sí un respiro, un respiro que usaría para planear nuestra fuga.

Miré el cadáver unos segundos más antes de salir de la oficina. Afuera, la niebla seguía cubriendo Berlín, pero ahora sabía que la verdadera tormenta estaba a punto de desatarse. Me había

convertido en un asesino.

Salí del edificio sin mirar atrás, las manos aún manchadas de sangre, el cuchillo guardado con prisa en el abrigo. El aire frío me golpeó con fuerza, pero no lo sentí. Mi mente estaba en un solo lugar: Pablo. Sabía que el tiempo se había agotado. Matar a Viktor había sido necesario, pero también era el principio del fin. La KGB no tardaría en descubrir su muerte y, cuando lo hicieran, todo lo que había construido en Berlín se desmoronaría. La única opción que quedaba era huir, y rápido.

Corrí por las calles, mi respiración se entrecortaba por la adrenalina y el miedo, pero no podía detenerme. Tenía que llegar a Pablo antes de que fuera demasiado tarde. Las calles vacías de Berlín Oriental, con su gris asfixiante, parecían interminables, pero, finalmente, el edificio apareció ante mí. Entré al apartamento como un torbellino, cerrando la puerta tras de mí con un golpe que resonó en el silencio.

Pablo se giró, sorprendido por mi entrada, sus ojos llenos de confusión al verme jadeante y con una expresión que no podía ocultar.

—¿Qué ha pasado? —preguntó, acercándose rápidamente.

Me acerqué a él, tomándolo por los hombros.

—Viktor está muerto —dije, las palabras saliendo a trompicones—. Lo he matado. No había otra opción, nos tenía acorralados, estaba a punto de descubrirlo todo. Si no lo hacía, tú… yo… —me interrumpí, intentando controlar el pánico—. Tenemos que salir de Berlín, ahora.

La cara de Pablo se tensó al instante. No hizo preguntas, no hubo necesidad. Habíamos hablado de esto tantas veces en susurros nocturnos, sabiendo que un día llegaría el momento en que tendríamos que correr. Y ese día, finalmente, había llegado.

—¿Tienes un plan? —preguntó, ya poniéndose la chaqueta, sabiendo que no había tiempo que perder.

—El Lobo —respondí—. Tenemos que encontrarlo. Él puede ponernos en contacto con los estadounidenses, los únicos que pueden sacarnos de aquí antes de que la KGB nos descubra. No sé cuánto pueden saber. Viktor llevaba semanas espiándome. Pueden aparecer en la puerta en cualquier momento.

El Lobo era nuestro enlace con el mundo subterráneo de la resistencia. Un hombre peligroso, sí, pero eficiente. Había trabajado durante años en las sombras, ayudando a desertores, espías y traidores a escapar del régimen. Si alguien podía sacarnos de Berlín, era él.

Salimos del apartamento de inmediato, sin mirar atrás. Las calles estaban desiertas, pero sabía que en cualquier momento podría haber una patrulla, o algo peor: agentes de la KGB buscando a Viktor. Nos movimos rápido, esquivando las miradas de los pocos transeúntes que aún quedaban en las calles. Llegar al escondite del Lobo era arriesgado, pero no teníamos elección.

Después de casi media hora de caminar a paso rápido, llegamos a una parte de la ciudad donde los edificios estaban en peor estado, alejados de las oficinas gubernamentales y del centro. Era el tipo de lugar donde las sombras parecían más profundas, donde las reglas de la ciudad no siempre aplicaban. El escondite del Lobo, un taller de reparación de relojes abandonado, se encontraba entre las ruinas de un bloque antiguo. La fachada estaba medio derruida, pero era conocido entre los pocos que sabían cómo dar con él.

Llamé a la puerta con la clave acordada, tres golpes rápidos seguidos de uno más fuerte. Pasaron unos segundos interminables antes de que la puerta se abriera ligeramente. Los ojos oscuros de un hombre nos observaron desde el otro lado.

—¿Qué queréis? —preguntó el Lobo, con su voz ronca y seca.

—Es urgente. Viktor está muerto. Necesitamos salir de Berlín antes de que nos encuentren —le dije en un susurro apresurado, sin rodeos.

Los ojos del Lobo se estrecharon, pero nos dejó pasar rápidamente, cerrando la puerta tras nosotros.

—¿Viktor muerto? —preguntó con incredulidad—. Eso va a desatar una tormenta. La KGB no va a dejarlo pasar por alto. Todos los puntos de salida estarán vigilados en cuestión de horas.

—Lo sé —dije, mi voz firme—. Pero tú tienes contactos. Los estadounidenses. Me prometieron una salida si les proporcionaba

información valiosa, y he hecho mi parte. Necesitamos que nos ayudes a contactar con ellos.

El Lobo permaneció en silencio por unos momentos, sopesando nuestras palabras. Sabía que ayudarnos a escapar sería un riesgo para él también. Pero, finalmente, asintió.

—Hay un túnel —dijo, acercándose a una mesa donde tenía un mapa de la ciudad extendido—. Los estadounidenses tienen un punto de contacto cerca de la frontera con Berlín Occidental. Está bien escondido, pero será difícil llegar hasta allí sin que os detecten. Necesitamos movernos rápido, y necesitáis dejaros guiar por alguien de confianza.

Nos mostró el mapa, señalando una serie de calles y callejones que llevarían hasta una zona controlada por agentes estadounidenses encubiertos. Los puntos de control de la RDA estaban por todas partes y las patrullas aumentaban cada día, pero había rutas clandestinas que aún no habían sido descubiertas.

—Hay un paso subterráneo, una antigua alcantarilla que conecta con una estación de tren abandonada. Desde allí, podréis moveros hasta las inmediaciones del sector estadounidense. Ellos sabrán dónde encontraros —continuó el Lobo—. Pero no hay tiempo para preparativos largos. Si la KGB descubre lo de Viktor, bloquearán todos los accesos antes de la medianoche.

—¿Es seguro? —preguntó Pablo, siempre el más cauto de los dos.

El Lobo lo miró con una expresión grave.

—Nada es seguro en esta ciudad. Pero es vuestra mejor oportunidad. Si esperáis más tiempo, estaréis atrapados. Y créeme, la KGB no tendrá piedad cuando os atrapen. Hemos ayudado a pasar a gente en alguna ocasión.

Sabía que tenía razón. No podíamos dudar. Asentí.

—¿Cuándo podemos salir?

—Ahora mismo. Dejad todo lo que no necesitéis. Solo lo esencial. Yo os guiaré hasta la entrada del túnel. A partir de ahí, será cosa vuestra y de los estadounidenses.

El reloj en la pared marcaba el paso del tiempo, cada segundo era una cuenta regresiva hacia el peligro inminente. Nos habíamos adentrado en el punto de no retorno, y ahora todo dependía de

nuestra capacidad para sobrevivir las próximas horas.

Con el plan en marcha, miré a Pablo. Sus ojos reflejaban la misma mezcla de miedo y determinación que sentía dentro de mí. No había marcha atrás.

La oscuridad de la mañana encapotada por una posible tormenta se cernía sobre nosotros mientras seguíamos al Lobo por los callejones más sombríos de Berlín. La ciudad, bajo la cubierta del invierno, parecía aún más desolada, sus edificios grises y decadentes apenas visibles bajo la tenue luz de las farolas. La nieve caía suavemente, amortiguando los pasos, como si la propia ciudad quisiera ocultar nuestro rastro.



El Lobo se movía con rapidez y precisión, como si cada esquina, cada sombra, fuera su territorio. Pablo caminaba a mi lado, silencioso pero tenso, sus ojos barrían constantemente el entorno. Mi mente seguía dando vueltas a lo que había hecho, a Viktor, a su cuerpo, frío y rígido, abandonado en su oficina. Sabía que no teníamos mucho tiempo antes de que alguien lo encontrara y, cuando eso ocurriera, la ciudad entera se convertiría en una trampa mortal.

—Aquí —murmuró el Lobo de repente, deteniéndose frente a una tapa de alcantarilla que parecía haber estado sellada durante años.

Se agachó rápidamente, usando una palanca para levantar la pesada tapa de hierro, revelando un agujero oscuro que descendía a las entrañas de la ciudad. Un hedor agrio surgió desde el interior, pero no teníamos tiempo para preocuparnos por eso.

—Este es el camino —dijo el Lobo, sin rodeos—. Es estrecho y habrá momentos en los que os parecerá que no podéis avanzar. Pero os llevará directamente a la estación abandonada. Una vez allí, contactad con ellos. Vosotros sois su responsabilidad ahora.

Miré el agujero y luego a Pablo. Podía ver la duda en sus ojos, pero también sabía que no había alternativa. Nos miramos durante un breve segundo y asentí. Habíamos pasado por mucho, pero este era el momento en el que todo pendía de un hilo.

—¿Y tú? —pregunté, dirigiéndome al Lobo.

—No os preocupéis por mí —respondió, mientras volvía a ajustar su chaqueta raída—. Yo nunca existí para ellos.

Dicho eso, comenzó a alejarse en la oscuridad, desapareciendo como una sombra más entre los edificios. Nos quedamos solos frente a la abertura. El corazón me latía con fuerza, pero sabía que, si titubeábamos, estaríamos perdidos.

—Vamos —le dije a Pablo, mi voz más firme de lo que me sentía por dentro.

Descendí primero, el frío de las escaleras de hierro oxidado mordiéndome las manos mientras bajaba. El túnel era estrecho y húmedo, y el sonido del agua goteando se hacía eco en la distancia. Sentí cómo Pablo descendía detrás de mí, y juntos comenzamos a avanzar a través de esa oscuridad opresiva.

El aire era sofocante, y la única luz provenía de una linterna que el Lobo nos había entregado justo antes de partir. La tenue luz iluminaba las paredes húmedas y agrietadas de la alcantarilla y, en algunos momentos, teníamos que agacharnos para evitar golpearnos la cabeza con los techos bajos. Caminamos en silencio, sabiendo que cualquier ruido podría delatarnos si había alguien más en las cercanías.

—¿Crees que lo conseguiremos? —La voz de Pablo resonó en el túnel.

—No lo sé —respondí con sinceridad—. Pero no tenemos otra opción.

Sonreí, sin venir a cuento.

—¿Te acuerdas de aquella mañana en los Pirineos?

Pablo asintió.

—Yo te hice esa misma pregunta. Y mira dónde estamos.

Le arranqué una sonrisa que le dibujó esos hoyuelos que tenía bajo la barba.

Seguimos avanzando durante lo que parecieron horas. El túnel daba giros y vueltas, y a veces se estrechaba tanto que apenas podíamos avanzar de lado. El hedor era cada vez más fuerte y el agua estancada bajo nuestros pies nos hacía caminar con dificultad. A pesar del frío exterior, el ambiente dentro del túnel era

opresivamente cálido y húmedo, lo que hacía que el aire fuera difícil de respirar.



Tras un tiempo que pareció interminable, el túnel se abrió a un espacio más amplio. La linterna iluminó los restos oxidados de unas vías de tren y de una serie de plataformas abandonadas. La estación subterránea estaba cubierta de polvo y musgo, pero era exactamente como el Lobo la había descrito. Habíamos llegado.

—Ahí está —dije, señalando una puerta metálica al final de la plataforma. Era la salida que llevaría al sector estadounidense. Si todo salía bien, habría alguien esperándonos del otro lado.

Nos acercamos lentamente, con precaución. Mi mano temblaba cuando la acerqué al pomo de la puerta. Miré a Pablo, que me devolvió una mirada firme. Era ahora o nunca.

Giré el pomo.

La puerta se abrió con un chirrido largo y agudo. Afuera, el aire frío nos golpeó de nuevo. Nos encontramos en un callejón oscuro, una zona de transición entre los sectores controlados por los soviéticos y los aliados occidentales. Estábamos casi fuera, pero el peligro no había desaparecido.

Apenas habíamos dado unos pasos cuando una figura emergió de las sombras. Un hombre alto, con un abrigo largo y una gorra que le tapaba el rostro. Me tensé al instante, mi mano lista para ir al cuchillo que aún llevaba.

—¿Os ha enviado el Lobo? —preguntó la figura, con un marcado acento estadounidense.

—Sí —respondí, la voz más dura de lo que me sentía—. ¿Tú eres nuestro contacto?

El hombre asintió, y por un momento sentí una leve chispa de alivio.

—Sí, pero no tenemos mucho tiempo. La situación está empeorando rápido. La KGB ya ha empezado a hacer preguntas. La ciudad está patas arriba. Si no salimos de aquí ahora, no lo lograremos.

Pablo y yo intercambiamos una mirada. Ambos sabíamos lo que eso significaba. Pero también sabíamos que era la única oportunidad que teníamos.

—Vamos —dije finalmente.

Nos adentramos, siguiendo al hombre, sabiendo que con cada paso dejábamos atrás todo lo que habíamos conocido. Atravesaríamos la frontera, pero el futuro que nos esperaba seguía siendo incierto. Solo sabíamos que teníamos que seguir adelante, a pesar del miedo, del peligro y del peso de las decisiones que habíamos tomado. No había vuelta atrás.

Mientras seguíamos al contacto estadounidense hacia el túnel, el frío de Berlín se colaba en mis huesos, pero no era solo el clima lo que me hacía temblar. Habíamos llegado tan lejos, esquivando balas y sombras y, sin embargo, mientras nos acercábamos a la entrada del túnel que nos llevaría fuera, una duda comenzó a enraizarse en mi interior. Mis pensamientos se volvieron a Anya y a Elena. Ellas no sabían nada de lo que había ocurrido, de la tormenta que pronto las golpearía. Si la KGB descubría la muerte de Viktor, ellas serían las primeras en caer.

A medida que nos aproximábamos a la entrada del túnel, mi respiración se hizo más pesada. Sentía que un nudo comenzaba a formarse en mi garganta. No podía dejarlas, no podía permitir que cargaran con las consecuencias de mis decisiones. Viktor ya estaba muerto, y el reloj avanzaba rápido, pero ellas aún estaban allí, atrapadas en una telaraña que yo mismo había tejido.

Me detuve de golpe. Pablo, que estaba a mi lado, notó mi cambio y se giró hacia mí, con una expresión de desconcierto.

—¿Qué pasa? —preguntó en apenas un susurro.

El agente estadounidense también se dio la vuelta, pero yo levanté la mano, indicándole que siguiera. Este hombre, desconocido para mí hasta ese momento, no tenía idea del peso que cargaba mi conciencia. Solo entendía la misión, el cruce, la supervivencia.

—No puedo —murmuré, más para mí que para Pablo.

—¿Qué? —repitió él, confundido.

—No puedo dejar a Anya y a Elena. —Sentí el dolor de las palabras mientras las pronunciaba. Mis labios temblaban al imaginar lo que

podría sucederles.

Pablo me miró, sus ojos oscuros escudriñando los míos, buscando una razón para mi decisión. No lo entendía, y no lo culpo. Para él, esa era nuestra única oportunidad de escapar, de vivir, de encontrar algo de paz en medio de tanta oscuridad. Pero yo sabía que el precio era demasiado alto.

—Tienes que seguir, Pablo —dije, con la voz quebrada por la angustia.

—¿Qué estás diciendo? —Su tono se volvió tenso, casi enfadado—. No te dejaré aquí. Nos vamos juntos, como habíamos planeado.

Sabía que esto iba a ser difícil. Pablo siempre había sido fuerte, decidido, y no abandonaría sin pelear. Pero no había tiempo para una discusión larga.

—Ellas están en peligro. Viktor está muerto y, cuando lo descubran, irán tras nosotros. Anya y Elena no saben nada, pero no les importará. Alguien pagará por esto, y no puedo dejarlas solas.

Pablo negó con la cabeza, los ojos teñidos de desesperación.

—No puedes volver, Hugo. Si te quedas, te matarán. Nos hemos salvado tantas veces… ¡No puedes rendirte ahora!

—No me estoy rindiendo. Estoy eligiendo. Ellas no tienen a nadie, y yo no puedo abandonarlas. Pero tú tienes que irte. No puedo arrastrarte más a esto.

Me acerqué a él, sentí el calor de su cuerpo, y supe que aquella sería la última vez que lo tendría cerca. Mi corazón se rompía con cada segundo, pero no había vuelta atrás. No podía pedirle que me siguiera en esta locura, que compartiera mi condena.

Pablo me miró, con los ojos llenos de tristeza y rabia contenida. Su mandíbula se tensó, y yo podía ver el dolor que esto le causaba. Pero no podía ceder.

—Hugo, no… no me hagas esto —susurró.

Apreté su mano una última vez y, aunque todo mi ser quería besarlo, sabía que no podía. No en este momento, no cuando la vida de tantas personas dependía de nuestras decisiones. Me separé de él y, con un nudo en la garganta, forcé una sonrisa triste.

—Sobrevivirás, Pablo. Saldrás de aquí. Tienes que hacerlo.

Antes de que pudiera replicar, me giré hacia la entrada del túnel.

Pablo dio un paso hacia mí, pero me moví rápido, tirando de una pesada barra de hierro que se apoyaba contra la pared. Con un esfuerzo desesperado, la coloqué en su sitio, bloqueando la entrada de manera rudimentaria. Sabía que no resistiría mucho, pero le daría el tiempo suficiente para escapar.

—¡Hugo! —gritó, golpeando la puerta de hierro.

Sentí su furia, su desesperación, pero no podía ceder. Si me quedaba, solo los pondría en peligro a todos.

—Ve. ¡Por favor! —le grité al otro lado del túnel.

El eco de su voz resonó una última vez, pero después todo quedó en silencio. Lo había obligado a elegir la libertad, mientras yo volvía al fuego. Sabía que lo que me esperaba en Berlín no sería fácil, pero no podía seguir adelante si dejaba a Anya y a Elena a merced del régimen.

Di la vuelta, respirando profundamente. Ahora debía ser rápido.

A través de la barrera improvisada que había colocado en la entrada del túnel, escuché los golpes desesperados de Pablo. Mi corazón se partía en mil pedazos, pero debía mantenerme firme. No podía permitir que él se quedara y cargara con las consecuencias de mis decisiones. Todo estaba fuera de control, pero, si algo tenía claro, era que debía protegerlo, incluso de mí mismo.

De repente, su voz atravesó el silencio.

—¡Hugo! —gritó con furia y dolor—. ¡Cuando todo termine, nos encontraremos en el Muro, junto a la Puerta de Brandeburgo en el lado occidental! ¡Prométemelo!

Me quedé en silencio por un momento, el eco de sus palabras retumbando en el túnel oscuro. Sabía lo que significaba. Era un grito de esperanza en medio de la desesperación, un juramento para un futuro incierto, una promesa de que, si el mundo cambiaba, si la libertad finalmente llegaba a Berlín, aún habría un lugar para nosotros.

Tragué con fuerza y me acerqué lo más que pude a la barrera. Sentí sus manos golpeando del otro lado y cerré los ojos, imaginando que por un breve segundo nuestras vidas no estaban tan rotas.

—¡Te lo prometo, Pablo! —grité de vuelta—. ¡Junto a la Puerta de

Brandeburgo, cuando todo esto acabe!

Supe que me había escuchado, pero no hubo más palabras. Un silencio tenso se apoderó del túnel y, con ello, comprendí que se alejaba, rumbo a la libertad que yo no podía compartir.

Nadie pudo salvarme de aquello…

HUGO

Măgura, Montes Cárpatos, Rumanía,

diciembre de 1967

El viento ululaba entre los árboles desnudos, cubiertos de escarcha, y, desde la cima de la colina más alta, contemplaba el vasto paisaje de los Montes Cárpatos. La nieve caía lenta y se acumulaba en las ramas como un peso silencioso. Allí, en la soledad de aquel refugio oculto, todo parecía tan inmóvil como si el tiempo se hubiera detenido. Pero, en mi mente, el pasado seguía ardiendo.

Fragmentos dispersos, como si el tiempo los hubiera deformado. Una voz llamándome por mi nombre en la penumbra, una súplica entrecortada. Unos ojos brillando en la oscuridad. ¿O era solo mi culpa que me hablaba con su rostro? No recordaba exactamente qué me había dicho ni si le había respondido. Solo la sensación de algo irrecuperable, de un destino torcido en el último instante. Y luego, el eco de mis propios pasos alejándose. Berlín seguía en las sombras cuando regresé al piso, con el frío clavado en la piel y una opresión en el pecho que no desaparecía. Debí de haberme ido con él, pero ¿cómo iba a hacerlo?

Cuando llegué, la puerta estaba entreabierta. Un escalofrío me recorrió la espalda. No había luz dentro, pero el aire tenía una densidad que solo conocía por instinto: alguien había estado allí, y no con buenas intenciones. Entré con cautela, conteniendo la respiración. Todo estaba revuelto, los cajones abiertos, los cuadros desplazados, la fragancia tenue de un cigarro apagado impregnando la tela del sofá. La sensación de que aún había alguien observándome desde algún rincón.

Entonces, un ruido detrás de mí. Un crujido en la madera del suelo, demasiado tarde para reaccionar. Un golpe seco en la nuca y la oscuridad se tragó todo.

Desperté en una celda en Moscú.

Las celdas eran frías y húmedas, el aire impregnado de desesperación. No sabía cuántos días pasamos allí. Al principio, solo había silencio y preguntas sin respuesta. Luego, las preguntas se convirtieron en golpes. Al principio, solo puñetazos y patadas, métodos básicos para doblegar la voluntad. Pero no bastaba. Luego vinieron las inmersiones en agua helada, las noches sin dormir, las luces cegadoras que ardían en los ojos hasta que la realidad se distorsionaba. Había momentos en los que no sabía si el hombre que me golpeaba era siempre el mismo o si se turnaban para prolongar la agonía.

Anya gritaba en la celda de al lado. Elena no emitía sonido alguno. Yo trataba de aferrarme a cualquier pensamiento que pudiera ayudarme a resistir, pero la mente también cede cuando el cuerpo está al límite.

Y entonces, cuando pensamos que el final era inevitable, llegaron ellos.

Vlad y Mikhail.

Dos sombras imponentes en la penumbra de la celda, sus abrigos oscuros trazando un perfil de poder indiscutible. No entendía qué los había llevado a intervenir. ¿Culpa? ¿Antigua lealtad? ¿Un juego de influencias que nunca llegaría a comprender? Lo cierto es que, en lugar de ser ejecutados o enviados a un gulag, fuimos desterrados a aquel rincón perdido del mundo.

—Aquí nadie os encontrará —dijo Vlad con su tono seco y definitivo—. Es mejor que estar muertos.

En aquel momento, no supe si lo decía por compasión o por desprecio. Años después, en la soledad de ese refugio, entendí la verdad: nos habían salvado. No porque estuvieran obligados a hacerlo, no por un simple gesto de poder. Nos salvaron porque, en el fondo, éramos suyos. Su responsabilidad. Tal vez incluso sus amigos, aunque esa palabra resultara vacía en los labios de hombres como ellos.

Vlad había admirado mi talento, incluso cuando pintaba cosas que no debía. Mikhail disfrutaba nuestras conversaciones sobre el arte que ya no tenía cabida en Moscú. Y, cuando nos vieron en aquellas celdas, rotos, reducidos a sombras, hicieron lo único que podían

hacer sin comprometerse del todo: nos exiliaron.

No nos dejaron vivir, pero tampoco nos dejaron morir.

El trayecto hacia los Cárpatos fue largo y silencioso al principio. Nos trasladaron en un camión cubierto, lejos de las miradas de la ciudad. Nos dieron ropa gruesa, comida enlatada y poco más. Pasamos por carreteras nevadas y pueblos donde nadie nos miraba dos veces. Solo al adentrarnos en las montañas, cuando el motor del camión se detuvo para dejar pasar a un rebaño de cabras, comenzamos a hablar.

Vlad miró al frente, como si las palabras que estaban por salir de su boca no fueran las que él mismo esperaba pronunciar. El viento soplaba con fuerza, haciendo que los árboles desnudos crujieran, y el aire era tan gélido que parecía que las palabras se congelaban antes de salir. Mikhail permanecía callado, mirando al suelo, con una expresión implacable que solo dejaba entrever una ligera tensión en sus hombros. Ninguno de ellos parecía dispuesto a enfrentarse a la pregunta.

—Nosotros no salvamos a nadie, Hugo —dijo Vlad al fin, su voz grave y cortante, como si despojara a la realidad de cualquier matiz de humanidad—. No hay amigos en este juego, solo intereses. Si nosotros no hubiéramos intervenido, estaríais muertos o rotos de alguna otra forma, pero aún tendríais algo que ofrecer. Esto no es una cuestión de amistad. Es una cuestión de supervivencia. También para nosotros. Estás aquí porque nosotros te lo permitimos.

Mikhail asintió en silencio, su rostro casi tan impasible como la nieve que caía sobre ellos.

—Os salvamos para que no desaparecierais, Hugo —dijo Mikhail con un susurro bajo. Pero sus palabras estaban cargadas de algo que no conseguía descifrar completamente. Era una respuesta, pero también una evasiva.

El silencio se volvió a instalar entre nosotros, denso y aplastante, mientras el sonido del viento se convertía en un lamento. Algo en las palabras de Vlad me hizo sentir el vacío de nuestras vidas, la fragilidad de cualquier esperanza que quedara. No éramos libres, no importaba lo que hiciéramos, lo único que quedaba era el desierto de la traición y de la desesperanza.

Aquel lugar, aquel exilio, no era un refugio. Era la muerte lenta que seguía a la traición.

—Y ¿por qué lo hicisteis? —pregunté finalmente, sin esperar una respuesta clara, pero con la necesidad de saber. Necesitaba entender algo más allá de la frialdad de su aparente indiferencia.

Vlad soltó una risa seca.

—Porque, Hugo, en el fondo todos tenemos algo que perder. Y no había nadie más al que pudierais llamar en busca de ayuda.

Mikhail dejó caer sus ojos al horizonte mientras Vlad avanzaba hacia él, como si no quisiese ser partícipe de la respuesta, pero, al mismo tiempo, parecía estar confirmando en su silencio lo que Vlad había dicho. La verdad era más amarga de lo que había imaginado.

—Entonces, ¿por qué no nos matasteis simplemente? —pregunté, mis palabras cargadas de una amargura que se había formado con el tiempo.

Vlad miró hacia el horizonte, su expresión tan severa como siempre.

—Porque no podemos matar lo que ya está muerto. Eres una buena persona, Hugo. Una buena persona a la que le ha tocado vivir tiempos difíciles. Te toca vivir. Aunque lejos de todo, pero vivir. Te lo mereces. Os lo merecéis los tres. Espero que entendáis que, cuando os dejemos, será la última vez que nos veremos. Jamás. Esto no es un adiós, Hugo, es un olvido. No podremos permitirnos volver atrás. No os miraremos otra vez, porque, si lo hiciéramos, perderíamos todo lo que hemos construido. Lo que queda, lo que tenemos, es lo único que debemos proteger.

—Estos son vuestros nuevos documentos —dijo Mikhail, su tono impasible—. Con ellos, seréis invisibles ante los ojos de las autoridades. No existís. Ante Rusia, habéis sido fusilados de madrugada. Nadie sabrá que estáis escondidos aquí, ni que seguís respirando. Nadie hará preguntas. Y, si alguien lo hace, las respuestas estarán en estos papeles. Un matrimonio rumano y la hermana de ella, que viven en los montes y cuidan de una pequeña granja.

El viento siguió soplando, llevando consigo las últimas sombras de nuestras palabras, mientras el peso de la realidad se asentaba sobre

nosotros, como la nieve que se acumulaba sobre los árboles. Ninguno de los tres dijo nada más. El futuro ya estaba escrito, y no había más que hacer que seguir adelante, cada uno con su carga, cada uno con su destino sellado.

Dejé escapar un suspiro helado mientras me acurrucaba bajo la manta en aquel porche. La nieve seguía cayendo. Lo único que quedaba de aquel día: la nieve blanca de alrededor. Nada más. Como bien nos habían avisado, no volvimos a verlos. Jamás. Se desvanecieron entre la bruma. En algún lugar dentro de la cabaña, Anya y Elena dormían, sus cuerpos agotados por el peso de los años y el exilio. Pero, en mi mente, la promesa seguía viva.

El muro, la Puerta de Brandeburgo, Pablo.

Si alguna vez la historia daba un giro inesperado, si alguna vez el mundo se abría de nuevo, aún tendría un lugar al que volver.

20 de agosto de 1968: Las reformas democráticas durante la Primavera de Praga provocan la intervención del Pacto de Varsovia para detenerlas por la fuerza. Con ella, se inicia un proceso de liberalización política y económica que busca democratizar el sistema comunista del país, introduciendo mayor libertad de prensa, expresión y circulación de ideas, así como un gobierno más abierto y transparente. Estas reformas son vistas como una amenaza directa a la hegemonía soviética en Europa del Este. Esa misma

noche, doscientas mil tropas y dos mil tanques de los miembros del Pacto invaden Checoslovaquia para detener la rebelión.

1 de septiembre de 1968: Muammar al-Gaddafi derroca a la monarquía libia y expulsa al personal británico y estadounidense del país, alineándose con la Unión Soviética.

26 de mayo de 1972: La firma del Tratado de Limitación de Armas Estratégicas marca el inicio de una nueva fase en la Guerra Fría, conocida como Détente. Este tratado es firmado por el presidente de los Estados Unidos, Richard Nixon, y el líder de la Unión Soviética, Leonid Brézhnev, durante la visita de Nixon a Moscú. SALT I es un esfuerzo significativo por parte de ambas superpotencias para reducir la tensión nuclear que ha caracterizado las décadas anteriores de la Guerra Fría.

20 de noviembre de 1975: Los periódicos y los noticiarios anuncian la muerte de Franco, uno de los últimos regímenes autoritarios en Europa tras la caída de la dictadura de António de Oliveira Salazar en Portugal y la Junta Militar en Grecia.

16 de diciembre de 1984: Margaret Thatcher, primera ministra británica, y su gobierno, en un intento de abrir un nuevo canal de comunicación entre los posibles candidatos a la presidencia del PCUS, se reúne con Gorbachov en Chequer con la intención de un acercamiento entre ambos bloques.

11 de marzo de 1985: Mijaíl Gorbachov se convierte en el líder de la Unión Soviética. Su gobierno impulsa una serie de medidas, conocidas como Perestroika, que, aunque intentan revitalizar la economía y la sociedad, también llevan a una mayor demanda de reformas y cambios en otros países del bloque soviético,

contribuyendo a la caída de los regímenes comunistas en Europa del Este.

20 de enero de 1989: George H. W. Bush se convierte en presidente de los Estados Unidos.

19 de agosto de 1989: Se celebra el Pícnic Paneuropeo, considerado la primera apertura del Telón de Acero, entre Austria y Hungría.

7 de octubre de 1989: El Partido Socialista Obrero, al frente del gobierno de Hungría desde 1956, es disipado.

9 de octubre de 1989: En Leipzig (RDA), más de 70.000 personas participan en una manifestación pacífica por la libertad, evento clave de las llamadas «manifestaciones de los lunes», que debilitan al régimen de Alemania Oriental.

18 de octubre de 1989: Erich Honecker, líder de la República Democrática Alemana (RDA), dimite tras perder el apoyo del Partido Socialista Unificado de Alemania.

23 de octubre de 1989: Hungría proclama oficialmente la República de Hungría, sustituyendo el nombre de «República Popular» y completando su transición democrática.

4 de noviembre de 1989: Se realiza una manifestación masiva en Berlín Oriental, con más de medio millón de personas exigiendo reformas democráticas.

PABLO

Berlín Occidental, 9 de noviembre de 1989

El ruido era ensordecedor. Miles de personas se agolpaban en las calles, todas mirando al mismo punto: el muro que había dividido nuestras vidas durante décadas. La euforia lo llenaba todo, pero yo apenas podía sentirla. Mi mente estaba lejos, perdida en un recuerdo que llevaba veintidós años guardado, intacto, como si hubiera sido ayer. La promesa que le hice a Hugo esa noche en el túnel, entre la desesperación y el miedo, retumbaba en mi cabeza: nos veríamos junto a la Puerta de Brandeburgo.

Habían pasado veintidós años. Ventidós largos años desde la última vez que vi su cara, desde el último roce de nuestras manos antes de que bloqueara el túnel y me obligara a seguir sin él. Nunca supe qué fue de él después de aquella noche. No podía saber si había logrado escapar, si la KGB lo había atrapado o si simplemente se había desvanecido, tragado por el sistema, como tantos otros. Pero cada día, desde entonces, me aferré a la esperanza de que, si algún día el muro caía, él estaría allí.

Y en ese momento, al fin, el muro estaba cayendo.

Durante años, todos habíamos creído que caería antes. Lo decían en los cafés, en las universidades, en las embajadas: ningún muro puede durar para siempre. Algunos soñaban con que sería cuestión de meses; otros, de pocos años. Pero el tiempo se encargó de desmentirnos a todos. Las generaciones cambiaron, los líderes envejecieron y llegaron otros, y el muro siguió allí, gris y altivo, como si se alimentara de la resignación de quienes habían dejado de mirar hacia él. Había niños nacidos y crecidos a su sombra que no conocían otra frontera que aquella pared, ni otra forma de mirar al otro lado que imaginarlo.

Sin embargo, aquella noche, el rumor se convirtió en grito, el miedo en impulso, y el cemento comenzó a resquebrajarse bajo las manos de miles. La gente reía, lloraba, trepaba, se abrazaba a

desconocidos como si quisieran recuperar en un instante todo lo que el muro les había robado. Y yo, entre la multitud, buscaba un solo rostro.

La Puerta de Brandeburgo se alzaba al fondo, iluminada por focos y bengalas improvisadas. A su alrededor, las banderas ondeaban, los cánticos se mezclaban con la risa y el llanto, pero para mí el ruido era un rumor distante. Miraba los rostros, uno por uno, esperando reconocerlo entre ellos, esperando que, entre el polvo del cemento y el humo de los cigarrillos, Hugo apareciera, cumpliendo aquella promesa que había sobrevivido a la historia.

La noticia había corrido como un reguero de pólvora. La tensión entre el Este y el Oeste había alcanzado su punto de quiebre. Las manifestaciones pacíficas de semanas y meses anteriores, los gritos de libertad que resonaban en las calles de Berlín Oriental, habían hecho eco en las paredes de concreto que nos separaban. La presión internacional, las protestas, el deseo insaciable de libertad se habían acumulado como una tormenta a punto de estallar. La chispa final fue la decisión del gobierno de permitir a los ciudadanos cruzar libremente, una promesa que se transformó en realidad cuando las multitudes comenzaron a moverse hacia el muro.

Era un fenómeno surrealista. Las imágenes de personas rompiendo la barrera, de familias reunidas después de años de separación, inundaban la televisión. El grito de libertad era casi palpable, como un coro de voces unidas en una sola. Pero, en medio de todo eso, yo solo podía pensar en Hugo. En todo lo que había pasado, en la angustia de no saber su destino. Mientras otros celebraban, yo buscaba en cada rostro una señal, un indicio de que él podría estar ahí, al otro lado.

El impacto de la caída del muro no solo se sentía en Berlín, sino en todo el mundo. Los medios de comunicación transmitían en vivo la transformación de una ciudad que había sido símbolo de la Guerra Fría. En cada rincón, el aire estaba impregnado de una mezcla de alegría e incredulidad. Nadie podía creer que, al fin, después de tantos años de sufrimiento y opresión, la esperanza se hacía tangible.

Los hombres y mujeres que una vez fueron divididos por ese muro

ahora se unían en un abrazo, llenos de lágrimas y risas. Miré a mi alrededor, incapaz de dejar de buscar. El bullicio se convertía en un eco lejano mientras mis pensamientos se centraban en la Puerta de Brandeburgo. Era allí donde habíamos acordado encontrarnos, un punto de partida para un futuro que había sido imposible durante tanto tiempo.

Las piedras del muro crujían bajo los pies de la muchedumbre. La gente saltaba y aclamaba, mientras los escombros se convertían en símbolo de una nueva era. La libertad estaba finalmente al alcance de la mano y, aunque el tiempo había jugado en mi contra, había una chispa de esperanza en mi pecho. Esa noche, bajo las luces brillantes de Berlín, todo podía cambiar. Pero aún había una pregunta que me atormentaba: ¿estaría Hugo?

Mis superiores habían querido que me fuera a Nueva York, pero aguanté en Berlín. Tenía que estar allí, esperando, por si caía, a pesar de que todos creíamos que aquello caería antes. La distancia nunca había sido una opción. Ahora que sabía que Hugo estaba vivo, no. Había sobrevivido a un juego de sombras y mentiras, y la última pieza de ese rompecabezas era él. Recuperarlo. El tiempo que había pasado en esta ciudad se había vuelto un laberinto de recuerdos y deseos, pero el hilo que me mantenía aquí era más fuerte que cualquier orden que pudiera recibir. Había seguido trabajando en inteligencia, pero en Berlín, separado del amor por un muro que parecía insalvable.

La ciudad, con su aire gélido y su neblina permanente, se había convertido en una extensión de mí mismo. Me perdía en sus calles, sintiendo el eco del pasado en cada esquina. Era como si el muro, a pesar de su brutalidad, hubiera sido un recordatorio constante de lo que estaba en juego. Cada día que pasaba, cada manifestación, cada rumor sobre la caída del régimen era un recordatorio de que la libertad estaba al alcance. Pero, por encima de todo, era la promesa que le había hecho a Hugo lo que me mantenía en pie.

Mi lealtad se había dividido entre los poderes que luchaban por el control y el amor que me había dejado marcado. Con cada noticia de la resistencia, con cada paso hacia la caída del muro, sentía que el tiempo se acortaba. Necesitaba estar allí, en el lugar donde todo

podía cambiar, y no podía permitirme abandonarlo sin haber hecho lo correcto. La idea de regresar a Berlín y dejar a Hugo a su suerte era inaceptable.

A pesar de haber seguido relacionado con la Inteligencia, nunca había vuelto a saber nada de Borísov. Jamás. La sombra de su ausencia se había vuelto una constante en mi vida, un recordatorio de las decisiones difíciles que había tomado. Aunque había logrado mantenerme a flote en este juego peligroso de espionaje y traición, la falta de información sobre él me atormentaba.

Borísov, así lo llamaban los estadounidenses. Lo había visto moverse en un mundo de engaños, donde cada palabra y cada gesto podían ser armas de doble filo. Con su mirada penetrante y su capacidad para detectar la lealtad, siempre me había hecho sentir como si caminara sobre un hilo delgado. Pero, a pesar de su astucia, nunca había podido leer lo que había entre nosotros. Una relación de tensión, respeto y, tal vez, un atisbo de amor. Un amor real.

El silencio se había vuelto ensordecedor. Cada vez que me encontraba con colegas, escuchaba rumores sobre sus movimientos, pero no había confirmaciones. Me preguntaban si yo las tenía, pero ¿qué iba a saber? Las historias que circulaban sobre su lealtad a la KGB, sobre su caída en desgracia o su posible captura, se entrelazaban en un murmullo de incertidumbre. Otros decían que se había esfumado, como si se lo hubiera tragado la tierra. Algunos hasta sostenían su asesinato y el de las bailarinas. Los más positivos decían que se habría escondido fuera de la ciudad. Y, sin embargo, nada de eso me parecía real. Solo me quedaba el recuerdo de sus ojos y la manera en que a veces dejaba entrever la lucha que llevaba dentro.

El tiempo pasó y, mientras Berlín se desmoronaba a mi alrededor, la preocupación por Borísov se convirtió en una carga que no podía ignorar. La gente celebraba la caída del muro, pero yo no podía dejar de pensar en la posibilidad de que él hubiera sido una de las muchas víctimas del sistema que tanto odiábamos. Si la KGB lo había atrapado o si había caído en la trampa de las ambiciones de alguien más, nunca lo sabría. Esa incertidumbre me mantenía en un limbo emocional, donde la alegría de la libertad se mezclaba con la tristeza

de la pérdida.

Mientras las multitudes se agolpaban en las calles, a mí me inundaban recuerdos de nuestra última noche juntos, de la promesa de volver a encontrarnos. Las voces de quienes se unían a la lucha resonaban en mi mente, cada grito de libertad era un eco de mi propio deseo. La ciudad estaba viva y, con ella, la esperanza. Cada piedra que caía del muro era un paso más hacia nuestro reencuentro, una posibilidad que había creído perdida.

No sabía qué futuro nos esperaba, pero no podía dejar que la oportunidad se desvaneciera. Tenía que quedarme, aunque la incertidumbre me consumiera. Hugo estaba en algún lugar de Berlín, y yo haría lo que fuera necesario para encontrarlo, para cumplir con la promesa que nos unía a través de los años y el sufrimiento. La caída del muro era solo el comienzo, y yo estaba decidido a ser parte de ese nuevo mundo.

A medida que me acercaba a la Puerta de Brandeburgo, mi corazón latía con fuerza, como si estuviera a punto de salirse de mi pecho. La gente a mi alrededor gritaba y lloraba de alegría, arrancando pedazos del muro, pero yo solo podía pensar en una cosa: en Hugo, en si cumpliría su promesa. Cada paso que daba me acercaba más a ese lugar donde habíamos pactado vernos. Y, cuanto más me acercaba, más sentía el peso de los años, de la incertidumbre, de no saber si aún estaba vivo.

Cuando finalmente llegué a la Puerta, el aire frío me golpeó el rostro. La multitud seguía creciendo, pero yo apenas la notaba. Me quedé allí, durante horas. Fueron muchas. Y el frío me iba calando los huesos bajo mi abrigo de paño azul marino y congelando mis pantalones de pana. El gentío seguía agolpándose a mi alrededor, riendo, llorando, abrazándose. Pero yo estaba sumido en un silencio que solo yo podía escuchar. La alegría de los demás contrastaba con la angustia que sentía en mi pecho, una mezcla de esperanza y desesperación que me mantenía anclado en el mismo lugar. De vez en cuando, apretaba los puños tratando de devolver el calor a las yemas de los dedos helados.

El paso del tiempo se volvía irrelevante. Miraba cómo la gente corría hacia el muro, rompiendo el cemento y las cadenas de un

pasado que había marcado nuestras vidas. La euforia era contagiosa, pero yo seguía atrapado en la espera. Cada rostro que se acercaba, cada abrazo que se compartía, era un recordatorio de lo que había perdido y de lo que aún anhelaba.

Recorría el lugar con la mirada, buscando entre la multitud. La gente alzaba pancartas y cantaba, pero yo no podía unirme a sus celebraciones. Mi mente estaba fija en una promesa no cumplida, una promesa hecha en medio de la desesperación: encontrarme con Hugo. La imagen de su rostro se mezclaba con los recuerdos de nuestra última noche juntos, la intensidad de su mirada, el roce de sus manos. Me preguntaba si él también estaría allí, en algún lugar entre esa marea de personas, o si habría encontrado su propio camino en este nuevo mundo.

El viento helado soplaba con fuerza y el murmullo de las voces se convertía en un eco lejano. Cada vez que veía a alguien que se parecía a él, mi corazón se aceleraba. Pero eran solo sombras, ilusiones que se desvanecían tan pronto como me acercaba. La desesperación empezaba a hacer mella en mí y cada segundo que pasaba sin verlo se sentía como un golpe en el estómago.

La emoción de la noche, la posibilidad de un nuevo comienzo se veía oscurecida por la incertidumbre. La gente seguía rompiendo el muro y, a medida que caían las últimas piedras, la esperanza renacía en cada uno de ellos. Sin embargo, mi propio muro seguía en pie, una barrera invisible que me mantenía alejado de lo que más deseaba.

Miraba a mi alrededor, escudriñando cada rostro, buscando en medio de la euforia una mirada que no había olvidado. Y, entonces, lo vi.

Hugo estaba allí, de pie, entre la gente, con las manos en los bolsillos. Apenas había cambiado, aunque los años y el sufrimiento se notaban en sus ojos, en las arrugas de las comisuras de los labios y en las de la frente. Ahora tenía el pelo completamente gris, como yo, pero mucho más largo con sus rizos. Nos miramos a través del gentío y, por un momento, todo se detuvo. El ruido, las celebraciones, el bullicio del mundo que se derrumbaba a nuestro alrededor… todo desapareció. Solo existíamos él y yo, él envuelto en

un abrigo negro desgastado y con las ojeras oscuras marcando su rostro, pero fue como si los veintidós años de separación se hubieran desvanecido con la caída del muro.

Empecé a caminar hacia él, rápido, casi corriendo, mientras una mezcla de alivio y de dolor me oprimía el pecho. Él caminó mucho más, como si ya no pudiera correr. Cuando llegué a su lado nos quedamos quietos, mirándonos como aquella última vez, sin palabras. No eran necesarias. Estábamos ahí, cumpliendo una promesa que había sido nuestra única esperanza.

—Te lo prometí —murmuré, con la voz quebrada.

Hugo me miró, sonriendo suavemente, una sonrisa cargada de todo lo que habíamos perdido, pero también de todo lo que habíamos ganado solo por estar ahí. Los ojos se le empezaron a llenar de lágrimas y no pude evitar contagiarme.

—Y aquí estamos —respondió, con una calma que me desarmó—. Después de todo este tiempo…

Levanté mi mano, rozando la suya, como aquella noche en el túnel, cuando no pudimos despedirnos como queríamos. Cuando no pude darle lo que le había prometido. La protección, el cariño, el amor lejos de todo aquello. Pero, esta vez, no había barreras. El muro estaba cayendo y, con él, también los que nos habían separado.

Nos abrazamos, finalmente, bajo la Puerta de Brandeburgo, mientras a nuestro alrededor el mundo se transformaba. El Muro de Berlín caía, y con él, todos los miedos y silencios que nos habían mantenido alejados durante tantos años.

Al separarnos, miré sus ojos y supe que él también pensaba lo mismo: que todo lo que habíamos hecho nos había traído hasta allí, hasta ese instante en el que el mundo parecía derrumbarse solo para darnos una segunda oportunidad.

—¿Y ahora? —pregunté.

Hugo miró hacia el Este, hacia lo que había sido su prisión y su hogar, y luego de nuevo hacia mí.

—Ahora… empezamos de nuevo —dijo, casi en un suspiro—. Ha caído la última frontera. Al fin.

Lo tomé de la mano y caminamos entre la multitud. Los reflectores

iluminaban los rostros, la nieve comenzaba a caer despacio, mezclándose con el polvo del muro que flotaba en el aire. Por un instante, pensé que aquello era un sueño: el fin de algo y el comienzo de todo lo que alguna vez habíamos imaginado.

Nunca supe si el futuro nos dio el tiempo suficiente. Pero aquella noche, bajo las luces de Berlín, cuando el mundo se abría como una herida que por fin sanaba, comprendí que, al menos por un instante, habíamos vencido.

—Te quiero —me susurró al oído.

Y el mundo a mi alrededor se detuvo. Como si nada hubiera pasado. Como si acabáramos de bajar de aquel tren en París. Como si siguiéramos entre las sábanas blancas de mi estudio en Barcelona, yo tumbado con mi dedo índice perfilando cada rasgo de su cara. Habían transcurrido los años, habíamos envejecido y nunca volveríamos a ser tan jóvenes como antes, pero fue como si el bullicio de la multitud se desvaneciera y todo lo que importaba se concentrara en esas dos palabras. La calidez de su aliento me recorrió la piel y me hizo olvidar por un momento el frío que me calaba los huesos.

Querer, querer, querer. Porque para eso sirve el corazón, ¿no? Porque, si el corazón se aburre de querer, ¿para qué sirve?

9 de noviembre de 1989: El Muro de Berlín cae tras el anuncio erróneo de la apertura de fronteras, lo que provoca una avalancha de ciudadanos hacia los pasos fronterizos y marca el fin simbólico de la Guerra Fría.

NOTA DEL AUTOR

Al terminar la Guerra Civil Española, el número de muertos se estimaba en aproximadamente quinientas mil personas. Esta cifra incluye tanto a combatientes como a civiles. Además, muchas personas murieron debido a la hambruna y las enfermedades que siguieron al conflicto, y hubo cincuenta mil fusilados entre 1939 y 1945, principalmente opositores republicanos, sindicalistas y militantes de izquierda.

Tras la Segunda Guerra Mundial, aproximadamente seis millones de judíos fueron exterminados en Europa junto con cinco millones de ciudadanos soviéticos, dos millones y medio de polacos no judíos, cuatrocientos setenta mil serbios, doscientos setenta mil discapacitados, cuatrocientos mil gitanos, ciento cincuenta mil masones, veintitrés mil eslovenos, cinco mil republicanos españoles, tres mil testigos de Jehová y un número por determinar de homosexuales, que va de cinco mil a quince mil —además de todos los enviados al frente como peones y a cárceles—. Estos números son aproximados y pueden variar según las fuentes. La magnitud de la tragedia es inmensa. Estas cifras son aproximadas y abarcan a muchos otros grupos perseguidos por los nazis.

Con el fin de la Guerra Fría, causado por la caída del Telón de Acero y, a su vez, del Muro de Berlín, es difícil determinar un número exacto de muertos debido a la naturaleza indirecta del conflicto, pero se estima que millones de personas murieron en estos conflictos subsidiarios. Por ejemplo, la Guerra de Corea causó aproximadamente dos millones y medio de muertes, y la Guerra de Vietnam trajo consigo tres millones de fallecidos. En cuanto a los estadounidenses y europeos, se estima que alrededor de cuatrocientos soldados murieron en incidentes relacionados directamente con la Guerra Fría, como operaciones secretas y accidentes. Esta es la historia de dos de ellos y, a su vez, de muchos más. Un homenaje a los que perdieron la voz, la encontraron y la

volvieron a perder entre el miedo, la miseria, la desolación y el cruce de fronteras continuo con una única intención: sobrevivir a la crueldad del mundo. Una historia de amor en tiempos convulsos, donde no todos los amores eran reconocidos, aceptados y permitidos. Una historia de recuerdos, amores perdidos y reencontrados, roces a escondidas y a puerta cerrada por el miedo a ser descubiertos. Una historia falsa asentada sobre unos cimientos profundamente reales. Una historia de amor entre las sombras de Europa.

AGRADECIMIENTOS

No podría haber escrito sobre un periodo tan convulso como es la historia del siglo xx sin la ayuda de profesionales. Quiero agradecer, con mucha alegría y aspavientos, a Miguel Viso, mi profesor de Historia de la adolescencia (ahora ya amigo) por responder siempre a mis dudas, acompañarme en el viaje y recomendarme siempre tan buenas lecturas. Y a Laura Badsey, editora de no ficción, por sus buenas recomendaciones a la hora de ayudarme a buscar información sobre los triángulos rosas en los campos de exterminio nazi.

A Pablo Álvarez y David de Alba, mis agentes, y a todo el equipo de Editabundo. Por confiar en mí y meterme bajo su ala para escribir. Y por no perder la paciencia conmigo.

A Leo, por la euforia que me compartió cuando leyó este proyecto; y a Valeria, por su cariño y compañía durante el proceso. Ambos sois como un abrazo muy largo.

A mis padres, por todo.